

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

J.R. Núñez Tenorio

Renovar la Renovación

Hacia la constituyente universitaria



Tomo I

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana

1.ª Edición digital, 2016

© José Rafael Núñez Tenorio

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorialelperroylarana

Twitter: @perroyranalibro

Fotografías

© Archivo General de la Nación / Biblioteca Nacional

Edición

Jonathan Rojas

Corrección

Marwelys Pinto

Diseño de portada

Anthony Fernández

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal If4022016320634

ISBN 978-980-14-3384-2



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1816-2016
PATRIOTAS UNIDOS
SABEMOS VENCER

Obras escogidas

José Rafael Núñez Tenorio

Renovar la Renovación Hacia la constituyente universitaria

Volumen 1

UNIVERSITARIO INTEGRAL

NOTA EDITORIAL

La presente recopilación de textos sobre la cuestión universitaria se ofrece como primer volumen de una trilogía de *Obras escogidas*. Le sucederán dos compilaciones, una referida a los libros políticos y otra que contiene los escritos filosóficos. Esto, como una estrategia editorial que intenta abarcar de manera integrada y coherente las dimensiones de la extensa producción intelectual de Núñez Tenorio. El proyecto permite reeditar progresivamente los textos del autor, quien por su ejemplo de universitario integral, político revolucionario, filósofo crítico y destacado ideólogo del proyecto liderado por Hugo Chávez, está llamado a convertirse en consulta obligatoria para el diálogo necesario sobre el origen y posterior desarrollo de la Revolución Bolivariana.

La primera edición de este volumen fue publicada por nuestra casa editorial en 2009. Esta segunda, revisada y corregida, se complementa con imágenes alusivas al movimiento de la Renovación universitaria y al posterior allanamiento de la Universidad Central de Venezuela en 1969 por parte del primer gobierno de Rafael Caldera.

La estructura del texto está dividida en cinco partes que comprenden diez entrevistas realizadas al autor, cuatro artículos y dos libros de su autoría. El material versa sobre la Renovación universitaria y otros aspectos relacionados con las universidades venezolanas, los cuales están organizados de manera coherente dándole forma a un compendio temático.

PARTE I
RENOVAR LA RENOVACIÓN

Significado histórico de la Renovación

El proceso de Renovación universitaria, realizado por las universidades venezolanas durante 1968 y 1972, constituye el movimiento ideológico cultural más importante del siglo xx, que convocó al mayor número de personas en el mundo cultural, a lo largo de todo el país. Fue una gesta histórica inédita de la inteligencia nacional, que modificó todas las estructuras de la reproducción y creación del saber, con objetivos específicamente universitarios, mediante una concepción estrictamente académica, con estilos y metódicas de trabajo propias, etcétera. Esto sacudió el árbol de la conciencia más lúcida del país: los intelectuales. Provocó un movimiento de solidaridad popular, antes no visto. Rápidamente involucró a otros sectores del nivel educativo, incorporando a miles de personas en todas las universidades nacionales, y después, a todos los liceos e institutos de secundaria. Finalmente –dada su fuerza político-cultural– obligó al Congreso a modificar la *Ley de universidades* haciendo “chucuta” la autonomía, y al Gobierno a intervenir con el ejército la universidad, destituyendo a las autoridades legítimamente electas por el claustro universitario.



1. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

TITULARES DEL DIARIO *ÚLTIMAS NOTICIAS*, DE LAS FECHAS 29 DE OCTUBRE DE 1969 Y 1 DE NOVIEMBRE DE 1969

La renovación no fue, propiamente, una acción espontánea. De alguna manera existían condiciones objetivas para promoverla, aunque fue inducida por el cambio de políticas que acuerdan los sectores revolucionarios, que abandonan su combate tradicional de solidaridad con los presos políticos y las guerrillas con manifestaciones internas de escasa participación estudiantil para plantearse la reforma de la universidad. Partimos de la premisa siguiente: si la universidad exige el cambio al país, tiene, primero, que transformarse ella misma.

Desde finales del año 1967, los líderes estudiantiles conversaban con los presos políticos en el cuartel San Carlos. Era urgente cambiar la política universitaria para lograr incorporar a la gran masa estudiantil. El término “reforma” se cambió por el de “renovación”, porque aquel era muy usado por los copeyanos, que para entonces constituían cuarenta por ciento en las elecciones estudiantiles. La Renovación puso fin a este liderazgo, pues la intervención de la universidad por el gobierno de Caldera provocó una caída vertiginosa socialcristiana, escapando la mayoría de sus dirigentes hacia la Católica. Después del cierre, Copei ve reducir su cuarenta por ciento a diez por ciento: primer gran éxito político de la Renovación.

El 4 de mayo de 1968 se hizo el primer acto público (yo había salido de prisión el 30 de abril de ese mismo año). Fue una clase magistral dictada en la plaza Venezuela por el profesor Túguez, Decano de la Facultad de Ciencias. Simultáneamente comenzaron a realizarse asambleas plenas en toda la UCV, planteando el porqué de la Renovación y exigiendo un cambio en sus estructuras de funcionamiento. Luego todo ello se proyectó a las demás universidades y liceos del país.

En los años sesenta existía un clima cultural y espiritual que implicaba cambios en todo el planeta y en todas las áreas de la cultura: ciencia, arte, política, moral, filosofía, etcétera. En lo fundamental, el movimiento fue una hazaña venezolana. Se produce aquí antes de que se iniciara el Mayo Francés. La prueba más fehaciente: la clase magistral en la plaza Venezuela el 4 de mayo. Por otra parte las metas eran estrictamente académicas. Antes habíamos hecho politiquería en la universidad, trasladando mecánicamente al aula la política que practicábamos en la calle. Decidimos eliminar esa politiquería, entre otras razones, porque no incorporaba a la masa estudiantil, sino a reducidos grupos de izquierda. Los rasgos del Mayo Francés son exactamente opuestos al Mayo venezolano. Los estudiantes europeos siempre

habían sido apolíticos y conservadores. El Mayo Francés los hizo cambiar: introdujeron, por vez primera, la política en sus luchas. Fue una novedad para ellos, puesto que eran reacios a la política; mientras que para nosotros era algo normal (la política) desde la época de la Independencia. Al revés: la Renovación se afincó en lo académico específicamente universitario, tratando de expulsar la politiquería de la universidad. Son dos movimientos totalmente diferentes en sus rasgos fundamentales. Por eso quien los confunde, lo hace adrede con el fin ideológico de subestimar lo nuestro, o bien resume una ignorancia supina.

Repito, nosotros nos planteábamos: si queremos cambiar Venezuela, ¿por qué no nos transformamos primero nosotros mismos? Ese era el cuestionamiento que nos hacíamos. Así comenzó la renovación académica por la vía democrática de las asambleas y por el sendero universitario de la reflexión, la crítica y el análisis de los problemas estrictamente académicos de la universidad.

La Renovación persiguió objetivos específicamente universitarios. En el fondo, fue la búsqueda práctico-teórica de una justa táctica política para el cambio en la universidad, que fuera capaz de convocar a la gran masa estudiantil. Fue un ataque dirigido contra el autoritarismo, la burocracia y la incapacidad profesoral; todo lo cual evidenciaba la mala calidad de la enseñanza universitaria. Fundamentalmente, planteábamos los tres objetivos, ensamblados dialécticamente: un enfoque político-ideológico de promover una universidad nueva que fuera solidaria con los problemas de Venezuela. Segundo, un planteamiento estructural-interno, que consistía en modificar todas las estructuras de funcionamiento universitario en todas sus áreas. Y, tercero, un objetivo táctico-político inmediato, que era izar la bandera de la Renovación académica, donde los estudiantes se levantarán, con poder de convocatoria, para cuestionar los *pen*sa, los programas y los profesores (¡las famosas tres p!).



COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

MANIFESTACIÓN DE CALLE A FAVOR DE LOS DERECHOS UNIVERSITARIOS. EN LA FOTOGRAFÍA FIGURAN EL RECTOR BIANCO ACOMPAÑADO DEL MAESTRO LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA

Se puede considerar que la renovación universitaria constituye hoy en día un criterio de demarcación de la vida cultural, educativa y científica del país; a pesar de que los sectores conservadores la acusan de no haber sabido ofrecer una alternativa organizativa y de gestión idónea al movimiento surgido a partir de ella. No obstante, pienso que, desde entonces, refiriéndonos a esta materia, tenemos que hablar, irrevocablemente, de antes y después de la Renovación. Cortó en dos el proceso de la inteligencia y el progreso de la cultura de la nación venezolana.

Desde luego, hubo aspectos negativos en la Renovación. Compartimos parcialmente esa crítica, en lo que tiene de verdadero y concreto; no en lo especulativo y politiquero. El grupo dirigente, incluidos los profesores, no estábamos preparados para ofrecer un

programa, una dirección, un proyecto. Muchos pensábamos que ello emergía de la práctica política; que no teníamos por qué imponerle a priori camisas de fuerza y fórmulas estrechas a la realidad de la vida. Dejar fluir el curso de los acontecimientos. Por supuesto, eso tiene un techo. No podíamos entregarnos a la espontaneidad, como sucedió en muchos casos. El soporte teórico, la investigación creadora y la teoría política que debió interpretar y comprender el movimiento de la Renovación quedó rezagado ante la velocidad de los procesos, quedándose sin ofrecer las propuestas sustitutivas de lo existente, que harían trascender dicho movimiento a estratos superiores de lucha. Por ello quedó reducido, en cierta forma, a un asambleísmo antiautoritario. Hoy se piensa que todo lo que estuvo en crisis, de nuevo lo está. De alguna manera ello es cierto, pero registra hoy formas nuevas. No hay que olvidar que son cuestiones estructurales, de mucha monta, que no podían ser eliminadas definitivamente; se requiere una batalla permanente, un seguimiento continuo. Podría criticársele a la Renovación su asambleísmo, la incapacidad para crear proyectos sustitutivos en las zonas críticas y la insuficiencia de una teoría que fuese capaz de reproducir y hacer avanzar el proceso práctico de la Renovación. Pero tenemos que reconocerle a este movimiento, no solo su éxito táctico-político (a nivel objetivo), sino también una nueva relación con la subjetividad creadora de la inteligencia universitaria.

Necesidad de renovar la universidad actual

Ha pasado ya algún tiempo y es urgente reformar la universidad. Pienso que registramos dos desviaciones básicas para abordar de nuevo el proceso: una de ellas es el asambleísmo en que caímos, producto de toda novel experiencia que aspira abrir caminos inéditos; otro es el autoritarismo, reflejo de las relaciones burocráticas de

funcionamiento, que nombra, desde arriba, comisiones para redactar informes, tratando de hacer los cambios mediante la metódica autoritario-burocrática. Ambas desviaciones deben evitarse en lo posible y proponerse vías académicas, democráticas, donde participen los mejores profesores, que analicen el problema y realicen un diagnóstico veraz, con la incorporación de las mentes más lúcidas involucradas, organizando talleres, seminarios y hasta cursos de posgrado, donde se discutan los problemas.

Las circunstancias actuales de nuestra casa de estudios plantean tres vertientes claves a considerar. La demanda estudiantil de la educación superior exige unas normativas de calificación y justa distribución, según las aptitudes y vocaciones de los educandos. Comprende toda la problemática: admisión con sus variantes de propedéuticos, cursos básicos, exámenes adecuados a cada escuela, etcétera. Otra área es la modificación cualitativa de lo académico que comprende la docencia y la investigación y requieren de un cambio sustancial: transformación de los postgrados, reestructuración de la investigación y creación de planes objetivos de formación de los jóvenes profesores. Todo ello en una unidad orgánica, y no separados como subsisten hoy.

Por último, cada entidad (escuela, instituto, cátedra, departamento, facultad, etcétera) tiene que elaborar programas concretos de transformación en atención a su situación propia y a los fines fundamentales de la Universidad; esto es, construir en cada instancia una táctica específica de hacer la Renovación.

Estoy bastante convencido de que para mutar positivamente la universidad debemos empezar el proceso por la punta de la pirámide: el área de postgrado, la investigación y la formación profesoral. No solo por razones esenciales inherentes al propio papel de la educación, sino también por motivaciones tácticas, puesto que en este cuarto nivel es donde (aparentemente) menos enquistamientos existen, que por lo general obstaculizan el florecimiento de lo nuevo. La UCV

tiene que devenir el centro de postgrado e investigación fundamental de Venezuela. Desde estas actividades puede cumplir con sus misiones esenciales para el país. La separación entre la investigación y el postgrado ha sido uno de los errores más graves registrados por nuestras universidades, producto del crecimiento espontáneo y ciego de una acción eminentemente consciente y creadora. Ello debe corregirse a la brevedad posible –aunque tenemos más de una decena de años con esta prédica–. Este esfuerzo debe emprenderse de una vez para situar la investigación en el punto central de la institución.

¿Qué estaría planteado hoy para las universidades nacionales?

Lo que está exigiendo la comunidad universitaria es renovar la Renovación. ¿Qué resta de la Renovación? Bueno, podríamos decir que mucho de lo positivo que actualmente tiene la Universidad fue el resultado –directo o indirecto– de la Renovación. Un ejemplo: la implantación del trabajo de grado para obtener el título de licenciatura o el de médico, ingeniero, etcétera. Y no se debe olvidar que fue, en principio, una petición proveniente del sector estudiantil. Pero son muchos los logros: la modificación del año escolar por el semestre (mal aplicado en muchas escuelas, que se contentaban con cortar en dos las asignaturas anuales); la participación de los representantes estudiantiles, tanto en el cogobierno, como en la elección de autoridades (todavía tenemos facultades donde toda la comunidad elige al director, a quien luego lo legitima el decano en sus propuestas al Consejo de Facultad), etcétera.

Ahora bien, ¿qué es lo que hay que hacer? Debemos encontrar una metodología de lucha política y de masas (responsabilidad principal del movimiento estudiantil), y de trabajo académico y científico (deber ineludible de los profesores) que permita la transformación constante de la Universidad. Las estructuras, las relaciones y los procesos universitarios tienen que estar en permanente mutación, en consonancia con el ritmo de progreso del conocimiento científico in-

ternacional y las grandes exigencias actuales del pueblo y la nación venezolanos. El método que nosotros proponemos es, por ejemplo, la realización de un postgrado sobre *La crisis y el desarrollo de la universidad venezolana* –título, por cierto, de uno de los últimos libros nuestros–. Se trata de un estudio amplio y profundo, a través de la metódica propia de la academia, donde se realicen diagnósticos objetivos, análisis críticos y proyecciones sustitutivas, a partir del examen dialéctico-comprensivo de los discursos más lúcidos producidos en el país sobre dicha problemática. Ello es una alternativa real; puede llevarse a cabo si hay voluntad y decisión. No obstante no ha sucedido así, hasta ahora. Por ello, la universidad venezolana deviene, cada vez más, una especie de cascarón vacío, un museo que vive del pasado; pero que se asusta ante el porvenir. Eso no puede ser. Debemos pugnar por una universidad crítica, escenario del debate científico e ideológico, que pueda ayudar realmente al cambio que requiere la nación. Para ello tiene que renovarse ella misma, con sus propios medios, con sus métodos académicos, con estilos de trabajo y formas de dirección específicamente universitarios.

PARTE II
POLÍTICA, CULTURA Y UNIVERSIDAD

Una democracia autonómica para transformar la universidad

Entendemos la universidad como un centro de cultura creadora, abierta a todas las tendencias del pensamiento, donde todas las ideologías y posiciones políticas deben tener cabida; donde el más amplio y libre análisis permita el enjuiciamiento de ideas y de conductas; donde la racionalidad crítica surja como expresión propia del quehacer universitario.

La democracia universitaria tiene su asiento en la autonomía. Sin esta, la universidad carece de una relación idónea para el ejercicio de la democracia específicamente universitaria. Consustanciales ambas, son también complementarias. De este modo la democracia universitaria faculta y reclama la más amplia participación de toda la comunidad de profesores, estudiantes y empleados en las decisiones fundamentales. La participación democrática no puede reducirse a delegar mandatos a comisiones y autoridades, sino que debe consagrarse un régimen de consulta oportuna a la comunidad de base y hacer de la presentación de cuentas de las autoridades superiores un modo regular de la vida democrática universitaria.

La verdadera autonomía universitaria se consolida cuando toda la comunidad participa democráticamente de las decisiones fundamentales para la institución, mediante los más diversos mecanismos de consulta y discusión. Desde su propio seno, la universidad debe ser capaz de propiciar y llevar a cabo movimientos de transformación universitarios que superen las actuales deficiencias estructurales y funcio-

nales que hoy le restan eficiencia. Entonces, la democracia dejará de ser un concepto abstracto o una práctica electoral esporádica y se convertirá en la activa participación de todos en las complejas tareas de conducir y hacer avanzar la universidad.

Para avanzar, para que la universidad pueda alcanzar sus misiones principales, necesita conquistar dos condiciones básicas: el ejercicio democrático de su autonomía y la transformación legítima de sus estructuras de funcionamiento. No es posible emprender y llevar a cabo las transformaciones estructurales renovadoras requeridas por la universidad sino dentro de un clima específico universitario de democracia: foros, asambleas, conferencias polémicas, seminarios, simposios, talleres, entre otros, con la más amplia participación de la comunidad. En consecuencia, la democracia universitaria deja de ser una abstracción vacía o un ejercicio ocasionalmente electoral en la medida que asuma existencia cotidiana en la lucha de la comunidad por las transformaciones estructurales y funcionales que la universidad necesita. La democracia lo es para la transformación y toda la renovación tiene que realizarse democráticamente.

Una reforma en el marco de una universidad sin autonomía, o bien, sin vida democrática y meramente administrativa y burocrática, es una imposición exterior, extraña por completo al *corpus* universitario, sería una reforma burocrática y autoritaria, impuesta desde arriba; en definitiva, antidemocrática. De igual modo, una universidad democrática que no toma constantes medidas de transformación de sus estructuras es una universidad estática, paralizada burocráticamente, insensible al progreso universal de las ciencias y al reclamo de las grandes exigencias nacionales. Está planteado asegurar con firmeza, en la práctica y en la legalidad universitaria, la democracia legítima y la renovación real, sobre la base de una cada vez mayor independencia financiera que garantice su autonomía y un movimiento democrático participativo de toda la comunidad. Solo de este modo se hace efectiva la vigencia de los

fueros universitarios, como sistema de protección de la libertad académica y fundamento de la organización democrática de la universidad. Solo en esta forma se propicia el continuo mejoramiento del elemento humano que la integra, de sus métodos y sistemas de actividad, de su espíritu y voluntad de progreso ininterrumpido.

1. Una política genuinamente universitaria

La universidad venezolana es un ente especialmente sensible a los cambios de la política nacional e internacional. Es un rango que tipifica a todas las universidades del mundo. El esfuerzo por desarrollar un estudiantado o un profesorado “apolítico” responde claramente a un objetivo político-ideológico ampliamente conocido. Pero la universidad no es, no debe ser, una institución partidista, politiguera. La inmensa mayoría de la comunidad universitaria es independiente de los partidos políticos, sin que ello signifique que no posean su propio horizonte ideológico. La universidad está abierta al país: a su cultura, a su educación, a toda la problemática de Venezuela como nación del siglo xx. La actividad de los partidos políticos en la universidad tiene que asumir formas y mecanismos típicamente universitarios y no trasladar de modo mecánico la política de la calle, del sindicato o del Congreso a la universidad. El compromiso universitario con la ciencia y el país trasciende ampliamente los estrechos marcos de cualquier organización política.

Dentro de este cuadro, el papel fundamental de la universidad es no solo enseñar a la joven generación venezolana los aspectos humanísticos, científicos y tecnológicos aportados por otras latitudes, sino contribuir ideológicamente a forjar una conciencia crítica sobre la realidad nacional, desprovista de todo dogmatismo y abierta siempre al análisis y a la discusión. La universidad tiene el compromiso de velar por la legitimación de nuestra herencia cultural y el progreso de los valores contemporáneos positivos que integran la nacionalidad. Como

factor decisivo en la difusión y creación del saber, la universidad tiene que proyectar una concepción científica del mundo y del hombre, como incremento del patrimonio cultural venezolano.

La cultura venezolana sufre el embate de multitud de fuerzas extrañas que minan, trastocan nuestra conciencia y personalidad propias. Los medios de comunicación de masas arropan cada vez a mayores capas de la población. La universidad debe transformarse en un vivero crítico contra la injerencia ideológica neocolonial. Tiene que sacudir la conciencia espontánea y resignada de nuestra colectividad tradicional. En fin, tiene que aportar los recursos humanos y los conocimientos derivados de la investigación que son necesarios para nuestro desarrollo independiente como nación.

En esta perspectiva, la presencia de la política –en su más amplio sentido– en la universidad no solo es una realidad, sino una necesidad histórica. El estudiante universitario comienza su vocación ideológica en las aulas universitarias. La discusión de los problemas nacionales, la toma de posición frente a los acontecimientos políticos del país, el enfrentamiento a realidades económicas, sociales y culturales definitivamente injustas, etcétera, conforman un plexo de problemas íntimamente ligados a la vivencia estudiantil. Desde luego, esta realidad no debe conducir a la sustitución de la actividad universitaria cotidiana por la acción política importada, al desplazamiento de valores en una entidad cuyos fines primordiales son la enseñanza, la investigación y la difusión del saber.

Somos contrarios a la sectorización ideológica o religiosa, tanto en los niveles académicos como en los administrativos. Toda pretensión de subestimar la competencia profesional o científica, mientras se esgrime como mérito de la pertenencia a organizaciones políticas de cualquier tipo, debe ser adversada. Deben ser rechazadas y denunciadas también las presiones de orden político que derivan del gobierno y los partidos ligados a la defensa del sistema, como lesivas a la autonomía y contrarias a la conducción democrática de la universidad.

Necesitamos una gestión imparcial, independiente de las presiones partidistas que aspiran a controlar su dirección. Una conducción que tiene que atender a las aspiraciones fundamentales de la comunidad universitaria: profesores, estudiantes, trabajadores. No se trata de un apoliticismo hipócrita, sino de un ejercicio democrático de la lucha política mediante cánones específicamente universitarios. No se trata de adversar a los partidos, sino del rechazo a las presiones, a la hegemonía al dominio de determinados partidos políticos, que anteponen sus objetivos partidistas a los fines trascendentales de la universidad. Se debe aspirar a que todos puedan expresarse y todos puedan ser escuchados, en la más franca discusión de la comunidad universitaria, única capaz de definir los medios más justos e idóneos para la conducción de la universidad.

Demanda estudiantil y elevación del nivel humanístico y científico

1. Las grandes áreas de la problemática universitaria

La universidad venezolana exhibe actualmente una profunda crisis que sacude sus cimientos estructurales y valorativos. Inserta en el marco de la cultura y educación venezolana, la universidad refleja residualmente aquella problemática. La Universidad Central, aun cuando ha sido rescatada del intervencionismo gubernamental, no escapa a esta problemática. Está aquejada por una parálisis académica crónica. La realidad del país y de la educación nacional se reproduce pasivamente en ella. Salvo las cotidianas labores administrativas y burocráticas, no se esparce en su seno el espíritu crítico de búsqueda de nuevos valores. Necesitamos forjar un ejemplo vivo de transformación cualitativa de la universidad, dentro de los cánones legales actuales, que permita

mostrar al movimiento universitario venezolano cómo es factible instrumentar pasos sólidos en la solución de la actual situación crítica que vivimos. Aspiramos a desencadenar un proceso de discusión que permita conquistar una conciencia crítica, capaz de hacer realidad los postulados de reestructuración democrática de la Universidad Central de Venezuela.

Los problemas más álgidos de la educación se reflejan con nitidez en nuestra universidad. En el orden de prioridades y sistematización de dicha problemática, podemos distinguir tres grandes zonas:

–La más urgente, la que tipifica con mayor fuerza la articulación entre sociedad y universidad, es la demanda estudiantil de educación superior, lo que se ha dado en llamar el *problema cuantitativo*: preinscripción, deserción, permanencia, admisión, propedéuticos, ciclo básico, etcétera, además de la política de extensión universitaria.

–La más realizable, la que representa en forma ejemplar las estructuras de funcionamiento de la universidad, es la transformación cualitativa de la docencia y la investigación universitarias; lo que podríamos denominar la *cuestión cualitativa*: modificación sustancial de la docencia, transformación de los postgrados, reestructuración de la investigación, planos completos de formación profesoral, especialmente entre los profesores instructores, etcétera.

–La síntesis concreta de las dos anteriores, entre la demanda estudiantil cuantitativa y las exigencias cualitativas profesorales, que podríamos asumir como un plan integral e inmediato de realizaciones a corto y largo plazo que articule la práctica diaria del acontecer de cada universidad con las tesis teóricas sobre los programas sustitutivos en cada dependencia: escuelas, departamentos, facultades, núcleos, institutos, administración, extensión...

2. La demanda estudiantil de educación superior

La plétora estudiantil registra un carácter explosivo, pero la solución tiene que realizarse a largo plazo. No se trata de un problema cuantitativo que pueda resolverse con algunas medidas burocrático-administrativas. Todas las soluciones propuestas hasta ahora aparecen como simples remiendos a una realidad tremendamente compleja. Hay que encarar la situación de la demanda, la repitencia y la deserción estudiantil en una forma global que trascienda los simples linderos universitarios. Una idea clave es el hecho de que la responsabilidad capital en la solución de dichos problemas compete a las autoridades gubernamentales. Es un asunto del país, no de la universidad. Desde luego, la universidad tiene que colaborar en una estrategia de solución a esta problemática. Especialmente nuestra Universidad, que cuenta con una Escuela de Educación, está en la obligación de ofrecer diagnósticos y políticas de solución a corto y mediano plazo. Crudamente, la cuestión consiste en un proceso internacional y nacional de cientos de miles de jóvenes que egresan de secundaria sin la preparación adecuada para ingresar en la educación superior y una estructura y recursos de esta incapaces de satisfacer aquella demanda.

En el problema de la preinscripción, las autoridades rectorales cometieron un grave error, que es necesario reconocer: ceder parte de la autonomía al Consejo Nacional de Universidades en lo relativo a la selección de bachilleres que deban ingresar a la universidad. Entonces se pensaba que de este modo se le traspasaba al Gobierno la cuestión de la demanda estudiantil. La práctica de los últimos años ha mostrado lo contrario: el movimiento de preinscritos centra sus luchas en la plaza del rectorado y no a las puertas del Ministerio de Educación. Por otra parte, la confección de las listas de aceptados, año tras año, es la labor más disparatada que pueda concebirse, sin que fuerza alguna pueda intervenir para mejorar la situación. De tal

manera que la universidad perdió por partida doble: cedió su derecho a la inscripción y se ve obligada a recibir una selección caótica, con un movimiento de protesta que todos los años secuestra a las autoridades universitarias.

Está planteado hoy un movimiento de rescate de la autonomía en relación al ingreso a la universidad. Tenemos que luchar para que cada escuela, cada facultad pueda acordar democráticamente, con la participación de estudiantes, profesores y autoridades, sus criterios propios de ingresos en correspondencia con la especificidad de la carrera y la demanda estudiantil respectiva. No se puede seguir aceptando pasivamente los listados absurdos provenientes del CNU, causa principal del desfase, la repitencia y la deserción universitaria en los primeros semestres de estudio.

La deserción y la repitencia no es una cuestión meramente cuantitativa, como se acostumbra analizar. Los últimos años son testigos de un gigantesco aumento cuantitativo de la demanda escolar, acompañado de casi un necesario descenso en la calidad de la enseñanza. El nivel cualitativo de la educación venezolana desciende vertiginosamente: es un proceso objetivo, producto del crecimiento cuantitativo no planificado. Solo algunas universidades han podido resistir el embate cuantitativo asegurando un mínimo de calidad, pero esto implica repitencia, deserción, permanencia estudiantil, etcétera. La Universidad Central ha sido testigo en los últimos años de una reducción planificada del número de estudiantes que ingresan en cada facultad. Es decir, hemos frenado el factor objetivo de repitencia y deserción. Hemos limitado el elemento cuantitativo. Ahora bien, ¿qué medidas concretas hemos tomado en cada escuela y facultad para reducir a un mínimo la repitencia y la deserción? Pensamos que pocas. La cuestión estriba en un viaje cualitativo de la docencia. Mientras no modifiquemos la estructura anacrónico-tecnocrática del postgrado, mientras no dediquemos una atención especial a la formación del profesorado instructor,

mientras no transformemos la investigación, en fin, mientras no se realice una reforma profunda de las estructuras académicas de la universidad (*pensa, programas...*) la calidad de la enseñanza será deficiente y persistirá, por tanto, el problema de la permanencia reiterativa de los estudiantes.

Hay una idea básica que puede combatir repitencia en los primeros semestres por el desfase existente entre la preinscripción y la inscripción real, que no corresponde en absoluto a los deseos y vocación del bachiller. Esto obliga al estudiante a un transitar permanente de una carrera a otra. Al menos en la Universidad Central, bajo el estudio de las distintas áreas que la forman, es posible un ciclo básico para integrar al bachiller al medio universitario y facilitarle la superación de sus desfases en los primeros semestres. Algunas escuelas y facultades marchan aisladamente con sus primeros semestres propios. Pero esto es insuficiente. Profesores, estudiantes y autoridades estamos en la obligación de discutir la factibilidad de esta alternativa.

En lo relativo a los exámenes de admisión, de aptitudes, etcétera, somos contrarios a ellos. Además, nos parece lógico que el movimiento estudiantil no está en capacidad de aceptarlos. Los exámenes de admisión y los cursos propedéuticos deben ser responsabilidad exclusiva del Gobierno a nivel de secundaria y no de la educación superior. Los planes de registro, preinscripción, prueba de aptitud, curso propedéutico, etcétera, constituyen una realidad a nivel de secundaria, incluso antes de otorgar el título de bachiller: pero no tienen sentido una vez que se ha otorgado dicho título. No se puede caer en la contradicción de graduar de bachiller a un joven y exigirle, por otra parte, una prueba de aptitud para poder ingresar a las universidades del país.

3. La transformación cualitativa de la docencia y la investigación

Debemos señalar que la problemática de la calidad de la docencia, de la investigación y de la extensión universitaria es un área pertinente a la universidad. Se trata de la región crítica por la cual deben responder autoridades y profesores de la facultad. Pensamos que las transformaciones a este nivel son las más realizables, puesto que dependen de la capacidad de decisión del profesorado, que tiene mayoría en los organismos de cogobierno.

Un primer paso objetivo del planeamiento interno de la universidad consiste en realizar un diagnóstico crítico de la realidad actual que confrontan institutos, escuelas, facultades y demás dependencias centrales de la universidad. Necesitamos una evaluación objetiva que permita utilizar esas informaciones para la toma de decisiones futuras de las autoridades universitarias. La estructura actual de la Universidad Central exhibe como característica central el hecho de ser un conjunto de escuelas, institutos y facultades sin nexos reales de integración. Las escuelas toman al estudiante en el primer semestre y lo conducen tubularmente hasta la graduación a través del rígido sistema de semestre-curso.

La estructuración de los programas obliga al estudiante a inscribirse en cualquier carrera, cuando no ha podido elegir en forma madura y ni siquiera posee información realista respecto a ella. Se ve obligado a transitar de una carrera a otra, perdiendo a menudo todos los estudios hechos anteriormente. La enseñanza continúa teniendo un carácter profesionalista y está destinada, casi exclusivamente, a otorgar licencias legales para el ejercicio de las profesiones, prescindiendo, incluso de las áreas temáticas más formativas de la personalidad. Tampoco se llega a alcanzar un nivel tecnológico eficiente, que exprese la correspondencia de la enseñanza con el ejercicio práctico de dicha profesión. Subsiste todavía una enseñanza que reposa en

conocimientos libresco, memorísticos, operativos, etcétera, sin la necesaria confrontación con la práctica y la realidad histórico-social de nuestro país. Y adoleciendo de una concepción teórica que le proporcione visos de totalidad al conocimiento.

Una transformación clave, de elemental reconocimiento en la educación superior, es la flexibilidad en los *pensa* y programas, que garantice al menos una revisión y/o elaboración renovada semestral de los programas y una asignación temática en correspondencia con la investigación que está realizando el profesor. Esto implica, desde luego, imponer un ámbito de trabajo superior, por encima de la cotidianidad actual; más, justamente, esto es lo que exige la universidad contemporánea. Cada semestre, las escuelas y facultades deberían revisar y renovar sus programas de oferta al estudiantado, con la excepción de aquellos cursos obligatorios para los cuales habría que establecer un régimen especial de revisión. El estudiante seleccionaría su opción según las materias y los profesores ofrecidos. Los profesores no estarán obligados a dictar cursos con una temática que desdeñan y para la cual no tienen simpatía sino precisamente cursos y seminarios en cuyos temas están investigando y necesitan compartirlos con la comunidad de la escuela o facultad. En fin, la transformación de los *pensa* y programas podría constituirse en una palanca fundamental que contribuya a elevar el nivel cualitativo de la enseñanza y la investigación.

Otro rasgo importante en la modificación sustancial de la docencia implica reestructurar los estudios de postgrados en la universidad. La Universidad Central de Venezuela (UCV) está obligada históricamente a transformarse en la universidad del postgrado en Venezuela, por su experiencia, tradición y personal. Somos contrarios a la existencia de cursos de maestría y doctorado sin personal capacitado para ello y muchas veces con profesores que no poseen siquiera el título de doctor. La importancia del

postgrado en la Universidad Central es correlativa a la transformación de la investigación y el programa de formación de los profesores instructores.

Pero la estructura actual del postgrado en la UCV tiene graves deficiencias que obstaculizan un mejor aprovechamiento del mismo. Lo que se ha hecho es copiar los estudios de cuarto nivel en otras latitudes, especialmente en los EE.UU., cuando la estructura cultural y educativa de nuestro país es completamente diferente a aquella. Podríamos decir que quizás en las áreas tecnológicas es aprovechable aquella estructura de postgrado, pero es muy dañina en el campo de las ciencias sociales y las humanidades. El postgrado no tiene por qué ser tubular con asignaturas y programas únicos y fijos. Ello implica adocenarlo como un postgrado, donde también criticamos su rigidez proveniente de secundaria. Lo fundamental es la preparación de una especialidad (maestría) o globalmente (doctorado) que culmine en una investigación propia, original; en ambos casos con sólida fundamentación teórica y metodológica. Es la tesis de maestría o doctorado lo que debe someterse a un serio examen público. No tiene sentido –al menos en humanidades y ciencias sociales– cursar asignaturas y obtener notas como si se tratase de un pregrado. Se ha trasplantado mecánicamente la estructura de funcionamiento del postgrado estadounidense a Venezuela, sin comprender que no se adecuaba a nuestra realidad. En todo caso, la rica experiencia que en este aspecto tienen algunos países europeos es más provechosa. Necesitamos transformar los cursos de postgrado de nuestra Facultad para dar un poderoso salto hacia adelante en la investigación y la calidad de la enseñanza, puesto que redundará en una más dilatada formación de nuestros profesores, especialmente los instructores.

A pesar de los programas logrados en los últimos años en la investigación universitaria, consideramos que esta no se encuentra a la altura del progreso científico contemporáneo, de los métodos y técnicas modernos, del desarrollo de las humanidades y las ciencias sociales, ni del número de profesores con que cuenta actualmente la

universidad. Nadie discute la importancia que para el país y la universidad tiene el incremento de la investigación; pero no damos un impulso intenso a los programas de creación y desarrollo de conocimientos. El estímulo a la investigación tiene que estar unido a las facilidades que se ofrezcan a equipos de profesores y estudiantes para realizar estudios orientados a producir conocimientos originales. Además, está la búsqueda de talento en las filas de los alumnos de los últimos semestres y el empeño en interesarlos en la investigación de los profesores jóvenes, cuya selección y preparación es indispensable para la formación creativa. Un plan que incorpore racionalmente el elemento humano de la universidad es indispensable para que la investigación cese de ser una actividad meramente individual.

La dispersión orgánica desde el punto de vista práctico, desde el punto de vista teórico en el desarrollo de la investigación necesita ser superada. La reorganización de institutos y la formación de consejos de investigaciones apenas han sido medidas meramente formales, que por su misma inaplicación no han ofrecido ningún aporte a un cambio de rumbo del proceso investigativo tradicional. Es necesario unificar orgánicamente los institutos y crear departamentos especializados en las distintas áreas temáticas en que se divide la actividad investigativa de cada facultad. Las fricciones personales y/o de grupos, los privilegios adquiridos, las estructuras burocratizadas, etcétera, no pueden seguir entorpeciendo una organización moderna, racional y eficiente del trabajo de investigación. Desde luego, toda transformación debe realizarse con el más amplio espíritu democrático y la participación decidida de las personalidades más interesadas. Es posible, entonces, comprender cómo se requiere la reestructuración de los institutos. Por supuesto, la marcha de las transformaciones orgánicas de los institutos tiene que ir pareja a las modificaciones que les imprimamos a la planificación y realización de la investigación propiamente dicha.

Dentro de su dispersión y desintegración de áreas, la UCV tiene la virtud de sintetizar un conjunto de problemáticas fundamentales

para el estudio del hombre. Si localizamos este hombre en nuestro país y en la época contemporánea, pensamos que las diversas áreas de la universidad pueden encarar, previa amplia discusión y participación, un plan orgánico de investigación que examine las estructuras fundamentales de nuestra formación social capitalista. Incluso es posible, metódicamente, asumir una problemática concreta determinada, por ejemplo, la educación venezolana y su papel en la práctica ideológica dominante, donde las diversas investigaciones converjan en los próximos años y proporcionen al país y a la universidad los conocimientos y estudios que requiere un problema tan vital hoy para el país como es el problema educativo.

Finalmente, la formación actual del profesorado no puede continuar al azar. Se clama con urgencia un programa de trabajo que articule los cursos de postgrado, los nuevos *pensa* y los programas de pregrado, el ciclo básico y la peculiar actividad docente de nuestros profesores instructores de cada una de las escuelas y facultades. A menudo, el recién egresado se contrata como profesor, o bien por sus virtudes gana un concurso de oposición, sometiéndose luego a los grandes cursos de los primeros semestres, justamente el material humano más difícil de moldear, que exige mayor experiencia profesoral. El joven profesor puede encarar parte de este trabajo, pero sobre la base de la participación del profesor titular de mayor experiencia en la cátedra, especialmente en las cuestiones teóricas fundamentales. Puede reunirse y colaborar con grupos de alumnos que someten a crítica los planteamientos teóricos postulados por la cátedra. Por supuesto que puede también desarrollar problemas que por vocación y competencia se sienta capaz de dictar. Si al lado de todo esto se incorpora, bajo la orientación de los profesores de mayor experiencia, a determinados cursos de postgrado en la universidad, posiblemente en poco tiempo mejore cualitativamente su participación en la docencia. Los planes de formación de nuestro profesorado son de una necesidad insoslayable.

PARTE III
LA UNIVERSIDAD VENEZOLANA
Compilación de entrevistas realizadas a José Rafael Núñez Tenorio

Entrevistas

1. La universidad venezolana. Crisis y desarrollo¹

¿Qué opina usted de la situación de la universidad hoy, con la parte de presupuesto que le niega el Gobierno nacional?

De entrada, debo decir que hay que luchar por el presupuesto universitario; las necesidades del saber y de la inteligencia, para un país como Venezuela, serán siempre insatisfactorias. Pero por razones esenciales como por intereses tácticos la universidad tiene que dar el ejemplo al país racionalizando el gasto. No hay tal racionalización en nuestras escuelas y facultades; lo único que existe es el congelamiento de las partidas para el ingreso de nuevo personal que, por supuesto, no es coherente con el progreso de la universidad. En cada escuela, facultad y universidad –respetando las especificidades de determinadas profesiones (por ejemplo, filosofía)– deben sacarse las cuentas sobre el costo graduado/presupuesto por año, alumno/presupuesto por año, etcétera. Y se verá que la suma es fabulosa. Hay que examinar el número de empleados y obreros así como el de profesores, en comparación con la cantidad de estudiantes. Estas son operaciones aritméticas simples y de rutina. Por ejemplo, el número de empleados que no son profesores iguala a estos; pienso que es un récord, “estilo Ripley”. Según las cifras promedio de la Unesco deberían los empleados ser la mitad del número de profesores. Esto sin

¹ Entrevista realizada por José R. Herrera L. Caracas, julio de 1993 (N. del E.).

contar con que, en algunos departamentos, los profesores son numerosos en comparación con los estudiantes etcétera. Este simple ejemplo cuantitativo proporciona una idea de la necesidad de racionalizar el gasto universitario; de buscar nuevos tipos de entradas, como por ejemplo, el aumento de los cursos de postgrado que son pagos y, en general, la actividad de asesoría e investigación industrial que la universidad puede realizar al lado de la producción privada.

Recientemente una comisión de reforma de la UICV, formada por exrectores y personalidades, ha publicado un documento. ¿Qué piensa usted al respecto?

En principio, eso es positivo. Lo que sucede es que se repite el clásico método burocrático-administrativo de encarar los problemas. Igual que en el gobierno, los gremios y los sindicatos. Esa metódica no solo es ineficaz, sino que no debería corresponder a la Universidad; no solo por su desprestigio actual como “politiquería”, sino que no ejerce ninguna acción práctica real para lograr el objetivo propuesto. A la Universidad le corresponde otra metódica de trabajo que podríamos denominar “académico-democrática”.

¿Cómo es eso? ¿En qué consiste el método “académico-democrático”?

Desde hace muchos años, hemos venido sosteniendo la necesidad de buscar nuevas formas de análisis, crítica y decisión para que seamos capaces de diagnosticar, analizar y hacer prospecciones, consonas con la especificidad del problema concreto que estamos encarando. En el pasado la solución a los grandes problemas nacionales se hacía empírica y espontáneamente. Se vivía al día, pero no se estaba al día. Hoy se pretende superar esa etapa mediante comisiones burocráticas de supuestos “especialistas” y/o técnicos que, mediante interpretaciones ideológicas y/o subjetivas, formulan diagnósticos superficiales, análisis acríticos y diseños conciliadores con los intereses particulares y/o partidistas existentes. Estas comisiones –presentes en todos los organismos representativos del país– son un instrumento

inepto, burocrático e ideológico para afrontar, orgánica, democrática y científicamente, la solución a los grandes problemas nacionales.

Me parece bien; apunta a la esencia de los métodos ineficaces para solucionar los problemas histórico-sociales; pero, ¿cómo aplicar la metódica “académico-democrática” a instituciones como las universidades?

La universidad venezolana tiene la responsabilidad histórica de hacer diagnósticos objetivos, análisis críticos profundos y proponer soluciones a largo, mediano y corto plazo. Pero esto no lo ha hecho. Ello se debe a que se trata de problemas complejos de la dinámica social y nuestra formación metódica e investigativa en general; en estas áreas, no va más allá de aplicar mecánicamente el método hipotético-deductivo de las ciencias naturales, que es, a todas luces, insuficiente. Tampoco, entonces, la universidad ha cumplido con las exigencias de la nación, independientemente de que sus propuestas sean asumidas o no por el gobierno de turno.

Todo esto nos indica la necesidad de construir nuevos diseños de asesoría y decisión. Si bien lo burocrático e ideológico son componentes indispensables de toda actividad interdisciplinaria científico-social, incluso las de estudio e investigación, tampoco es menos cierto la exigencia de limitar la acción de estos elementos lo mínimo posible. Por ejemplo, un equipo investigador de un determinado problema requiere:

1. Los discursos teóricos más lúcidos producidos en los últimos años sobre un determinado problema (pero no puede analizar, ni tomar decisiones en función del contenido de ellos; que es lo único que se hace).

2. Analizar esos enfoques ideológicos y burocráticos precisando las hipótesis y conceptos fundamentales de cada uno de ellos; su consistencia teórica interna (no lógica) y su contrastación con la práctica social real (no la empírica). Esto solo ocasional e individualmente

se realiza; siendo, además, subestimado, pues se considera como una opinión ideológica más.

3. Realizar una crítica de dichos discursos, en función del análisis anterior, que permita situarlos en la nueva práctica que se desea instaurar y completarlos orgánicamente dentro de su consistencia teórica específica (por supuesto, esto nunca se lleva a efecto).

Pero, además de estos requerimientos metódico-investigativos, están los instrumentos democráticos y colectivos de discutir y tomar decisiones grupales. Desde luego, la asamblea es la forma clásica, pero en su estilo tradicional así como en el dominio de los aspectos burocráticos y partidistas. Habría que conformar equipos de investigación y discusión –especie de seminario-taller– donde los límites a los enfoques ideológicos y las facilidades a los análisis científicos sean reales. Justamente, esto es lo que no sucede.

Me parece muy bien y el esquema conceptual de la nueva metódica comienza a aclararse, ¿entonces, qué propone desde el punto de vista práctico?

Se trata de una nueva herramienta político-investigativa que proponemos para el debate. Una nueva forma orgánica de análisis y decisión, capaz de proporcionar una renovada dinámica de grupo basada en un nuevo estilo de metódica teórico-investigativa, especialmente adaptada al medio de nuestro mayor desarrollo como es la universidad. Por supuesto, ello significa una nueva directriz docente-investigativa.

Sea, por ejemplo, el problema, tan nuestro, de la crisis y desarrollo de la universidad venezolana. La actual crisis que sacude nuestra educación y, en particular, la superior, es un hecho patente. Las universidades están llamadas a realizar estudios críticos de los grandes problemas nacionales; pero, especialmente, de la propia educación y de la misma universidad en las cuales están inmersas. Podríamos así diseñar modelos sustitutivos, articulados con la realidad del país y el progreso mundial de las ciencias, las tecnologías, las humanidades y la educación.

Creemos que un modo idóneo de encarar esta cuestión sería programar un curso de postgrado (doctorado, maestría, e incluso, especialización, etcétera) donde el eje central sea la investigación de la actual crisis que vive la educación superior. El proyecto debe interpretarse como la integración orgánica de las tres misiones clásicas de nuestras universidades: investigación, docencia y extensión. Se trata de coordinar planes multidisciplinarios de investigación teórico-histórica que aspira analizar y someter a crítica la producción teórico-práctica venezolana sobre educación y universidad.

Se podría en cada semestre del curso seleccionar a un mínimo de cuatro-ocho ponentes que puedan exponer en dos-cuatro conferencias su diagnóstico, análisis y prospección sobre una determinada área de la crisis universitaria, o de ella en su conjunto. Estas conferencias se grabarían (en el caso de que no se presenten textos por escrito), analizarían y criticarían por parte de los cursantes y el equipo profesoral (el cuerpo investigativo). El trabajo se centraría en precisar las hipótesis y conceptos fundamentales de cada discurso teórico, como condición previa a toda crítica. Esto permitirá el análisis de una veintena de los discursos más lúcidos y representativos de la práctica de la educación superior venezolana.

¿Qué tipo de problemas relevantes serían examinados en estos talleres?

Aparte de los cursos tradicionales mínimos indispensables, habría que encarar, al menos, los siguientes:

1. Las reformas académico-docentes de las universidades; especialmente la cuestión de la investigación, el postgrado y la formación profesoral.
2. La reorganización financiero-administrativa, en particular, las relaciones de las universidades con el proceso productivo del país.
3. La reformulación político-legal (Nueva Ley de Educación Superior).

4. Analizar críticamente el texto de Darcy Ribeiro sobre el modelo de universidad que propuso para Venezuela en ocasión de la Renovación universitaria.

Paralelamente al curso y al avance de la investigación se irán re-dactando los principales discursos y los trabajos de análisis y crítica de ellos. El objetivo ulterior sería –al cabo de dos años– publicar un libro que recogería:

1. Las tesis fundamentales y las categorías centrales de los discursos de los representantes seleccionados y la respectiva crítica de los cursante-investigadores (que servirá, a su vez, para su evaluación).

2. Algunos trabajos monográficos críticos, surgidos en el curso de la investigación-taller.

3. Trabajos especiales con cifras, datos, fechas, y otros (los elementos cuantitativos indispensables) que contribuyan a las posteriores investigaciones.

4. Las soluciones acordadas a los variados problemas concretos, como propuestas de la Universidad al Estado, al pueblo venezolano.

Esto desde luego, es un simple ejemplo. Pero permite visualizar una nueva forma de análisis y decisión más científica y menos ideológica; más universitaria y menos politiquera; más académica y menos burocrática... sobre cómo deben encararse los problemas principales del país.

Nos parece muy original esta concepción acerca del estilo y los métodos de dirección anti burocráticos y estrictamente académicos universitarios. ¿Cómo llegó usted a esta apreciación, o mejor, cuáles son los fundamentos que apoyan filosófica y políticamente sus nuevas formas de análisis y decisión en el ámbito universitario?

Estamos acostumbrados a ir sobre la marcha, en el hilo de la espontaneidad de la historia. Pero hemos sido poco capaces, especialmente cuando las circunstancias nos hacen dar marcha atrás, de desandar el camino andado y analíticamente desmontar nuestro

bagaje teórico; a fin, de someter a una reflexión crítica a los personajes categoriales que han poblado nuestras ideas. Pareciera que somos más propicios al lenguaje inmediato, a la literatura virgen, al empirismo en el pensamiento político y social, que al trabajo duro y agotador, de lecturas y reflexión, que permita organizar y sistematizar un cuerpo teórico de doctrina política y social, condición indispensable para la realización de la crítica. Esta necesita que las ideas prendan en las masas y se transformen en históricas, como requisito elemental para atraer la atención reflexiva. Además, la teoría, objeto de crítica, debe constituir un sistema-problema, relativamente articulado, sobre el cual pueda ejercerse una presión totalizante. Solo de este modo la visión global favorece localizar cada aspecto y momento de la crítica en el contexto de la realidad histórica, tanto la teórica como la práctica.

Todo esto significa elevar el papel de la teoría para que el análisis y la crítica sean capaces de edificar nuevas alternativas. ¿Cómo piensa usted que se pueda superar, al estilo hegeliano, el empirismo y la espontaneidad intelectual y universitaria?

La superación de la espontaneidad político-literaria y el empirismo intelectual universitario no es una mera ilusión sino una exigencia real. Necesitamos atender el movimiento del pensamiento, tomarlo en cuenta, repensarlo. Si aceptamos el reto, entonces evidentemente una nueva ola de teoría político-social, mucho más exigente y rica, esperaría ser plasmada en el curso de los próximos años. Tenemos por delante una ambiciosa investigación: el análisis de la praxis revolucionaria de las últimas décadas. Eso no puede comenzar sino por la teoría histórica que representa con propiedad y lucidez aquella práctica. Necesitamos partir del análisis de la teoría que hemos producido –por espontánea e ideológica que haya sido– para producir un salto innovador de nuestro pensamiento, en la medida que nuestras ideas sean un instante específico de nuestro ser histórico,

de nuestra propia praxis. Con base en este desafío, estamos obligados todos, no solo a transformar la práctica política cotidiana, sino, principalmente, a propiciar un movimiento teórico-crítico, un estilo intelectual nuevo, que haga realidad la convergencia entre el pensamiento y los hechos, el intelecto y el empirismo, la teoría y la práctica. En una palabra: hay que transformar la teoría en una fuerza material, hacer del pensamiento una potencia histórica.

Como ustedes podrán pensar, hay dos momentos fundamentales, dialécticamente interconectados, en toda teoría social y/o humanística: el crítico-ideológico, enraizado con la práctica política, que estimula la más amplia discusión en todos los sectores e instancias (hasta ahora, el único que se realiza en forma espontánea) y el teórico-científico, propiamente investigativo, que pueda ser capaz de situar, analizar y criticar las grandes zonas problemáticas de nuestra realidad venezolana. Este es, precisamente, el que propiciamos desarrollar. En la medida que ensamblamos ambos momentos seremos capaces de transformar la teoría en un eslabón que muerda la historia, para hacerse praxis en la lucha política, cultural e ideológica de todos los días.

Por ejemplo, la historia política contemporánea de Venezuela debe ser analizada y criticada como punto de partida para cualquier proyecto político, cultural y/o universitario alternativo. Deberíamos comenzar por el presente para acercarnos paulatinamente al pasado. Digamos, comenzar por los regímenes de CAP, Lusinchi, Herrera Campins, que son los responsables directos de la crisis actual. Un análisis crítico de estos períodos es indispensable para cualquier nuevo modelo de desarrollo económico-político para Venezuela.

2. Crisis de la educación superior venezolana²

2.1. La situación actual de la educación superior: áreas problemáticas

La primera pregunta es ¿cómo describiría usted la situación actual de la educación superior?

En verdad, a la educación superior venezolana le aqueja una profunda crisis, como expresión de la crisis de la educación en general. Ella, a su vez, responde a la situación económico-política que estamos viviendo desde los años sesenta: “el bipartidismo petrolero”. Este modelo de desarrollo está agotado históricamente: el petróleo no puede ya dar más. Todo ello se refleja, con mayor evidencia, en la educación, a pesar de que el Estado le ha prestado el mayor presupuesto. En la educación, la crisis es más evidente y palpable. De manera que vista la situación históricamente, en su conjunto, los problemas de la universidad reproducen la crisis educativa nacional, digamos a nivel cultural, moral e ideológico-cultural. Y ella, a su turno, es expresión de la crisis general del modelo que tiene su base en la estructura económica³. En realidad, las transformaciones de las últimas décadas son fundamentalmente cuantitativas, en correspondencia al ritmo del crecimiento demográfico de la población. Son mutaciones de carácter espontáneo, sin ninguna planificación. Hoy nos encontramos, en el plano universitario y educativo, con la superposición de proyectos, programas y planes; en fin, con una desorganización y una espontaneidad increíbles. Todo ha sucedido tejiendo unas estructuras sobre otras: universidades, politécnicos, pedagógicos, tecnológicos, colegios, etcétera, sin un plan racional previamente concebido y articulado. Un caos,

2 Entrevista realizada por la profesora Nina Éstes, Cendes (N. del E.).

3 Se trata de un modelo pragmático, impuesto por las circunstancias históricas. No es un modelo *in stricto sensu*.

un desorden, solo para resolver el problema cuantitativo. Quizás la estructura que se percibe como menos dañada es la universitaria; sin embargo, ella no deja de reproducir los defectos de nuestra educación superior.

Por supuesto, el diagnóstico de la estructura universitaria es negativo. Ello nos da una idea de lo que acontece en otros campos de la educación, tanto superior como general. Tomemos un ejemplo. Si en la UCV pasamos de cuatrocientos profesores, que necesitaron varias generaciones para formarse, a siete mil profesores hoy, en solo veinticinco años, imagínense lo que habrá sucedido con el resto de universidades, colegios, pedagógicos, politécnicos, etcétera. Entonces lo que tenemos a nivel de la educación superior es un caos, puesto que su único objetivo ha sido solventar la cuestión cuantitativa, sin importar un bledo la calidad de la preparación estudiantil. Tampoco el problema cuantitativo está resuelto. Creció la primaria; luego la secundaria... hasta “el cuello de botella” que significa la universidad, donde todos quieren ir. No podemos continuar sin un plan racional de educación superior. Esto es una exigencia de primer orden. La educación para nosotros es el problema sustancial del país de los últimos veinticinco años y solo se ha intentado resolver la cuestión cuantitativa.

Dentro de la situación actual de la educación superior, ¿cuáles considera usted que son las áreas problemáticas fundamentales?

Debo hacer una advertencia. El vocablo “problema” implica contradictoriamente dos sentidos, más o menos comunes en la ideología cotidiana. El problema es donde las cosas marchan mal, por una parte. Pero también hay un significado creador, donde las cosas se quieren superar. De manera que hay algunas dificultades al utilizar el término “problema” para detectar las fallas y/o errores. En lo fundamental, las áreas problemáticas no solo son las fallas de cualquier círculo social, sino también aquellas zonas donde se aspira

a avanzar. Habría que advertir, pues, que hablamos en el sentido de la ideología corriente; no en el significado estrictamente académico del concepto.

Pienso que la educación superior, vista en su conjunto, tiene tres áreas importantes. La primera: que no hay una política educativa guiada por una doctrina con sus tesis fundamentales, su estrategia claramente establecida, independientemente del aspecto táctico-operacional. Lo que es planificado como viable no se realiza; no existe en el país. La marcha del proceso educativo ha sido un permanente “estar al día”, en forma espontánea y pragmática, superponiendo planes y programas, según sean los gobiernos de turno, siempre con la esperanza de resolver las cuestiones más inmediatas que son invariablemente cuantitativas. Conclusión: que no hay una teoría, una estrategia a largo alcance, que articule, globalmente y para varios lustros, la política educativa nacional. Lo menos que se le puede pedir al Gobierno y a las propias universidades es la construcción de esta política, su pilares fundamentales, su teoría, su estrategia y la planificación de la respuesta adecuada a cada uno de los peligros más importantes que aparecen en cada una de las etapas. La doctrina que existe es la empiria práctica, nada más.

A la falta de una política educativa consciente hay que añadirle otra área, que hace aún más problemática la situación: la falta de organización, la burocracia del aparato administrativo de la educación venezolana. No son solo los maestros y profesores, sino todo el andamiaje burocrático-administrativo y hasta sindical y/o gremial. En otras palabras, la falla de los “recursos humanos” que tendrían que poner en práctica la política educativa diseñada, cumplir con sus objetivos. El aparatage administrativo de nuestra educación también es empírico: son el producto simple y llano del carnet del partido de turno (AD y/o Copei), sin ninguna preparación ni formación alguna. La instrucción que se ha intentado hacer con las escuelas de Educación y los pedagógicos ha producido resultados muy mediocres. Quienes

han sido enviados al exterior, repiten tesis foráneas, sin ningún signo de aplicabilidad a las condiciones específicas de Venezuela. Y a ello hay que agregar que la educación venezolana, siendo de mala calidad, es una de las más caras del mundo. La cantidad de bolívares que se gasta para la preparación anual de cada estudiante es gigantesca, en comparación con otros países. Esto significa que no existe una racionalización del gasto presupuestario educativo que permita que los recursos se empleen idóneamente en aquellos objetivos propuestos.

La tercera gran zona problemática de nuestra educación es su desarticulación con la comunidad, es decir, con nuestro pueblo. Tenemos una educación burocrático-formal, aislada por completo de la sociedad, de donde debe nutrirse y a la cual debe servir. La educación venezolana solo en términos abstractos o formales intenta vincularse con la comunidad. Ella marcha por un lado, con una estructura burocrático-partidista y, por otro lado, se desarrolla la formación social capitalista venezolana. Esto trae consigo serios conflictos no solo educativos, sino económicos, sociales, culturales, etcétera. Este es el tercer gran problema, el desfase educación-comunidad. Quisiera poner un caso de ello, porque me parece que mi planteamiento es todavía muy general y abstracto. Por ejemplo, en las escuelas de Educación y en los pedagógicos, la educación que allí se dicta debería hacerse en forma práctica y con el mínimo de teoría posible. Un estudiante de Educación no requiere de tantas materias teóricas, mientras que su formación fundamental debería ejercerla en plan práctico en escuelas, liceos, colegios. Las clases normales que se dan en secundaria, por ejemplo, bajo la guía de los profesores ya graduados, deben servir de laboratorio para la adquisición de experiencia práctica pedagógica por parte de los estudiantes de Educación. Incluso así se inició el Pedagógico cuando creó, a su lado, el Liceo de Aplicación. Pero todo esto se ha olvidado. Y la formación del egresado es libresca. Tampoco hay un dominio teórico de la asignatura en la cual el estudiante se ha especializado. De manera

que persiste una formación aislada de la realidad social. El joven sale graduado y ni siquiera sabe cómo dar una clase. Tiene que enfrentarse a una realidad nueva, primeriza, cuando miles de liceos y colegios están ahí, para la práctica educativa elemental del maestro y del profesor. Por supuesto, es necesaria la teoría; pero si de los cinco años de la carrera, cuatro los pasan dando clases como pasantía, además de colaborar con la educación del país, adquieren una formación experimental determinante para su profesión. La teoría, además, adviene con la tesis de grado como culminación de esa experiencia práctica de cuatro años de clase, combinada con el estudio teórico de los programas didácticos contemporáneos. Tendríamos así excelentes maestros, que es el objetivo prioritario de la educación. Desde luego, no solo es responsabilidad del Gobierno, del Ministerio de Educación; también lo es de las universidades y sus escuelas de Educación, Psicología, Historia, Ciencias, Filosofía, etcétera. Bueno, todo esto significa la crisis educativa. Pero, justamente, los momentos de crisis son los de búsquedas y creación; terminar con el pasado y abrir nuevas compuertas al porvenir. Y en este trabajo la responsabilidad de la educación es de primer orden: innovar, crear, transformar la educación. ¡He ahí el gran imperativo de la época que estamos viviendo!

Si lográramos buenos maestros y profesores, forjados al calor de una nueva concepción de la cultura y la educación, se nos podría decir: ¿qué ganamos con recursos humanos positivos si existe el despelote organizativo, no hay una doctrina educativa y el proceso sigue desligado de la comunidad? Bueno, pero es un paso formidable de avance. Además, es lo que pueden aportar la Universidad y los educadores por sí mismos. Lo otro sí es responsabilidad del Estado y de las transformaciones en la sociedad civil. Es un gran salto, aunque esté contra el medio, contra el sistema imperante. Pero resulta que nuestros educadores son muy deficientes, tenemos una formación libresca, teoricista; no estamos articulados con los problemas de nuestro pueblo y eso es vital para una solución de fondo.

2.2. Las grandes áreas problemáticas de la universidad

Ahora bien, estas son las tres grandes áreas problemáticas de la educación, vistas en su conjunto, pero me parece que este enfoque tiene que concretarse en un elemento específico, como sucede siempre en las ciencias sociales, que transitan de lo general a lo particular, de lo abstracto a lo concreto (por supuesto, concreto de pensamiento, no concreto real). Eso significa darles determinación a las abstracciones, a las ideas generales. Un ejemplo puede servir de modelo para rellenar estas ideas; podría ser el caso de la universidad como prototipo de educación superior. Allí la cuestión no es cuantitativa, sino cualitativa. La enseñanza superior requiere de un ascenso constante de calidad, que los teóricos “made in USA” denominan ahora “excelencia”. El ejemplo histórico de la Universidad Central está a la vista de todos: ha ido perdiendo su nivel cualitativo por el gigantismo de su crecimiento cuantitativo. En las universidades nacionales tenemos áreas problemáticas más precisas, que concretan a aquellas...

¿Cuáles son las áreas problemáticas de la universidad?

Por supuesto, tomaremos la universidad como modelo para el conjunto de la educación superior; lo cual no significa que no tengan que verse los elementos propios de la educación superior en los pedagógicos, colegios, tecnológicos, politécnicos, etcétera. En otras palabras: me atrevo a dar mi opinión sobre las universidades, puesto que es mi campo de experiencia por más de treinta años. De los otros tendré que hablar en forma genérica, no de manera específica. Es importante empezar por la universidad, supuestamente la cúspide, porque significa un paso sustancial para iniciar la reforma de la educación. Como idea principal hay que comenzar por la transformación de las universidades y, dentro de ellas, por la zona más alta, el postgrado, la investigación, la formación del profesor. Esto

lo vengo repitiendo desde hace más de diez años, a partir de la Renovación de 1968 a 1972. Pero las autoridades no nos hacen caso y prefieren vegetar en la universidad burocrática que tenemos. En el fondo, no quieren transformar la Universidad.

La idea sustancial que uno viene manejado desde hace mucho tiempo es, por ejemplo, convertir la UCV en la universidad del postgrado en Venezuela. Esto no significa liquidar el pregrado, sino ir reduciéndolo paulatinamente en la medida en que vaya aumentando el postgrado. La UCV es la única universidad con una extensa experiencia en educación superior y además, es la que forja el personal y los recursos para todas las demás universidades. Por supuesto, no solo la Central, también Los Andes, el Zulia, etcétera. En fin, este postgrado o cuarto nivel tiene que devenir la cuestión esencial de la transformación universitaria, proyectándola en la investigación. Y eso significa un problema porque la investigación, fundamentalmente, se estructura a nivel del postgrado. La separación investigación-postgrado ha sido un grave error en la Central. Solo la Facultad de Humanidades ha podido superar eso parcialmente en relación al doctorado. Allí, en lugar de realizar los tipos de postgrados estadounidenses, que tienen validez para las carreras tecnológicas, se ha diseñado un doctorado específico para las escuelas humanísticas y de ciencias sociales. El postgrado que domina en las universidades yanquis es el de los tecnológicos, de profesiones como Medicina, Ingeniería, etcétera donde lo sustancial es la escolaridad y no la investigación. Además, fíjense bien, que no hay doctorados, sino cursos de ampliación y especialización. En cambio, en Humanidades y Ciencias Sociales -esta es la línea europea- lo principal es la investigación; no importan tanto la escolaridad, los cursos, etcétera. En Francia, por ejemplo, simplemente te inscribes. Así como lees un libro vas a una clase, en tanto ello te ayude para tu investigación. Tu tesis de maestría o doctorado gira en torno a la investigación y es lo único que interesa. Todo para que esa tesis sea algo original y

creativo y no un simple trabajo escolar, puesto que con veinte cursos es imposible tener tiempo para investigar, particularmente en las disciplinas teórico-históricas. Por ello es imposible en Humanidades.

Por lo tanto, la investigación es un reto que tenemos planteado. Acabamos de terminar en Humanidades unas jornadas de investigación, con trescientas y tantas ponencias, que realizan el balance crítico de lo que se está investigando cada año en cada área de la Facultad. Son trescientas ponencias investigativas. Eso es lo importante, pues coloca la investigación en el lugar central dentro de las universidades.

En tercer lugar, tenemos la temática de la formación de profesores, la cual está ligada a la investigación y al postgrado. Porque hoy, en verdad, es el profesor quien efectúa el postgrado. Tiene que llevar a cabo una investigación que constituye, justamente, su maestría o su doctorado. Uno está tentado a decir que, en una universidad como la Central, el profesor debe tener, si no un doctorado, al menos una maestría para poder ser profesor. Eso no ocurre. Como sabemos, tendrán maestrías un diez por ciento de los profesores. El doctorado no lo tienen ni siquiera las autoridades, comenzando por los rectores y los decanos. Por supuesto, esto tiene un nombre: corrupción académica. Imagínese el salto cualitativo que daríamos si tuviéramos esa exigencia de postgrado realizada.

En esta área problemática (investigación-postgrado-formación profesoral) no hay estructuras anquilosadas; son, más bien, articulaciones que se están haciendo. De tal modo que pueden ejecutarse sin necesidad de romper con intereses ya creados. Justamente, esto es lo que acontece con otras problemáticas, donde encontramos estructuras férrreas. Entonces, no basta el proyecto sustitutivo de las estructuras existentes sino que surge la necesidad de una lucha político-democrática para poder romper con ellas. Esta área superior tiene la facilidad de que hay poca resistencia habitual a los cambios y estos se pueden instrumentar. Esto es lo que denominamos cuarto nivel y por allí debemos

empezar, porque es lo más factible o viable en la educación superior desde el punto de vista político.

En segundo lugar está el asunto de los preinscritos y la vinculación de las universidades con la sociedad, con sus comunidades. La demanda estudiantil es un problema socioeducativo de alta monta, que es necesario afrontar con planes, programas y doctrinas a largo alcance. Nada de esto existe. Si lo anterior es más fácil de resolver, esto es lo más difícil, porque escapa a los recursos y los medios de las universidades como tales. Es una situación explosiva socialmente que la improvisación y el pragmatismo del gobierno (de turno) condujo desde hace años, sin poder solventar. Antes se creía resolver aumentando los presupuestos cada año. Pero esto se agotó. Los presupuestos están congelados y seguirán así. Sin embargo, está planteado un conjunto de medidas –que las podemos examinar aparte– no solo respecto a la preinscripción, sino en general, en relación a los nexos de la universidad con la comunidad y, particularmente, con la región y su producción económica especializada.

Otro asunto relevante es la deserción, la repitencia, etcétera, toda esa problemática mediante la cual a la Universidad entran cien estudiantes y solo se gradúan diez o quince. Esa es una cuestión muy importante, que es necesario analizar. Tiene que ver con la calidad de la enseñanza. Es lo que he llamado la subutilización académica de la universidad. Si la problemática del cuarto nivel es la más táctica (realizable inmediatamente), esta es la más estratégica (a largo plazo) y también la más difícil. No se arregla solo con dinero. Se quiere solucionar con “parches de mercuriocrómico” ahondando todavía más el conflicto. Empíricamente no puede solventarse. Tienen que asumirse soluciones con planes estratégicos a largo alcance.

La tercera área es el propio pregrado, que puede tomarse como un modelo de transformación cualitativa de los contenidos de la enseñanza y de la modificación de los métodos y hábitos de estudio. El último cambio sucedido en nuestras universidades fue la

Renovación académica del año 68 al 72, cuando el Gobierno se vio obligado a cerrar las universidades. La metódica de renovación fue muy sencilla: revisión de los *pensa* de estudios en todas las escuelas, modificación de los programas de las asignaturas, transformación de estas según el diseño de profesión de cada escuela, en fin, la crítica a la idoneidad profesoral, etcétera. Todo esto se está exigiendo de nuevo hoy y hay que hacerlo.

El cuarto elemento es, digamos, el burocrático-administrativo, es decir, la estructura administrativa y política de nuestras universidades, diseñadas por la ley y sus reglamentos. La administración del presupuesto y la toma de decisiones se concentra en el poder de los consejos universitarios. La práctica hasta ahora es muy deficiente. Ello tiene, también, que ser transformado. En consecuencia, estos son los cuatro grandes problemas que ahogan la educación superior en Venezuela. Es preciso afrontar con lucidez estas cuestiones. El orden podría ser: el cuarto nivel, luego el pregrado, después la demanda estudiantil (preinscripción, deserción, etcétera), que tomaría más tiempo para resolverlo y, paralelo a todo ello, encarar toda la estructura político-administrativa de las universidades: obreros, empleados, autoridades, leyes, reglamentos, entre otros.

Usted había señalado un conjunto de problemas de carácter práctico en relación a la educación; ahora, ¿el orden de importancia es exactamente el mismo o lo cambiará?

Allí premeditadamente no puse ningún orden, como ahora, porque mi análisis crítico respecto a la educación en general es abstracto. La importancia de ellos y sus prioridades tienen que decidir las autoridades respectivas y/o el propio movimiento educativo nacional. En el caso de las universidades nuestra crítica tiene elementos concretos –ha sido mi ámbito de trabajo por años–; por lo tanto, estaba obligado a plantear el orden correspondiente de realización.

2.3. Causas que han generado los problemas educativos

Lo que usted ha llamado problemas específicos y concretos, ¿los identificaría exclusivamente con las universidades?

A cargo de nuestra formación, sí, porque es lo que he experimentado durante treinta años. Pero eso no significa que ellos no puedan tener proyección a nivel de la educación y, a lo mejor, con más urgencia. Evidentemente, el postgrado no tiene sentido allí, pero la revisión del pregrado, todo ese asunto de la demanda estudiantil y la cuestión político-administrativa de los otros organismos, persisten en todas las estructuras de funcionamiento de la educación. Quizás existan otros problemas específicos allí, que, justamente, deben encararse con rapidez para mejorar nuestra educación.

De ese conjunto de problemas, señalados por usted, ¿cuáles son las causas que los han generado?

Bueno, eso es más complejo. Muy difícil de precisar. Las causas uno las puede esbozar en un discurso –digamos, deductivo–; pero no es fácil determinarlas. Quizás, uno pudiera orientarse, en un sentido clásico, distinguiendo entre causas objetivas, que no dependen sustancialmente de la voluntad de quienes han dirigido y realizado esta actividad –que se puede aplicar también a las estructuras económicas, políticas, ideológicas, etcétera– y causas subjetivas, cuya responsabilidad concreta corresponde a quienes dirigen y realizan la acción educativa. Esto es muy importante, porque sobre las causas subjetivas podemos influir directamente para cambiar el curso de las cosas; no tanto sobre las objetivas, donde influyen otros elementos. Por ejemplo, el caso de los postgrados en las universidades, articulados a la investigación y la formación profesoral, puede implicar profundos cambios en la calidad de la enseñanza hasta a mediano plazo. Esta es la base de todo análisis causal de los procesos sociales. Hay que determinar, pues, un conjunto de causas objetivas y subjetivas. Desde

el punto de vista objetivo, ya he planteado que una de las causas de la crisis educativa: ella reproduce el agotamiento del modelo económico-político del bipartidismo petrolero corrupto que ha sufrido Venezuela en los últimos veinticinco años. Por supuesto, esta es una respuesta general, pero es lo que se denomina, en términos positivistas, el “marco teórico”, como punto de partida del análisis. En segundo lugar, está la cuestión económica del carácter costoso de nuestra educación, en la relación presupuesto-graduado cada año, que debe examinarse con toda responsabilidad. Así, resulta que de cien alumnos que ingresan, apenas se gradúan seis. El porcentaje es ínfimo, en comparación con el presupuesto invertido. No estoy planteando, de ninguna manera, reducción del presupuesto; lo que señalo son las posibilidades de mejoramiento que existen, a pesar del presupuesto. Todo esto sucede por la desidia, la irracionalidad, la falta de planificación, etcétera.

En tercer lugar, tenemos también como causa objetiva la estructura político-administrativa del país. No se nombra director o profesor al más capaz, sino al recomendado de turno del partido. La “carnetocracia” es un hecho, incluso en educación, como en el resto de las actividades del país. Un poco han escapado las llamadas universidades autónomas, pero allí se han enquistado pequeñas roscas que juegan idéntico papel que la burocracia “adecopeyana” del Gobierno. Cumplen exactamente la misma función. Esto significa que hay una estructura político-administrativa que limita, esto es, que la academia, la universidad, los intereses del país, que deberían colocarse por encima de los pequeños intereses partidistas y grupales (politiqueros) –incluyendo a los partidos de izquierda– no lo están. Todo lo contrario. Han existido posibilidades objetivas y subjetivas para hacer transformaciones en determinadas universidades, facultades, etcétera donde ellos dominan, pero no han sido capaces de hacerlo. Un decano o un rector de izquierda es igual a un ministro adeco y/o copeyano. Así, entonces, la estructura política es una determinante

causal. El decano exclama: “quiero hacer, transformar; pero no me dejan. Tengo proyectos y ni siquiera los quieren estudiar”. Hay parte de verdad en ello; pero lo que sitúo como causa objetiva es la estructura político-administrativa existente. No obstante, pienso que hay pequeñas rendijas, ciertas posibilidades para algunas innovaciones que impliquen un mayor esfuerzo subjetivo, un cambio. Podría esgrimir ejemplos, pero la mayoría son personales y es inelegante referirme a ellos. Pero el personal de la facultad y de la universidad los conoce.

Por último, está el telón ideológico: una ideología dominante –la misma que denominé “bipartidismo petrolero corrupto”– a través de la cual la gente difícilmente puede pensar que se pueda hacer algo, innovaciones, creaciones etcétera. Necesitamos un terremoto político que sacuda la mata ideológica. Esa tramoya ideológica obstaculiza, crea ese clima espiritual de resignación y conformismo entre los profesores, empleados y estudiantes: “cobro, doy clase y me voy a casa; ¿qué más puedo hacer?” –arguye el profesor ante su resignación. Esto forma parte de la ideología dominante. Así, incluso la conciencia de los que hasta ayer fueron entusiastas renovadores está ahora cabizbaja. Ideológicamente, la división en la Universidad no es solo entre izquierdas y derechas. No. La división es entre los conservadores y resignados, que quieren mantener el statu quo y la gente con criterio innovador, crítico, que aspira hacer algo. Y ese innovador necesariamente no es de izquierda, puede ser copeyano, adeco y, sobre todo, independiente. Esa es la verdadera división existente. Una universidad tiene que estar a nivel del saber mundial y avanzar al ritmo del desarrollo del país; para ello tiene que transformarse constantemente y destruir las estructuras anquilosadas que obstaculizan su progreso.

Estas serían las causas objetivas más importantes. Las subjetivas implican casos específicos y análisis más concretos y detallados. Las subjetivas no se pueden plasmar en un plano abstracto y general (como las objetivas), tienen que tratarse en un nivel coyuntural y táctico, según

cada zona en particular. Hay que detectarlas en casos concretos de alguna facultad, escuela, etcétera sobre un determinado problema concreto. Podríamos hablar de ellas en forma genérica; pero ellas tienen sus perfiles propios, muy determinados. Podría poner un ejemplo que no les gusta a muchos. El caso es la izquierda. Esta tiene condiciones donde ha sido y es poder todavía y, sin embargo, no ha realizado transformaciones. ¿Qué podría costarle a la izquierda impulsar un movimiento de reestructuración de las universidades nacionales? El mismo Gobierno –aun cuando sea demagógicamente– está hablando de una comisión reestructuradora del Estado y la sociedad civil en general, ¿por qué la universidad no lleva a cabo otro tanto? Las sesiones y el trabajo cotidiano burocrático “viven al día” pero “no están al día”, como gusta decir a un amigo mío. Necesitamos, pues, en las universidades ahora unos cuantos quijotes que quieran renovar, transformar, crear. Esto superaría la acción negativa de las causas subjetivas generales. Necesitamos impulsar un movimiento reestructurador de nuestras universidades.

2.4. Soluciones posibles a los problemas de la educación

Tenemos muy cerca el ejemplo de la Escuela de Educación. ¿Por qué no se transforma, de una vez, en una escuela donde el estudiante de cinco años, pase cuatro dando clases? Sí estamos interesados en que el maestro y/o profesor que se gradúa no tenga una formación libresca, sino que esté ligado directamente al proceso productivo y la práctica cotidiana. Perfectamente los estudiantes pueden realizar sus prácticas y/o pasantías en los liceos y colegios de Caracas. Su formación sería otra.

Debemos pasar a la parte directamente vinculada a la propuesta siguiendo el orden de las áreas temáticas señaladas por usted, digamos, ¿cuáles serían los mecanismos de salida adecuados? Usted los ha

esbozado de una u otra forma, pero es necesario precisarlos en función de los problemas que aquejan a la educación superior.

Bueno, comencemos por las tres primeras, de carácter abstracto. Supongamos que en un simposio no se va a resolver la cuestión de la doctrina educativa. Pero tampoco esto se ha hecho. El Ministerio de Educación no ha llamado a un gran congreso nacional para debatir este problema, con la incorporación de estudiantes y profesores. La discusión amplia de la política y la doctrina educativa en los umbrales del próximo milenio es una exigencia perentoria. Pero nada de esto se hace. Algo muy simple y, sin embargo, no hay capacidad ni voluntad para hacerlo. Por supuesto, eso no resuelve la cuestión, pero te proporciona un punto de partida teórico, doctrinal, estratégico, para no seguir marchando a ciegas, espontáneamente, como hasta ahora. A los candidatos presidenciales y sus futuros ministros de Educación tiene que exigírseles esta doctrina y este plan educativo. No sucede así. El primer paso es poner de relieve la ideología educativa imperante, precisar sus rasgos fundamentales, para poderla criticar y esbozar nuevos diseños sustitutivos. A mí me parece que la educación, y en especial la educación superior, puede ser perfectamente un área de consenso, porque es el área del futuro, de la juventud, de la forjación del hombre venezolano. Allí podría haber un consenso superior al que pueda existir, por ejemplo, con el petróleo.

En lo organizativo y administrativo y, la urgencia es de primer orden. La cantidad de personal y el gasto educativo del país son gigantescos; no se compadece con los resultados concretos, cualitativos. Hay que comenzar por la racionalidad del gasto. Un conjunto de medidas muy precisas deben ser asumidas. Ya expuse el problema de la deserción universitaria, que tiene que ver, financieramente, con el gasto. Pero la cuestión es peor en el campo educativo general. De cien alumnos que inician la primaria, apenas terminan nueve; ¿de estos cuántos entran en secundaria y cuántos salen? Este es el asunto más serio del país. ¿Qué porvenir tienen esos noventa niños

y adolescentes? Los responsables políticos y administrativos (Ministerio de Educación) no dicen absolutamente nada. Este es el centro principal de la miseria humana del país: el abandono del niño, del joven. Eso es intolerable.

La educación tiene que “encaramarse sobre el tigre productivo” del país, a como dé lugar. Si no lo hace, será siempre una educación deficiente. Hay que tomar un conjunto de medidas estratégicas para que de alguna manera la educación se vaya articulando con la vida del país y no siga siendo una especie de planta parásita montada artificialmente sobre la sociedad. ¿Cómo hacemos para que la educación no sea parásito y se transforme en uno de los troncos fundamentales del árbol de la vida venezolana? Es indispensable formar a los profesionales y especialistas que requiere el país. Las necesidades de Venezuela en el siglo **xxi** pueden perfectamente programarse, en cada una de las funciones de la sociedad. ¿Dónde está ese plan? ¿Dónde el programa mediante el cual la educación satisfará tales necesidades? Nadie es responsable de ello.

Este es un país que ha tenido la oportunidad de presupuestos fabulosos para encarar la formación del joven venezolano con excelencia, si la comparamos con Cuba o cualquier otro país de América Latina. Incluso tenemos mayores posibilidades materiales. Los resultados están a la vista: la mediocridad de nuestra educación en comparación con Cuba, que cuenta con mucho menos presupuesto. Entonces el problema no es el dinero sino los hombres, la doctrina, los programas, las realizaciones. Allí está la falla. Y eso es lo que hay que cambiar. La previsión respecto al nacimiento de los niños es un problema demográfico simple, incluso localizado zonalmente. Es posible el tratamiento de esos niños. En otros países, no solo en Cuba, se procede así. En Venezuela no. Hubo buena intención, al principio, de los adecopecyanos, pero fueron tragados por la burocracia y la corrupción. La educación aumentó cuantitativamente, pero falló cualitativamente: se hicieron numerosas construcciones físicas, pero no

tuvieron mantenimiento y ahora se están cayendo; graduaron a cientos de miles de profesores y maestros, pero sin preparación y formación adecuadas. Hemos tenido la oportunidad de poder programar y atender la formación del joven hasta los diecisiete años, sin problema material alguno –como hacen muchos países–; sin embargo, nuestras ciudades se ven preñadas de niños mendigos y vendedores de periódicos. La conciencia moral del país no puede tolerar tal desafuero. Los niños deben ser los reyes del país. Hoy tenemos menos dinero que antes; el bolívar comienza a bajar, la situación futura se hará cada vez más difícil. Pero ello no significa que no se pueda encarar con idoneidad esa relación de la educación con la comunidad.

Sobre los asuntos específicos, habría que tomar los ejemplos de la universidad, donde actúo en forma directa. Tomemos el caso del postgrado, la investigación y la formación de los profesores instructores. Como sabemos, las universidades marchan con dos instancias separadas: la investigación y el postgrado –sin hablar de la formación de profesores, cuya actividad es inexistente–. ¿Por qué tienen que estar separadas esas dos estructuras de funcionamiento? Eso no tiene ni explicación ni justificación alguna. Ello constituye una misma área problemática y deben estar ensambladas. Además, debe agregárseles una tercera que, propiamente, es la formación del profesorado. El licenciado se gradúa e inmediatamente se enfrenta, como profesor, a unos cien estudiantes por curso. Eso es una locura para un recién graduado, sin experiencia didáctica alguna. Aquello es un impacto tremendo y para salir de ese trauma psicológico personal tienen que pasar varios años, en los cuales su trabajo es deficiente. Finalmente, en forma espontánea y ciega –a “golpe y porrazo”, como se dice popularmente– se va haciendo profesor. ¿Es necesario este martirio? Debe eliminarse.

La ley lo prevé, pero no se cumple en la práctica. Igual a lo que sucede en el resto del país. Con tiempo, un profesor nuevo puede perfectamente ir avanzando. Por ejemplo, las clases básicas

las dicta el profesor de más experiencia; él participa como instructor en la parte de discusión práctica de las ideas centrales expuestas; en la ayuda más inmediata para responder preguntas, dar biografía, colaborar con la redacción de trabajos, con los estudiantes, entre otros. También a estos profesores, para ascender en el escalafón, se les pide una “memoria”. A mí me parece que eso es obsoleto. Simplemente habría que exigirles un curso de especialización y/o una maestría, cuyo trabajo de grado constituyera la exigencia académica de ascenso. No sucede así y por un riel marchan los trabajos de ascenso y por otro las tesis de postgrado. Eso es increíble, pero es cierto. ¿Para qué ese doblaje de trabajos académicos? En un principio tenía sentido, porque en las universidades no existía aún el postgrado. Pero, una vez existente aquello no tiene sentido. Sin embargo, no es modificado y sigue subsistiendo. Es necesario programar una reglamentación muy sencilla que impida la superposición de tareas, que hacen todavía más penosa la actividad académica del profesor. Nuestras universidades autónomas –que, por cierto, todas deberían ya serlo– tienen que progresar hacia el postgrado; no solo por razones de excelencia, sino también financieras...

2.5. Encarar la solución de los grandes problemas nacionales

En la Central hay en pregrado alrededor de cincuenta mil estudiantes. Esta cantidad puede irse reduciendo paulatinamente por año, en función de la planta física y el congelamiento de partidas existente, por la reducción del presupuesto universitario que impide el ingreso de nuevo personal. Así como por las exigencias profesionales requeridas por el país y las cuestiones específicas de cada Escuela. Al mismo tiempo, se puede ir aumentando los cursos de postgrados, que actualmente incorporan unos diez mil cursantes. Esto significaría

un gran impulso para la investigación, puesto que, al aumentar el postgrado, progresarían las investigaciones que necesita el país. Si, además, orientas esas investigaciones no en torno a cuestiones de interés individual, sino alrededor de los grandes problemas nacionales, entonces, estarás contribuyendo a la función que la universidad tiene que desempeñar atendiendo las exigencias del país –cosa que no ocurre–. Si tomamos, hipotéticamente, la problemática de diez grandes temas, la universidad tiene el deber de investigarlos como diez líneas de investigación, a través del postgrado, aportando soluciones teóricas concretas a esos problemas. Que el gobierno realice o no esas propuestas universitarias es otra cosa; pero la responsabilidad de las universidades es investigar y aportar soluciones a los grandes problemas del país. Además, si se coordina el programa con todas las universidades, según sean las especialidades regionales de cada una de ellas, se podría perfectamente cumplir, en pocos años, con un plan concreto de líneas de investigación precisas y los postgrados correspondientes, según sean los requerimientos nacionales y las posibilidades universitarias. Todo ello significaría un cambio positivo inmenso.

2.6. La renovación académica del pregrado

El pregrado es algo diferente. Allí hay que respetar democráticamente la opinión y la voluntad de estudiantes, empleados y profesores de cada escuela. La Central, por ejemplo, tiene cuarenta y cinco escuelas. En cada una habría que comenzar por revisar el conjunto de los *pensa* de cada carrera profesional. Podemos poner el ejemplo de los cambios sucedidos a partir de la renovación. Los *pensa* que existían antes de la Renovación eran muy genéricos y panorámicos en cada una de las escuelas. La Renovación optó por las especializaciones, al final de la carrera. Así en cada escuela había varias opciones. Esto estaba bien para aquel momento histórico de la evolución de los

estudios universitarios, cuando no se había desarrollado el postgrado. Pero ya hoy no. Existiendo los cursos de ampliación, especialización, maestrías, y similares, las opciones pueden realizarse perfectamente a nivel de postgrado. Y reforzar el pregrado en la formación general completa respecto a cada escuela. Por supuesto, este regreso a lo genérico tiene que ser con un contenido más rico (y no con las abstracciones prerrenovación), a tono con el progreso universal de las ciencias y que permita al graduado seleccionar la opción que considere de su conveniencia. Además, es necesario seguir haciendo hincapié en las famosas “tres p” de la Renovación: *pensa*, programa y profesor. La revisión más delicada y problemática –por sus elementos subjetivos– es la revisión de la idoneidad profesoral; pero no se puede ser cómplice y dejar de examinar esta cuestión en relación a cada uno de los profesores de cada escuela. El objetivo central seguirá siendo el preguntarse, en cada escuela, ¿cuál es el tipo de licenciado respectivo que necesita Venezuela en los actuales momentos? Y según sea la respuesta a esta interrogante, aparecerá el *pensum*, los programas y los profesores capaces de formar el alumnado. Esta es la transformación que está planteada en el plano del pregrado.

En el problema de la repitencia, preinscripción, deserción, etcétera, que se considera más difícil, hemos propuesto un conjunto de medidas prácticas. Nos parece que esas medidas de distribución de los preinscritos que hace el CNU es lo más deficiente que pueda haber. El Consejo Universitario perdió parte de su autonomía, tratando de quitarse burocráticamente el problema de encima: la cuestión de los estudiantes sin cupo. Fue una solución oportunista. El problema se le revirtió. No fue como pensaban.

Y la protesta estudiantil no se trasladó al Ministerio de Educación y continuó en el *campus* universitario. En realidad, cada escuela, según su especificidad, debe reglamentar, con base en determinados rasgos generales, la forma de seleccionar ella misma a los estudiantes. No que estos estudiantes le vengan impuestos desde

afuera por un organismo burocrático que desconoce la realidad de los estudios especializados de cada escuela universitaria. No importa que tenga el carácter restringido en unos casos y muy democrático en otros. Lo importante es la autonomía de cada institución para escoger a sus candidatos.

Todo el mundo conoce las grandes causas del desfase de los primeros cuatro semestres en la Universidad; los problemas se derivan de allí. Esto explica la inmensa mayoría que se queda atrapada; puesto que, quien alcanza el quinto semestre, prácticamente se gradúa un poco más tarde. La causa determinante de este problema es el sistema de preinscripción genérico y burocrático, a través del CNU, y lo sigue siendo. Cada escuela debe implementar su propio método de trabajo para incorporar a quien recibe: haciendo o no examen, cuestionario, propedéutico, etcétera; lo que sea, lo que consideren conveniente. Si esto se logra, constituiría una emulación sobre la elevación general de la calidad de la enseñanza en el pregrado. No puede cada escuela registrar las causas de sus deficiencias a la preinscripción del CNU –como hasta ahora lo hacen. Ahora son, ellas mismas, responsables. Se trata de instrumentar un plan para los problemas clientelares de la universidad: repitencia, deserción, preinscripción, etcétera, que permita ir desarrollando paulatinamente, según las condiciones propias de cada escuela.

Por último, sobre lo político-administrativo. Esto estaría un poco engranado con la actual discusión sobre la nueva Ley de Educación Superior. Pienso que en ella hay algunas propuestas interesantes; otras no. Me parece que las normas que existen como positivas en la vieja ley no se cumplen, por ejemplo, el papel del claustro. Entiendo que su entidad no puede reducirse exclusivamente a elegir a las autoridades cada cuatro años –semejante a la crítica que le hacemos a nuestra democracia por reducirse a elegir presidente cada cinco años–. El claustro no tiene prohibido que

se pueda reunir anualmente para hacer un balance crítico de la gestión del equipo rectoral. El problema de la asistencia al cuerpo puede resolverse mediante un reglamento, nombrando una comisión delegada del claustro (con los más activos e interesados) –mediante votación del mismo– o cualesquier otro sistema. Esto obligaría a las autoridades a presentar sus memorias anuales –como hacen los ministros y demás autoridades del país ante el Congreso Nacional–. De esta manera la crítica en la universidad registraría formas más institucionales y obligatorias, por parte de toda la comunidad que, además, estaría informada claramente de la gestión mediante dichas memorias. Todo eso es posible; pero nada de ello se hace.

En relación a lo burocrático-administrativo, uno no puede seguir luchando ciega e irracionalmente por más presupuesto, sin conocer con exactitud cómo es el gasto universitario, mediante auditorias muy claras y precisas. Se pide más dinero, pero sin saber específicamente para qué. Tenemos que saber en qué se gasta cada bolívar del presupuesto universitario. Sobre esa base, puedo ir, conscientemente, a una lucha por mayor presupuesto; pero no en términos abstractos y generales, como se viene haciendo hasta ahora. El año pasado, en la Central, estuvimos cuatro meses sin cobrar. Se decía, entonces, que no alcanzaba el presupuesto; se pedían unos seiscientos millones más para evitar la crisis. Sin embargo, posteriormente, el presupuesto alcanzó, entonces, ¿cómo puede uno creerle a las autoridades? Este problema es fundamental. Tiene que haber un mecanismo de supervisión administrativo-financiero y formas democráticas de participación e información del profesorado, los estudiantes, la colectividad universitaria en general. Podría existir una autoridad con “partidas secretas” que gaste el dinero presupuestado sin que la comunidad lo sepa. Está planteada una toma de conciencia crítica de esta problemática.

2.7. La autonomía es a la universidad lo que la democracia al país

Bueno, antes de ahondar en esta parte político-administrativa, que nos interesa, y relacionándola con los problemas y las propuestas a nivel general ¿cómo cree usted que evolucionaría la situación de la educación superior de no tomarse las medidas que usted ha asomado en estos momentos?

Cada vez se hará más crítica la situación. Hasta ahora hubo crisis, pero se ha podido solventar. El crecimiento cuantitativo de la secundaria se ha podido solucionar con la ayuda de los colegios privados, estimulados por los gobiernos de turno. En educación superior se pensó que se podía resolver creando politécnicos, tecnológicos pedagógicos y colegios universitarios. El gobierno los ha implementado en forma espontánea y empírica, por todas partes, sin que integrasen un plan orgánico y una estrategia operacional. Esto ha sido muy negativo. Sin embargo, se registra un factor positivo a favor: que ha existido disponibilidad presupuestaria para ello. La educación ha crecido cuantitativamente, pero a costa de la calidad. Los próximos años nos muestran que no habrá esa disponibilidad dineraria; ya se agotó. En el mejor de los casos se congelarán las partidas actuales, que de hecho es regresiva con el inicio de la inflación (con un bolívar se podrá obtener cada vez menos, aunque la cantidad sea nominalmente la misma). De hecho, vamos a tener menos presupuesto para la educación superior, queramos o no, tal cual como ocurre con el salario real del trabajador, que se reduce continuamente. El pueblo venezolano no estaba acostumbrado a la inflación. Los conflictos advendrán, cada vez con mayor fuerza. Lo más probable será que la situación se hará más explosiva (desde el punto de vista social y político), las luchas crecerán a nivel de la educación superior –que es la población con mayor conciencia crítica–, de los maestros, de los estudiantes, de los empleados y obreros. Seguramente persista la congelación de presupuesto

y se recurra a los créditos adicionales para resolver los conflictos. Es la manera empírica de encarar los problemas que tiene la politiquería gobernante. Cuando se derrama la gota de agua, allí corren presurosos a poner “parches de mercuriocromo”. Nada más. Mientras tanto, la situación seguirá agravándose continuamente.

¿Será posible un gran acuerdo de todas las fuerzas del país para encarar la problemática de la educación nacional?

De acuerdo, es posible la concertación de todas las fuerzas políticas, económicas, culturales. Eso sigue planteado como necesario y urgente. Debería ser la tarea política principal de todo ministro de Educación, pero no lo hacen. Hay que sacudir la conciencia crítica del país a un alto nivel. La educación de nuestro pueblo es el futuro. Es la inversión fundamental –incluso dentro de los parámetros de la “ganancia” capitalista–. Pienso que las fuerzas más preocupadas por el destino de la educación superior (y la educación en general) debemos crear un amplio frente de lucha y de trabajo por una nueva alternativa para la universidad venezolana.

¿Cómo interpreta la “autonomía” planteada en el nuevo proyecto de educación superior?

En ese proyecto de autonomía de las universidades están las mismas, después de más de treinta años. No prevén la autonomía para ninguna de las otras universidades, denominadas “experimentales” –para eludir el peso de las leyes–. El capitalismo persigue liquidar la autonomía y promover la educación superior privada. Ellos no cejan en privatizar la educación, especialmente la universitaria. Está planteado, entonces, un combate para que todas las universidades nacionales sean autónomas y sus respectivos claustros elijan a sus autoridades. Ello es la expresión en el plano universitario de lo que en el país es la vida democrática; es decir, la tesis que hemos sostenido teóricamente desde hace años: la autonomía es a la universidad lo que la democracia al país. Cuando el Estado niega la autonomía a sus

universidades está negándose dentro de sus propios principios, que son los de la democracia. Esta concepción de la autonomía es poco conocida; pero es necesario divulgarla: la autonomía es la democracia en la universidad; es decir, que no hablemos solo de “autonomía”, sino “democracia autonómica”, de “autonomía democrática” porque es el significado profundo que tiene la autonomía en nuestras universidades latinoamericanas.

Por supuesto, esa autonomía democrática o esa democracia autónoma (les puedo dar copia de algunos materiales que hemos redactado respecto a esa tesis) está articulada al proceso de transformación constante de la universidad, como recinto difusor del saber, que está en permanente cambio. Así la autonomía democrática lo es para la transformación continua de la universidad, y toda modificación de la universidad tiene que apoyarse necesariamente en la democracia autonómica. La renovación de la universidad no puede realizarse, por ejemplo, como una imposición que, desde afuera, la dicte el gobierno, porque entonces eso sería antidemocrático y antiautonómico. Tampoco puede darse, en el extremo opuesto, a través de un movimiento estudiantil, que destruya lo existente. Tampoco. Eso produce que el gobierno intervenga la universidad y suceda lo que ocurrió cuando la Renovación. Son dos desviaciones negativas que necesitamos superar. En conclusión: tiene que respetarse la autonomía democrática en su fuero interno y la participación democrática de estudiantes, profesores y autoridades, para que todo este conjunto pueda realmente formular y realizar propuestas de transformación, que vayan adaptando la educación superior a los cambios que hemos propuesto, según sean las necesidades y decisiones de cada sector, cada escuela, cada universidad. Este proceso no tiene porqué ser mecánico; tiene que ser orgánico, estructural, histórico. Esta es nuestra respuesta a la actual crisis que vive la institución universitaria: su transformación por medios genuinamente universitarios.

En relación a la autonomía, como mecanismo ideal que debe regir nuestras universidades, ¿usted piensa que el régimen autonómico debe ser expandido a todos los niveles de la educación superior o lo concretaría específicamente a las universidades?

Mi opinión es positiva. La autonomía debería extenderse a todo el sistema de educación superior. Por supuesto, debe implementarse gradualmente. El primer paso serían las universidades no-autónomas, que se han venido fundando desde hace veinticinco años. Apenas existían cuatro o cinco universidades para 1958, cuando se decretó la *Ley de Universidades* en ese año. Esas son las únicas instituciones que son autónomas, todas las demás persisten como universidades experimentales –incluyendo la UDO y la Universidad Simón Bolívar.

Una de las causas estructurales del conflicto –ya señaladas– es la insistencia del aparato político para nombrar rectores, figuras partidistas y no académicas, etcétera. Esto es sumamente negativo: es la persistencia de la politiquería en la universidad (que también se manifiesta en las autónomas con la elección de candidatos “politiqueros” sin títulos académicos, como lo exige la ley vigente). Lo democrático es que los rectores sean electos por los estudiantes y profesores de sus respectivas universidades y no la imposición de un “paracaidista” nombrado por el Ministerio de Educación. Esto ha sido causa de muchos conflictos. La universidad, la educación en general, no puede ser la base para un puesto público, porque ello desnaturaliza su función principal y agudiza la crisis universitaria que vive el país.

Cuando usted señalaba que la autonomía debe dársele a todo el subsistema de educación superior en forma gradual, ¿qué otros aspectos serían fundamentales en un momento dado para asumir esa autonomía las demás instituciones de educación superior?

Primero está garantizar la autonomía de todas las universidades nacionales. Este es el primer paso. Terminar con el “truco” de las universidades experimentales. Segundo, es necesario que las universidades muestren realmente cambios cualitativos profundos, manifiesten en la práctica un ascenso de la investigación, el postgrado, la mejoría general de sus mecanismos de funcionamiento. Hasta ahora, lo único evidente es el ya no estar perdiendo tantas clases como antes y que la UCV, por ejemplo, pasó diez años sin perder un solo día de clase. Esto es importante, si se compara con el pasado, con tantos conflictos. En la medida que las universidades den muestra de que han, al menos, neutralizado la “politiquería” y se fortalezca la academia, entonces, emergerá la autonomía como una evidencia más de la vida democrática que supuestamente el sistema imperante le impone a la sociedad venezolana.

¿Y para las demás instituciones del subsistema que no sean las universidades, los colegios, institutos, pedagógicos, politécnicos?

Es posible, pero el asunto es más complejo. Habría que avanzar evolutivamente. Las universidades autónomas tienen que renovarse. Las experimentales tienen que llegar a ser autónomas. Sobre la base de esta experiencia y haciendo un balance crítico, se podrá extender la autonomía al resto de instituciones de educación superior. Por supuesto, es muy difícil hoy que los sectores gobernantes acepten eso, cuando ni siquiera permiten elegir gobernadores autónomamente. Se trata, pues, de una lucha; de un combate organizado por la autonomía democrática en la educación superior. Ese régimen autonómico-democrático debe producir resultados positivos más profundos que los aportados hasta ahora.

2.8. Un Ministerio de Educación Superior separado del Ministerio de Educación

A nivel de los organismos de poder que regirán el funcionamiento del subsistema de educación superior, se habla, en ocasión de la discusión de la nueva ley, de la formación de un Consejo Nacional de Educación Superior, de los Consejos Regionales... ¿Cuál sería el mecanismo más adecuado para elegir a las autoridades miembros de esos consejos, lo que determinaría la orientación global de la educación superior?

No sé si estoy equivocado. Por la lectura que hice del proyecto –hace ya mucho tiempo– entiendo que esos consejos de educación superior van a unir la representación que la dirección tiene en las distintas universidades e institutos de educación superior. Desde luego, con representantes de los profesores, de los estudiantes, de las asociaciones gremiales, etcétera; pero, en lo fundamental, es la expresión de la directiva de cada uno de los institutos de educación superior. Pienso que la elección de ellos debe ser realizada en cada instituto, desde el punto de vista de aplicar lo que hemos denominado “autonomía democrática”.

Pero, independientemente de lo que pueda ser el proyecto, ¿cuál piensa usted que deba ser la organización que deberá existir en la educación superior y cómo se deben elegir esas autoridades?

Aunque pareciera más burocrática, pienso que el inicio de la solución a la crisis educativa nacional debe comenzar por arriba, por la educación superior, por la universidad en la universidad por el cuarto nivel –según expliqué antes. Hay que marchar desde arriba hacia abajo. Así queda clara la propuesta. Entonces, visto así, me parece que hay que crear un Ministerio de Educación Superior⁴ separado. Desde luego, articulado con el resto de la educación, pero

4 Conozco que el profesor Ernesto Mayz Vallenilla ha hecho una proposición semejante o parecida que comparto.

cuya función sea experimental para transformar la educación superior, digamos en unos diez años. Ahora bien, ese ministerio que no puede repetir los errores burocrático-administrativos actuales. Tiene que ser un ente muy especial. No un ministerio que va a resolver el problema de la educación superior imponiendo rectores. No. Todo lo contrario. Tiene que ser un ministerio académico-político (y no politiquero), tratando de abarcar el mayor número de fuerzas, opiniones y consensos –tan complejo y difícil en ese medio–, el mayor número de agrupaciones y personalidades para lograr un acuerdo nacional que abarcaría los programas, planes y proyectos de transformación. Desde luego, hay que proponer democráticamente todas estas cosas que estamos discutiendo.

¿Cómo sería tal ministerio tanto a nivel nacional como el plano regional?

Sería un ministerio, no igual a los otros, sino especial, cuya tarea es modificar sustancialmente la educación superior. No se trata de administrar la educación superior existente (para ello existe cada institución) como hacen los demás ministerios; sino de transformar nuestras universidades. En el campo regional creo que ustedes están mezclando dos cosas. Están preguntando por lo político-administrativo; pero ello está ensamblado, de alguna manera, con lo que podríamos llamar “los proyectos de universidades que requiera el país”. Soy partidario de la regionalización y de una concepción de la universidad sobre la base de la oferta-demanda programática. No de programas, esquemas o estructuras fijos, sino en constante transformación (ponemos como modelo el *pensum* de Filosofía de la UCV desde 1978). El saber y su transmisión y creación es lo más fluido que existe. Esta concepción corresponde a una posición moderna respecto a la Universidad. Pero lo principal consiste en que ese ministerio no devenga una institución burocrática más, sino que debe ser lo más autónomo posible, aun cuando sea un brazo del gobierno de turno. Pero, por otra parte, señalo que ese ministerio tiene que conformar

planes y estructuras de funcionamiento que correspondan a la práctica de una autonomía democrática en cada uno de los casos. He dicho, además, que esa autonomía no tiene porqué ser impositiva, porque tampoco así se resuelve el asunto; sino que debe ser un proceso gradual y marchar parejo a los progresos alcanzados por los núcleos fundamentales, en nuestro caso: primero, las universidades autónomas; luego, las experimentales; después, el resto de instituciones de la educación superior, y así. Todos ellos tienen que ir produciendo en la realidad cambios que correspondan a los planes y programas propuestos.

Siguiendo con el ministerio propuesto, ¿mediante qué mecanismo se definirá la política que va a regir las transformaciones de la educación superior, ya que ese es su objetivo básico?

Está contestado o señalado antes. Ahora bien, lo que no está respondido son las formas específicas de realización. He dicho que tienen que ser procesos prácticos, productos de un consenso, donde se respete la autonomía democrática, es decir, que no se trata de imposiciones del Ministro de turno sobre una razón tan compleja y árida como esta. Se trata de un ministerio suficientemente capaz e idóneo como para unificar las personalidades más importantes de la educación superior venezolana: rectores, directores, decanos, el movimiento profesoral y gremial e, incluso, las fuerzas estudiantiles y laborales. En su conjunto, se deben diseñar propuestas e ir produciendo programas y tareas prácticas que impliquen la realización de un plan de reforma de la educación superior que, justamente, vendría a ser lo que había planteado antes respecto al acuerdo político nacional, la zona de consenso, etcétera.

El alcance de las transformaciones, ¿regiría a todas las instituciones de educación superior? ¿Se incorporaría a todo el subsistema, los colegios, tecnológicos, etcétera?

En cuanto al ministerio, claro que sí: se denomina Ministerio de Educación Superior. No será un ministerio solo para las universidades. Abarcaría todo lo relativo a la investigación, docencia y extensión de la educación superior existente en el país. Por supuesto, en los planes tiene que haber procesos evolutivos para los cambios. Por ejemplo, el ministerio puede plantearse la autonomía de las universidades experimentales a partir de tal o cual fecha; igual para el resto de instituciones, desde luego, en un momento posterior. Serían planes que deben estar en correspondencia con un conjunto de objetivos programáticos de modificación de las universidades, los pedagógicos, etcétera. Por ejemplo, me han hablado de un proyecto que me parece interesante: la unificación de todos los pedagógicos en una universidad pedagógica nacional. Ese proyecto, junto con el de los colegios universitarios, los politécnicos y/o tecnológicos, las universidades experimentales y las autónomas, significan grandes áreas de la educación superior que se pueden perfectamente articular en un plan orgánico nacional. Este plan puede y debe tener cronogramas precisos. De ese modo, marcharía la transformación...

¿Esos objetivos incluirán desde el diseño de la política global hasta, por ejemplo, las evaluaciones de la actividad de todas las instituciones de educación superior?

Claro. Lo único problemático es la forma de hacerlo. El “cómo”. Por ejemplo, los objetivos globales podrían ser atendidos por un gran organismo, una especie de comité, ligado al ministerio, un Consejo Nacional de Educación Superior. A partir de allí, se podrían coordinar los planes específicos de cada una de las cinco áreas señaladas. Desde luego, surgen dudas de que un nuevo ministerio pueda promover y coordinar el cambio. Ya ese es otro asunto, cuya responsabilidad recae en el Gobierno –como los demás– sino para producir modificaciones sustanciales en el subsistema de educación superior. Esto lo exige todo el país. Es un clamor nacional. Nuestra tesis consiste en

que si no hay una transformación en la educación superior, no podrá superarse la crisis educativa estructural que vive el país. Por ello planteo que el punto de partida a la solución de la crisis educativa nacional es la reforma de la educación superior. Hay ciertas cosas que no podrán solventarse fácilmente por la politiquería gubernamental y las roscas corruptas insertadas en el Ministerio de Educación, universidades y demás institutos. Son “mafias” politiqueras. Se comprende que, en el marco del actual modelo el bipartidismo habrá de ser derrotado (más tarde o más temprano) y se abrirán las puertas al cambio que toda Venezuela anhela.

Considero que la zona del campo educativo donde existe más amplio margen de transformación, aun en el modelo del bipartidismo petrolero corrupto, es en la educación superior. Me explico: las universidades autónomas y las experimentales pueden renovarse por sí mismas en los próximos años si tienen coraje y decisión. Por supuesto, por ahora, para muchos de nosotros, esos cambios no llegarán ni a cincuenta por ciento de lo posible. Tienen un techo muy cercano. Pero eso no choca con nuestra concepción de luchar por un nuevo modelo de desarrollo económico-político-cultural para el país. Más justamente, el que exista un techo, y ese modelo se pliegue conservadoramente a ese techo, a pesar de la exigencia de transformaciones, mostrará las contradicciones del régimen y la necesidad de hacer las mutaciones económico-políticas para seguir avanzando con los progresos estructurales en la educación.

2.9. Ensamblar la educación superior al proceso productivo nacional

Y en referencia a las instituciones de educación superior, específicamente, a cada una de ellas: ¿cuál sería el carácter específico de las decisiones que tomarían estas instituciones en relación a su propio funcionamiento? ¿Qué restaría para cada una de ellas, a niveles institucionales, en

términos de las decisiones que se tomarían? ¿Cuál sería la naturaleza de esas decisiones de tipo político, administrativo, las orientaciones globales?

En realidad, el esquema que planteo y manejo es el de la máxima autonomía. Entiendo que toda restricción ministerial lo que hace es estancar los procesos de cambio y hacer los problemas conflictivos. Tiene que existir la autonomía. En el caso de las universidades –que es lo que conocemos– la universidad tiene que renovarse profundamente. Vamos a suponer que lo mismo que le pasa a la educación nacional ha sucedido con la universidad (una simple hipótesis de trabajo). Hay cuestiones “confidenciales”, dentro de la universidad que no se tratan públicamente. Por ejemplo, en Humanidades, una carrera como Bibliotecología no debería ser una carrera universitaria; lo mismo en Economía, Trabajo Social, etcétera. Estas deberían ser carreras cortas para los otros institutos de educación superior. Ello ha sido así, porque las escuelas universitarias se formaron espontáneamente, según las exigencias culturales y profesionales del momento –igual que el resto de la educación del país–. Este empirismo ha sido desastroso, producto de las presiones de la situación político-económica. No se trata de que nosotros defendamos aquí la concepción departamentalista de la educación superior. De ninguna manera, pues no se adapta a las condiciones de los países del “tercer mundo”, al separar abstracta y mecánicamente la enseñanza de las ciencias básicas de las aplicadas y sus prácticas respectivas. Nuestra educación debe estar articulada estrechamente al proceso productivo y al ejercicio práctico de las ciencias, las humanidades y las tecnologías. Pero eso no significa que no tomemos en cuenta el sistema integral de las ciencias, las tecnologías, las profesiones, especialmente las que requiere el país en este momento crítico de su historia. Igualmente, una carrera como Medicina, en sentido estricto, no es tampoco una carrera universitaria; corresponde más bien a un instituto científico-tecnológico. En los países desarrollados, la Medicina no está en las universidades, porque todo tipo de carrera científico-tecnológica corresponde

a institutos superiores de educación. Esto no es un desmedro de la Medicina; todo lo contrario; es situarla en su verdadero contexto científico-técnico. En las universidades se estudian las ciencias y las humanidades, principalmente, Matemáticas, Física, Química, Biología, Historia, Sociología, Economía, Lingüística, Filosofía, etcétera. ¿Para qué son las universidades, entonces? Fundamentalmente para la investigación y el postgrado y profundizar sobre los problemas del país. De ese modo las estructuras universitarias quedan arriba con las ciencias teórico-objetivas y científico-sociales... y restan abajo los institutos ligados estrechamente con los problemas prácticos de nuestras comunidades y regiones. Un instituto del maíz –que no existiría que instalarse en la zona maicera del país. Se comienza con diez hombres y, al poco tiempo, tenemos más de cien especialistas en maíz; se crean especialistas. La educación superior, así, se ensambla al proceso productivo nacional y no sigue subsistiendo como una planta parásita, desligada de los grandes problemas nacionales, tanto práctica como teóricamente.

Lo mismo podemos hacer, por supuesto, con el petróleo. Pero debemos innovar con otros renglones: la pesca, el turismo, la electrónica, etcétera; articulándolos con la vida nacional. Así, cualquiera de estos institutos de investigación y docencia, al necesitar un apoyo científico-teórico y/o humanístico cultural, puede recurrir a las estructuras universitarias, donde habría postgrado, investigación y formación profesoral integral. Este sería, entonces, el esquema ideal, al cual aspiramos.

Esas transformaciones están planteadas, es necesario realizarlas. Es doloroso para algunos, pero hay que hacerlas. Acontece que existen quistes consagrados, conservadores, grupos de profesores y burócratas que no van a aceptar jamás que los saquen de la estructuras existentes a las cuales están acostumbrados. ¿Cómo se puede hacer? Existiría el ministerio, la autonomía democrática, la discusión en torno a lo que realmente necesita el país. Tendrán

que aceptarlo, sobre todo si logramos el apoyo de la juventud. No es un asunto de imposición por parte de un ministerio, sino de un proceso democrático de discusión y decisión. Así se crearán planes y programas transformadores. Y ellos lucharán hasta lo último, pero no tendrán argumentos ni razones para justificar las enhiestas estructuras existentes. A esta propuesta hay que darle una fuerza de masas, despojarse de la visión tradicional, crear realmente centros de estudios y que todo esto esté vinculado verdaderamente a las comunidades de las grandes ciudades, donde existan núcleos de comunicaciones, archivos, computadoras, bibliotecas y centros de documentación accesibles... todo lo moderno y sofisticado de la tecnología actual, que se requiere dominar y conocer.

Hice una pregunta, porque deseaba dejar claras las funciones de cada uno, es decir, los objetivos del ministerio. Esto es necesario, porque podría haber conflictos en los momentos de decisión y participación. Desde luego, usted los resuelve con la combinación de la autonomía de las instituciones y la dirección ministerial. Así, por ejemplo, sabemos del crecimiento del sistema educativo: si se abre una carrera, habría que delimitar bien ese tipo de funciones para cada uno de los dos entes, bien para las universidades, o bien para el organismo direccional que va a regir el funcionamiento de las universidades, porque si no se va...

Por supuesto, el planteamiento es general. Debería partir de la base, por darle un nombre a ese equilibrio general. Por un lado, el ministerio representa al gobierno; pero no solo a él como estructura política, sino también como financiador, como un ente que proporciona los recursos. Y, enfrentado a ese ejecutivismo del Estado, está la garantía del ejercicio de la autonomía democrática por parte de los entes de educación superior. El problema de la educación es un proceso muy especial, cuya materia prima es la conciencia de la gente; es algo que tiene que estar por encima de las rencillas partidistas. Se trata de un acuerdo nacional, donde todo el mundo debe participar

y decidir. Una unidad de educación superior –como ninguna otra– no puede ser el centro que alimente puestos públicos y cargos burocráticos de la clientela politiquera, sino núcleos de investigación, docencia y extensión, donde se garantice la racionalización de los gastos en forma transparente y la democracia electoral en la elección de sus autoridades. La universidad tiene que servir para dar ejemplos prácticos al país nacional.

2.10. Resumen general

Haremos un pequeño recuento de la primera entrevista, para ordenar las ideas. En primer lugar, usted hizo un análisis global de cuál era la situación que percibía en la educación superior. Habló de la situación de crisis generalizada. Luego pasó a los problemas generales que afrontaba la educación superior, digamos, en dos niveles. Primero, en el plano más abstracto, la necesidad de una política educativa como estrategia articulada; es decir, que no existía una política concebida a largo plazo para la educación venezolana. Y había que formularla. Después, como otro de los problemas de carácter general, las cuestiones del área organizativa y administrativa. En tercer término, habló de la articulación de la educación con la comunidad donde ella se desenvuelve. Estos eran los problemas de carácter global. Luego pasamos a los asuntos más específicos, vinculados a la institución a la cual usted pertenece; incluso amplió su referencia a las universidades nacionales. Destacó el tema de los estudios de cuarto nivel, luego la cuestión de la masificación, los estudiantes preinscritos, el cupo, la deserción, etcétera. Precisó, en tercer lugar, la estructura actual del pregrado y la necesidad de su renovación, esbozando algunas soluciones. El cuarto asunto señalado fue la gestión administrativa de la Universidad. En una segunda parte, pasamos a las propuestas que usted señalaba para los problemas existentes. Nos centramos, fundamentalmente, en una proposición que usted esbozó: la formación de un ministerio dedicado exclusivamente

a la educación superior y sus transformaciones. Dentro de esa proposición empezamos a plantar el ensamblaje organizativo de ese ministerio y, específicamente, lo relacionado al ejercicio del poder, la participación de las autoridades, el tema de la autonomía, etcétera, llegando hasta los niveles institucionales, los consejos universitarios. Ahora quiero volver un poco sobre la cuestión de la autonomía, porque en el caso propio de las instituciones, no logramos precisar bien aspectos tales como quiénes deben participar a nivel de los organismos de decisión, tanto en el plano institucional como en el campo general de la educación superior. Eso implicaría el ministerio que usted señaló. Y en el consejo universitario cuáles serían para cada caso el alcance de esas decisiones. Iríamos por partes. A su modo de ver, dentro de sus proposiciones, ¿quiénes deben participar dentro del ministerio, cuáles deben ser las formas de elección de esas autoridades del ministerio?

Bueno, la propuesta de un Ministerio de Educación Superior responde a una forma especial de articular la relación entre el Estado (el gobierno de turno) y al autonomía de los institutos de educación superior. El quid es el tránsito de las universidades hacia la autonomía y su renovación; que todas las universidades sean autónomas. La *Ley Orgánica de Educación* plantea que la educación superior es autónoma. Por supuesto, el *Proyecto de Ley de Educación Superior* parte de esa premisa. Entonces, el tránsito para que el resto de universidades experimentales sean autónomas, para que el resto de instituciones (pedagógicas, tecnológicos, colegios, etcétera) sean autónomas constituye un proceso político-metódico difícil y complicado. Un ministerio de un gobierno no va fácilmente a ceder la potestad que tiene de elegir a los rectores de esos institutos. Ese es un asunto realmente difícil. Pienso que la única manera de encararlo es en el sentido de una ley que asegure la autonomía de la educación superior, precisamente a través de ese ministerio. Repito: no sería un ministerio igual a los demás, sino uno muy peculiar. Vendría a ser un verdadero Ministerio de la Inteligencia, la Cultura y la Educación Superior venezolana.

Las formas de trabajo con los institutos de educación superior no serán las fórmulas burocráticas y autoritarias tradicionales, sino métodos de dirección y estilos de trabajo democráticos, consensuales, propios de los grandes organismos, de los consejos a los distintos niveles, digamos, a los tres niveles conocidos: el postgrado e investigación, el profesional o de pregrado y el nivel básico de educación para el trabajo. En esos tres niveles hay que crear grandes consejos y el papel del ministerio sería poder ensamblar seriamente el desarrollo autónomo y democrático de cada una de estas instituciones, aunado a la función del Estado que las mantiene engranadas con el resto de la educación y las proyecta para el trabajo, la moral, el arte, la cultura, etcétera. Entonces ese ministerio no es uno más, sino, justamente la exigencia de un tipo de articulación específica entre sociedad y Estado, entre sociedad civil y sociedad política.

Si no creamos ese ministerio, la estructuración entre esos institutos autónomos y en plan de renovación y el gobierno de turno se haría a través del actual Ministerio de Educación. Como todos conocemos, este ministerio es incapaz de lograr tal misión; en él domina la visión tradicional del maestro adeco y/o copeyano estructuralmente imposibilitados para comprender esa realidad científico-cultural. Con esa mentalidad arcaica no pueden dirigir la educación superior; ni siquiera la básica. Desde luego, esto conlleva a numerosos problemas que son las zonas de mayor conflicto. Creo que para ese Ministerio de Educación Superior habría que pensar en un grupo de hombres realmente consustanciados con su realidad como Pizzani, De Venanzi, Mayz Vallenilla, etcétera. Gente que, en verdad, pueda comprender su problemática y ser capaz de ensamblarla en sus objetivos, con el financiamiento, con la autonomía, con los intereses del gobierno y los de la comunidad universitaria, al mismo tiempo.

2.11. Consejo Nacional de Educación Superior

¿Quién designaría, o en qué forma se designarían o cómo se decidiría quiénes deben participar y a través de qué mecanismos?

El ministerio, justamente, tendría dos tipos de participación. Una es la impuesta por el propio ministro, como representante del presidente, es decir, del gobierno de turno. Esta sería la participación –digamos– burocrático-administrativa necesaria. La otra vendría a ser la representación de los directores de los institutos de educación superior. No sé exactamente cuántos son, creo que estamos llegando a los cincuenta. Por supuesto, un grupo así es muy numeroso; pero mediante un acuerdo pueden elegir (entre sí mismos) una especie de comisión representativa, con un número determinado, por parte de los tres niveles aludidos. Eso puede crear un equipo de trabajo que le permita, precisamente, al ministro, desarrollar una actividad no formal y burocrática –como la que hasta ahora registra el llamado Consejo Nacional de Universidades– sino ejecutiva y práctica. Por el carácter autónomo de las universidades e institutos, ellos elegirán a sus autoridades y estas crearían una especie de Consejo Nacional de Educación Superior, del cual elegirían una parte de él, como su mesa ejecutiva. Esta sería la directiva de ese ministerio. Mientras en los otros ministerios, el ministro designa a dedo a todos sus directores, este lo podrá hacer solo el ministro que debe tener la capacidad y el respaldo de esa representación que denominamos Consejo Nacional de Educación Superior. No sé si me explico.

Sin embargo, ¿ese ministerio depende directamente del ejecutivo nacional?

¡Claro que sí! Por ello es una articulación entre las dos instancias, según lo conceptuamos antes. Tenderá a resolver constantemente las contradicciones entre esas dos esferas ya señaladas (los institutos autónomos y el gobierno de turno). Esa es la fórmula que proponemos. Otra manera: que persista la separación entre un Consejo Nacional de

Educación Superior, por un lado y, por el otro, el Ministerio de Educación.

Vamos a hacerle una pregunta un poco personal para tratar de tener más precisión al respecto: ¿qué tipo de decisiones tomaría usted y hasta qué nivel llegaría?

Eso depende, fundamentalmente, de la Ley de Educación Superior que haya aprobado el Congreso. Hasta ahora lo que hay es una comisión y un proyecto. Los límites de actividad de ese ministerio, aparte de representar al conjunto de la educación superior desde el punto de vista formal, son de carácter burocrático-administrativo; asegurarle a toda la educación superior su articulación con el resto de la educación, con el resto de las funciones del Estado. Por supuesto, el ministro presidirá ese Consejo Nacional de Educación Superior, que es un puesto relativamente formal. Ese ministerio no podrá destituir autoridades, puesto que han sido electas democráticamente. Más bien se transformaría en una especie de fiscalía para que se haga efectivo el ejercicio de la ley, se respete la autonomía democrática, se realicen elecciones sin fraude y se cumplan todos los reglamentos específicos a cada una de las instituciones. Desde luego, el gobierno no estaría interesado en nombrar como ministro al más sectario de sus copartidarios y se trataría de encontrar siempre a una persona independiente, a un universitario a carta cabal, de amplios horizontes culturales... en fin, a una persona que sea asequible –y aceptable– para ese Consejo Nacional de Educación Superior.

2.12. La renovación permanente de la educación superior

Pero, en segundo lugar, las instituciones, especialmente las universidades, tienen que caracterizarse, en este siglo xx, por una constante transformación de sus *pensa*, de sus programas y asignaturas; deben estar al día los profesores, porque el ritmo de desarrollo

de los conocimientos, especialmente los científicos y tecnológicos, es muy acelerado en cualquier área. Dentro de unos diez años si un profesor está dictando la misma asignatura que daba antes con el mismo programa, entonces, estará informando tonterías, porque en esos diez años ha cambiado el conocimiento de su materia en muchos aspectos, salvo –quizás– en Matemática y Lógica-Matemática. Un instituto de educación superior tiene que estar en permanente proceso de cambio. Diría que estos institutos, al lado de sus organismos de dirección que se encargan de estar al día y de administrar regularmente lo cotidiano, deben crear otros órganos, que se ocupen, justamente, de ir diagnosticando y proyectando su actividad, captando las modificaciones que acontecen a nivel de las ciencias y las tecnologías a escala internacional, para formular propuestas de cambio en consonancia con el progreso conquistado en el plano internacional y las exigencias perentorias de los grandes problemas nacionales. Esa es la función de la universidad y la educación: realizar esa síntesis. La universidad tiene que estar en permanente estado de renovación y existe una relación dialéctica entre esa necesidad de cambio que se exige hoy a los institutos de educación superior y la autonomía democrática que estamos planteando, como el único aire respirable para que esa mutación pueda darse. Es, pues, una dialéctica entre esos dos procesos. Así, por ejemplo, si usted combate por la autonomía en las universidades exclusivamente para conservar los privilegios de funcionamiento que hasta ahora tienen, esa concepción de la autonomía es una posición conservadora que solo conduce al estancamiento, a que las universidades se aislen del país, a que la educación superior no esté al tanto del progreso del conocimiento universal de las ciencias, y, por supuesto, eso lleva a las universidades a ser unos “cascarones vacíos”, que no cumplen su papel histórico, cultural, político. Al contrario, si esa autonomía es para la transformación constante, para la renovación constante, para la renovación de sus mecanismos de funcionamiento, de sus *pensa*

de estudio, de sus sistemas político-administrativos, de sus estilos de trabajo y sus métodos de dirección; es decir; para una permanente modificación de ellas, adaptándose cada vez más a las exigencias de los problemas nacionales y al nivel de progreso del conocimiento científico internacional; Entonces, sí será posible registrar una educación y una universidad al servicio del pueblo, creando doctrinas y teorías educativas, con políticas creativas y democráticas, superando el administrativismo burocrático. De manera que estamos por la autonomía democrática para la reforma de la universidad.

Si enfocamos el asunto al revés, también sucede lo mismo. La transformación tiene que ser producto del ejercicio democrático autónomo de sus fuerzas fundamentales: profesores, estudiantes, empleados, autoridades. Una reforma impuesta autoritariamente a los institutos de educación superior desde el gobierno no tiene valor alguno. Incluso una renovación impuesta “desde arriba” por las autoridades de cada universidad es también una reforma falsa y anti-democrática: autoritarista. La reestructuración no puede provenir exclusivamente de las autoridades, por arriba. Ello sería un mal ejercicio de la autonomía democrática de las universidades. En consecuencia, el nexo dialéctico es muy claro: toda autonomía democrática es para la renovación y toda reforma lo es en democracia.

2.13. La separación entre las universidades y el resto de la educación superior

Ya que estamos hablando de cambios en las universidades, vamos a tocar un punto muy debatido en la discusión del Proyecto de Ley: la desarticulación que se presenta entre las universidades de una parte y por la otra los colegios, politécnicos, pedagógicos, etcétera. Nosotros quisiéramos saber, ¿cuál es su opinión respecto a esta problemática? En general, nos gustaría ahondar un poco sobre sus percepciones en cuanto a este problema.

Las causas del problema ya las señalamos en la entrevista anterior. El crecimiento de nuestra educación en general e, incluso, en la superior, ha sido inmediatista, espontáneo, ciego, en el cual van surgiendo iniciativas y se van superponiendo unas a otras, sin ningún concierto, ni integración, ni coherencia. Ellas no corresponden a ningún plan, sino que son “parches de mercuriocromo” ante las emergencias más exigentes. El resultado es un caos. Desde hace veinticinco años lo que se ha hecho es amontonar ese caos. Eso nadie lo entiende. Justamente, esa era una de las ideas claves para la creación de un Ministerio de Educación Superior.

Entonces, ¿cómo resolver este problema? Antes hablé de tres niveles en la educación superior, perfectamente articulables: el Básico, denominado “educación para el trabajo”; el profesional o pregrado (plano estructural) y el cuarto nivel o postgrado. En relación al primero no entiendo exactamente la diferencia práctica entre “tecnológicos” y “politécnicos”, puesto que su existencia en Venezuela pareciera no corresponder a los patrones universales. La enseñanza de la “tecnología” está articulada estrechamente a las ciencias exactas (naturales y matemáticas): corresponde a su práctica de aplicación, a partir de conocimientos científicos (que es lo que la diferencia de la técnica). Los politécnicos serían la enseñanza de las variadas técnicas existentes en la vida real. Pero todo depende de la influencia cultural y educativa. Tú dominas eso un poco más que yo; es decir, ¿podrías decirme la diferencia en Venezuela entre un politécnico y un tecnológico?

Por ejemplo, en el IUT, que es un instituto tecnológico, su estructura académico-administrativa está muy vinculada a los politécnicos franceses. Los politécnicos tienen una estructura totalmente distinta a los tecnológicos, sobre todo, como usted dice, desde el punto de vista académico.

Entonces, depende de la concepción según la cual se aplique el modelo francés. Pero, en todo caso, los incluimos a todos en este nivel; también los pedagógicos. Ahora se proyecta transformar todos los pedagógicos en una universidad pedagógica nacional. Parece positivo. Podrían así ascender al segundo nivel, realizando también la función de pregrado que acometen las universidades. En realidad al cuarto nivel, lo entendemos no solo como postgrado (que es lo más común) sino también con labores de investigación y de formación del profesorado de todo el sistema de educación superior. De este modo, la función del cuarto nivel es la formación de personal especializado para la educación superior, los cuales no deben instruirse en los pedagógicos, cuya función vendría a corresponder a la formación de los profesores y maestros de la educación media y básica.

La articulación, entonces, para llevar a una salida al problema de la desintegración, sería por la vía de los niveles de la educación superior. Ahora, me gustaría saber la relación entre estos niveles y las distintas instituciones en el logro de una estructura organizativa adecuada a esa articulación, porque al principio parece ser solo una articulación de tipo académico que parte de los niveles de formación: básico para el trabajo, pregrado, cuarto nivel, y así. ¿Qué piensa al respecto?

No insistiría tanto en lo de “educación para el trabajo”; preferiría más bien “formación básica”. Por supuesto, es para el trabajo; pero lo que tú insinúas como respuesta concreta es algo muy difícil; tiene que ser producto, en nuestra opinión, de formular un modelo ideal y luego ver cómo se engrana dicho modelo en medio del caos educativo existente. Esta articulación no puede ser impositiva, sino producto del desarrollo sociohistórico, del proceso autonómico-democrático, según las reglamentaciones de cada uno de ellos.

Tenemos instituciones, por ejemplo, como las universidades, que tienen los tres ciclos, incluso el básico. Tenemos otros institutos como los pedagógicos que ahora se transforman en universidad. En

el resto de universidades funciona el profesional y el cuarto nivel. Entonces, pienso que hay que partir de una concepción del saber, de la cultura, de las ciencias, que permita, justamente, ensamblar consistentemente este conjunto de conocimientos, pensamientos y técnicas. Existen conocimientos básicos generales, para darles un cognomento en las ciencias, en las humanidades y en las tecnologías. Me pregunto: ¿qué deben hacer estos ciclos básicos, estos colegios universitarios? Enseñar, precisamente, esos conocimientos básicos generales. Pero, en consonancia con ellos, tienen que adiestrar en tecnologías específicas y/o humanidades particulares. Es decir, después de algunos semestres de formación básica, tú tienes que especializar al educando en una rama determinada: tecnológica y/o humanística. Pongamos el caso de la formación de un promotor cultural que se gradúe en tres años con el objetivo de que pueda trabajar en museos, ateneos, etcétera en el interior del país (por cierto que es una actividad muy importante, subestimada, hasta ahora, por el Estado venezolano). Su formación en los últimos semestres será distinta a la instrucción de un electricista, un enfermero de alto nivel (paramédico), que tanto los requiere nuestro pueblo, o bien, un técnico agrícola en determinada especialidad, entre otros. En lugar de ciencia tú tienes que impartir tecnología y humanidades, a partir de los conocimientos básicos generales proporcionados por las ciencias. A partir de la base científica tienes dos proyecciones particulares: las humanidades y las tecnologías. Supongamos que en tres semestres puedas dictarles los conocimientos básicos generales de las ciencias; tendrías entonces, otros tres semestres para impartirles los conocimientos tecnológicos o humanísticos específicos necesarios a su carrera. Además, esos conocimientos básicos generales le servirían para la universidad en el caso de que quisiese continuar una carrera profesional. De esa manera se va realizando la integración y habría formas concretas de convalidación de los estudios realizados. Pero, también, has formado gente

para las exigencias de trabajo que está clamando el proceso productivo nacional. ¿Me explico?

2.14. El ciclo básico para toda la educación superior

Precisamente, ¿cuáles serían los canales más adecuados de la educación básica, para el trabajo, hacia las universidades? ¿Cuál sería el recorrido para una persona que ha cubierto ese nivel básico y quisiera continuar sus estudios a nivel de las universidades? Hasta el momento no existe tal posibilidad. A su modo de ver, ¿cuál sería el mecanismo más adecuado y a través de qué elementos podría favorecerse esa interconexión que validara los estudios básicos hechos anteriormente?

Es lo que te estoy explicando. No te puedo determinar las formas concretas. Eso sería una tarea de ese Ministro de Educación Superior en los próximos cinco años: articular y desarrollar un sistema coherente de toda la educación superior. Lo que actualmente realizan los tecnológicos, politécnicos, pedagógicos y colegios universitarios es una madeja difícil de desenredar. Es un enjambre que no tiene consistencia racional. Hay que poner en orden y sistematizar los *pensa* y programas de todas esas instituciones; ese es el primer paso.

*¡Claro! Justamente, hablando de *pensa* y programas es donde podríamos lograr la integración, la posibilidad de hacer ese canal comunicante; debe realizarse no solo en el plano administrativo, sino también en términos académicos, que usted dice deben revisarse...*

En nuestra opinión, lo administrativo es secundario; lo fundamental es el contenido de la enseñanza (los *pensa* y programas de estudio) Hablo de conocimientos básicos generales (de las ciencias), que se pueden adquirir en dos o tres semestres. Así, si las universidades, para su ciclo básico, exigen otro tanto, entonces esos conocimientos básicos en los colegios pueden ser perfectamente revalidados por las universidades. Por supuesto, depende de la

especialización escolar de cada universidad. Pero las ciencias son universales. En ciencias exactas esos conocimientos generales son: Matemática, Física, Química, Biología, etcétera; en ciencias sociales y humanidades: Economía Política, Historia, Geografía, Sociología, Antropología, Lingüística, Literatura, Filosofía, etcétera. Se trataría de un acuerdo de ese consejo Nacional de Educación Superior en torno a esos conocimientos básicos. En consecuencia, si tú hiciste seis semestres, lo más que puedes perder son los tres últimos de tu especialización; que tampoco están perdidos, puesto que lo utilizas en tu trabajo cotidiano y te conectan la ciencia pura con la aplicada y las tecnologías, políticas y/o metódicas.

En segundo lugar, tenemos las carreras profesionales que ya se inician en las universidades. Lo ideal sería que no hubiese “ciclo básico” en las universidades y este quedará para el primer nivel.

Así la formación básica postsecundaria podría corresponder al primer nivel de formación básica para el trabajo. Como la exigencia práctica ha sido la demanda de educación universitaria por parte de la juventud, las universidades cesarían de tener la presión de los conflictos de inscripción y seguramente superarían también los de deserción, escolaridad, etcétera. El ciclo básico para toda la educación superior es una propuesta muy concreta que incide directamente en la solución de los problemas conflictivos de la demanda estudiantil. Esto sería un salto extraordinario para las universidades. No van a comenzar con muchachos que no saben ni leer, que hay que dictarles lenguaje, matemáticas elementales, etcétera. En realidad, la universidad pierde los primeros cuatro semestres repitiendo lo fundamental de los conocimientos generales que deberían traer los jóvenes y que no se los proporcionó la secundaria. El gran conflicto de las universidades, que pareciera originar el resto de problemas que confronta, se concentra en los primeros cuatro semestres de toda carrera; después no. En el ciclo profesional habría que aportar el conocimiento científico (y/o tecnológico) y humanístico (y/o cultural) particular a cada escuela.

Fíjate que el término “particular” tiene sentido, en lugar del “general” de los conocimientos básicos. A un estudiante de Medicina no tienen por qué darle Matemática o Literatura, sino Biología, Química, Fisiología. Ese es el conocimiento científico particular. Además, los conocimientos prácticos específicos de una determinada tecnología que corresponda a la aplicación de esas ciencias en una carrera dada. El mismo papel que desempeña el conocimiento básico general para el ciclo profesional, lo juega el conocimiento científico particular (o humanístico) para el tercer nivel del postgrado y la investigación. Un profesional puede graduarse en cualquier escuela universitaria, pero con la aprobación del conocimiento científico y/o humanístico particular puedes optar a cualquier curso e investigación de postgrado. No se exige, entonces, estar graduado en Sociología solo para hacer una maestría en Sociología, sino que puedes hacerla en Filosofía, Antropología, Economía etcétera. Por supuesto, existiendo cierta afinidad. Seguramente esto es más difícil con las profesiones tecnológicas, donde se repite el sistema estadounidense; pero la concepción europea es completamente diferente, especialmente en ciencias sociales y humanidades. La ciencia, el saber, la cultura es algo universal; los estancos están superados. No tenemos por qué seguir copiando a la metrópoli en lo que no debemos hacerlo, con una especie de conciencia neocolonial refleja. No. Importa que el cuarto nivel esté abierto al conocimiento. Una persona con un conocimiento particular de cualquiera de las ramas de las ciencias se encuentra en capacidad de escoger otra rama del saber y desarrollarla: especialización, maestría, doctorado, etcétera. Lo importante es la investigación creadora que realice en esa nueva rama, profundizando y ampliando sus conocimientos.

Todo esto tiene una articulación conceptual –debe tenerla– para que tú puedas encarar este asunto de la desintegración entre los institutos de educación superior. Pretender la integración sin este plexo conceptual, querer integrarla con medidas burocráticas y

administrativas nada más, significa que semejante programa va a fracasar. Esto es, que requiere una columna vertebral teórica, en la cual pueda apoyarse todo el andamiaje burocrático-administrativo; de lo contrario este último se desmorona inevitablemente.

2.15. La urgente transformación del cuarto nivel

En ese sentido y hablando del cuarto nivel, ¿hasta dónde apuntarían las precisiones que hemos hecho del ciclo básico, del ciclo profesional, del cuarto nivel, etcétera ¿Las universidades se especializarán?

Concretemos la respuesta a las universidades autónomas. Si ya no necesitan impartir el ciclo básico, le quitamos un porcentaje importante de trabajo docente, de horas-trabajo al profesorado universitario. En los cuatro primeros semestres –hemos afirmado– se concentra la mitad del trabajo profesoral. Si pudiéramos sustituir eso con los cursos y líneas de investigación del postgrado, entonces las universidades darían un salto cualitativo importante. Tendríamos la posibilidad real de instrumentar en las universidades autónomas nacionales “un cuarto nivel de excelencia” como dicen los estadounidenses. Se prohibirían así los postgrados de las nuevas, pequeñas e inexperimentadas universidades que ni siquiera han desarrollado el pregrado en las ramas que pretenden hacer postgrado; impedimos al mismo tiempo los cursos conocidos como “piratas” –que tanto desacreditan la educación superior venezolana– que el Ministro de Educación (o el CNU) aprueba por amiguismo o corrupción académica y/o administrativa. En lo sucesivo sería diferente con la existencia de ese Ministerio de Educación superior y su respectivo Consejo Nacional de Educación Superior. Todo sería diferente. No se concibe que una institución que no dicta ni tiene experiencia en una rama determinada del saber, a lo largo del pregrado, pueda fácilmente instrumentar cursos de postgrado de la misma. Eso no se puede tolerar. A las universidades e institutos, tanto nacionales como particulares, debe exigírseles los niveles

correspondientes, la experiencia debida, independientemente de la probidad de su profesorado, de su capacidad física y/o tecnológica, etcétera. Mediante esta propuesta, tendríamos una universidad dedicada al ciclo profesional de conocimientos científicos particulares y con la formación de especialistas que necesita el país y que conozcan a fondo cualquiera de los aspectos de ese conocimiento científico, tecnológico o humanístico particular. Y, al mismo tiempo, desarrollarían progresivamente el cuarto nivel de investigación, postgrado y formación del profesorado para la educación superior de toda la nación venezolana.

Hablando precisamente de conocimientos impartidos e innecesarios en los distintos niveles de la educación superior frecuentemente se constata la poca pertinencia del conocimiento impartido a nivel superior. Esta proposición que usted está formulando en este momento, ¿cree que solucionaría los problemas que se están presentando en la educación superior, de la baja calidad en la enseñanza, en términos de deficiencias en el producto que sale de la educación superior? ¿cree usted que este sistema lo solucionaría?

Primero, trataría de entender la pregunta. La poca pertinencia ¿qué es lo que quiere decir?

En términos de la inadecuación del conocimiento impartido a nivel superior y lo que es la realidad nacional al respecto.

Con esa “no-pertinencia”, habría allí dos cuestiones. Una que tú estás planteando, pero podría haber otra, esto es, que los programas sí estén adecuados a las exigencias existentes. Por supuesto, no lo están y hay incapacidad de transmitir correctamente esos contenidos, aunque estén explícitamente en los programas. Fíjate que son dos asuntos distintos. Desde luego, esta proposición, que nosotros estamos señalando, solucionaría el primer tema, en nuestra opinión, de pertinencia, no solo con esta estructura sino también una vez hecha

dicha estructura; entonces, ver cuáles son los grandes problemas del país. De allí la importancia de construir organismos que formen a los profesores. Una de las grandes dificultades que tenemos es el hecho de que noventa por ciento de nuestro personal profesoral de educación superior no están formados para ello; es decir, son profesionales normales que el salto cuantitativo, a partir de 1958, le impuso a toda la educación superior nacional. Se les eligió a ellos para ser profesores sin ninguna preparación. Mientras los otros profesores, que existían hasta el 58, no eran más de cuatrocientos y tardaron cincuenta años para formarse; de golpe, se llegó a cerca de treinta mil profesores en apenas veinticinco años. Y cada año crecían gigantescamente, en la práctica todos los que se graduaban se transformaban en profesores, sin ninguna preparación pedagógica. Este es uno de los elementos fundamentales de las causas de la crisis universitaria actual.

La mínima exigencia que tenemos que hacer a los profesores universitarios es, pongamos el caso, realizar una maestría de su especialidad. Esto no va a resolver el asunto, puesto que podrían seguir siendo tan deficientes como antes, pero ya, al menos, es una exigencia cualitativa y quienes no hicieran la maestría se quedarían atrás y permitirán que entren otros que estén afuera y que sí tienen la maestría respectiva.

La cuestión no es solo la educación. Podríamos enumerar diez o doce grandes problemas nacionales, cuyo estudio deben encarar las universidades: alimentación, vivienda, transporte, salud, seguridad, etcétera. Si estos son los grandes problemas nacionales, tenemos que orientar la educación hacia la formación de técnicos, tecnólogos, científicos y humanistas capaces de encarar esos problemas para su gradual resolución. Se trata de partir de las necesidades prioritarias del país y, con base en un plan, programar la formación educativa de los venezolanos. Se trata de crear los organismos para que esa tarea funcione. Por ejemplo, un pedagógico sirve para formar a los profesores

de un área determinada del conocimiento y la formación personal no sería sino un instrumento prioritario para resolver este problema de la educación secundaria. Y así por el estilo.

2.16. Carácter regional de los institutos de educación superior

Ahora, otra acotación que está directamente relacionada con ello. Por ejemplo, a nivel regional, las regiones tienen necesidades específicas...

Por supuesto. Hay que regionalizar la educación. Ese es un principio elemental desde hace más de cincuenta años, pero en Venezuela no se aplica. Se pueden crear institutos de investigación-docencia de alto nivel, especializados en una rama determinada que tenga pertinencia fundamental para una región dada los asuntos más específicos y concretos de esa zona.

¿Serían a su modo de ver, institutos directamente vinculados con la investigación?

Bueno, debemos ir por partes, según lo que vaya proporcionando la práctica. Se comienza por solucionar la cuestión del ciclo básico, en torno a ello se va montando lo profesional y finalmente se alcanza el cuarto nivel. Pero lo que deseaba explicar es cómo se articulan todos estos elementos en forma consistente. Habías planteado la pregunta de ver cómo se satisfacían esas exigencias. Hablabas de la “no-pertinencia”. En verdad, la enseñanza que impartimos en educación superior (y, en general) es libresca. Aparenta estudiarse fundamentalmente la teoría pura de las ciencias y las humanidades; pero no es así. No se puede conocer la teoría pura de ninguna de ellas si no se las vincula estrechamente a su práctica diaria. Por eso se trata de un saber libresco, formalista; un saber desfasado de la vida nacional que hay que conectar a la vida productiva del país. Ese es, precisamente, el problema de la “no-pertinencia”. Si

tú comienzas a crear esos institutos con sus respectivas especialidades, veremos cómo transitan, luego, del conocimiento científico particular a las profesiones y de estas a las investigaciones prioritarias sobre los problemas nacionales más urgentes. No sé si me explico. Podemos ver, así, todo el árbol del saber articulado o no con la problemática nacional. Justamente, ese es el proceso de constante renovación según sean las exigencias nacionales y el desarrollo del saber universal.

¿Quién decidiría esas áreas prioritarias, no solo a nivel general sino en el plano regional? ¿Serían puestas por el ministerio?

La base educativa, los consejos directivos, el ministerio. Si el área prioritaria la resuelve solo el consejo sin tener respaldo del gobierno se quedaría tal decisión, como sucede con las universidades ahora, en el papel. La universidad se contenta con decir “yo lo dije” desde hace diez años, pero el problema continúa igual. La cuestión es que se comprometa y que se responsabilice también el gobierno.

Como última pregunta vinculada directamente al problema del conocimiento de las áreas prioritarias: ¿Desde qué punto de vista concebiría usted los programas de estudio de estas áreas, la perspectiva de su diseño, la incorporación de las actividades de investigación, extensión, etcétera?

Bueno, sucede que se trataría de fórmulas concretas. Toda carrera profesional tiene que comenzar por conceptuar sus fines; ella no puede organizarse de una manera espontánea, sin saber, con propiedad, qué función específica cumple en la sociedad. Por ello, el primer paso es la función que cumple el tecnólogo respectivo: el electricista, el ingeniero eléctrico, el investigador en electrónica para señalarte, justamente, los tres niveles que hemos venido considerando. Preguntarse hasta qué punto se requieren en el país. Eso es perfectamente medible, determinable. En el centro de este trabajo, está el asunto demográfico. Seguramente en nuestro país los censos son

deficientes, pero en toda nación sirven para saber con exactitud qué necesita cada región del país, cómo va a ser su crecimiento poblacional, cuántos jóvenes van a llegar a tal o cual edad, de tal o cual año, al proceso educativo. Perfectamente se pueden saber y programar los datos cuantitativos y hasta algunos cualitativos. Entonces hace falta ir precisando dónde estos jóvenes deben recibir sus enseñanzas, según las exigencias de cada lugar. Ese no es un asunto difícil de resolver, es una cuestión simple, sencilla. Si aquí hay una zona donde no había liceo y allí la escuela va a producir, por vez primera, unos treinta jóvenes que pasan al bachillerato o a la secundaria, entonces, hay que comenzar a echar las bases: se puede hacer encuestas con los jóvenes para conocer sus decisiones (los estudiantes de Sociología y de otras carreras afines nacionales podrían colaborar). Se puede formar un centro común donde asistan los treinta de aquí, los treinta de allá, los de más acá, etcétera. Se parte de un número mínimo determinado por el cual se crea dicho colegio.

Tú planteas, como contrapartida, ¿qué son los contenidos programáticos? Bueno, eso es un tema de mayor discusión y las formas de solucionarlo son los mecanismos democráticos y autonómicos. Se define la carrera, el contenido, los objetivos. Una vez conceptualizado esto, para cumplir las exigencias existentes, se plantea: ¿cuáles son las áreas programáticas mínimas? Una vez señaladas estas áreas se perfilan, entonces, las asignaturas que les corresponden y el orden de estas. Es una cuestión elemental de pedagogía. No puedes imponer un *pensum* de una carrera porque así existe o “yo lo pienso así”, no, son criterios subjetivos. Eso no tiene ninguna validez. Tienes que estructurar un plan que justifique tal o cual área, tal o cual materia, etcétera. Por lo general hay dos o tres áreas programáticas básicas. Ya en el primer proyecto, lo conceptué como conocimiento básico general; después viene lo específico a cada profesión. Fíjate que allí tienes ya dos instancias perfectamente demarcables. Después viene el asunto de las asignaturas que les corresponde. Incluso te hablé

de ese conocimiento básico general de los cursos, precisando cuáles son las ciencias, las tecnologías fundamentales, las humanidades, etcétera.

Me planteo el problema de la primaria y la escuela básica. Sobre todo, una vez que el alumno sabe leer, escribir y contar (sacar cuentas), aunque sea medianamente. Y me pregunto por qué no se le enseña la tecnología elemental –incluso la técnica (empírica)– de todos los aparatos y sistemas que ve y percibe cotidianamente en su casa, en lo que lo rodea. ¿Por qué? No lo comprendo. Hasta un niño puede aprender los rudimentos de la carpintería, albañilería, plomería, etcétera y le resulta divertido. Después, un poco más adelante, puede llegar a conocer de electricidad elemental, de la mecánica de los aparatos y motores que existen en la casa (cocina, nevera, lavadora, etcétera). Después puede entrar en conocimiento de la electrónica, la radio, la televisión, el teléfono, etcétera los elementos de estas profesiones pueden ser enseñados en las escuelas y liceos con laboratorios prácticos concretos de cada uno de estos aparatos y procesos fisicoquímicos. ¿Por qué no se enseñan? ¡Vaya misterio! ¿Por qué toda la formación es libresca, desligada de la realidad de la vida? Sigo sin comprenderlo. Desde luego, actualmente hay dos fallas muy claras: la falta de formación de maestros en esas áreas y la inexistencia de aparatos concretos que sirvan para las prácticas respectivas en los colegios. Se les proporciona electricidad (Física) en tercer año, pero no sabe cómo funciona en la práctica. No saben ni arreglar un bombillo en la casa. En los laboratorios de las escuelas básicas se pueden impartir los rudimentos de la electricidad. Eso no cuesta nada. Todo ello significa que nuestra educación es teoricista y no tiene contrapartida con la realidad. Pero, de igual forma, en todas las escuelas debería haber un piano y cada niño ser entrenado en el dominio de un instrumento musical que despierte su sensibilidad artística.

Dos horas a la semana de música, pintura, baile, teatro, etcétera son tan necesarias y tan importantes como dos horas de electricidad o mecánica; también dos horas de educación física y/o deportes. Esto es, que la escuela sea la expresión de la vida cotidiana en la cual tú te mueves. Eso tiene que ser la escuela. Todo lo que te rodea en la vida tiene que estar representado en la escuela, como un museo, que te está mostrando la realidad de tus circunstancias existenciales.

2.17. El financiamiento de la educación superior

La palabra despilfarro, desde un punto de vista que esté vinculado con el problema del financiamiento de la educación superior. El financiamiento se ha convertido en uno de los aspectos básicos de la discusión. En la sesión pasada, usted mencionaba la necesidad de una racionalización del gasto como salida posible. Ahora, quisiera profundizar un poco más en esto. A su modo de ver, ¿cuál es la salida más apropiada? ¿Cuál sería la alternativa que usted perfila para este problema?

Por supuesto, las universidades y los otros entes de educación superior dependen directamente del presupuesto del Estado; pero las universidades y demás institutos, una vez que sean autónomos, tienen que racionalizar su gasto en forma estricta. Por un lado, nuestra educación es una de las más caras del mundo –especialmente la básica–; por el otro, el porcentaje de empleados, en comparación con el número de profesores, es casi igual. Esto significa una irracionalización increíble. La Unesco considera que si el número de trabajadores que no cumple la función fundamental de enseñar, llega a la mitad, en comparación con los profesores, ya es un número bastante grande. Pero en Venezuela no llega a la mitad, sino que es igual y hasta superior en algunos institutos. En ese sentido, las universidades están, como los ministerios, burocratizadas, masificadas, dando empleo a todo el mundo. Hay que llevar a cabo un proceso de racionalización, que cumpla con las formas democráticas y automáticas. Aquí nadie

sabe cómo se gasta el presupuesto. Tampoco tú puedes poner en la calle, de la noche a la mañana, a un grupo de empleados. Se tiene que implementar un proceso que tienda a reducir el número de trabajadores al mínimo indispensable y no la inmensa cantidad de empleados que existen hoy.

Segundo, en todo nuevo presupuesto que se exija al Ejecutivo, la comunidad debe saber con exactitud en qué se gasta cada bolívar. Este conocimiento es indispensable, si se quiere que la lucha sea consciente y no ciega.

En tercer lugar, es posible buscar formas de financiamiento diversas, tanto extremas como internas. En el *Proyecto de Ley de Educación Superior* se plantea, por ejemplo, mayores impuestos al hipódromo, las loterías, etcétera se puede crear un fondo de financiamiento, que contribuya junto con el presupuesto regular. No estaría de acuerdo con la opinión según la cual se le debe aplicar un impuesto a los graduados universitarios para que contribuyan con las universidades. Ese es un punto conflictivo. Nadie aceptaría un nuevo impuesto, además del normal, el impuesto sobre la renta, que los universitarios somos los únicos en pagar. Habría que protestar. Sí creo que las universidades pueden buscar formas internas de autofinanciamiento. Por ejemplo, en la actividad del cuarto nivel (postgrado), se vienen cobrando los créditos de las unidades. Es ya una tradición. Si la UCV aumentara considerablemente el número de alumnos en postgrado –hasta llegar, por ejemplo, a unos treinta mil– esto produciría sumas importantes para la investigación y la docencia de excelencia, incluyendo la contratación de profesores extranjeros. Estas entradas propias estimularían considerablemente la investigación, la compra de libros y revistas, la modernización del sistema de documentación, etcétera. También en el campo de la extensión hay fórmulas y posibilidades ciertas de obtener dinero. Existen muchos organismos particulares que se ocupan de la estructuración de cursos de extensión de tres días o veinticuatro horas. Cobran

hasta cinco mil bolívars o más por ellos. ¿Por qué la Universidad no desarrolla esos programas de extensión? Esa podría ser una de las tareas que podría coordinar el Ministerio de Educación Superior.

¿Y ese fondo de financiamiento, que es una de las cosas que articula la propuesta señalada por usted, le parece que debe tener un carácter autónomo, o de quién dependería?

Por supuesto, si los institutos de educación superior serán autónomos por ley, entonces ese fondo tendría ese carácter. En el Consejo Nacional de Educación Superior se elegiría una representación de las distintas instituciones y un procedimiento o una metodología del reparto total de esos fondos, según determinados procedimientos, más o menos comunes.

2.18. La masificación de la educación superior

En esta parte, me gustaría saber cuál es su opinión sobre el crecimiento del sistema de educación superior. En la primera sesión mencionó la cuestión de la masificación, como un problema grave que afrontan las universidades. ¿Ud. cree que debe haber, en relación a esa expansión, una regulación?

No. Lo que hay que hacer es diversificar ese crecimiento. Según explicamos, existen decenas de carreras cortas. Ya son como sesenta las carreras profesionales en el país. Hay numerosas especialidades a nivel de maestría, postgrado, etcétera lo importante, pues, es diversificar la educación superior; pero no espontáneamente, sino como producto de un plan que corresponda a las exigencias nacionales y al progreso universal del conocimiento. Creo que la masificación no tiene por qué asustarnos. Al contrario, hay que encararla. El quid de la masificación es la baja calidad de la enseñanza, la baja formación profesional. Eso sí es serio. Actualmente vivimos una fase histórica signada por la revolución científico-técnica. Es una etapa que exige

en el plano de las fuerzas productivas una formación universitaria de toda la fuerza de trabajo. Se podría argüir –como a menudo escuchamos–: “Bien, ¿pero quién va a hacer el trabajo de base?”. Justamente, es lo que realizan, cada vez más, las máquinas, computarizando y robotizando los procesos industriales. Cada vez más los complejos de fábricas se transforman en universidades. De manera que no hay que considerar como negativo ese proceso. Por supuesto, golpea al Tercer Mundo (donde nos encontramos) por su carácter unilateral y neocolonial, produciendo desempleo en determinadas áreas de la producción. Pero una planificación racional puede encarar ese problema, en el desplazamiento de la mano de obra, haciéndola cada vez más calificada. Justamente allí está el papel de la educación. Dentro de este enfoque es donde necesitamos ver el fenómeno de la masificación de la educación superior. Hay que adecuar las estructuras espontáneas y superpuestas que hemos creado en los últimos años a la situación mundial, dándoles mayor coherencia y tratando de adaptarlas –repito– al nivel de conocimiento universal y a las grandes exigencias nacionales.

Entonces, se trata de diversificar el crecimiento y, segundo, de proporcionarle mayor calidad a la formación profesional. Esta mayor calidad es una exigencia de todos los niveles. Incluso en las universidades, por la deficiencia que exhiben los estudios superiores. Finalmente, necesitamos tener capacidad, al menos cuantitativa, de satisfacer las necesidades de estudio de la juventud venezolana. Este es un asunto real, urgente, que hay que enfrentar y resolver. Habría allí un serio conflicto, expuesto ya en la sesión pasada, el de la segregación escolar. En nuestra educación ingresan cien alumnos a primer grado y terminan graduándose dos o tres en las universidades. Los noventa y siete restantes se quedaron en el medio del camino. Esta es la cuestión más relevante que confronta Venezuela, su juventud, el ser venezolano. ¿Qué se está haciendo para encarar esta situación? Nada, absolutamente nada. ¿Cómo podemos, entonces, progresar? Desde luego, se

trata de un asunto estratégico. Pero hay que comenzar desde ya. No se puede posponer. Está en juego el futuro del país, su recurso fundamental. Hay que comenzar por elaborar estrategias que vayan solventando estas fallas en los distintos niveles. Pero la urgencia repercute en la escuela básica. Lo ideal consistiría en que, de los cien niños que entren a primer grado salgan los cien. Así sucede en otros países. ¿Por qué no es posible aquí? Es un ideal realizable, si se tienen planes, doctrinas, recursos, programas operacionales... en fin, si hay voluntad política para lograrlo. Con la nueva escuela básica de nueve años hay oportunidad de tomar medidas ejemplares. Se debe comenzar por la transformación de la mentalidad del maestro en su preparación pedagógica y resolver las necesidades materiales de los niños; también por supuesto, las deficiencias de la planta física. Los setenta jóvenes (de cada cien) que margina la educación básica, ¿no tienen derecho a la educación? El Estado tiene que tomar medidas especiales al respecto; también las universidades, para ir borrando ese fantasma de la "segregación" (y no tanto de la deserción) escolar que mancilla lo máspreciado de nuestro ser venezolano: su juventud.

2.19. El problema de la preinscripción universitaria

En cuanto a los sistemas de selección que existen actualmente, que determinan la asignación de los estudiantes dentro del subsistema de educación superior (me parece que el actual sistema de preinscripción es el más adecuado); si no es así; a su modo de ver, ¿cuál sería la salida?

Siempre hemos criticado la preinscripción universitaria. Eso es un absurdo. Se pensó, primero, como una panacea. Las universidades autónomas la propusieron para quitarse de encima ese problema clientelar de la juventud. Pero no fue así. Con la creación de los colegios universitarios se pensó también que podrían colaborar a resolver el asunto; tampoco sirvió. Los jóvenes lo rechazaron, principalmente por su mediocridad; la mayoría de los bachilleres aspiran

a estudiar en las universidades de mayor prestigio. En verdad, la pre-inscripción no sirve en absoluto y debe ser eliminada. Es una solución meramente formal. Estratégicamente estaría planteada una solución que marcha por aquel camino –ya señalado– de la integración de la educación superior, dando facilidades para la transferencia de las carreras cortas a la profesionales y de estas a los cursos de postgrado: especialización, maestría, doctorado. Por ejemplo, si se planifican y realizan los ciclos básicos de conocimientos científicos, humanísticos y tecnológicos generales y, posteriormente en las profesiones, los conocimientos particulares y, finalmente, los especializados, podemos resolver el problema de la integración de la educación superior. Restaría, nada más, el asunto del doctorado, que ya es un problema académico, más que profesional. Pero esta es la manera de enfrentar esta situación. No hay otra.

Si la universidad no recibe a nivel básico, sino que recibiera a un segundo nivel, ello significa que es un hecho práctico y real el ciclo básico sistemático en las carreras cortas. Si el joven pasa allí dos años sin lograr esa formación, no lograríamos absolutamente nada, puesto que vendría a la universidad tal como salió de bachillerato. Hay que tener realmente la prueba de que se ha dado un salto cualitativo en las cuestiones elementales que hemos denominado conocimientos básicos generales. Esto sería una solución estratégica, al menos, para las universidades. Persistiría la falla para el resto de institutos de educación superior, pero también es susceptible de ser solucionada.

El otro tema polémico es cómo resolver en la actualidad el ingreso a las universidades. Nosotros hemos propuesto que cada escuela y facultad de cada universidad acuerde autónomamente, según sus condiciones específicas, su forma de aceptación del alumnado. Esto implica que podríamos tener escuelas que tuvieran examen de admisión, escuelas que no ponen ninguna condición, escuelas medias que exigen como condición tener un número x de puntos o bien aprobar

un propedéutico, o similares. En todo caso no habría una cartilla mecánica y abstracta por aplicar a cada una de las condiciones específicas de las sesenta o más carreras universitarias; ni en cuanto a contenido, ni en cuanto a clientela, ni en cuanto a oferta, demanda, etcétera. Las prioridades y condiciones son diferentes en unas y otras escuelas.

Podemos poner el ejemplo de las profundas diferencias existentes entre las escuelas de Filosofía y Medicina. Por eso, la solución compete a la especificidad de cada carrera universitaria. Hay quienes proponen que se tenga un promedio de quince para las universidades y el que tenga menos iría automáticamente a los colegios universitarios. Pero me parece que esa no es una solución acertada. Muchos de los que tienen quince han demostrado, posteriormente, ser deficientes. Y muchos que sacaron diez u once por ejemplo, en la Escuela de Filosofía, llegaron a ser hoy profesores universitarios en una carrera como Filosofía. En realidad se trata de una secundaria mal hecha. Eso no les importaba. No tenían simpatía por la forma de realizar los estudios en secundaria. Estaban muy jóvenes. Cuando ingresaron a Filosofía fue por obligación y solo deseaban llegar a la universidad. Pero de pronto, les gustó la filosofía y se les abrió un mundo gigantesco de cultura que satisfizo su apetito intelectual. Así llegaron a ser buenos filósofos. Eso podría ocurrir en cualquier carrera: de manera que las calificaciones cuantitativas no son un índice de estimación seria. Lo cuantitativo nunca determina lo cualitativo, y esto último es lo que interesa y hay que saberlo apreciar en cada estudiante universitario, según sea su propia personalidad.

2.20. El obstáculo político para la ejecución de un nuevo proyecto educativo

Todas estas proposiciones que usted ha hecho abarcan casi todos los niveles, en el plano de un programa de estudio, de organización político-académica. ¿Qué posibilidades, hay de que una proposición como la suya se lleve a cabo? ¿Cuál es la posibilidad de que un proyecto de este tipo se implemente?

Muy difícil, en nuestra opinión. Para implementar proyectos de esta naturaleza tendría que convencerse a las élites dominantes de los partidos AD y Copei (o llegar a derrotarlos políticamente, lo cual no está muy lejos). Hay que convencerse del fracaso del modelo del bipartidismo petrolero corrupto, que ha dominado al país los últimos veinticinco años y, realmente, buscar nuevas vías, nuevas metas creadoras para desarrollar e implantar un nuevo modelo de desarrollo económico, político y cultural para el país. Ello es muy difícil, desde luego. Cada vez se convencen más y, digamos, el agotamiento del modelo existente es aceptado en teoría por todos, pero no así en la práctica. Este es el quid del asunto. Debe ocurrir un estremecimiento político que haga cambiar la correlación de fuerzas políticas y la conciencia de las gentes. Pero ello no significa que las propuestas hechas por nosotros no tengan validez. No es el caso de hacer las proposiciones y quedarme académicamente con ellas, sino que estoy trabajando por un movimiento político con aspiraciones de desplazar a las camarillas de AD y Copei de la hegemonía económico-política del país. Ese es, justamente, el objetivo. Por ejemplo, que Rangel ganara del 83 al 88. El pueblo venezolano todavía no está preparado para eso, pero puede estarlo más tarde, a lo mejor para el otro quinquenio, dependiendo de los errores que ellos cometan y de nuestra capacidad antisectaria de ser capaces de crear un frente común –la tercera opción– contra el bipartidismo corrupto. Si derrotamos a AD y Copei, podríamos implementar ese Ministerio de Educación Superior; podría hasta asumirlo personalmente y comenzaríamos a aplicar todas esas ideas, esos modelos, en el sentido explicado. Tampoco somos egoístas: no nos guardamos para nosotros estas ideas; no. Si el Gobierno que gane ahora o el presente quisieran aplicar algunas de estas concepciones, podrían hacerlo perfectamente. Lo que vemos es la dificultad de comprender lo nuevo, de quedarse siempre con el mismo ritornelo de nuestra “chucuta” democracia –como decía Pérez Alfonzo–. La primera prueba de esto será cómo resulta aprobada la nueva *Ley de Educación Superior* en el Congreso.

Ahora bien, esas dificultades ubicadas por usted en el partido de Gobierno quedarían precisadas a ese nivel. Ahora, a lo interno del subsistema, ¿cree usted que se tomaría como un grupo de resistencia que se opondría? ¿de quiénes vendría tal resistencia, de qué grupo?

No, al revés. En cierta forma, resistencia es pasividad, resignación. En el medio universitario hay un sector conservador que quiere mantener el statu quo, integrado por profesores e incluso por estudiantes. Ellos quieren, simplemente, cobrar bien su quincena, dictar su “clasecita” como lo vienen haciendo desde hace diez o quince años y más nada. Ese grupo conservador no son los adecos ni los copeyanos nada más; hay mucha gente de izquierda también. Frente a ellos se aglutina el sector que tiene realmente una inquietud, que quiere crear, hacer transformaciones, etcétera. Es un porcentaje pequeño, pero activo; no rebasa diez por ciento de los profesores. Pero se encuentran con una camisa de fuerza que son las estructuras burocrático-administrativas y por el clima espiritual que segrega otro noventa por ciento, que asfixia a uno y no deja hacer nada en la práctica. Por supuesto, esta es una de las causales que provoca la crisis de la educación superior. Lo que aspiramos es a sacudir el árbol para ver si ese diez por ciento –con el apoyo estudiantil– es capaz de desarrollar una táctica universitaria, una política para la educación superior, que permita construir un amplio frente de fuerzas en el interior de las universidades e institutos, con consignas y proyectos claros y coherentes, que gane a por lo menos un sector de ese noventa por ciento y neutralice a los conservadores y permita, entonces, la transformación de nuestras universidades.

¿Cuáles serían los mecanismos, en su opinión, para lograr esa situación interna en las universidades...? Me explico, ¿a través de qué mecanismo se podría formar ese amplio frente? ¿Cómo se realizaría en la universidad?

Hay diversos modos de hacerlo. Nosotros estamos preparando ahora unas jornadas en defensa de la educación y la cultura creadora y autogestionaria del pueblo. Esas jornadas persiguen crear este nivel de conciencia con la investigación y la creación, en apoyo al programa de José Vicente. Nosotros aspiramos con ello a forjar un campo positivo de concientización en el medio universitario, buscando una articulación política directa, lo cual es bastante difícil por ser un año electoral. Pero, aparte de eso, a partir del año 84, se puede estimular un trabajo bastante coherente. Por ejemplo, la primera exigencia sería tomar conciencia de la gravedad del problema de la educación superior, en torno a la cual podría fraguarse una concertación de todas las fuerzas políticas y universitarias. Eso se puede lograr. Del acuerdo nacional habría que pasar a los programas de trabajo concreto que garanticen su aplicación al medio universitario en los años siguientes, independientemente de su competencia en elecciones estudiantiles, profesoriales o de empleados.

Este es un camino. Una segunda vía es formar con las personalidades universitarias un frente muy amplio por la renovación, por la reforma democrática de la educación superior. Este frente amplio puede abarcar a representantes de las distintas fuerzas, si se logra la concertación. Si no se logra, podremos agrupar a los representantes universitarios genuinos, académicos, que no tienen nada que ver con los partidos, que son, pues, independientes. Un núcleo de unos veinte profesores –en cualquier universidad– puede iniciar el proceso de debate e investigación: seminarios, jornadas, simposios, foros, etcétera, donde se lleven ponencias y se defiendan tesis en actividades estrictamente universitarias académicas, científicas. Sin politiquería. Al final, se acuerdan un conjunto de tareas y concepciones y se les entrega al Congreso, al Ministerio de Educación, a los Consejos Universitarios y a los Consejos Directivos de los distintos institutos de educación superior. Se crea así un clima de cambio, de transformación. Por supuesto, esto no es sino una

idea genérica, porque todo el mundo tendrá sus propias concepciones. Pero, dentro de la diversidad, podremos marchar hacia un objetivo común. En una palabra: un plan de desarrollo político que tome en cuenta la especificidad de la problemática universitaria y de la educación superior; es decir, no trasladar la política que los partidos hacen en la calle mecánica y dogmáticamente al medio universitario, sino buscar las formas propias, académicas, con los perfiles específicos universitarios, para la solución de estas cuestiones.

2.21. La histórica experiencia de la renovación universitaria

Bueno, de estos planteamientos ha surgido el movimiento renovador en que nosotros hemos participado. Incluso, por ello, fuimos expulsados “de por vida” de la universidad venezolana, cuando promovimos en todo el país el movimiento de la Renovación. Se podría decir hoy –doce años más tarde– que entonces se cometieron errores, como era natural. No llegamos a tener las propuestas concretas, los proyectos sustitutivos, de aquellas estructuras enhiestas. Se destruía todo –sobre todo el autoritarismo profesional–, pero se construía poco. Los estudiantes cumplieron: sacudieron la cultura de todo el país, como nunca antes en la historia había pasado. Fallamos, más bien, los profesores, que no llegamos a elaborar las concepciones de la nueva universidad. Todo eso es verdad. Pero así es el remolino de la historia. Y eso no niega lo positivo y exitoso de esa gesta ejemplar. Una jornada que realmente estremeció la cultura y las estructuras educativas del país y que ha quedado como un hito en la historia cultural contemporánea de Venezuela. Nosotros con esa experiencia podemos formar un movimiento que tenga el apoyo masivo del estudiantado. Si a ello agregamos el respaldo de un buen número de profesores y de autoridades, tendríamos soluciones, más o menos alternativas, a los grandes problemas de la educación superior. Podríamos unir así esas dos corrientes en un solo torrente. Nos aprovecharíamos de la

experiencia y de los errores del pasado. Forjaríamos así la transformación de la universidad venezolana, quizás más importante que, a nivel de educación y de la cultura, pueda ofrecerse al país en los próximos años. La universidad se transforma a sí misma como ejemplo de lo que debe hacer el pueblo en la transformación del país, en la renovación de nuestra democracia. Ese es el plan que tenemos.



3. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

MANIFESTACIÓN DE CALLE A FAVOR DE LOS DERECHOS UNIVERSITARIOS EN EL CENTRO DE CARACAS

2.22. El mayor conflicto: la autonomía de la educación superior

De las proposiciones que usted formuló a nivel general, ¿cuáles cree serían los aspectos que generarían más conflictos, no solo en el subsistema sino incluso fuera de él...?

Pienso que generaría más conflicto la autonomía de la educación superior. Ello es difícil de ser aceptado. Equivale a la descentralización del Estado a nivel político que, justamente, es darle autonomía a los municipios, gobernaciones, etcétera. Precisamente, se busca una fórmula mediadora que podría ser ese proyecto de ministerio, ya que permite crear un puente entre los institutos de educación superior y el Gobierno. Eso también deja claro, en cierta forma, que no es una propuesta exclusivamente para quienes ganen las elecciones, sino también para el mismo Gobierno existente si este quisiera transformarse. Lo que planteamos lo puede realizar cualquiera de los candidatos presidenciales. Podría ser un frente nacional por la reforma democrática y autonómica de la educación superior. Podríamos realizar foros con los cuatro candidatos presidenciales más importantes y comprometerlos públicamente con el país a realizar tal tipo de programa. Por supuesto, entre lo que promete el candidato antes de ser electo y lo que realice una vez electo, "hay mucho trecho" –como reza el refrán popular.

Volviendo de nuevo a lo de la proposición, según usted, ¿cuáles podrían ser los aspectos alrededor de los cuáles tendrían mayor apoyo?

Bueno, el ministerio podría ser aceptado para tratar, justamente, de controlar (a través de él) el conjunto de la educación superior. Claro, eso no cumpliría ningún papel. También se aceptaría el techo del presupuesto y la máxima racionalización del gasto (exigencia que también regiría para cada uno de los ministerios y demás entes del Estado). En estos dos objetivos podría haber acuerdo. La zona de disenso es la autonomía –que ya señalé–, pero también la propia mutación constante de las universidades e institutos de educación superior. Nosotros hemos señalado muchas veces que un rector o un decano de izquierda casi no se diferencia de un ministro adecopeyano. Y eso es muy grave. Las universidades deben dar muestra de esa autonomía democrática cumpliendo procesos de reforma permanente. Ello traería conflictos en el seno de la izquierda dentro

de la universidad. Algunos sectores desean que las cosas sigan como están, se oponen a la Renovación. Asumen frente a las universidades la misma actitud que los copeyanos y adecos respecto al Estado y la sociedad: el sentimiento continuista y conservador. Tenemos que convencernos de que si nosotros aspiramos a imponer modificaciones al Estado y a la sociedad, y hoy tenemos una relativa mayoría en un sector del país como son las universidades, pues allí deberíamos en la práctica mostrar lo que estamos exigiendo para toda la sociedad y todo el Estado venezolano. Cuando asumimos el gobierno, es decir, cuando tenemos un decano, un director, un rector, pues ese decano en su facultad tiene que propiciar transformaciones prácticas que correspondan a su concepción de la educación y del hombre. En consecuencia, tenemos esta otra área problemática de la reforma de la universidad, porque, en realidad, muchos sectores universitarios de izquierda asumen actitudes irreconocibles, conservadoras, para mantener el statu quo universitario. Habría, entonces, dos aspectos más problemáticos: la autonomía democrática y este de la transformación. Y habría dos aspectos de mayor consenso: el Ministerio y la racionalización del gasto educativo.

Ya que hablamos de sectores que tendrán divergencias con la propuesta, hablemos también de aquellos sectores que según usted apoyarían dicha propuesta.

A mí me parece que, en realidad, no podríamos determinar con propiedad grupos políticos determinados. Pienso, en primer lugar, en los independientes, algunas fuerzas políticas de izquierda y los universitarios académicos. Los sectores innovadores en AD y Copei pueden perfectamente respaldar esos proyectos en el plano de la educación superior. Por tanto, la divergencia allí no es la división política nacional. En el medio universitario la discrepancia es otra. La división es entre quienes propiciamos transformar nuestra universidad, de una manera lo más democrática posible, pasando

de la polémica al consenso, a través de un proceso autonómico, o quedarnos conservadoramente en lo que tenemos, que es ir ahogándonos hasta llegar a la crisis ya intolerable, por la sociedad y por el Gobierno. Esa sería la situación conflictiva existente.

2.23. La participación personal en las reformas de la universidad

Vamos a una última parte que versa sobre la participación que en el pasado ha tenido usted para influir concretamente en los variados aspectos renovadores, en decisiones vinculadas con la educación superior...

Desde el punto de vista de una gestión fundamental, no la tuve; en absoluto. Siempre he sido opositor. Participé en la dirección del Movimiento de Renovación Académica de los años 1968-1972. Luego, como director de la Escuela de Filosofía (1975-1978) propicié la reforma del *pensum* e inicié postgrado de Filosofía, por vez primera en la UCV. Esto es, planteé tres o cuatro propuestas de transformaciones que fueron aceptadas y realizadas autónoma y democráticamente. También inicié en la Facultad jornadas de investigación que tuvieron mucho éxito. Pero el vínculo mayor nuestro ha sido la permanente lucha ideológica desde Pérez Jiménez cuando yo era estudiante, mediante revistas, foros, seminarios, libros, etcétera (recuerdo ahora *Cuadernos universitarios*, una revista bimensual de los años 1954-1955). Constantemente estoy publicando en los diarios ensayos sobre la problemática universitaria, así como dictando conferencias en todas las universidades del país donde me han invitado a plantear esa crítica y ese proyecto de renovación. Eso se viene haciendo desde hace veinte y hasta treinta y cinco años, cuando era estudiante (1952-1956). Por supuesto, participé en la dirección del Frente Universitario, la fuerza estudiantil contra la dictadura perezjimenista. Tengo veinticinco años como profesor y esas ideas son ampliamente conocidas; aparte de que siempre las hemos estado modificando. Quizás la expresión mayor de ello fue el movimiento

de Renovación que, de alguna manera, encabezé al lado de otros profesores. Ahora bien, ese movimiento fue fundamentalmente ideológico-cultural: estremeció el árbol de la cultura venezolana como nunca antes se había hecho. Se manifestó con luchas muy concretas y masivas y trajo como consecuencia que me expulsaran, junto a cuarenta y cinco profesores, porque desarrolló la lucha frontal contra el decano Adams, que además ese personaje extraño a la universidad, había sido impuesto por las autoridades interinas. Esa es la situación.

Sin embargo, cuando fue director de Filosofía tuvo la oportunidad no solo de expresar sus ideas, sino de proponer algunos proyectos...

Bueno, asumí la Dirección del Consejo de Investigaciones de la Facultad de Humanidades con el solo propósito de promover la investigación con nuevos aires. Fue así como realizaron las Jornadas de Investigación por vez primera. Se presentaron más de trescientas ponencias en diez áreas diferentes. Eso no había realizado antes. ¿Por qué? No lo sabemos. De una parte existía –y pervive hoy– el ambiente conservador que se transpiraba por doquier: “deja las cosas como están”; “no se puede hacer nada”; no se puede obligar a sí misma, tiene que hacerse anual o bianualmente una especie de balance crítico y autocrítico de lo que investiga y hace cada facultad. Esa es la única manera de avanzar; de estar al día. No podemos contentarnos con criticar al gobierno de turno que no nos proporciona el presupuesto adecuado. Tenemos que mostrar también que en la Universidad hay cierta sensibilidad y disposición humanística, científica y académica. Sin embargo, se pensaba que ello era una utopía, una quijotada más. Prácticamente solos, montamos la estructura y se hicieron las Jornadas; incluso se publicó previamente un libro con los resúmenes de las trescientas siete ponencias, como registro investigativo de la Facultad. Todo el mundo quedó contento. Hoy se considera que ellas constituyeron un importante estímulo a la investigación. Se propuso la realización de jornadas similares en todas las facultades y universidades del país.

Una vez realizada la Jornada, renuncié. Lo que me interesaba era demostrar que sí se pueden hacer proyectos cuando hay empeño y voluntad práctica. Que es mentira que en la universidad nadie quiere hacer nada y todo es desgano y resignación. No fue así. No es así. Hay un potencial creador entre el profesorado, lo que no existe son los canales que faciliten el desarrollo de ese potencial. Las estructuras, los mecanismos de funcionamiento son una "camisa de fuerza" que limitan el desarrollo creativo. Luego, al tener éxito, ello muestra que lo que uno sostiene no es un objetivo "extremista" o una idea "utópica". No es así. La práctica lo prueba. Esas críticas que nos endilgan a los revolucionarios como utópicos y románticos sirven exclusivamente para ocultar el desgano, la flojera, la sinvergüenzura de quienes mantienen esa postura conservadora. Bien, el que quiere ser así, que lo sea; no lo podemos impedir. Pero es muy difícil en el medio universitario. Tú puedes obrar así siendo director de una compañía, de un banco, de una empresa cualquiera; pero no como director o como profesor de un instituto de educación superior.

En la universidad el problema es la inquietud, la toma de conciencia, la crítica, los cambios. Es la diferencia existente entre el empleado o trabajador de cualquier organismo, donde cumple sencillamente un horario, y quienes tenemos que asumir una actitud creadora y responsable ante la Universidad, el país, la humanidad. Lo importante es la creatividad de la gente. En la medida que sea mayor la conciencia crítica y creadora de las personas, asumiendo una conducta independiente y propia, podremos tener una universidad y una educación superior más eficiente, calificada y creativa para Venezuela y para el saber universal.

3. Para pensar en medio de la crisis⁵

José Rafael Núñez Tenorio ha escrito una veintena de libros – temas de política, historia, sociología, economía, filosofía–, ha militado en la izquierda nacional por más de treinta años –desde los más altos cargos de dirigencia en el PC hasta el independiente que es hoy en día– y su nombre aparece en todas las etapas de la historia reciente de nuestra izquierda; por último ha sido un universitario cabal –líder estudiantil, profesor, renovador, director de la Escuela de Filosofía, intelectual, educador, político–. Esa confluencia no demasiado común le hace una voz autorizada para hablar de ese confuso momento ideológico que atraviesa la universidad, la izquierda nacional y la cultura revolucionaria de esta última parte de nuestro siglo. Sobre eso hemos conversado con él. Sobre eso *El Nuevo Venezolano* quiere seguir conversando en adelante con otros militantes de la Venezuela insurgente.

3.1. La crisis de la universidad

Comencemos por la política –y la politiquería– en la universidad. Una cosa: ¿Por qué creer que Copei aparece hoy como autonomista, mientras que AD funge de punta de lanza del intervencionismo? ¿Obedece eso a meras razones tácticas, a intereses partidistas inmediatos, o por el contrario, se insertan estas actitudes en posiciones más permanentes de estos partidos?

Yo creo que se trata de una mezcla de una y otra cosa. Primero, esas ubicaciones parecen ser precarias y mudables. El único gobierno que en veintitantos años de democracia ha intervenido “de verdad verdad” en las universidades autónomas es el Gobierno de Rafael Caldera que metió los tanques, cerró la UCV por un año, destituyó a las autoridades democráticamente electas y modificó la *Ley de Universidades*.

5 Entrevista realizada por Fernando Rodríguez. Tomada de *El Nuevo Venezolano*, enero de 1981, pp. 18-19. Caracas (N. del E.).



4. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

TOMA MILITAR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA. EFECTIVOS DEL EJÉRCITO REVISAN A LAS PERSONAS QUE INGRESAN AL RECINTO UNIVERSITARIO

Más de Dos Mil Efectivos Militares Ocuparon la Ciudad Universitaria Para Proceder al Desalojo de Francotiradores

— Luego de rodeada la Ciudad Universitaria por efectivos policiales, de infantería y cazadores, entró a las 7 y 20 de la noche al recinto universitario, un camión blindado donde viajaban el Jefe con la orden respectiva y Jefes policiales y militares.

— MRI confirmó la ocupación antes de producirse

El Jefe Flaco, jefe de la

— Después de las primeras reuniones en el Hospital Militar, militares y personal del control aéreo se concentraron en sus respectivos cuarteles en sus actividades específicas.

MOVILIZACIÓN DE EFECTIVOS DE LA FUERZA PÚBLICA

La escuadra de la Universidad... (The image is a black and white photograph of a group of people, likely students and faculty, standing in front of a building. The caption is partially obscured by a large, bold, blacked-out area in the center of the page.)

**MOVILIZACIÓN DE
EFFECTIVO DE LA FUERZA**

PUBLICA

Prácticamente los cinco de la tarde un grupo de periodistas que habían pasado al interior de la UCV por la puerta de Las Tres Olivas, pudieron salir por la entrada Norte a "Tehuacan" después que los dirigentes universitarios Otilio Beltrán y Adolfo Roca, coordinaron y presenciaron a un grupo de alumnos de varias escuelas universitarias para que abandonaran la pretensión, cuando que se levantó Los Moches, que estaba entre los 15 y 18 años, estudiantes, los dirigentes universitarios después que se dispersaron a casa.

Los vehículos fueron utilizados para la defensa de la Tercera Granada, cuando los rebeldes defendieron tras un saqueo por la puerta "La manzana". Cuando este ocurrió los rebeldes de agredió por el lado de la calle, pero al estar rodeados en las inmediaciones de la Plaza Venezuela, lanzaron una bomba lacrimógena contra los rebeldes. Los rebeldes se abalanzaron sobre los vehículos, para después ser encontrados en la oficial comandante.

Después de esto, se retiró de tres buses pertenecientes a las Fuerzas Armadas Policiales, concentrados a llegar a la Plaza Venezuela, donde se realizaron las negociaciones de la Oficina Cuatrecasillas, de donde se fueron posteriormente los rebeldes para ser llevados a la Universidad.

Antes de producirse la utilización de armas de fuego, se retiró de la zona.

Electeurs militaires pénètrent en la UCV, durant le scrutin de suspension des traités sub-

ENTRADA DE LA FUERZA PÚBLICA A LA UNIVERSIDAD CENTRAL
Después de una hora y medio de haber estado la fuerza pública a la espera adentro de la Ciudad Universitaria, tratándose a las siete y veinte minutos de la noche, cuando ya entraba el frío viento de la Gran Vía, se abrió la Puerta de Marston por la puerta sur, donde el tal vehículo el 206 con otros estudiantes del Euzkadi se encontraba.

Momentos antes de iniciar la UCV, patrullas militares recorrieron los sectores adyacentes, así como la avenida Los Baños y la ETL.

5. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

TITULARES DEL DIARIO *ÚLTIMAS NOTICIAS*, DE LAS FECHAS 29 DE OCTUBRE DE 1969 Y 1 DE NOVIEMBRE DE 1969

Pero tampoco hay que olvidar que esa fue una acción conjunta de los dos grandes partidos y que Acción Democrática sostuvo la posición más dura e intransigente.

Sí, pero el Gobierno tenía el mayor poder de decisión. En todo caso, he traído el ejemplo a colación a fin de que se vea lo transitorio y poco confiable de esas actitudes.

Pero ¿no hay otros factores? Por ejemplo, el que Copei posea caudales electorales mayores dentro de la universidad, o que algunas capas de Acción Democrática –Rómulo, por ejemplo– hayan cultivado una especie de aversión visceral contra una Universidad que no le fue nunca muy afecta, especialmente durante su presidencia.

Posiblemente que haya algo de eso, pero yo iría más lejos. Me parece que el concepto de autonomía universitaria no es demasiado afín con ciertas tesis populistas y estadistas sobre la educación que la socialdemocracia ha hecho suyas por mucho tiempo. En cambio sí parece más afín con algunas tesis socialcristianas. Pero en definitiva –ya sabemos hasta dónde llega el pragmatismo de los partidos vernáculos que se identifican con esas ideologías– creo que lo que priva en estas posiciones y en su particular inestabilidad es lo táctico y lo coyuntural. ¿Cuál hubiera sido la actitud de Copei ante la crisis de la Central si el rector no le hubiese sido afín?, ¿no se hubiese repetido un esquema similar al que condujo al derrocamiento del rector Bianco en los inicios del setenta?

Y la izquierda... me parece que esta sigue hablando de una universidad que ya no existe, la universidad enfrentada radicalmente al sistema, la universidad del sesenta y de inicios del setenta. Cuando un líder de izquierda habla de autonomía se llena la boca con una palabra plena de consonancias históricas y míticas que están muy lejos de significar hoy lo que significaron entonces...

Yo diría que el concepto de autonomía universitaria siempre ha sido problemático para el pensamiento revolucionario. Aún en estos momentos que tú apuntas y que seguramente son los momentos de máxima funcionalidad de este. En el sesenta había siempre la posibilidad de dos desviaciones posibles en su utilización: primero, pretender que la universidad era realmente independiente del país –la metáfora del territorio libre, expandida más allá de su carácter de eslogan ideológico/político– y, segundo, la incomprensión de la especificidad de las luchas universitarias que es muy fuerte. De la primera surge el espejismo de que la universidad puede ser radicalmente transformada sin que el país cambie con la misma radicalidad...



6. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
MANIFESTACIÓN DE CALLE POR LOS DERECHOS UNIVERSITARIOS, ENCABEZADA POR EL RECTOR BIANCO Y EL MAESTRO LUÍS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA

Tú fuiste uno de los principales ideólogos de la renovación universitaria, hasta un libro escribiste sobre el tema y además fuiste propulsor de una política destinada a esa renovación radical al interior de la vida universitaria.

En mis libros yo sostengo que esa transformación tenía límites insalvables; se pueden revisar. Fueron otros lo que teorizaron sobre la destrucción de la Universidad y cosas por el estilo. Además siempre he sostenido que la renovación universitaria puede ser solo una renovación política sino que implica una renovación del saber, una renovación académica, que es lo diferencial de las luchas a ese nivel específico.

Si esas son las desviaciones propias de un momento de auge de la actividad revolucionaria, ¿cuáles serían las propias de un momento de reflujo como el que vivimos?

Casi se podría decir que las contrarias: el integracionismo y el apoliticismo. Se dice que la universidad debe ser ante todo funcional, debe acoplarse al país, a sus necesidades, debe sincronizarse con este. Y por tanto se ve con recelo toda actividad política o, lo que es lo mismo, se hace política sin que esta tenga nada de propiamente universitaria.



7. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
MANIFESTACIÓN POR LOS DERECHOS UNIVERSITARIOS EN EL CENTRO DE CARACAS

Digamos que eso describe el fenómeno, pero no lo explica; ¿por qué?, ¿por qué sucede esto?

La dirigencia universitaria rara vez reúne la formación académica y el instinto político: o es academicista o practica una política pragmática y sin verdaderas respuestas académicas a los problemas académicos.

¿Y eso por qué?

Bueno, hay razones generales. Nuestra izquierda está todavía en busca de un derrotero, de una estrategia coherente después del fracaso de la lucha armada. Eso influye. Por ejemplo, evidentemente que el movimiento estudiantil vive una época de reflujo, que ha perdido su combatividad, que tiende a encerrarse en el inmediateísmo y el gremialismo. En general habría que analizar el país en su conjunto.

Ahora iremos al país, pero quisiera plantearte un último tópico sobre la universidad. La burguesía se pregunta hoy por la eficacia, el rendimiento de la universidad. Ha dejado de considerarla un fenómeno político para considerarla un hecho económico y social. Cabría preguntar si la universidad funciona realmente. Por allí sale una publicidad oficial que dice que solo cuatro por ciento de la inversión en educación superior es rentable. Si esto es así las cosas están muy mal.

Yo quisiera referirme a algunas cosas que me parecen importantes en la medida en que pueden aportar conceptos generales para ubicar esta problemática. Primero diría que es un signo de la hora –al Este, al Oeste, en los países desarrollados o del Tercer Mundo, en dictaduras o democracias– el que la principal inversión para el desarrollo es el hombre, el saber. Eso está inscrito en la naturaleza del desarrollo del mundo contemporáneo y en la gran revolución científica técnica que este vive. En el viaje a la Luna y en la última computadora lo que hay básicamente son toneladas de inteligencia y saber acumulado. Así que Venezuela no hace sino seguir

una consigna universal cuando invierte cantidades considerables en educación. Pero no exageramos el monto de esa inversión. Si la confrontamos con la de los países desarrollados, veremos que es aún relativamente muy poca.

Ahora, bien cierto que esa inversión, como tú apuntas, tiene índices de rendimiento bajos. Lo que yo considero inadmisibile al respecto es que se diga: “los universitarios tienen la culpa”. Eso no es más que una irresponsabilidad politiquera. Lo que está en crisis es la totalidad de la educación venezolana. La universidad y el conjunto del aparato educativo nacional han sido desbordados por el crecimiento abrupto y sostenido de la población estudiantil. No te olvides que la universidad trabaja sobre un material humano ya dado, ya moldeado por una pésima primaria y un lamentable bachillerato. Y sería pedirle milagros, que de la noche a la mañana, malformado –muchas veces realmente incapacitado de por vida–, un estudiante sea ejemplar y rendidor. Por otra parte hay las políticas nacionales de educación que han sido erráticas e inadecuadas. Sus mismos gestores lo reconocen y hablan con toda claridad de caos y crisis en la educación nacional. Ahora bien, eso no quiere decir que no haya problemas en la universidad. Problemas que ella debe enfrentar y tratar de solucionar. Esos problemas son graves. Por ejemplo: el cuerpo profesoral. En quince años hemos visto que los profesores universitarios han multiplicado su número por ocho o diez.

Esa simple cifra indica que se ha tenido que improvisar gran parte de ese contingente para poder afrontar las demandas docentes. Caso típico: el joven recién graduado que de buenas a primeras tiene que comenzar a dar clases sin otra ayuda que su capacidad de sobrevivencia. A esos problemas debemos abocarnos. En serio y en profundidad. Esa es la renovación universitaria que seguimos teniendo planteada. Revisar los *pensa*; revisar la estructura administrativa; mejorar la docencia; acicatear la investigación. Eso es posible. Posible si venecemos la inercia, la politiquería, la apatía, la distribución de prebendas.

Si logramos sembrar un nuevo hábito, una nueva voluntad en el seno de la comunidad universitaria.

Valga por la academia, pero ¿y la política?

Yo no estoy planteando una universidad integrada...

Pero tampoco una universidad apocalíptica...

Es que ni una ni la otra tienen sentido en este momento. La universidad tiene que seguir siendo un lugar de crítica, un centro de iniciativas, un espacio para la mejor Venezuela. Pero ha llegado el momento en que tiene que dialogar con el país, que tiene que salir del encerramiento. Ahora bien, diálogo es un término dialéctico que implica integración, dar y recibir. No es un término que denota pasividad.

Hablaste de nueva voluntad, de replantear algo así como una nueva mística. ¿Cómo se enfrentaría esta a la inercia reinante? No solo en la universidad, también en el país, si no respondemos a esto estaríamos en el idealismo puro, en el voluntarismo.

Tendremos que hablar del país.

Hablemos.

3.2. Una crisis generacional

Después de la generación del 58 parece haber un gran vacío en el país, un agujero. Los políticos derrotados en el sesenta siguen dominando los partidos de izquierda. Es raro encontrar en ellos a un líder que tenga menos de cuarenta años. En el resto de las actividades culturales se registra un fenómeno similar. En filosofía no se publica. Chalbaud, Cabrujas y Chocrón siguen siendo los santos patrones del teatro nacional. La pintura se hace cada vez más museística y su público se especializa o se dominicaliza. Y así en otros terrenos. Pareciera que dos o tres generaciones

de venezolanos no han podido plantear otras proposiciones válidas históricamente.

Yo comparto en gran medida tu afirmación. Pero así funciona la historia, con altos y bajos. Yo no soy muy amigo del concepto de generación, pero aceptémoslo provisoriamente, digamos entonces que una generación afortunada históricamente es aquella que se encuentra en un gran desafío histórico que le permite multiplicar y cohesionar sus respuestas para enfrentarlo. Yo encuentro a mi alrededor a muchos jóvenes valiosos, exigentes, dedicados; lo que me parece que les falta es esa América Latina de hace unos años que se movía a un ritmo vertiginoso.

¿Qué hacer en estos momentos de reflujo?, ¿qué le recomendarías tú a un joven político o intelectual de esta hora?

Básicamente que se prepare, que estudie. Que aproveche el tiempo que le deja una época en la que las urgencias políticas son menores. Algún día dejará de llover y sería importante que ese día estuviera en pie una generación de venezolanos armados con las más exigentes armas de la crítica y la ciencia. Pero también le recomendaría que buscara a su país y a su pueblo. A nosotros la historia se nos puso al alcance de la mano, lo difícil era eludirla. Ahora hay que buscarla. Creo que el joven de hoy debe hacer un profundo trabajo sobre sí mismo para no aislarse, para no perderse en el intelectualismo estéril, en el vedetismo, en la pérdida de sus raíces, en el burocratismo.

Sartre ha dicho alguna vez que la felicidad de una generación está en ese equilibrio entre urgencias y compromisos y el disfrute de ciertos espacios para hacerse de la cultura, para vivirla y recrearla. El exceso de urgencia mutila lo segundo. La falta de lo primero produce esos eternos adolescentes que se la pasan mimando una subjetividad malsana.

De acuerdo. Ahora faltan urgencias. Y, fíjate, en la generación del 58 quizás se da esa confluencia a la que aludes. Acuérdate de que

su emergencia pública fue precedida por los años de dictadura que le permitieron formarse. Aún la cárcel, el exilio o la clandestinidad colaboraron a eso.

El intelectual crítico venezolano que vio rápidamente cómo el movimiento popular cayó en manos del enemigo, del populismo adeco, se aisló entonces, perdió su auditorio posible. Su vecino no lo quería ni él quería a su vecino. Eso lo ha hecho particularmente elitesco, solitario, inoperante. Al contrario, quizás, de algunos países del sur en que el movimiento obrero se hizo desde muy temprano revolucionario.

Sí. Eso sucede hasta en los políticos. Hay líderes de larga militancia que poco o nada han tenido que ver con el gran país, por llamarlo de alguna manera. Estuvieron en un Partido Comunista minoritario durante muchos años, pasaron violentamente al foquismo y ahora se preguntan desesperadamente cómo entrar en contacto con las masas. De allí muchos errores, concesiones inútiles, deseos de saltarse de un día para otro barreras que ellos mismos han creado.

¿Cómo ves ese problema en tu caso personal?

De alguna manera debe afectarme. Pero recuerda que yo tengo un origen popular, eso me da algunas ventajas. Yo he hecho trabajos humildes en mi juventud y soy un magnífico segunda base en cualquier caimanera que se arme por ahí. Además tuve largos años de militancia en la base, yo recorrí el PC de abajo hacia arriba. Eso no me da ninguna unción especial pero te juro que me facilita las cosas.

3.3. El espíritu de los tiempos y la crisis

Hemos dado una vuelta en la conversación y llegamos a un mismo punto. Encontramos apatía e inercia en la universidad y también en los sectores que la rodean y la alimentan. Ahora bien, si uno vuelve la vista al panorama universal, la cosa no parece ser más estimulante. Sartre

terminó su vida hablando de desesperanza, de que el mundo se había vuelto muy oscuro, de que la derecha se imponía en todas partes, aun en los países socialistas y, por último, de que la perspectiva del izquierdismo que había abierto en mayo del 68 parecía también muerta. Claro, también habló de reinventar –casi desde cero– la esperanza.

Sartre fue un hombre lúcido y honesto. Y terminó su vida viendo en un estado bastante precario los ideales por los cuales había luchado siempre. Ojalá a nosotros nos toque morir de otra manera. Pero todavía nos queda tiempo –esperamos– para tratar de reinventar esa esperanza de la cual habló en su última entrevista. Es una dialéctica permanente de la vida esa oscilación entre la desesperanza y la esperanza. Pero el hombre siempre se pone de pie y camina. En eso creo firmemente. Sí, los tiempos son malos, pero yo creo que en ellos, en sus máximas tensiones, en sus paradojas abismales, en sus brutales contradicciones, está la semilla del porvenir.

Esa crisis es básicamente la crisis del ideal socialista. ¿Dónde anda, para ti, el marxismo en todo esto? Ya no se puede ocultar los grandes traumas de los socialismos reales (represión, guerras, aburguesamiento ideológico, burocracia). Y como consecuencia de eso la ideología y la teoría marxista parecen en retirada.

Yo creo que la gran tarea que tenemos planteada en la actualidad es la crítica del socialismo. Eso es lo que puede desbloquear la situación. O que nos permitirá enarbolar de nuevo la alta bandera del socialismo como única salida para la humanidad.

¿Esa crítica será marxista?

Sí, definitivamente sí. El marxismo es la filosofía de nuestro tiempo. Por supuesto que ella no ha dicho todo pero sí ha dado las premisas para pensar el todo. Estamos en retraso ciertamente. No tenemos conceptos para pensar numerosos fenómenos del capitalismo avanzado y las primeras etapas del socialismo. Tenemos que ponernos

a trabajar, con urgencia. Pero no con el diletantismo y delirios subjetivos, sino a partir de un trabajo teórico sin par como el que hizo Marx y a partir de la larga, dolorosa, pero también heroica y brillante tradición del movimiento revolucionario contemporáneo. Lo demás es caer en manos de las concepciones burguesas y las modas parisinas. Bien efímeras por lo demás. Eso puede dar para ser celebrado por los medios de comunicación burgueses que pagan tan bien los desplantes antimarxistas, pero no para ayudar a la liberación y a la salud de los pueblos. Pero ahora sí hemos dado la vuelta en redondo: hemos hablado de todos los niveles de una profunda crisis: universitaria, nacional, mundial. Yo saco una sola conclusión: pongámonos a combatirla.

4. Por cada siete estudiantes la UCV tiene un profesor y un empleado⁶

La educación es la cenicienta de Venezuela. Todos los programas que se enmarcan dentro del aspecto educativo se caracterizan por una mediatización de sus recursos. Los gobernantes hablan de la educación como la “gran prioridad” mientras la crisis sacude a nuestras universidades que, entre muchos males, carecen del presupuesto necesario para poder realizar una actividad acorde con los requerimientos de la docencia, investigación y extensión.

Las últimas medidas económicas anunciadas por el presidente de la República, Luis Herrera Campíns, “castigan” a la Educación con quinientos dos millones que serán rebajados del presupuesto asignado a ese despacho, lo que sin duda revertirá negativamente en los centros de educación. Ya se habla de que a la UCV le rebajarán del “presupuesto equilibrado” cincuenta millones de bolívares.

6 Entrevista realizada por Marcel Roo González tomada de *El Diario de Caracas*, el día 4 de abril de 1980 (N. del E.).

El problema de la educación venezolana cada día se hace más complejo y por ello debe analizarse desde una perspectiva global. La educación es parte de una totalidad y para muchos estudiosos es, en términos althusserianos, un “aparato ideológico del Estado” que reproduce las relaciones sociales de producción del capitalismo dependiente.

José Rafael Núñez Tenorio se ubica dentro de esta posición de análisis, su nombre es sinónimo de polémica, no en el sentido tremendista del término, sino en tanto que ha dedicado gran parte de su vida como universitario a estudiar la problemática que aqueja a la educación superior.

Exdirector de la Escuela de Filosofía y con una vasta obra escrita, Núñez es un ferviente partidario de la reestructuración democrática de la universidad.

En su opinión, el problema de la educación venezolana no se puede examinar al margen de la práctica social que lo genera y de la cual forma parte. “La educación integra la reproducción social de una sociedad, especialmente la capitalista”, asienta.

4.1. La educación reproduce la ideología del sistema

La ideología en el contexto de Althusser es entendida en las sociedades de clases como representación falseada de lo real. Partiendo de la veracidad de dicha afirmación, ¿podríamos considerar la educación como reproductora de la ideología capitalista?

La reproducción social de una comunidad reconstituye todas las condiciones físicas, económicas, sociales, políticas e ideológicas. Es la base del crecimiento y el desarrollo de esa sociedad. La reproducción social es fundamentalmente económica, política e ideológica y, en este sentido, la educación debe situarse como parte sustancial de la reproducción ideológica de una sociedad.

En sentido lato –subraya Núñez– la educación reproduce las condiciones ideológicas de una sociedad, reproducción ideológica que es indispensable para la vida misma. Por eso –enfatisa– comenzamos por conceptualizar la educación como la relación fundamental de la práctica ideológica dominante.

¿Cómo se da esta relación en el caso el venezolano?

En nuestro caso, como sabemos, desde hace veinticinco años domina en nuestro país el bipartidismo petrolero (Núñez remarca eso del bipartidismo petrolero). De allí –continúa exponiendo– que la crisis educativa y universitaria actual no es otra cosa que la expresión en lo ideológico de la crisis que atraviesa el modelo económico-político del bipartidismo petrolero. Nuestra estructura –explica– gravita en torno al petróleo, en tanto que la superestructura político-ideológica gira alrededor de la alternabilidad bipartidista cada cinco años. El bipartidismo petrolero, con presupuestos fabulosos por encima de la media de la mayoría de los países de América latina, tiene veinticinco años resolviendo el problema educativo nacional. Y, ¿cuál es la situación hoy? El más completo fracaso.

Son muchas las críticas que se hacen al modelo educativo vigente en Venezuela y es interesante este enfoque que lo cuestiona desde una perspectiva global, donde la variable económica desempeña un papel de primera importancia. Pero, amén de la actitud crítica ¿qué se planea como alternativa?

El bipartidismo petrolero está llegando a su fin. No se trata del agotamiento del recurso petrolero, se trata de que el crecimiento económico a partir del petróleo no podrá continuar. El pueblo se cansa también de la alternabilidad adeco-copeyana cada cinco años como única alternativa democrática. Además, la corrupción administrativa ha esparcido en todas las capas de la población una crisis moral profunda. En consecuencia –indica Núñez– el fin de la

panacea petrolera, el desgaste del poder bipartidista y el caos de la cultura de la corrupción nos abren perspectivas concretas de luchas para gestar un poderoso movimiento social y político alternativo, capaz de unir y organizar al pueblo y derrotar políticamente el bipartidismo petrolero.

4.2. La crisis del modelo bipartidista

De acuerdo con el enfoque, este bipartidismo petrolero, para utilizar el término que usted desarrolla, reproduce las ideas de los sectores que detentan el poder. Pero, en toda relación dominación-subordinación hay una contrapartida, es decir, la ideología dominante genera su oposición.

Por supuesto, la ideología dominante del bipartidismo petrolero supone, en oposición frontal a ella, una ideología dominada que busca transformar a Venezuela sobre la base de la forjación de un nuevo modelo económico-político. Nosotros nos inscribimos en esta perspectiva de búsqueda de un nuevo modelo capaz de transformar realmente al país –subraya Núñez con vehemencia, golpeando una pequeña mesita que separa al entrevistador del entrevistado–. Esta lucha –añade– tiene incidencia directa con la práctica educativa cotidiana.

Bajemos a planos más concretos, a la realidad de nuestra educación...

(Núñez Tenorio es una persona que irradia un gran dinamismo y, ante el emplazamiento, adopta una postura de comprensión y en tono pedagógico explica):

Existen dos tipos de educación fundamental: la informativa, de carácter repetitivo, copista, poco conceptual. Su esfuerzo es repartir la verdad bipartidista petrolera en cartillas para que la juventud la aprenda de memoria. Un ejemplo son los programas de televisión donde jamás se le pregunta al joven qué es ciencia, qué es política, qué es filosofía. Se le pregunta solo datos cuantitativos, fechas, definiciones memorísticas.

El objetivo ideológico es muy claro: quieren transformar a nuestros jóvenes en meras máquinas, especies de robots o computadoras sin sensibilidad social, ni saber cultural profundo.

Quienes nos oponemos a la ideología del bipartidismo petrolero –dice Núñez rápidamente, como evitando una nueva interrupción– al contrario, adversamos este tipo de educación y luchamos por una formativa, conceptual, donde cada quien pueda llegar a la verdad por sí mismo. Es este tipo de educación que permitirá, en el futuro, que la joven generación pueda realmente transformar Venezuela y no repetir el *ritornelo* (destaca el término) ya gastado y agotado del bipartidismo petrolero.

Pero este modelo educativo ha logrado mantenerse durante más de veinte años, lo que significa que, en todo caso, funciona. Ahora ¿cómo ocurre ese funcionamiento?

El sistema del bipartidismo petrolero persigue en educación la formación de cuadros técnicos que el desarrollo económico necesita. La educación participa de la reproducción social al distribuir de una manera determinada la fuerza de trabajo requerida por el proceso productivo y la educación interviene en la política cuando reproduce las condiciones ideológicas de nuestra sociedad. De allí que hoy cuando está en crisis el modelo de desarrollo del bipartidismo petrolero, es natural verlo reflejado en la práctica y en la estructura educativa venezolana como parte ideológico-cultural de aquel modelo.

4.3. Hacia una reestructuración democrática de la universidad

La universidad venezolana atraviesa una crisis de enormes proporciones. Con un “presupuesto equilibrado” que no satisface las aspiraciones de nuestras casas de estudio y, en el caso de la UCV, con un convenio de trabajo de sus empleados administrativos vencido. Se habla de dos

universidades: una pública “expuesta al reflector solar de los medios de comunicación y de la tribuna” y la otra “clandestina, de la investigación, la experimentación, la del cuarto nivel” sobre la cual poco se dice pero que desempeña un papel de primer orden en el desarrollo del país. A Núñez Tenorio le preocupan las “dos universidades” por cuanto sabe que la crisis de la primera incide en la otra.

La universidad venezolana exhibe una profunda crisis estructural, económico-política y valorativa desde el punto de vista ideológico-moral. Inserta en la sociedad y la cultura venezolana refleja residualmente aquella problemática. La realidad del país (“la crisis educativa producto del fracaso del bipartidismo petrolero”) se reproduce pasivamente en la Universidad. Por otra parte –explica– intensamente la Universidad vive una parálisis crónica. Salvo las tareas administrativas y burocráticas normales, no se esparce en su seno el espíritu crítico de búsqueda de nuevos valores.

¿Cómo enfrentar esta situación?

Ante esta situación crítica está planteado un movimiento transformador de la universidad venezolana. Ese motivo lo entendemos como un gran frente nacional en defensa de la universidad autónoma: un movimiento por la reestructuración democrática de la universidad.

Núñez sostiene que la lucha no puede seguir midiéndose por los parámetros abstractos del pasado. “La defensa de la autonomía universitaria –indica– es la lucha por la reestructuración democrática de la universidad”.

La lucha por la autonomía universitaria ha sido una bandera perenne de las fuerzas progresivas dentro de la universidad. ¿Qué ha sucedido, que sus esfuerzos no han logrado cristalizar?

En el pasado hemos caído en dos tipos de conductas erróneas en torno a la universidad. Una fue la concepción de la universidad

como vanguardia revolucionaria, con la ilusión de hacer con ella la revolución del pueblo. Esta desviación está políticamente superada. Pero la otra conducta errónea en el otro extremo de la banda, es la universitaria, autoritaria y burocrática de hoy, la que pretende hacer algunos cambios desde arriba, sin la participación democrática de profesores, estudiantes y empleados. Contra una y otra desviación nos manifestamos. Estamos por un amplio frente concertado que tenga como objetivo la reestructuración democrática de la universidad venezolana. Esta lucha formaría parte del proyecto general político-ideológico de transformar a Venezuela y crear un modelo de desarrollo distinto, en lo fundamental, del modelo ya gastado del bipartidismo petrolero.

¿En qué consiste la alternativa de la reestructuración democrática de la universidad venezolana?

Nosotros hemos venido insistiendo en enfocar la cuestión a partir de tres áreas fundamentales:

- La más coyuntural que es el cuarto nivel: postgrado, investigación, extensión, formación de profesores instructores, educación no presencial.
- La más estructural: la reforma del pregrado y la evaluación crítica de profesores, estudiantes y empleados.
- La más estratégica: la demanda estudiantil de educación superior; preinscripción, repitencia, deserción...

Pero, la implementación de una concepción reestructurada por estas áreas amerita de medidas concretas.

Claro que sí, a nuestro modo de ver podemos, desde ya, instrumentar un conjunto de medidas básicas que permitan transformar el llamado cuarto nivel, especialmente porque no existen, como en el pregrado, tantos intereses petrificados y difíciles de remover. El desarrollo programado y articulado de la

investigación, el postgrado, la extensión, la educación especial para profesionales y a distancia, la formación del profesorado, etcétera, permite no solo crear las bases de una nueva universidad para el futuro sino, de autofinanciamiento para nuestras universidades.

(En cuanto al pregrado, Núñez está consciente de que su transformación partir de una revisión crítica del trabajo de profesores, empleados y estudiantes es una tarea difícil, pero no imposible).

Allí es donde con mayor fuerzas se impone el aspecto democrático y antiautoritario de las medidas que se pretenda aprobar –expresa con elocuencia–. La cuestión de la demanda estudiantil y toda la secuela de irregularidades que la educación media expelle sobre las universidades constituye un problema más complejo, difícil de solucionar con “parches de mercuriocrómico”. Hay que enfocarlo estratégicamente a partir de los índices democráticos de crecimiento de la población juvenil y la formación educativa requerida.

4.4 La manifestación actual de la crisis: el presupuesto

Núñez Tenorio ha expuesto toda una visión panorámica de la situación de la educación venezolana y ha formulado un planteamiento de reestructuración para nuestras universidades. Estas atraviesan uno de sus peores momentos que tiene, como en toda las crisis, responsables. Al respecto el entrevistado hace señalamientos concretos. Los últimos tres meses sin cobrar vividos por profesores, empleados y estudiantes universitarios de todo el país es un hecho que nunca antes se había presentado, incluso ante peores crisis. Es un índice muy ilustrativo de los que ocurre. Sin embargo –añade– no fue una situación sorpresiva. Fue motivada por la actual dirigencia universitaria, incluso hasta como un instrumento de lucha frente al Gobierno. Su rotundo fracaso –apunta con dedo acusador– como si no hubiese pasado nada, evidencia la crisis valorativa que vivimos.

Es cierto, nunca se había visto una crisis tan anunciada. Todo el mundo avizoraba los tiempos difíciles para la Universidad. Pero, ante un aspecto tan concreto como es el financiero, ¿qué hacer?

La presente crisis administrativa se abordó con criterios administrativos. Esa es la clave del error. Por ello condujeron una lucha que no podía llevar sino a un callejón sin salida. Lamentablemente –acota– no tenemos el expediente de responsabilizar a los culpables de semejante situación y, aparentemente, hemos vuelto a la normalidad como si no hubiese pasado nada.

Sí, pero ¿cuál es la solución?

La crisis administrativa de nuestras universidades tiene que enfocarse a partir de una nueva política económico-administrativa. Sucintamente, esta nueva política administrativa tiene que centrarse en torno a parámetros muy claros como los siguientes:

–Una evaluación crítica del gasto universitario. Para un reajuste autorizado del mismo: lucha por aumento del presupuesto precedido de un programa que detalle hasta el último bolívar que se pide y la puesta en práctica una estrategia que conduzca progresivamente al autofinanciamiento de nuestras universidades.

–La confianza en nuestros dirigentes se ha agotado. La estructura administrativa de la UCV es escalofriante. Según los datos del presupuesto ejecutado en 1981 tenemos 8.668 docentes, 1.464 estudiantes preparadores y 7.889 técnicos, empleados y obreros. Si dividimos estos números entre el total que alberga la UCV, la producción es asombrosa: un profesor y un empleado por cada siete estudiantes aproximadamente. Esto no puede ser.

5. Entrevista a José Rafael Núñez Tenorio⁷

Quisiéramos comenzar con el problema relativo al estatus de la filosofía. Esto es, ¿cuál es el carácter orgánico que deben tener los estudios de filosofía con la realidad? Hay un doble camino. De una parte, el existente hoy, cuando un Estado de dominación se ejerce en todos los dominios desde el aparato productivo hasta las relaciones ideológicas. De otra parte, las fuerzas impugnadoras que aspiran desarrollar este aspecto humanístico –que gravita en la filosofía– en contra de la tendencia tecnocrática que se ha desarrollado en Venezuela. ¿Cuál sería el status de la filosofía en su relación con la ciencia y fundamentalmente con la política? ¿Qué es lo que más interesa a la filosofía?

La pregunta permite propiciar un esquema global de la pugna filosófica contemporánea. En efecto, para nosotros, la ideología capitalista mundial se manifiesta hoy en dos posiciones filosóficas fundamentales: la que denominamos *filosofía tecnocrática* sobre la praxis, la ideología, la técnica etcétera, y lo que llamamos *filosofía neopositiva* en relación a las ciencias, a teoría del conocimiento. Estas dos concepciones filosóficas apuntan, pues, a la práctica más ideológica y a la práctica más teórica. Las dos confluyen y se complementan. La praxis y la teoría están representadas respectivamente por el trabajo y la ciencia.

Ante el tecnocratismo ha surgido contemporáneamente el *neohumanismo*, un conjunto de tesis que levantan al hombre no solo frente a la técnica, sino ante las cosas del universo. A nuestro modo de ver, la expresión más desarrollada de este humanismo es el marxismo existencialista de Sartre. Al neopositivismo se le ha opuesto lo que podríamos llamar *neopistemologismo* que proviene de otra raíz, distinta a la anglosajona, más bien latino-francesa. Allí se encuentra expresado el marxismo teorista de Althusser.

⁷ Realizada por Alba S. Calogera. Tomada de la revista *Nueva Expresión*, (Caracas), n° 2, (1980), pp. 13-19 (N. del E.).

Para nosotros estas posiciones filosóficas no encuentran solución sino en lo que llamamos, primero, una teoría “científica” de la ideología, es decir, de la política, del hombre, de la praxis histórica, como práctica ideológica real; que supere, digámoslo así, la filosofía antro-po-ontológica y la tesis del *humanismo historicista* (Hegel), que subsistirían –a mi modo de ver– en las posiciones sartreanas. Pero, en segundo lugar, esta teoría de la ideología es requerimiento para una teoría (ideológica) de las ciencias, es decir, del conocimiento, de la teoría, como teoría filosófica, como epistemología; que supere lo que nosotros llamamos la filosofía de la teoría del conocimiento y la tesis del *idealismo noseológico* contemporáneo, deudo de Kant.

En consecuencia, planteamos la posibilidad de una superación sobre la base de estas dos alternativas filosóficas que restarían como programas de estudio para los investigadores marxistas: la teoría (científica) de la ideología, la teoría (filosófica) de las ciencias. Así es como vemos el estatus de la filosofía en sus relaciones con la ciencia y la política.

Aun cuando estamos de acuerdo con combatir el tecnocratismo, es necesario asumir la práctica política como un elemento sustancial de ese combate, y una ideología –quizás una filosofía– que le sirva de respaldo orgánico y no separado de ese combate. Yo quisiera que Ud. precisara –puesto que existen muchas tendencias dentro de la práctica política– la ideología que va a estar articulada orgánicamente a esa práctica. ¿Cuál sería el sentido de la misma? ¿Cuáles serían –sin pretender pedir una estrategia determinada– esas líneas generales que pudieran registrar esa praxis y esa ideología?

He venido sosteniendo en un conjunto de conferencias posteriormente publicadas en un libro⁸ –que evidentemente, como todo esquema no abarca la profundidad y riqueza de la realidad que se aspira a explicar– que si enfocamos este problema desde el punto de

8 Ver *La izquierda y la lucha por el poder en Venezuela (1958–1978)*. Ed. Ateneo, Caracas: 1979, pp. 169-182.

vista teórico, deberíamos trabajar en la formulación de una teoría de la formación social capitalista venezolana. Esta teoría no existe. Ella sería un punto de referencia conceptual obligado a una teoría de la revolución venezolana. La filosofía tiene un amplio campo de acción en ambas tareas, especialmente si se trata de una filosofía ligada orgánicamente –como ustedes han dicho– a la política y a la ciencia.

Pienso, por ejemplo, que los variados institutos de investigación de Ciencias Sociales y Humanidades de la UCV y de las otras universidades del país, cuyas direcciones han estado y están en manos de hombres progresistas y de izquierda, están en la obligación de articular un plan único, coherente, que investigue la práctica y la estructura económica, la práctica y la estructura política, y la práctica y la estructura ideológica de la formación social capitalista venezolana. Esta es la gran tarea que se exige a los investigadores universitarios del país. Esta tarea, sin embargo, no se emprende. Es nuestro deber luchar por ella.

Una segunda cuestión sería trabajar por la formulación de una teoría de la revolución venezolana. Aquí, pareciera ser menos pertinente el trabajo de la filosofía. Sin embargo, no es así. Una filosofía registrada en la política puede dar una contribución muy importante. Llegar a una teoría de la revolución es un problema práctico-político, que surge de la experiencia histórica y de las luchas de los pueblos. No se llega a ella mediante un trabajo meramente intelectual o por una “genialidad” burocrática. Se llega a ella a través de la práctica política. En ese sentido, hemos formulado que necesitamos desarrollar dos grandes debates; uno sobre el 23 de Enero, como único éxito táctico obtenido por la izquierda; otro, sobre la lucha armada, único intento estratégico, por equivocado que haya sido, para toma el poder. Sobre la base de estos dos grandes debates la izquierda venezolana debe colocarse –aunque tenga diferencias– sobre un conjunto de premisas comunes capaces de aglutinarla. El camino para la reunificación de la izquierda es la polémica ideológica: una concepción

científica de la formación social capitalista, una teoría sobre los rasgos fundamentales de la revolución venezolana, a partir del capitalismo actual con base en la correlación de fuerzas entre la revolución y el capitalismo, que nos permita ir construyendo una estrategia y una táctica en la que, en términos generales, puedan comulgar la inmensa mayoría de grupos, partidos y personalidades de la izquierda venezolana.

¿No cree usted que eso llevaría años hacerlo?

¡Claro!, llevaría años, como toda lucha. Puede llevarnos dos o veinte años, pero es la única alternativa posible. Las luchas de las clases y los pueblos por la revolución es todo un proceso histórico complejo. Entiendo que las fuerzas revolucionarias en Venezuela comienzan a dejar atrás la etapa de la división y confusión y se abre lentamente una nueva perspectiva para el movimiento revolucionario. En la medida que haya conciencia y organización para asumir esa nueva alternativa, el proceso de su desarrollo puede ser menos lento. Estas son las conclusiones que registro en el libro citado.

Dentro de esa función que usted reclama para la filosofía básica, importante en el desarrollo de la sociedad venezolana, ¿qué papel tienen para Ud. las nuevas tendencias filosóficas en este momento, bien en la Universidad, bien en el país, y, especialmente, dentro del marxismo? Quisiera que ahondara más en este punto...

En el pasado existió una cultura y una filosofía teologal. Esto persiste culturalmente hasta finales del siglo pasado. Es sustituida entonces por el positivismo, ligado a las ciencias naturales, más concretamente a la medicina. Pero, a partir de la II Guerra Mundial, el positivismo comienza a ser desplazado, justamente cuando el país asume con mayor velocidad las formas capitalistas de producción. Aparece una especie de “vacío” cultural, justificado políticamente por los nuevos acontecimientos postgomecistas. Este es el marco

ideológico-cultural en que surge la disputa filosófica venezolana, al aparecer en la Escuela de Filosofía de 1946 la primera corriente proviene de la tendencia fenomenológico-existencial (Husserl, Heidegger, Sartre). Domina en la Escuela hasta la década del cincuenta. En la medida que es desplazada en Europa, otro tanto acontece aquí. Toma cuerpo, entonces, la filosofía analítica, el empirismo lógico, el neo-positivismo. Es el momento en que se imponen las formas políticas del capitalismo y tienen gran fuerza las luchas populares y obreras. Ha surgido el marxismo en la arena política, en forma objetiva. Esto repercutirá posteriormente en la propia escuela; a partir del 68, cuando la lucha armada es derrotada, se registra la influencia del marxismo en la escuela de Filosofía. Algo semejante ocurre en el resto de Latinoamérica, especialmente en el Caribe y Centroamérica. Por tanto, lo nuevo de la década del 70 no es solo el reconocimiento sino la fuerza de la filosofía marxista en la academia filosófica. Porque la filosofía marxista había existido antes –desde luego– pero fuera de la academia. La expresión máxima de esta fuerza se constató en el Congreso Interamericano de Filosofía realizado en Caracas, cuando se integró una sección especial para la filosofía de la praxis, donde participamos la mayoría de los filósofos marxistas de América Latina.

En el país surge actualmente una actitud que pide a gritos un análisis del pensamiento venezolano. Ahora bien, en Venezuela se importa más de setenta y cinco por ciento de lo que consumimos, material y espiritualmente. Si la filosofía pretende hacer un análisis de la realidad venezolana, ¿cómo quedaría entonces esa cultura importada, ese material importado? ¿No se tendría que hacer hoy una crítica de dicha importación?

Allí hay varios problemas. Vamos a comenzar por el que nos parece más espinoso, el relativo a la filosofía y su análisis de la realidad venezolana. Espero que recuerden que en ocasión del propio Congreso Interamericano de Filosofía declaré a la prensa burguesa

que no existía una filosofía venezolana y que eso no tiene sentido. Incluso, creo que fui más lejos al señalar que tampoco ha existido una filosofía latinoamericana. La filosofía nominada de un país, por ejemplo, la filosofía alemana, lo es porque algunas escuelas filosóficas han impactado universalmente. Esto no ha sucedido ni en Latinoamérica ni en Venezuela. Yo creo, pues, en la “filosofía en” Venezuela, pero no en una “filosofía venezolana” o “de Venezuela”. Metódicamente, los filósofos venezolanos estamos obligados a conocer la historia cultural del país, su pensamiento no solo filosófico, sino también científico, artístico, político, etcétera. Necesitamos conocer el movimiento de las ideas de los grandes pensadores venezolanos. Este trabajo no se ha hecho y debemos encararlo los filósofos venezolanos. Pero eso no significa que es a partir de ese estudio que vamos a construir una filosofía venezolana. Eso no tiene sentido, como expresé antes. Por tanto, no comulgo contra el estudio del pensamiento (filosófico o no) del pasado venezolano. Soy favorable a él, pero con esa limitación metódica: que se trata de una investigación para el conocimiento de las ideas de los grandes pensadores venezolanos. Incluso, cuando estudiaba bachillerato, me ocurrió que encontré en las revistas venezolanas de la época gomecista artículos filosóficos de un Espinoza venezolano, que no se le conoce. ¿No es justo, acaso, recoger sus trabajos y publicarlos con un prólogo esclarecedor? ¡Claro que sí! Esa es una tarea que ustedes –como nueva generación filosófica– tienen planteada. Pienso que es una tarea justa. Y como Espinoza hay muchos. Pero eso no significa que surgirá de allí, o que ello sea la condición de posibilidad, para un desarrollo creador de la filosofía venezolana. En absoluto.

El desarrollo de la filosofía en Venezuela tiene que brotar de la problemática del hombre contemporáneo, de la situación actual del mundo y, desde luego, de cómo Latinoamérica y cómo Venezuela están situadas en esa encrucijada cultural, científica, lingüística, política o ideológica... Sobre esa perspectiva tenemos que registrar una

filosofía teórica que no tiene por qué asumir perfiles exclusivamente venezolanos. Los perfiles propios vendrán después de que realmente (en la praxis) una escuela o un grupo haya hecho algo que por su importancia impacte al mundo cultural. Por ejemplo, como sucedió recientemente en el mundo de las letras, con el movimiento de la novela latinoamericana. Es a partir de esa praxis literaria que se puede hablar con propiedad de una especificidad latinoamericana de la novela. Algo semejante es lo que planteamos para el movimiento filosófico venezolano y latinoamericano.

Saliéndonos un poco de esta temática quisiera hacer unas preguntas en relación al pensum de estudio de la Escuela de Filosofía. Usted envió una ponencia tratando este tema a las Jornadas sobre la Enseñanza y la Investigación de la Filosofía en Venezuela. ¿Qué evaluación da usted a los resultados obtenidos hasta ahora por ese pensum?

El nuevo reglamento de estudios se inició con el primer semestre de 1978. Tiene dos años y medio. Es poco tiempo para hacer un balance crítico global. Sin embargo, es posible, desde ahora, detectar algunas deficiencias. Las resumiría en tres: el papel de los profesores de mayor experiencia en el ciclo básico, la función de los preparadores en los mismos y finalmente la falta de una planificación más orgánica del resto de materias denominadas electivas.

La implementación del ciclo básico depende mucho del papel que puedan jugar los profesores de mayor experiencia, de la incorporación de los mejores estudiantes de los cursos superiores como preparadores, en fin de asegurar a cada uno de los estudiantes textos filosóficos de obligatoria lectura de manera asequible. Estos elementos, como ustedes saben, han fallado. Apenas en praxis y teórica permanecen estos profesores veteranos. No ha sido posible instrumentar a más de un preparador por asignatura y finalmente los estudiantes no están en capacidad de obtener los textos

que se recomiendan como bibliografía. Estos elementos objetivos obstaculizan el rendimiento efectivo del ciclo básico.

En la estructura electiva del plan de estudios domina la variedad y el número de oferta de cursos y seminarios pero en una forma desordenada, espontánea, sin una articulación orgánica entre los distintos departamentos. No hay pues unidad entre la diversidad. Y esa unidad es importante en el plan de estudio. Así mismo, las innovaciones propuestas en el nuevo reglamento no se han logrado instrumentar. Así ocurre con el seminario-taller, con las tesis de grado orales o profesionales, etcétera. Desde luego todas estas deficiencias las señalamos con fuerza, justamente, para exigir un mayor apego al espíritu del nuevo *pensum*. Ello no significa un balance negativo, sino la crítica de las deficiencias de todo nuevo proyecto que se lleve a la práctica.

En Maracaibo surgieron muchas dudas y preguntas en torno a nuestro pensum. Tuvo fuertes críticas. Por ejemplo, ¿por qué fue eliminado el autor medieval y materias obligatorias como el Latín y el Griego?

El autor medieval deja de ser obligatorio pero se han hecho cursos de Filosofía medieval. Pierde el carácter de obligatoriedad porque se trata de proporcionar al estudiante una columna vertebral de autores obligatorios realmente esencial para la comprensión filosófica contemporánea. ¿Qué escuela filosófica actual nos remite al pensamiento medieval? Que yo sepa el neotomismo, las concepciones cristianas. Nada más. Tampoco entre los autores obligatorios hay filósofos contemporáneos, que son muchos. Había que reducir el número y estos podían también ofrecerse electivamente. La pregunta sería al revés: ¿por qué tiene que ser obligatorio para los estudios de Filosofía el autor medieval? ¿Por qué tienen que ser obligatorios (y por tanto necesarios para la formación filosófica contemporánea) el latín y el griego?

Pero la falta de obligatoriedad permite escapar al estudio de esos autores y al final lo que existe es una laguna teórica...

No es así. La aprobación del *pensum* fue producto de una discusión profunda, de años y decenas de reuniones y polémicas entre profesores y estudiantes de la escuela. En el ciclo básico existen las nuevas asignaturas: Historia de la filosofía I y II cuyo papel es, justamente, proporcionar al estudiante una visión global de la filosofía que facilite llenarle sus lagunas teóricas. El resto es un problema relativo al estudio individual de cada quien –que en filosofía, como en cualquier otra disciplina teórica, es lo fundamental para el estudio–. El estudiante de Filosofía de hoy no requiere para su formación filosófica básica una profundización de Tomás de Aquino. En cambio sí requiere un conocimiento acertado de Kant, Hegel y Marx, pues la filosofía contemporánea continúa girando en torno a la problemática teórica y metódica planteada por estos autores. El estudiante de Filosofía de hoy no requiere Latín y Griego para su formación profesional. En cambio, sí necesita del dominio de un idioma moderno. La Escuela no impide la formación de un joven en filosofía medieval y en el dominio pleno del latín. Tenemos profesores para ofrecer esas asignaturas, si un número mínimo de alumnos así lo exigen.

¿Ud. no cree necesario que los estudiantes posean una base de latín y griego para digerir los conceptos filosóficos?

No. En absoluto. Esa es una visión de hace cincuenta años en relación a la filosofía y los estudios humanísticos en general...

Pero en Europa el Latín está tomando auge de nuevo, en Francia e Italia lo están reintroduciendo como materia...

¿En Filosofía? Primera noticia y acabo de regresar de Francia.

No en Filosofía...

Seguramente, sería en secundaria...

En secundaria y en la universidad lo están colocando de nuevo como materia obligatoria...

No creo. Hay cierta tendencia a su regreso después del 68. Pero el objetivo es tratar de satisfacer la petición de materias humanísticas, no con asignaturas conceptuales sino justamente con aquellas que podrían ser más “técnicas”. El estudio de lenguas antiguas permite ese objetivo. Entendemos que la formación humanística tradicional es importante. Pero no imprescindible. El estudio del Latín y de la Filosofía Medieval es una cuestión de vocación. No obliguemos a algo que la mayoría no requiere.

Ya que hemos entrado en el plano más o menos personal, vimos su visión y responsabilidad para con la escuela, por ser, de alguna manera el autor intelectual de un pensum, que, como usted ha dicho, tendrá un balance crítico posterior. Vamos a entrar en otra parte de su vida, pero ya como político. Concretamente, ¿usted se hace comunista a través de la filosofía?

No. Creo que más bien –aunque es un problema complejo, paralelo– anclo en la filosofía por las luchas, si no comunistas... al menos revolucionarias. Porque en realidad, uno es siempre un aspirante a comunista. Claro, comunista en el sentido revolucionario de la palabra, no en el sentido de ser militante del PCV, al cual renuncié en 1968.

Mi pregunta quiere un poco despertar la fibra política sensible para conectarla con un problema actual: El Salvador. El Salvador presenta un problema típico: la irrupción de la Iglesia bajo un desiderátum llamado Teología de la Liberación. El marxismo y el cristianismo machan juntos por un camino: la liberación de un pueblo. En el marxismo se comprende porque es su proyecto histórico, su proyecto doctrinario. Pero en el cristianismo, ¿cree usted que la Iglesia se ha dado cuenta de esta nueva marcha revolucionaria de los pueblos centroamericanos? O, al contrario: ¿es un simple oportunismo para sobrevivir?

No creo. Pienso que esta posición de la Iglesia particularmente en Centroamérica tiene ya una cierta tradición tanto ideológica como política. La Filosofía de la Liberación no proviene de la Iglesia sino más bien del sector civil, pero también han contribuido las reuniones eclesíásticas últimas (Puebla, etcétera). Responde un poco al carácter profundamente católico del campesinado. Las posiciones radicales de los cristianos son procesos honestos, que responden a las situaciones políticas que viven sus respectivos pueblos.

Personalmente estoy vinculado a esto desde hace mucho tiempo, promoviendo el diálogo entre cristianos y marxistas, tanto en Venezuela como en numerosos países latinoamericanos, en especial, los de Centroamérica. Mantengo relación estrecha con los grupos que trabajan en la Filosofía de la Liberación. He publicado libros de ellos aquí en Venezuela y ellos han publicado cosas más en sus países. Recientemente he estado vinculado a los filósofos centroamericanos, pues en sus dos últimos coloquios (en San José y en Tegucigalpa) he sido invitado, junto a otros marxistas como Sánchez Vásquez (México). En el último de ellos llegamos a la conclusión de que los filósofos centroamericanos tenían que colaborar con la revolución propiciando estudios sobre la formación social capitalista centroamericana, que les facilitará una base teórica a los combatientes de hoy.

En Venezuela hemos constituido, inmediatamente después de la caída de Somoza en Nicaragua, un Comité Venezolano de solidaridad con El Salvador. Justamente porque así es como entendemos las relaciones entre la filosofía y la política. En El Salvador se trata de una lucha más profunda, más clásica; en comparación con Nicaragua, el enemigo es mucho más poderoso: el ejército de El Salvador es modelo para los ejércitos centroamericanos. Por otra parte, si bien el movimiento popular tiene una cierta experiencia de lucha de masas y lucha armada, no está estructuralmente unido; todavía hay unos cuatro grupos importantes que no se articulan en un solo gran

movimiento. Desde luego, la lucha está conduciendo a esta unidad y los últimos días testimonian un avance cualitativo en ese sentido.

Las diferencias entre Nicaragua y El Salvador se pueden registrar por la misma actitud que asumió el Gobierno venezolano en uno y otro caso. Frente a Nicaragua fue a favor del Frente Sandinista y contra la satrapía de Somoza. Ahora, en cambio, apoya a la Junta Militar de Gobierno en contra del movimiento popular, que no solo incorpora a las organizaciones marxistas y cristianas, sino también a socialdemócratas y hasta a un sector del socialcristianismo que se ha dividido. Ustedes ven que se trata de un tipo de lucha más compleja y más difícil que requiere, con más urgencia, una solidaridad efectiva del pueblo y las organizaciones venezolanas.

¿Qué papel juega el Gobierno venezolano en El Salvador?

Al Gobierno venezolano le hemos criticado su apoyo descarado a la Junta, prestándole todo tipo de ayuda. El pueblo salvadoreño conoce esta tracalería del Gobierno de Luis Herrera. Resulta que el partido democratacristiano casi no existe en El Salvador y aspiran a auparlo con la cuota de poder obtenida de los militares reaccionarios. El verdadero movimiento cristiano en El Salvador no tiene nada que ver con el democratacristianismo y la figura traidora de Duarte –que recientemente vino al país. El cristianismo en El Salvador lo representaba Monseñor Romero –vilmente asesinado por la reacción– y decenas de sacerdotes que, desde sus iglesias, alientan a los combatientes contra la Junta Militar de Gobierno.

¿Y la posición de la socialdemocracia? ¿Cuál es la posición de AD?

AD está contra la Junta. La socialdemocracia salvadoreña, que también es un pequeño grupo, se ha unido al Frente Democrático y Revolucionario que combate a la Junta. Han existido declaraciones populares. Lamentamos que eso no se exprese en actitudes más enérgicas de solidaridad por parte de AD. Por ejemplo, ¿por qué AD

y la izquierda no votan en el Congreso un acuerdo condenando al Gobierno de Luis Herrera por su apoyo a la Junta de El Salvador...?

Observando el panorama histórico de las revoluciones socialistas que han enarbolado el marxismo, se observa una conjunción entre la teoría y la práctica que ha devenido una especie de “filosofía de Estado”? ¿Es cierto eso? ¿De lo que se trata es de recrear a Marx o Marx por sí mismo encierra todo ese devenir?

El problema está en el ambiente de las discusiones en la mayoría de los países. Si se me pidiera que tuviese rigurosidad ante la expresión “crisis del marxismo”, “los marxismos”, etcétera, sería partidario de hablar más bien de “crisis del comunismo”, de “crisis del socialismo”, como aspectos práctico-políticos del marxismo. Desde luego, referido a los países socialistas la “crisis del marxismo” apunta a este problema práctico-político. Pero proyectado al mundo no-socialista lo que aspira a señalar ideológicamente no es tanto la crisis política sino la crisis teórica del marxismo: que pasó de moda, que está superado, que es una filosofía “decimonónica”. La expresión, pues, implica crisis política, como desfase real entre la teoría y la praxis, objetable en el mundo socialista; pero ideológicamente quiere significar –sobre todo para nuestros países– crisis teórica en el interior del propio pensamiento marxista. Estas son las dos implicaciones. Por eso la expresión “crisis del comunismo” evita esta segunda interpretación.

En nuestros países quienes hablan de ello quieren significar que el marxismo teórico está en crisis y que debe ser constituido por otra filosofía. Podríamos asumir el planteamiento sartreano –en homenaje a su obra– de que cualquier supuesta posición que pretenda superar el marxismo no es en realidad otra cosa que un pre-marxismo. El marxismo es hoy la filosofía de nuestra época, el ámbito de nuestra cultura, el centro en torno al cual gira toda la polémica y toda la lucha ideológica contemporánea.

Aquellos que pretenden evadir este torbellino que sacude la cultura contemporánea terminan por perecer. La historia no perdona. Pueden por algunos años aprovechar la moda de las primeras páginas de las revistas europeas que les ofrece la ideología dominante, justamente por atacar al marxismo... pero, al cabo de cierto tiempo, ya nadie se acuerda de ellos. Recuérdese los famosos “nuevos filósofos” en Francia. ¿Qué se han hecho? Estuve recientemente en París y ni siquiera oí de ellos.

No se trata de asumir una posición dogmática en la defensa a ultranza del marxismo. La cuestión recae en que si le damos una significación literal al término “crisis”, el marxismo sería un pensamiento en constante estado crítico. Si por “crisis” entendemos aquel de una teoría en permanente contradicción, cuestionándose a sí misma, entonces el marxismo es, por antonomasia, esa teoría. El marxismo, justamente, es producto de tres críticas: crítica a la práctica política del capitalismo (al reformismo y al aventurerismo); crítica de la filosofía de la historia humanista (de Hegel y Feuerbach); en fin, crítica de la economía política burguesa (Smith y Ricardo).

Pero lo que se quiere significar con “crisis del marxismo” no es que el marxismo sea el pensamiento crítico por excelencia sino que el marxismo está superado, está muerto y que hay que asumir otras concepciones innovadoras sustitutivas del marxismo. Entonces, uno se pregunta: ¿cuáles son esas concepciones? ¿Cuál es esa concepción sustitutiva del marxismo? ¿Cuál es? Nadie lo dice. Es un enigma. Un problema metafísico. Si es a nivel de economía política, ¿cuál es la que sustituye al marxismo? Tampoco lo saben. ¿Keynes? ¿La escuela neoricardiana de Cambridge? En plan filosófico; ¿la filosofía analítica? ¿La semiología? Se trata de un misterio. En política, ¿cuál es la nueva concepción? ¿La politología? ¿La teoría general de sistemas? ¡Vaya usted a saber! No, eso no tiene base. Son cuestiones tecnológicas y burocráticas que no han ofrecido una concepción fundamental sobre el asunto.

Siendo el marxismo una teoría crítica del capitalismo, en función del análisis de este, puede ofrecer una visión del pasado histórico, que es la legitimación del materialismo histórico. En cuanto al futuro, a partir del capitalismo se desarrolla una ideología política, como conciencia de clase del proletariado, que avizora el camino para hacer la revolución que sepulte al capitalismo y abra perspectivas a un nuevo tipo inédito de sociedad: la de transición socialista y la sociedad comunista propiamente dicha todavía inasequible. Eso es el marxismo. Algunos marxistas pretenden tener respuesta a todo, a todas las preguntas, pero esto sería una concepción realmente dogmática, historicista, del marxismo. No hay, pues, una filosofía que sustituya al marxismo. Y el propio marxismo se encuentra en permanente crisis porque se trata de un pensamiento crítico. Cuando se afirma que el marxismo está superado, se alude a un conjunto de tesis marxistas que ya hoy no son verdaderas. ¿Cuáles son esas tesis? Generalmente se toman –abusando de la ignorancia de las personas– del arsenal político. Se sabe que tesis tácticas y aun estratégicas varían según sean las fronteras, las épocas y los gobiernos. Por ejemplo, Marx afirmó que la revolución se realizaría en los países capitalistas más avanzados y aproximadamente en forma simultánea. Era una concepción estratégica decimonónica de la revolución socialista. Apenas resultó la Comuna de París, en 1871, posteriormente el proletariado parisino fue masacrado. De resto, no hubo revolución –aun en nuestros días– en los países capitalistas avanzados. La revolución irrumpió más bien en Rusia, China, Cuba, justamente en países con capitalismo atrasado. Entonces, a sabiendas, intencionalmente, afirman que Marx se equivocó. ¡No puede haber más ignorancia! Las cartas de Marx y de Engels tienen miles de afirmaciones sobre el carácter político-ideológico de este tipo de afirmaciones, que nada tienen que ver con las verdades categórico-científicas propiamente dichas, que son las que por mampuesto se pretende descalificar. Confunden los críticos del marxismo dos instancias: estrategias y tácticas políticas que

cambian según las situaciones concretas y tesis teórico-científicas de mayor permanencia. Marx en 1872 hace una crítica al propio Manifiesto comunista del 48 y Engels en 1896 formula una crítica a la táctica que ellos sostuvieron en 1848 y propone otra táctica completamente distinta, porque las condiciones políticas han cambiado. ¿Por qué –por ejemplo– estos señores no esgrimen a su favor la descalificación de la tesis fundamental de Marx sobre el modo de producción capitalista, que es la ley de producción de plusvalía? ¿Por qué?... ¡Que hay fábricas capitalistas, producción económica capitalista, donde no hay producción de plusvalía! Si eso llegara a probarse... entonces, sí, el marxismo estaría superado. Ese es el problema.

Incluso en el plan teórico hay distintos niveles de análisis en Marx, que es necesario saber articular dialécticamente. No es lo mismo el análisis a nivel del modo de producción que a nivel de la formación social aunque se trate del mismo capitalismo. Es manifiesto: lo que tienen en común hoy el capitalismo desarrollado con el capitalismo periférico es aquel nivel de análisis centrado por Marx en torno al modo de producción capitalista. La ley y las categorías fundamentales a través de la cuales se enuncia dicha ley permiten la determinación teórica de esa región de objetos históricos: la ley de producción de plusvalía. Allí pues, donde impere el mundo de la plusvalía nos topamos con el modo de producción capitalista: sea la Inglaterra del siglo XIX, sea la Venezuela contemporánea. Pero Marx distinguió, justamente, entre modo de producción capitalista y formación social capitalista. Y esta última asume desarrollos peculiares, formas específicas, según la época histórica y el país correspondiente. A este nivel de formación social capitalista sí hay una gran diferencia entre el capitalismo que estudió Marx y el capitalismo venezolano de hoy. Esta distinción no puede espistémicamente aparecer a nivel del MPC, instancia común a ambas estructuras económicas, pero sí emerge en el plano de la FSC. Para conocer la FSC venezolana es necesario el diseño de Marx sobre el MPC; pero este es incapaz de agotar la

riqueza procesal de la práctica económica venezolana. Necesitamos de estudios profundos que culminen en una hipótesis general objetivable como teoría de la formación social capitalista venezolana. Este es el reto teórico creado, planteado a los marxistas venezolanos.

Ante esta situación surgen dos tendencias opuestas que caracterizan la discusión. Una desviación, formalista en cuanto al método y dogmática ideológicamente, insiste en que ya existe esa teoría de la FSC venezolana. Es la misma formulada por Marx en *El capital*; se trata, simplemente, de registrar aquello y aplicarlo en Venezuela. Típica posición dogmática, con apoyo metódico formalista, al reducir esta concepción de la ciencia al modelo más abstracto que en el marxismo es la teoría del modo de producción. Esta posición ha existido y existe en las primeras formas de marxismo. La tendencia opuesta, de carácter empirista en cuanto al método y revisionista ideológicamente, hace hincapié en un elemento positivo: los nuevos datos, informaciones, indicadores que acusa la realidad venezolana. Pero su error teórico consiste en pretender sustituir con esos nuevos “datos del capitalismo venezolano” la teoría de MPC de Marx, considerando que ya Marx pasó de moda, que insistir en él es estar atrasado, por lo cual la única actitud creadora es la destrucción del mito de Marx. Desde luego, esta segunda tendencia hace más escándalo. Tiene cabida en la prensa burguesa. Pero cuando se examina la supuesta teoría sustitutiva de Marx, uno se encuentra que lo “nuevo” son posiciones ingenuas, lugares comunes, que generalmente repiten tesis premarxistas, que hasta el propio Marx –en sus cartas– se había encargado ya de criticar. No hay nada creador, como lo esperaba, sino una mescolanza indigesta de tesis premarxistas, groseras copias de los *dilletantes* europeos que rezan todos los días la oración de la muerte de Marx.

Nosotros planteamos superar ambos extremos, comunes hijos de la misma problemática ideológica: neoempirismo-formalismo, revolucionismo-dogmatismo. Su superación implica la crítica de sus posiciones teóricas y metódicas, sin dejar de reconocer sus

momentos positivos: en la tendencia empírica los nuevos datos sobre la especificidad del capitalismo venezolano; en la tendencia formalista, la vigencia de la teoría de Marx sobre el MPC. Justamente, la nueva teoría sobre la FSC venezolana no puede construirse sino en torno a estos parámetros.

En conclusión, a partir de la teoría de Marx sobre el MPC y los indicadores específicos de la estructura económica venezolana podemos forjar entonces una teoría que tendrá un amplio margen de trabajo para los filósofos. Y ese margen se proyecta con mayor radio de acción en la práctica política en la medida que dicha teoría sobre la formación social capitalista contribuya, en tanto que teoría, a la forjación de una teoría, de una estrategia y de una táctica de la revolución venezolana.

6. Hay que renovar la Renovación⁹

El movimiento de renovación universitaria iniciado en 1968 ha sido un proceso realmente controvertido. Ningún movimiento anterior despertó tanta inquietud y suscitando tan intensos debates. En ninguna otra época la comunidad universitaria ha sido tan prolija en la elaboración de documentos opiniones, proposiciones, en fin, lineamientos teóricos acerca de la universidad. Podemos decir sin ánimo a equivocarnos que durante la Renovación, por primera vez, la institución se ve a sí misma, característica que distinguirá este proceso de las luchas desarrolladas con anterioridad por estudiantes, profesores y trabajadores universitarios.

La Universidad, al estudiarse a sí misma, evidenció sus fallas pero cuestionó, igualmente, el sistema educativo del país y de allí su proyección como movimiento a nivel cultural y educativo nacional. El movimiento renovador no fue comprendido en un principio por

⁹ Entrevista realizada por Jesús Sotillo. Tomada del suplemento cultural de *Últimas Noticias*, de 23 de septiembre de 1979, pp. 4-5.

las corrientes políticas que hacían vida en la universidad. Muchas de ellas lo enfrentaron por considerar que cuestionaba sus propias organizaciones, las cuales tenían peso específico en las estructuras del cogobierno y de las mismas organizaciones estudiantiles. Su verdadero papel crítico y propulsor de una nueva Universidad fue comprendido tardíamente, no obstante esta situación no eclipsó sus virtudes.



8. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
MANIFESTACIÓN DE CALLE A FAVOR DE LOS DERECHOS UNIVERSITARIOS. EN LA FOTOGRAFÍA FIGURAN EL RECTOR BIANCO ACOMPAÑADO DEL MAESTRO LUIS BELTRÁN PRIETO FIGUEROA

Los partidos que aparecían más responsables del deterioro educativo nacional, Copei y Acción Democrática, sin minimizar por supuesto la responsabilidad de la izquierda en lo que se refiere a la educación universitaria, resultaron los más cuestionados. Ello explica su conducta adversa al movimiento.

Justamente, Copei, a la sazón del Gobierno, y AD fueron las organizaciones que se confabularon para intentar castrar el proceso renovador y desde el Congreso Nacional auspiciaron la reforma a la Ley de Universidades, la destitución de las autoridades legítimamente electas, la expulsión de profesores, estudiantes, empleados y finalmente, al no poder doblegar el espíritu combativo de la comunidad universitaria, propiciaron la intervención militar.

A diez años de este proceso nos proponemos dialogar con algunas de las personas que participaron en él, a fin de precisar sus aciertos, fallas y ubicarlo dentro de una nueva perspectiva, que influya en el mejoramiento de nuestras instituciones educativas a nivel superior, ávidas de una reforma en sus estructuras académicas, docentes y administrativas que las coloque a la par de la realidad nacional.

Nuestro primer entrevistado es el doctor José Rafael Núñez Tenorio, exdirector de la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela y coordinador de los cursos de postgrado de la misma, quien fue participante activo de este proceso que conmovió los cimientos educativos del país.

La Renovación universitaria –afirma– fue la más importante sacudida política que en este siglo se ha dado a la cultura, a la ciencia y a la educación universitaria

¿Fue un movimiento exclusivamente universitario?

No –responde–, trascendió la vida universitaria hacia lo cultural científico y si se quiere, a nivel artístico. Los movimientos que hasta ese momento se habían realizado habían sido subjetivos, personales y, en el mejor de los casos, grupales, pero jamás habían alcanzado un nivel de participación como el logrado en toda la educación superior con la Renovación, durante el período de 1968 a 1970.

El profesor Núñez Tenorio reflexiona un poco sobre épocas anteriores y expresa que el tránsito de la cultura y de la universidad teologal que resiste hasta el siglo XIX a la universidad y la cultura positivista, es un tránsito eminentemente individual, disperso, grupal.

¿Qué personalidades representaron ese cambio?

Podemos mencionar entre otros a Ernst, Villavicencio y Razetti a nivel de las ciencias médicas; Gil Fortoul, Vallenilla Lanz y Arcaya en las ciencias sociales e igualmente, a Rómulo Gallegos en el área de la literatura. Pero esta concepción, la positivista, entra en crisis con la II Guerra Mundial. Se crea, entonces, un vacío ideológico y va a ser precisamente la Renovación universitaria la primera herramienta histórico-cultural que aspira a llenar ese vacío, como una verdadera fuerza auténticamente latinoamericana.

Hay quienes afirman que la Renovación estuvo signada por el Mayo francés. ¿Qué opina usted?

Nadie puede ignorar la influencia del Mayo francés en el proceso estudiantil y político venezolano, en un mundo donde las metrópolis capitalistas expanden su influencia, pero es completamente falso que el movimiento de renovación venezolano haya sido una copia de esa experiencia. Como dato probatorio de este aserto puedo decir que los primeros pasos para iniciar el movimiento se realizaron en el mismo mes de mayo de 1968, antes de que llegaran a nuestro país noticias de lo acontecido en Francia. Aún más –ratifica– estando preso en el Cuartel San Carlos, desde finales del 67 mantuve reuniones e intercambios de cartas con dirigentes revolucionarios con el manifiesto propósito de promover un movimiento genuinamente universitario. La tesis de que la Renovación fue una copia del Mayo francés, servía en ese momento a los intereses del Gobierno y las clases dominantes para presentarla ante la opinión pública como un proceso artificioso, subjetivo, de simple traslado mecánico de la lucha guerrillera a la UCV.

¿Le dan gran importancia al proceso de Renovación?

En el presente siglo constituye un criterio de demarcación histórica de la vida cultural, educativa y científica. Refiriéndonos a estas materias tenemos que hablar de antes y después de la Renovación.

¿Considera que todo el proceso fue positivo?

Viviéndola en su conjunto la Renovación fue producto de la confluencia contradictoria de dos grandes torrentes, la práctica y la teoría: es decir, las profesiones y la investigación científica y humanística. En forma más precisa la Renovación fue el resultado de un movimiento de estudiantes, profesores y trabajadores y la teoría política que orientaba ese movimiento. Fue positivo el movimiento democrático de masas que, antes de la Renovación, en la vida cultural y universitaria del 45 al 68, no existía. La universidad en esa etapa era silente, una conciencia resignada de la nación, una razón que con modorra apenas reproducía la vida del país. Era un reflejo pasivo y residual. Con la Renovación se rompe con el pasado, se pone en movimiento la maquinaria de la historia a nivel de la cultura y de la universidad.

Concretamente, ¿cuáles son los aspectos negativos?

El torrente teórico, el de la investigación, el de la teoría política, que debió ser capaz de reproducir e interpretar este movimiento, haciéndolo trascender aún más en la vida nacional, quedó rezagado, no cumplió su papel.

¿Fue insuficiente la elaboración teórica?

La parte teórica no fue capaz de hacer diagnósticos y análisis de las estructuras de funcionamiento de la universidad, de formular programas sustitutivos a nivel académico-docente y directivo-administrativo. No se formularon políticas de prioridades frente a las coyunturas. Todo esto condujo al movimiento renovador a lo que podría llamarse

un asambleísmo antiautoritario, que tenía de positivo su crítica a la autoridad, al dogma; pero exhibía como negativo su falta de orientaciones teóricas concretas.

¿Podríamos decir que la participación docente fue pobre en la Renovación?

Si al torrente de masas fundado principalmente en la combatividad estudiantil, le podemos criticar su espontaneidad, su asambleísmo; al torrente teórico, basado fundamentalmente en la responsabilidad profesoral, tenemos que criticarle su falta de conciencia crítica de la educación, de las estructuras universitarias y, en general, su incapacidad para producir proyectos sustitutos de las zonas críticas que adolecía para ese momento. El error puede concretarse en la falta de una teoría que fuese capaz de reproducir y hacer avanzar el proceso práctico de la Renovación universitaria.

Anteriormente afirmó que en materia educativa y cultural se podía hablar de antes y después del proceso renovador. ¿Puede hablarse de etapas en el proceso cultural y universitario contemporáneo?

Sí, históricamente la Renovación puede ser criterio de demarcación, podemos periodizar la cultura universitaria contemporánea del país en pre Renovación, Renovación y post Renovación. Por ejemplo, en la primera etapa, se pueden indicar tres rasgos importantes a saber: inexistencia plena de una teoría sobre la Universidad; un movimiento estudiantil exclusivamente al servicio de las luchas populares (recordemos los movimientos contra Pérez Jiménez y Rómulo Betancourt) y, finalmente, la falta de una táctica universitaria que permitiera articular aquellos objetivos políticos de la calle a las condiciones específicamente universitarias.



9. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
EL RECTOR BIANCO EN LAS INSTALACIONES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

¿Cómo se reflejaron estos rasgos en la Renovación?

Surgen las primeras teorías sobre la universidad, la cultura y la Renovación; multiplicidad de revistas, documentos, libros y artículos sobre la materia. La Universidad se pone al servicio del país pero no mediante las formas de lucha mecánica anteriores (mítines, manifestaciones, cantera de cuadros, etcétera), sino a través de sus mediaciones propias: la problemática cultural, educativa y universitaria que lograba incorporar no solo a la vanguardia como en los otros movimientos, sino, a la mayoría de los estudiantes, profesores y empleados. Todo ello significó una acertada adecuación entre los objetivos políticos del movimiento popular y democrático y las metas genuinamente universitarias.

¿Y qué nos dices de la post Renovación?

Los rasgos podemos sintetizarlos así: estancamiento de la teoría universitaria; predominio de las formas autoritarias en la toma de decisiones políticas y la existencia de una situación pasiva y residual de la universidad, en correspondencia a los caracteres de la vida del país.

Algunas personas afirman que la reforma a la Ley de Universidades y la posterior intervención militar al recinto fueron producto del movimiento de Renovación. ¿Qué opina usted?

Eso es completamente falso, es como si el Gobierno acusara a los revolucionarios de ser culpables de la miseria del pueblo. Al contrario, que el Gobierno haya reformado la Ley Autónoma, destituido a autoridades legítimamente electas por la comunidad, e intervenido militarmente la ciudad universitaria tenemos que catalogarlo como un hecho afirmativo, pues la Renovación, por vez primera, elevó la lucha de clases hasta el recinto universitario. Las ideas culturales y científicas en la universidad se quemaron bajo el fragor de la lucha entre productores y apropiadores. El cordón umbilical que une a la universidad con el pueblo, con su historia, volvió a renacer.

¿La universidad, a su entender, debe ser teatro de la lucha ideológica?

El estado normal de la universidad en un país como el nuestro es de permanente crisis. La universidad necesaria y objetivamente se realiza como escenario de la lucha ideológica fundamental de nuestra sociedad capitalista, entre la cultura burguesa dominante que funciona como la academia oficial y la cultura renaciente de las luchas del proletariado y del pueblo, cultura dominada, pero que aliada a la verdad y la ciencia es capaz de hacerse oír en los medios universitarios. Una universidad sin crisis sería del absoluto dominio de la ideología burguesa, pues, la alternativa de un craso triunfo de la ideología dominada, rodeada por un estado burgués no es siquiera imaginable. Todo ello, por supuesto, obliga a que la universidad sea escenario de la lucha ideológica, de la pugna entre la cultura capitalista tradicional y la cultura nueva que aspira abrirse paso.

¿Qué ha quedado del proceso renovador, después de la intervención?

En primer lugar, en términos globales, un clima de antiautoritarismo y antidogmatismo, el más propicio para el desarrollo de la ciencia y la búsqueda de la verdad. Luego, en términos precisos, la

modificación de los *pensa*, programas, el diagnóstico de la idoneidad profesoral en todas las escuelas de las facultades de Economía, Ciencia y Humanidades.

¿Se limitó solo a estas facultades?

En las otras facultades los cambios fueron menores y posteriores. Pero importa destacar que a partir de la Renovación se ha impuesto la conducta de promover constantemente diagnósticos y proyectos sustitutos de todas las dependencias universitarias que se lleven a la práctica o no, ya que no es culpa de la Renovación pasada, sino falta de la Renovación por venir.

¿Y qué logró el Gobierno con la reforma a la ley y la posterior intervención?

Antes tendría que decir que fue justamente un universitario, mejor dicho un “prototipo de universitario”, quien destituye a rectores, modifica leyes autónomas, e interviene militarmente la UCV. Me refiero al expresidente Rafael Caldera. Estas son las ironías de la historia: por más que Caldera haya posteriormente, intentado dar marcha atrás a su conducta incorrecta, la historia lo reconocerá como el máximo interventor de la universidad por presión y consejo de las clases dominantes. El Gobierno tuvo que retroceder en sus tres medidas políticas represivas, apenas queda vigente la reforma a la Ley de Universidades, al año terminó la intervención militar y posteriormente, la comunidad eligió nuevamente a sus autoridades. La experiencia los ha conducido a un trato menos rígido y oprobioso contra la universidad. Comprendieron que ni siquiera con la expulsión de cuarenta y cinco profesores, entre los que me encontraba, doblegaban el espíritu universitario.

[illegible]

163

Con respecto a Copei, señala que desde 1958 obtenía cincuenta por ciento de los votos estudiantiles, redujo drásticamente su votación a menos de veinticinco por ciento, luego de la intervención, “La Renovación y la experiencia de la intervención militar hizo cambiar la táctica gubernamental hacia las universidades, ahora están de acuerdo con las reformas, con reestructuración, con cambios, pero no sobre la base de un programa genuinamente latinoamericano sino copiando modelos extranjeros, especialmente el modelo estadounidense. Hablan de transformación pero no como producto de un proceso democrático con la participación activa de estudiantes, profesores y trabajadores sino como un designio de comisiones elitescas y decisiones autoritarias de los organismos de dirección universitaria”.

Ya hemos hablado de la Renovación, de aciertos, fallas etcétera. Veamos la universidad actual, cuáles son sus problemas, perspectivas. ¿Cuáles son las áreas problemáticas de la universidad?

En el orden de prioridades y sistematización de la problemática debemos distinguir tres grandes áreas:

a. La más urgente, la que tipifica con mayor fuerza la articulación entre la sociedad y la universidad, es la demanda estudiantil de educación superior, lo que ha dado en llamarse el embate cuantitativo: preinscripción, repitencia, deserción, permanencia, admisión, propedéuticos, ciclo básico, etcétera.

b. La más realizable, la que representa ejemplarmente las estructuras de funcionamiento de la universidad, es la transformación cualitativa de la docencia y la investigación universitaria: lo que podríamos denominar cuestión cualitativa: modificación sustancial de la docencia, transformación de los postgrados, reestructuración de la investigación, planes concretos de formación profesoral, especialmente entre los profesores instructores.

c. La síntesis entre las dos áreas anteriores, entre la demanda estudiantil y las exigencias profesoras, que podríamos catalogar como la renovación de la Renovación, como un plan integral de realización que articule la práctica diaria de la vida universitaria con las tesis teóricas sobre los programas sustitutivos de cada dependencia: escuelas, institutos, facultades, direcciones centrales etcétera.

¿Cómo se caracteriza la demanda estudiantil?

Tiene un carácter explosivo, pero la solución es a largo plazo, no es cuestión meramente cuantitativa que pueda resolverse con medidas burocráticas o administrativas. Todas las medidas propuestas hasta ahora son remiendos. Hay que encarar el problema de la demanda, la repitencia y la deserción estudiantil de una manera global. La responsabilidad capital en la solución de estos problemas recae sobre las autoridades gubernamentales, pero la universidad debe prestar su colaboración. En realidad se trata de cientos de miles de jóvenes que egresan de secundaria sin la preparación adecuada para ingresar a la educación superior.

¿Actúan correctamente las autoridades universitarias frente al problema de la demanda estudiantil?

En el problema de la preinscripción, las autoridades universitarias cometieron un grave error, que es necesario reconocer autocríticamente. Me refiero a la decisión de ceder parte de la autonomía universitaria en la selección de los bachilleres al Consejo Nacional de Universidades. Se pensaba que ese modelo de la cuestión de la demanda estudiantil se le traspasaba al verdadero responsable: el Gobierno nacional; pero, en la práctica de los últimos años, el movimiento de preinscritos centra sus luchas en el campo universitario y no a las puertas del Ministerio de Educación. Por otra parte, la confección de las listas de pre-inscritos, año tras año, es la labor más disparatada que pueda concebirse. De manera que la universidad

perdió por partida doble: cedió su derecho a la inscripción universitaria y se ve obligada a recibir una selección caótica, con un movimiento de protesta que constantemente secuestra a las autoridades universitarias.

¿Debe impedirse esta nueva sección de la autonomía?

Está planteado el rescate de la autonomía, que cada escuela, facultad, universidad, acuerde democráticamente, con la participación de estudiantes, profesores y autoridades, sus criterios específicos de inscripción en correspondencia con la demanda estudiantil particular. No pueden seguir aceptándose los listados absurdos provenientes del CNU, causa fundamental del desfase, la repitencia y la deserción universitaria, tipificada en los primeros semestres.

¿Qué soluciones ha planteado usted para intentar resolver la demanda estudiantil?

Nosotros planteamos, desde hace muchos años como solución, el estudio de un ciclo básico para toda la universidad, que por falta de coordinación, hasta ahora ha sido aprobado solo por algunas escuelas, aisladamente. Este ciclo básico estaría diferenciado por áreas: salud, ciencia y tecnología, ciencias sociales y humanidades. El objeto del mismo sería integrar al bachiller al medio universitario y facilitarle la superación de su desfase educativo.

Hay quienes proponen como solución el examen de admisión. ¿Qué opinión le merece?

Somos contrarios a todo tipo de examen de admisión, aptitudes, etcétera; por otra parte, no creo que el movimiento estudiantil sea capaz de aceptarlo. Estos exámenes y los cursos propedéuticos deben ser responsabilidad del Gobierno a través de la secundaria y no de la educación superior. Los planes de registro, preinscripción, prueba de aptitud, curso propedéutico, constituyen una realidad a

nivel de secundaria, antes de otorgar el título de bachiller, y son irracionales una vez que se ha otorgado el título de secundaria. No se puede caer en la contradicción de darle el título de bachiller a un joven y por otra parte exigirle una prueba de aptitud para poder ingresar a las universidades.

¿Cuáles son las transformaciones que deben hacerse a nivel docente y de investigación?

Sobre esta problemática debemos decir que es interna de las universidades y que refleja la correlación entre universidad y nación venezolana. La universidad es plenamente responsable en esta materia. Es el área crítica por la cual debe responder el profesorado universitario. Pienso que las transformaciones en este nivel son las más realizables, puesto que dependen casi exclusivamente del profesorado. La Asociación de Profesores tiene este compromiso contraído con la universidad.

¿Puede concretar los problemas en esta área?

Los problemas son muchos, pero cabe destacar uno: los estudios de postgrado. La UCV debe y tiene que transformarse en la universidad del postgrado en Venezuela, por su experiencia, tradición y personal. No entiendo cómo es posible dar cursos de maestría y doctorado sin personal capacitado para ello y muchas veces con profesores que ni siquiera tienen el título respectivo de doctor. Es una piratería increíble. Por otra parte, el postgrado es la actividad que permite estimular la investigación y sirve como cantera principal para la formación de nuestros profesores.

¿Son ideales los postgrados en la UCV?

El postgrado en la UCV, como en todo el país, adolece de graves deficiencias. Principalmente que es una copia del postgrado estadounidense y la estructura cultural y educativa de nuestro país es completamente diferente. Apenas en las carreras tecnológicas es aprovechable

esa estructura, siendo dañina en el campo de las ciencias sociales y las humanidades. El postgrado no tiene por qué ser tubular (con asignaturas y programas únicos y fijos), elemento que incluso criticamos en el pregrado. Lo fundamental es la preparación en una especialidad (maestría) o globalmente (doctorado) que culmine en una investigación propia, original. Esto último, la tesis de maestría o doctorado, es lo que debe examinarse. No tiene sentido cursar asignaturas y obtener puntajes, notas, como si fuera pregrado. Se ha trasplantado –enfatisa– la estructura del postgrado estadounidense, sin comprender que no se adecuaba a nuestra realidad. Si transformamos la estructura de funcionamiento actual, la UCV puede dar, efectivamente, un poderoso salto hacia adelante en la investigación y la calidad de la enseñanza, puesto que redundará en la formación de nuestros profesores, especialmente, los instructores.

¿Qué quiere decir cuando hablas de la renovación en la Renovación?

Implica un nuevo diagnóstico de nuestras escuelas, institutos y facultades y el diseño de los programas sustitutivos correspondientes. En esta actividad de análisis y proyectos debe participar democráticamente toda la comunidad universitaria: estudiantes, trabajadores, profesores, autoridades. No puede ser un proceso de reestructuración burocrático realizado por arriba, a través de comisiones y políticas de decisión autoritarias. Frente al autoritarismo del gobierno universitario proponemos un amplio movimiento democrático de la comunidad universitaria.

Si me pides que destaque un problema, yo diría la necesidad de flexibilidad de todos los *pensa* de las escuelas que garanticen, al menos, una renovación semestral de los programas y una asignación temática al profesor en correspondencia con la investigación que en ese momento esté realizando. Esto implica imponerse un ámbito de trabajo superior, pero justamente esto es lo que exige actualmente la universidad. Cada semestre la escuela deberá crear

y renovar sus programas de oferta al estudiantado, con la sola excepción de los cursos obligatorios para los cuales se establecería un régimen especial. El estudiante seleccionaría su opción según las materias y los profesores. Los profesores no estarían obligados a dictar cursos que desdeñan y para los cuales no tienen simpatía, sino precisamente asignaturas y seminarios en cuyos temas está investigando y necesita compartirlos con la comunidad. En fin, la transformación de los *pensa* y programas, según las exigencias más elementales de la educación superior, se constituiría en la principal palanca de transformación de la docencia y la investigación universitarias.

¿Qué fuerzas impulsarían ese movimiento?

La fuerza para acometer este programa de renovación de la universidad venezolana son principalmente los estudiantes. Los profesores, sin embargo, tenemos en esta etapa un papel decisivo: ser capaces de diagnosticar objetivamente nuestras deficiencias y proyectar analíticamente nuevos modelos sustitutivos que conquisten el consenso de la comunidad respectiva. Si unimos estas dos fuerzas: estudiantes y profesores, la praxis y la teoría, forjaremos un movimiento democrático idóneo para impulsar con fuerza colectiva las decisiones de los cuerpos de dirección universitarios.

7. Problemas de la educación superior venezolana¹⁰

La universidad tiene la responsabilidad de hacer estudios teóricos de los grandes problemas nacionales pero el responsable es el Estado venezolano.

El ejemplo del edificio de la Facultad de Economía: Pérez Jiménez lo dejó con las bases hechas y veinte años de democracia burguesa no lo han terminado.

¹⁰ Entrevista realizada por Jesús Sotillo. Caracas, mayo de 1978. Tomada de *Universidad Nuestra*, Revista de la APUC, mayo de 1978.

Los problemas de urgencia son:

1. La formación de los profesores instructores.
2. La plétora estudiantil y los ciclos básicos.
3. La reforma estructural del pregrado.
4. El desarrollo del postgrado.
5. La transformación radical de la investigación.

Necesitamos una concepción de la educación superior que además de enlazar orgánicamente la docencia y la investigación, sea capaz de combinar coherentemente los ciclos básicos, el pregrado, el postgrado y la investigación universitaria.

¿Considera usted la universidad como agente de cambio social?

En realidad, es difícil estar de acuerdo taxativamente con esa tesis, pues estaríamos contra las concepciones más elementales de las ciencias sociales contemporáneas. Estas enseñan que el nivel de las transformaciones sociales son la práctica política, económica e ideológica. No la práctica teórica. La universidad es un recinto de esta última. Por supuesto, también de la práctica ideológica, a través de la cual puede incidir en la praxis social, si la población toma conciencia de los problemas estudiados por la universidad. La teoría –ni siquiera como enseñanza– tiene efectividad en la práctica real. Cumple una función colaboradora. Por tanto, difícilmente puede la universidad intervenir en los cambios sociohistóricos de las sociedades, ya que estas determinaciones corresponden a las luchas de las masas populares y las clases sociales. El papel de la universidad se reduce a una función teórica y, desde luego, de contribución a la lucha ideológico-política planteada.

Por ejemplo, es responsabilidad de las universidades jerarquizar los grandes problemas del país: petróleo, industrialización, agricultura, educación, seguridad, transporte, vivienda, salud, nutrición, etcétera. La

universidad puede y debe hacer un examen teórico de estos problemas. Un diagnóstico de la situación actual, un análisis crítico contemporáneo, y una formulación de los medios y proyectos que deben implementarse para solucionar parcial y/o totalmente esos problemas. Pero ella no tiene ninguna responsabilidad histórica en la ejecución práctica (política) de los mismos. Ello corresponde a los gobiernos de turno que tienen capacidad para su realización.

Si lo que debe mostrar que la universidad constituye un agente acelerador del cambio social en el sentido de contribuir con determinadas políticas gubernamentales, entonces es más comprensible. Estaríamos de acuerdo. La teoría contribuye al incremento de la práctica, puesto que la adquisición de conciencia –por ejemplo, un gran problema nacional y su posible solución– es un paso ideológico indispensable a toda actividad práctica transformadora. Por supuesto, la universidad sí tiene responsabilidad práctico-política en su propia transformación.

En consecuencia, ¿piensa usted que nuestras universidades son agentes aceleradores del cambio social, o bien que contribuyen a ese cambio?

Habría que diferenciar el tipo de cambio. Los hay como producto de una política estatal, planificada o no. Pero hay cambios que son el resultado histórico de la acción de las masas, de los pueblos. Son transformaciones colectivas, espontáneas, objetivas.

Pongamos un ejemplo. En nuestra opinión, el hecho más profundo de nuestra reciente vida cultural y universitaria fue la Renovación de los años 1968-1970. Podemos decir que esas jornadas masivas universitarias constituyeron una gesta única de nuestra historia. Con esos caracteres no se había presentado antes. La historia de la cultura y de la universidad venezolana está objetivamente dividida por el proceso de Renovación. A partir de allí se inicia una conciencia crítica en la universidad que –como nunca antes– ha contribuido a acelerar los cambios sociales, puesto que ha forjado un conjunto de

cuadros humanos de nuevo tipo: con una visión crítica y sensible respecto a los problemas de la sociedad venezolana, desechando la vieja tradición de una universidad pasiva como simple registro residual. En ese sentido, gracias por ejemplo a la Renovación, podemos decir positivamente que la universidad sí ha contribuido con los cambios sociales que el país requiere. Pero, al lado de este aspecto positivo, está la persistencia de lo negativo. La universidad –incluso después de la Renovación– no ha contribuido seriamente con la solución de los grandes problemas que afectan a la nación venezolana porque sigue sin encarar seriamente la investigación teórica de estos problemas en forma coherente y planificada.

La misma responsabilidad que les achacamos a los gobiernos de turno por no haber dado solución práctica a los grandes problemas nacionales, debemos asignársela a nuestras universidades por no haber aportado investigaciones con soluciones teóricas a dichos problemas. La universidad no ha hecho esos estudios y ese es su deber histórico más elemental. Está obligada a hacerlo. La política de investigación universitaria no ha tenido timonel, no se desarrolla en forma orgánica, no hay un programa coherente ni un plan operacional.

Desde luego, que la universidad proponga soluciones efectivas a determinados problemas no significa que el gobierno de turno haga suyas dichas soluciones y las lleve a la práctica. Muy probablemente los gobiernos no acojan dichas soluciones. Por ejemplo, nuestra Facultad y sus institutos e investigaciones deberían centrarse en aportar soluciones teóricas a la gran crisis educativa del país. No ha ocurrido así. Si encaramos con seriedad el problema educativo en unos cuantos años podríamos aportar algunos análisis serios al respecto. El gobierno de turno podría no aplicar las recomendaciones de esos estudios, pero entonces la universidad y nuestra Facultad salvan su responsabilidad histórica puesto que han proporcionado propuestas sobre el problema educativo del país.

¿Cuáles podrían ser –en su opinión– las tendencias reales y las tendencias ideales de la educación superior en Venezuela?

Tendría que examinar lo que se quiere decir con ello. Podría entender en principio por tendencias reales los procesos objetivos que determinan el desarrollo de la educación superior y por tendencias ideales los planes y programas de trabajo que los distintos sectores del país proponen.

Yo diría simplemente lo que se espera de la educación superior.

Tanto en las tendencias reales como en las ideas hay contradicción: tal como acontece en todo proceso histórico. Hay un sector que señala tales metas y otro sector que determina planes distintos. El proceso social objetivo también se encuentra dividido en tendencias opuestas, como acontece en toda formación social. La educación superior venezolana llegó a su etapa más crítica. Hay allí una plétora multiforme de problemas.

¿Qué tipo de problemas?

En términos sintéticos habría que acogerse a la clasificación clásica de la relación entre los problemas cuantitativos y cualitativos de la educación.

La cuestión de la cantidad es muy evidente. Hace años el problema estaba situado a nivel de la educación secundaria. Ahora el cuello de la botella es la educación superior. Realmente, no se comprende cómo ha existido tanta negligencia e improvisación en las esferas gubernamentales, cuando desde hace más de diez años sabían que habría de presentarse esta situación.

La educación superior ha crecido vertiginosamente del 58 a nuestros días: de alrededor de doce mil estudiantes universitarios tenemos hoy más de doscientos mil, que llegarán a trescientos mil para 1980. Este crecimiento no solo es producto del desarrollo demográfico del país, sino también del nivel alcanzado por las

fuerzas productivas internacionalmente. En efecto, la revolución científico-técnica contemporánea exige una preparación superior masiva en todo el planeta. Esto se da en los países socialistas y en los capitalistas desarrollados, pero repercute igualmente en el capitalismo periférico de América Latina. Con la Revolución Industrial la burguesía exigió una preparación mínima de la fuerza de trabajo tipificada por la enseñanza primaria obligatoria. Hoy el desarrollo del capitalismo no solo requiere de la obligatoriedad de la secundaria sino de una formación masiva de cuadros superiores. La burguesía venezolana quiere apresuradamente capitalizar el país pero se olvida, por efecto del Gobierno, de proporcionar los medios necesarios para la formación de los recursos humanos del propio capitalismo. Esta es una exigencia mundial que habrá de acentuarse en la medida que nos aproximemos al año 2000.

¿Este es todo el problema de la cantidad?

No. Este tiene muchas vertientes. Por ejemplo, la insuficiencia de locales físicos es una terrible realidad que vivimos todos los días en el país de los “petrodólares”. No hay una infraestructura física que garantice el incremento de la docencia y la investigación con un mínimo de facilidades materiales. No hay locales. Ningún profesor tiene un cubículo donde trabajar. Las aulas son insuficientes y con más de veinte años de atraso. Esto lo vivimos en la propia Escuela de Filosofía, que por sus peculiaridades no sufrió el ritmo de crecimiento de las otras escuelas universitarias. Pero en los últimos años la Escuela creció considerablemente: de noventa alumnos ha pasado ya los quinientos alumnos si incluimos el postgrado; y tiene que atender ese alumnado con el mismo número de profesores de hace veinte años, sin que sea posible, por razones de congelamiento presupuestario, incorporar nuevos profesores a la Escuela.

Tenemos también el ejemplo del edificio de la Facultad de Economía que tiene diecisiete años construyéndose. Pérez Jiménez lo dejó con las bases hechas y todavía hoy, con veinte años de democracia burguesa, no se ha terminado.

Y este problema de la cantidad repercute sustancialmente en la calidad de la enseñanza.

¿Cómo es esta repercusión? ¿En qué consiste el llamado problema de la calidad?

Desde luego, todo crecimiento cuantitativo implica un desmejoramiento cualitativo de la enseñanza. Pero no a los niveles a que ha llegado la educación superior venezolana por la incapacidad, desidia y falta de planificación de las autoridades gubernamentales y universitarias.

Cuantitativamente el profesorado universitario creció en forma desproporcionada. ¿Qué se hizo y se hace para encarar este problema? Nada, absolutamente nada. Todo se deja a su simple desarrollo espontáneo.

De aproximadamente centenares de profesores universitarios, formados en el curso de toda nuestra historia, que teníamos para 1958, hemos pasado bruscamente a por lo menos unos veinte mil profesores. En la UCV pasamos de cuatrocientos a cuatro mil. Ese salto descomunal acontece en menos de veinte años sin ninguna preparación ni planificación. Ese salto se conocía, se sabe hoy, y no se hace absolutamente nada para ayudar a la formación de esos diecinueve mil nuevos profesores. El caso de los instructores es patente: no hay ninguna política hacia ellos. También el de los jóvenes profesores recién graduados de los colegios universitarios, tecnológicos, etcétera. Domina la espontaneidad y, en consecuencia, el descenso de la calidad de la enseñanza es tan acelerado como el desmejoramiento de la calidad de la vida.

Pero, entonces, ¿se justifica esa campaña publicitaria contra las universidades nacionales?

En absoluto. La caída de nuestra cultura es total. La universidad es una “santa” en comparación con cualquier carpeta ministerial. Pero la mejor forma de encarar esa campaña de los adinerados que controlan los medios de comunicación social en nuestro país, no es esconder nuestras deficiencias, sino detectarlas y afrontarlas seriamente para su superación. Los adinerados, por principio, representan la anticultura: no pueden sino atacar el recinto del saber y de la ciencia; especialmente cuando estas instancias no se contentan con someterse a sus caprichos ideológicos cavernícolas. Mas, justamente, defender la universidad implica una postura autocrática. No hay otra manera honesta de defenderla.

¿En qué consistirían entonces esas fallas cualitativas fundamentales de nuestra educación superior?

La UCV tiene a los mejores profesores del país. Es la pionera de la cultura nacional en todos los niveles. Los esfuerzos por sustituirla, negándole presupuesto, en tanto lo proporcionan para otras universidades gubernamentales, no hacen sino mostrar su fuerza. En cualquier otra universidad experimental el semillero de profesores de calidad tiene que proceder de la UCV.

Los problemas cualitativos de la educación superior son de variada índole: estructurales, docentes, investigativos, estudiantiles, administrativos, etcétera. Necesariamente debemos concentrarnos, por razones de jerarquía y prioridad, en los asuntos docentes y su articulación directa a nivel de estudiantes, profesores y medios de enseñanza. Si aún se me pidiese, dentro de esta área, una precisión, me atrevo a seleccionar cinco grandes temas de extrema urgencia:

1. La formación de los profesores instructores.
2. La plétora estudiantil y los ciclos básicos.

3. La reforma estructural del pregrado.
4. El desarrollo del postgrado.
5. La transformación radical de la investigación.

Pero, ¿acaso el Estado no tiene responsabilidad alguna en estas deficiencias cualitativas de la educación superior venezolana?

Desde luego que sí. El Estado venezolano no ha tenido una política educativa sistemática, coherente. A ello hay que agregar los cambios gubernamentales que también trastornan todo, como aconteció con el diversificado, las escuelas técnicas, los ciclos básicos universitarios... que constantemente cambian de un gobierno a otro. Esto no puede seguir así. Tiene que existir una programación a largo plazo y completa, donde participen todos los sectores interesados en la educación: el estudiantado, los profesores y maestros, las universidades y los dirigentes educacionales del Gobierno, entre otros. A partir de allí, elaborar los objetivos estratégicos mínimos acordados por todos y los planes opcionales respectivos. Entiendo que parcialmente se ha querido subsanar esta situación con las denominadas “medidas a corto plazo” propuestas por el Ministerio de Educación recientemente. A estas medidas nosotros les hemos hecho una crítica en ocasión de su discusión en el Consejo de la Facultad de Humanidades y en esta misma revista de la APUC iniciamos, desde el primer número, la discusión sobre dichas “medidas”.

Volvamos a la cuestión cualitativa. ¿Cómo podría diseñarnos algunos elementos concretos del problema de la plétora estudiantil y el ciclo básico?

La solución de la plétora estudiantil no se encuentra en una simple masificación de la enseñanza sin importar un bledo la calidad. Esa es una política equivocada, lamentablemente ejercida por los personeros gubernamentales. Tampoco es dejar las cosas como están y cerrar el ingreso de los jóvenes bachilleres a las universidades, porque ya no hay cupo ni presupuesto, que sería una política

de resignación que aplican las autoridades universitarias. Se requiere urgentemente de una democratización de la enseñanza superior que reduzca al mínimo el desmejoramiento de la calidad. La política de democratización –que no de masificación– implica resolver la plétora estudiantil mediante la selección en las distintas áreas pero sin limitación alguna. Es un absurdo que la educación secundaria produzca cientos de miles de bachilleres y la educación superior no sea capaz de absorberlos en forma adecuada. Esta es la irresponsabilidad más grande en que han incurrido las esferas gobernantes del país. Un ejemplo es la Universidad Nacional Abierta: a golpe y porrazo se piensa encarar a diez mil o más bachilleres, sin poseer la estructura física, profesoral y experimental necesaria. Evidentemente será un fracaso más, como los colegios universitarios, el diversificado, las escuelas técnicas y los tecnológicos, el ciclo básico universitario, etcétera.

En nuestra opinión, esta cuestión de la demanda estudiantil masiva puede encararse por nuestras universidades con un ciclo introductorio básico, radicalmente distinto a los implementados hasta ahora. Los ciclos básicos actuales son muy deficientes y se estructuraron improvisadamente, sin tomar en cuenta los estudios más serios al respecto. Pero eso no significa que la idea sea negativa. Es negativo lo que se ha hecho, por la concepción que privó en los mismos: la concepción tubular de la universidad donde la gente entra en primer año y rígidamente sale al quinto o sexto año de la carrera. Pero esa concepción tubular que ha impuesto la espontaneidad tenemos que erradicarla sustancialmente, porque es absurda en pleno siglo xx y para un país como el nuestro. Necesitamos una concepción de la educación superior que además de enlazar orgánicamente la docencia y la investigación sea capaz de combinar coherentemente los ciclos básicos, el pregrado, el postgrado y la investigación universitaria.

El asunto es cómo planificar ese ciclo básico de modo tal que desde ya pueda resolver por vías, al menos satisfactorias, el tremendo “despelote” que significa la asignación de los preinscritos por el

Consejo Nacional de Universidades. Como se sabe, a esos cien mil o más bachilleres se les asigna a las escuelas y carreras para las cuales menos condiciones y vocaciones tienen. Esto obliga a las universidades a perder el trabajo de por lo menos dos semestres. En el caso de la UCV son diez mil estudiantes cada año, desfasados completamente, que el año siguiente se vuelca en un número gigantesco –casi igual– de repitientes, traslados, reincorporaciones, cambios, equivalencias, etcétera. Llevamos ya más de cinco años con este asunto a cuestas sin que se vislumbre ninguna solución medianamente racional que permita al joven bachiller iniciar con propiedad la carrera de su preferencia y para la cual tiene aptitudes y vocación, sin necesidad de pasar dos años brincando de una a otra escuela o universidad.

La solución para nosotros es una nueva concepción de los ciclos básicos acorde con las tesis contemporáneas de la educación superior del futuro. Ello implica un conjunto de consideraciones, pero podríamos resumir las más importantes para este momento. Puede ser un ciclo básico por áreas: salud, tecnología, ciencias sociales y humanidades, y otras. El número de semestre ideal es cuatro, pero para el área respectiva podría reducirse a dos. Una idea clave de los ciclos básicos: no deben ser profesores de las asignaturas básicas los licenciados recién graduados, como sucede actualmente en las distintas experiencias, por ejemplo, impartiendo Filosofía (u otra materia) sin ser graduados en Filosofía. Todo lo contrario: deben ser los mejores profesores, los de mayor experiencia, justamente, los que trabajan ya en el cuarto nivel, los llamados a encarar la formación universitaria de quienes ingresan por vez primera a la Universidad. Todos los ciclos básicos fracasan –los universitarios como los de los colegios y tecnológicos– porque improvisan con profesores recién graduados. A la par de destruir la vocación profesoral de los jóvenes licenciados, a los que sin ninguna preparación los lanzan al circo de la enseñanza, destrozan toda posibilidad de formación en los jóvenes bachilleres. Eso es igual a colocar las peores maestras para los niños de *kindergarten*:

los destruyen desde el primer momento. Este “educacioncidio” es el que realizan los actuales ciclos básicos. Son los profesores capaces de trabajar en el postgrado (cuarto nivel) los llamados a trabajar en el ciclo básico.

Desde luego, la cuestión se replantea porque, en general, los mejores profesores son pocos, están muy ocupados y la misma edad gravita en ellos contra el exceso de trabajo. Por otra parte, la cantidad de estudiantes es inmensa. Es posible reducir esta cantidad en un reparto equitativo entre los institutos de educación superior según sus presupuestos. Esta limitación se viene haciendo en los últimos años. La UCV –por ejemplo– puede hacer un plan para atender a los diez mil estudiantes anuales con quinientos de sus profesores más veteranos. Esto daría en pocos años resultados portentosos, inimaginables. Además se deben utilizar los recursos audiovisuales y todas las técnicas modernas. En nuestro país se gastan grandes sumas en telenovelas y en traer personajes mediocres del exterior del ámbito extracientífico. ¿Por qué no gastar mínimas sumas en organizar y preparar *videocassettes* con cursos completos por parte de los mejores especialistas tanto nacionales como internacionales? Una biblioteca de *videocassettes* es la mejor contribución a la formación de nuestra juventud, un patrimonio nacional al servicio de todo el futuro, en lugar de gastar millones en el cantante de moda o en las becas gubernamentales. El estudiante va a la biblioteca en el tiempo que quiera, ve y oye la conferencia y, si dispone de un poco de dinero, saca copia de la misma o graba la parte que más le interesa. Por otra parte, los quinientos profesores veteranos preparan sus mejores clases –demandando profundidad de conocimientos con sencillez pedagógica– y estas son sometidas a la crítica constructiva de todos los especialistas de la materia al ver el *videocassette* y hacer las observaciones pertinentes. Este material, por otra parte, es la base fundamental de los cursos de la universidad abierta (a distancia) que, entre paréntesis, debería limitar por ahora su trabajo a los cursos básicos y podría ser una instancia de extraordinaria ayuda a

la educación superior si sus materiales son preparados con el máximo de idoneidad y objetividad científica.

Muy bien. Me parece una idea extraordinaria. Pero, ¿dónde situar el nivel de actividad y de formación de los jóvenes profesores, de los recién graduados que ingresan a la docencia universitaria?

Justamente, los jóvenes instructores cumplen la función no de dar clases y, de pronto, enfrentarse –como si fuese poca cosa– a trescientos bachilleres, sino de discutir con grupos de ellos (aproximadamente de treinta estudiantes), tanto las clases magistrales de los profesores veteranos como explicar el contenido de los *video-cassettes*. En el tiempo de la Renovación, hicimos esa experiencia y nos proporcionó buenos resultados. La cátedra de Epistemología se impartía a todo el estudiantado de primer semestre de Economía en conferencias masivas. Después un grupo de cuatro profesores instructores debatía con los jóvenes bachilleres su contenido fundamental. Lamentablemente, no existían para entonces los medios técnicos mínimos –cuanto más, el grabador del estudiante individual– ni tampoco había cursos de postgrado que contribuyeran a la formación teórica de los jóvenes profesores. Sin embargo, la experiencia fue positiva tanto para estudiantes como para los profesores instructores.

¿Esa es la forma de encarar la formación de los profesores instructores?

Exactamente. De una parte, no tienen que pasar directamente a la clase teórica y van adquiriendo experiencia mediante la discusión con grupos no masivos. Esto les da una gran confianza para afrontar las dificultades de todo comienzo y, al mismo tiempo, pueden suplir al profesor titular en el contacto directo con los estudiantes, en su orientación bibliográfica, etcétera. Si, durante este tiempo –que podría ser aproximativamente de dos años, como una especie de pasantía de su instructoría– realizan cursos de postgrado con

asignaturas de su especialidad teórica y pedagógica, su formación es un hecho práctico innegable.

¿Y cómo concibe, profesor, los estudios de postgrado?

Concibo la UCV y otras universidades autónomas con suficiente experiencia, como los verdaderos semilleros de los cursos de postgrado en Venezuela. Esto no significa en absoluto el abandono del pregrado. Situado este en los límites racionales de los últimos años, perfectamente la UCV puede transformarse en la universidad del postgrado en Venezuela. Desde luego, no en la forma como se realiza hoy.

Hay que estructurar el postgrado de una manera radicalmente distinta a como se realiza hasta ahora, tanto en la UCV como en otras entidades de educación superior. Lo que se hace es una copia grotesca del postgrado estadounidense que, por cierto– es abiertamente criticado hoy en todo el mundo, salvo –quizás– en las ramas tecnológicas que por razones conocidas imponen su positividad. En los EE.UU., el postgrado no es sino una simple extensión del pregrado, por cierto, reconocido como muy deficiente; apenas proporciona el bachillerato universitario que está por debajo de nuestra licenciatura. Un título de licenciatura nuestro, en general, equivale a la maestría estadounidense –al menos así lo reconocen las universidades europeas–; sin embargo, aplicando mecánica y dogmáticamente el sistema estadounidense, nuestro postgrado imparte una maestría y un doctorado que no se corresponden ni con la realidad nacional ni con el nivel internacional.

En el sistema estadounidense de postgrado hay exceso de escolaridad. Además hay exámenes con notas cuantitativas y no cualitativas que realmente constituye un ridículo que nosotros apliquemos aquí como si quisiéramos esforzarnos en mostrar nuestra servidumbre cultural con los nortños. En Europa no existe –no podría existir– nada de eso. Pongamos el ejemplo de Francia. Lo fundamental que se examina

es la tesis de maestría o de doctorado. A los cursos se asiste –según las instrucciones del tutor– y se participa nada más. La directriz metódica implica favorecer todas las instancias que faciliten una tesis original tanto a nivel de maestría como de doctorado. Aquí no. Mostrando una servidumbre residual con el sistema estadounidense –que por otra parte se justifica por la insuficiencia de su pregrado– exigimos escolaridad y puntuación de uno a veinte.

Semejante postración ideológica ante el modelo estadounidense no se puede explicar sino a partir de la ideología capitalista neocolonial que domina en nuestras universidades.

Si transformamos el postgrado, si las universidades principales (la UCV y demás) devienen grandes universidades de postgrado, daremos un salto cualitativo en nuestra educación superior. Desde luego, que la UCV desarrolle el postgrado no implica una subestimación del pregrado, sino simplemente mantenerlo a los niveles en que se ha reducido en los últimos años por las exigencias de la congelación presupuestaria.

Y ¿qué hacer en el pregrado?

Allí hay mucho por hacer: modificar radicalmente sus estructuras de funcionamiento. Las escuelas que no cambiaron sus *pensa* de estudios durante la Renovación deben hacerlo. Aún más: ya es tiempo de pasar revista a los *pensa* de la Renovación y, según la experiencia, transformarlos en atención a las nuevas condiciones, tanto nacionales como internacionales. Ejemplos de esta actitud es el nuevo plan de estudios de la Escuela de Filosofía –la renovación de la Renovación– que debería ser seguida por el resto de escuelas universitarias.

¿Piensa usted que de esta manera superaríamos las deficiencias que se detectan en la educación superior?

Desde luego que sí. Una nueva concepción de la educación superior a tono con el progreso del país y las implicaciones internacionales

exige un cambio radical de actitud. Al lado de los cuatro problemas descritos existen otros más, sobre la cuestión de la docencia y la investigación en la universidad. Se pide, pues, hacer un diagnóstico de la situación actual y formular alternativas viables. Estas soluciones deben proyectarse de la manera más seria, rigurosa y democrática posible, dándoles participación a todos los sectores involucrados.

¿Qué futuro le ve usted a los colegios universitarios, institutos tecnológicos, etcétera?

El problema no es el futuro sino el presente: la forma improvisada y espontánea como se trabaja allí. Su existencia es la muestra más palpable del “educacionismo” existente en el país. No se comprende cómo los organismos responsables de esta situación no puedan fría y racionalmente darse cuenta del mal que ocasionan. Los proyectos están bien diseñados –si usted estudia los de la UNA, los tecnológicos– pero la falta de consistencia práctica los conduce inexorablemente al fracaso. Usted habla con quienes trabajan allí y ellos no tienen empacho en aceptar que se trata del “despelote” del siglo: mezcla de improvisación y negligencia solo explicable por la acelerada pasión de los “petrodólares”. No se trata allí –como en las universidades– de un desmejoramiento de la calidad, sino de una situación realmente crítica. Es necesario formular urgentemente políticas que saneen de manera racional las condiciones y las estructuras de funcionamiento de estos institutos de educación superior.

¿Y qué de la investigación?

Justamente, este es el problema central. Emito opiniones ligeras aquí motivado por las interrogantes periodísticas. Pero ellas no tienen sino una validez ideológica. Hace falta un análisis científico serio de la educación como problema sociopolítico fundamental de la Venezuela contemporánea. ¿A quién corresponde esta responsabilidad? No puedo eludir la respuesta: a nuestra Facultad, a nuestra universidad.

Si queremos transformar la investigación que actualmente se realiza en la UCV tenemos que comenzar por el principio: por ejemplo, toda la investigación de la Facultad de Humanidades –amén de otras– debe centrarse en la crisis educativa actual que vive el país. No solo todos los institutos de Humanidades –que son muchos– sino también las escuelas –especialmente la de Educación– deberían centrar su investigación sobre esta cuestión concreta de la educación. De este modo, en pocos años, podríamos presentar al país varias tesis y libros con soluciones alternativas al asunto de la educación venezolana. Esto no se hace y es lo que debería hacerse. Es una responsabilidad universitaria. Es la verdadera defensa de la universidad autónoma contra las acechanzas de sus enemigos seculares.

8. Sobre renovación e ideologías universitarias¹¹

8.1. *¿Qué es la universidad?*

Hablar de la ideología en la universidad impone los más variados enfoques de esta problemática fundamental. No queremos referirnos, en esta oportunidad, ni al contenido de las ideas universitarias, ni a la historia de la lucha de ideas en nuestro país, especialmente vinculada a las universidades. Hay dos límites que nos hemos impuesto: la actual crisis universitaria venezolana y la temática ideológica sobre el problema universitario. De este modo, metodológicamente, encaramos la ideología universitaria a partir del presente histórico y en torno a la problemática universitaria propiamente dicha. Abordar la cuestión de la pugna ideológica universitaria se nos transforma a todos en una tarea urgente, ahora cuando de nuevo los aires de la renovación transitan los caminos universitarios.

11 Tomado del Suplemento de Cultura de *Últimas Noticias*, Caracas, 30 de noviembre de 1975.

La denominada crisis de la universidad y la educación venezolanas se incrusta en las luchas sociales objetivas, tanto nacionales como internacionales. No es el empeño de grupos o personas –como la ideología reformista pretende presentárnosla– sino que es expresión de la coyuntura actual que vive el sistema capitalista a escala mundial y de la crisis superestructural que sacude al país. Desde luego, esta crisis de la universidad venezolana no puede analizarse solo bajo el prisma de la lucha ideológica; ella debe incorporar al mismo tiempo el elemento político y el instrumento científico presentes en las relaciones teorico-prácticas de la vida universitaria. Lamentablemente nuestra voluntaria restricción nos obliga por ahora a referir la cuestión ideológica, dejando para otra oportunidad los problemas de la práctica política y de la teoría científica.

¿Qué es la universidad? En un país capitalista neocolonial como Venezuela, la universidad cumple funciones de “aparato ideológico de Estado”. Su papel objetivo –independientemente de la lucha ideológica– es contribuir a elaborar, fundamentar y difundir la ideología de las clases dominantes en nuestro país: burguesía financiera internacional, alta burguesía monopólica criolla, etcétera; las estructuras económicas, políticas e ideológicas útiles para el capitalismo monopolista, que busca afanosamente nuevas formas de acumulación de capital a través del gigantesco papel económico del Estado. Desde luego, la universidad no construye esta ideología de las clases dominantes en forma mecánica, individual, subjetiva –como pretende el neopositivismo– sino en forma histórica, dialéctica, objetiva. En la propia universidad se genera también la antiideología, la ideología de los explotados, como en todo el país, pero especialmente vinculada a las explicaciones científicas de la explotación económica, de la opresión política y de la dominación ideológica que ejerce el sistema capitalista. Pero esta antiideología, esta ideología de los oprimidos, no se impondrá ni en el país ni en la misma universidad hasta que no triunfe definitivamente la revolución socialista en nuestra patria.

Por eso la universidad es escenario obligado de la lucha ideológica y cultural de las clases sociales en lucha.

8.2. La universidad tradicional

Tanto las fuerzas vinculadas al gobierno y a las clases dominantes como el movimiento revolucionario y de avanzada criticamos la vieja universidad. Su estructura y funcionamiento están en contradicción con sus fines en una sociedad como la venezolana. La universidad venezolana actual no satisface ni a una ni a otra fuerza histórica; no responde a los nuevos intereses de la burguesía monopolítica internacional y nacional que busca afanosamente nuevos modelos de acumulación de capital, ni tampoco ella es expresión de las posibilidades teóricas e ideológicas de las fuerzas revolucionarias en su combate por conquistar un diagnóstico científico de la realidad nacional que haga factible que la teoría se incruste en la práctica.

Para la reacción, la universidad no se “moderniza”, está retrasada respecto al “progreso” general del país y los avances científicos y tecnológicos. La universidad –según los sectores gobernantes– debe transformarse en una institución eficiente en la formación de cuadros y técnicos del sistema capitalista neocolonial imperante. Planean, en consecuencia, un modelo neocolonial de universidad: calco mecánico del exterior, desarrollo de una cultura ocoista, imposición del departamentalismo yanqui, en fin, transposición de los célebres *colleges* anglosajones... en suma, un proceso de “modernización” refleja procedente del imperio.

Para la revolución, la universidad tiene una vida tradicional y pasiva; sirve fiel y espontáneamente los intereses del sistema capitalista dominante, en consecuencia, es fácil presa de los planes “modernizadores” de la reacción y el imperio. De allí, justamente, la necesidad urgente de la renovación universitaria para transformar

sus estructuras de funcionamiento, para impulsar un movimiento crítico e impugnador en su seno; en fin, para oponerse frontalmente a la ideología dominante y proyectar la potencialidad de la cultura nacional y de la ideología socialista y revolucionaria. Genera un modelo propio que no proceda ni de Moscú, ni de Pekín.

8.3. La tesis de la renovación

En realidad, la universidad no puede escapar de ser campo propicio para el debate ideológico contemporáneo. Entre las más variadas posiciones, concepciones y modelos de la universidad se enfrentan en el fondo la ideología dominante en el país, el reformismo capitalista neocolonial, y la ideología de las clases y sectores revolucionarios, la tesis del socialismo revolucionario. El reformismo capitalista neocolonial promueve una universidad como aparato ideológico de Estado, capaz de estar al servicio de sus planes desarrollistas y de modernización refleja. Sabemos que las viejas estructuras y cuadros de la empresa pública y del Estado venezolano no están en consonancia con las exigencias y modalidades del capitalismo contemporáneo. En consecuencia, se le exige a la universidad su eficiencia a los problemas del país sin atacar la raíz capitalista del modo de producción imperante. Esta función la cumple pasivamente la universidad. Se le pide ahora que lo haga activamente, según las nuevas formas de acumulación de capital planteadas para Venezuela, en el cuadro general de la actual crisis del capitalismo.

La ideología del socialismo revolucionario, por el contrario, plantea la necesidad de una renovación de la universidad y no una revolución, para que la universidad se transforme en un instrumento colaborador de las fuerzas socialistas y revolucionarias. No es posible una revolución en la universidad, porque como institución está supeditada a las estructuras estatales existentes. Solo es posible una reforma estructural, que bajo el nombre de Renovación

ya ha hecho historia en las lides universitarias recientes. Las tesis socialistas para la universidad implican que habrá siempre luchas y más luchas ideológicas en el marco universitario. Porque la lucha ideológica es la forma peculiar de manifestarse las diatribas políticas en la universidad. Esto significa luchar por una nueva universidad en Venezuela, pero no según los designios de la conciencia neocolonial que aspira a trasplantar mecánicamente modelos extraños, sino según los objetivos nacionalistas y socialistas de nuestro pueblo. Desde luego, estamos plenamente convencidos de que la creación plena de la nueva universidad solo será posible en forma definitiva con el triunfo de la revolución socialista.



12. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
EL RECTOR BIANCO HABLA EN REUNIÓN CON LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA

Sabemos ya que en el pasado el carácter impugnador del proceso de Renovación trajo consigo el allanamiento y la intervención politiquera del Gobierno. Pero, a diferencia de otras intervenciones gubernamentales, y habiendo sido esta la más profunda y permanente, incluso acompañada con la modificación de la Ley de Universidades y

la pérdida de la autonomía conquistada por las luchas del 58, significó un desenmascaramiento del Gobierno y de las fuerzas de un partido político en la Universidad, al punto de tener que dar marcha atrás a sus designios iniciales. Esto significa que la Renovación universitaria hirió seriamente al sistema. Obligó a la reacción y al Gobierno a desenmascarse en su política universitaria, utilizando métodos antiautonómicos, represivos, politiqueros. La lucha renovadora llevó la lucha de clases a uno de los aparatos ideológicos del sistema capitalista dominante.



13. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
TITULARES DEL DIARIO *ÚLTIMAS NOTICIAS*, DE LAS FECHAS 29 DE OCTUBRE DE 1969 Y
1 DE NOVIEMBRE DE 1969

8.4. La lucha por la autonomía universitaria

Pero el Gobierno, para enfrentarse al movimiento renovador de la Universidad, tuvo que quitarse la careta "autonomista". Como es conocido, AD desde el Gobierno adversaba la política autonomista

mientras que Copei levantaba estas banderas. Pero bastó que Copei llegase al poder para que se viese obligado, en alianza con AD desde el Congreso, a modificar la Ley de Universidades, conquistada en diciembre de 1958 por el movimiento universitario de profesores y estudiantes. Se inició así, a partir de 1970, un proceso de castración de la autonomía universitaria, después verificada con la expulsión de profesores renovadores, la intervención militar en el *campus* universitario y la destitución de sus autoridades electas libremente. Este proceso antiautonómico prosigue con el actual Gobierno de CAP-AD. Especialmente se manifiesta en las limitaciones que el Consejo Nacional de Universidades pretende imponer a las universidades nacionales, especialmente en lo relativo al incremento y la administración de sus presupuestos.



14. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.

TITULARES DEL DIARIO *ÚLTIMAS NOTICIAS*, DE LAS FECHAS 29 DE OCTUBRE DE 1969 Y 1 DE NOVIEMBRE DE 1969

Posteriormente a la intervención de 1970 el Ejecutivo Nacional nombró a un grupo de personalidades universitarias, con representación del sector autonomista, encargadas de redactar un nuevo estatuto autonómico para las universidades nacionales. Pero en los últimos años el movimiento autonómico no ha hecho sentir sus demandas de rescate de la autonomía universitaria. Ahora, cuando de nuevo se inicia el proceso electoral para nombrar a las autoridades rectorales, es la oportunidad para impulsar un amplio movimiento democrático por la nueva ley de universidades autonómica, que incorpore a estudiantes, profesores y trabajadores de las universidades nacionales. La transformación del movimiento estudiantil y su nueva organización así lo exigen. La sindicalización del movimiento profesoral, en mancomunidad con maestros y profesores de secundaria, también. Las fuerzas de los trabajadores en sus luchas por elevar los salarios y contra el alto costo de la vida se unirá a este movimiento por la autonomía y la renovación universitaria.

8.5. Un movimiento por la autonomía y la renovación universitarias

El momento político exige hacer realidad este movimiento por la autonomía y la renovación universitaria, como síntesis ineludible entre los objetivos estratégicos y tácticos de las fuerzas universitarias democráticas y revolucionarias. La táctica más elemental de este movimiento consiste, de una parte, en exigir una ley autonómica de las universidades nacionales, oponiéndose a la ley antiautonómica vigente; por la otra, impulsar un movimiento racional y democrático por la transformación de las actuales estructuras de funcionamiento de nuestras universidades.

Los objetivos de la reacción del Gobierno que lo representa seguirán siendo: paralizar el proceso renovador, neutralizar el papel de las fuerzas de izquierda en las universidades, en fin, trabajar para

un mayor control de los puestos claves para el dominio ideológico en las universidades. Los medios más idóneos son los antiautónómicos permitidos o no por la *Ley de Universidades* vigente. El movimiento por la autonomía, por la Renovación universitaria, tiene que plantearse como objetivo central la construcción de un poderoso movimiento de profesores, estudiantes y trabajadores por la autonomía y la renovación universitaria. En este objetivo tiene que derrotar los planes electoreros de AD-Copei, lograr un clima de elecciones democráticas, continuar la lucha contra el intervencionismo gubernamental en la UCV, etcétera. En el desarrollo creador de esta táctica se abrirán las puertas al ejercicio de una lucha ideológica de fondo contra las tesis principales de la ideología dominante en nuestras universidades. La ampliación de la autonomía significa la posibilidad de impulsar con más fuerza al movimiento renovador, como instrumento crítico e impugnador, que, al enfrentarse a la ideología dominante del sistema, proyecta la potencialidad de la cultura nacional y de la ideología socialista y revolucionaria.

Anexo 1

Reestructuración democrática de la universidad

1. Objetivos mínimos para una política de transformación de la universidad¹²

1.1 Programa mínimo de transformación

Está planteada una urgente evaluación de los recursos humanos y materiales, de la organización y administración, del proceso de actividad en los últimos años y de la actuación del equipo rectoral actual de la UCV. Todo ello con la finalidad de determinar con precisión y sinceridad el alcance y contenido fundamentales de una política de transformación académica y administrativa de la UCV. Esto implica una planificación a corto, mediano y largo plazo de las actividades docentes, de investigación, de extensión y administrativas en las distintas escuelas, institutos, facultades y demás dependencias, conforme a las disponibilidades reales y a las exigencias del desarrollo del país. Particularmente importante es realizar de inmediato un estudio exhaustivo y objetivo de toda la gestión administrativa y académica cumplida con la finalidad de precisar las implicaciones que tal actuación tiene para el próximo período rectoral.

¹² Caracas, junio, 1981 (N. del E.).

Esta política de transformación de la universidad no puede realizarse arbitraria ni autoritariamente, sino a partir de la más amplia discusión, consulta y participación de los sectores que integran la comunidad universitaria. El ejercicio democrático de la autonomía –como señalamos al comienzo– es la única garantía de una reorganización transformadora de las estructuras de funcionamiento de la universidad. Esto implica establecer una política racional relativa a espacios, matrícula y medios de enseñanza que permita alcanzar una dimensión óptima de las escuelas y facultades y un incremento de la actividad creativa en los institutos. También es necesario aumentar las relaciones funcionales entre las diversas dependencias centrales de la Universidad con el objetivo de modificar su estado actual y conquistar una verdadera unidad orgánica de trabajo y creación. Habrá, además, que fomentar las relaciones con las otras estructuras universitarias, extrauniversitarias e internacionales en materia cultural, humanística y científica.

A continuación enumeramos un conjunto de objetivos mínimos para esta política de transformación de la UCV:

A. Objetivos académico-docentes

1.1. Desarrollo de planes integrales que aseguren la unificación real de la investigación y la docencia, como actividades complementarias fundamentales del profesorado.

1.2. Promoción constante de medidas que eleven la calidad de la docencia, especialmente aquellas dirigidas a la modificación de los *penso*, programas y cursos flexibles en correspondencia con las exigencias de una mayor idoneidad profesoral.

1.3. Unificación de la investigación sobre la base de planes multidisciplinarios capaces de analizar, en un largo período, una común región de objetos de nuestra formación social capitalista.

1.4. Transformación cualitativa y estructural de los cursos de postgrado en relación directa a la investigación internacional y nacional. Que la tesis de grado sea un exponente real de la elevación del nivel humanístico, científico y tecnológico de la universidad.

1.5. Implementación urgente de una política de formación profesoral, especialmente sobre la metodología de las ciencias sociales y humanas, que faciliten su capacitación pedagógica. Proporcionar amplias facilidades para el perfeccionamiento en el exterior, persiguiéndose la permanencia de nuestros mejores egresados y jóvenes profesores becarios en centros de reconocido prestigio internacional.

1.6. Reglamentación especial, programación racional y realización ecuaníme de los mecanismos de tutoría y defensa de los trabajos de ascenso, en forma tal que el progreso del profesorado en el escalafón universitario sea, a su vez, exponente de un mayor avance cualitativo de nuestra investigación.

1.7. Promoción de una reglamentación que asegure, al menos cada cuatro años de docencia ininterrumpida, el derecho del profesor a la investigación y elaboración de su trabajo de ascenso, como parte de una política más amplia y profunda que asegure la unidad por área del profesorado que labora administrativamente separado en escuelas e institutos.

1.8. Mejorar progresivamente los sistemas de selección del profesorado para el ingreso en la facultad; de tal manera que este personal sea expresión de una mayor actividad, competencia y creatividad, a la vez que dicha selección se realice en forma totalmente imparcial y que en ella priven exclusivamente las motivaciones de tipo académico y profesional y no las preferencias de grupos o partidos.

B. Objetivos político-administrativos

2.1. Defensa de la autonomía y participación democrática de la comunidad universitaria en las políticas de transformación permanente y cualitativa de la Universidad.

2.2. Transformación urgente de los organismos de gobierno universitarios en todos los niveles, que, además de atender la cotidiana labor administrativa y burocrática, sean capaces de analizar y discutir políticas de reestructuración docente, investigativa y de extensión.

2.3. Asegurar que la toma de decisiones de los cuerpos de gobierno universitarios se realice objetiva y democráticamente, con una reducción al mínimo de las presiones amiguistas, grupales, politiqueras y subjetivas.

2.4. Garantizar, al menos anualmente, la reunión del claustro universitario y semestralmente la asamblea de la facultad, donde las autoridades presenten cuenta de su gestión, como parte de una memoria completa al final de su período lectivo. Idénticas exigencias deben plantearse para los directores de escuelas e institutos ante sus respectivas asambleas o reuniones del profesorado de planta y de los representantes estudiantiles.

2.5. Asegurar que las medidas de carácter administrativo y burocrático no dependan para su realización tan solo de los funcionarios administrativos, sino fundamentalmente del equipo de gobierno de la Universidad: autoridades rectorales, decanos, directores, etcétera.

2.6. Facilitar consultas periódicas a los organismos gremiales de profesores, estudiantes y trabajadores para cualquier reforma de importancia que se intente instrumentar en la Universidad, mediante reuniones periódicas con estos, donde opinen sobre la actividad general de la Universidad.

C. Objetivos económico-gremiales

- En relación al profesorado

3.1. Transformación paulatina de la APUC no solo en un organismo de defensa gremial del profesorado sino de impulso y elevación de sus luchas políticas e ideológicas por una universidad autónoma y democrática al servicio de una sociedad venezolana más justa. Facilitar ayuda a la creación del Centro de estudios de la problemática universitaria (CEPU).

3.2. Lucha permanente por un aumento escalonado de sueldo en correspondencia con la inflación y el descenso del salario real. El alza del costo de la vida en el área metropolitana de Caracas en 1980 y prevista para 1981 no bajará según todas las previsiones, de veinticuatro por ciento anual.

3.3. Incorporar el mayor número de profesores con más de cinco años en la Universidad a dedicación exclusiva, previo estudio detallado en el Consejo de Escuela correspondiente, para satisfacer en esa forma las crecientes necesidades de enseñanza y de investigación que demanda nuestra Universidad.

3.4. Propugnamos la implantación de un conjunto de medidas que permitan a nuestro profesorado desempeñar sus labores en un ambiente exento de dificultades materiales (cubículos, bibliotecas, sistema de fotocopias, *offset*, etcétera), que permita el aumento del rendimiento y la elevación de la mística universitaria.

3.5. Mejorar la programación del uso del año sabático y de la beca-sueldo, de manera que las preferencias grupales o privilegios personales o el uso exagerado del año sabático (más de un año) no lesione los intereses legítimos de todos y cada uno de los profesores de la Universidad.

3.6. Promover la ampliación del régimen de protección social del profesorado, defendiendo su estabilidad. Rechazamos enérgicamente

todo tipo de persecución ideológica o política, externa o interna, del profesorado.

3.7. Lucha por la modificación del reglamento de ascenso y escalafón universitario, a fin de dividir el ascenso del profesorado en sus aspectos administrativos (años en servicio) y académicos (trabajos de ascenso), distribuyendo equilibradamente los aumentos económicos respectivos.

- En relación a los estudiantes

3.8. Ampliar, administrar rigurosamente la política de becas estudiantiles de manera que se logre cubrir totalmente el número de alumnos que requieren protección social. La educación gratuita no llega a ser efectiva si no se atiende a este requerimiento.

3.9. Diagnóstico, para su ampliación y desarrollo, de los actuales servicios de orientación educativa, de protección social, de asistencia médica y odontológica, librería y biblioteca, laboratorio clínico y farmacia, comedores y residencias estudiantiles, transporte y oficina de empleo, asesoría jurídica y demás beneficios que la Universidad debe ofrecer al estudiantado.

3.10. Transformación del papel de OBE en la facultad y desarrollo masivo de actividades editoriales, culturales y deportivas, organizada y dirigidas por los estudiantes, con el necesario estímulo institucional, mediante recursos materiales y humanos aportados por la universidad.

- En relación a los empleados y trabajadores

3.11. Garantizar la estabilidad y luchar por el aumento escalonado de sueldos y salarios en proporción al alza del costo de la vida y el descenso del salario real de los trabajadores y empleados de la Universidad.

3.12. Propiciar la participación en programas de mejoramiento para el adiestramiento y la actualización de dicho personal en las labores del sector administrativo o de la facultad.

Anexo 2

Proyecto de transformación de los estudios de filosofía¹³

1. Introducción

El problema del ingreso a la Escuela de Filosofía de la UCV y, en general, a los estudios filosóficos en Venezuela, genera en los últimos años un serio desfase estructural para el aprovechamiento positivo de dichos estudios por estudiantes y profesores. Aparte de la crisis general que atraviesa la educación, y en especial la educación superior, los estudios de Filosofía han sido impactados por el sistema de preselección de los inscritos a través del CNU. Mientras en el pasado, con menor número de alumnos, todos sin embargo aspiraban a tener vocación para la Filosofía, ahora, se trata de una clientela estudiantil que abarcando más de la mitad de los estudiantes que ingresan anualmente, no poseen en absoluto vocación ni aptitud para la Filosofía. ¿Cómo encarar esta situación tan dramática que vive la Escuela?

Por un lado, la problemática del ingreso debe analizarse en el marco general de la educación superior y el significado que tienen los estudios de Filosofía en la misma. En consecuencia, el problema del ingreso no puede separarse de las cuestiones relativas al egreso: ¿qué licenciado en Filosofía requiere el país? ¿Cuál es su mercado real

13 Caracas, septiembre, 1978 (N. del E.).

de trabajo? ¿Qué futuro tiene la filosofía en un país como Venezuela? Son algunas de las interrogantes elementales. Por otra parte, los problemas del ingreso y el egreso reaccionan sobre la propia estructura de los *pensa* actuales y los mecanismos docentes puestos en movimiento para su realización. Por tanto, las interrogantes actuales del ciclo básico y del ciclo electivo (programación anual, idoneidad profesoral, material de apoyo, etcétera) tienen una incidencia directa con la problemática del ingreso, especialmente si aspiramos a una mejora radical de la calidad de la docencia.

Así mismo, no podemos proponer tan solo un conjunto de soluciones estratégicas que no se compaginen con los reglamentos y leyes vigentes. Si bien estos ideales de transformación son necesarios para el desarrollo permanente de una conciencia crítica –tan inherente a la filosofía– necesitamos acompañar de un conjunto de medidas tácticas inmediatas dentro del cuadro legal existente, capaces de ir modificando el estado general de los estudios de Filosofía, no solo en Caracas sino en todo el país. En esa perspectiva, proponemos un paquete global de proposiciones que pretenden abarcar el conjunto del problema, dentro de los cuales destacaremos aquellas medidas inmediatas susceptibles de realización.

2. La cuestión del egreso

El futuro de los licenciados en Filosofía sigue siendo la cuestión clave que domina, como en la mayoría de los países del mundo, al tipo de estudiante que concurre a la Escuela. Como otras carreras humanísticas, la filosofía aparece desasistida de demandas materiales para su desarrollo. Ello implica una toma de conciencia estratégica para conducir los estudios filosóficos. Por otra parte, el gremio existente en el país se mantiene desorganizado. Ni hay una ley que regule la profesión, ni existe un organismo nacional de los licenciados en Filosofía que luche por las reivindicaciones profesionales del

gremio. Independientemente de esta organización, la Escuela y los organismos de filosofía en general, deben desarrollar planes y programas que permitan una vinculación más estrecha de la filosofía con la sociedad venezolana, que debe comenzar por explicar a la población el significado cultural de la filosofía para una formación científica y humanística. Todo esto, al realizarse, redundará indudablemente en una mejor adecuación de la filosofía con el desarrollo general de la sociedad venezolana.

Numerosas iniciativas están planteadas en esta dirección. Pero pensamos que son factibles dos proyectos muy concretos. De una parte, que la Escuela desarrolle su propia política de extensión universitaria, llevando la filosofía a liceos y centros de cultura popular; de la otra, en lo interno, hacerle publicidad e instrumentar los planes para realizar la Licenciatura en Filosofía, mención Educación.

2.1. La política de extensión

El lugar que ocupa la filosofía en el marco de la cultura y educación nacional debe ser difundido ampliamente. El receptor directo más indicado es la clientela estudiantil de secundaria; aunque no debe descuidarse a la intelectual en general, con inquietudes culturales, especialmente los profesionales y especialistas. Una somera explicación acerca de la filosofía y su papel en el mundo contemporáneo permite comprender su lugar y función en la cultura y educación nacional. Tanto el movimiento estudiantil, a través del trabajo cultural (teatro, música, cine, etcétera), como especialmente el profesorado, están comprometidos para una política de extensión que haga intervenir la filosofía con mayor fuerza en la vida cultural y universitaria del país. En forma concreta, proponemos que anualmente los profesores del área dicten charlas sobre la filosofía y la necesidad de los estudios filosóficos en Venezuela en los liceos y centros sociales y culturales, tanto en la capital como en el interior. La dirección de la Escuela

puede perfectamente planificar esta actividad e instrumentarla con los planes de extensión que lleva a cabo la facultad. Así se aseguraría la solución a los problemas materiales que implica semejante iniciativa.

2.2. Licenciatura en Filosofía, mención Educación

Desde 1978 se aprobó un proyecto, común a la Escuela de Filosofía y la Escuela de Educación, mediante el cual se aprovecharían los treinta (30) créditos extrafilosóficos del *pensum* de Filosofía para recibir igual número de créditos en asignaturas de la Escuela de Educación, de modo tal que permitiera al graduado en Filosofía hacerlo bajo la mención Educación. Los acuerdos entre las dos direcciones de Escuela, las asignaturas respectivas y la disposición por parte de Educación están esperando desde entonces al estudiantado de Filosofía, que en aquel entonces había luchado por ese objetivo.

Hoy la nueva Ley de Educación recién promulgada es taxativa en cuanto a la obligatoriedad de haber visto asignaturas educativas para tener licencia de profesor y dictar clases en los institutos de secundaria y afines. El desarrollo de esta alternativa es fundamental actualmente cuando la mayoría de nuestros graduados no tienen asegurada una fuente de trabajo tan importante como la docencia en secundaria. Proponemos que se edite un folleto explicativo de las asignaturas, tanto filosóficas como educativas, para que el estudiante que lo desee pueda graduarse como licenciado en Filosofía, mención Educación.

3. Los problemas de la escuela regular

Evidentemente que un ingreso desfasado, que no responda a las exigencias específicas de los estudios de Filosofía, es una premisa indispensable para tipificar las causales de las deficiencias actuales de la Escuela. Pero esta, con su actual estructura de funcionamiento,

con los *pen*sa, programas y profesores existentes, constituye así mismo un elemento que debemos saber valorar. Desde luego, el actual *pensum* de estudios tiene apenas unos tres años de aplicación regular. Algunos de sus requisitos no han sido aplicados idóneamente. Como se planteó en la reunión de profesores, no se trata de examinar de nuevo el problema teórico del plan de estudios y enfrascarnos, una vez más, en una polémica interesante. Se trata más bien, de examinar con sinceridad las deficiencias actuales, el desfase entre el plan de estudios teóricos y la realidad de su ejercicio práctico, pasar revista a la experiencia de su aplicación; en fin, someter a una primera crítica global los problemas normales del funcionamiento de la Escuela.

Como todos sabemos, la estructura de funcionamiento del plan de estudios incluye fundamentalmente un Ciclo Básico (los primeros dos semestres) cerrado y obligatorio y un Ciclo Electivo (los otros semestres) abierto y voluntario. Cada uno de estos ciclos tiene sus problemas propios. Vamos a tratar de señalar los más importantes.

3.1. El ciclo básico

La aplicación del nuevo plan de estudios a partir de 1978 hacía hincapié en instrumentar fehacientemente el ciclo básico; considerando, en cierto modo, como la clave del desarrollo posterior de la docencia de la Escuela. Como todos sabemos, en la práctica no ha sido así. De allí las fallas existentes actualmente.

Está planteada una revisión de los programas de cada una de las asignaturas del ciclo básico: Historia de la Filosofía I y II, Filosofía Teorética I y II, Filosofía de la Praxis I y II, Lógica y Metodología I y II. Recuérdense que estos programas fueron los únicos discutidos y aprobados por el Consejo de Escuela, después de varios meses de trabajo. Indudablemente, con la experiencia actual, es posible en cada departamento promover una discusión que culmine con

nuevos proyectos de programas para cada una de estas materias. La idea central es reducir un poco el número de problemas y tratar de conectarlos entre sí, de manera que el estudiante no se vea abrumado por materiales y lecturas en cada asignatura que no es capaz de solventar eficientemente. Otra idea importante es revisar hasta qué punto se está cumpliendo con la máxima acordada anteriormente de que sean los profesores con mayor experiencia en la escuela quienes atiendan los cursos básicos, prestándoles toda la ayuda posible a nivel de profesores instructores y estudiantes preparadores.

El problema de los preparadores es muy importante. Hasta ahora –y muy recientemente– la Escuela cuenta con ocho partidas, dos por departamento. Desde luego, esto es insuficiente. Lo mínimo aceptable para organizar y coordinar un trabajo idóneo son cuatro preparadores por departamento. Esto permitiría que los mejores alumnos de los últimos años realicen en la práctica una labor que contribuya al inicio de los estudios filosóficos para los estudiantes que apenas comienzan.

Esta actividad de los preparadores no puede desarrollarse plenamente si no se cuenta con materiales de lectura organizados y editados para cada uno de los estudiantes. Mediante textos de lectura obligatoria impresos, la organización de grupos de trabajos coordinados por los preparadores debe proporcionar un óptimo resultado de aprendizaje.

3.2. El ciclo electivo

También acá confrontamos diversos problemas. Cada vez es más evidente la necesidad de una programación bianual, o al menos anual, por departamento. Esto significa que las materias electivas acordadas por los profesores no respondan a la espontaneidad individual sino que formen parte de un plan orgánicamente estructurado. De esta manera se podría coordinar en cada departamento una cierta

secuencia teórica en la programación de las asignaturas. Esto puede permitir una actividad más rica y calificada en los cursos y seminarios que se ofrezcan.

Por otra parte, el nuevo *pensum* había previsto el desarrollo de los talleres, como seminarios de más de dos semestres y con más de un profesor, donde la relación profesor/alumno asumiera caracteres menos formales y se pudiera compartir la actividad investigativa en un proceso constante de discusión y creación. Estos talleres no han podido estructurarse hasta hoy. Su inmediata implementación es una exigencia insoslayable para la Escuela. Permitiría que la polémica entre las diversas tendencias presentes asuma formas abiertas con la máxima participación de todos en foros y seminarios. Desde luego, una primera fase de los talleres y seminarios son las lecturas de textos, previstas para los primeros semestres, inmediatamente después del ciclo básico. Las lecturas de textos por departamentos implica la enseñanza a cada alumno de la forma de leer, tomar notas y organizar conceptualmente el material bibliográfico: una metódica indispensable de todo proceso investigativo. La Escuela requiere planificar y organizar exhaustivamente los programas de lecturas de textos, como preseminarios que introduzcan a los alumnos en la investigación filosófica.

Finalmente, también estuvo previsto en el nuevo plan de estudios la diversificación del Trabajo de Grado. Concretamente se hace referencia a tres nuevas formas, además de la tradicional (el trabajo monográfico escrito). Son pocas las experiencias de ejercicio de estas nuevas formas.

Se requiere por parte de la Dirección de la Escuela el estímulo a ellas, para poder tener elementos concretos que nos permitan valorar su efectividad. En todos estos problemas gravita con fuerza la cuestión de la investigación. Todo lo cual significa que las estructuras de funcionamiento de la Escuela deben articularse tanto con el Instituto de Filosofía como con las diversas bibliotecas existentes

en la universidad, tratando de modernizar y poner al día el material bibliográfico correspondiente.

4. Postgrado, investigación y formación de profesores

Un salto cualitativo en el desarrollo de los estudios filosóficos en el país implica, en la actualidad, un plan orgánico que pueda articular nacional y universitariamente la investigación, el postgrado y la misma formación profesoral, especialmente a partir de los profesores instructores. Hasta ahora, el proceso de investigación filosófica ha sido espontáneo e individual, según las exigencias personales de cada quien. Correspondió a una época que ha dado sus frutos a la cultura del país. Pero la situación hoy es completamente distinta. Necesitamos:

- La unificación orgánica y planificada de la investigación filosófica, a partir del área común que hoy comparten escuelas, institutos y departamentos de Filosofía.
- Diseñar y realizar cursos de postgrado, especialización y extensión que respondan a la realidad filosófica del país y al papel de la filosofía en la cultura nacional.
- Desarrollar, además de lo anterior, programas especiales de formación del profesorado universitario de Filosofía. Con semejantes metas a largo plazo, indudablemente cosecharemos éxitos en la mejora de la calidad de la docencia y la investigación.

La división entre docencia e investigación no tiene sentido en la universidad y menos aun en el área de Filosofía. Un plan orgánico que coordine estrechamente ambas actividades de manera que la docencia misma sea una investigación y las investigaciones que se realicen puedan transmitirse en seminarios tiene plena prioridad. La experiencia acumulada en las primeras maestrías, especialmente

Filosofía de la Historia que ha podido en cinco semestres consecutivos cumplir fehacientemente sus planes, permite registrar un mínimo de normas. Especialmente el tema de discusión ha consistido en la posibilidad de que otros egresados puedan optar a títulos académicos filosóficos. Dependiendo de la especificidad del curso de postgrado parece indispensable que los cursantes de otras profesiones tengan que aprobar, al menos un semestre básico de las cuatro asignaturas, así como un semestre de autores obligatorios, que podrían reducirse a cuatro: Platón o Aristóteles, Kant, Hegel y Marx. Los profesores instructores deberían estar obligados a tomar materias a los cursos de postgrado, como parte del plan de formación profesoral. Desde luego, estos estudios se les reconocerían tanto en los planes de tutorías como en los trabajos para sus respectivos ascensos.

5. El problema del ingreso

Esta es la temática más urgente para la Escuela, pero también la más delicada y de difícil solución. Pareciera que solo planes integrales a largo alcance facilitarían encarar con relativa solvencia este conflictivo problema. Por supuesto, partimos de la idea de que la Escuela por sí misma pueda instrumentar sus propios criterios de selección para el ingreso a la misma, desechando como “desastrosa” la preinscripción que realiza el CNU. Como quiera que en este punto la diversidad de criterios aflora con facilidad, quisiéramos exponer algunos proyectos complementarios para dejar para última instancia nuestra política específica sobre el problema del ingreso. Estos proyectos son dos: la licenciatura en Filosofía para egresados universitarios y los estudios universitarios supervisados de Filosofía.

5.1. Licenciatura de Filosofía para egresados universitarios

El desarrollo de la ciencia y la cultura contemporánea nos indica, cada vez con más fuerza, el papel de la filosofía en la formación del profesional universitario. En todos los dominios tecnológicos y del saber en general la formación filosófica totalizante se hace indispensable. Los últimos años son testigos de haber recibido en la Escuela un buen número de profesionales universitarios que normalmente realizan su carrera. ¿Acaso no podríamos adaptar nuestro *pensum*, en forma especial, para facilitar los estudios de Filosofía a los egresados universitarios?

Es una realidad la reducción de la demanda estudiantil de los estudios filosóficos a través de la educación regular de la juventud (17 a 23 años). En bachillerato, la reducción de las humanidades es un hecho, oficializado además por el sistema imperante; en cierta forma, ocurre otro tanto en las ciencias básicas. Todo esto significa que cobra fuerza la tendencia de asumir la Filosofía como una carrera de segunda instancia. Por lo general, el estudiante reflexiona del modo siguiente: “Me gusta la filosofía, pero con ella no puedo vivir en la presente sociedad”. Debo, pues, estudiar otra profesión que sea económicamente palpable, que visualicemos todos los días.

Proponemos un Plan de Estudios Especiales, a partir del actual, que se ofrezca por medio de un folleto de amplia difusión, a los distintos profesionales universitarios. También se pueden programar conferencias y charlas bajo el tema “¿Qué es la filosofía?” y “¿Por qué estudiar filosofía?” para las otras facultades y los distintos colegios profesionales del país.

De ciento treinta y dos créditos obligatorios el actual *pensum* proporciona equivalencia hasta por treinta créditos en materias extra-filosóficas. Esto significa que hoy cualquier profesional universitario puede hacer la carrera aprobando ciento dos créditos, repartidos así: treinta y dos en asignaturas básicas, treinta de autores obligatorios

y cuarenta en asignaturas electivas filosóficas. Podríamos preparar un proyecto que reduzca en doce créditos para esta existencia: de ciento dos a noventa créditos. Así: treinta y dos, (ciclo básico); treinta autores y veintiocho materias electivas. De estas, cuatro semina- rios obligatorios en cada uno de los cuatro departamentos para un total de doce créditos. Y los otros dieciséis créditos los haría como materias electivas. Este plan permitiría que el egresado universitario pueda graduarse en un mínimo de seis (6) semestres. Mientras este nuevo proyecto es aprobado por el Consejo universitario, se podrían abrir los cursos desde el próximo año (e incluso en septiembre) con base en el *pensum* vigente, que tan solo agregaría doce créditos más en asignaturas electivas (es decir, un semestre más).

5.2. Estudios universitarios supervisados en Filosofía

Desde 1974 funcionan en nuestra Facultad los estudios uni- versitarios supervisados, mediante los cuales es posible realizar los estudios universitarios a distancia. Actualmente existen en la Facul- tad estudios de Educación (ya con las primeras promociones), Bi- bliotecología y Comunicación Social (primeros años). Por supuesto, la forma como se iniciaron estos estudios, así como el material utili- zado, han sido fuertemente criticados, especialmente por nosotros, desde la Escuela de Filosofía. Pero es indudable la marcha progresiva de este tipo de enseñanza, que viene a resolver serios problemas a la masificación de la educación. Por otra parte, no tenemos por qué co- meter los mismos errores. Es posible, mediante la crítica constructiva mejorarlos sustancialmente. De este modo, instrumentarlos en Filo- sofía significa una forma de crítica práctica (y no meramente teórica), superando los errores y tomando en cuenta la experiencia existente. Especialmente la filosofía es una problemática de estudio que puede asimilarse mediante la lectura personal, si existe una adecuada guía que la acompañe.

Proponemos que de inmediato cada uno de los cuatro departamentos de la Escuela inicie los preparativos del material de trabajo (tesis, lecturas de apoyo y cuestionarios) en cada una de las materias del ciclo básico. Al tener este material listo (aproximadamente podría hacerse en un año), iniciar entonces formalmente estos estudios. Después se prepararían los autores obligatorios y algunas asignaturas electivas importantes. Al mismo tiempo se programaría la edición de folletos y material de publicidad. Debe recordarse que estos estudios son pagados y constituyen una fuente de entradas suficiente para incorporar por iniciativa propia a un buen número de jóvenes profesores.

Anexo 3

La dialéctica como método produce ciencia¹⁴

El papel del filósofo en una sociedad como la nuestra debe ser político, no politiquero. El filósofo debe rescatar el ideal platónico y luchar contra el sistema.

Nuestro lema debe ser, pues: reforma de la conciencia, no por medio de dogmas, sino mediante el análisis de la conciencia que no se ve con claridad a sí misma, o se presenta en forma religiosa o política. Se revelará entonces que el mundo tiene desde hace mucho tiempo el sueño de una cosa...

K. MARX

Carta a Ruge enviada desde Kreuznach

Septiembre de 1843

¿Qué opina usted de la tesis según la cual “con el advenimiento del ‘hombre marxista’ se cae fuera de la historia”?

¿Quién se cae? ¿Quiénes afirman eso? Pues, seguramente están fuera de toda historia: la historia real y la historia de las ideas. La tesis de por sí es ambigua, pues se habla del “hombre marxista”. ¿Qué se pretende con esa afirmación? Una tesis marxista sobre el hombre? Primera interrogante. O bien: ¿Un hombre real, práctico-social? Segunda alternativa. Y lo mismo podemos decir de ese “caer fuera de la historia” –que nos recuerda al pecado también del hombre en el inicio de su historia–. ¿Se trata de la historia real o de la historia como ciencia? Si la cuestión de la dialéctica en Marx es algo complejo, también lo es tratar de analizar los supuestos de esta pregunta. No obstante, trataremos de ser precisos.

14 Entrevista realizada por Ignacio Quintana. “Artes y Letras”. De: *Panorama*. Maracaibo, 23 de mayo de 1971, p. 11 (N. del E.).

La tesis marxista sobre el hombre está unida a la concepción científica de la historia, sin que por ello se confunda. Es un tema de amplia discusión actual dentro de la renovación existente en las ideas de Marx. Se puede intentar resumir en lo que sigue. Con la crítica al antropologismo de Feuerbach, Marx señaló en *La ideología alemana* que "... el presupuesto de toda historia humana es la existencia de individuos, humanos vivientes". Y, a partir de este planteamiento, resuelve la discusión sobre la "esencia del hombre" como "... el conjunto de sus relaciones sociales" (*Tesis sobre Feuerbach*, VI). Posteriormente, estas "relaciones de producción" (*productions-verhltnisse*), como parte de aquellas y situadas en la "base real" (*reale basis*) del edificio humano como indica en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*.

El hombre conceptualizado como "... conjunto de sus relaciones sociales" no significa la inexistencia real del individuo humano. En absoluto. Este existe condicionado y determinado por aquellas, aun cuando ellas son creadas por ellos. Esto quiere decir en todo caso que la complejidad del estudio del hombre solo es asequible a la verdad científica a partir de ese condicionamiento y esa determinación que ejercen esas relaciones sociales (a nivel del descubrimiento de materialismo histórico). Marx fue más lejos todavía al precisar las relaciones de la base económica de la sociedad capitalista (conjunto de las relaciones de producción de un modo de producción dado) como estructura condicionante y a un cierto nivel determinante de un hombre histórico concreto: el de la sociedad capitalista, (en el plano de las adquisiciones de la economía política). De manera que tanto la concepción científica de la historia como la ciencia de la economía política del capitalismo sientan los fundamentos epistemológicos para un estudio del individuo humano, y desde luego para estudios científicos de otras relaciones sociales. Ese análisis del hombre todavía no científico está por realizarse y no es algo fácil, especialmente si tomamos en cuenta la situación real de subhumanidad

que vive dentro de la sociedad actual. Por eso, al lado de estas ciencias del hombre descubiertas por Marx, cabe así mismo una filosofía científica del hombre, también en el plano teórico. Desde luego, esta teoría del hombre, como individuo humano, solo podrá escapar al planteamiento ideológico en la medida que se haga praxis de la existencia auténtica del individuo humano en la futura sociedad comunista, hoy inexistente.

Entonces, nos preguntamos: ¿es con esta tesis marxista sobre el hombre con la que se “cae fuera de la historia”? Exactamente al revés: ella es la que permite al hombre contemporáneo cobrar conciencia de que su existencia anterior y presente es solo una “prehistoria”, una “subhumanidad”. Que la razón de ser el hombre mismo, bajo este cobro de conciencia crítica de su propia realidad, es un elemento decisivo para luchar y obtener en el porvenir al hombre original y al mismo tiempo desarrollado, despojado de las trabas naturales y sociales que lo han condicionado y dominado hasta hoy. Que esta lucha es revolucionaria en esencia y su logro futuro constituye, justamente, el comienzo del hombre. Más que caer fuera de la historia, el conocimiento científico e ideológico por el marxismo respecto al hombre constituye un factor definitorio para que auténticamente el hombre realice su verdadera historia.

Pasemos a la segunda alternativa. El problema se puede tomar por sus aristas reales, no obstante se trate de la polémica entre el hombre de nuestros días y la sociedad comunista –justamente con lo que terminábamos en el planeo anterior. Se piensa entonces que el “hombre marxista” es el hombre de la sociedad comunista. Desde luego, esto no es sino un supuesto. Como la pregunta se me ha hecho a un nivel conceptual general puedo responder en la hipótesis de que esta es la cuestión que se desea desarrollar. Lo entiendo así también –y es justo confesarlo– por el carácter popular que tiene esta interrogante.

A menudo se acusa al propio marxismo de inconsecuencia por sostener la concepción dialéctica del hombre, expresada

fundamentalmente en la lucha de clases, y su solución a este problema en la futura sociedad comunista, que liquida dichas clases y por ello también las contradicciones sociales. Seguramente es esto lo que se quiere decir cuando se habla de “caer fuera de la historia”. A este nivel debe quedar claro:

1. Que la lucha de clases, con todas sus implicaciones superestructurales, es un proceso histórico, y como tal, tuvo un origen y habrá de tener un fin. Este carácter histórico, tomado y desarrollado por Marx en su esencia crítica, se enfrenta a todos los intentos por considerar eternas e inmutables las clases actuales, la dominación y la explotación propias del capitalismo. Por eso, encontramos a numerosos filibusteros del marxismo coqueteando con la burguesía, con la tesis de que nunca desaparecerán las clases, ni el Estado, etcétera, o en todo caso que las clases actuales serán sustituidas por otras similares o distintas a las presentes. Para Marx fue evidente no solo la extinción de estas clases inherentes al capitalismo (burguesía y proletariado) sino también todo tipo de explotación entre clases.

2. Desde luego, la desaparición de las clases y el advenimiento de la sociedad sin clases (comunismo) no significa la desaparición de las contradicciones sociales. Estas subsistirán, pero a través de nuevas formas diferentes en esencia clasista. ¿Cuáles serán las formas nuevas de estas contradicciones sociales históricas? Como se comprenderá, no podemos hacer de pitonisos, y como lo enseña el propio marxismo, la solución teórica a semejante cuestión solo es posible mediante y a partir de su propia existencia práctica: una vez existente el comunismo.

3. No obstante, el problema sigue teniendo vigencia a nivel más elevado. Por ejemplo, cuando se dice que si el principio

dialéctico afirma que todo cambia, ¿cómo no cambia el propio principio del cambio? Como se comprenderá se trata de un simple truco de perogrullo. El principio del cambio en la dialéctica no es sino una reproducción conceptual de un proceso real. Lo ontológico en este caso se mantiene (sin confundir este con lo metafísico, y menos aún con supuestas estructuras invariables) como devenir y su contratación gnoseológica como tal no tiene por qué incidir en el mismo. Desde luego, el conocimiento como tal es también un proceso real, lo cual significaría, en consecuencia, el carácter histórico del propio principio, que habrá de tener en el futuro modificaciones, pero nunca en el sentido que niegue la esencia del propio devenir dialéctico real.

En conclusión, la futura sociedad comunista tendrá inevitablemente antítesis. Mao Tse-Tung ha aclarado con profundidad que superada la lucha de clases, estas contradicciones no tienen por qué adquirir un carácter no-antagónico. La condición primaria para ello es la propia conciencia que el hombre tiene del proceso contradictorio y la posibilidad real de evitar sus soluciones antagónicas, lo cual básicamente es posible por la extinción misma de las clases. De este modo, la lucha de clases da paso a la lucha de opiniones entre los hombres en búsqueda de la verdad. Un rasgo plenamente espiritual, la lucha de opiniones y el derecho a la divergencia, adquiere –y así debe ser en parte en la sociedad socialista, como fase transitoria del capitalismo al comunismo– un carácter decisivo dentro de las contradicciones de la futura sociedad comunista.

¿No existe “ciencia de la dialéctica”, ni “dialéctica científica”? ¿Qué opina al respecto?

Esta es otra pregunta de amplio debate dentro del marxismo contemporáneo. Si en la anterior problemática está presente la crítica

al antropologismo feuerbachiano, ahora se hace patente la crítica al historicismo idealista de Hegel. Toda la discusión gira en torno a la diferencia real entre el discurso dialéctico de Hegel y la práctica dialéctica de Marx. Nosotros, en nuestro libro *Marx y la economía política*¹⁵ hemos fijado posición al respecto. Un resumen de ello puede encontrarse a continuación.

La crítica ideológica de Marx a la filosofía burguesa dominante opera en la práctica de construcción de la nueva ciencia. Igual que Aristóteles y Galileo, Marx descubre un nuevo continente científico –el de las ciencias sociales– sobre la base de una práctica investigativa y expositiva que supone un nuevo método científico. Nosotros lo hemos denominado método “dialéctico-concreto”, considerando el análisis del texto de Marx sobre el método de la economía política de la Introducción (Einleitung). En otras palabras, mientras el método dialéctico en Hegel es una gran especulación ontológica (lógica) que jamás le produjo ciencia (como Platón en la Antigüedad o Bacon en el Renacimiento), la práctica de la investigación científica produjo en Marx ciencia: el materialismo histórico y la economía política del capitalismo. Como quiera que esta nueva región de las ciencias es original y necesitó de un procedimiento determinado de investigación y exposición diferente en su esencia, tanto el método de la abstracción, que produjo ciencia (la matemática), como el método experimental (Galileo, ciencias naturales, cinemática...), es justo reconocer, por simple prueba práctica, el desenvolvimiento de un nuevo método. Esto implica que la diferencia entre Hegel y Marx no estriba en que el segundo puso de pie la dialéctica invertida de Hegel (según las famosas palabras de Marx en el prólogo de *El Capital*), como simplemente nos lo dicen los textos ortodoxos, sino principalmente que la dialéctica en Hegel fue una especulación teórica en tanto que en Marx fue un método práctico de investigación y exposición científicas.

15 José Rafael Núñez Tenorio. *Marx y la economía política*, ULA, Caracas: 1968.

Esta discusión sobre la existencia del método dialéctico en la obra de Marx y su sustancial diferencia con el de Hegel (sin entrar a discutir el origen de la misma) es algo aceptado por la mayoría de los pensadores contemporáneos ligados en alguna forma al marxismo. Pero la polémica se encrespa cuando atañe al plano de la teoría. ¿El marxismo se reduce exclusivamente a un método como pergeñó Lukacs en 1923 en su *Historia y conciencia de clase*? ¿Es además del método una teoría científica pero reducible exclusivamente a la sociedad y a su historia, como dialéctica sujeto-objeto que no incide en absoluto en el mundo de la naturaleza, como señaló Sartre desde su “Materialismo y revolución” o “Matérialisme y revolution”¹⁶, e insiste en su *Crítica de la razón dialéctica*¹⁷ ¿O, por el contrario, existe una “ciencia de la dialéctica”, como el marxismo ortodoxo nos acostumbró a asimilar, desde la época de Stalin? Esta es la problemática epistemológica donde no dejan de influir, en el seno del propio marxismo, las corrientes burguesas neopositivistas (atomismo lógico inglés, positivismo lógico del círculo de Viena, filosofía lógica contemporánea norteamericana, etcétera) y estructuralmente (lingüísticas, antropológicas, sociológicas, y otras).

Estos prolegómenos son necesarios para encarar directamente la pregunta. Si tuviéramos que responder en sentido estricto, diríamos: 1) que existe una “dialéctica científica” desde el mismo momento en que en el plano práctico de la investigación y exposición científica la dialéctica como método produce ciencia (materialismo histórico, economía política del capitalismo); 2) que una “ciencia de la dialéctica”, como ciencia, sin más que implique la desaparición histórica de la filosofía, incluso la filosofía científica, que, en fin de cuentas, deja de ser ciencia como tal, al perder unas de sus notas epistemológicas fundamentales (la de conocimiento particular de la realidad), no corresponde al enfoque

16 Jean-Paul Sartre. “Matérialisme et revolution”, *Les Temps Modernes*, 1960.

17 Jean-Paul Sartre. “Crítica de la razón dialéctica”, Editions Gallimard, Francia: 1960.

marxista, sino a una desviación ampliamente conocida y combatida en nuestros días: el cientificismo; 3) pero la no existencia de la “ciencia de la dialéctica” no equivale a la negación de lo que podríamos llamar “la dialéctica como ciencia”, sin que esto sea un simple juego de palabras. La dialéctica como ciencia, así precedida del adverbio, significa que un método no se reduce a su exclusiva función metódica. Que el supuestamente original planteamiento lukacsiano es equivocado, y que todo método de conocimiento, precisamente por ser tal, supone un objeto y como tal una teoría acerca de ese objeto, independientemente de la naturaleza de esa “teoría”. Justamente nuestro libro, publicado por la ULA en 1968, *La dialéctica como ciencia y como método*, alude a esta problemática.

Una dialéctica no reducida exclusivamente a su función metódica, significa una implicación evidente: su función científica, teórica. Esta función connota la subsistencia de una filosofía que en lugar de especulativa sea una “filosofía científica”. Tampoco es un simple matiz aquí la defensa del adjetivo “científica”, en relación con la filosofía y la dialéctica. Al lado del materialismo histórico como ciencia social dialéctica, defendemos la existencia del materialismo dialéctico como filosofía científica. Esto es lo que deseamos levantar al hablar de la dialéctica como ciencia que es algo completamente distinto a la “ciencia de la dialéctica”, término formulado en la pregunta. Esto no implica la desaparición de la filosofía (como es el caso de la tesis de la “ciencia dialéctica”) sino la liquidación de la filosofía especulativa –en la cual hay unidad de acción con el neopositivismo. Pero resulta que este último se empeña en considerar especulativa (metafísica) la filosofía científica, negándola también. Y esta tesis, en verdad, no puede sostenerse lógicamente al mismo tiempo que, haciendo prueba de esnobismo marxiano, se sigue manteniendo una concepción de la ciencia según el modelo lógico-formal y de la filosofía como simple análisis del lenguaje. La concepción neopositivista termina, entonces, por

emparentarse con la idea, supuestamente ortodoxa, de la “ciencia de la dialéctica”. Pues, si esta última liquida la filosofía (toda filosofía), en aras de una “ciencia general”, otro tanto realiza aquel, pues desaparece este en función de una ciencia del pensamiento (lógica, matemática) y/o del lenguaje (filosofía lógica). Se trata entonces de un empeño contra la filosofía, que se hermana con la metafísica. Incluso se recurre al joven Marx y sus párrafos sobre la extinción de la filosofía, sin comprender el contexto de una desaparición auténtica sobre la base de su función práctica con el proletariado en la realización del ideal comunista, y, al mismo tiempo, que se trata de “una” filosofía (la especulativa) y no de “la” filosofía, la cual restaría como científica.

De este modo, pues, si no existe en sentido estricto una “ciencia de la dialéctica” sí existe una “dialéctica como ciencia”. La dialéctica entonces moldea su existencia no solo como método científico sino también como filosofía científica a nivel de la teoría. Y esto último es lo importante de destacar en la actual lucha ideológica de nuestros días.

¿Qué papel le asigna al filósofo en una sociedad como la venezolana?

Desde luego, un papel eminentemente político, rescatando el ideal platónico. No puede ser un papel académico, ni docente, ni siquiera investigativo. Entre otras cosas, porque la condición más evidente para la original creación filosófica es la práctica política, del mismo modo que la filosofía representa a la política a nivel de la teoría a través de la crítica científica, estética, ética, etcétera. Y ello es así por razonamientos simples. Se supone que la visión totalizadora de la realidad le corresponde al filósofo. En una sociedad capitalista neocolonial como Venezuela esta concepción no solo debe ser crítica, sino también revolucionaria. De manera que la exigencia política que le planteamos al filósofo no es la de la politiquería, la de su inserción en el estatus, la coquetería con el *establishment*. En absoluto. La función del

filósofo, como mínimo, implica una toma de conciencia crítica ante la situación imperante, frente al sistema. Y esta conciencia crítica no es posible para ser tal sino sobre la base de una práctica militante, de combate, abierta y decidida. Un pretendido filósofo, no solo que esté al servicio del sistema, sino que sea incapaz de arriesgar su “vida filosófica” en el enfrentamiento al capitalismo neocolonial dominante en nuestro país, no es sino una caricatura grotesca del ideal filosófico. Nunca como ahora esta necesidad es agobiante y definitiva. Puede aspirarse a ser demagogo, intelectualoide, filósofante, pero no filósofo. No se trata de una postura sectaria nuestra. Todo lo contrario. Se trata de recoger la semilla milenaria siempre sembrada por los grandes filósofos. Las citas presentes. El mundo contemporáneo está sacudido en sus propias raíces. La visión de este empeño, a pesar del engaño ideológico de los órganos de comunicación, es fundamentalmente posible con una mentalidad totalizadora y crítica como la del filósofo. Y este no tiene otra alternativa que manifestar esta conciencia, mediante el combate por un nuevo tipo de sociedad, diametralmente opuesto al presente. Así lo han comprendido no solo los marxistas, sino también los cristianos, existencialistas, etcétera.

Hablar del papel de filósofo en una sociedad neocolonial como la venezolana sería tema largo de contar. Una sociedad modelo de neocolonialismo, de opresión interior y sometimiento externo, no vista desde los tiempos de Grecia y Roma, exige una mínima compostura para el pretendiente de la filosofía: aparte de su original creatividad teórica, su combate práctico contra el sistema imperante, su darse por entero a la revolución, su lucha política por una sociedad distinta, condición básica para su realización. Si bien es excusable –por no decir justificable– que un científico (matemático o naturalista) pueda escapar a las exigencias políticas de la vida cotidiana, lo mismo no puede decirse para el científico social y el filósofo. No hay duda alguna de que la única contrapartida práctica

que puede desarrollar el filósofo constituye su actividad política. Podemos recoger el planteamiento althusseriano y decir que el filósofo representa a la ciencia teórica en su participación decidida en la lucha por una nueva sociedad.

Referencias bibliográficas

- Calogera, Alba S. (1980). Entrevista a José Rafael Núñez Tenorio. [Entrevista realizada a Núñez Tenorio]. *Nueva Expresión*. Nº 2. pp. 13-19.
- Estés, Nina. (S/f). Crisis de la educación superior venezolana. [Entrevista realizada a Núñez Tenorio]. *Cendes*.
- Fernando, Rodríguez. (1981, enero). Para pensar en medio de la crisis. [Entrevista realizada a Núñez Tenorio]. *El Nuevo Venezolano*. pp. 18-19.
- González, Marcel Roo. (1980, abril 4). Por cada siete estudiantes la UCV tiene un profesor y un empleado. [Entrevista realizada a Núñez Tenorio]. *El Diario de Caracas*.
- Herrera L., José R. La universidad venezolana. Crisis y desarrollo. Entrevista personal, julio, 1993.
- Núñez T., José R. (1968). *Marx y la economía política*. Caracas: ULA.
- Núñez T., José R. (1975, noviembre 30). "Sobre renovación e ideologías universitarias". *Últimas Noticias*. Caracas.
- Núñez T., José R. (1978, septiembre). "Proyecto de transformación de los estudios de filosofía". Caracas.
- Núñez T., José R. (1979). *La izquierda y la lucha por el poder en Venezuela (1958-1978)*. Caracas: Ed. Ateneo. pp. 169-182.
- Núñez T., José R. (1981, junio). "Objetivos mínimos para una política de transformación de la universidad". Caracas.
- Quintana, Ignacio. (1971, mayo 23). La dialéctica como método produce ciencia. [Entrevista realizada a Núñez Tenorio]. *Panorama*. pp. 11.

Sartre, Jean-Paul. (1960a). *Crítica de la razón dialéctica*. Francia: Editions Gallimard.

Sartre, Jean-Paul. (1960b). "Matérialisme y révolution". *Les Temps Modernes*. Francia.

Sotillo, Jesús. (1978, mayo). Problemas de la educación superior venezolana. [Entrevista realizada a Núñez Tenorio]. *Universidad Nuestra*.

Sotillo, Jesús. (1979, septiembre 23). Hay que renovar la Renovación. [Entrevista realizada a Núñez Tenorio]. *Últimas Noticias*, pp. 4-5.

PARTE IV
EN TORNO A LA RENOVACIÓN
UNIVERSITARIA:
AUTONOMÍA UNIVERSITARIA Y PODER
ESTUDIANTIL

Pedro Roa - José Rafael Núñez Tenorio

Prólogo¹⁸

En pocos meses se agotó este folleto. No obstante por razones editoriales internas, ahora es cuando se presenta al público la segunda edición. Los problemas de la Renovación universitaria, de su crisis actual, de la autonomía, del poder estudiantil, siguen siendo temas de obligado debate ideológico. Esto explica la actualidad del presente texto y su nueva edición.

Lo hemos leído y hemos hecho algunas correcciones de forma. En cuanto al contenido, apenas hemos agregado algunas notas al pie de página en relación a la problemática actual de la universidad. El texto, pues permanece íntegro. Su elaboración fue un trabajo colectivo, no solo del profesor Pedro Roa y quien suscribe este prólogo, sino de un buen número de profesores y estudiantes marxistas. Sin embargo quienes apreciamos en aquella oportunidad como autores, aparte de haber participado en su redacción en mayor cuantía, asumimos la responsabilidad. Hemos agregado la conferencia posterior sobre Autonomía y Poder Estudiantil, porque permite llenar algunas lagunas del texto. Agradecemos todas las observaciones críticas que desde distintos sectores del país nos han hecho llegar. No quisimos, a pesar de ello, modificar el original. Sin embargo, está planteado un desarrollo más concreto, basado en la investigación empírica, que posibilita un análisis y una síntesis global del esquema general esbozado en este texto. Creemos que

18 José Rafael Núñez Tenorio, Caracas, 6 de julio, 1971.

en forma colectiva esta tarea debería emprenderse en el futuro inmediato.

Cuando editamos el libro comenzaba el proceso de Renovación universitaria. Hoy, en cambio, la Universidad, especialmente la Central, se debate en una profunda crisis. A simple vista, todo hace pensar que el proceso renovador ha fracasado. Incluso, todavía antes de que el gobierno interviniera, algunas voces agoreras comenzaron a plantearlo. Se utilizó para ello, en compadraje con las fuerzas reaccionarias, “el chantaje” ideológico del cierre indefinido de la universidad, en un intento político de paralizar el proceso de Renovación. Sin embargo, el gobierno se vio obligado a formar la ley, destituir a las autoridades, nombrar en forma ejecutiva a las nuevas, intervenir militarmente la universidad, aprobar un decreto de “reorganización” que atenta contra la propia ley reformada. Es decir, que la reacción y el gobierno tuvieron que recurrir a todos sus instrumentos –incluidos los militares y legales– para detener el proceso de Renovación. Ante semejante espectáculo, el análisis superficial concluye que se ha fracasado. Esto no es casual: siempre están pendientes de introducir la resignación y el “realismo” político como métodos para frenar las luchas estudiantiles y populares. Sin embargo, nosotros hemos venido sosteniendo –e insistimos– que la intervención politiquera del Gobierno en la UCV significa el triunfo del proceso de Renovación, puesto que ha logrado en el plano estratégico lo esperado: la cruda intervención del Gobierno es expresión de la lucha de clases en el medio universitario.

Los revolucionarios en la universidad debimos preguntarnos en el pasado reciente, ¿qué hacíamos en la universidad?, puesto que ni siquiera éramos capaces con nuestras luchas de obligar a las clases dominantes, a través del Gobierno, a desenmascarse como anti-universitarios. Las intervenciones gubernamentales en el pasado, a pesar de su feroz represión, eran pasajeras. Este allanamiento ha sido frontal, a todos los niveles. Esto significa que la impugnación inherente en el

proceso de Renovación cumplió el papel de toda lucha revolucionaria auténtica: agudizó las contradicciones. El proceso de Renovación hirió en forma seria el sistema ideológico imperante y este reaccionó como era de esperarse. Este es el planteamiento estratégico elemental. Él nos indica, entonces, que hemos llevado la lucha de clases al seno mismo de la institución tradicional de la ideología burguesa. Semillante objetivo no se había cumplido en el pasado.

TROPAS EN LA U.C.V.

Por José Vicente Rangel

Existe un empelo manifiesto por ahora en un plano de enfrentamiento a militares y civiles. La división, desde luego, es artificial y altamente peligrosa. No hay un mundo civil y otro militar. Quiérens preferidos al supearse en el fondo de la guerra social. Una nación no es una totalidad orgánica. Un enfrentamiento del tipo del que se plantea sólo beneficia a militares. A quienes insisten en utilizar a una institución clave del país, al servicio de su unidad, en forma de represión.

De ahí que cualquier política destinada a colocar fuera de la esfera de la institución Armada, agite contra la propia institución y contra el país. Se dice y se repite en forma insensata que entra una campaña de hostil contra las Fuerzas Armadas. Una sustracción de esta guerra produce en el seno de estas mismas reacciones, rebeldes al espíritu de cuerpo y prueba acciones que pueden llevar a sucesos de un marcado signo partidista.

La inseguridad que se utiliza desde hace algún tiempo, por boca incluso de sus funcionarios que filian la política de las Fuerzas Armadas, ciertos velleidades en la lucha anti subversiva, la implicación de la institución en temas de represión que como un clima que conduce la simple función de responder al orden público atribuido al Ejército. De ahí que siempre haya insistido en la gravedad de ciertas declaraciones oficiales. Y de ciertas actitudes y procedimientos. Lo ha dicho en público —en la prensa, en la TV y en el Parlamento— y se está dispuesto a reconocer el derecho de repetirlo y manifestarlo cada vez que sea necesario, no importa los riesgos que corra.

La operación con respecto a la UCV —"operación kangaro" se la ha llamado en el medio extranjero— tiene todas las características de la política que vengo señalando.

El despliegue militar —desproporcionado no sólo para el momento que se hizo sino también con respecto a toda la emergencia— tiene los atributos de la contumacia reñida, de un "poder" de un acto que "accede al hecho mismo contra el cual estaba dirigido, para evidenciar una manifestación de poder rampante y sin apelar a la refutación afirmativa de que hay. En la refutación afirmativa de que hay. En la refutación afirmativa de que hay.

Un momento dado puede agnate cualquier estado. En la práctica viene a ser algo así como la consagración de una política de la cual dimana toda una filosofía: la institución en abstracto, intangible, convertida en supremo arbitro de la República, institución amantada en los últimos tiempos a crítica, a la cual se le ha de deslegitimar, pero que en forma casi manifiesta muestra sus valores, esenciales. De quiere entrar en otros aspectos del planteamiento

Últimas Noticias

Fundada en 1941

DIRECCIÓN:
NELSON LEIS MARTINEZ

JEFE DE REDACCIÓN:
Pedro Pablo Aguiar

JEFE DE INFORMACIÓN:
Omar B. Romagosa

ADMINISTRACIÓN:
Miguel de Barrios

INFORMACIÓN INTERNACIONAL:
Unión para la Cooperación, P.O. Box 100, San José, Costa Rica

INFORMACIÓN DEL INTERIOR:
Unión para la Cooperación, P.O. Box 100, San José, Costa Rica

REPRODUCCIÓN: No se permite la reproducción de este periódico sin el consentimiento expreso de la editorial. Los derechos de autor son de la editorial. Los derechos de autor son de la editorial.

TELÉFONOS: San José, Costa Rica. 41-42, 41-43, 41-44, 41-45, 41-46, 41-47, 41-48, 41-49, 41-50, 41-51, 41-52, 41-53, 41-54, 41-55, 41-56, 41-57, 41-58, 41-59, 41-60, 41-61, 41-62, 41-63, 41-64, 41-65, 41-66, 41-67, 41-68, 41-69, 41-70, 41-71, 41-72, 41-73, 41-74, 41-75, 41-76, 41-77, 41-78, 41-79, 41-80, 41-81, 41-82, 41-83, 41-84, 41-85, 41-86, 41-87, 41-88, 41-89, 41-90, 41-91, 41-92, 41-93, 41-94, 41-95, 41-96, 41-97, 41-98, 41-99, 41-100.

CIUDADANOS: San José, Costa Rica. 41-42, 41-43, 41-44, 41-45, 41-46, 41-47, 41-48, 41-49, 41-50, 41-51, 41-52, 41-53, 41-54, 41-55, 41-56, 41-57, 41-58, 41-59, 41-60, 41-61, 41-62, 41-63, 41-64, 41-65, 41-66, 41-67, 41-68, 41-69, 41-70, 41-71, 41-72, 41-73, 41-74, 41-75, 41-76, 41-77, 41-78, 41-79, 41-80, 41-81, 41-82, 41-83, 41-84, 41-85, 41-86, 41-87, 41-88, 41-89, 41-90, 41-91, 41-92, 41-93, 41-94, 41-95, 41-96, 41-97, 41-98, 41-99, 41-100.

PLAZA DEL PUEBLO

15. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
TITULARES DEL DIARIO ÚLTIMAS NOTICIAS, DE LAS FECHAS 29 DE OCTUBRE DE 1969 Y 1 DE NOVIEMBRE DE 1969

Sin embargo, las mismas voces de siempre señalarán que se trata de un análisis "subjetivo y dogmático", que olvida la "situación real" de la universidad y las "verdaderas posibilidades" existentes. Es decir, que no convenía tácticamente conducir a la universidad a la situación de crisis actual y que hubiese sido preferible apaciguar la Renovación en aras de una sobrevivencia normal de la vida universitaria. Finalmente, que por no haber triunfado esta política de la conciliación, el resultado final ha sido la toma de la universidad por las fuerzas reaccionarias. Es decir, que sí existe una derrota táctica para el movimiento universitario renovador.

Tampoco compartimos semejante conseja. En los planes iniciales del Gobierno estaba una arremetida general contra las universidades autónomas. Tenemos conocimiento de que el Gobierno aspiraba intervenir en la ULA ocho meses después a la UCV Sin embargo, en nuestros días, estos planes se han echado atrás. Habíamos sostenido que el Gobierno no podía mantener una ofensiva permanente e indefinida en su política antiuniversitaria, aunque en eso estaba interesado Acción democrática, su rival electorero. Que el cierre indefinido de la UCV se iba a devolver como un boomerang político contra el propio gobierno y el partido oficial. Todo indica que teníamos razón. Incluso tácticamente, el allanamiento, la reforma de la ley, la intervención ejecutivista en la UCV, etcétera, aparece cada vez más para un sector más amplio de la opinión pública como una maniobra politiquera, cercenadora de la vida universitaria normal. Se dibuja con caracteres gruesos un solo responsable de la crisis universitaria: el gobierno copeyano en alianza con AD y los “universitarios independientes” que se prestaron a la maniobra “interventora”. El triunfo burocrático-militar ejecutivista se les ha ido transformando en derrota político-universitaria en el camino de normalizar la universidad y devolverle autoridades electas por la propia comunidad universitaria. No nos cabe la menor duda de que al movimiento de Renovación universitaria le esperan nuevos avances, en la medida que sepa adelantar una política de principios y sensata, que aprenda de los errores cometidos en esta primera etapa.

Tanto el Gobierno como las fuerzas revolucionarias criticábamos la vieja universidad. Por razones distintas su funcionamiento no satisfacía ni a una ni a otra fuerza. Mientras para la reacción la universidad no se “modernizaba”, transformándose en una institución más eficiente en la formación de técnicos y cuadros para el sistema capitalista neocolonial imperante, para los revolucionarios su vida tradicional y pasiva, sin el desarrollo de un movimiento crítico e impugnador en su seno, no solo servía fiel y espontáneamente a los

intereses del sistema, sino que podía ser fácil presa de un proceso de “modernización” reflejo proveniente del imperio que demagógicamente podía engañar a muchos incautos. De allí que habiendo tomado la Renovación la iniciativa para transformar esas estructuras, la reacción y el Gobierno tuvieron que intervenir para paralizar el proceso de Renovación e impulsar sus supuestas reformas. Pero la crisis reciente vivida por la universidad ha mostrado a todos la radical diferencia entre una y otra gesta transformadora.

Para comenzar, el modelo de las autoridades gubernamentales siempre es calco mecánico de estructuras universitarias extrañas, como el desarrollismo cultural oeísta, el departamentalismo yanqui y los *colleges* anglosajones. Incluso, algunas autoridades impuestas tienen un pasado ligado directamente a la Embajada estadounidense y hay documentos que evidencian un pensamiento servil al respecto. En cambio, el modelo que hemos redefinido los revolucionarios no es el procedente de Pekín o Moscú. Es un proyecto a elaborar, basado fundamentalmente en nuestra propia historia y tendiente a desarrollar una institución que en lugar de estar al servicio de la ideología neocolonial, represente la potencialidad de la cultura nacional y de avanzada. Este libro, en su esbozo esquemático general, evidencia esta posición.

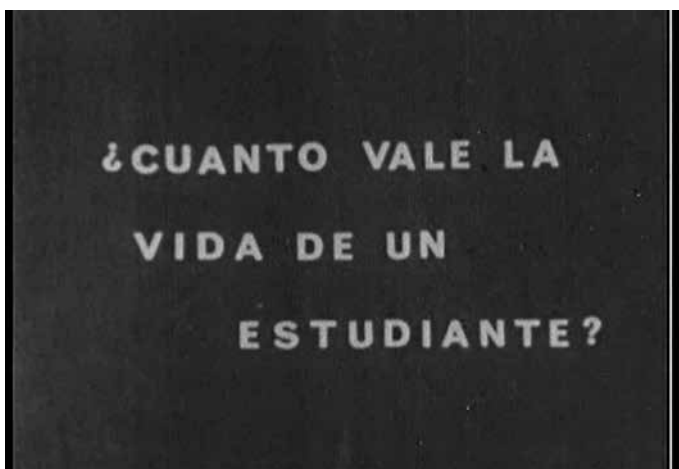
En segundo lugar, los métodos utilizados por el Gobierno y la reacción para transformar la universidad han sido antiautonómicos, represivos, ejecutivos y politiqueros. Creo que estas afirmaciones no necesitamos demostrarlas. Se ha formado un consenso nacional respecto al carácter antiautonómico de la ley reformada que se evidenció, para todo el país, en la película, transmitida por una planta televisora, de la policía sacando con las manos en alto de sus propias aulas a profesores y estudiantes. De los métodos militar-policiales como instrumento pedagógico para el diálogo universitario no hace falta escribir líneas. El ejecutivismo en la aplicación de la política antiuniversitaria del Gobierno tuvo en el decreto de “reorganización” de la UCV

del CNUP su expresión más absurda. Y hoy en día es difícil conseguir a un universitario sensato que no comprenda que la intervención es una burda maniobra politiquera adeco-copeyana para tratar de implementar mediante la fuerza la razón de una ideología reaccionaria, que nadie que se preste de universitario integral es capaz de aceptar libremente. Como han sido derrotados ideológicamente en el medio universitario, utilizan la violencia gubernamental para introducir sus ideas y transformar la educación superior en instrumento al servicio de tesis oscurantistas, irracionales y elitescas. No comprenden que con semejantes métodos lo que hacen es fortalecer todavía más la ideología de avanzada en la universidad.

¿Cómo podemos caracterizar los métodos utilizados por la Renovación? El escándalo formado por los órganos de comunicación y la sensible piel de algunos profesores inexpertos en la convivencia crítica y antiautoritaria, así como algunos errores evitables cometidos en el curso del proceso, no corresponden a la verdadera imagen de la Renovación. Tendríamos que determinar sus métodos como autónomos, estudiantiles, democráticos y universitarios. Justamente, los rasgos opuestos a los que caracterizan la actual intervención gubernamental. Los denominados “profesores sensatos” que criticaron algunos excesos de la Renovación deberían dar su opinión ahora respecto a los “excesos” del Gobierno, la policía y las autoridades universitarias en el trato pedagógico-policial del problema universitario. Semejante disyuntiva es una buena ocasión para que muchos se encuentren con su verdadera ideología.

La Renovación jamás trascendió los linderos de la autonomía en sus objetivos transformadores. Al contrario, profundizó esta en su genuino sentido. Con la Renovación la base universitaria a cualquier nivel (cátedra, departamento, escuela, etcétera) discutía y resolvía autónomamente. Desde luego, la Renovación utilizó la presión de las acciones estudiantiles (tomas, manifestaciones, propaganda, cuestionamiento de profesores, etcétera), pero estas jamás pueden

compararse con las intervenciones policiales y militares del gobierno y de las nuevas autoridades. Las acciones estudiantiles renovadoras forman parte inevitable de la vida universitaria contemporánea en cualquier ciudad del mundo. Constituyen, en el fondo, un método genuinamente democrático y no ejecutivista y burocrático. En las asambleas, en los debates públicos, en el cuestionamiento de la autoridad tradicional, en la impugnación del sistema educativo imperante, se encuentra la expresión más auténtica de la verdadera democracia, especialmente en la Universidad, que se supone sede del pensamiento y la conducta científicos y antidogmáticos. En fin, los métodos de la Renovación fueron universitarios y no politiqueros. Incluso, para la izquierda fue un salto cualitativo en su política. Esta dejó de ser trasplante mecánico de la que hacía en la calle, encontrando en la Renovación su original cauce universitario. Los objetivos y los métodos utilizados estaban por encima de cualquier politiquería, independientemente de que en la práctica hubiese, por la propia pugna de las izquierdas, intereses estériles y de grupo. Sin embargo, el Gobierno y la reacción, en su bien orquestada campaña publicitaria, insistían en proporcionar a la opinión pública una imagen de la universidad como “caótica y subversiva”, que los hechos desmentían. En la universidad no había armas sino libros; el uso de la fuerza se reducía al grito de protesta en las manifestaciones o bien la intervención cruda del estudiante contra la inmoralidad profesional. Nada más. En cambio, la reciente crisis ha evidenciado para el país la naturaleza politiquera de la intervención adeco-copeyana, su pretensión de control ideológico de la educación superior al servicio de las ideas más oscurantistas y antinacionales, en fin, el reparto burocrático y desenfrenado de los puestos de dirección universitario a personas no solo ajenas a la universidad, sino evidentemente incapaces. El único sector del país donde no se pedía el carnet blanco o verde, se ha transformado también en un “mercado libre” de la burocracia oficialista.



16. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Es evidente la diferencia. La intervención de la universidad la respaldan las fuerzas sociales atrasadas, que luchan por mantenerse: el imperialismo, la oligarquía criolla, la alta burguesía, Copei, AD, la reacción clerical, la Embajada de los Estados Unidos. En cambio, el proceso de Renovación es impulsado por los estudiantes y tiene el apoyo de las clases sociales que luchan por el socialismo en un país capitalista neo-colonial como el venezolano: obreros, campesinos, sectores marginales de los barrios, intelectualidad de avanzada y revolucionaria. No hay lugar a dudas: la crisis universitaria actual es un capítulo de la lucha de clases en nuestro país. En este sentido solo cabe una alternativa: continuar luchando por profundizar el proceso de renovación en todas las universidades, en todos los liceos, a lo largo de la estructura educativa del país. Es la forma propia como los revolucionarios podemos traducir nuestra política en el medio cultural y educativo. De este modo uniremos en un solo haz por la nueva universidad y la nueva educación con el combate por un Gobierno nuevo en Venezuela: un Gobierno popular, democrático y patriótico de transición al socialismo.

Pero, se nos podría preguntar, ¿cuál es la salida a la actual crisis universitaria? Nosotros hemos venido proponiendo desde comienzo de año una fórmula muy concreta: 1) derogatoria de la ley reformada y vigencia provisional de la Ley de 1958; en todo caso, reforma de la ley reformada en sus artículos antiautonómicos y antiestudiantiles; 2) renuncia o destitución de las autoridades actuales y nombramiento de una comisión universitaria, como la del 58, representativa de las diversas facultades y variados sectores universitarios, que tenga como objetivo: a) redactar la nueva ley a proponer al Congreso Nacional; b) conducir el proceso electoral para la elección de las autoridades legítimas; c) ejercer la rectoría de la universidad. En la medida que esta propuesta cale en el medio universitario y nacional como la única salida a la crisis universitaria actual, el movimiento renovador avanzará y su fuerza será decisiva en los próximos años.

Capítulo I. Necesidad de una universidad nueva en Venezuela¹⁹

La sociedad venezolana se desarrolla como un proceso que persigue fines determinados de progreso social regido por leyes sociales objetivas.

Sabemos de los grandes problemas que aquejan a la sociedad venezolana. Nuestra sociedad reclama modificaciones estructurales profundas, revolucionarias. El objetivo es lograr nuestra independencia económica frente al imperialismo estadounidense; explotar nosotros mismos nuestras riquezas y hacer avanzar la economía industrial y agrícola del país. Necesitamos incorporar a los grandes sectores populares en la dirección política de la vida del país, suprimiendo las injusticias en la distribución de la riqueza y la explotación de unos venezolanos por otros, extranjeros o criollos. Este es el problema radical. Como tal, representa la tendencia general de las luchas históricas que tienen planteados nuestro pueblo y su clase obrera.

Nosotros queremos un país independiente que se desarrolle en forma impetuosa, que rompa con las ataduras latifundistas e imperialistas que frenan la economía y la sociedad, con un pueblo liberado del neocolonialismo, la explotación y la miseria, autor de una cultura realmente nacional y popular, sin deformaciones ni tutelajes.

¹⁹ Caracas, noviembre 1968 (N. del E.).

Dentro de este marco general es que necesitamos valorar la lucha por realizar la reforma universitaria y conquistar una universidad nueva en Venezuela.

El movimiento universitario venezolano tiene una importante tradición en las páginas políticas y culturales de nuestra historia. La historia nacional nunca ha estado aislada de la participación activa de nuestra universidad. Desde la Colonia, grandes pasos de avance comenzaron a darse en el desarrollo de la cultura nacional. Las nuevas teorías científicas –en especial, las corrientes racionalistas y positivistas– penetraron en nuestra cultura a través del recinto universitario. Hoy, la defensa de la ideología científica y revolucionaria es un objetivo clave de las grandes masas universitarias.

Recientemente el movimiento universitario participó, al lado del pueblo en el derrocamiento de la dictadura perezjimenista y después se enfrentó con tesón a la represión desatada por el gorilo-betancurismo de los Gobiernos de Bertancourt y Leoni. Ahora lo hace contra el Gobierno neocolonial de Copei-Caldera.

Hoy no podemos dejar de afirmar la importancia de las fuerzas universitarias en el seno del movimiento democrático y de avanzada de nuestro país, y, como, al mismo tiempo, es sólida base de lucha abierta contra los enemigos seculares de nuestro pueblo, por la conquista de las libertades democráticas y por las aspiraciones nacionalistas de toda la sociedad venezolana. El movimiento universitario nacional ha demostrado con creces ser una de la partes más sensibles políticamente y más activas intelectualmente de nuestra sociedad.

Queremos un nuevo tipo de universidad que contribuya a realizar esos ideales democráticos, populares y patrióticos. Nuestra universidad ha dejado muy atrás la vieja institución colonial. Ha superado también a la universidad positivista de comienzos de siglo, desligada de la necesidad de transformación nacional. Ya no es el cenáculo donde medraban sin disputas las elites intelectuales que veían con horror la liberación nacional y el socialismo, produciendo

intelectuales que sirviesen al domador de turno. El avance de lo nuevo en el país se ha reflejado en ella haciéndola avanzar.

Pero nuestra universidad no ha cambiado sustancialmente. Pervive en sus tradicionales estructuras de funcionamiento.²⁰

1) La composición de sus facultades y escuelas no está determinada por las necesidades de un país que debe liberarse y desarrollarse. Persiste la tendencia a resolver un conjunto de problemas en función de una universidad aislada como este abstracto y no en función de una problemática nacional y universitaria global.

2) No existe planificación nacional del crecimiento en relación con los requerimientos nacionales y con el desarrollo de la educación media del país y el incremento de la matrícula.

3) La orientación de sus programas de estudio está llena de viejas concepciones y todavía manifiesta un grave aislamiento de la realidad nacional. En no pocas de sus facultades, escuelas, institutos y cátedras están proscritas determinadas corrientes del pensamiento universal.

4) No se planifica ni coordina el desarrollo de la investigación científica en las distintas ramas del saber. No pocos institutos de investigación vegetan, aislados por completo del avance universal de la ciencia, de la problemática del país y de la misma enseñanza que imparten las escuelas. No se incrementa el espíritu de investigación creadora.

5) Buena parte de la enseñanza es todavía libresco, poco experimental, desligada de las realidades venezolanas en las esferas correspondientes. Aún continúa desempeñando un papel principal la enseñanza de memoria, la repetición pasiva, la conceptualización dogmática, el talento libresco. No se forma un profesional despierto a los grandes problemas que confronta la patria.

20 Ver texto: "La Federación de Centros Universitarios ante la aplicación del reglamento de repitientes", *Problemas universitarios*, Ediciones Cehe, Caracas: 1965, pp. 97-110.

6) La actividad docente de los profesores es deficiente. Todavía es muy grande el número de profesores que dedican a la universidad un tiempo mínimo, accidental. En muchos casos la preparación de las clases, los métodos expositivos y el tipo de vinculación con los alumnos es deplorable. Existe objetivamente una baja calidad en la enseñanza que imparte el profesorado universitario.

7) El sistema de evaluación y de exámenes de los conocimientos adquiridos por los alumnos es anacrónico, antipedagógico e injusto. Se hace hincapié en la transmisión y adquisición pasiva y dogmática del conocimiento, en lugar de poner el acento en la capacidad de asimilación y elaboración de las verdades científicas, en forma creadora y responsable.

8) El régimen de estudios es anticuado; no se compadece con la situación concreta de la ingente población estudiantil y los nuevos y los nuevos modelos de enseñanza superior que hoy se aplican en otras latitudes. No termina por imponerse el sistema por unidades, ni la división en diversos ciclos del conjunto de la enseñanza que permita estudios de ciclos básicos, profesionales y de especialización en las diversas carreras universitarias. Los *pensa* y programas de las asignaturas están muy lejos de corresponder a las exigencias del desarrollo universal de la ciencia y de la problemática nacional.

9) Una parte importante de las normas que regulan la vida universitaria tienen ante todo un carácter punitivo y no contribuyen a la armonía y la colaboración entre los sectores integrantes de la comunidad universitaria. Es aún pequeña y simbólica la participación de los estudiantes (según la ley y los mismos hechos en la conducción de la institución).

10) Todavía la universidad está cerrada, en lo fundamental, a los jóvenes que provienen de los sectores desposeídos de la sociedad. La universidad no se abre con suficiente energía hacia las capas obreras y campesinas, en cursos generales de capacitación y formación ciudadana y científica. La misión social no se realiza sino en grado mínimo y en forma espontánea.

11) No existe todavía un uso racional y eficiente del conjunto de los recursos económicos, técnicos y humanos con que cuenta la universidad. A pesar de la insuficiencia de estos recursos en muchos renglones de la vida universitaria, es posible aún obtener una mayor efectividad, sobre la base de una acertada planificación, organización y realización de las distintas misiones de la universidad.

12) La autonomía que protege a la universidad de los intentos de convertirla en apéndice de intereses extraños y del control de los dogmáticos y perseguidores de ideas, es objeto de constantes violaciones y sufre una presión sostenida. Es necesario asegurar firmemente esta autonomía sobre la base de la autarquía financiera y un movimiento universitario democrático y renovador que ponga coto a las embestidas antiuniversitarias del Gobierno y las fuerzas reaccionarias del país.

Por todo lo anterior, la crisis estructural que vive la universidad solo puede ser superada mediante la modificación radical del esqueleto estructural e institucional que objetivamente se opone al desarrollo en la universidad en el cumplimiento más racional y eficiente de sus tareas fundamentales. Este es el cometido a largo plazo que tiene planteado el movimiento de Renovación universitaria. Pero esta reforma es y debe ser un proceso constante y reiterado, de adecuación de las estructuras universitarias a las exigencias nacionales, educacionales y científicas. La reforma universitaria es una concepción general y única. No es una reforma para retroceder sino para avanzar. La reforma universitaria es el paso constante a una nueva etapa de la vida universitaria en una ruta ascendente, de contenido progresista, científico y nacional de la enseñanza superior venezolana.

Sociedades como la nuestra, que tienden a modernizarse, debe transformar sus instituciones: particularmente la universidad. El tipo de renovación que queremos tiene que ser la mejor y la posible en el actual momento de la historia nacional que vivimos. En Venezuela la historia de la universidad se confunde con la historia

nacional, con los ascensos y descensos de los movimientos populares para mejorar la colectividad. Y se confunde ahora, cuando se aboca por entero a la planificación y realización de su propia reforma estructural, puesto que esta constituye un aspecto de las acciones del pueblo en pro de la liberación nacional y el socialismo. Pero la reforma no puede avanzar si los hombres y los organismos que dicen impulsar se encierran en esquemas rígidos y se limitan al manejo de los planteamientos generales. Solo marcha persiguiendo objetivos en la realidad cambiante de un proceso continuo.

Al mismo tiempo, la universidad se desenvuelve en las condiciones generales en que se desarrolla la educación venezolana y, en general, está sometida indirectamente a sus limitaciones y posibilidades. La crisis general que afecta a nuestra educación y nuestra escuela repercute también en la universidad y crea en ellas graves y numerosos problemas. Mientras esa crisis general de la educación no se resuelva muchos problemas universitarios se mantendrán. Podemos adoptar muchas medidas y correctivos, pero en el fondo, en tanto las causas que los generen continúen existiendo, ellos seguirán persistiendo. Por lo tanto la universidad no puede tomar soluciones unilaterales, que no solo no correspondan con su propia estructura sino incluso con la estructura general de la educación venezolana, marco dentro del cual se desenvuelve el funcionamiento integral de la educación superior universitaria.

Existe la posibilidad cierta de adoptar medidas de renovación que sitúen a la universidad en el plano de las necesidades técnicas y científicas, con métodos impregnados de concepciones científicas y revolucionarias. Es viable el establecimiento inmediato de un nuevo sistema de enseñanza superior que propicie la formación de científicos y profesionales, que se vincule profundamente a la problemática nacional, mediante el ofrecimiento de todos los alumnos de conocimientos formativos e informativos sobre la realidad contemporánea, que mantenga viva en los profesionales y científicos la conciencia del

lugar que ocupan sus tareas en el seno de las otras actividades y la posición y responsabilidad histórica que les concierne en el todo social y nacional.

Guiados por la teoría científica de la revolución venezolana, estamos llamados a forjar materiales de doctrina indispensables para conocer la misión de la universidad en la etapa actual de progreso social que vive el país, sus tareas y responsabilidades. Estamos llamados a forjar una orientación revolucionaria sobre este medio tan complejo como es la vida universitaria nacional, de este modo elaboraríamos una herramienta útil, efectiva, para quienes nos empeñamos en la tarea de formular y aplicar una política universitaria acertada, fecunda, revolucionaria en el mejor sentido del término. Contribuir con las posibilidades de discusión, es justamente, lo que persigue este ensayo preliminar nuestro sobre la problemática universitaria venezolana, que debe ser profundizado y desarrollado en cada una de sus partes.

Capítulo II. Diagnóstico científico sobre la problemática universitaria

Necesitamos un diagnóstico realista de la situación presente que vive la universidad. Ello es inevitable si deseamos una transformación estructural profunda que supere su crisis actual. Entendemos que la Renovación universitaria es un proceso, un movimiento que cumple etapas. Para el conjunto del proceso y para cada una de las etapas necesitamos siempre una descripción pormenorizada de lo que existe, del conjunto de las estructuras de funcionamiento de la universidad.

Esta descripción objetiva de la realidad universitaria nacional tiene que hacerse en el cuadro ideológico general de la problemática de la universidad moderna a escala internacional, y especialmente, de la universidad en las condiciones de países capitalistas neocoloniales como Venezuela. No podemos seguir copiando ciegamente los modelos estructurales de las universidades de los países más avanzados; ni esperar tampoco que ellos se realicen sus reformas para de nuevo volver a copiarlos. Las formas nuevas surgirán como síntesis creadoras de la realidad de la problemática universitaria nacional y el consenso universal acerca de cómo forjar una universidad realmente a la altura del desarrollo de la ciencia y las exigencias nacionales.

Hoy es decisivo poder realizar un diagnóstico científico lo más exacto posible de la universidad con que contamos, a fin de poder planificar, en consonancia con la realidad universal y

nacional, un modelo teórico sobre la universidad que queremos los revolucionarios y patriotas venezolanos.

Una política universitaria científica y revolucionaria tiene que basarse en este análisis y esta planificación teórica, con altura y responsabilidad, pero al mismo tiempo con osadía y energía transformadora. Necesitamos: primero, describir objetivamente la actual situación de la universidad con todos sus ingredientes positivos y negativos, en la comprensión de que no compartimos de cero. Segundo, llevar a cabo una evaluación de las deficiencias estructurales y funcionales existentes, tanto las apremiantes como las posibles de solventar a largo alcance. Tercero, diagnosticar con precisión las causas, tanto externas como internas, tanto objetivas como subjetivas, tanto humanas como administrativas, que explican diferencias y actividades disfuncionales. Cuarto, programar los objetivos a cumplir en los próximos años dentro de las alternativas viables de transformación estructural profunda que requiere nuestra universidad, en concordancia con el modelo teórico diseñado.

Pero semejante metodología no podemos aplicarla a la universidad como un todo abstracto, sino que es indispensable deslindar con claridad sus áreas estructurales y funcionales, en consonancia con el papel de la universidad en el seno de la sociedad y la cultura, con sus propios cometidos intrínsecos como institución social de avanzada, en relación a las posibilidades mediatas e inmediatas, así como el papel que corresponde desempeñar a las fuerzas más sensibles políticamente y más activas intelectualmente, de modo tal que los planes teóricos puedan llevarse a la práctica en el menor tiempo, con un mínimo de dificultades y con el mayor éxito. Por eso, hemos considerado como viable metodológicamente el deslinde de cuatro grandes áreas de trabajo:

- 1) En enfoque político-ideológico de proyección exterior de la Universidad. Se trata aquí de precisar claramente la función de la Universidad en el seno de la sociedad, la nación, la cultura y la educación

venezolana. Lo que es hoy y lo que debe ser para que cumpla su papel de contribuir con el proceso de liberación antineocolonial y anticapitalista que tiene planteado el país. Es el planteamiento global de la reforma universitaria.

2) El enfoque estructural-interno de la Universidad, que implica una reorganización general en toda su estructura de funcionamiento y un mejor uso de sus recursos económicos, técnicos, humanos y organizativos. Esto es lo que más centraliza las cuestiones relativas a la renovación universitaria.

3) El enfoque táctico-inmediato acerca de la renovación universitaria, que supone un análisis total de la Universidad y de cada una de sus facultades, escuelas, institutos y cátedras acerca de las modificaciones inmediatas en consonancia con las posibilidades reales y las exigencias críticas del movimiento universitario. Involucra el movimiento pro renovación académica actual.

4) Las tareas ideológicas, políticas y organizativas que tienen planteadas los revolucionarios para iniciar con aplomo, intrepidez y energía una lucha a fondo por hacer realidad los planes de una universidad nueva en Venezuela.

Con estas ideas queremos salir a la palestra pública para debatir el problema universitario. Las cuestiones universitarias, hoy más que nunca, deben ser discutidas ampliamente. Forman parte de la lucha ideológica de la cual no escapa la universidad. Al contrario, la tipifica plenamente, como escenario polémico de las ideas racionales y científicas frente a las irracionales y oscurantistas. La universidad tiene por tarea la búsqueda de la verdad y el afianzamiento de los valores humanos; es recipiente de creación, asimilación y difusión del saber científico a través de la investigación y la enseñanza; persigue formar cuadros necesarios a la nación... para todo lo cual requiere estar abierta a las diversas ideologías del pensamiento universal. De allí que el debate político y la pugna clasista adquieran una original forma a través de la

lucha ideológica. Por eso defendemos la ideología revolucionaria y científica frente a las concepciones oscurantistas y reformistas. Por eso creemos en la renovación profunda de la universidad, en función de nuclear un frente nacional en defensa de la universidad democrática, racional y patriótica, al servicio del proceso liberador de nuestra patria.

Capítulo III. El enfoque político-ideológico: la universidad como motor auxiliar de la revolución venezolana

América Latina de nuevo es sacudida por los embates de un movimiento renovador que persigue, como hace cincuenta años en Córdoba, transformar radicalmente las estructuras universitarias, de manera que estas puedan cumplir realmente su papel de motor auxiliar del desarrollo de la sociedad, la nación, la cultura y la educación de nuestros países. La universidad venezolana forma parte importante de este movimiento.

En los países capitalistas neocoloniales, las universidades tienen la responsabilidad de ser instituciones cuya tarea principal consiste en propagar la cultura y ciencia universal y estimular su crecimiento; al mismo tiempo, cultivar y desarrollar la cultura nacional y contribuir a mejorar las formas de vida de quienes la crean. Para que las universidades nacionales puedan realizar de manera efectiva y creadora esta tarea, deben superar la actual crisis estructural que las afecta, comenzando por una toma de conciencia crítica, científica y revolucionaria, como expresión actual de aquella en el plano ideológico y político.

La conciencia crítica se inicia con el debate sobre nuestra propia política de desarrollo universitario, genuinamente nacional en el ámbito continental latinoamericano. La idea central de ella es que la universidad tiene que devenir un instrumento que contribuya a realizarnos como nación, como país independiente de la dominación

neocolonial, que rompa las estructuras económicas y sociales atrasadas, con un pueblo liberado de la explotación y la miseria, autor de una cultura realmente nacional y forjador de una educación que nos construya un hombre nuevo, libre de las deformaciones y los tutelajes. En esta perspectiva la lucha por la renovación universitaria se enfrenta a un doble peligro:

Primero, aquellas ideas que conciben la reforma como un conjunto de medidas que tienden a convertir las universidades en agencias conservadoras del orden social establecido. Se trata aquí de una conciencia resignada, que juzga los problemas como naturales, correspondiendo a la condición histórica de la situación de atraso que vive Venezuela como nación. Esta conciencia resignada, enclavada en el conservadurismo de las viejas estructuras, quiéralo o no, en la práctica se contenta con el crecimiento espontáneo y anárquico que sufre nuestra universidad, arrastrada por los cambios económicos, sociales y políticos que acontecen en nuestra sociedad. Este tipo de crecimiento implantado y hasta inconsciente, que acaece objetivamente sin el papel subjetivo director de nuestras voluntades y conciencias, no puede posibilitar nunca que la universidad cumpla con sus objetivos de renovación y menos aún contribuya al incremento del progreso nacional. En esta perspectiva la universidad no podrá jamás forjar al nuevo joven en el espíritu de darse por entero al país y participar con todas sus energías en la cruzada nacional por la liberación de las ataduras neocoloniales. Por ese camino, la universidad continuará siendo –como lo ha sido hasta ahora, salvo momentos excepcionales en la historia reciente del país– un simple resultado del proceso histórico de nuestra sociedad: producto pasivo y residual, que vegeta bajo la modorra de las “imposibilidades”, las “circunstancias” y el “realismo político”, que caracterizan la conciencia resignada.

Segundo, pero gravita otro peligro de monta mayor. Se trata de la colonización cultural y universitaria que ejerce la política

neocolonista estadounidense, al concebir la universidad con una estructura tecnocrática y “moderna”, al mismo tiempo que productora de los “funcionarios” y “técnicos” que el sistema requiere. Se trata aquí de una conciencia neocolonial, bajo una vestimenta supuestamente “científica” y “tecnológica”. La metrópoli estadounidense tiene ideas muy claras de lo que “nos conviene” en el plano universitario y cultural y promueve sus movimientos y personeros para ganar conciencias neocoloniales en nuestro país. No podemos mantener una simple actitud de indignación moral ante estas interferencias extranjeras y menos aún predicar que el fatalismo de nuestro atraso nos obliga a aceptar aquella intromisión. Detrás de esa penetración imperialista, de esas donaciones, de esas fundaciones internacionales que patrocinan la investigación y la enseñanza, detrás de esos préstamos dadivosos, de esos intercambios de profesores, de esas becas y cursillos, etcétera, existe toda una maquinaria bien aceitada para la formación de una conciencia neocolonial enajenada. Lo lamentable es que esta penetración se realiza con la mayor habilidad, pudiendo engañar a científicos y pensadores honestos. Ellos piensan que si rechazamos esta ayuda extranjera, la universidad tendría que paralizar su actividad científica y tecnológica. De este modo, nos encontramos sumidos en un sistema internacional de organización de la investigación y la enseñanza científica del cual no podríamos escapar. Pero resulta que esos planes internacionales persiguen fines bien precisos, al servicio de la política estadounidense de sumisión colonial de nuestra cultura y nuestras universidades. Estos son algunos de los elementos que caracterizan la conciencia neocolonial sobre la universidad.

En una y otra concepción, la universidad seguirá siendo un producto histórico residual, una institución social al servicio irrestricto de las clases dominantes (oligarquía financiera estadounidense y alta burguesía venezolana), en función del orden económico y político vigente; con el agravante, en el segundo caso, de perseguir una

“modernización” de la educación superior que hará cada vez más sólida y estable la dominación no solo económica, política y militar, sino también cultural e ideológica. En lugar de motor auxiliar de la revolución, la universidad “modernizada” seguirá siendo lo que ha sido hasta ahora: expresión de las clases dominantes capitalistas en el terreno de la cultura, la ideología, la ciencia y la tecnología.

No puede haber dudas que en relación al proceso productivo nacional y el avance científico y tecnológico internacional, nuestra universidad se encuentra en atraso. La realización de la reforma hará que este atraso disminuya y contribuya ideológicamente en el nucleamiento de fuerzas capaces de transformar de manera revolucionaria la estructura neocolonial que gobierna la vida de la nación. En relación a la vida política e institucional, si bien la universidad forma parte del complejo superestructural que contribuye a mantener las estructuras vigentes, tampoco es menos cierto que históricamente ha sido un instrumento de avanzada, en comparación con el resto de instituciones del país, particularmente las gubernativas. Este papel de avanzada, ganado por la universidad sobre todo en el campo de la lucha política del conglomerado estudiantil, necesita desplegarse a un plano superior: la Renovación universitaria. La única alternativa viable y madura en las actuales circunstancias es iniciar ya la Renovación universitaria, en forma combativa y sensata, científica y revolucionaria, de manera que la universidad pueda ejercer una acción innovadora en todo el ámbito nacional, particularmente a nivel de la forja de la conciencia anticolonial y anticapitalista.

De este modo, la universidad entraría cada vez más en aquel grupo de fuerzas e instituciones sociales que nuclea el movimiento de avanzada, basadas en una conciencia crítica ante el pasado y lo existente y una conciencia creadora ante el porvenir y lo construible, capaces de ir forjando las condiciones, al lado de todo el pueblo, la clase obrera y los partidos revolucionarios y nacionalistas, para transformar la actual realidad objetiva capitalista neocolonial de

la patria y realizar la liberación nacional que abra las puertas en forma ininterrumpida al socialismo. Para ello, necesitamos dejar a un lado la conciencia resignada. Una conciencia crítica, científica y revolucionaria, plenamente lúcida acerca de lo que tenemos y osada respecto a lo que aspiramos, significa desarrollar a fondo la lucha por una universidad nueva en Venezuela, es decir, por realizar la Renovación universitaria. El presente material se inscribe en la perspectiva de contribuir a forjar esa conciencia crítica y creadora.

En ese sentido, la reforma universitaria significa, desde sus inicios, una plena conciencia acerca de las misiones, fines y objetivos generales que debe cumplir la universidad, rellenos con los elementos concretos de cada escuela, instituto, facultad y universidad, así como con la etapa específica de lucha que viva en particular cada organismo. La universidad es hoy un conjunto de escuelas profesionales. Principalmente lleva a cabo solo unos aspectos de algunas de sus misiones fundamentales. Justamente aquellos que, espontáneamente, ha venido imponiendo la propia vida social, cultural y educativa del país. El conjunto de los fines esenciales de la universidad no son realizados. La nueva universidad que propugnamos tendrá que hacerlo.

Hay tres fines esenciales inherentes a la universidad: las misiones científico-cultural, técnico-profesional y político-social. Solo realizándolos, sin unilateralismo y exclusivismos de ningún género, la universidad puede llegar a ser un instrumento del nuevo orden de cosas que deseamos para nuestra sociedad. De este modo, la universidad podrá transformarse en una fragua del nuevo hombre, como síntesis de lo nacional y popular impuesto por la venezolanidad, y lo científico y humanístico generado por la universalidad.

La misión científico-cultural de la universidad significa, en primer lugar, la preservación y difusión del saber. La cultura pervive gracias a ello: funciona como elemento vivo que orienta la conducta. Necesitamos entender en su plenitud la cultura para comprender esta

misión de la universidad. No se trata de repetir de memoria fechas, definiciones, fórmulas que, al fin y al cabo, se encuentran en los libros y sistemas de fichajes; podemos buscarlas en las bibliotecas. Esto es lo típico hoy de la docencia universitaria. En la práctica universitaria del profesor todavía pervive esta concepción enhiesta de la cultura. La universidad debe liquidar definitivamente esta cultura de "museo" en existencia, de hombres como máquinas computadoras. Debemos asimilar el carácter creador y transformador de la cultura. Preservar, difundir y forjar el saber no es hacerlo como un disco grabado, que reincide constantemente. Sino realizarlo en su plena dimensión humana: cada universitario viviendo la cultura nacional en la cultura universal y haciendo de ella un órgano activo y creador, en función de la cognición y transformación del medio social y natural para colocarlo al servicio del hombre. Esta es la concepción de la cultura que deseamos. Esta es la *praxis* universitaria que debemos imponer.

No basta preservar y difundir el saber, se requiere incrementarlo constantemente. Este es el aspecto científico propiamente dicho, que supone en general todas las formas de creación cultural: técnicas, artísticas, filosóficas, científicas, etcétera. La universidad está signada por el rasgo predominante de la cultura superior de nuestros días: el saber científico, y no puede seguir dejando a la espontaneidad las inmensas posibilidades creadoras, de investigación científica, de sus profesores y alumnos. Solo una universidad alejada de los problemas nacionales y populares, hermética, puede echar a un lado la creación científica, técnica, artística y filosófica. Los problemas están ahí, a plena luz. Exigen ser resueltos. La ciencia, el arte, la técnica, la filosofía avanzan sin cesar en todo el mundo. No podemos detenernos con tantos años de atraso. No podemos seguir viviendo a expensas de los conocimientos y las tecnologías que nos vienen de afuera, siempre en una cultura refleja originada en el extranjero. No es posible que nuestros institutos de investigación sigan vegetando en la actividad administrativa y burocrática diaria,

con una metodología anacrónica, sin recursos económicos, técnicos y humanos para experimentar, investigar y publicar. Nuestra universidad debe cumplir con urgencia esta misión: crear los semilleros por doquier de la investigación científica, del trabajo creador. Palpar la investigación en cada disciplina, hacer balances y evaluación objetiva de lo que se hace, enfrentarse con resolución a los grandes problemas nacionales, unir la investigación a la enseñanza y ambas a la vida diaria, son normas indispensables de una universidad entregada auténticamente a la ciencia y a la filosofía científica.

La misión técnico-profesional de la universidad es quizás la que ha venido desempeñando preferentemente. Desde luego, en forma espontánea y anárquica, ya que es el vínculo directo que tiene con la práctica social diaria. No le ha quedado otro recurso, por la falta de una exigencia y una conciencia crítica y emprendedora. Las profesiones son el objetivo más inmediato ligado a las exigencias materiales del acontecer diario y ciudadano. Por eso hay unilateralidad en el cumplimiento de las misiones universitarias. Pero no se crea por ello que la universidad de nuestros días realiza cabalmente este cometido. No es así a pesar de su preferencia obligada y natural. Lo principal es que nuestras universidades no forman a los profesionales y técnicos que el país necesita, sino a aquellos cuya profesión ofrece más en el mercado de la oferta y la demanda. La nueva universidad puede y debe corregir esta mala orientación. Se requiere un diagnóstico responsable de las necesidades profesionales y tecnológicas del país, así como el proceso educativo elemental y medio que permita una orientación profesional de las masas estudiantiles hacia las profesiones y técnicas que más exige la nación venezolana en los presentes momentos históricos. Vinculando las carreras profesionales a las necesidades de la sociedad, puede cumplir la universidad su objetivo de crear los profesionales que el país requiere, los cuadros de la Venezuela del futuro.²¹

21 A menudo se argumenta que estos profesionales y técnicos mejor preparados, en realidad van a servir al perfeccionamiento del sistema neocolonial para mayor beneficio de los capitalistas extranjeros y criollos. Eso es verdad. Pero no queda otra alternativa: ese es el proceso objetivo

La tercera misión de la universidad es la político-social. Se trata de una universidad realmente proyectada hacia el exterior, en función de la sociedad y la nación, la cultura y la educación del pueblo venezolano. Ninguna tradición de planificación posee la universidad en este objetivo.

Quizás lo positivo es el carácter político y social que en nuestra historia aún reciente tuvo el movimiento estudiantil universitario. Pero la universidad en su conjunto, a plena conciencia y reflejado en sus estatutos, no verifica esta misión. Objetivo social de la universidad significa abrirla al máximo de aspirantes al mismo tiempo que volcar al movimiento universitario hacia la calle con su mensaje de lucha y renovación. Es necesario ampliar las posibilidades de un cambio en la base social de nuestras universidades para que vengan a ella los hijos de las clases trabajadoras –aun cuando, como comprendemos, la propia educación media los limita–. Las becas a gran escala y la prohibición del limitacionismo constituyen objetivos principalísimos para que se realice este fin social de la universidad. Pero al mismo tiempo el movimiento universitario debe ir hasta el pueblo con su mensaje de transformación, difundiendo y enseñando en forma extra-cátedra y para las grandes masas una visión científica del mundo y el hombre y una cultura nacional y popular que eleve sustancialmente el nivel ideológico y político del pueblo, que le imprima un nuevo tipo de

de la historia. Nosotros planteamos que esos profesionales salgan con una conciencia crítica y en lo posible revolucionaria. Eso constituye nuestro esfuerzo. Pero, lo cierto es que la burguesía y el capitalismo no van a durar toda la vida. A la par marcha el fortalecimiento de las fuerzas revolucionarias socialistas. No podemos plantear en forma pesimista que en los años que restan al presente siglo no habrá de realizarse el socialismo en Venezuela. Esa es, precisamente, una tesis propia de la ideología de la resignación neocolonial. Pensamos que más temprano de lo que muchos piensan triunfará la revolución socialista en nuestro país. Para entonces estos profesionales y técnicos serán decisivos y su experiencia y capacidad constituirán un puntal para la transformación profunda del país bajo la égida de la construcción socialista de nuestra economía, nuestra cultura y nuestra sociedad.

educación informativa ante la explotación imperialista de nuestras riquezas, en fin, que lo estimule para una conducta ciudadana de unidad, organización y combatividad en la lucha por realizar la revolución venezolana. La vinculación del movimiento universitario –profesores, estudiantes egresados y trabajadores– con las urgentes necesidades inmediatas y prácticas de la población, y, en fin, el aporte de la universidad en la solución teórica a los grandes problemas nacionales y populares (políticos), constituyen elementos indispensables de esta proyección político-social de la universidad venezolana.

Cumpliendo estas misiones, en su auténtico sentido y significado, la universidad podría jugar el papel histórico de avanzada que le corresponde en las realizaciones de la revolución venezolana. Este papel de avanzada es de una doble naturaleza: 1) en lo teórico: ampliando, precisando y difundiendo las adquisiciones fundamentales de la cultura y ciencia universales, al mismo tiempo que contribuye a esclarecer la verdad de nuestros problemas esenciales de pueblo, patria y libertad; 2) en lo práctico: realizando de hecho su renovación estructural universitaria al máximo para que sirva de ejemplo a los que el pueblo deba hacer respecto a la sociedad venezolana en su conjunto. Es la lucha dual por la verdad racional y científica (universalidad) en síntesis cabal con los problemas populares (pueblo), nacionales (patria) y democráticos (libertad) y por la universidad nueva que queremos todos los venezolanos como motor auxiliar del progreso social, nacional, cultural y educativo. Es la fusión de lo práctico y lo teórico al servicio de la verdad y la universidad, de la renovación y de la ciencia.

El hombre contemporáneo, especialmente el universitario, gravita hoy en función de dos coordenadas fundamentales: la renovación y la ciencia. Y la universidad no escapa a esta tensión, forma parte esencial del engranaje científico.

Pero la universidad deberá comprender que su papel científico (es decir, de encontrar la verdad) no puede verificarse sino en función

de la veta revolucionaria (es decir, histórica, social). Ciencia sin revolución es hueca, vacía, desprovista de contenido, sin ninguna riqueza vital. Del mismo modo, lo opuesto: no es posible la revolución sin un fundamento científico, esto es: que refleje la realidad acertadamente. Revolución sin ciencia es ciega, sin dirección, maniata al hombre. La ciencia permite que la revolución conduzca a la libertad igualitaria, como hecho social y como toma de conciencia. La ciencia de la universidad tiene que ser una ciencia revolucionaria, es decir: humana, social, venezolana.²²

En la universidad la ciencia tiene que ser revolucionaria y no que la revolución sea consciente (científica). Hablar de universidad es hablar de ciencia, no tanto de revolución. Hablar de pueblo, en cambio, es hablar de revolución. De revolución que tiene que ser científica. Lo necesario al pueblo, a la clase obrera, en su toma de conciencia: la explicación y la orientación científica una vinculación estrecha con el pueblo y la patria. Para lograr que esa ciencia, esa metodología y esa técnica estén al servicio de todo el pueblo, de las clases explotadas y humildes. Se trata así de una ciencia universitaria al servicio del hombre.

Solo una ciencia revolucionaria como reflejo en la universidad de la revolución consciente (científica) que realiza todo nuestro pueblo permite que aquella devenga un instrumento útil para elevar las fuerzas capaces de transformar las estructuras sociales que nos atan. Por eso necesitamos a la par elevar la conciencia ideológica y política del movimiento universitario revolucionario –para hacerla una conciencia crítica y creadora– y al mismo tiempo imprimirle un contenido revolucionario (social, patriótico, democrático y popular), a la

22 Nos es satisfactorio que esta tesis desarrollada por nosotros con fuerza desde 1958 y publicada en *Problemas Universitarios* (pp. 11-19) sea impulsada ahora por un grupo cada vez mayor de pensadores latinoamericanos. Ver: Orlando Fals Borda. "Ciencia propia y colonialismo intelectual" *Nuestro Tiempo*, México: 1970. Y también ver: Oscar Varsavsky. *Ciencia, política y científicismo*, CEAL, Buenos Aires: (s/f).

ciencia, las humanidades, el arte, las técnicas, y las profesiones que se desarrollan en la universidad. En pocas palabras: que la teoría revolucionaria fructifique y se plasme en labores universitarias, rescatando para sí a la ciencia y las humanidades. Estos instrumentos no pueden seguir estando –como hasta hoy– al servicio de ideologías que defienden intereses antinacionales. La lucha ideológica tiene que colocarlos al servicio de toda la nación venezolana, tal como lo exige la nueva universidad que queremos.²³

Ciencia y revolución al servicio del hombre. Ciencia y revolución en manos de los venezolanos para conquistar la liberación nacional y el socialismo. Ciencia y revolución para fraguar la Universidad nueva.

En consecuencia, las fuerzas democráticas y revolucionarias en la universidad tienen planteadas, desde el punto de vista ideológico-político, las siguientes tareas:

1) Promover la unidad, organización, combatividad y conciencia de las fuerzas revolucionarias nacionales, tanto en la universidad como entre las masas populares.

2) Elaborar estudios y planes científicos que aporten soluciones concretas, a corto y largo plazo, al conjunto de los grandes problemas de la nación venezolana: industrialización, reforma agraria, vivienda, salud, etcétera.

3) Difundir y propagar en nuestro pueblo una concepción científica del mundo y del hombre, como generalización de la teoría y metodología que aplican y desarrollan cada una de las ciencias particulares, en oposición a las ideas oscurantistas religiosas; y que incrementen poderosamente la cultura socialista, popular y nacional en lucha abierta contra los sistemas de comunicación de masas que destilan una cultura elitista, burguesa y proimperialista.

23 Esto no significa que la teoría de la revolución deba hacerse en la universidad sino que ella puede contribuir con ese objetivo. La teoría de la revolución surge de la práctica revolucionaria en la calle, fábricas, caseríos y montañas de Venezuela.

4) Exigir una profunda renovación de la educación y la escuela, de manera que la enseñanza de nuestra juventud adquiriera un contenido racional, democrático, patriótico y socialista en oposición con el actual sistema, doctrina y organización de la educación primaria y media, alejado por completo de las exigencias objetivas que la nación reclama históricamente;

5) En fin, llevar a cabo, en su propio seno, por la vía de la acción práctica de masas, pero sobre la base de análisis científicos y sensatos, una inmediata renovación universitaria que transforme radicalmente nuestras universidades, facultades, escuelas, institutos y cátedras, poniéndolas a tono con las necesidades del país y con las exigencias de las luchas anticoloniales.

Desde luego, aun lograda la nueva universidad, verificándose en la práctica el modelo teórico de universidad que queremos, en un país capitalista neocolonial como Venezuela, cumplida en lo sustancial la reforma universitaria, esta nueva realidad no agotará todas las exigencias de la enseñanza superior de nuevo tipo. Ello se debe a que, aun así, nuestra universidad continuará siendo una institución enclavada en la superestructura político-ideológica capitalista que aprisiona al país. Los grandes ideales de docencia e investigación científica a partir de la práctica productiva y de la tecnología, por parte de los propios obreros y trabajadores en general, que unifiquen definitivamente la ciencia y la técnica al proceso productivo y revolucionario de las masas, no será posible realizarlos sino cuando advenga una profunda revolución cultural socialista una vez instaurado el poder proletario en nuestro país. Pero con la universidad nueva, aún en el marco superestructural de la dictadura de la democracia reformista vigente hoy en nuestro país, daremos un salto adelante y haremos de nuestra institución universitaria, no una agencia conservadora del orden social establecido como producto histórico residual domeñado por la cultura neocolonial, tampoco una fábrica de "funcionarios" que modernice el mecanismo capitalista de dominación neocolonial,

sino una herramienta poderosa que contribuya al progreso de la sociedad, la nación, la cultura y la educación venezolanas, colocándose así la universidad entre el conjunto de fuerzas nacionales llamadas a acelerar el proceso revolucionario de liberación antineocolonial y socialista.

El movimiento universitario nacional –profesores, estudiantes, egresados, empleados y obreros– tiene que forjar un frente nacional en defensa de la universidad democrática, racional y patriótica para que comande y haga realidad la reforma universitaria en nuestro país, la nueva universidad de nuestros días. Este frente avanzará, nucleará un conjunto de fuerzas suficientes para que se imponga la renovación universitaria en Venezuela y demos vía libre de acceso a las nuevas formas de enseñanza e investigación. El movimiento estudiantil, los profesores y egresados, los empleados por el proletariado, por los campesinos, por la intelectualidad nacionalista, es decir, por las fuerzas de avanzada que luchan en nuestro país por un gobierno patriótico democrático y popular como régimen de transición al socialismo. Este respaldo no se hace esperar. Porque la lucha en el plano político por dicho gobierno se traduce en los canales universitarios precisamente en el combate por la reforma universitaria, por la universidad de nuevo tipo. Una y otra lucha, uno y otro movimiento, se conectan recíprocamente: a través de los pequeños y grandes éxitos y derrotas, avanzarán y un futuro luminoso se abrirá para nuestra patria. Este es el camino que tienen por delante los universitarios venezolanos empeñados en la reforma universitaria. No hay otro.²⁴

24 Justamente la reciente reforma a la Ley de Universidades (septiembre, 1970) y el posterior allanamiento de la UCV, evidenció para la clientela universitaria que el combate por una nueva universidad está ligado indisolublemente a la lucha por un nuevo Gobierno en Venezuela.

Capítulo IV. El enfoque estructural interno: la renovación universitaria como transformación de todas sus estructuras de funcionamiento

La universidad venezolana como la latinoamericana, y en general la Universidad a escala mundial, atraviesa actualmente una profunda crisis estructural interna. El desarrollo de la ciencia y la tecnología contemporánea está dejando muy atrás el instrumento universitario universal, como órgano idóneo capaz de absorber estos avances e impulsar su progreso a un plano todavía superior. Las universidades mundiales, como simples herramientas conservadoras y difusoras del saber y la cultura, están mostrando visiblemente sus endebles estructuras, incapaces ya de sostener todo el embate renovador de la ciencia, la técnica y la nueva civilización que se avecina. Por otra parte, el crecimiento demográfico a escala internacional y, particularmente, el incremento exhaustivo de la matrícula universitaria en todo el globo, plantea en términos inaplazables urgentes problemas en la impartición de la enseñanza y la realización de la investigación científica en términos masivos. Esta doble exigencia de calidad (científica, tecnológica, etcétera) y cantidad (en cuanto al número de matrícula universitaria) impuesto por el movimiento mismo de la civilización actual atenaza gravemente la actividad tradicional de las universidades, provocando profundos procesos de innovación en todos los países, especialmente los del mundo capitalista.

La universidad venezolana, como parte de un país sometido a la dominación neocolonial de los EE.UU., refleja aún con mayor pujanza

esta contradicción interna en su desarrollo, en términos apremiantes. Necesita elevar su nivel científico técnico, tanto en la docencia como en la investigación, y al mismo tiempo requiere transformarse en una palanca generadora que, incorporando masivamente al estudiantado, pueda contribuir en la formación de cuadros capacitados y suficientes al nivel de las exigencias nacionales y, preparados y activos en la lucha por la liberación del país.

El crecimiento económico-social de la nación el progreso alcanzado por la ciencia y la tecnología universales, el aumento considerable de la matrícula educativa, particularmente la universitaria, en los últimos años, enfrentan a la universidad a la necesidad imposterizable de llevar a cabo una reforma profunda de la enseñanza superior que comprenda fundamentalmente: 1) la ampliación y el perfeccionamiento de la función de la enseñanza profesional y tecnológica en vista de las necesidades surgidas a escala nacional que exigen soluciones racionales y eficientes; 2) emprender el cultivo de la filosofía, el arte, la técnica y un programa amplio de investigaciones científicas, dictadas no solo por la conveniencia de superar deficiencias conocidas sino más bien por los problemas de urgente solución.

La reforma, en consecuencia, no puede estar dirigida únicamente al logro de que la universidad cumpla una simple función instrumental –de estricta formación de cuadros científicos y técnicos– sino a otra, más perentoria, de orientación, crítica y renovación constructiva, que haga de ella una fuerza activa al lado de otros movimientos sociales, capacitada para defender los objetivos progresistas de la nación, la cultura y educación venezolanas, así como su propia e intransferible legitimidad. En este sentido que interpretamos la renovación universitaria como una reorganización general de la universidad, de toda su estructura interna.

La reforma universitaria la concebimos como un problema político real de todo el país, como un sacudimiento serio de la lucha ideológica que se desenvuelve a escala nacional, como una cuestión

que se proyecta en concreto en la problemática pedagógica en torno a la doctrina y organización de la educación nacional (incluida la universidad), en fin, como una elevación sustancial del nivel científico y técnico y de la capacidad cuantitativa (suficiente) y cualitativa (eficiente) para impartir la enseñanza y ejecutar la investigación. En esta perspectiva, no se trata solamente de una renovación académica de la universidad, sino de un reestructuración profesional, científica, cultural y social: una organización general de toda la estructura interna de la universidad en cuanto a cobrar plena conciencia del cumplimiento de sus misiones, especialmente aquella social que nos proporcione una universidad de masas y no de los recursos económicos, técnicos y humanos de que dispone, haciéndolos cada vez más racionales y eficientes; en fin, en cuanto a transformar su actual estructura de funcionamiento, mediante la cual la universidad se realiza, adoptándola drásticamente a la nueva situación, a las exigencias nacionales y a las nuevas tareas. Esta es la renovación universitaria que queremos. Si la realizamos haremos una universidad nueva en Venezuela.

La realización en la práctica de una universidad de masas no significa solo abrir sus puertas a la gente del pueblo, como plantea- miento meramente teórico y demagógico. Aparte de que la incorpo- ración de los sectores populares en forma masiva no es un problema exclusivo de la universidad sino del régimen social que haya conquis- tado la nación, hay razones inherentes a la evolución misma de la universidad que exigen este incremento cuantitativo, como es el au- mento explosivo de la matrícula y la urgente necesidad que tiene el país de profesionales y cuadros de una serie de ramas nuevas de acti- vidad. Por eso queremos un desarrollo masivo y no elitesco tanto en la docencia como en la investigación científica. Pero, no se trata solo de crecer para satisfacer las demandas estudiantiles, sino que es ne- cesario también a la par mejorar sustancialmente la calidad de la en- señanza y el incremento de la investigación creadora. De este modo haremos unas síntesis en la realidad nacional (exigencias nacionales,

crecimiento de la matrícula, etcétera) y el progreso universal de la ciencia y la tecnología. Resolver esta contradicción exige al mismo tiempo elevar lo cuantitativo y lo cualitativo. Es uno de los desafíos más serios que tiene planteada la universidad contemporánea y que nosotros debemos encarar con sensatez y audacia.

Por todo lo cual diseñar un modelo teórico de universidad, que mejor corresponda a las actuales condiciones históricas que vive Venezuela, tendría que encarar la superación de la actual crisis estructural interna que vive la universidad venezolana, sobre la base de una reorganización general en la integración de sus órganos mediante los cuales esta cumple sus funciones básicas. La crisis universitaria actual significa un estado de desajustes y tensión respecto a sus componentes internos propiamente estructurales que frenan actualmente el pleno ejercicio de sus funciones básicas. Por eso, la reorganización estructural interna de la universidad, a nuestro modo de ver, tendría que alcanzar en los próximos años –en el menor tiempo y con el máximo de eficiencia– las siguientes metas fundamentales:

1) Un movimiento moderno y masivo de la enseñanza e incluso de la investigación científica que corresponda a las exigencias de la civilización contemporánea y a las necesidades de la nación.

2) Una ampliación y uso racional y eficiente del presupuesto y los recursos financieros, técnicos y humanos con que cuenta actualmente la universidad;

3) Una elevación sustancial del nivel científico y tecnológico que permita ponerse a tono con el progreso universal, que implique la preparación científica para el futuro, en fin, que asegure el funcionamiento integral de la docencia y la investigación.

4) Una renovación radical de los métodos de enseñanza y el sistema de estudio, que implique una transformación de la estructura integral, sobre la base de una concepción racional del aprendizaje y la evaluación.

5) Una modificación real del engranaje de dirección política y administrativa de la universidad, que conduzca la institución a la autarquía financiera, la autonomía auténtica y el gobierno democrático, a fin de establecer relaciones adecuadas entre los sectores en la transformación de la universidad.

Un desafío perentorio que tiene planteada la universidad moderna es que ella no se organiza para pequeños números de clientes, como antaño. La universidad elitesca está siendo demolida. La enseñanza superior no puede ser ya un privilegio de unos cuantos, especie de don intelectual. La universidad como institución cumple con una necesidad social. La civilización actual precisa de una suma bastante grande de individuos con preparación superior. El país, hoy y en el futuro, requiere una selección claramente racional y una movilización cada vez más sistemática del talento vivo y la capacidad creadora de sus cuadros. Eso no es posible con la Universidad que tenemos y sus atrasadas estructuras. A la masa de estudiantes que nos vienen sin la preparación suficiente de la educación media, debemos darle un trato adecuado, cuya solución más acomodaticia e interesada políticamente no puede ser el limitacionismo y el cupo. Necesitamos cursos básicos y propedéuticos a nivel de primer año en las distintas facultades y grupos de escuelas que absorban útil y racionalmente esta inmensa clientela y que impartan el conocimiento de los estudios generales. Hace falta, además, que los cursos de las profesiones respectivas tengan una mayor expansión, orientados hacia aquellas profesiones y técnicas que más requiere el país en lo inmediato. Por último a través de este proceso cuantitativo-cualitativo, recogemos al final, sobre la base de la selección, el entrenamiento y el aprovechamiento, los cuadros más calificados que, por evolución normal y con base en su demostrada capacidad, se dediquen a la producción del saber científico y tecnológico. Es importante la justa apreciación dialéctica que integre la formación profesional masiva y la selección de cuadros capacitados en términos de

potencialidades intelectuales. Los dos sectores son vitales y no hay argumento alguno que haga poner el acento unilateral solo en uno de ellos. Hace falta el crecimiento concomitante e interdependiente de ambos: porque la fuerza de su progreso está en consonancia con una calidad media, producto del mayor número de estudiantes y graduados, y por el proceso de formación de las potencialidades intelectivas y creadoras que objetivamente depende de la selección y aprovechamiento de los mejores talentos. Es pues, una exigencia social, cultural y nacional a la vez. Es algo inherente a la propia dinámica progresiva de la ciencia y la docencia.

Por eso planteamos una universidad de masas y no de élites. Una universidad moderna de clientela masiva como exigencia de la nación y la civilización contemporánea.

Pero para el logro de aquello necesitamos un uso y aprovechamiento cada vez más racional y eficiente de los recursos de que dispone la universidad. No podemos seguir transitando un desgaste tan acentuado de toda la potencialidad financiera, técnica y humana con que cuenta nuestra universidad. Tenemos varios años de entercada lucha por la elevación del presupuesto universitario. Esta lucha debe proseguir. Nunca serán suficientes para las exigencias del desarrollo universitario nacional las escuálidas inversiones que decida el Gobierno. La falta de presupuesto para las universidades y, en general, para la educación, implica la aplicación de toda una línea política contra el movimiento creador de las universidades estatales. De una parte, no se justifica que un país con un presupuesto nacional fabuloso, que dedica, oculta o abiertamente, grandes sumas a la policía y al ministerio de defensa nacional, o bien, que gasta en burocracia un porcentaje cuantioso del tesoro público, no pueda invertir seria, responsable y sensatamente sumas bien planificadas y suficientes para la transformación de la universidad. Nuestras universidades deberían absorber cerca del 5% del presupuesto nacional, para ponerse a tono con las exigencias que claman por

su transformación. Por otra parte, toda actitud mezquina en la elevación del presupuesto universitario es objetivamente una política a favor de su descenso científico y tecnológico, cuando objetivamente las compañías extranjeras, la gran burguesía y el alto clero contribuyen con el desarrollo de las universidades privadas, especialmente la católica. Solo un presupuesto adecuado puede permitir resolver el retraso educativo y científico y enfrentar los problemas actuales del desarrollo. La universidad seguirá a la zaga. Si no hay solución satisfactoria a la cuestión del presupuesto, las demás alternativas a los problemas internos del crecimiento de nuestras universidades quedarán paralizadas. El alza del presupuesto es su base material. Profesores, estudiantes, egresados y obreros deben iniciar, con la fuerza que poseen, unas jornadas nacionales por el aumento del presupuesto universitario, por el funcionamiento de la zona rental, en fin, por la estabilidad económica y la autarquía financiera de la universidad.

Es necesario aumentar el dispositivo técnico de la universidad y mejorar su rendimiento. Necesitamos más y mejores laboratorios, talleres, bibliotecas, etcétera, de los que contamos actualmente; pero de estos no obtenemos toda su capacidad en el incremento cuantitativo y cualitativo de la enseñanza y la investigación. Ello está unido al problema humano del docente y el investigador. Hay un rasgo esencial que caracteriza la estructura relacional entre el factor humano y el modo de usar los recursos existentes. El no aprovechamiento racional y eficiente de los recursos obstaculiza seriamente el incremento acelerado y será una valla seria en el futuro. Hay desperdicio crónico, desgaste innecesario y subutilización normal de los recursos económicos, técnicos y humanos. Las posibilidades no financieras no son planteadas. Hay incapacidad para imponer unos métodos de dirección y un estilo de trabajo que nos proporcionen una práctica técnica de racionalización, planteamiento y ejecución de las tareas básicas de la universidad.

A nivel profesoral tenemos dos tipos de quistes que el proceso renovador tiene que extirpar. Se trata del “docente enquistado” y el “investigador burócrata”. El profesor enquistado es un producto residual del pasado, vinculado a la tradicional universidad de las profesiones liberales. Es el típico “catedrático” que aún impera en las viejas facultades (Derecho, Medicina, Ingeniería, etcétera) o bien el profesor conservador de las nuevas facultades (Humanidades, Economía, Ciencias, etcétera). El sigue siendo un factor de freno al progreso de la enseñanza superior. Consciente o no, se transforma en un obstáculo contra cualquier proceso de transformación de la universidad, justamente porque ello significa la desaparición de “su” cátedra y la ruina de su prestigio como intelectual. Aparece objetivamente como un agente conservador del “estatus” existente que lucha por supuestos “valores sagrados”. Lo mismo sucede con el investigador burócrata, que no realiza ninguna obra creativa seria en el campo respectivo y se deja modelar por las tareas administrativas y el papeleo diario. Hay, además, el caso reciente del joven profesor insuficientemente preparado, que debemos agotar los recursos para que en el menor tiempo eleve su capacidad.

En el plano de los trabajadores (obreros y empleados), como de los estudiantes, se pide una mayor eficiencia de sus actividades. El estudiante, al mismo tiempo que clama por mayor calidad a los profesores, tiene que exigirse a sí mismo. No hay ya ninguna excusa que justifique al estudiante deficiente: ni el trabajo productivo, ni la actividad política, etcétera. El proceso de renovación tiene que insuflar en el espíritu estudiantil una moral de austeridad y responsabilidad en el cumplimiento de las metas que impone el estudio.



17. COLECCIÓN ARCHIVO AUDIOVISUAL DE LA BIBLIOTECA NACIONAL.
PANCARTA ESTUDIANTIL

En conclusión, pues, necesitamos un uso más racional y eficiente de los recursos económicos, técnicos y humanos con que cuenta actualmente la universidad, al mismo tiempo que luchamos por el aumento del presupuesto, la elevación del dispositivo técnico y la mayor calificación del personal humano.

Sobre aquella base es posible afrontar la superación del nivel científico y tecnológico de la universidad que permita ponerse a tono con el progreso universal de la ciencia y asegure la marcha mancomunada entre el trabajo de docencia y el investigativo. En esta perspectiva es posible llegar a una ciencia universal, de vanguardia, y una técnica vinculada estrechamente con los problemas prácticos del desarrollo de la nación venezolana. Solo de este modo colocamos a la universidad a la altura de su papel histórico en los combates de toda la sociedad venezolana.

En esta lucha necesitamos atacar ideológicamente las tendencias prácticas –y no solamente teóricas– que subyacen en los modelos teóricos que se diseñan para reorganizar la universidad. A nuestro

modo de ver, las más importantes son las siguientes: el humanismo (como residuo de la Universidad colonial), el cientificismo (como reducto postrero del positivismo o bien de los modelos neopositivistas), el tecnicismo (como expresión de la penetración neocolonial norteamericana) y, en fin, el filosofismo universalista (la influencia de los modelos europeos). En cada una de estas tendencias se exagera un aspecto de los distintos fines de la universidad: humanidades, ciencia, técnica, etcétera. Y en todas ellas subyace una concepción empírica o teoricista que impide encontrar el verdadero sendero para forjar nuestro modelo nacional.

El humanismo es la tendencia a sesgar la educación hacia las humanidades. Esta posición considera que las ciencias (especialmente las naturales) y las técnicas se excluyen en relación a las humanidades y las denominadas ciencias del hombre. Se critica que la formación científico-técnica es meramente informativa, no integra la personalidad del joven. En ella residiría entonces el origen de los vicios de nuestra juventud y las crisis de nuestra enseñanza. Es querer retroceder a la universidad teológico-humanista del pasado colonial. En realidad no hay exclusión alguna entre las humanidades y las ciencias y se complementan mutuamente en un saber integral. Tampoco hay separación entre la educación informativa y la formativa: la una no es posible sin la otra y viceversa.

El cientificismo pervive aún hoy como influencia del positivismo, de viejo y nuevo cuño. Persiste en la oposición excluyente entre las ciencias y las humanidades, pero a favor de la ciencia. Quieren en consecuencia una orientación de la formación universitaria hacia la investigación exclusiva, oponiéndose a la enseñanza profesional, labor principal que hoy cumplen nuestras facultades. Caen en un cientificismo abstracto. No se puede desligar la investigación científica de la práctica social del hombre, de las necesidades que impone el desarrollo de la nación, de la urgencia de las profesiones y las técnicas. El investigacionismo “puro” pierde su contenido histórico y material

al separarse de la práctica social de la cual se nutre. Hace falta más investigación y más acción creadora, más planes y trabajos de taller, laboratorios y bibliotecas, pero es necesario partir de la unidad entre la formación teórica y la práctica, de la correspondencia entre ciencia y profesión, entre docencia e investigación, en una unidad que rebase las dos tendencias opuestas. Las dos constituyen misiones de la universidad y es necesario vitalizarlas en forma concomitante e interdependiente.

El tecnicismo está unido a la vieja tendencia de dedicar la Universidad exclusivamente a la enseñanza de las profesiones, tanto las tradicionales como las modernas, el profesional, de hecho, es un técnico en su respectiva disciplina. Esta tendencia perseguiría, en consecuencia, formar exclusivamente profesionales y técnicos. En el plano de las exigencias nacionales y el desarrollo económico independiente, este objetivo se encuentra justificado: en una serie de renglones, nuestra universidad requiere formar a los técnicos que el país necesita. Pero, aparte de insuficiencia y anarquía, la forma como se preparan hoy los técnicos y profesionales es abstracta y se encuentra desligada de los problemas del país. De una parte, persiste la pérdida de tiempo en formar las viejas profesiones liberales o bien aquellas que aseguran mayor entrada económica; por la otra, en los nuevos planes de escuelas y profesiones se estipulan carreras con una dirección unilateral de aplicación mecánica de experiencias de otros países, especialmente de los EE.UU. esto significa que nuestra educación superior se pone al servicio, no de la problemática nacional, sino de los intereses neocoloniales de Estados Unidos en Venezuela.

Esta tendencia es expresión de la ideología tecnocrática científica y tecnológica que persigue desligar a la universidad de la vida social y de la nación venezolana, como objetivo clave de la política de neocolonización cultural norteamericana. Ella mata lo propio y específico, en aras de una atomización teórico-abstracta. Es necesario combatir esta posición, tomando de ella lo que tenga

de positivo. Estamos en contra de la deshumanización tecnológica. Los instrumentos creados por el hombre alienado. Si en la sociedad capitalista este dominio de los instrumentos y la técnica pervive en la vida del hombre, no tiene por qué existir en el desarrollo de los más altos valores culturales, como es la vida universitaria. En el campo de la universidad debemos combatir la barbarie tecnológica. La especialización y la técnica se disgregan del todo y pretenden elevarse artificialmente sobre el hombre, creador de esta técnica para sus propios fines. Estamos por una educación técnica ligada profundamente a la vida, en concordancia con las necesidades y posibilidades nacionales, pero aunada a una formación humanista y de profundización científica. Queremos profesionales con una sabiduría básica que se exprese en una concepción integral del saber y en una concreta responsabilidad social. Queremos especialistas que sepan profundizar y debatir acerca de los grandes problemas actuales del hombre y de la ciencia.

Lo medular de este problema es que no se puede colocar en primer término el aspecto técnico y el pedagógico cuantitativo, desvinculándolo del contenido social de la enseñanza y el desarrollo multilateral de la investigación. Debemos saber descubrir el contenido ideológico que viene envuelto en las formas aparentemente técnicas, metodológicas y pedagógicas. Lo técnico en sí no es una forma ideológica: es simplemente un instrumento del cual, cualquiera sea su origen, todos podemos servirnos. Progresistas o reaccionarios, sociedad venezolana o imperialismo yanqui. Lo ideológico en lo técnico o metodológico reside en que viene en medio de una determinada política y formando parte de una concepción teórica general. Debemos saber separar lo ideológico y quedarnos en el instrumental positivamente útil. No hay en ese sentido oposición en si la ayuda técnica, a las fundaciones, a las organizaciones internacionales de la ciencia y de la tecnología controladas por el imperialismo, etcétera, sino a lo político e ideológico que representan. En lo técnico y pedagógico

debemos rechazar una política y una ideología neocolonial, aunque podríamos quedarnos con lo instrumentalmente provechoso. Esto es de vital importancia en el análisis de los problemas científicos y tecnológicos de la universidad.

El filosofismo universalista es expresión apresurada de querer aplicar esquemas y concepciones de la universidad supuestamente valederos en otros países, especialmente de Europa, sin asimilar la complejidad de la problemática universitaria nacional. La exageración en este caso no procede de la ciencia (como hacen los científicos) sino de una mezcla de humanidades con una ciencia general, comúnmente confundida con la filosofía o bien con las ciencias humanas o culturales. Su tendencia errónea reside en el “investigacionismo” frente a la profesionalización, puesto que, en todo caso, se aleja más de la vida real que las mismas ciencias. Expresa una preocupación de altura académica que la lleva a desdeñar su vínculo real con la vida y la práctica social, con las exigencias reales y posibles de la nación venezolana.

Indudablemente que el conocimiento humanista, filosófico, científico, técnico y profesional se nos da en una unidad integral, impuesta por la misma práctica social de la comunidad. No se trata de una universidad abstracta, sino concreta. En realidad todas estas tendencias poseen elementos erróneos de un empirismo o un teoricismo (como extremos) que concursan para solventar nuestros problemas universitarios. La base del empirismo es el desconocimiento de la realidad nacional universitaria. Las soluciones que aportan tienen un carácter improvisado, sin estudio previo, tal como lo imponga el proceso espontáneo de crecimiento de la universidad. Por el contrario, el teoricismo proporciona soluciones abstractas, dogmáticas, copiadas de otros países y con la intención de aplicarlas mecánicamente al nuestro. Informa soluciones a la problemática universitaria, que no responden realmente a las necesidades universitarias nacionales.

Se impone un nuevo camino que supere el empirismo, aparejado a la conciencia resignada y espontánea, y el teoricismo, paralelo a la conciencia neocolonial y enajenada. Que le imprima un carácter crítico y consciente al desarrollo estructural de la Universidad (superación del empirismo) y que parta del análisis de la realidad nacional (superación del teoricismo). Este camino apenas se inicia. Nuestro deber es desarrollarlo. Es el sendero propio, nacional, de nuestras universidades, de nuestra cultura y de la nueva ideología. Tendríamos así una universidad que responda a las exigencias de la razón (universalidad), de la nación (nacionalidad) y del hombre (como síntesis de las dos anteriores). Hombre en sentido concreto (como profesión) y como universal (ciencia y humanidades aunadas). Ciencia y humanidades al servicio de una universidad nueva. Esta sería la tendencia objetiva que oriente teóricamente el crecimiento real de nuestra universidad. Una ciencia universal en aplicación a la realidad concreta venezolana.

Esta es la base teórica para una justa apreciación de los problemas científicos y tecnológicos que tenemos actualmente. La reorganización de la universidad tiene que conquistar a corto plazo la elevación de la capacidad científica y del rendimiento técnico de nuestras universidades. Solo así realzamos la universidad a la altura de su papel histórico en la lucha de todo el pueblo venezolano por un futuro de libertad, independencia nacional y socialismo para la sociedad venezolana.

Pero en la estructura de funcionamiento de la universidad tiene hoy una importancia de primer orden la renovación radical de los métodos de enseñanza y el sistema de estudio, que implique a su vez una transformación de todo el esqueleto vigente de los cursos, *pensa* y programas, así como el sistema general de aprendizaje y evaluación. De este modo, un conjunto de problemas adquieren preeminencia, para ser estudiados y resueltos con la urgencia respectiva según la situación de cada facultad: 1) la unidad de la enseñanza profesional y la

investigación científica; 2) la nivelación estructural del conjunto de los cursos; 3) la implantación del sistema de unidades; 4) la renovación del tipo de exámenes y las formas de la evaluación del trabajo docente e investigativo; 5) el carácter de obligatoriedad de la escolaridad para las clases prácticas y libres para las teorías; 6) el ejercicio de la coordinación a nivel de asignatura y departamento que facilite la emulación profesoral; 7) la revisión integral de los *pensa* y el contenido de los programas de cátedra; en fin, 8) la evaluación de la capacidad profesoral en cuanto al método expositivo, al dominio esencial de la temática y en relación al sistema de evaluación y de aprendizaje.

Los cinco primeros tipos de problemas requieren para su solución un diagnóstico responsable que diseñe claramente los modelos a aplicar en cada una de las facultades y escuelas. Los tres últimos, en cambio necesitando aquel diagnóstico, son factibles de encarar sobre la base de un análisis científico urgente, que nos permita irlos poniendo en práctica incluso en el presente año escolar, en aquellas facultades que adelantan su proceso de renovación universitaria. De allí que estos últimos serán comentados en el próximo apartado sobre la cuestión táctica e inmediata de la renovación académica.

1) La docencia no puede impartirse desligada de la investigación. El trabajo de las escuelas no puede seguir estando aislado de la labor que realizan los institutos. La investigación que estos realizan tiene, desde luego, un cometido propio, creador pero al mismo tiempo cumple una función docente: como práctica que enseña a investigar y como institución que proporciona elementos de conocimientos diarios al nivel de trabajo de la enseñanza. La investigación experimental y de campo tiene que recrearse con las tareas de análisis teórico de monografías, libros y teorías; del mismo modo como esta última tiene que proyectar su trabajo sobre la práctica social y el experimento. Este vínculo entre la investigación experimental y la investigación teórica es factible en el marco general de su unidad

con la impartición de la enseñanza, incorporando a las labores de investigación no solo a los profesores, sino también a los estudiantes.

2) La actual estructura de las carreras universitarias tiene profundas deficiencias y no se encuentra a la altura de las exigencias pedagógicas que demandan las escuelas y los institutos. El presente sistema de los cursos y carreras no corresponde a las necesidades de la universidad y el país, al incremento vertiginoso de la matrícula, a las exigencias de una mejor capacitación científica y tecnológica. Al mismo tiempo sabemos de las deficiencias del joven precedente de secundaria, por la crisis general que atraviesa la educación venezolana. Debemos marchar hacia una nueva configuración de los ciclos de la formación del estudiante universitario: a) el básico, general o propedéutico, de carácter informativo general (en lo teórico) para los estudios generales y formativos en la metodología científica de investigación experimental y teórica, que asegure la impartición de conocimientos a nivel de facultad o de grupos de familia de escuelas de una misma facultad; b) el esencial, profesional o de pregrado, de naturaleza formativa en la profesión respectiva a nivel de escuela o carrera; c) el especializado o también de postgrado, también a nivel de escuela, pero con miras a garantizar una cierta diversificación de los egresados en cuanto a sus aptitudes y orientaciones vocacionales. Para cada uno de estos ciclos, según la facultad y escuela respectiva, necesitamos elaborar planes y estudios lo más completos posible.

3) Es ya de aceptación unánime que el sistema de enseñanza por unidades responde más a las necesidades de una educación superior signada por el doble objetivo contradictorio de hacer una enseñanza de masas (cantidad) y al mismo tiempo calificada (calidad). No sucede lo mismo con el actual régimen que seguimos tolerando en algunas de las facultades de la universidad. Al mismo tiempo, en aquellas facultades donde existe el sistema de unidades, debemos hacer una revaloración crítica del mismo, a fin de ponerlo a la altura

de sus específicas peculiaridades nacionales de manera que no sea una simple copia refleja de otros sistemas extranjeros, especialmente el estadounidense. El estudio por unidades facilita la incorporación masiva de los estudiantes, especialmente los que al mismo tiempo trabajan, sin sacrificio de la calidad de la enseñanza, puesto que lo que se hace es extender los lapsos de tiempo indispensables para el cumplimiento de los requisitos temáticos programados. Esta elasticidad asegura al mismo tiempo la obligatoriedad. De este modo, también, podemos hacer de las facultades unidades académicas, en lugar de seguir siendo una especie de federación de escuelas, desligadas una de las otras, evitándose caer tanto en el especialismo restringido como en las desvinculaciones de la enseñanza con la vida de la sociedad. Necesitamos realizar estudios bien programados para cada escuela y facultad, en aplicación de los planes de enseñanza por unidades.

4 y 5) El actual régimen de evaluación, especialmente los exámenes, así como la obligatoriedad de la asistencia a las clases teóricas, se han constituido en dos serias barreras que obstaculizan el progreso de la enseñanza universitaria. El artículo 137 de la Ley de Universidades Nacionales, en relación a los exámenes, no se aplica en la práctica en nuestras facultades y escuelas. Sigue persistiendo un sistema de evaluación empírico, subjetivo y superficial; aparte de los casos de corrupción y amoralismo, que denigran de la ética profesional universitaria. Aunque no podemos continuar con los exclusivos exámenes escritos (cuyo contenido está de antemano redactado, justificable en pruebas parciales de la exclusiva responsabilidad del profesor de la materia), ni con los tipos de exámenes de preguntas y respuestas cortas a la manera de los test, ni con las célebres preguntas conceptuales de desarrollo temático, etcétera, necesitamos un nuevo sistema de evaluación continua a lo largo del año, donde la parte básica informativa puede controlarse pero sobre el fundamento de un dominio formativo de la materia por parte del alumno.

El fin de la enseñanza no puede seguir siendo la transmisión de las verdades que se posean sino la adquisición de disciplina, hábitos de estudio y estilos de trabajo que permitan al educando adquirir la indumentaria y la metodología necesarias para lograr el mismo nuevas verdades: para que sea un ente creador y no meramente pasivo. Se trata de formar una capacidad para adquirir y elaborar conocimientos. Y esto último es lo que se debe evaluar en los exámenes y no la enseñanza de memoria, la repetición hueca, la conceptualización dogmática, el talento libresco, el ejercicio meramente técnico a la manera de las máquinas computadoras. Son hombres y no máquinas; entes creadores y no meramente pasivos.

La obligatoriedad de la asistencia a las clases teóricas no puede seguir existiendo. Ha predominado la vieja práctica de la escolaridad obligatoria, como si la enseñanza superior fuese semejante a la primaria y media. Son las clases de carácter práctico (talleres, laboratorios, seminarios, etcétera) las que deben ser obligatorias, en atención a los específicos problemas de cada facultad y escuela. La libre escolaridad debe ser un principio elemental en la enseñanza superior. El contenido temático expuesto por el profesor en su cátedra se encuentra en los libros. Cualquier estudiante puede perfectamente prepararse en el mismo y dominarlo tan igual como el profesor. Lo importante es el sistema de evaluación que asegure realmente que hay la posesión de ese dominio. Al mismo tiempo ello emula la actividad expositiva de los profesores, puesto que tendrán audiencia y clientela aquellos profesores que realmente transformen su cátedra en un foro polémico permanente de exposición pedagógica, profundidad científica y preparación constante, a la altura de su disciplina científica respectiva.

Si a todo esto agregamos el ejercicio de la coordinación a nivel de asignatura y departamento, estimulando la cátedra paralela que facilite la emulación profesoral, la revisión integral de los *pensa* y el contenido de los programas por asignaturas; en fin,

la evaluación responsable y sensata de la capacidad profesoral... habremos avanzado en la renovación radical de los métodos de enseñanza y el sistema de estudio en nuestra universidad.

Por último, la reforma universitaria exige también una modificación del engranaje de dirección política y administrativa de la universidad, a fin de establecer relaciones adecuadas entre los sectores que integran la institución de manera que puedan cumplir con sus tareas en forma idónea. Podemos acordar lo que deseamos respecto al modelo de Universidad que queremos, pero en última instancia tales soluciones serán ejecutadas por un grupo de hombres dentro de determinadas formas de gobierno: este es el problema crucial de la dirección política y administrativa de la Universidad, con todas sus escuelas organizativas y burocráticas.

La primera cuestión que emerge es la falta de gobierno democrático en la universidad. Nosotros planteamos un gobierno a partes iguales entre profesores, estudiantes y egresados. La representación estudiantil tiene que ser menos simbólica y reflejarse institucionalmente con todo el peso real que tiene desde el punto de vista práctico. Solo un gobierno democrático puede ser garantía de una autonomía universitaria auténtica. Es por ello que resultan conflictos entre los diversos sectores de la vida universitaria, en lugar de transitar senderos unitarios en el objetivo común de elevar la universidad. Desde luego, sin necesidad de modificación de la Ley de Universidades Nacionales, el movimiento prorreforma, puede equilibrarse la baja representación estudiantil con una actividad mayor de las masas estudiantiles que presionen por la renovación universitaria de manera que sus planteamientos se hagan sentir en el seno de las Asambleas y Consejos de facultades, en mancomunada actitud con profesores y egresados, progresistas y revolucionarios; así como extender el cogobierno a las cátedras, departamentos y escuelas. Este es el papel de la movilización masiva de los distintos sectores en pro

de la reforma, impulsada por el frente en defensa de la universidad racional, democrática y patriótica.²⁵

Esta misma alternativa es viable para el resto de problemas políticos, administrativos y organizativos en la Universidad, en relación con el estatuto legal vigente. Así por ejemplo, esta es la cuestión del claustro y el Consejo de Universidades Nacionales.

La función del claustro está muy limitada a la elección de las autoridades universitarias. Podría perfectamente actuar como Consejo Deliberativo de la Universidad durante 10 o 15 días al año, que examine los balances de la actividad de los distintos órganos ejecutivos: Consejo Universitario, Rectoría, decanatos, etcétera. El problema del Consejo Nacional de Universidades es que la representación de las Universidades se hace por igual, sin tomar en cuenta la importancia, capacidad y carácter privado o nacional de la Universidad. La mayor fundación de Universidades privadas e incluso estatales, pero sin gobierno autonómico (como subsisten aún las de Oriente, Barquisimeto e incluso la Simón Bolívar) hace que el Consejo Nacional de Universidades se encuentre de

25 El carácter político-partidista de la reforma reciente a la Ley de Universidades es evidente. En lugar de modificar aquellos aspectos todavía restrictivos de la Ley del 58, lo que hacen es limitar todavía más aquella ley. Pero se equivocan completamente. La práctica de la vida universitaria nacional encontrará fuerzas para burlar de hecho semejante mamotreto politiquero, e incluso, en la medida que se nuclee un amplio frente universitario, puede hasta hacer retroceder al gobierno en sus planes de control ideológico de la educación superior venezolana. Más tarde o más temprano habrá de imponerse una concepción jurídica que realmente recoja las exigencias más elementales del movimiento renovador. Mientras no suceda así y la correlación de fuerzas en el Congreso y en el Gobierno sea desfavorable, la universidad será siempre un punto conflictivo de la lucha política nacional. Y al decir "la universidad" decimos al mismo tiempo el conjunto de la educación y la cultura nacional: la secundaria, la primaria y la actividad cultural en general se transformarán en zonas de combate político por la obcecación del Gobierno y las clases dominantes. Lo que falta es que las ideas renovadoras lleguen a las masas estudiantiles de secundaria. Cuando ello suceda, la fuerza de estas ideas sorprenderá a muchos.

hecho en manos de estas universidades y no de las Nacionales y Autónomas.

Al lado del gobierno democrático necesitamos autonomía auténtica y autarquía financiera de las universidades nacionales.

Este es, en líneas generales, un esbozo de la reorganización estructural interna de la universidad que propugnamos. Estas son las metas a alcanzar. Llegaríamos así a una universidad que, respondiendo a las exigencias de la razón (universalidad), la nación (nacionalidad) y el hombre (síntesis de las dos anteriores), eleve su nivel científico y su rendimiento técnico, difunda una cultura nacional y de avanzada en cuyo núcleo de ideas fundamentales domine una concepción científica del mundo y del hombre, se transforme en una universidad moderna de masas y cuadros especializados, en fin, lleve a cabo un uso racional y eficiente de sus recursos financieros, técnicos y humanos. Esta concepción implica un nuevo tipo de universidad.

De este modo tomará cuerpo una metodología científica general y común para el enfoque, investigación, discusión y conclusión en torno a los problemas de renovación universitaria inmediata. Esta metodología científica –resultado de la práctica histórica de todos los pueblos del mundo– debemos colocarla como columna vertebral de la universidad. De este modo, las variadas concepciones aisladas, las escuelas y facultades separadas, etcétera, encontrarán su tronco vital común. Y algo decisivo: esta metodología incluye entre sus postulados privativos la oposición a todo dogma. No puede catalogarse de “dogmática” la concepción científica del mundo cuya naturaleza interior promueve dispositivos esenciales que impiden justamente todo dogmatismo.

La nueva universidad, la de la Renovación universitaria, tiene que realizarse sobre la base de cambiar el viejo mecanismo transido hasta ahora; de modificar esa concepción y esa praxis estrecha que vacía la cultura, la ciencia y la verdad; de transformar los principios supuestamente filosófico-científicos que gravitan en la

mente de profesores y alumnos. La nueva universidad tiene que ser no solo instrumento del pueblo y la nación, de la cultura y la técnica, de las profesiones y la investigación, sino fundamentalmente una universidad científica –requisito indispensable para cumplir sus otras misiones.

Capítulo V. El enfoque táctico-inmediato: planes concretos de renovación universitaria

De los puntos anteriores se desprende toda una concepción integral sobre el modelo de universidad que queremos, pero nosotros interpretamos la reforma como un proceso ininterrumpido, compuesto de varias etapas y adaptado al grado de avance de cada universidad, facultad, escuela e instituto. El diagnóstico y el diseño, nos permite encarar la cuestión de la renovación universitaria en forma concreta e inmediata: los cambios posibles para el presente año escolar, las transformaciones factibles de aplicar en lo inmediato. Esto es lo que denominamos formulación y realización de los planes de renovación académica.

Históricamente, nosotros hemos transitado el sendero del crecimiento y ampliación de cada facultad –como ha sucedido en la mayoría de las universidades latinoamericanas– por el camino de la especialización técnica y profesional –como modernización refleja amoldada a las necesidades más apremiantes y naturales del país–, en fin, por la vía de un movimiento espontáneo y normal del conocimiento científico. Esta espontaneidad y dispersión en el cumplimiento de las tareas universitarias se ha proyectado, sin embargo, en la búsqueda de superar esta dispersión en una unidad superior: la universidad integrada por facultades, pero con un mismo método y un mismo contenido general de enseñanza y con iguales objetivos nacionales y universales en el progreso de la ciencia. Al mismo tiempo, conquistar una conciencia crítica que vislumbre nuevos modelos de

trabajo, más cónsonos con las exigencias actuales y futuras previsibles y que entierre la simple actitud apática y resignada. Desde luego, esta unidad superior y esta conciencia crítica aún no las hemos alcanzado, pero, indudablemente ese es nuestro camino, si queremos construir realmente una universidad nueva en Venezuela.

Siempre ha existido una profunda inquietud en los medios progresistas universitarios respecto al mal funcionamiento y el estado de mediatización existente en las facultades y universidades nacionales, por la espontaneidad y falta de visión crítica de las autoridades, por no existir una actitud de sensibilidad social y honestidad académica en la mayoría del profesorado, en fin, por la posición poco activa y beligerante de las fuerzas revolucionarias en el seno de la universidad. Esto ha permitido la entronización de la apatía, la justificación de lo existente, las explicaciones verbalistas ante el desmejoramiento casi vertiginoso que viene sufriendo nuestra universidad.

Si bien en repetidas ocasiones se había planteado este problema y se habían estudiado soluciones, no fue sino hasta el movimiento de ciencias del presente año, en la Universidad Central, que se dieron las condiciones concretas para iniciar, en forma casi explosiva y decidida, un movimiento de renovación académica que pudo contar con la colaboración de estudiantes, profesores y trabajadores de dicha facultad. Comenzó así, lo más intensamente posible, un proceso de recuperación y reorganización general de la universidad, que permite ir transformando en el instrumento del impulso social y cultural que el país requiere. El movimiento de renovación universitaria y académica es fundamentalmente un proceso de cambio de la actual situación existente, ya intolerable, para el momento histórico que vive nuestra universidad.

En efecto el aumento de la matrícula universitaria ha hecho crecer considerablemente la actividad universitaria del país, especialmente en las facultades y escuelas de la Universidad Central, a partir de 1958. Desde la década pasada, la matrícula universitaria prácticamente se ha

multiplicado por seis; otro tanto ha sucedido a nivel profesoral. En la Universidad Central hemos pasado de 400 profesores en 1958 a cerca de 2.500 en 1968. Esto involucra un salto cuantitativo extraordinario, que ha dejado sentir sus huellas en la baja calidad en la impartición de enseñanza, en la investigación científica. Semejante falta de calificación del trabajo profesoral podría justificarse en los primeros años inmediatos a 1958, cuando el crecimiento de la matrícula se hizo impresionante, pero pasados ya diez años de su inicio, cuando se tiende aún dentro del incremento a una cierta normalidad, no es posible seguir tolerando las insuficiencias docentes e investigativas. Necesitamos, hoy más que nunca, comenzar a exigir calidad, elevación del nivel científico de la formación profesional y del rendimiento técnico en las labores universitarias nacionales. Es el único modo de colocar la universidad a tono con las exigencias nacionales. Es la exclusiva vía para que la universidad se regenere internamente en su propio proceso sociocultural. Es la sola alternativa que tiene planteado el país nacional y democrático para salvar la enseñanza superior de las embestidas neocoloniales extranjeras y reaccionarias criollas. Por eso, ya hoy, han madurado suficientemente las condiciones para un proceso de renovación universitaria y académica.

Concebida la universidad como un todo integral y sistemático, existe al mismo tiempo una situación específica en cada facultad, escuela o instituto. En el presente momento, la actitud crítica pro Renovación, se orienta a formular y realizar tres metas principales, factibles en lo inmediato y que no tienen por qué ser estrictamente consecutivas.

1 Definición de los objetivos inmediatos que debe perseguir la universidad en general y cada facultad en especial para combatir eficazmente al proceso crítico y consciente pro Renovación universitaria.

2 Análisis de la estructura, funcionamiento y disponibilidades humanas y materiales que utiliza cada facultad, escuela e instituto para

evaluar su actual eficiencia, a la par de la idoneidad de sus integrantes de mayor responsabilidad.

3 Desarrollo de una táctica de cambio de estructura y métodos que, basándose en posibilidades reales, conduzca a lograr el máximo rendimiento en la tarea que debe realizar cada facultad en el proceso de Renovación. Esta táctica debe contener, además, una planificación pormenorizada para el desarrollo, métodos de control y evaluación que permitan conocer a cada momento del proceso los avances obtenidos, así como la bondad de los cambios propuestos a fin de aplicar las correcciones necesarias.

El movimiento de renovación universitaria, iniciado en la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, ha señalado el camino para la reorganización general de las universidades nacionales, para forjar la Universidad Nueva en Venezuela. Debemos asimilar rápidamente esta experiencia de unidad del trabajo teórico con el práctico, al mismo tiempo que prestarle todo tipo de colaboración, para que este movimiento prosiga en la realización de sus planes.

Nuestra estrategia general comprende la transformación de todas las universidades nacionales, especialmente la Universidad Central, al mismo tiempo que la reorganización estructural de todas y cada una de las facultades, escuelas e institutos y cátedras. Pero, dentro de esta perspectiva, tenemos metas factibles de ser alcanzadas en los años inmediatos. Bajo esta orientación concebimos la alta responsabilidad histórica que las fuerzas revolucionarias universitarias, tienen contraídas con el pueblo y la nación venezolana en el presente momento. Por otra parte, esta estrategia no debe olvidar los obstáculos que el Gobierno y las clases dominantes podrán en juego en la medida que el proceso de Renovación vaya obteniendo resultados tangibles. Por ahora manejan el "chantaje" ideológico del allanamiento y el cierre indefinido. Incluso, hasta esto último puede ser realizado, pero ello evidenciará la debilidad del propio Gobierno en la universidad y el éxito de la Renovación; amén de que políticamente

es difícil que el Gobierno pueda arriesgar su prestigio político electorero con un cierre indefinido de la UCV. En todo caso, semejante situación significa que los revolucionarios han cumplido su papel, puesto que las contradicciones de clase en torno a la universidad llegaron a su máxima agudización.

Las fuerzas renovadas están obligadas en el futuro inmediato a un doble trabajo que deberá ensamblarse continuamente. Uno, es el trabajo teórico de análisis y formulación de proyectos particulares y generales para la continua modificación de las estructuras funcionales universitarias, yendo de lo inmediato a lo mediano.

Otro, la actividad práctica de carácter masivo, como expresión de la unidad social de profesores, estudiantes, egresados y trabajadores y la unidad política de las fuerzas revolucionarias y democráticas, que imprima un sello radical a las luchas universitarias por la renovación.

En el campo teórico, tenemos planteado un diagnóstico veraz acerca de la situación de cada una de las escuelas e institutos de nuestras facultades, acompañado del diseño de un conjunto de planes inmediatos sobre los problemas más urgentes, factibles de solución incluso en este mismo año académico. Según señalamos anteriormente, estos bien podrían realizarse en las facultades que apenas comienzan su proceso renovador. Estos son los siguientes: 1) el ejercicio de la coordinación al nivel de asignatura, departamento y relaciones entre institutos y escuelas, que facilite la intercomunicación y emulación en las labores profesoraes; 2) una revisión integral y exhaustiva de los *planes* de cada profesión, así como de los contenidos programáticos por materia, a fin de que respondan a las exigencias del profesional que aspira a formar la carrera respectiva, basado en el contenido temático de las áreas culturales y científicas exigidas como mínimo para dicha formación; 3) una evaluación de la idoneidad profesoral en cuanto al método expositivo, el dominio esencial de la temática de su asignatura y los sistemas de evaluación del aprendizaje que aplica.

Semejantes diagnósticos y diseños de los nuevos planes tienen que comenzar por la definición del profesional que queremos en la respectiva carrera universitaria. A partir de esta concepción delimitar claramente las áreas culturales y científicas y su contenido temático concreto indispensable para la formación e información del educando en dicha profesión. Determinado esto, precisar las asignaturas mínimas que llenarían el aspecto informativo y formativo que asegure el dominio suficiente de dicho contenido temático en cada una de las áreas determinadas, en correspondencia con todo el plan general a fin de que aparezca, al menos en el diseño, una unidad orgánica en el estudio de la profesión respectiva. De este modo cumpliríamos en lo teórico la determinación de lo que debe ser tal o cual escuela, con sus estructuras básicas de funcionamiento. Resolveríamos así, al menos, la cuestión estructural y funcional. Semejante procedimiento, con las alteraciones del caso, es factible de aplicar también en el campo de las labores investigativas que realizan los institutos.

Pero resta aún el otro factor, que necesitamos también balancear autocríticamente. Podemos resolver en lo teórico el esquema estructural de funcionamiento de nuestras escuelas e institutos, pero para que semejante esquema se realice en la práctica, el factor humano es decisivo. Necesitamos valorar entonces la idoneidad de cada uno de los profesores e investigadores para determinar claramente hasta qué punto, con tal o cual personal humano, es posible cumplir con aquellos planes y programas, asignaturas, *pensa*, etcétera, diseñados anteriormente. Esta es una cuestión clave.

En cuanto al trabajo docente es importante que el proceso autocrítico, se concentre en tres tipos de problemas básicos: el método de exposición, en relación a la capacidad pedagógica; el dominio esencial del contenido de la materia respectiva, en cuanto a su preparación científica; en fin, los sistemas de evaluación, en cuanto a su formación ética y didáctica. En el investigador, aparte de su capacidad

científica, necesitamos valorar también su estilo de trabajo en la aplicación de la metodología general y particular, así como sus métodos de dirección para la incorporación de los educandos y otros investigadores a las tareas colectivas del plan programado de la investigación. De este modo combatiríamos tanto al “profesor enquistado” como al “investigador burócrata”, contribuyendo poderosamente a la formación de los nuevos profesores incorporados recientemente y elevando la capacidad docente e investigativa del profesorado universitario en general.

Desde luego, estos estudios teóricos, son una condición indispensable para que las luchas masivas universitarias por la renovación adquieran un contenido científico, responsable y sensato. La actividad práctica pro Renovación podrá impulsarse entonces a nivel de estudiantes, profesores egresados y trabajadores en general con la mayor radicalidad, seguros de que hemos agotado nuestras posibilidades de análisis de la situación y nos presentamos ante el conglomerado universitario y la opinión pública nacional con trabajos teóricos y planes estructurales concretos, que correspondan en particular a la solución de los problemas más urgentes que confronta la universidad para su actual progreso. Una herramienta decisiva en esta perspectiva es la formación del frente en defensa de la universidad racional, democrática y patriótica, que aglutinaría todas las fuerzas revolucionarias y democráticas del movimiento universitario independiente de sus diferencias ideológicas, políticas o de otro orden.

Las fuerzas revolucionarias y democráticas en la universidad tienen que concretar una estrategia común pro reforma universitaria y una táctica inmediata que haga viables las primeras medidas de renovación universitaria y académica en los próximos meses. En esta perspectiva, presentamos estas ideas a toda la población universitaria a fin de oír sugerencias y opiniones, confrontar ideas y marchar unificados en la lucha por la renovación. Llamamos pues, a profesores, estudiantes, egresados, obreros y empleados de nuestras universidades,

a participar activamente en los trabajos y luchas que conduzcan a la realización de la Renovación Universitaria. Todos unidos, por una universidad al servicio de la nación venezolana.²⁶

26 Como se comprenderá, semejante frente no fue posible. Esto, además de la situación crítica que vivía la UCV, facilitó la arremetida del Gobierno, a finales de 1970. Pero esta reacción gubernamental antiuniversitaria es la mejor prueba del significado transformador que desempeñó el proceso de renovación, a pesar de sus deformaciones (evitables e inevitables), obligando al Gobierno y a las clases dominantes a intervenir la universidad. La situación actual obliga con más fuerza a estructurar el frente en defensa de la autonomía y la renovación universitaria, como instrumento de lucha por la forja de una Universidad nueva en Venezuela.

Capítulo VI. Las tareas que tienen planteadas los revolucionarios

Nosotros creemos que la lucha por la renovación de la universidad significa al mismo tiempo una transformación profunda de los revolucionarios universitarios. Para llevar a cabo todo el programa descrito anteriormente necesitamos un movimiento revolucionario en las universidades nacionales completamente nuevo, despojado de los vicios burocráticos y subjetivistas del pasado. Existe objetivamente un conjunto de tareas ideológicas, políticas y organizativas que tenemos planteadas para iniciar con aplomo, intrepidez y energía un combate a fondo para hacer realidad los planes de reforma universitaria que resultan del presente análisis.

En el plano ideológico, los revolucionarios tenemos la obligación de la defensa, difusión, enseñanza y aplicación creadora del marxismo-leninismo. Esta labor apenas se realiza en forma espontánea y natural, dentro del cuadro general de la conciencia subjetiva y administrativa que agobia a la intelectualidad universitaria. Necesitamos organizar, estimular, facilitar y coordinar a nivel de las universidades, facultades, escuelas e institutos una profusa labor, planeada y consciente, en defensa de la teoría científica y revolucionaria del marxismo-leninismo y su aplicación creadora a los distintos dominios de la ciencia y la cultura. Tratándose de la universidad, sede del conocimiento científico avanzado, es justo que en este medio, donde la pugna política adquiere los perfiles definitorios de la lucha ideológica, los revolucionarios defendamos y difundamos el marxismo-leninismo,

en polémica creadora con las otras tendencias del pensamiento universal que hoy se disputan la verdad. Es necesario realizar cursos de enseñanza, charlas y conferencias de difusión, edición de revistas y libros, en fin, investigaciones monográficas donde la teoría marxista-leninista sea el personaje central. Esta labor puede realizarse en forma coordinada y planificada, a nivel de los distintos grupos de estudio, según las diferentes especialidades científicas a fin de que proporcione una imagen real y combativa de la ideología revolucionaria en los medios universitarios. En la medida que participemos activamente en esta labor, le imprimimos nuestra responsabilidad específica al movimiento renovador que hoy sacude las estructuras universitarias. Las tareas ideológicas, pues, se encuentran en primer plano de las actividades a desplegar por los revolucionarios universitarios.

En cuanto a la difusión y enseñanza hay una iniciativa concreta: llevar las tesis del materialismo dialéctico e histórico, de la economía política, de la teoría política y organizativa del marxismo y su aplicación concreta a los problemas de la revolución venezolana al mayor número de jóvenes revolucionarios de la ciudad y el campo, particularmente a los jóvenes obreros y campesinos, marginales y liceístas. En relación a la investigación, es necesario aglutinar grupos de trabajos que difundan y traten de desarrollar el marxismo en relación a cada una de las distintas disciplinas científicas: Economía, Sociología, Filosofía, Biología, Física, Matemáticas, etcétera. Estos grupos pueden perfectamente comenzar editando pequeños boletines con artículos y traducciones referentes a su especialidad.

Pero al mismo tiempo, hace falta unificar aquella actividad con las tareas políticas de defensa y difusión de la política revolucionaria. Esta no puede propagarse ni realizarse exactamente igual que en la calle o como se hace en los medios obreros, campesinos y de barrios. No. Se requiere una defensa y una difusión de la política revolucionaria en consonancia con las peculiaridades universitarias, con el tipo de clientela política que asiste a la universidad.

Es necesaria la profundización en la explicación de los problemas, la sensatez en el análisis, la argumentación sólida a la hora de razonar las diferentes cuestiones en debate. Hay que echar a un lado los clichés, los esquemas estereotipados, las repeticiones vacías. Necesitamos mayor basamento ideológico en defensa de la política revolucionaria.

Por último, los propios revolucionarios deben transformarse en su actividad organizativa diaria. No pueden seguir aplicando estilos de trabajo y métodos de dirección burocráticos y subjetivos. Deben tomar la teoría general y la política nacional revolucionaria y aplicarla creadoramente al medio universitario, mediante decisiones y medidas que se ajusten realmente a la situación concreta de la universidad. Las directivas generales deben conectarse siempre con las directivas concretas en los distintos organismos, desde la base hasta la dirección. Las decisiones tienen que desprenderse de las opiniones subjetivas, de los caprichos y de las actitudes personales de tal o cual dirigente o militante. Debe imponerse una conducción realmente objetiva y sensata, que corresponda a la naturaleza específica de la universidad. El estilo de trabajo de los militantes y los métodos de dirección de los dirigentes debe ser modelo de combate contra el burocratismo. Los métodos de trabajo se caracterizan por el abismo entre la base y la dirección. Porque la base no cuenta con directivas concretas en los momentos importantes y la dirección se encuentra desligada de la base. Esto a su vez repercute en los vínculos con las masas. Los métodos burocráticos de dirección exigen una disciplina a la base, pero violando las disposiciones democráticas contenidas en los estatutos y en las tesis organizativas leninistas acerca del centralismo democrático. No podemos exigir una disciplina coactiva, artificial, exclusivamente basada en el principio de autoridad supuesto en los organismos de dirección. La disciplina, como todo elemento centralista, se apoya en los métodos democráticos de trabajo, que toma en cuenta a la mayoría, que se apoya en la base. Para pedir

disciplina necesitamos garantizar el ejercicio real y pleno de la democracia interna. Al mismo tiempo, la autoridad de los organismos dirigentes no es artificial, sino que se gana en la práctica, aplicando con justeza los verdaderos métodos leninistas de dirección. Solo de este modo podemos superar los vicios subjetivos y burocráticos que están presentes en la actividad diaria de los revolucionarios en la universidad. Realizando la reforma universitaria, participando activa y creadoramente en su condición y sostenimiento, los revolucionarios universitarios nos transformaremos dentro de nuestra propia estructura interna, en nuestros hábitos de trabajo, en nuestros métodos de dirección. Es un proceso dual de mutua influencia. Luchando por renovar la universidad y modificándola realmente, la vida universitaria ejerce su condicionamiento sobre las propias estructuras revolucionarias. Cambiándose esta, le imprimimos un contenido más revolucionario y científico al combate por la reforma de la Universidad. Por eso, para poder realizar los planes de renovación universitaria, los revolucionarios necesitamos en la universidad cumplir un conjunto de tareas ideológicas, políticas y organizativas, que permita diseñar una nueva imagen de nuestra actividad, en consonancia con la nueva situación y las nuevas exigencias planteadas.²⁷

Este es el único camino para conducir y sostener realmente el combate por la realización de una Universidad nueva en Venezuela.

27 La propia crisis universitaria actual ha sido un ejemplo de cómo la renovación universitaria, al obligar al gobierno a intervenir y paralizar la universidad, posibilitó que entre profesores, trabajadores y estudiantes se desenmascarasen "los revolucionarios de cafetín", los "polítiqueros", los denominados "teóricos del chisme" e incluso los deshonestos. Este desenmascaramiento –y los próximos que puedan ocurrir– es muy importante en el proceso de la purificación de los revolucionarios en la universidad.

Apéndice: autonomía universitaria y poder estudiantil²⁸

1. Introducción histórica

1.1 Venezuela y América Latina

El movimiento que se inicia en Córdoba, en 1918, no fue, como se ha pretendido en algunos análisis supuestamente sociológicos, un acontecimiento fortuito de la historia de las luchas sociales y culturales de América Latina, sino que, al contrario, respondió a exigencias históricas, objetivas, que en aquella época, fin de la Primera Guerra Mundial, comenzaban a estremecer al mundo y, particularmente, también a América Latina. Una época en que las luchas sociales y políticas habían adquirido una cualidad nunca antes alcanzada. Recuérdese que Europa está estremecida por la revolución bolchevique de octubre en Rusia. En Hungría el proletariado toma el poder, con Bela Kum a la cabeza. Aunque seis meses después fenece. Igual en Alemania, donde más tarde el partido socialdemócrata traiciona y asesina a Rosa Luxemburgo, la gran teórica mundial del marxismo, y a Carlos Liebeneck. Una época en que los acontecimientos sociales y políticos se proyectan sobre los valores culturales, sobre el saber, sobre la ciencia. Y el mundo es sacudido desde Europa, y a partir de Europa, por una crisis de valores. Todo

28 Conferencia dictada por José Rafael Núñez Tenorio en un ciclo de charlas de la cátedra Filosofía de la Educación en la Escuela de Educación de la UCV, agosto de 1969.

es puesto en duda. Algo semejante a lo que nos está sucediendo en los últimos años.

Entonces aparece el movimiento de la Universidad de Córdoba, en la Argentina, cuyo objetivo fundamental fue poner la cultura y el saber universitario al servicio del pueblo y de la nación.

En Venezuela esto también se proyecta, pero muy tardíamente, porque vivimos la dictadura de Juan Vicente Gómez y además, por razones históricas, el movimiento reformista no destacó. En Venezuela apenas hay pequeños movimientos estudiantiles en el año 28, cuando la huelga, cuando la elección de la reina universitaria. Y luego hay otros movimientos estudiantiles con la caída de Gómez y en la lucha contra la dictadura de López Contreras. Pero el movimiento reformista realmente toma cuerpo a partir del año 1946, donde tiene el primer jalón importante, cuando una Comisión presidida por el Dr. Pizani, por mandato del rector de la universidad, Dr. Juan Oropeza, elaboró un proyecto de Estatuto Orgánico de Universidades Nacionales y la Junta Revolucionaria de Gobierno lo promulgó meses más tarde.

Luego viene el movimiento de clausura de la universidad en el 50 con el Consejo de Reforma y el otro nuevo jalón, después del 23 de enero, la Comisión que redacta la Ley de Universidades Nacionales, presidida por el Dr. De Venanzi, que el 5 de diciembre del año 58, fue promulgada por la Junta de Gobierno, presidida por Sanabria.

Pero el movimiento reformista en Venezuela ha estado siempre limitado. Primero, a los linderos de la universidad. Nunca ha pasado más allá de la universidad. Nunca el movimiento reformista ha proyectado la universidad a la calle. No estoy hablando, de ninguna manera, del movimiento estudiantil, que es diferente. Además este movimiento reformista ha girado en torno al problema de la autonomía, como el gran problema histórico de la universidad venezolana, en vista de esa constante nuestra, en el curso de la historia del país, por la cual, la universidad fue varias veces intervenida por parte

de los Gobiernos de turno. Desde José Tadeo Monagas, pasando por Gómez, López Contreras, Betancourt, Leoni y Caldera.

Entonces el movimiento reformista ha estado limitado a esa concepción impuesta por los profesores.

Paralelamente, los estudiantes desarrollan una praxis revolucionaria y hasta renovadora, pero en forma empírica, sin llegar a fraguar una ideología radical del movimiento estudiantil acerca de la reforma universitaria. Divorcio entre teoría y praxis, entre profesores y estudiantes. Solo recientemente los estudiantes han buscado elaborar una teoría científica revolucionaria acerca de la Renovación universitaria.

El movimiento estudiantil plantea una concepción opuesta a esa tesis reformista, porque la bandera del reformismo la han tenido acá, los profesores, desde el punto de vista ideológico. Ahora es cuando por vez primera, a partir del 68, la bandera reformista o renovadora, comienza a tomarla en sus manos el movimiento estudiantil: unidad de la teoría y la práctica.

El gran problema es la relación dialéctica que existe entre reforma universitaria y autonomía universitaria. Todo el mundo acepta en abstracto que no es posible una universidad autónoma que al mismo tiempo no sea una universidad que constantemente se esté reformando. Sin embargo, nuestra universidad autónoma, la Central, a partir del 58 fue durante diez años autónoma y no se estuvo renovando. Y eso es lo que explica los conflictos y la participación directa del movimiento estudiantil, para hacer unidad entre la teoría y la práctica, para hacer que esta concepción, aceptada incluso por los propios profesores –así la sostiene Foción Febres Cordero, que es uno de los ideólogos del reformismo profesoral– haga realidad el principio de que la autonomía tiene que hacerse en función de la reforma, y que la única garantía de la autonomía es reformar constantemente la universidad. Y al revés: que no es posible la reforma sin una universidad plenamente autónoma, no solo en la autonomía

político-administrativa, sino en la autarquía financiera. Nuestra universidad no es autónoma financieramente porque no es autárquica y está dependiendo de un presupuesto nacional. Es una autonomía enclenque porque está sometida al Estado.

Nosotros hemos venido planteando desde el año 58 y particularmente desde el 60, cuando fue escrito *Problemas Universitarios*, que ni la reforma, ni la autonomía son posibles sin lo que denominamos gobierno democrático. Ese gobierno democrático es lo que ahora se llama cogobierno paritario.

La autonomía y la renovación son una utopía sin gobierno democrático. De manera que las dos fallas de la autonomía, serían que, por un lado, no tiene autarquía financiera y sigue dependiendo del gobierno de turno y, por otra parte, no posee gobierno democrático, sino un gobierno elitesco de profesores, donde la representación estudiantil es meramente simbólica y sirve para justificar la hegemonía de los profesores.

El instrumento fundamental para la reforma, no es entonces, la autonomía, como sostienen los reformistas Foción Febres Cordero, De Venanzi, etcétera, sino el gobierno democrático de profesores y estudiantes. Así lo expresábamos desde 1960:

Hay fines sociales y políticos, científicos y técnicos, en la reforma de nuestra universidad. Pero esta reforma no es posible sin el gobierno democrático de la universidad, plena garantía de los principios de reforma y autonomía universitaria. Bien es verdad que, como la concepción integral de autonomía universitaria implica la de reforma, en la realización de esta, es muy importante la autonomía, pero el instrumento fundamental para la reforma no es —como ya se señala— la autonomía universitaria, sino el gobierno democrático de la universidad, donde ninguno de los tres sectores tenga hegemonía. Todo gobierno universitario donde un sector tenga la mitad más uno, desvirtúa la democracia y la libertad universitaria; en consecuencia, hace inoperante la autonomía universitaria: esa es la

cuestión esencial. Así el gobierno democrático de la universidad constituye. Este es el signo distintivo de los que luchamos por una auténtica reforma y autonomía universitaria en nuestro país y en América Latina. Con este instrumento, el tránsito hacia los fines sociales y políticos de la reforma queda expedito: tendremos una formidable base de trabajo, por la liberación nacional de nuestro pueblo en la conquista de su felicidad.²⁹

1.2 Algunos datos históricos

El siglo xx trajo una crisis de valores. A partir de la Primera Guerra Mundial y de la revolución socialista advino la crisis universitaria mundial. Se resquebrajaron las instituciones sociales, los valores y también, por supuesto, le llegó el turno a la universidad. Este problema lo describe Gregorio Bermann en su original obra *Juventud de América así*:

En la lucha los estudiantes descubrieron el país, las fuerzas que en él actuaban, su historia, su destino. Desde el principio llevó una fuerza irresistible que prendió en el mundo juvenil del Continente. Los muchachos del 18 creían tocar con sus manos ya el cuerpo de las más caras aspiraciones de su América en el alba de la jornada (...) Los estudiantes universitarios al anunciar la buena nueva fueron los primeros en quemar sus títulos de privilegios y con lírica espontaneidad manifestáronlo solemnemente al país, como parte del clero y la nobleza ante la inolvidable asamblea del 89 (...) proclamose la fraternidad de las fuerzas vivas de la nación, estudiantes, obreros y productos de todos los órdenes y la decisión de ir hasta el logro de las comunes inspiraciones (...) una inspiración mesiánica animaba su verbo y sus gestos. Vivía en trance de heroísmo, tenía la sensación de estar “pisando una revolución (...) era una época de ardiente anhelo en que la lucha se agudizaba hasta la exasperación, en que hasta los más tímidos

29 José R. Nuñez T. *Problemas...*, op. cit., p. 113.

hablaban; se producían “milagros” de carácter y sabiduría, y se había formado el clima propicio a las grandes transformaciones (...) nos sentíamos gigantes y haciendo la historia.³⁰

El 31 de marzo de 1918 se declara una huelga que se extiende a toda la Universidad cordobesa. El 15 de junio de 1918 fue declarada la fecha “del advenimiento de la Nueva Universidad”. Después de tres largos meses de lucha, el 9 de septiembre, se culmina con la toma de la Universidad. Y el 12 de octubre de 1918 el Gobierno se ve obligado a decretar la “Reforma Universitaria”. No una reforma total. Una reforma parcial. No lo que querían los estudiantes. Pero una reforma en donde se aceptaban algunos de los pedimentos de los estudiantes gracias a la toma.

Después de esto, en la Argentina, vino lo que se conoce como la traición a la reforma. Todo el mundo fue reformista. Muchos tomaron las banderas de la reforma y en las universidades del sur no había estudiante o profesor que no fuese reformista. Así, poco a poco, fueron ahogando aquel aliento hasta que decreció.

La influencia de este movimiento, sin embargo, se mantuvo en América Latina. Repercutió en el Perú, en México, en Cuba, etcétera. Hay una cita de José Ingenieros al respecto:

Decepcionados, en todos los países, de la vieja política; perdida la confianza en los vetustos figurones de la alta burocracia oficial; escépticos ante las declaraciones de los que en todas partes explotan los sentimientos patrióticos para justificar sus privilegios o sus desmanes; burlones ante los cínicos dómines que siguen enseñando en la cátedra las apolilladas doctrinas de los tiempos coloniales: libres, en fin, de espíritu, las nuevas generaciones proclaman su verbo de “Renovación” haciendo suyos los ideales coincidentes en el triple anhelo de una renovación ética, política y social de los pueblos latinoamericanos.³¹

30 Gregorio Bermann. *Juventud de América*, Ediciones Cuadernos Americanos, México: 1946. p. 83.

31 Gregorio Bermann. *Juventud...*, *op. cit.*, pp. 128-129.

1.3 En relación a Venezuela

El 4 de octubre de 1784, por Real Cédula, Carlos III autoriza a la Universidad Central de Venezuela para que ella misma dicte su propia constitución y el claustro elija al Rector. Este es el inicio de la autonomía de la Universidad.

El 15 de julio de 1827 el Libertador aprobó un estatuto en el cual dejaba sentadas esas mismas normas. Pero en 1849, José Tadeo Monagas inicia la intervención de la universidad. Luego en 1883, Guzmán Blanco elimina la autonomía. Y decreta que profesores y autoridades de la universidad deben ser nombrados por el Gobierno.

Después, esa situación se mantiene con todos los tiranuelos de turno, hasta Gómez. El 24 de julio de 1940 el gobierno de López Contreras, decreta una *Ley de Educación*, cuando Uslar Pietri era ministro de Educación, en la cual la universidad recupera más o menos su autonomía. Pero esto dura apenas hasta 1943. Luego en 1946, Juan Oropeza, rector, nombra una comisión presidida por Pizani, para que redacte el *Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales*, y el 28 de septiembre de 1946 la Junta Revolucionaria de Gobierno aprueba el proyecto, salvo dos enmiendas: una, que el ejecutivo va a elegir de una terna que le presenta la universidad; otra, respeto al tanto por ciento del presupuesto nacional que debe asignársele a la universidad.

Hay una cita del profesor Pizani, en la carta de la Comisión Redactora que acompaña el proyecto de *Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales*, en 1946, se refleja su concepción sobre la reforma universitaria.

Finalmente debe manifestar al señor rector que no concebimos la reforma universitaria como una meta, sino como un proceso de permanente educación eficaz de los fines universitarios a las necesidades nacionales. De constante superación y depuración de nuestra realidad nacional que no se

logrará sino a cambio de muchos sacrificios de perseverante dedicación útil. De seriedad y de pulcro sentido de responsabilidad en los tres elementos fundamentales de la universidad: autoridades, profesores y estudiantes.³²

Y ya antes el Dr. Pizani había dicho en una conferencia del 24 de abril de 1944 en la UCV lo siguiente:

No es un concepto o un contenido ideal inmutable, que pueda realizarse de una vez por todas. Pensar así de la reforma es desconocer la íntima estructura de la misma que como hecho social que es, debe concebirse y desenvolverse, no como concepto estático y formal, sino como movimiento dialéctico que reproduzca y oriente lo más certeramente posible, la vida de la nación y el devenir de la cultura.³³

Estas tesis son las más avanzadas para la época en torno a la reforma universitaria. Los otros datos son los siguientes: el 17 de octubre de 1951, después de la intervención de la Universidad, la dictadura crea el Consejo de Reforma, el cual subsiste hasta el 23 de enero de 1958. En febrero de ese año se forma una comisión universitaria, presidida por De Venanzi. Esta redacta el Proyecto de Ley y el 5 de diciembre de 1958 la Junta de Gobierno presidida por Sanabria decreta la Ley de Universidades Nacionales, hoy vigente. También con diferencias respecto a lo planteado por la comisión. Por ejemplo, la comisión planteaba que la parte del presupuesto nacional que debería corresponder a las universidades debía ser el 3% pero en la ley, fue reducida al 1,5%. Otra diferencia fue que en el propio proyecto, se resolvió el criterio de autonomía meramente reformista. Una autonomía enclenque, académica, sin gobierno democrático, con representación

32 *Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales*, Venezuela: 1946. En: Foción Febres Cordero. *Autonomía Universitaria*, UCV, Caracas:1959, pp. 203-55

33 Tomada de la Conferencia dictada por el Dr. Pizani el 24 de abril de 1944 en la UCV.

estudiantil simbólica. Es decir, una autonomía con gobierno aristocrático de profesores. Esta es la autonomía que hemos heredado a partir del 58.

2. La autonomía universitaria

El centro del reformismo profesoral ha sido la tesis de la autonomía. En cambio, la del radicalismo estudiantil ha sido la del gobierno democrático: el cogobierno paritario.

Hay otra concepción que es la tesis de la reacción gobernante, que ha sido la antiautonomía. Es una contradicción entre el Estado, que sostiene la antiautonomía, y la tesis profesoral, que sostiene la autonomía. Frente a ella un movimiento estudiantil que sí quiere la autonomía, pero con gobierno democrático, con cogobierno paritario de profesores y estudiantes. Esta es la médula del problema.

2.1 La antiautonomía

Esta concepción, procedente de las clases gobernantes, de la reacción señala: que la universidad es una isla, separada de la nación y del país y que la autonomía hace que se aisle todavía más. Esta es una tesis del sociologismo universitario, procedente de las posiciones ideológicas de un pseudomarxismo, cocinado por Haya de la Torre, Betancourt, Figueres, etcétera, que de marxistas pasaron a ser agentes del Departamento de Estado estadounidense. Esta concepción sostiene demagógicamente, que la universidad es como una torre de marfil integrada por un grupo de privilegiados, mientras el pueblo pasa hambre, miserias, etcétera, típica posición populista.

Como el gobierno es el representante supuesto del pueblo, lo justo sería que no haya autonomía y que sean ellos quienes elijan a las autoridades universitarias, como se hace en un liceo, en una escuela, etcétera.

La idea es que una universidad así, aislada, se enquistas: es el enquistamiento de la aristocracia del saber. Ello origina una élite de la ciencia y eso no tiene por qué existir.

Desde luego, es pura demagogia populista. Por eso señalan que la tesis de la autonomía es de derecha y reaccionaria.

Todo con un fin politiquero, buscando que sea el Gobierno quien elija a las autoridades de la universidad e influya en el movimiento universitario.

Estas ideas fueron defendidas con fuerza en 1946-1948 y se planteó una polémica. Y seguramente no hubiesen sido desarrolladas por Acción Democrática perdió toda fuerza estudiantil y la única manera, entonces, de penetrar en la universidad era liquidar la autonomía. En ese sentido se realizó toda una campaña antiautonomía.

Esta concepción de la antiautonomía, a partir del gobierno, se nutre de dos supuestos falsos:

1) Que el Gobierno, que debe elegir a las autoridades, a los profesores, etcétera, es más popular y democrático que la universidad. No es así: el Gobierno que tenemos, por ser, según las ciencias sociales, la estructura político-jurídica que tipifica en esencia la dominación económica y social de una clase, el gobierno, cualquier gobierno, mientras forma parte de la estructura capitalista neocolonial, como la que tenemos, resulta ser lo más antidemocrático y lo más antipopular que pueda existir: el Gobierno es la antítesis del pueblo. Porque es mediante él cómo las clases explotadoras ejercen el poder político. O en otras palabras: una clase puede ser explotadora, pero no es dominante, a la clase explotadora. No lo representa mecánicamente. Lo representa con mediaciones. Pero esta es la esencia de la cuestión del Estado como aparato de coacción, como instrumento de violencia de los sectores explotadores de las clases dominantes.

La universidad no es una estructura político-jurídica desde la cual se ejerce el poder. La universidad es una Institución desde la cual se desarrolla el saber, la ciencia. No representa directamente la

influencia de la estructura político-jurídica del Estado. En consecuencia, la universidad no puede ser menos popular, ni menos democrática que el Gobierno.

2) El otro supuesto es que el Gobierno representa a toda la sociedad. Que el Gobierno representa al pueblo. Pero, como sabemos, eso no es así: solo habrá un Gobierno que represente al pueblo, cuando exista un Gobierno popular y revolucionario: un Gobierno patriótico-socialista, o socialista. Así, si un grupo quiere enquistarse desde la universidad y defender la autonomía para conspirar contra el estado del pueblo, en ese supuesto tendremos los revolucionarios que sostener la antiautonomía y ponernos al lado del pueblo y contra la aristocracia universitaria. Pero solo en el caso de que tratase de un Gobierno socialista.

Pero apoyar la antiautonomía en un régimen neocolonial, capitalista, como el que tenemos, no es ponernos al lado del pueblo, sino ponernos al lado de los yanquis y de la alta burguesía venezolana que son los que ejercen el control político-económico, social y cultural, militar en nuestro país.

2.2 La autonomía profesoral

Se fundamenta más o menos en las siguientes ideas:

A) Que la universidad es recinto del saber, de la ciencia, y, en consecuencia, para el desarrollo de ese saber y de esa ciencia es condición sine qua non, que la universidad no sufra presiones del Estado, presiones externas. Desde luego que es mentira que esta universidad autónoma que hemos tenido, u otra que podamos desarrollar, mucho más democrática, sea una universidad en donde todos podamos decir todo y esté exenta de presiones políticas, económicas, etcétera. Una universidad así todavía sufre las presiones de la sociedad y del Gobierno. Es un poco más libre, es un poco más autónoma, pero no es enteramente libre de esas presiones. Entonces se sostiene que esta

universidad autónoma es la única garantía de una docencia y de una investigación científica libres.

Para garantizar que cada quien pueda desarrollar sus puntos de vista, se plantea la necesidad de la autonomía.

B) Los gobiernos de turno politizan la universidad al intervenir y, aparte de que ya interfieren mediante los partidos, lo hacen también a través del Gobierno.

En fin, que la autonomía no es una tesis reaccionaria como defiende el Gobierno sino que es una tesis democrática. En esta concepción de la autonomía profesoral hay algo de verdad, pero también hay algo de verdad en la tesis de la antiautonomía. Las dos dentro de nuestra posición, no satisfacen.

Una verdad es que existe una universidad elitesca. En esto tiene razón el doctor Prieto Figueroa cuando critica a la universidad. Nuestra universidad es elitesca: si revisamos nuestras facultades más viejas, allí hay una rosca de profesores que corresponde a la rancia oligarquía caraqueña. Por ejemplo, en la Facultad de Medicina y en la de Ingeniería. En Medicina más del 70% de los profesores no son a tiempo exclusivos. Porque en ellos priva más el interés monetario que el interés de cultura. La mayoría de los profesores, por ejemplo, tiene que ser a medio tiempo, porque fuera de la universidad ganan grandes sumas de dinero y no están dispuestos a darse por entero a la universidad. En consecuencia, la universidad es elitesca como el Gobierno es elitesco.

La otra verdad es que con un gobierno neocolonial, es justo que el movimiento democrático y revolucionario, defienda la autonomía de la universidad, porque es una forma de realizar un saber, una cultura, una ideología anticapitalista por lo menos en las capas universitarias y proyectarlas limitadamente hacia la calle, como una manera de entrenar y preparar entre los estudiantes y los profesores, las fuerzas revolucionarias, las fuerzas democráticas, nacionalistas, etcétera.

De allí entonces, la vigencia de la tesis estudiantil.

2.3 Autonomía y gobierno democrático

Parte esa oposición, como en todo análisis social, de la contradicción entre una universidad elitescas que, al mismo tiempo, es una universidad autónoma. Contra lo elitesco está el Gobierno, está la sociedad, estamos nosotros.

Por eso decimos como combatir lo elitesco: con gobierno democrático, con gobierno paritario. Porque los estudiantes no tienen intereses creados y aun cuando procedan o sean hijos de burgueses o de pequeños burgueses, el estudiante, el joven, según la tesis científico-social del materialismo histórico, no forma parte de una clase. El hijo de burgués no es burgués, es una capa de un sector. El burgués es el señor que mediante el capital es dueño de los medios de producción y con el capital compra la fuerza de trabajo de los obreros por un salario... Y el hijo del burgués no hace eso. Esto no quiere decir que los hijos de burgueses, al codearse entre sí, no tengan costumbres e ideologías comunes, pero en estricto sentido no son burgueses.

El aumento de la participación del estudiantado en nuestra universidad es una manera de combatir la aristocracia profesoral en las estructuras político-administrativas de la universidad.

La participación estudiantil cada vez mayor es la única garantía en la lucha contra esa aristocracia profesoral que ha tipificado el autoritarismo en la universidad. Pero así como combatimos la universidad elitescas, luchamos también contra la autonomía a medias, que ha sostenido el movimiento profesoral.

Sostenemos como solución de esta contradicción el gobierno democrático. En relación a ello señalábamos en el año sesenta:

¿Resuelve adecuadamente esta contradicción nuestra Ley de Universidades Nacionales? Es un intento, no hay dudas. Pero habiendo privado concepciones y tendencias desligadas de la problemática histórica nacional, aunque con

importantes aportaciones de altivez científica, y estando el movimiento estudiantil desarmado desde el punto de vista ideológico, impidiéndole hacer oír su voz a nombre del conjunto del movimiento universitario, la actual Ley de Universidades Nacionales –y su proyecto original– no resuelven adecuadamente esta contradicción fundamental “entre la autonomía universitaria y el gobierno democrático de la universidad”. Y queda claro que esta contradicción no es teórica, sino social e histórica, que privará siempre en nuestro análisis acerca de los diversos problemas que confronte la universidad en su desarrollo. Me atrevería a decir que no habrá problema de desarrollo estructural de la universidad que no tenga que ver con esa contradicción. Este es el núcleo fundamental de ideas del cual debemos partir en un análisis científico y objetivo de nuestra ley de universidades Nacionales.³⁴

Y en otra parte:

La primera cuestión es la del gobierno democrático tripartito. Es la gran deficiencia de la ley. Nosotros no creemos todavía en un gobierno a partes iguales entre profesores, estudiantes y egresados. Es una realidad la desvinculación del egresado con la universidad en nuestro país. Pero deberían tener fuerzas equilibradas en el gobierno universitario. La fórmula de un 50 por ciento repartido entre estudiantes y egresados nos parece adecuada para la universidad venezolana. De resto sería continuar con un gobierno aristocrático de profesores, y no democrático. Solo un gobierno democrático –donde un sector no llegue a tener el monopolio de la mayoría– puede ser garantía de una plena autonomía universitaria. De resto será autonomía en función del sector mayoritario.³⁵

34 José R. Núñez T. *Problemas...*, *Op. cit.*, pp. 86-87.

35 *Ibidem.*, p.94.

3. El poder estudiantil

3.1 ¿Qué es el poder estudiantil?

El poder estudiantil no es que los estudiantes puedan conquistar el poder político. Se desea plantear esta confusión para combatir al poder estudiantil.

Cuando se quiere atacar el poder estudiantil, como se ha hecho por la prensa, burlándose de él, debemos aclarar que el poder estudiantil no significa que los estudiantes van a tomar el poder, van a derrotar el imperialismo estadounidense y a la alta burguesía y van a hacer la revolución. Nadie está sosteniendo eso.

No hay duda de que los estudiantes cumplen un papel muy importante en la lucha y en la toma del poder político. Esto es otra cosa. Incluso nosotros hemos llegado a sostener, por ejemplo, en la *Introducción a la Sociología Marxista*, que el movimiento estudiantil puede llegar a ser, en forma condicional, transitoria y relativa vanguardia, de manera formal de la revolución.

Formalmente puede llegar a ser vanguardia, desde el punto de vista relativo en determinadas condiciones históricas, transitoriamente. Pero desde el punto de vista del contenido, desde el punto de vista de las fuerzas motrices fundamentales de la revolución, el estudiantado no puede nunca llegar a ser la fuerza determinante, la fuerza esencial, la fuerza dirigente de clase. Sencillamente, porque no es clase.

La fuerza determinante son los trabajadores (obreros, campesinos, marginados). La dialéctica histórica indica que el hecho de que no puedan ser los estudiantes, desde el punto de vista del contenido, la fuerza determinante, no significa que no puedan cumplir desde el punto de vista de la forma, por un período corto, transitoriamente, un papel de avanzada para hacer prender un movimiento que desemboque en la zona del poder. La fuerza dirigente de clase de nuestra

revolución socialista es el proletariado venezolano. Eso no tiene discusión.

Entonces, ¿qué valor tiene el poder estudiantil en la calle? ¿Es que no tiene ningún valor en la calle? Ya hemos dicho que los estudiantes pueden ser la chispa, el móvil que despliegue una cadena de acontecimientos. El poder estudiantil en la calle tiene el valor de una consigna. De una consigna formativa, ideológica. De una consigna que insufla entusiasmo al movimiento estudiantil venezolano para que la participación de los estudiantes en la revolución sea cada vez mayor... Ese es el papel, poder estudiantil, poder joven en la calle, es un dispositivo diario contra el imperialismo y las clases dominantes.

3.2 Conclusión

El poder estudiantil no es que los estudiantes puedan conquistar el poder político, aun cuando su papel sea importante y hasta decisivo y en algunos casos relativos condicional y transitoriamente puedan llegar a cumplir un papel de avanzada desde el punto de vista de la forma de las luchas revolucionarias.

El poder estudiantil, la vigencia exclusiva de los estudiantes en los organismos y en las estructuras político-administrativas y académico-docentes de la universidad, no es factible hoy, aun cuando estratégicamente podría llegar a serlo en el futuro.

Entonces, si esto no es valedero, ¿por qué sucede así en el presente movimiento de Renovación? Porque se trata de una táctica obligada a la cual tiene que recurrir el movimiento estudiantil, frente a la otra táctica que utilizan los profesores. Ellos recurren a la táctica de la huelga. Por ejemplo, en Ingeniería, en Letras... Ante esta situación, ¿qué pueden hacer? Los profesores decretan huelga y paralizan las clases; entonces, los estudiantes, ante la huelga, recurren al poder estudiantil como dirección "sin profesores" de las escuelas universitarias. En tercer lugar, y en definitiva ¿qué es hoy el poder estudiantil?

Es un poder de participación crítico y democrático, es decir, de masas, y un poder de decisión, científico y antiburocrático, cada vez mayor, de los estudiantes, en los distintos niveles de la estructura universitaria.

3.3 El poder estudiantil a nivel de base

El poder estudiantil a nivel de base debe realizarse mediante las formas más directas de democracia. Esta es la primera idea: ¿cuál sería la forma de democracia sin mediación alguna?

1) Las asambleas generales de cursos, de años, de escuelas, de facultades. Ese debe ser el poder en la base.

2) Que se nombren comisiones diversas: de dirección de estudio, de trabajo. Pero comisiones revocables. Que las asambleas puedan revocarlas cuando quieran. Esas comisiones deben presentar periódicamente cuantas críticas y autocríticas al conglomerado que representan: si es al curso, al curso; si es al año, al año; si es a la escuela, a la escuela, etcétera. Es decir, que esto sería una forma directa de ejercer la democracia. Porque no hay duda que también en la universidad existe la contradicción entre los dirigentes y los dirigidos.

Los dirigidos que son la mayoría, no pueden ellos mismos ser dirigentes de sí. Hay que buscar una forma de ejercer la potestad colectiva: la potestad de todos es delegada a los dirigentes.

Pero los dirigentes no pueden actuar por cuenta propia. Ellos no son simples potestarios de la mayoría. Los dirigentes tienen constantemente que someter todas sus decisiones a la consideración de la mayoría.

Siempre hay dos tendencias: la de los dirigidos, localista; falta de visión global de los problemas. Por eso, es importante la elevación cultural, política e ideológica de los dirigidos, como un arma para que no solamente comprendan su problema, del curso,

de su año o de su escuela, sino la cuestión general de la Facultad, de la Universidad, de la nación, etcétera.

Pero la desviación entre los dirigentes es el burocratismo. Apenas son electos, se olvidan que ellos representan a los dirigidos. Entonces empiezan a marchar a través del buró, de la mesa, de la oficina, etcétera.

La única arma contra el burocratismo es que los dirigentes se sometan constantemente a la crítica de los dirigidos. Ese es el único medio de superar el burocratismo: es el centralismo democrático, que se opone al centralismo burocrático.

En general la idea es que la dirección refleje los intereses y respete las decisiones de los dirigidos. Esta es la auténtica democracia: directa, no mediada.

La otra idea es que la unidad de apoyo básica de poder estudiantil es el curso. Todo dirigente estudiantil debe pertenecer a un curso, las ideas suyas deben ser confrontadas con las del curso. Y sus propuestas y acciones deben ser llevadas al curso para que este opine. Y que el curso lo critique. Esto en el plano político-administrativo.

En el plano académico-docente, el poder estudiantil a nivel de curso se ha advertido también con el cuestionamiento de profesores. El cuestionamiento de profesores es el ejercicio del poder estudiantil a nivel de curso. Ya no en relación a los problemas de las estructuras académico-docentes.

Aquí la contradicción es que hace falta una participación democrática de todos: estudiantes, profesores y empleados y que necesitamos actuar y dirigir al mismo tiempo. No podemos caer en el dirigentismo burocrático. Debemos resolver esa contradicción con asambleas frecuentes de cursos, de años, de escuelas, y nombrar comisiones de dirección, de trabajo, de estudio, que presenten cuentas e informes a esas asambleas. Así no se cae ni en el asambleísmo ni en el burocratismo, que son las dos desviaciones que socavan el ejercicio real del poder estudiantil.

3.4 El poder estudiantil a nivel de dirección

Un primer problema es el cogobierno.

Resulta que por la Ley de Universidades el cogobierno solo se ejerce en las estructuras superiores de Facultad (asamblea, consejo), y universidad (claustro, consejo universitario). Pero ocurre que en el espíritu de esa misma ley, el cogobierno debe estar presente en los distintos niveles de las estructuras universitarias: desde los más inferiores a los superiores. Con una asignatura, si la imparten dos profesores, debería existir el cogobierno entre esos profesores más dos estudiantes. En un curso, si tienen 7 profesores, deberían formarse el cogobierno del curso entre esos profesores y 7 estudiantes, y así por el estilo. De manera que el gobierno y la participación estudiantil se extienden a todos los grados de las estructuras universitarias.

Un segundo problema es el paritarismo en el cogobierno.

Las tesis reformistas profesoraes adecuándose un poco a la situación actual, han planteado el paritarismo en todas las instancias. Por ejemplo, no solo debe haber paritarismo en el cogobierno, sino que también debe de haber paritarismo en el proceso para elegir ese cogobierno, y que en cuanto a fuerzas, ya que los estudiantes son más, los profesores tienen que equiparse en números a los estudiantes para elegir el cogobierno.

En nuestra opinión, esta es una tesis reformista profesoral, falsa, que realmente niega la fuerza del poder estudiantil.

El cogobierno paritario debe elegirlo la asamblea general mayoritaria, la que no tiene ninguna mediación. Y si esto no es posible, una elección general simple, como se ha hecho en la Facultad de Economía y en Geografía, por ejemplo. Todos los estudiantes votan. Además, es la única forma que tiene el estudiante de elegir a sus autoridades.

En lugar de esas asambleas generales mayoritarias o de esas elecciones generales simples, que elijan el cogobierno, se ha planteado

mediaciones como son las elecciones hechas en Psicología y en Educación por medio de elecciones ponderadas y asambleas paritarias respectivamente.

Ese reformismo profesoral sostiene, en primer término, la representación por claustro, es decir, que los profesores que están en el cogobierno, en cualquier parte, representan a los estudiantes. Entonces proponen elecciones por separado.

Hay que combatir esa concepción de la elección por sectores y por claustros porque la universidad –lo dice la propia ley– es una comunidad de profesores y estudiantes, etcétera. No hay tales claustros, tales sectores, por separado.

Hay funciones diferentes. Y la función del profesor es distinta a la función del estudiante, y ocupa en esta Institución una posición distinta. Eso nadie lo discute. Pero la idea por la que estamos luchando es la de una Universidad integral. Donde esa diferencia exista cuando el profesor es profesor –y nada más que en ese momento– y cuando el estudiante es estudiante. Pero después, cuando se deja de dar la clase, el profesor deja de ser tal. Digámoslo, académicamente. El profesor y el estudiante son uno más, uno de tantos y nada más. Y se tiene que marchar en función de esa concepción, si realmente se tiene una idea integral de la universidad.

Lo que se podría aceptar como representación por sectores, es una especie de asamblea que haga las veces de congreso. Asambleas que debatan las distintas tesis en lucha.

La asamblea fundamental, la que decide, no debe ser la paritaria, sino la asamblea mayoritaria de todos los profesores, estudiantes y empleados. Porque ella es la que expresa el poder estudiantil.

Esto no niega que entre el gobierno y esa asamblea exista como mediación la asamblea paritaria, como congreso.

Lo otro, es la potestad paritaria equivalente entre profesores y estudiantes. Aquí se plantea lo siguiente: el papel del profesor, desde el punto de vista de la estructura académico-docente y también

político-administrativa, en la universidad es el de ser dirigente. El profesor es dirigente y los estudiantes son dirigidos. Nosotros estamos luchando porque esa función dirigente del profesor, sea lo menos autoritaria y lo menos dogmática posible. Esto no significa que el profesor no sea necesario como dirigente.

La función del estudiante es la de ser dirigido. También existe. Estamos luchando porque esa función no sea pasiva, sino activa, no sea indiferente, sino vigilante. Lo más activa y vigilante posible. Pero al fin de cuentas el estudiante es un ser dirigido.

Entonces, si el profesor asume esta función dirigente, el profesor tiene una serie de condiciones que lo favorecen: ser dirigente supone una mayor experiencia, una mayor cultura, una mayor oratoria, una habilidad para convencer. Esto no quiere decir que no haya uno o más estudiantes, mejores que el profesor.

En una asamblea cualquiera, los profesores pueden convencer más fácilmente que los estudiantes, aun cuando sean minoría. En esas asambleas generales hablan 10 ó 15 profesores, siendo los profesores apenas 30 ó 40. Y muchas veces los profesores, sobre todo si tienen un pasado más o menos revolucionario, convencen a los estudiantes.

Hay algo favorable. Los estudiantes tienen algo a su favor. Son dirigidos, pero, a la vez, son mayoritarios, desde el punto de vista de la cantidad. Por otra parte, los estudiantes no plantean: como los profesores tienen más capacidad, más experiencia, etcétera, cuando hagamos una asamblea, debemos dar un máximo de tiempo para los profesores, por ejemplo, de dos minutos y a los estudiantes de veinte minutos, porque en dos minutos de intervención los profesores se equiparan a los veinte de los alumnos, quienes tienen menos experiencia, menos oratoria, etcétera. No, los estudiantes no plantean eso. En cambio, los profesores sí plantean que a la hora de votar ellos tengan la misma fuerza de voto que tienen los estudiantes.

La universidad es de todos y fundamentalmente de los estudiantes, que son la mayoría. Y si vamos a elegir un cogobierno político-administrativo, y vamos a elegir tantos profesores en igualdad como estudiantes, ¿por qué una situación especial para los profesores? ¿Por qué no han de someterse los profesores a la mayoría estudiantil?

El estudiante elegirá al profesor que tenga más prestigio. Se dice: eso es demagogia. Porque habrá profesores que harán demagogia. Esa es la lucha de todos y ese es el producto del desarrollo de la sociedad.

Tenemos que luchar por que los estudiantes no sigan a los demagogos, sino que elijan a los verdaderos profesores que se dan por entero a la Universidad, a la ciencia, etcétera.

Esta es la idea del poder estudiantil. Incluso hay una contradicción. Podemos verla en Educación. Una contradicción evidente. Desde el punto de vista de las ideas. Nosotros aceptamos este poder estudiantil también a nivel académico-docente.

Aquí los profesores podrían tener más razón para no aceptarlo. Y hemos visto que se ha aceptado hasta el cuestionamiento de los profesores. El movimiento profesoral podría tener más razones para oponerse a este paritarismo en lo académico-docente que en lo político-administrativo. Porque en lo académico-docente puede el profesor decir: "¿cómo van a saber ustedes que lo que yo expongo es bueno o malo, cuando yo soy el que conoce esta materia y ustedes no la conocen, ustedes la están aprendiendo?". Decimos, tiene más razones. No es que yo esté negando que esto no se haga. Esto debe hacerse: el cuestionamiento estudiantil de los profesores; pero digo, que allí los profesores tienen más razón para oponerse, y si lo hacen con más razón, entonces, deben aceptarlo en el plano político-administrativo, cuando los estudiantes lo que van a elegir no es a su profesor, sino sencillamente al gobierno político-administrativo de la universidad, a las autoridades. Que no es un problema docente, sino político y administrativo.

3.5 Conclusiones

1. Necesitamos de una teoría científica y revolucionaria sobre la Renovación universitaria. Esta teoría debe plantear que el apoyo social fundamental para esa lucha por la renovación universitaria son los estudiantes. Esto niega la participación profesoral. Pero lo fundamental son los estudiantes.

2. La necesidad de una lucha ideológica a fondo contra las dos concepciones opuestas: la anti-autonomía, procedente del Gobierno, de la reacción, y la del reformismo profesoral. En estas tareas de elaboración teórica cumple un papel decisivo el profesorado revolucionario.

3. Impulsar la Renovación universitaria, fortaleciendo cada vez más el poder estudiantil, según lo definimos: un mayor poder de participación y de decisión de los estudiantes en los distintos niveles de la universidad.

Referencias bibliográficas

- Berman, Gregorio. (1946). *Juventudes de América*. México: Ediciones Cuadernos Americanos. pp. 83.
- Fals B., Orlando. (1970). "Ciencia propia y colonialismo intelectual". *Nuestro Tiempo*. México.
- Núñez T., José R. (1965). "La Federación de Centros Universitarios ante la aplicación del reglamento de repitientes". *Problemas Universitarios*. Caracas. pp. 97-110.
- Núñez T., José R. (1968). "Necesidad de una universidad nueva en Venezuela". Caracas.
- Núñez T., José R. (1969, agosto). *Autonomía universitaria y poder estudiantil*. Conferencia. Cátedra Filosofía de la Educación: UCV.
- Núñez T., José R. (1971). "Prólogo". En: Roa P., Núñez T. José, (1971). *En torno a la renovación Universitaria: autonomía universitaria y poder estudiantil*. Caracas: Nueva Izquierda.
- Pizani, Rafael. (1944). Conferencia del 24 de abril de 1944. UCV.
- (1946). *Estatuto orgánico de las universidades nacionales*. Venezuela. En: Foción Febres Cordero. (1959). *Autonomía Universitaria*. Caracas: UCV.
- Varsavsky, Oscar. (S/f). *Ciencia, política y cientificismo*. Buenos Aires: CEAL.

PARTE V
PROBLEMAS UNIVERSITARIOS

José Rafael Núñez Tenorio

Nota preliminar³⁶

El presente trabajo fue escrito a finales de 1960. La mayor parte de su contenido apareció en periódicos, revistas, etcétera, nacionales y universitarias. Pero, la intensa situación política y, particularmente, el descuido de su autor, impidió que se preparase para imprenta. Los problemas políticos incidentes en la universidad no permitieron su publicación por la Dirección de Cultura de la misma como fue un primer deseo. Reiteradas veces el movimiento estudiantil organizado ha deseado publicarlo. Una especial situación de mi vida imposibilitó realizar tal deseo. Ahora, en 1964, al fin, he dado el visto bueno para su publicación, tal como fue redactado. Estaría de más en estas líneas exigir de los lectores cualquier contribución crítica sobre la misma.

36 El autor. Caracas, junio de 1964 (N. del E.).

Presentación³⁷

Al auspiciar la edición de esta obra del profesor José Rafael Núñez Tenorio, el Cehe lo hace convencido de que era imprescindible un análisis sobre los problemas universitarios en forma científica y revolucionaria. El profesor Núñez Tenorio aborda cuestiones como la política en la universidad, la reforma universitaria, las diversas concepciones acerca de los fines de la institución, la penetración imperialista, el departamentismo, etcétera, que son de imprescindible conocimiento para el profesorado y estudiantado venezolanos. El movimiento estudiantil debe poseer el más completo dominio sobre los problemas ideológicos, políticos y académicos que se debaten en las universidades nacionales. Creemos que esta obra contribuye a ese esclarecimiento, aun cuando su visión en el tiempo solo llega hasta el año 1960.

El Cehe saluda, pues, la aparición de este libro, y exhorta al estudiantado a que se apropie de importantes conclusiones que en él se establecen, por lo que tienen de valioso instrumento en la defensa de la universidad autónoma y democrática, en las luchas por la reforma de la educación venezolana y en el combate contra las ideologías al servicio de la opresión imperialista y de una universidad con perseguidos y perseguidores.

37 Junta Directiva del Cehe, 12 de febrero de 1965 (N. del E.).

Luchar y estudiar³⁸

La dinámica de la vida universitaria está signada por el lema “luchar y estudiar” que sintetiza la misión histórica de sus actores, –profesores y estudiantes–, integrantes también de la sociedad venezolana. Que señala la función institucional de la universidad, y traza caminos para todos, y para cada uno de los que, en niveles diferentes, formamos su población humana.

Lema humanista y elocuente que es título adecuado de estas palabras iniciales, escritas para destacar la importancia actual de las publicaciones que son aportaciones serias, en el esfuerzo colectivo por establecer y difundir los fundamentos del movimiento revolucionario en la universidad; como esta, que recopila trabajos interrelacionados sobre el tema, producidos por un universitario integral: mi compañero y amigo José Rafael Núñez Tenorio.

Luchar para conseguir que el hombre sea libre y viva mejor; estudiar para conocer las causas, el desarrollo y las consecuencias de los fenómenos naturales y sociales, y aumentar así la efectividad de las acciones en pro del hombre y sus obras: son los rasgos principales de lo que puede llamarse el humanismo universitario, que se propone la destrucción de lo falso y lo rutinario, de la injusticia y la opresión; que aprovecha cuanto sea útil para la construcción de una nueva sociedad. “El hombre contemporáneo –dice Núñez Tenorio– gravita hoy en función de dos coordenadas

38 Rodolfo Quintero, profesor titular de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, marzo de 1965 (N. del E.).

fundamentales: la revolución y la ciencia. Y la universidad no escapa a esta tensión”.

Esto es verdad. En función de esas coordenadas fundamentales gravita el hombre contemporáneo en todos los frentes de la actividad social: la fábrica, la hacienda, la universidad, etcétera y en cada ambiente, piensa, actúa, crea, se vale de las oportunidades y facilidades a su alcance, para impulsar el cambio en que está interesado. En la universidad lo principal es construir la unidad de la ciencia y la política, como expresión de la lucha social planteada en lo nacional y en lo universal.

Con objetivos propios, que son parte de los objetivos generales. Tienen finalidades comunes las luchas de los sindicatos, los partidos progresistas, las juntas de barrio y la universidad. Pero cada uno de ellos cuenta con fines particulares, específicos, diferenciados que deben perseguirse manteniendo cierta coordinación. Sin confundirlos, ni subsistir los unos por los otros. Para evitar que la conquista de las finalidades comunes se complique y dificulte.

Expresar la política universitaria con actividades partidistas únicamente, revela una concepción limitada de aquella. La política en la universidad debe desarrollarse y ser aplicada en la búsqueda de soluciones a los problemas científicos y técnicos, en el mejoramiento de los planes de estudio y la elevación de la cultura. La lucha ideológica y las conquistas concretas que realice, hacen de la universidad una fuerza favorable al cambio social.

La ciencia y la técnica deben considerarse en función de los intereses de clase. Por eso, la política universitaria tiene mucho que ver con los intereses clasistas que juegan en la formación de los científicos y de los técnicos. La construcción de una nueva sociedad exige la colaboración de unos y de otros, y prepararlos es lo esencial en una política universitaria revolucionaria. De ahí la responsabilidad histórica de los profesores y de los estudiantes que subestiman este aspecto de la actividad política, en el buen sentido de la palabra.

La política universitaria ha de mirar hacia el futuro, más no con visión esquemática. Es falso y negativo supeditar el progreso de la universidad al cambio de la sociedad. Impulsar el cambio solo fuera de la universidad, porque logrando que se realice, se transforma automáticamente la estructura y la función de aquel centro de estudios. Es equivocado juzgar los posibles avances aislados de la universidad, como determinantes de los cambios de la sociedad. Ambas acciones se vinculan íntimamente, se complementan. En la medida que tanto los profesores como los estudiantes entienden esa asociación, pueden cumplir como patriotas en la universidad y en los demás frentes de la vida nacional.

Hay signos de crisis de la universidad. Reflejan en gran parte, la crisis profunda que afecta hoy a nuestra sociedad y sus culturas.

Mas, existe la posibilidad cierta de adoptar medidas, programar actos que sitúen la universidad en el plano de las necesidades técnicas y científicas, con métodos impregnados de concepciones progresistas, democráticas, revolucionarias. Adelantar en este sentido en una forma de proporcionar soluciones racionales para los grandes problemas a que se enfrenta la colectividad.

Por la presencia de representantes de clases sociales distintas, la universidad tiene una composición heterogénea. Sus necesidades propias reciben tratamientos diversos, porque son enfocados desde varios ángulos, en función de intereses de grupos opuestos, antagónicos. Esto explica la lucha ideológica que preocupa y alarma a quienes en nombre del "apoliticismo" de la universidad, laboran conforme a una ideología determinada, que todos conocemos. Lucha inevitable, constructiva si es elevada al plano de las ideologías educacionales, que bien orientada por los profesores y los estudiantes de mentalidad y voluntad creadoras, conduce a satisfacer esas necesidades de manera beneficiosa para el hombre universitario en particular, y para el hombre venezolano.

Luchar y estudiar. La historia nacional está colmada de luchas, heroicidades, sacrificios, realizaciones, de los estudiantes. Y estamos seguros que el porvenir cercano, reserva para estos jóvenes conquistadores de la libertad, episodios que han de provocar la admiración del mundo y la gratitud eterna de nuestras masas empobrecidas. La historia de la ciencia y de las técnicas en Venezuela ya está bien nutrida con la obra de estudiosos e investigadores, formados en la universidad. Pero el lema que comentamos –elocuente y humanista– es obligante, compromete y estimula. Hay que luchar mejor, ¡y estudiar más!

Este libro de Núñez Tenorio, que condena lo empírico y lo dogmático al abordar problemas universitarios, invita a meditar, para elaborar, iluminados por la teoría científica de la revolución venezolana, materiales de doctrina indispensable para conocer la misión de la universidad en la etapa actual del progreso social del país. La estrategia y las tácticas justas, para asegurar que la cumpla plenamente, los medios y los recursos utilizables, que la preparen para dar cumplimiento también, a su nueva misión en la mañana próximo.

Informa el autor que el trabajo fue concluido en 1960. Leímos los originales con intención crítica, los analizamos con el cuidado y la preocupación que nos merecen las opiniones sobre la universidad, que ha sido, es y será órgano vital de la nación. Y encontramos que los planteamientos de Núñez Tenorio tienen validez hoy. Que ahora adquieren mayor interés e importancia, por haberse enriquecido con enseñanzas acumuladas en los últimos años inolvidables; porque han sido sometidos a la prueba de la práctica social.

Esta recopilación de trabajos articulados sobre la universidad y los universitarios, es una herramienta útil, efectiva, para quienes nos empeñamos en la tarea de formular y aplicar una política universitaria correcta, fecunda, revolucionaria en el mejor sentido del término. En diferenciar lo que debemos hacer y lo que debemos evitar. Es descartar de la universidad tanto la aventura como la traición.

Prólogo³⁹

El presente trabajo surgió como una necesidad política. El movimiento democrático y patriótico en el seno de la universidad –en especial, representado por el movimiento estudiantil– planteaba la explicación de diversos problemas universitarios. Esto nos impuso, en principio, la organización de una serie de cursillos sobre problemas universitarios para los jóvenes progresistas. Pero, al mismo tiempo, la universidad respiraba –y respira aún con igual fuerza– la exigencia de discutir sus problemas más urgentes y profundos, sobre todo después de los años de tiranía. En el medio profesional comenzaron a debatirse interesantes tesis. Surgió así la idea de transformar los esquemas de charlas en artículos sencillos que complementaran un elemental cuerpo de ideas para el debate ideológico en torno a los problemas universitarios. Comenzamos entonces a desarrollar este trabajo, que hoy ofrecemos a los lectores.

En nuestro medio, el movimiento estudiantil, especialmente en las últimas décadas, ha desempeñado principalísimo papel en las luchas contra las dictaduras. En tinieblas, empujaba hacia adelante su reforma universitaria. Pero se encontró con otro jalón semejante, aunque diverso: el del sector predominante en el medio profesoral, particularmente surgido a partir de 1952. Los profesores, con excepciones, fueron ganados para una tesis peculiar sobre los problemas de la autonomía y la reforma universitaria que, en

39 Caracas, febrero de 1961 (N. del E.).

esencia, era diametralmente distinta a la levantada e impulsada por el movimiento estudiantil.

Pretendemos sostener en nuestro trabajo una serie de opiniones que pensamos pertenecen legítimamente a la trayectoria histórica e ideológica del movimiento estudiantil. Y, por ello mismo, sostenemos que estas posiciones –por encima de la división superficial entre profesores y estudiantes– son las mismas del movimiento democrático y nacionalista en el seno de las universidades que arroja a la gran mayoría de estudiantes, profesores y egresados, en la lucha por una universidad democrática. Desde luego, no negamos patriotismo y fundamentos democráticos a las otras tesis. Comprendemos perfectamente que tanto ellas como las nuestras luchan, tanto en la universidad como en el seno de la sociedad venezolana en general, por reflejar mejor y más certeramente los intereses de nuestra patria y de la universidad.

Los problemas universitarios deben ser debatidos. Forman parte de la lucha ideológica, a la cual no escapa la universidad. Al contrario, la tipifica plenamente. Es en la universidad donde, con plena conciencia, vislumbramos los nexos del desarrollo histórico de la patria. Y el debate político y la pugna clasista cobran allí una original forma a través de la lucha ideológica. Defendemos la ideología revolucionaria frente a las tesis retardatarias. Defendemos las posiciones patrióticas y populares frente a las tesis traidoras antinacionales.

*

Al escribir estas líneas comienzan a delinearse con fuerza los grandes campos de combate de la historia venezolana. El impulso histórico de nuestro pueblo expresado el 23 de enero del 58 ha sido traicionado por los sectores gobernantes. Esto nos ha llevado a serias reflexiones sobre algunos problemas políticos, universitarios y hasta de raíz filosófica. Creo un deber desarrollarlos rápidamente en el presente prólogo.

*

El hombre contemporáneo gravita hoy en función de dos coordenadas fundamentales: la revolución y la ciencia. Y la universidad no escapa a esta tensión.

La complejidad de los actuales problemas humanos reclama una posición integral por parte del hombre. Y, aún más, por parte del universitario, del intelectual. No puede el hombre sustraerse de la responsabilidad social y política que por mera reflexión incide poderosamente en su personalidad. El hombre de nuestros días, casi por necesidad histórica, ha perdido ya la “pureza” que en siglos anteriores pudieron mostrar nuestros viejos y pundonorosos pensadores. La comprensión de la historia en nuestra época expresa una toma de conciencia muy sencilla: el intelectual “puro” que se desvanece en búsqueda de nuevas y profundas verdades es un mito; al contrario, expresa de hecho una posición objetiva de la época. Y, algo más: una posición comprometida. Tanto con los grupos y clases sociales en lucha, como con el pasado, presente y futuro de la humanidad. En esa encrucijada real –y, ahora, de conciencia– a la cual ha llegado el hombre contemporáneo es indispensable decidirse. Decidirse plenamente: en la doble dimensión humana de la teoría y la práctica.

Aquí justamente, entran en juego la revolución y la ciencia. Difícilmente podremos señalar temas teóricos y prácticos de la vida contemporánea que no incidieran, de una u otra forma, en los problemas de la revolución y la ciencia.

La revolución, su profunda temática humana, es el centro gracias al cual una nueva ética humanista se ofrece: la de la emancipación del hombre. Una ética que por revolucionaria, recoge una idea tan antigua como nueva: la de la praxis humana. La práctica social del hombre, su actividad productiva y revolucionaria, es el punto de partida. Por eso es que la veta de la revolución viene de los estratos más bajos del hombre: las clases desposeídas, explotadas, que representan justamente los más altos valores morales y humanos. La veta de la revolución, partiendo de “lo concreto-humano” se

dirige con pasmosa seguridad hacia los estratos altos de la teoría, hacia la ciencia. Es una dirección evidente que tenemos frente a nosotros. ¿Cómo poder sustraernos a esta coordenada? ¿Bajo qué principios éticos, en nombre de qué moral?

La veta de la ciencia poseyendo una dirección propia confluye con aquella, confundándose ambas en nuestra vida diaria, en la vida del intelectual honesto, dado a la verdad como a la vida. Esta veta recoge el impulso anterior, lo perfila y hace que avance sin cesar: más rápidamente, con menos tropiezos. Ciencia y revolución constituyen dos límites claros, precisos, de nuestra conducta.

Desde luego, la universidad forma parte fundamental del engranaje científico. Es una de sus formas más expresivas en nuestro mundo de hoy. Pero la universidad deberá comprender que su papel científico (esto es: de encontrar la verdad) no puede verificarse sino en función de la veta revolucionaria: histórica, social. Ciencia sin revolución es hueca vacía; esquemas y filigranas sin ninguna riqueza vital. ¿Para qué tal ciencia? Del mismo modo lo contrario: no es posible la revolución sin un fundamento científico, esto es: que refleje la realidad en su rica concatenación de fenómenos. Revolución sin ciencia es ciega, sin dirección. Maniata al hombre. La ciencia permite que la revolución conduzca a la libertad con éxito como toma de conciencia del hombre. La ciencia de la universidad tiene que ser una ciencia revolucionaria; es decir: humana, social.

En la universidad la ciencia tiene que ser revolucionaria y no que la revolución sea científica. Hablar de universidad es hablar de ciencia, no tanto de revolución, al menos universalmente. Hablar del pueblo, en cambio, es hablar de revolución. De revolución que tiene que ser científica. Lo necesario al pueblo, a la clase obrera, es su toma de conciencia: la explicación y la orientación de sus luchas revolucionarias. Lo necesario al universitario es la lucha revolucionaria para imprimirle a las ideas, las teorías y a las opiniones científicas una vinculación estrecha con el pueblo y con la patria; para lograr que

esa ciencia, esa metodología y esa técnica estén al servicio de todo el pueblo, de las clases explotadas y humildes. Se trata de una ciencia al servicio del hombre.

Solo una ciencia revolucionaria como reflejo de una revolución científica de todo nuestro pueblo permite que nuestra universidad como institución responda a los mínimos requerimientos de la nueva ética humanista de nuestros días; de la ética basada en la emancipación del hombre. Y solo la comprensión de los complejos problemas del mundo contemporáneo conlleva al intelectual de nuestro país a tomar este camino.

Que la universidad deba poseer una ciencia revolucionaria no significa que no gravite en el seno de ella la fuerza de la revolución buscando también allí conciencia. Precisamente, son hombres quienes integran la universidad. Pero, justamente, por elemental simbiosis dialéctica no basta elevar la conciencia ideológica y política del movimiento revolucionario que se desarrolla en el seno de la universidad, sino que es necesario darle empuje revolucionario (social, patriótico, democrático y popular) a la ciencia, las humanidades, el arte, las técnicas y las profesiones que allí se desarrollan. En pocas palabras, que la ideología revolucionaria fructifique y se plasme en las labores universitarias, rescatando para sí a la ciencia, las humanidades, la técnica y el arte. Estos instrumentos no pueden seguir estando –como hasta hoy– al servicio de ideologías que defienden intereses antinacionales. La lucha ideológica en la universidad tiene que colocarlos al servicio de nuestro pueblo, de su juventud, de toda la nación venezolana.

Exagerar el elemento revolucionario subestimando el científico conduce a la aventura: tanto en política como en cualquier otra actividad humana –inclusive en la propia investigación científica. El revolucionarismo conduce al espontaneísmo, al empirismo. La historia contemporánea de nuestro país es sumamente clara en ese empirismo nuestro ante los diversos órdenes de la vida social

y, especialmente, en la lucha política. La marcha ciega, por mística que sea, flaquea y termina desfigurando la propia realidad de la cual tan poderosamente se ha nutrido. Es necesario completar el impulso revolucionario con el método científico de analizar los diversos problemas. Pero, igualmente, la exageración del factor científico y la subestimación del revolucionario conduce a la traición: tanto en política como en cualquier otra actividad humana –inclusive en la propia investigación científica. La ciencia no es para la ciencia misma. La ciencia es para la revolución, para la transformación del mundo, para conquistar la felicidad del hombre. El cientifismo conduce a la torre de marfil, a divorciar nuestras palabras de nuestros hechos, a minar los principios más importantes de la ética ciudadana. Conduce al dogmatismo. También tenemos mucho de dogmatismo en la historia contemporánea de nuestro país, inclusive en la propia esfera de la lucha política. La luz, la clarividencia sin potente mano que sostenga hasta lo último su impulso social y humano termina por esquematizar y desnaturalizar la profunda riqueza de la vida, de la realidad, perdiendo así el propio método científico su legítima autenticidad. El método científico requiere de constante renovación, de la veta revolucionaria. De lo contrario, el divorcio con la vida se hace patente y ni siquiera un despilfarro moral podrá argüirse para fundar nuestra existencia ciudadana.

Ni empirismo ni dogmatismo. Ni aventura ni traición. Una posición integral del hombre, precisamente del hombre universitario que sepa confluír en un solo haz la fuerza revolucionaria con la clarividencia científica. En esta forma la razón está plenamente al servicio del hombre. Y el trabajo humano se transforma en la más preñada y alta actividad del hombre. Solo así llevamos a la práctica las tesis del nuevo humanismo de nuestros días. Y los nuevos principios éticos basados en la emancipación del hombre se podrán realizar no en el, ensueño, la fantasía, o la imaginación, sino en la realidad concreta de nuestro universo y de nuestra patria.

Ciencia y revolución al servicio del hombre. Ciencia y revolución en manos de los venezolanos para conquistar la patria anhelada.

*

Todo lo anterior debe llamar a la reflexión al universitario de hoy. No podemos esquivar los más elementales principios de la ética humanista de nuestros días, que nos impele a ser fieles a la ciencia y a la revolución, fusionando nuestras palabras con nuestros hechos.

El primer obstáculo para el intelectual honesto es la búsqueda de la verdad. Y, para el universitario, la búsqueda de la verdad es un problema de método. Una metodología general basada en una concepción del mundo y de la ciencia y métodos particulares en las diversas ramas del saber humano se entretajan en la universidad. Entre ellos, dos tendencias chocan en la concepción, explicación y comprensión de nuestros problemas nacionales, sociales y universitarios: subjetivismo y objetivismo.

Por mayor disposición científica que se posea, por especialísimo distingo técnico-científico que se tenga, el subjetivismo en el análisis de los fenómenos puede fácilmente apresarnos –sobre todo cuando no gravita en nuestras mentes el flujo de la revolución. La realidad natural y social del hombre es mucho más compleja y rica (infinita) que las posibilidades de nuestra mente (finita), que capta apenas algunas de las formas de expresión de esa realidad. El subjetivismo comienza por no darse cuenta de esta debilidad del sujeto en el proceso del conocimiento. Coloca al sujeto en disposición de producir sus pensamientos, echando a un lado la existencia real y constantemente mutable de los objetos. Y, si acepta la existencia trascendente del objeto, lo entiende como algo fijo, ya previamente aprehendido por los esquemas conceptuales de la ciencia. En uno y otro caso se desfigura la realidad, se la subjetiviza. Esta ponzoña corroe todos nuestros esfuerzos científicos, los desnaturaliza, los hace artificiales e inapelables, puesto que la realidad misma, como tal, ha

quedado desvanecida. En el mejor de los casos confundimos nuestros deseos con los hechos y obligamos a estos conformarse según nuestros esquemas y caprichos, cosa imposible la mayoría de las veces. Echar todos los lastres de subjetivismo que poseemos es una tarea histórica del universitario venezolano.

Objetivismo no significa negar las posibilidades cognoscitivas y creadoras del sujeto. Al contrario, significa considerarlas en su justo valor, esto es, en todo su valor real. Pero para aplicar un método objetivo en la búsqueda y encuentro de la verdad no basta proclamar el principio, como nosotros ahora lo hacemos aquí. Se requiere un largo proceso de experiencia y aprendizaje, dado en particular por cada región de conocimiento, y, en general, manifiesto en la experiencia vital del hombre. Pero el primer paso para asimilar con prontitud esas experiencias es una disposición cognoscitiva y comprensiva del sujeto en relación al problema metodológico general. Y, justamente, esta disposición es la actitud objetiva en el enfoque de los problemas y fenómenos de la realidad.

El subjetivismo es histórico, por no decir natural, que sería más comprensible. Adviene como etapa previa a una posición objetiva, esto es, plenamente científica. Esta es una superación histórica de aquella. Pero no deviene espontáneamente, sino que se hace necesario la toma de conciencia y la lucha. En el problema del conocimiento y en el metodológico general la lucha ideológica en la Universidad se expresa en la erradicación del subjetivismo y su superación por un análisis objetivo y científico.

El análisis objetivo no significa un reflejo pleno de la realidad, del objeto. Sino, como genialmente lo señalara Lenin⁴⁰ en el mejor de los casos, es un reflejo aproximativamente exacto. El escepticismo como el dogmatismo absoluto en el problema del conocimiento quedan borrados del mapa de la realidad; como tales no existen: son

40 Vladímir Ilich Lenin. *Cahiers Philosophiques*, Editions Sociales, París: 1955, pp. 150-151.

exageraciones artificiales de relaciones inexistentes. Pero, justamente, este reflejo aproximativamente exacto se funda –y no podría ser de otra manera, a pesar de los intentos confusionistas de hoy– en una concepción de la realidad tal cual es, comprendiendo lo complejo que significa dicha concepción.

El primer paso de la trayectoria es, pues, la lucha por el objetivismo, la asimilación plena de nuestra experiencia científica y humana. Solo reflejando con certeza, en nuestras teorías y opiniones, la realidad, podemos lograr en forma más eficiente y ética su plena transformación: una naturaleza en beneficio del hombre, un hombre emancipado.

*

Tropezamos así con la actual situación política nacional y los problemas fundamentales de nuestra Universidad. Pensamos que nuestras ideas deben hacer referencia a dos problemas actuales: uno pedagógico, otro político.

Dentro de la reforma universitaria nos planteamos de inmediato una reorganización de la enseñanza universitaria. Surge entonces una dirección que parece dominante: tomar todas las medidas pedagógicas (técnicas de investigación, etcétera) para mejorar radicalmente la calidad de los frutos universitarios. Loable tendencia.

Mas lo pedagógico en sí no consiste en mejorar la calidad a costa de la cantidad. Lo pedagógico en sí no significa adaptarse a las nuevas técnicas científicas importándonos poco el resto de problemas que gravitan sobre la función y las misiones de la universidad. Lo pedagógico en sí no significa aislarse de los problemas nacionales y sociales. Exactamente lo contrario.

De elemental conclusión popular y mundana es el principio de los óptimos resultados de la enseñanza individual. Recuérdesse el ideal rousseauiano de un alumno para cada profesor. Pero, ¿es ese el mundo en que vivimos? ¿Es así como ayudamos a la Venezuela de hoy? Claro que no. La moderna ciencia pedagógica enseña cómo

solucionar certeramente los elementos contradictorias de una educación aprovechable para muchos, pero que no sacrifique el mínimo de calidad de la enseñanza. Desde el punto de vista del desarrollo objetivo, la calidad surge de la cantidad (en una fase de la superación dialéctica). Pero no es eso lo que pedimos. Tomando en cuenta ese principio, podemos acelerar el proceso y aprovechar los cuadros especialmente dotados de posibilidad, colocando lo pedagógico al servicio de los problemas reales que confronta hoy la sociedad venezolana.

Lo pedagógico en sí no debe ser sacrificado. Planteamos que el problema debe verse desde al ángulo de la totalidad, con todas sus complejidades, multilateralmente. Las universidades aparecen entonces como instrumentos de la nación, vinculadas estrechamente a la sociedad de la cual se nutren. En la hora actual es necesario resolver el problema de la mejor calificación de la enseñanza sin desmedro del problema social, tan acucioso en nuestros días. Las tareas son inmensas, pero debemos afrontarlas con decisión. La universidad debe estar abierta al pueblo, a los miles y miles de estudiantes, especialmente a nuestros estudiantes que trabajan.

Se nos dirá que la aceptación de la masa de estudiantes con las posibilidades docentes, técnicas, físicas y financieras de la universidad tiene un límite más allá del cual se desvirtúa la mínima calidad de cualquier tipo de enseñanza. Teóricamente esto es verdad; es decir, tomado en su aspecto abstracto, en términos absolutos. Pero la realidad no es ni abstracta ni pura. En primer lugar, somos conscientes hoy –como lo fuimos ayer con un tercio de los alumnos actuales– de que apenas nos beneficiamos un mínimo de todo lo que podríamos aprovechar. El milagro no está en la reducción: ni se llegará a él de la noche a la mañana. Es un proceso. En segundo lugar, el camino se hace al andar. Especialmente cuando gravita la plena convicción del triunfo futuro. Avancemos por encima de los diversos obstáculos. Unámonos para solucionar los problemas técnicos y las posibilidades docentes en la lucha por mayor presupuesto. Resolvamos el problema

pedagógico, tomando en cuenta el problema social. Mejoremos la calidad de la enseñanza universitaria sin dar la espalda al conjunto de problemas que se cierran hoy sobre la sociedad venezolana.

*

Y llegamos, para terminar, al problema político. Se nos dice ahora, con énfasis, que saquemos la política de la universidad. Se comienza, como es de esperarse, con una posición teóricamente justa, pero de distorsionado sentido práctico: fuera la política “partidista” de la universidad. La política “partidista” debe realmente estar “fuera” de la universidad. Una forma específica toma la lucha política en el recinto universitario y debemos saber respetarla. Pero, precisemos esa orientación: se trata de no hacer un traslado mecánico de la lucha partidista del conglomerado social a la universidad. En la universidad habrá lucha política, posiciones partidistas opuestas y ello no solo es natural y objetivo (independiente de nuestros deseos), sino que es lo máspreciado, lo más genuinamente humano, patriótico y ético de la universidad. La raíz universal, social y nacional de la universidad.

No se nos diga... ¡basta ya de política...! ¡A estudiar! Como se pretende decirle al pueblo: ¡a trabajar!, dejad la política. Ese es un “decir” muy viejo ligado a los representantes más indignos de nuestra historia. Pérez Jiménez y Betancourt se lo dicen a nuestro pueblo y Fernández Morán y Leandro Mora a los estudiantes. Es necesario cuidarse en la formulación de esa exigencia. Dejar de hablar de política, dejar de hacer política, es maniatar al pueblo, cerrarle los ojos, esclavizarlo. Ética y políticamente –como enseñaba el viejo Aristóteles– no tiene otro sentido sino ese. Paralelamente podríamos afirmar lo mismo respecto al estudiante: ¿estudiar para qué? ¿Para servir a qué? ¿Cuál es el fruto de mi estudio? ¿Qué haré con él? Esa formulación en el fondo recoge el viejo positivismo carcomido de un Vallinilla Lanz. No, señores. Se trata de estudiar para servir al pueblo, a la nación venezolana. El horizonte ético y político es el que realmente forma al ciudadano. Si queréis formar hombres es necesario hacer

política en la universidad, de lo contrario obtendréis autómatas, robots, esclavos.

Y esto se dice en los momentos de la culminación del proceso de traición a los ideales de 23 de enero; cuando el país vuelve de nuevo a las mismas andadas dictatoriales y fraudulentas de antaño, pero, desde luego, con nueva vestimenta y bajo el amparo de “amplios” sectores de la opinión pública que hasta ayer nada más no llegaban a tales desenmascaramientos. La traición a la política de los postulados democráticos y patrióticos de la revolución venezolana debe llevarnos a serias reflexiones. En especial al universitario, sea estudiante o profesor. Pensamos que la universidad no se doblegará ante poderosos intereses antinacionales. El movimiento estudiantil debe estar maduro para comprender su futura responsabilidad. La lucha se agigantará: una vez más el movimiento universitario saldrá a la palestra con toda su fuerza: a desenmascarar a los traidores, a derrotar su política, a desbrozar el camino cierto de la Venezuela progresista, democrática y nacional.

Introducción: sociedad, cultura y universidad

1. Desarrollo de la cultura en relación con la sociedad

La sociedad venezolana se desarrolla como un proceso que persigue objetivos determinados de progreso social regido por leyes objetivas. Esta es una afirmación de la moderna ciencia social.

El carácter objetivo de estas leyes del desarrollo de la sociedad venezolana –tan puesta en boga hoy día por los investigadores sociales– rige inexplorablemente la marcha hacia adelante de la nación venezolana, en su tendencia general (a largo alcance). Es el caso, por ejemplo, de las leyes económicas fundamentales que rigen la actual etapa de desarrollo de nuestra sociedad estudiada por la ciencia de la economía política. Estas leyes nos muestran con claridad que en el origen de ese desarrollo se encuentran determinadas contradicciones.

Para nadie que se tenga por científico social es un secreto que en el desarrollo de la sociedad venezolana existen dos contradicciones fundamentales, una de las cuales toma el carácter principal. La contradicción entre el imperialismo y la nación venezolana (entre las fuerzas productivas nacionales en constante ascenso y las relaciones de producción existentes que frenan ese desarrollo por estar entrabadas por la dominación imperialista) y la contradicción entre las fuerzas productivas en la agricultura frenadas por las relaciones de producción feudales o semif feudales que entraban en ese desarrollo. De estas dos contradicciones fundamentales se desprenden dos objetivos históricos de la sociedad venezolana hacia su progreso; dos

objetivos revolucionarios de la sociedad venezolana: el antiimperialista (o patriótico popular) y el antifeudal (democrático y de progreso). ¿Cómo se reflejan esos objetivos históricos de la sociedad venezolana en su cultura? La noción comúnmente aceptada de cultura define esta como:

... el conjunto de bienes materiales y espirituales (o valores) creados por la humanidad en el curso de su historia (...) representa el nivel alcanzado por la sociedad en determinada etapa histórica: progreso, técnica, experiencia de producción y de trabajo, instrucción, educación, ciencia, literatura, arte e instituciones que le corresponden.⁴¹

Es, pues, lo hecho por el hombre a diferencia de lo natural que tiene su propio crecimiento. Sin embargo el concepto de cultura material (la técnica, por ejemplo) y una cultura inmaterial (la ciencia, la literatura, etcétera). Este último aspecto es el que absorbe el uso del vocablo.

Hay también en toda cultura la lucha entre una cultura progresista, popular y nacional y una cultura retrógrada y políticamente reaccionaria. Las fuerzas interesadas en el progreso de nuestro país objetivamente defienden la cultura popular y nacional; las fuerzas reaccionarias la cultura retrógrada, antinacional y antipopular. Esto significa que las contradicciones en el seno de la sociedad venezolana en su desarrollo se reflejan asimismo en el proceso de desarrollo de nuestra cultura, se hacen sentir en el seno de nuestra cultura. De esta manera la cultura no es una creación humana desligada de la problemática social del hombre, sino, precisamente, todo lo contrario: refleja esa problemática social en el seno de sus contenidos y formas. Es una creación social del hombre, y, como tal, todo estudio y análisis de la cultura tiene que estar vinculado con la sociedad en el seno de la

41 M. Rosental y P. Ludin. *Diccionario filosófico abreviado*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo: 1959, p. 104.

cual se desarrolla dicha cultura. Existe, pues, esta conexión recíproca del desarrollo de la cultura en relación con la sociedad.⁴²

2. La universidad manifiesta los problemas de la cultura y de la sociedad

Estas contradicciones, objetivos y problemas inherentes al desarrollo de nuestra sociedad y de nuestra cultura se manifiestan con nitidez en el seno de la vida universitaria. De manera que también en la universidad –como forma peculiar de cultura– se refleja la contradicción entre la nación venezolana y el imperialismo, entre las fuerzas retrógradas y de avanzada en la solución de nuestro problema agrario. Desde luego que, así como esas contradicciones, objetivos y fuerzas en lucha tienen sus propios canales culturales de desarrollo, así también toman una peculiar forma universitaria.

En relación con la universidad, ¿cuáles son los problemas más importantes? ¿Cómo se expresan estas contradicciones? Podemos clasificarlos en problemas culturales, problemas socioeconómicos y problemas políticos.

Ejemplos de problemas culturales constituyen la participación de las amplias masas del pueblo venezolano en el desarrollo y fortalecimiento de la cultura y el arte nacional; la reforma –científica, racional, metodológica– de la educación y de la enseñanza; la liquidación del analfabetismo (y no la enseñanza mecánica y apresurada a descifrar

42 Ya para 1925 en la primera toma de conciencia del movimiento reformista universitario, la revista *Sagitario de la Plata*, N° 2, llegaba a la siguiente definición del problema educativo: 1.- El problema educacional no es sino una de las fases del problema social; por ello no puede ser solucionado aisladamente; 2.- La cultura de toda sociedad es la expresión ideológica de los intereses de las clases dominantes. La cultura de la sociedad actual es por lo tanto, la expresión ideológica de los intereses de la clase capitalista; 3.- La última guerra imperialista, rompiendo el equilibrio de la economía burguesa, ha puesto en crisis su cultura correlativa; 4- Esta crisis solo puede superarse con el advenimiento de una cultura socialista.

signos)⁴³. La universidad debe realizar investigaciones y estudios y formular propuestas para la solución progresista, adecuada y realista de estos problemas del desarrollo de nuestra cultura nacional.

Problemas sociales y económicos vinculados a la función de la universidad en el seno de nuestra sociedad y nuestra cultura hay muchos: vivienda, desempleo, alimentación, sanidad, etcétera, también es deber de la universidad realizar estudios y formular soluciones adecuadas a estos problemas en un período más o menos razonable.

Existen los problemas políticos de la defensa de la democracia y la libertad, de la unidad nacional y el logro de la independencia nacional (económica) y una profunda reforma agraria. En este sentido la universidad debe transformarse en uno de los pilares de la lucha de nuestro pueblo por liberarse de las cadenas foráneas.

Si la ciencia social expresa una solución verdadera –además de correcta– al problema de nuestro desarrollo histórico nacional: si la universidad debe estar encaminada a expresar las soluciones científicas a nuestros problemas nacionales, nada más justo que la universidad se transforme– desde luego, progresivamente– en una abanderada cultural e ideológica al servicio de nuestro pueblo, en la lucha y logro de una Venezuela liberada económicamente.

Desde luego, las fuerzas retrógradas y de avanzada en el seno de la sociedad venezolana –partidarias y contrarias de su progreso– a través de sus medios culturales y técnicos luchan silenciosa o abiertamente en el seno de la universidad para que esta responda a sus requerimientos nacionales o antinacionales, populares o elitescos. En el actual régimen político que vive el país, la universidad nacional debe ser expresión de las fuerzas racionales y progresistas, por lo

43 El Correo de la Unesco, marzo 1958, p. 9, dice: “Se considera alfabetizada una persona que sabe leer con comprensión y escribir un resumen corto y sencillo de los hechos de su vida cotidiana. Se considera semialfabetizada una persona que sabe leer con comprensión, pero no escribir un resumen corto y sencillo de los hechos de su vida cotidiana”.

cual debe ser ganada para la defensa de la cultura nacional, popular y progresista frente a las fuerzas que defienden una cultura antinacional. Y en la universidad –bajo sus específicos canales– también se manifiesta la lucha entre las dos culturas en el seno de la sociedad venezolana: la progresista y la retrógrada. La universidad precisa, amplía y difunde adquisiciones fundamentales de nuestra cultura. De allí la importancia por colocarla al lado, cada vez más definitivo, de la cultura progresista, de las fuerzas que velan por el desarrollo de lo nacional y lo popular.

3. Intelectualismo y popularismo en la concepción de la universidad

Nos preguntamos entonces: ¿qué concepciones existen sobre la universidad? Hay, como podrá comprenderse, numerosas y diversas concepciones sobre la universidad –testigos de experiencias pasadas y producto de construcciones futuristas. Pero, ellas, podríamos resumir dos extremos de su concepción: intelectualismo y popularismo –como se han dado en llamar.

El intelectualismo considera la universidad en una cumbre frente a la sociedad y la patria. Piensa en una “revolución universitaria”, o de la universidad, o de los universitarios. Las transformaciones sociales que requiere nuestro pueblo se harían desde la universidad (la universidad como guía de la revolución). Esta concepción exagera el papel de la universidad en el desarrollo histórico de nuestra sociedad. El popularismo, al contrario, considera que la universidad solo sirve a la cultura reaccionaria, puesto que es un recinto de la burguesía y la pequeña burguesía y no hay allí hijos de obreros y campesinos. Desdeñan en consecuencia el papel de la burguesía y la pequeña burguesía en la revolución y, por ello, el propio papel de la universidad. Se alejan de las posibilidades de transformación de la universidad en el seno de un régimen democrático-burgués, etcétera. Esta concepción

subestima el papel de la universidad en el desarrollo progresista de nuestra sociedad.

La consecuencia existente en ambas posiciones es que separa “lo cultural” y “lo popular”; “lo pedagógico” y “lo social”. No ven los lazos profundos que unen lo uno a lo otro y viceversa. La posición correcta es colocar nuestra universidad en su actual situación social y política. No podemos aspirar a una universidad plenamente al servicio del pueblo y de la patria; pero tampoco podemos concluir que no es posible obtener nada en ese sentido. La cuestión actualmente se plantea en que no es posible ni el Todo ni, tampoco, la Nada. Precisamente debemos aspirar a una parte posible y realizable –que es el papel progresista de la universidad–. Desde luego, nuestra universidad está en retraso respecto al desarrollo económico-social y político del país. Debe, en consecuencia, avanzar en ese sentido hasta alcanzar ese desarrollo y no debe dejar todo para después de los grandes cambios sociales revolucionarios.

Frente a la concepción popularista planteamos que no basta decir que el enemigo principal es el imperialismo, los latifundistas y la reacción criolla y extranjera en general, sino que es necesario ver cómo esa formulación se traduce en los diversos órdenes de la vida social y, en nuestro caso, como se traduce en el campo cultural, educativo y universitario. Se trata de combatirlo en todas sus manifestaciones –aún las más sutiles– en el seno de la universidad: clericalismo, tecnologismo, departamentalismo, limitacionismo, etcétera tampoco se puede repetir que lo primero es alfabetizar, solucionar los problemas de la educación primaria y de las amplias masas del pueblo; pues al lado de ello hay que resolver los problemas de la educación media y superior, los problemas universitarios, en forma simultánea. La lucha es social y cultural a la vez; pedagógica: sin exclusiones de un tipo o de otro. Es necesario ver los problemas educativos y culturales sobre su base social común y general, pero, al mismo tiempo, en lo que tienen de específico como problemas

culturales y educativos. Y frente a estos problemas plantear la posible solución, puesto que siempre hay algo posible de realizar en cada parte del todo⁴⁴. Por último le señalamos al “populismo” que la universidad por su composición social (burguesa y pequeño burguesa) integra el cuadro general de los aliados revolucionarios del pueblo y de la clase obrera y que, en consecuencia, la posición de subestimación de su papel viene a ayudar y colaborar precisamente con los enemigos del pueblo y de lo nacional. En una y otra forma y, desde luego, sin las precedentes formulaciones exageradas, producto en lo fundamental de una exposición pedagógica, estas tendencias han existido y existen actualmente en el seno de nuestra universidad –en posiciones teóricas y prácticas–, e incluso, en el seno de los cuadros culturales de los partidos políticos.

Frente al “intelectualismo” podemos señalar en general las tesis científicas del papel de las masas populares, del pueblo, en las gestas revolucionarias e históricas, acompañadas precisamente de la importancia real que tienen las ideas progresistas precedentes de la universidad (y no místicas, que la deforman). Le planteamos la necesidad de que la universidad se ligue estrechamente al pueblo, expresando científicamente los objetivos revolucionarios de este contra sus enemigos; señalando las soluciones concretas y revolucionarias a los diversos problemas nacionales. También, sin llegar a la exageración expuesta, hemos tenido desarrollo práctico y notas ideológicas –en determinadas publicaciones y conferencias– de esta postura “intelectualista” en la concepción de la universidad en relación a los problemas nacionales.

Superando una y otra posición, llegando a la unidad en la lucha por la verdad racional y científica de nuestros problemas de pueblo y de nación, nuestra universidad podrá jugar su papel progresista en el desarrollo de la cultura nacional.

44 Ver: E. Giudici. *Problemas ideológicos-científicos, técnicos y filosóficos en la universidad*, Ed. Fundamentos, Buenos Aires: 1959.

Capítulo I. Política y universidad

Problemas ideológico-políticos de la universidad

1. Un problema teórico

Las relaciones entre la universidad y la política son de diversos tipos. Especialmente de carácter teórico y de carácter práctico. Desde luego que cuando utilizamos los vocablos entendemos generalmente en sentido práctico y social la noción de “política”. Pero habría otra manera de comprenderla: en su sentido teórico. El problema teórico de las relaciones de la política y la universidad se refiere a la concepción de la política como ciencia.

Como decíamos en el capítulo anterior, los problemas de la universidad son inseparables de los problemas de la sociedad en su conjunto⁴⁵. En ese mismo sentido debemos comprender que la universidad recoge los problemas científicos, técnicos y humanísticos más importantes de nuestra sociedad. También el problema de la política como ciencia.

¿Qué es la política? ¿Cómo se conceptúa la política en la universidad? Como sabemos, aún hoy privan diversas concepciones de la política. Desde luego el vocablo se presta, –como tantos otros: economía (y lo económico), historia (y lo histórico), etcétera– a una

45 Ver: *Sociedad, Cultura y Universidad*, pp. 22. En relación a este mismo problema consultar el artículo de: H. P. Agosti. “La reconstrucción de la universidad democrática”, *Cuadernos de Cultura*, (Buenos Aires), nº 24, (1956).

doble interpretación. La política como ciencia y como realidad, sin negar la necesaria vinculación entre ambas. Por ejemplo, en el lenguaje popular la política –concebida como realidad– es labor de aventureros y oportunistas. No falta razón. Existe toda una experiencia y tradición en la cual el poder político en nuestro país ha estado en manos de dictadores, ladrones y asesinos, y, aún en los sistemas democráticos, persiste la demagogia de ofrecer en el proceso electoral y olvidarse del pueblo cuando ya se está instalado en las butacas de las cámaras. Claro está, poco a poco, va forjándose una realización práctica de la política con un profundo sentido humano y patriótico. Y esto también enseña a nuestro pueblo. Hay “políticos” y política.⁴⁶

No priva en nuestra universidad –aún en el reciente Instituto de Estudios Políticos, adscrito a la Facultad de Derecho– una discusión seria sobre lo que debemos entender por política. Se define la política, en general, como ciencia del Estado. Estado es un objeto real al cual se refiere la política. Pero no basta. La política es en realidad la lucha de las diversas clases sociales por el poder: las dominantes por mantenerlo, las dominadas por conquistarlo. A través de la economía, de los partidos y de otros canales específicos se manifiesta esta lucha. En verdad, la política está íntimamente ligada a la economía, a las clases sociales y al Estado. Como recinto racional, la universidad debe partir de esta concepción científica de la política.⁴⁷

46 Ver: Antonio Gramsci. *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, Ed. Einaudi, Turín: 1949.

47 La política está íntimamente ligada a la economía, a las clases sociales, y al Estado. Participación en los asuntos del Estado, en la dirección del Estado, en la determinación de las formas, las tareas y el contenido de la actividad del Estado es la política según una vieja definición de Lenin. Pero para comprenderla en su esencia es necesario ligarla al carácter mismo del Estado en el desarrollo de la sociedad. Esto se ha verificado a través de revoluciones que han modificado la estructura misma del Estado en consonancia con las transformaciones económicas ocurridas. Por ello Lenin ha dicho que la política es la expresión concentrada de la economía, puesto que la lucha política es la expresión extrema del antagonismo de las clases, de manera que la cuestión central de la política es la lucha entre las clases sociales por el poder. Unas clases sociales, las dominantes, luchan por

En consecuencia, los problemas más importantes de una sociedad, de una nación, de una colectividad se expresan en la política. En el proceso de desarrollo objetivo de los fenómenos sociales, el fenómeno político es justamente el puente entre los fenómenos económicos–sociales e ideológicos, centrando, de esta manera, las cuestiones sociales, económicas e ideológicas de mayor interés e importancia práctica inmediata en un momento histórico determinado de una nación. En la universidad, entonces, debe darse la lucha por una concepción científica de la política, la cual debe comenzar por una discusión seria y de altura acerca de este problema teórico: “qué es política”.

La pregunta que surge entonces con toda nitidez –y esperada por el título de este trabajo– es: ¿Cómo desligar entonces la universidad de la política?

2. Un problema político: la política en la universidad

Esto no se refiere ya el planteamiento teórico del problema, sino, precisamente, a la cuestión palpitante y vital de la práctica política en la universidad, práctica que a nuestro entender se respira necesaria y objetivamente por todos los poros de la vida universitaria⁴⁸.

mantenerse en el poder; otras, las dominadas, luchan por conquistar el poder. Por eso la lucha por el poder es el eje de toda política; es así la política los intereses vitales de las clases y sus relaciones recíprocas y las relaciones existentes entre las naciones.

48 Ha escrito Humberto García Arocha “La ética universitaria”, *El Nacional*, Caracas: 1958: “La universidad tiene que ofrecer cauce y camino para que prosperen todas las corrientes. Entonces cada quien irá a lo suyo, a lo que más le importe y más le atraiga. Solo cuando se alcance esa situación podrá ser justificable el temor de que la universidad prohíje grupos que insisten en hacerla unilateral. Porque la universidad no debe ser exclusivamente política; como tampoco debe ser exclusivamente deportiva; ni restringir sus actividades al arte o a la ciencia, al teatro o a la música, a la polémica o a la sosegada reflexión. La universidad es cada una de esas cosas, pero todas a la vez. Es universal. Pero mientras el estímulo persista hinchado sus garras en la represión

Hay quienes defienden el “apoliticismo” de la universidad, entendiendo por ello, en general, que no hay política en la universidad y, concreta y realmente, “que la universidad no refleje la lucha política, que este aislada de la sociedad y del pueblo”.⁴⁹ Como tantas veces se ha demostrado, esta tesis es completamente falsa. La desmiente la propia concepción científica de lo que es política.

Siempre habrá política en la universidad. Es un fenómeno objetivo, independiente de nuestra voluntad o conciencia, como existirá en toda comunidad humana regida estatalmente. Quiérase o no, necesariamente, habrá una política en la universidad, hay diversas pugnas políticas en la universidad. Claro está, la universidad tiene sus formas peculiares de desarrollar esta política y esta lucha política: a través de la investigación, discusión con altura científica. En verdad el “apoliticismo” en la universidad –por ello lo ponemos entre comillas– significa defender una política determinada: la política vieja, aferrada, conservadora, contra la nueva que lucha por abrirse paso. Necesariamente pues, la universidad reflejará la lucha política y el “apoliticismo” defiende la tesis política de alejar la universidad del pueblo.

Por otra parte, también hay quienes señalan que la universidad debe hacerse “política”. En otras palabras: hay quienes desdeñan lo científico, lo profesional, lo técnico, lo cultural, en función exclusiva de lo social y lo político. O bien, lo cultural concebido en general (en función de lo político) desdeñando lo técnico y lo científico. En el fondo esta posición lo que manifiesta es un profundo descuido y en consecuencia una negación del papel específico de la universidad en el plano de la enseñanza superior y de la cultura por el problema general social y político de la nación venezolana. Esta tesis también es falsa por exagerada. Hay un carácter específico de

de libertades, en la negación de la vida democrática y constitucional, la universidad es, y tiene que ser, revolucionaria, fundamentalmente política, por encima de toda otra consideración”.

49 E. Giuduci. *Problemas...* Op. cit., pp. 17-21.

la universidad, se trata de su misión científica, profesional, técnica, cultural y social a la vez. Pero no exclusivamente política. Lo político existe a través de los cánones anteriores. El “apoliticismo” negaba lo general (político) en función de un carácter específico desvinculado de él. Ocurre ahora lo contrario: se niega lo específico, absorbiendo todo lo general (político). Son transplantes mecánicos que se realizan en uno y otro caso. La cultura, no es solo lo intelectual, lo histórico, lo social y lo político. Es también lo técnico y lo científico. La universidad es para precisar, ampliar y difundir conocimientos y formar los cuadros que necesita el país. Tiene pues un papel específico la universidad: científico y nacional a la vez.

Ni lo uno ni lo otro. Ni el “apoliticismo” ni el “politicismo”, si así lo podemos denominar. Ni son dos cuestiones separadas: universidades y política (“apoliticismo”), ni son una misma cuestión absorbida por lo político (“politicismo”). Son dos cuestiones diferentes, pero relacionadas recíprocamente, de manera que una no puede desligarse de la otra y viceversa. Así como objetivamente lo particular no puede desligarse de lo general, ni lo nacional de lo universal (científico).

La universidad es unidad en sentido amplio de la ciencia y la política. Ciencia universal a través del desarrollo social y nacional concreto; desarrollo social y nacional elevado al plano del progreso científico. La ciencia no puede desligarse del desarrollo concreto social y nacional (política). Tal ciencia –por universal que fuese– no tendría sentido. Asimismo, el desarrollo nacional y social de nuestro país tiene que estar vinculado a las verdades universales y necesarias de la ciencia. Solo en esta unidad podemos concebir la universidad auténticamente.

Podemos concluir entonces que la universidad siempre refleja lo político y, por otra parte, que la universidad no debe estar absorbida por lo político. Pensamos que es en este justo y dialéctico sentido que debe entenderse la noción de “la política en la Universidad”.

De esta manera las fuerzas de avanzada en la universidad deben defender una política progresista, a favor de todo el pueblo, una política de las fuerzas revolucionarias, para derrotar la política de la reacción y el imperialismo en el seno de la universidad –manifestada allí de maneras tan diversas y disímiles: concepciones, profesores, temas, conferencias, sistemas de estudio, de exámenes, etcétera–. Por otra parte, una política progresista en la universidad significa realizar una lucha por la ciencia y el racionalismo, contra todas las corrientes irracionalistas y tecnicistas, humanicistas y cientificistas, exageraciones de los aspectos diferentes pero integrados de las misiones de la universidad.

De todo lo anterior se desprende que en la universidad, a su manera, existe lucha política.

3. La lucha política en la universidad

¿Qué significa entonces la lucha política en la universidad?

Significa fundamentalmente dos cuestiones: a) Lucha por lo nacional (por la acción progresista, democrática, unitaria de estudiantes y profesores en la solución de los problemas patrios); b) Lucha por lo universal (por la ciencia en la universidad que significa militancia ideológica contra las concepciones teológicas e irracionales). Hay lucha en la sociedad, hay lucha en el seno de la cultura, también se impone en la universidad la lucha política.

La universidad de esta manera está abierta a lo universal y a lo nacional en sus respectivos desarrollos. Y asimismo, lo general –la lucha social y política en todos sus aspectos– se expresa específicamente (a su manera, como hemos dicho) en este aspecto propio que es la universidad.

Nosotros pensamos que la lucha política en la universidad tiene entonces una forma específica de desarrollo: como aspecto de la lucha política en general. Precisamente una nota predominante de

esta lucha política en la universidad es su carácter de lucha político-ideológica. La forma ideológica de la lucha política toma así especial desarrollo en el seno de la universidad.

De esta manera, las fuerzas progresistas en la universidad deben partir de una base en su lucha política, a saber: mantener y ampliar la unidad (consolidarla y hacerla avanzar) de todos los estudiantes, profesores y egresados por:

- 1) Desarrollar el contenido social, democrático y patriótico de la Universidad.
- 2) Defensa de la auténtica autonomía universitaria.
- 3) Ampliación del presupuesto universitario y oposición al limitacionismo en la universidad.
- 4) Defensa de los métodos racionales de enseñanza.
- 5) Elevación del nivel científico y del rendimiento técnico de la Universidad, vinculándola estrechamente a la vida.

Un movimiento por estos objetivos en el seno de la universidad permitirá que esta desempeñe un papel histórico, para que responda a las exigencias hacia las cuales su propio desarrollo la ha conducido. ¿Quién puede, en nuestros días, estar en contra de estos objetivos en la universidad? Y la lucha por estos objetivos es precisamente, así lo entendemos nosotros, lucha política en la universidad.

Capítulo II. Religión y universidad

1. Una ideología política del imperialismo: la religión

El enfoque correcto de la religión posee también diversos matices. Fundamentalmente es un problema de conciencia y un problema social: un problema de fe y de práctica social. Como problema de conciencia es el derecho del hombre a creer, aunque la ciencia demuestre la irracionalidad de la fe. En cambio en relación a la segunda cuestión se trata ya de algo diferente: es el reflejo en la vida social, en la práctica política, de esa fe a través del dominio o control sobre la sociedad. Desde luego que esta segunda cuestión es la fundamental políticamente, puesto que patentiza el papel objetivo de la religión en el desarrollo de la sociedad.

Es una creación del hombre: forma parte la religión de la cultura. Con el arte formó el gran dúo de la época mítica en el decir aristotélico. Históricamente tiene valor como creación cultural en una etapa determinada del desarrollo de la humanidad. Pero luego vino la filosofía y posteriormente la ciencia. El proceso histórico es un constante avance de la ciencia sobre la fe y del progreso social sobre el totalitarismo clerical. De nuevo las dos direcciones diferentes: relación “ciencia-fe” y “progreso social-totalitarismo clerical”.

En la Edad Media la filosofía estuvo sometida a la teología, fue una “sierva” del pensamiento religioso. Por otra parte, socialmente, el Estado estuvo sometido a la Iglesia (recordemos las primeras luchas de J. Huss en Bohemia). Pero después la filosofía se independiza y

surgen las ciencias naturales. Y el Estado se eleva por encima de la Iglesia. Tales son los pasos de la Historia.

¿Qué puede hacer entonces la Iglesia? ¿Qué hace frente al devenir de la historia? La Iglesia se aferra desesperadamente a la escuela⁵⁰. Invoca el “derecho natural” de los padres a elegir la educación de sus hijos; es un derecho “de propiedad” sobre la familia que ejerce la Iglesia. Y este derecho se prolonga hasta el propio estudiante universitario en algunos casos.

En nuestro país la dominación feudal española tuvo su expresión ideológica en la teología, existente en nuestros claustros universitarios y prolongada aún después de la Independencia. Persistió hasta que surgió el movimiento positivista a finales del siglo pasado y de gran influencia a comienzos de este. El positivismo, claro está, no sustituyó plenamente el dominio absoluto del teologismo. Pero fue la posición que pudo en un momento histórico determinado desplazarlo.

Hoy se abre la lucha contra el positivismo en el seno de nuestra universidad y nuestra cultura. Diversas concepciones y corrientes luchan por desempeñar un papel preponderante. Pensamos que estas concepciones podrían resumirse en las siguientes: a) la clerical tomista (representada social y políticamente por la Iglesia y el Partido Social Cristiano); b) lo que podríamos llamar idealismo universalista antirreligioso (representado en las corrientes estrictamente filosóficas –fenomenología, existencialismo, etcétera– de poca trascendencia social y política, a menos que podamos enmarcarla –en el mejor de los casos– con el liberalismo); c) el sociologismo pseudomaterialista (que recoge, en el plano político, las tesis fallidas del aprismo, etcétera); d) el marxismo (representada social y políticamente por las corrientes revolucionarias y, en especial, por el Partido Comunista de Venezuela). Desde luego que la lucha ideológica entre estas concepciones se traduce en el plano político en la lucha de la

50 Ver: E. Giuduci. *Laicismo y Universidad Nacional*, Ed. Anteo, Buenos Aires: 1959, p. 6.

primera, tercera y cuarta corriente. La primera reviviendo el pasado, la tercera exagerando lo indoamericano en elucubraciones falsas y la cuarta uniendo las verdades universales de la ciencia con los problemas nacionales.

La religión en ese sentido –social y políticamente– está aunada a la primera corriente. Y es, por ello que nosotros la consideramos actualmente como una ideología política del imperialismo. ¿Por qué?⁵¹

Surgida la lucha social y los problemas obreros, a finales del siglo pasado, apareció una nueva política del Vaticano en relación al “problema social”. León XIII, el 15 de Mayo de 1891, dio a la luz la encíclica conocida con el nombre de *Rerum Novarum*. En esta obra se pronuncia por: el sistema de propiedad privada en forma definitiva⁵², contra la concepción científica de la lucha de clases como fenómeno objetivo dándole una interpretación subjetiva y romántica⁵³; aconseja a los capitalistas dar un salario

51 Eugenio Vargas. *Problemas fundamentales de la economía y la política del imperialismo*, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1959, pp. 376 y ss.

52 “La teoría socialista de la propiedad colectiva (...) es contraria al derecho natural de los individuos...”. (León XIII. *Rerum Novarum*, 1891).

“Todos han sostenido unánimemente que el derecho de propiedad lo han recibido los hombres de la naturaleza, y por tanto, del Creador”. (Pío XI. *Quadragesimo Anno*, 1931).

“La Iglesia defiende el derecho de propiedad, considerándolo como fundamental e intangible (...) el derecho de propiedad individual no emana de las leyes humanas, sino de la naturaleza”. (Pío XII. *Mensaje a los trabajadores españoles*, 11 de marzo de 1951).

“Una buena organización de la vida económica exige el reconocimiento y el respeto de la propiedad privada de los bienes productivos”. (Pío XII. *Carta firmada por el cardenal Dell’Acqua, a la XXIX Semana Social de Italia*, 23 de septiembre de 1956).

53 “El error capital de la cuestión presente es creer que las dos clases sean enemigas netas las unas de las otras, como que si la naturaleza hubiese armado a los ricos y a los pobres para que se combatiesen mutuamente en un duelo obstinado. Así como en el cuerpo humano, los miembros, a pesar de su diversidad, se adaptan maravillosamente los unos a los otros formando un todo armónico y, por así decirlo, simétrico, en la sociedad, las dos clases están destinadas por la naturaleza a unirse

“justo” a los trabajadores, etcétera. Inmediatamente después se desarrolló todo un movimiento en escala mundial por: la creación de Sindicatos Cristianos, con la pretensión de alejar a los obreros de los sindicatos clasistas, o, al menos, dividir el movimiento obrero; aumentar la ofensiva de penetración en la educación y las escuelas sobre la base de institutos privados, creación de las escuelas sobre la base de institutos privados, creación de los partidos Políticos de tendencia Social-Cristiana. Es una “nueva política” del Vaticano en su sentido pleno. Y esta “nueva política” iniciada responde, en el fondo, a un objetivo fundamental: la posición anticomunista, la posición en contra de la ideología progresista y revolucionaria. Por eso, esta ofensiva, ideológicamente, es una lucha contra la ideología marxista y socialista.⁵⁴

Todo lo anterior llevó a la iglesia a una íntima unión con la burguesía monopolista de Estados Unidos. De esa manera se realizaba poco a poco la fusión entre ambas esferas. Como sabemos, la oligarquía financiera y monopolista de EE.UU. es el centro de la reacción mundial desde el punto de vista económico.

armoniosamente y a mantenerse en perfecto equilibrio”. (León XIII. *Rerum Novarum*, 1891).

“Velad por que el sindicato no abandone el terreno que le es propio para transformarse en un instrumento de la lucha de clases”. (Pío XII. *Discurso a los obreros católicos de Italia*, 15 de agosto de 1945).

54 Panfletistas de segundo orden que ni siquiera se atreven a firmar sus artículos en publicaciones prácticamente “clandestinas”, intentaron desatar una soez campaña difamatoria contra el presente artículo. No es de extrañar. Al contrario, refleja la debilidad interna de los individuos que en nuestro país tienen el oficio de defender la religión católica. Por encima de las calumnias, apenas si dos cuestiones pueden sacarse a la luz como intento de discusión: (a) que antes del *Rerum Novarum* (1891) existían ya sindicatos, partidos, etcétera social cristianos. La tesis expuesta por nosotros no puede negar eso. No es eso lo que se dice. Se señala que el *Rerum Novarum* es punto de partida de un movimiento en ese sentido, que no está en contradicción –ni siquiera lógica– con que, antes de él, puedan haber existido sindicatos y partidos social cristianos. Al contrario, más bien, lo supone.

El Vaticano vendría entonces a desempeñar ese papel pero ya desde el punto de vista ideológico. El Vaticano y sus esferas de influencia (Sindicatos, Universidades, Partidos Políticos, etcétera) no se limitan incluso a la lucha ideológica, llega a ser también un centro de actividad organizativo, por ejemplo, de las diversas fuerzas opuestas a los países socialistas de Europa oriental. Como todas las ideologías del imperialismo, la religión se ha convertido en un arma del capitalismo monopolista contra la ideología del marxismo, contra los países socialistas. Ese es su signo fundamental. Por ello la catalogamos como una ideología política del imperialismo.⁵⁵

¿De dónde, entonces, habría de tomar la Iglesia alguna experiencia para iniciar ese movimiento de ofensiva en torno a la cuestión social y política? Es un hecho histórico, corroborado por las tesis científicas de la historia universal el planteamiento hecho por nosotros. Solo desconocimiento o la mala intención de confundir podría afirmar lo contrario. (b) que es menor el dinero que las Universidades privadas (la Católica) han obtenido de las compañías petroleras en comparación con las Universidades estatales; que esto es más grave si se comprende que el presupuesto de la Universidad Central es superior al presupuesto de la Universidad Católica; en consecuencia: nada de incorrecto existe por parte de las Universidades católicas al obtener esa ayuda económica. En efecto, se pone el ejemplo de que la Creole ha otorgado desde 1956 las siguientes ayudas económicas: a la Universidad Católica: Bs. 390.000,00; a la Universidad Central: Bs. 691.324,00. Esto es un poco menos que el doble. ¿Qué porcentaje representa para la Universidad Central esa ayuda en relación con el presupuesto general de cerca de 50 millones? El 1% aproximadamente. ¿Podrá decir la Universidad Católica "Andrés Bello", que los Bs. 390.000,00 recibidos es poco más de 1% de su presupuesto? No creemos que la Universidad Católica tenga un presupuesto de gastos de 30 millones. Entonces, ¿es o no mayor el peso económico de esa ayuda en la Universidad Católica?

55 La exposición no pretende avivar el fuego de la lucha "religión-comunismo". Plantea solo nuestro peculiar punto de vista frente a la Iglesia concebida universal e históricamente. Por ello nos hemos impedido de hacer ejemplarizaciones en relación con la Iglesia venezolana.

2. La “libertad de enseñanza” y la ofensiva de las universidades

¿Cómo se refleja todo lo anterior en el plano de la Universidad?

En relación a la educación, la religión ha echado a andar un principio: “la libertad de enseñanza”. Y, también, una práctica social: la ofensiva de las universidades privadas y del desarrollo de la educación católica en general. La noción de “libertad de enseñanza” pareciera ser –por su terminología– un principio democrático, progresista. Muchas veces llega a confundirse con el principio democrático de la libertad de cátedra en las universidades. Pero no es así. No tanto es libertad de enseñanza dentro de cada universidad, como libertad de enseñanza para enseñar lo que se quiera. Según ese principio podría formarse una universidad que defendiera principios hasta antinacionales, por ejemplo. No se entiende como libertad para enseñar todas las doctrinas (por el contrario, en las universidades católicas privadas hay un dogmatismo a ultranza, desobedeciendo así el articulado de la Ley de Universidades Nacionales). Se entiende, pues, como libertad para enseñar lo que se quiera, como libertad para tener universidades. Si planteamos el problema concretamente, la cuestión surge así: ¿Quiénes tienen en nuestro país libertad para crear universidades? Solo el Estado, la Iglesia y las compañías extranjeras del petróleo y el hierro. Nadie más. El pueblo, la sociedad entera, se expresa a través del Estado: por eso, a pesar de sus limitaciones y restricciones inherentes, las universidades estatales son, en nuestra época, las universidades que representan al pueblo. En cambio, lo contrario ocurre con la Iglesia y las compañías extranjeras: representan lo antipopular. Es, en última instancia, una cuestión de dinero, económica.

La “libertad de enseñanza” es una maniobra destinada a aniquilar la única universidad realmente libre, la que costea con su esfuerzo y dinero el pueblo venezolano: las universidades estatales. No está en juego la libertad de enseñanza –como pretendidamente se

desea engañar a incautos– sino el cercenamiento de la concepción laica de la educación.

La creación de universidades privadas llamadas “libres” (en otros países) y católicas ha pasado a una fuerte ofensiva en todo el continente americano (en Chile, de diecisiete mil alumnos, ocho mil son de universidades católicas). En nuestro país apenas si ha comenzado esta ofensiva: solo una universidad católica –que aprovechó a fundarse durante el perezjimenismo –es ayudada fuertemente por las compañías petroleras (recientemente un cuarto de millón de bolívars se donó para una facultad; constantemente por la prensa aparecen donaciones de las compañías extranjeras). De aproximadamente dieciocho mil estudiantes universitarios, dos mil son de universidades privadas.⁵⁶ La ofensiva de las universidades privadas –que se adelantará en nuestro país– y en principio de la “libertad de enseñanza” deben ser combatidos ideológica y políticamente en nuestra universidad.

3. Conclusiones

Se desprenden del análisis algunas conclusiones de importancia. En el plano teórico, desarrollar la lucha contra la penetración ideológica del imperialismo a través de la religión; luchar por imponer concepciones y métodos racionales y científicos. En este sentido debemos reconocer públicamente que la Ley de Universidades Nacionales es positiva.

56 Hubert Park Beck. *Men Who Control Our Universities*, Editorial King's Crown, New York: 1947; señala que de 30 universidades más importantes de EE.UU. el 66% de los consejos de administración está en poder de personas que tienen puestos de dirección en grandes empresas comerciales e industriales; 194 de 400 organizaciones de negocios más poderosas tenían personal en los Consejos Universitarios de estas universidades. El 70% de las universidades de EE.UU. son privadas y de estas el 40% son católicas (en un país protestante). Ello expresa con nitidez la fusión del catolicismo con el imperialismo. Ver: J. Kanapa. “La doctrina social de la Iglesia católica al servicio del capitalismo”. *Problemas de la paz y el socialismo*, (Praga), nº 3, (1960).

En el plano ideológico está el objetivo de desenmascarar la concepción de “la libertad de enseñanza” como maniobra nueva de la reacción; sostener los principios el laicismo; orientarse hacia el precepto democrático de la libertad de cátedra. En el plano político es necesario oponerse a la ofensiva de desarrollo de universidades privadas (que pedirán ayuda estatal, etcétera); oponerse a la igualdad con las estatales para dar título (vincularla con este aspecto de la Ley de Universidades Nacionales, que los posibilita, aun cuando requieran el visto bueno del Ministerio de Educación); hacer comprender que la universidad privada y católica en especial es un punto de apoyo desde donde se prepara el derrumbe de la universidad nacional.

Por todo lo anterior debemos, las fuerzas progresistas y democráticas en la universidad, llevar a cabo una lucha por la no proliferación de las universidades privadas y católicas y porque estas cumplan con los preceptos antidogmáticos de la Ley de Universidades Nacionales. E internamente, la universidad estatal deberá aumentar el nivel científico y el rendimiento técnico y exigir el aumento de presupuesto para ello, de manera de resguardarse de la embestida de las universidades privadas. Porque si estas tienen la ayuda de las compañías explotadoras extranjeras, no hay duda de que en poco tiempo su capacidad técnica y científica (laboratorios, profesores extranjeros, etcétera) será mucho mejor que la de las universidades estatales. Por ello, la negativa a elevar al 3% del presupuesto nacional las entradas para la educación universitaria nacional, le hace el juego, en la práctica, a esta ofensiva de la Iglesia y de las compañías petroleras con sus universidades privadas.

Capítulo III. La penetración imperialista en la universidad

1. Planteamiento del problema

Una tercera cuestión ideológico-política relativa a los problemas de la universidad se refiere, en nuestros países de América Latina, a la penetración imperialista. Pero no al problema general de la penetración imperialista en el dominio económico y político de nuestras naciones, sino a las formas peculiares que toma esta penetración en el plano cultural y universitario.

Conocemos las peculiaridades de nuestro país en relación a su sometimiento económico a los Estados Unidos. Como ningún país de América Latina, Venezuela es el de mayores inversiones estadounidenses. Como ninguna nación del mundo, Venezuela es la que provee a los Estados Unidos en cantidades decisivas dos de las materias primas más importantes de la economía y las guerras modernas: petróleo y hierro. Eduardo Arcila Farías en un artículo publicado en *El Nacional* sobre los capitales extranjeros, escribía lo siguiente:

“... En 1957 nuestra tributación al capital foráneo pasó de \$ 750 millones contra \$ 595 millones que pagaron las demás naciones latinoamericanas (juntas) (...) O sea que Venezuela, con una población de 6 millones de habitantes, pagó al capital extranjero un volumen de beneficios e intereses superior en \$ 145 millones sobre los pagos de 18 naciones con una población de más de 170 millones de habitantes. Es decir, que

la tributación venezolana fue de 55,7 por ciento y la de todo al restante conjunto de países del bloque latino, de solo el 44,3%. En otras palabras, que mientras cada venezolano pagó al capital extranjero por concepto de beneficios e intereses la suma de \$ 109, los pobladores de las restantes naciones latinoamericana pagaron tan solo \$ 8,5 per cápita”.⁵⁷

Esta situación de sometimiento económico, muy peculiar de nuestro país respecto a los demás de América Latina y el mundo, se refleja necesariamente en los otros órdenes de la vida nacional: político, jurídico, técnico, social, cultural y educacional. Y, desde luego, en la universidad.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos se encuentran en condiciones de país vencedor. Inmediatamente pasó a convertirse, de manera activa, en centro de un poderoso sistema de ofensiva económica y militar contra los movimientos democráticos de liberación nacional en nuestros países. Surgieron entonces diversos planes de dominación mundial: el plan Marshall, el Truman, etcétera.

En enero de 1949, en su informe al Congreso, el expresidente Truman, al enumerar los objetivos internacionales de Estados Unidos, incluyó el llamado Punto cuarto (IV) relativo a los objetivos estadounidenses en Latinoamérica. Se perseguía desalojar a los ingleses y dominar Latinoamérica. Estos objetivos fueron enmascarados con la siguiente declaración: “poner los beneficios de nuestros avances científicos y de nuestro progreso industrial al servicio del mejoramiento y crecimiento de las zonas subdesarrolladas”. Tal es el conocimiento Punto IV relativo a la penetración imperialista en América Latina.

¿Cómo se refleja en el plano cultural y educativo esta penetración?
Juan Marinello, presidente del Partido Socialista Popular Cubano, en

57 Eduardo Arcila Farías. “De nuevo sobre los capitales extranjeros”, *El Nacional*, p. 4, (1960).

su célebre carta sobre “La penetración imperialista en la enseñanza cubana”, enumera los canales por donde se vuelca en nuestra docencia la penetración imperialista –que nosotros resaltamos, puesto que en lo fundamental puede aplicarse igualmente para nuestro país. ¿Cuáles son estos canales?:

1. Aumento considerable de becas de todo tipo para profesores y estudiantes.
2. Contratación de profesores al calor del Punto IV y a través de la Administración de Cooperación Internacional.
3. Acción directa de la Embajada de EE.UU. divulgación de libros, folletos y documentos de propaganda cultural y pedagógica e intervención directa de los propios funcionarios (agregado cultural, etcétera).
4. Viajes de grupos de profesores a centros docentes estadounidenses a realizar investigaciones, seminarios, etcétera.
5. Creación de escuelas de adiestramiento militar.
6. Iniciativas para unificar y coordinar, en beneficio de los intereses imperialistas, la acción educativa y cultural del Estado.
7. Utilización de las universidades privadas, auxiliadas económica y académicamente por el Gobierno y las empresas estadounidense.
8. Las pretendidas reformas educacionales con intervención directa y predominante de especialistas al servicio del imperialismo.
9. La elección de centros piloto para desde ellos proyectar los planes educacionales confeccionados en Estados Unidos.⁵⁸

58 César Godoy Urrutia. *Política y educación*, Ed. Tierra y Escuela, Santiago de Chile: 1959, p. 70. En el capítulo dedicado a “Penetración ideológica del imperialismo en la educación latinoamericana”, agrega los siguientes factores: “... Estados Unidos se vale de tres canales para transmitir sus influencias ideológicas: del suyo propio con intervención directa de sus especialistas y de las Embajadas: del Departamento de Educación de la Organización de Estados Americanos (OEA), con sede en Washington, y de los planes que en escala mundial y continental tratan de cumplir la Wcot (Organización Mundial de Profesionales de la Enseñanza) y la Unesco”.

Los primeros puntos (1, 2, 3, 4, 5) y el último (9) tienen un carácter *estructural*, se refieren a los problemas internos –técnicos y científicos– de nuestras universidades. Estos temas serán tratados en próximos artículos.

En cambio, los puntos restantes (6, 7 y 8) forman parte ya de la orientación teórica fundamental del imperialismo en su penetración en la educación, especialmente universitaria.

2. Una orientación teórica fundamental

De manera que podemos precisar el planteamiento general del problema en los siguientes objetivos del imperialismo:

–En relación a la educación en general: unificar y coordinar la acción educativa del Estado sobre la base de pretendidas reformas educacionales;

–En relación a la universidad: uno, la utilización de las universidades privadas, especialmente católicas; dos, una reforma de la universidad sobre la base de sus intereses económicos y políticos.

Con relación a la educación en general, recordamos como ejemplo nítido las medidas tomadas en la época de la dictadura y los cambios operados en el seno de la educación secundaria, aun vigentes. Estos cambios se hicieron, indudablemente, al calor del Punto IV. Como consecuencia de ello, continuamos viviendo hoy una crisis de la educación en nuestro país, puesto que no tenemos una doctrina científica de la enseñanza, ni tampoco una justa política organizativa que se desprenda de ella para su correcta aplicación. Es por esto que el movimiento estudiantil debe adelantar con fuerza un gran movimiento por la reforma de nuestra enseñanza, por la reforma de la escuela. Por una educación social, democrática, patriótica y científica. Por una nueva ley de educación nacional. Pero, al adelantar esta

campana, las fuerzas democráticas deberán tomar muy en cuenta los designios del imperialismo en su política de reformas educativas, que tratarán de proyectarla en función de sus particulares beneficios, tan cuantiosos en nuestro país.

En relación a los estudios universitarios debemos considerar que la fuerza de las universidades privadas es realmente pequeña en nuestro país⁵⁹. Pero no nos engañemos: con la colaboración de las empresas estadounidenses del petróleo y el hierro –y algunas veces de la propia Embajada– nuestras universidades privadas, especialmente la Católica, pueden llegar a tener un alto rendimiento técnico y profesional, que desde luego, perjudicaría a las universidades nacionales, con presupuestos ínfimos. Hoy, la terquedad del Gobierno en no elevar el presupuesto universitario nacional es una política que le hace el juego a los intereses imperialistas de fortalecer la educación universitaria privada frente a la estatal. ¡Y esto en un país como Venezuela! El movimiento estudiantil universitario, como el de profesores y egresados, debe luchar por la defensa de nuestras universidades nacionales –las únicas que responden a los intereses populares. Pero no se trata de luchar solo por el aumento del presupuesto, sino también por la elevación del nivel científico y el rendimiento técnico de nuestras universidades nacionales, y, donde lleguen a ser los propios estudiantes los primeros en poner de su parte para rendir mucho más en sus estudios y tener suficiente autoridad para exigir mayor calidad de los profesores.

Por último, está el problema de la reforma de la universidad. La orientación del imperialismo conoce muy bien que la actual estructura de nuestras universidades es defectuosa y que su funcionamiento exige una reforma. Todos deseamos reformas y medidas progresistas en la universidad. Pero es lógico suponer que el imperialismo se adelanta con teorías completas acerca de la reforma que

59 Ver capítulo anterior nuestro sobre "Religión y universidad".

no podrán reflejar los verdaderos intereses de la nación venezolana en el desarrollo de su cultura.

Frente a la universidad teológico-humanística, dejada desde la colonia, no podemos pasar a una universidad tecnocrática, bien sea: (a) científica (de investigación solamente); (b) tecnológica (de desarrollo exclusivo de aquellas especializaciones en las ramas del saber de mayor rendimiento práctico; pero no las de interés para la industria nacional, sino precisamente para la industria estadounidense o aquellas que tienen inversiones en nuestro país). Esta universidad tecnocrática, persigue desligar la universidad de la vida, del desarrollo social de la nación venezolana, y esto, en uno u otro sentido, es lo que desean las teorías imperialistas acerca de la reforma de la universidad.

Mal que bien, nosotros hemos marchado por el camino del desarrollo de cada facultad (como la mayoría de las universidades de América Latina)⁶⁰, por el camino de la especialización técnica –según las necesidades del país, como debería ser–, pero al mismo tiempo buscando superar la dispersión en una unidad superior: la universidad integrada por facultades (dispersión), pero con un mismo método y un mismo contenido de la enseñanza y con iguales objetivos nacionales y universales (unidad). Esta unidad superior aún no la hemos alcanzado, pero, indudablemente, ese es nuestro camino, por allí enrumbamos nuestra lucha.

Hoy existe una nueva versión de esta lucha del imperialismo contra el desarrollo natural de nuestras universidades: el departamentalismo (en lugar de facultades, departamentos), nuevo cuño en aras del cientificismo y tecnicismo. Como hemos dicho, este punto lo trataremos en un próximo capítulo.

60 Ver: José Carlos Mariátegui. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Ed. Amauta, Lima: (1957), pp. 90-140.

Este tecnicismo y este cientificismo persiguen un objetivo: que la universidad, apartándose de los problemas reales de la nación y el pueblo venezolano, deje de ser un instrumento al servicio de la patria, de la soberanía nacional. Esto es, que pierda su misión social y ciudadana. Pero, asimismo, en unión a ese tecnicismo y cientificismo y conociendo las exigencias de elevar la calidad de la enseñanza –tan sentida por todos–, muy sutilmente echa a correr la tesis del limitacionismo en nuestras universidades para que el menor número de estudiantes vengan a la universidad: en todo caso, que cursen en las privadas. Lo curioso del problema es que, con sutileza, se toma la bandera de elevar la capacidad científica (exámenes de admisión, eliminación de cursos nocturnos, etcétera), pero la elevación de la capacidad científica no es solución asilada impuesta por medidas técnicas, sino solución integral –del conjunto de la educación– que tome en cuenta la misión social –y no solo técnica o científica– de la universidad. No significa esto que la reciente medida del premédico, responda a una maniobra del imperialismo en nuestra universidad. Comprendemos perfectamente que no es así. Pero llamamos con fuerza la atención, al profesorado responsable, científico y patriota, sobre la coincidencia de objetivos en relación a la orientación teórica fundamental del imperialismo.

3. Conclusiones

De lo expuesto anteriormente podemos llegar a conclusiones. En general, en la enseñanza debemos combatir lo irracional; unido a ello, debemos buscar la superación de lo simplemente técnico, aunándolo con lo científico. Pero, a su vez, basar lo científico (unido ya a lo técnico y a la lucha contra lo irracional) a lo social (en las condiciones concretas y en las necesidades actuales de nuestra nación: desarrollar profesionales, científicos, técnicos con una amplia

formación cultural en una unidad armónica diferenciada). Y es en esta dirección que nuestra universidad puede elevarse, en realidad, a un verdadero humanismo. Dada al hombre como ente universal (ciencia) y como ente nacional (nuestros problemas nacionales).

Es a este contenido enunciado que debe responder una lucha política contra la penetración imperialista en la universidad. Que la universidad responda a las necesidades sociales en el campo específico de la formación profesional, de la investigación científica y la formación cultural. Hay un contenido social, racional y científico, de la enseñanza en la base de toda lucha política en la universidad. La misión de la universidad es social, científica, profesional, técnica y cultural a la vez, como una unidad superior. La exageración de uno de estos elementos conduce a una deformación de los verdaderos objetivos de la universidad. Y el tecnicismo y el cientificismo –no la elevación científica ni el mejoramiento técnico– constituyen esa exageración.

Levantar las banderas de la crítica al irracionalismo y al dogmatismo de nuestras universidades, como también el empirismo tecnicista; desarrollar con justeza lo científico y lo técnico de la enseñanza; adoptar métodos que respondan a ese contenido en una unidad metodológica para toda la universidad (por ejemplo, como aspecto, el sistema de estudios por unidades); adoptar planes integrales de estudios correspondientes, etcétera, todo eso constituye el verdadero ideal natural de nuestra universidad. Tomemos la técnica y la ciencia de otros países; aún más, tomemos sus métodos, pero en función de nuestro desarrollo nacional, aplicados y adaptados a nuestras condiciones históricas concretas. El industrialismo, las especializaciones indiferenciadas y sin unidad superior, el conformismo social y político propio de la educación estadounidense⁶¹,

61 La propia crítica estadounidense –especialmente ante su fracaso frente a la educación de los países socialistas– ya hace hincapié en estos defectos de la Educación estadounidense. Ver: Robert Hutchins. *La universidad de utopía*, Editorial Universitaria, Buenos Aires: 1959. Es un recuerdo de cuatro conferencias leídas en la Universidad de Chicago contra los cuatro defectos fundamentales

no tiene por qué penetrar en el desarrollo de nuestra enseñanza universitaria.

Desde luego, la lucha es ardua. Y además difícil. A veces, sin darnos cuenta, por encontrarnos tan en pañales en torno a los problemas ideológicos-políticos de nuestra universidad, llegamos a transitar hasta el camino ajeno. Busquemos nuestro propio camino. Hagamos nuestra reforma universitaria nacional.

de la enseñanza en Estados Unidos: industrialización, especialización, diversidad filosófica y conformismo social y político.

Primer paréntesis: las luchas del movimiento estudiantil venezolano⁶²

1. Características e importancia del movimiento estudiantil

En la sociedad venezolana, los estudiantes se diferencian de manera especial de otros sectores de la juventud. Poseen características propias, su desarrollo es ya una tradición en el medio político y organizado venezolano, constituyen un movimiento con caracteres definidos –el mejor organizado en el campo juvenil. Cada vez los estudiantes son más conscientes de sus reivindicaciones y aspiraciones más importantes, cada vez están más interesados en las luchas democráticas, unitarias y patrióticas de todo el pueblo.

El estudiante universitario venezolano tiene una gran tradición en las páginas políticas y culturales de nuestra historia. La historia nacional nunca ha estado aislada del movimiento y participación de nuestra universidad. En el campo cultural desde la propia Colonia, grandes pasos de avance comenzaron a darse. Las nuevas ideológicas científicas –en especial las corrientes racionalistas y positivistas– penetraron en nuestra cultura a través del recinto universitario. Hoy, la defensa de la ideología patriótica y revolucionaria gana a las grandes masas estudiantiles e intelectuales.

62 Caracas, febrero, 1959 (N. del E.).

En las luchas de emancipación, por la democracia y el progreso, un primer puesto ha tomado siempre el universitario venezolano. Basta recordar la célebre batalla de La Victoria, con Ribas a la cabeza del estudiantado de Caracas, rechazando las huestes del sanguinario Boves. En la época de la dictadura gomecista, la llamada generación del 28 y luego la figura de Eutimio Rivas. En nuestros días, el heroísmo, la abnegación y la resistencia del estudiantado contra el fascismo de Pérez Jiménez, mantuvo encendida la antorcha de la libertad a lo largo de ese negro período. La huelga universitaria del 51-52 el movimiento fermintoriano del 56, en fin, la huelga del 21 de Noviembre de 1957 que inició la caída definitiva del déspota, quedarán para siempre latentes en el corazón de los venezolanos.

Recientemente, el movimiento del estudiantado al lado del pueblo en el derrocamiento de la dictadura y luego, en la lucha contra el Gobierno, su decisión, su audacia, su claridad política frente a las vacilaciones del Gobierno, hicieron escalar aún más el grado de desarrollo y de madurez política del estudiantado venezolano.

Hoy no podemos dejar de afirmar el inmenso papel que el movimiento estudiantil desempeña en el seno del movimiento democrático de nuestro país y, al mismo tiempo, como es sólida base de lucha abierta contra los enemigos seculares de nuestro pueblo, por el afianzamiento de la democracia y por las aspiraciones nacionalistas de toda la sociedad venezolana. Los enemigos de la unidad, de nuestro progreso, de nuestra independencia económica y de nuestras libertades democráticas, ven en el estudiantado venezolano uno de sus más sólidos obstáculos.

El estudiantado ha demostrado con creces, ser una de las partes más sensibles políticamente de nuestra sociedad y más activa de nuestra intelectualidad.

La importancia del movimiento estudiantil, como fuerza actuante de la vida nacional, no puede de ninguna manera ser puesta en duda en nuestros días. Después de los rudos golpes sufridos por

el movimiento estudiantil en los últimos años de la dictadura, gracias a su heroica actividad revolucionaria y de resistencia, surge impetuosamente el 23 de Enero, a la par con el auge de masas democrático, unitario y popular en todo el país y hoy es el movimiento juvenil de masas mejor estructurado, a excepción hecha de las fracciones juveniles de los partidos políticos.

El estudiantado universitario venezolano está organizado a través de Centros de Estudiantes de las facultades existentes en cada una de las Universidades nacionales. La actividad en común de cada universidad está coordinada a través de la Federación de Centros Universitarios. Actualmente existen cuatro universidades estatales y dos particulares, habiéndose fundado recientemente una más en el Oriente de la República. No existe aún una organización que aglutine nacionalmente a todo el movimiento universitario. En su lugar, la Federación de Centros Universitarios de la Universidad Central de Caracas, hace las veces de organismo de coordinación o de enlace. La realización de un congreso nacional de estudiantes universitarios de donde surja la organización nacional legítima de los estudiantes universitarios es un objetivo urgente del movimiento estudiantil.

Los centros de estudiantes de las diversas facultades e institutos, constituyen el núcleo fundamental del movimiento estudiantil. En realidad, todo tipo de asociación mayor, bien sea nacional o regional, de una parte o del conjunto de ramas de la educación, vendría a ser una suma de organizaciones básicas del tipo de los centros de facultades e institutos. De allí la importancia de estos núcleos fundamentales del desarrollo organizativo del movimiento estudiantil venezolano. Los estudiantes, abanderados en el movimiento, luchan activamente por la existencia, funcionamiento y desarrollo de estos centros de estudiantes, de manera que lleguen a ser verdaderas organizaciones democráticas y unitarias del estudiantado. Luchan porque en los programas y actividades de los centros, se defiendan los

derechos fundamentales de los estudiantes y los grandes intereses de la educación, la cultura y la nación venezolana.

2. Auge del movimiento estudiantil venezolano

Con el derrocamiento de la dictadura, se inicia en nuestro país un gran auge del movimiento de masas democrático y popular hasta entonces reprimido y contenido. De este auge participa el movimiento estudiantil. ¿Cuáles son las características más importantes del auge del movimiento estudiantil del 23 de Enero de 1958 hasta nuestros días? Tres fundamentalmente, a saber:

- a) Su unidad
- b) Su combatividad
- c) Su organización

En efecto, ya antes del derrocamiento de la dictadura, el estudiantado había dado muestras de su unidad –forjada a través del Frente Universitario en el último año dictatorial–. Y asimismo, de su heroica combatividad contra los desmanes del tirano que elevó la moral de lucha en las amplias masas populares. Ciertamente, fueron los estudiantes universitarios los primeros en la unión en nuestro país, recordamos al efecto la huelga del 51-52, el Frente Estudiantil de la Resistencia de 1954 en adelante y sus acciones en contra de la X Conferencia Interamericana de Caracas, y en fin, el Frente Universitario creado en los albores de 1957. El dictador oprimió al movimiento estudiantil sin distinguos políticos, las cárceles se llenaron de estudiantes revolucionarios y a la hora del combate no hubo distinción de banderías, haciéndose este bajo el signo unitario de FU podría haber distinción en el arrojo, la heroicidad, la valentía o la organización de las huestes combatientes, pero el frente estudiantil estuvo y se mantuvo compacto, y como tal se enfrentó al dictador.

Hoy sabemos el papel importantísimo desempeñado por la unidad y por la combatividad del movimiento estudiantil dirigido por el Frente Universitario como organismo unitario.

Después del 23 de enero, esta unidad y la combatividad estudiantil, a pesar de los diversos tropiezos, se ha fortalecido. El 23 de julio, el 7 de septiembre, las elecciones y el propio aniversario de la gesta gloriosa con la participación de Fidel Castro, han sido fuertes pruebas de carácter nacional sobre la unidad y combatividad del movimiento estudiantil que se desarrolla y fortalece en su base, ampliándose cuantitativa y cualitativamente la conciencia democrática, patriótica y social de nuestro estudiantado. Pero, sobre todo, se fortalece en su base la unidad y la combatividad estudiantil gracias al desarrollo organizado que toma a partir del 23 de Enero. Se estructuran los organismos unitarios y democráticos del estudiantado en las facultades e institutos, mediante la formación de centros estudiantiles. Y más arriba aún, se estructuran las federaciones de centros de estudiantes aglutinando las grandes masas estudiantiles. Sabemos de la debilidad de este tipo de organizaciones (Federación de Centros Universitarios, Federación de Estudiantes de Secundaria, etcétera), pero ellas responden a una exigencia inmediata de solución a los problemas urgentes y estancados del movimiento y, al mismo tiempo, constituyen una base firme para la estructuración de mejores y más democráticas formas organizativas estudiantiles.

La lucha por las reivindicaciones concretas e inmediatas del estudiantado ha estado a la par con el desarrollo organizativo del movimiento. Una universidad autónoma y gratuita se obtiene, en la práctica, en los primeros meses de inicio de clases, para ser legalizado luego dicho objetivo mediante la Ley de Universidades Nacionales, a la cual nos referimos posteriormente. La ampliación del cupo estudiantil aumenta en un sesenta por ciento respecto a los años anteriores, siendo este un gran esfuerzo, puesto que el presupuesto apenas asignó un aumento del cincuenta por ciento bruto. Comienza un funcionamiento efectivo

de las residencias masculinas y femeninas, administradas las primeras por los propios estudiantes, a pesar de que lo fundamental del problema no termina por ser resuelto. Se crea una nueva Facultad. Se amplían las bibliotecas, el número de profesores e investigadores, los laboratorios, los institutos de investigación, el sistema de becas, etcétera. Todas estas conquistas –quedando por delante otras más numerosas– acrecientan la conciencia estudiantil, les da confianza en sus propias fuerzas, en la necesidad de su organización, unidad y combatividad.

Igual ocurre con los objetivos de tipo político alcanzados por el estudiantado. Tenemos una universidad democrática, no dogmatizada legalmente por tendencia ideológica alguna y sus tentadoras de una exigencia genuinamente científica, a pesar de que en las condiciones en que se desarrolla actualmente esto no se cumpla sino en muy pequeña escala. Se estatuye la participación estudiantil en los organismos académicos y esta se realiza provisionalmente, aun cuando ello no satisfaga las legítimas aspiraciones del movimiento universitario. Se toman medidas legales en contra del profesorado usurpador e indigno, que son positivas pese a su manifiesta lenidad y falta de valentía. Todos estos objetivos políticos alcanzados y las luchas democráticas al lado de todo el pueblo en defensa de la unidad, la democracia y la liberación nacional, aunque no satisfagan plenamente, constituyen una sólida experiencia para el futuro del movimiento estudiantil venezolano y fortalecen la conciencia democrática y progresista del estudiantado.

La obtención de estas diversas reivindicaciones concretas y aspiraciones políticas del movimiento estudiantil ha insuflado vida al esqueleto organizativo hasta ahora alcanzado por el estudiantado. Y al ocurrir esto, el desarrollo organizativo estudiantil ha dejado sentir su influencia en las amplias capas de estudiantes no obstante las numerosas deficiencias del movimiento –tanto las impuestas por su propio desarrollo objetivo, como las que dependen de los errores de sus dirigentes que, como era de esperarse, también han ocurrido.

Todo esto significa un sólido prestigio del movimiento estudiantil en escala nacional. Las luchas de nuestro pueblo por sus aspiraciones más sentidas han estado siempre unidas a las luchas estudiantiles. Por sus peculiares características los estudiantes han dado muestra de una abnegación, de un espíritu de sacrificio, de una inteligencia en el combate, a toda prueba. El movimiento estudiantil no es cualquier cosa en nuestro país. Es algo muy importante. Ha dado muestras de ser un elemento activo de la intelectualidad venezolana, de ser un elemento sensible a la política nacional. El pueblo confía en los estudiantes. La clase obrera desea su firme alianza. Los sectores nacionales y democráticos miran con respeto el desarrollo y la importancia del movimiento estudiantil. Si la unidad, combatividad y organización del estudiantado se desarrollan mayor será el prestigio, importancia y autoridad frente a los otros sectores de la sociedad venezolana interesados en la construcción de una Venezuela mejor.

3. Perspectivas del movimiento estudiantil venezolano

El movimiento estudiantil tiene enormes perspectivas. Ya señalamos por adelantado su combatividad, unidad y organización después del 23 de enero. Sin embargo, las exigencias del movimiento imponen actualmente fortalecer la organización, desarrollar a un plano más elevado aún, sus luchas. De allí que dos cuestiones llamen nuestra atención dentro de las perspectivas del movimiento estudiantil en general. Veamos cada una de estas cuestiones.

3.1 Las luchas del movimiento estudiantil

Del pasado del movimiento estudiantil debemos destacar como elemento sumamente positivo en nuestro país el carácter de sus luchas. Por la situación económica y política de la nación, el estudiantado ha

comprendido por sus propias experiencias cómo innumerables objetivos estrictamente estudiantiles solo eran posibles de obtener, librando una lucha política por la democracia, la unidad nacional y la independencia económica de nuestro pueblo. El régimen despótico y traidor de Pérez Jiménez impedía la organización y la lucha abierta del estudiantado por sus reivindicaciones más importantes, por sus aspiraciones inmediatas y locales.

Se comprendió la necesidad del combate por las libertades democráticas que una vez logradas permitirían la organización y lucha abierta del estudiantado por sus propias reivindicaciones. Pero no bastó para alcanzar las libertades democráticas, expulsar al tirano del país, sino que es necesario consolidar y hacer avanzar al régimen democrático. El año 1958, se caracterizó por una importante lucha política librada por el estudiantado en defensa de las libertades democráticas, de la unidad nacional y de la independencia económica. Los dirigentes comprendieron correctamente estas imposiciones objetivas de la política nacional. Las luchas por las reivindicaciones estrictamente estudiantiles, aun cuando avanzaran, como podrá comprenderse, quedaron en un segundo plano con respecto a la lucha política. Pasado el año 1958 el camino deberá completarse. Deberán elevarse las luchas estudiantiles a tono con las luchas políticas alcanzadas por el estudiantado.

En el movimiento estudiantil de diversos países, la experiencia ha demostrado a los dirigentes que existe una estrecha correlación entre las luchas políticas y las luchas estrictamente reivindicativas del movimiento estudiantil. Que no debe subestimarse ni una ni otra. Una lucha política, sin vinculación estrecha con las exigencias diarias e inmediatas, con los objetivos reivindicativos, recreativos, culturales, deportivos, etcétera, de los estudiantes, no es una verdadera lucha política. Puesto que no se toma en cuenta el grado de conciencia general de todo el estudiantado y de sus luchas, la materialización inmediata de los objetivos de la misma, etcétera. Es no

comprender que detrás de toda lucha política hay todo un proceso previo de pequeñas luchas por las necesidades más apremiantes, las cuales le preparan el camino, extienden las posibilidades y las fuerzas de la lucha política. Y al revés. Una lucha estrictamente de reivindicaciones estudiantiles, sin vinculaciones con los objetivos ulteriores del movimiento, no es realmente una lucha por la solución a fondo de los problemas del estudiantado, sino una solución pasajera, reformista, demagógica. Es no comprender que delante de toda lucha estudiantil hay objetivos políticos sin los cuales esa lucha no puede avanzar. ¿Acaso con el régimen despótico podía el estudiantado alcanzar la autonomía y gratuidad de la enseñanza universitaria? Indudablemente que no. De allí que el estudiantado se vio obligado a escoger una exageración de la dirección política en su lucha. De manera que está planteada para los dirigentes estudiantiles nacionales la justa conducción del movimiento relacionado recíprocamente las luchas estudiantiles en su carácter estrictamente reivindicativo y en su carácter de lucha política.

Por las exigencias políticas del pasado año es necesario hacer actualmente una elevación del carácter de las luchas reivindicativas del movimiento estudiantil a todas las Federaciones y centros de estudiantes. ¿Cuáles son los objetivos más importantes de esta lucha reivindicativa? Los siguientes:

A) La lucha por mejores condiciones de vida y de estudio para el estudiantado

En nuestro país tiene cuerpo la idea de que basta la existencia de un aula con pupitres y profesores para que se considere que las obligaciones del Estado con la educación han terminado. Esta tesis es completamente falsa. El Estado debe velar en primer término por mejores condiciones de vida para el estudiante. Tan importante es la preocupación por buenos laboratorios como por buenas y abundantes

evidencias y comedores para los estudiantes. La tradición en nuestro país ha conducido a subestimar este aspecto tan importante del problema: la buena existencia física y material del estudiante para un mejor aprovechamiento de los cursos. ¿Cómo se explica que terminen ocho de cada cien jóvenes que inician bachillerato? Precisamente por esta despreocupación del Estado por las condiciones materiales de vida de la gran masa estudiantil. ¿Por qué el presupuesto de educación alcanza apenas un 9,4 por ciento del total del presupuesto nacional cuando en otros países es mucho más elevado? Por esta falsa concepción de las obligaciones del Estado para con la educación. Comprender que desarrollar la educación en nuestro país es tomar medidas para mejorar las condiciones de vida de la gran masa de estudiantes, es precisamente aprobar un presupuesto que al menos doble el tanto por ciento del que existe actualmente. Está planteado liquidar esta falsa teoría. El estudiantado universitario tiene una gran responsabilidad en este sentido. Los problemas económicos personales de los estudiantes son agobiadores. La lucha por más residencias estudiantiles, por más y mejores becas, por eficientes y sanos comedores gratuitos para los estudiantes, por transportes adecuados, etcétera, es un objetivo inmediato del movimiento. En la medida en que se alcancen estos objetivos se van ganando las amplias masas estudiantiles y nacionales para la tesis de la preocupación del Estado no solo por las condiciones de estudio, sino por las condiciones de vida de los estudiantes, sin los cuales aquellas no tienen sentido. Así liquidaremos la concepción de una universidad aristocrática, para los hijos de los ricos, para los estudiantes acomodados y estaremos abriendo las puertas universitarias para las clases y sectores humildes de nuestra sociedad, que deben estudiar, pero cuyas condiciones de vida se lo impiden. Pero lo anterior no significa que el Estado cumpla con sus obligaciones para que existan buenas condiciones de estudio en nuestro país. Todo lo contrario, acá también el presupuesto universitario es insuficiente. Este apenas llega al 1,6% del

total cuando debería llegar, al menos, como es norma en numerosos países, al 3% del presupuesto nacional. Nuestra Ciudad Universitaria fue construida para cuatro mil quinientos estudiantes y hoy alberga cerca de dieciocho mil. El número de estudiantes universitarios con respecto a la población, es el más bajo de América Latina, siendo nuestro país uno de los más ricos y de más alto presupuesto. Nuevas universidades, ampliación de las existentes, bibliotecas, laboratorios, institutos de investigación, mejores condiciones de trabajo para los profesores, etcétera, son los objetivos que hoy están planteados para el movimiento universitario. El número de estudiantes universitarios del país constituye uno de los vitales problemas actuales de la República. Y es una responsabilidad del movimiento universitario levantar esta bandera al lado de las mejores condiciones de estudio para los estudiantes en cada aula, curso, facultad o universidad.

B) Luchar por mejores condiciones para realizar actividades recreativas, culturales y deportivas del estudiantado

Es una existencia natural de un joven estudiante la recreación. La pedagogía moderna enseña que el mejor aprovechamiento de los cursos no solo se encuentra en relación directa con las mejores condiciones de vida y estudio, sino también por la recreación por parte de los estudiantes. El cine, las excursiones, los deportes, las actividades culturales y artísticas, constituyen formas importantes de la actividad estudiantil que ayudan a una mejor integración de su personalidad. ¿Por qué es tan escuálido el movimiento cultural y deportivo en el seno de la universidad? Desde luego que existe cierta atención desde el punto de vista material para el desarrollo de estas actividades por parte de las autoridades universitarias, pero lo importante es que no persistan las viejas concepciones. La dirección deportiva de la UCV debe orientarse a desarrollar un deporte de masas, poniendo al servicio de los estudiantes las modernas instalaciones deportivas

de la UCV, la coordinación de las actividades deportivas, culturales, artísticas de los estudiantes debe contar con la participación de los representantes estudiantiles. Solo así podrán comprenderse mejor, por boca de los propios estudiantes, las diversas exigencias de estos en las diferentes escalas.

Los centros de estudiantes y sus comisiones y secretarías, la propia Federación de Centros Universitarios, tiene ahora una alta responsabilidad para iniciar un movimiento por la realización de actividades deportivas y culturales que gane a las amplias masas estudiantiles para la práctica sana de los diversos deportes, y crear una tradición deportiva en la Universidad que se extienda a todo el país; para ganarse a las amplias masas estudiantiles para el desarrollo creador de la cultura nacional en sus diversas manifestaciones artísticas: musical, coral, teatral, etcétera.

Tales son a grandes rasgos los más importantes objetivos de la lucha reivindicativa del movimiento estudiantil.

C) Los objetivos políticos de la lucha estudiantil

Pero lo anterior no significa abandonar la lucha política del movimiento estudiantil. Todo lo contrario. Esta lucha debe hacerse en estrecha relación con lo anterior, como hemos anotado. ¿Cuáles serían los objetivos más importantes de la lucha política del movimiento estudiantil? Veamos:

1) El estudiantado debe continuar siendo para nuestro pueblo, para la sociedad venezolana toda entera, un abanderado de la lucha por la democracia, la unidad nacional y la independencia económica de nuestro pueblo. Esto sigue siendo un objetivo de primer orden en las luchas estudiantiles, desarrollando y multiplicando sus hermosas tradiciones revolucionarias, consolidando aún carácter de reserva importantísima para la revolución venezolana. Todas las grandes acciones del estudiantado por lo que se le conoce y estima

a través de todo el país, es por estas luchas. El estudiantado no debe jamás renunciar a esta hermosa tradición.

2) Como una de las partes más sensibles políticamente de nuestra sociedad y más activas de nuestra intelectualidad, el estudiantado universitario debe abanderar las luchas por la solución de los grandes problemas sociales y económicos de la nación venezolana: vivienda, desempleo, sanidad, alimentación, reforma agraria, problemas petroleros y mineros. El estudiantado, como intelectualidad científica, debe dar su aporte a la solución de estos problemas mediante el estudio e investigación pormenorizada de los mismos, que los lleve a proponer soluciones realistas y patrióticas a todo el pueblo, a la clase obrera, a los campesinos, a la burguesía nacional, para marchar con ellos a la construcción de una Venezuela mejor.

3) El estudiantado universitario debe ser abanderado de la lucha por la culturización de nuestro pueblo. Debemos estudiar las formas de dar toda nuestra contribución al grave problema del analfabetismo. La consigna de liquidar el analfabetismo en nuestro país no es un idealismo. Puede lograrse y existen condiciones materiales para ello.

4) Un objetivo especial y de suma importancia para la patria lo constituye la reforma de la educación y la enseñanza en nuestro país. El estudiantado universitario debe dar pasos en la investigación y toma de medidas prácticas realmente serias en la solución del problema educativo y de la enseñanza.

El problema de la educación y la enseñanza ha hecho crisis manifiesta una vez derrocada la dictadura perezjimenista. Desde hace mucho tiempo se habla en nuestro país de la necesidad de una reforma de la enseñanza, de una reforma de la educación. En verdad la marcha de la educación en Venezuela ha estado casi siempre llena de provisionalidad, aquejada por la política de turno y, muchas veces, siendo expresión de sus caprichos. Un ejemplo típico en este sentido lo constituye la provisionalidad de los programas de educación

secundaria, rama tan importante de nuestra educación. Hasta 1940 nuestro bachillerato fue copia del francés en materias y cursos. Tal movimiento culmina con el proyecto denominado “cuatro-dos” que, a punto de ser estudiado y planificado para seis años en forma desequilibrada se coloca en cinco años como algo provisional, que dura-se apenas un año y, luego, logra mantenerse hasta 1957. Durante la dictadura se inicia un nuevo movimiento de reforma del programa y los *pensa* de estudios que se ve influido por el interés de los colegios militares para que un primer ciclo terminase con los primeros años. Dichos programas son también provisionales pero siguen teniendo validez en el desarrollo de nuestra educación secundaria. ¿No es este ejemplo suficiente para comprender el signo de provisionalidad de nuestra educación, de nuestra enseñanza?

Podemos decir con precisión que nuestra educación y nuestra enseñanza atraviesan por una crisis política y organizativa. No existe una doctrina científica de la enseñanza, ni tampoco una justa política organizativa que se desprenda de ella y asegure su aplicación al medio venezolano. Poco hemos realizado por adelantar una formidable campaña nacional por la reforma de la enseñanza, por la creación de nuestra doctrina educativa nacional y los medios organizativos de llevarlos a cabo. El movimiento progresista por una escuela racional, laica y democrática tiene en esto una gran responsabilidad. El estudiantado universitario debe adelantar estudios y precisar en ponencias y tesis las ideas directrices que debe tener en nuestro país una doctrina educativa para que sea aprobada como cuerpo de ley.

Nosotros pensamos que existe una serie de principios fundamentales para una educación democrática de la joven generación venezolana. Estos principios dirigidos a una formación integral de la personalidad del joven se encuentran en relación con el desarrollo actual de la civilización mundial y sus perspectivas de progreso y de paz para toda la humanidad y con las exigencias de transformaciones políticas, sociales, económicas, culturales y morales de la sociedad

venezolana, que deben expresarse en la futura Constitución de la República.

La formación de una conciencia social, de una conciencia nacional, de una conciencia democrática y una formación cultural y moral moderna son objetivos de principios de los cuales debe partir una justa doctrina de la educación venezolana.

Debemos ganarnos a los maestros y profesores venezolanos para que formen este tipo de conciencia en el joven venezolano partir de la educación primaria. Y los diversos estudios y materias deben partir de la aplicación y desarrollo de estos principios. Porque estos principios no deben quedar como preceptos constitucionales áridos. Todo lo contrario. Debe enseñársele a la joven generación la realidad social, económica y política de la sociedad venezolana; los males que la aquejan. No deben crearse mitos que escondan el carácter capitalista de nuestra sociedad, su sometimiento económico y político a una nación extranjera, el hecho de que no usufructuemos nosotros mismos nuestra riqueza petrolera y minera, etcétera. Debe enseñarse esto a nuestros niños desde pequeños. Si se hace así, objetivamente, se prepara al joven a colocar todas sus energías al servicio del progreso social y económico de nuestra patria, que es el objetivo al cual debe tender hoy todo ciudadano formado en una conciencia social moderna.

El estudiantado universitario tiene por delante avanzar en esta campaña por la reforma de la enseñanza, por la transformación de nuestra escuela.

5) En fin, el estudiantado universitario debe adelantar toda una constante lucha por una profunda reforma universitaria que persiga como objetivo, además de la formación social, nacional, democrática y moral de que hablamos antes, la conexión más estrecha entre la universidad y el pueblo y la defensa de la cultura nacional.

Los problemas de la universidad son inseparables de los problemas de la sociedad venezolana en su conjunto. La universidad

nacional es realmente la única universidad del pueblo, la que cos-tea con un esfuerzo y dinero la totalidad de los sectores, grupos y clases de la sociedad venezolana. Es necesario que la universidad refleje esa realidad luchando por modificar la composición del estudiantado, facilitando el acceso a los sectores más populares. Una función nacional, social y democrática tiene que cumplir la universidad. Debe participar en la investigación y elaboración científica de todos los grandes problemas que actualmente interesan a nuestro pueblo. Para que la universidad refleje las exigencias de la sociedad no basta con una enseñanza gratuita y una que otra intromisión en los problemas concretos de los barrios de Caracas, es necesario que se plantee con perspectivas la necesidad de que se les pague a los estudiantes (becas) para que estudien como trabajadores que son de la patria venezolana. Solo así podría modificarse de raíz la composición social del estudiantado universitario, de lo contrario, seguirá siendo en la práctica (por más que las leyes precepten lo contrario) una universidad para aquellos que tienen medios económicos suficientes. Nuestra universidad debe transformarse en centro de investigación científica de los problemas que aquejan a la nación venezolana, en estrecho contacto con el pueblo, mediante seminarios y laboratorios como enseñanza práctica que sustituya la recitación de lecciones y donde el aprendizaje profesional no desvíe su necesaria formación humanista.

Nuestra universidad, como el primer centro cultural del país, debe ser abanderada en la lucha por la defensa de la cultura nacional. Como todos conocemos, cada vez la penetración económica extranjera extiende aún más sus influencias llegando hasta las propias esferas de nuestra cultura. El cine, la radio, la prensa y ahora la televisión expanden la cultura cosmopolita y decadente del extranjero, mutilando la propia. Se hace campaña en defensa del extranjero, mutilando la propia. Se hace campaña en defensa de la llamada cultura occidental, que muchos ingenuos acatan, olvidando que la cultura

tiene pocos sustentos básicos de carácter universal mientras el tono de sus manifestaciones es genuinamente nacional.

Todo esto nos da una idea cabal de la problemática venezolana y el grado de lucha que el estudiantado universitario venezolano tiene por delante para el logro de una profunda reforma universitaria.

En este sentido, en comparación con las leyes anteriores, la nueva Ley de Universidades Nacionales, promulgada recientemente, constituye un paso de avance, pero con graves deficiencias.

Algunos hacen sesgar el problema de la nueva Ley de Universidades hacia la cuestión de la "autonomía". Se esgrimen las ideas de que en gobiernos democráticos y constitucionales la reacción se enclaustra en las universidades y toma a estas como punto de partida para sus objetivos decadentes, de lo cual, resulta inadecuada una "completa autonomía" que podría conducirnos a perder la universidad como centro de lucha revolucionaria. Un análisis mecánico de la composición social del estudiantado y profesorado universitario nos conduce objetivamente a estas conclusiones. Pero no debemos olvidar la tradición de lucha democrática y revolucionaria de la universidad y especialmente de su estudiantado. Un análisis más científico permite comprenderlo en unión con las grandes exigencias nacionalistas de nuestra patria. El problema en consecuencia no reside en la "autonomía", la cual en nuestra opinión es justa, sino más bien en la organización estatutaria de un gobierno universitario que garantice una adecuada representación de profesores, estudiantes y egresados. Porque la autonomía universitaria está garantizada por el gobierno democrático dentro de la Universidad, y gobierno democrático significa "... gobierno de estudiantes, profesores y egresados en partes iguales" como señalara la célebre Reforma Universitaria Córdoba en 1918.

Una de las graves deficiencias de la actual Ley de Universidad Nacionales está en la organización estatutaria del gobierno universitario. Según esta ley, la representación estudiantil es de un estudiante por cada cuarenta, y uno más, por diez que sobren. Si

partimos de la existencia de doce mil estudiantes en nuestra Universidad Central tendríamos que en el llamado “claustró universitario” habría tan solo trecientos estudiantes al lado de cerca de mil seiscientos profesores y de cincuenta y cinco egresados a razón de cinco por cada colegio o asociación de los mismos. Esta concepción del gobierno universitario atenta contra los propios principios autonómicos señalados en la ley.

No es un gobierno democrático y, en consecuencia, no es autonómico. Además, dicho “claustró universitario” funciona cada cuatro años en el momento de elegir a las autoridades universitarias. Ello no debe ser así. Debe lucharse por la existencia de un “claustró universitario” que pueda ser más reducido, pero que funcione como parlamento de la universidad, ante el cual el rector y el consejo universitario rindan cuenta, al menos anualmente. Así es como lo entiende la ley en referencia al gobierno de cada facultad, donde la asamblea general de profesores y representantes estudiantiles y egresados debe funcionar de esa manera.

Nosotros comprendemos perfectamente bien que no existe una fuerte tradición de lucha por la reforma universitaria en función de la participación estudiantil en el gobierno universitario. Pero existe en cambio toda una tradición de lucha del estudiantado por las transformaciones democráticas de la vida del país. Esto, y una concepción justa de la autonomía universitaria, deben conducir al estudiantado universitario nacional a realizar una lucha tenaz por que se modifique esta estrecha concepción que atenta contra la propia autonomía universitaria. Y si bien es verdad que en nuestro país no podemos colocar por igual a los egresados frente a los profesores y estudiantes, las fuerzas de estos últimos debe ser complementada con la de los egresados, igual a la de los profesores. Una concepción del gobierno universitario con representantes en el “claustró” a razón de cincuenta por ciento del profesorado (que este mismo elige), cuarenta por ciento del estudiantado y diez por ciento de los egresados,

debe ser un buen punto de partida para la lucha por una auténtica autonomía universitaria.

3.2. Organización del movimiento estudiantil

Para que el movimiento estudiantil adelante la consecución de todos estos objetivos señalados anteriormente, se hace necesario elevar a un plano superior su estructura organizativa. Para ello están planteadas urgentes tareas al movimiento estudiantil que nosotros resumimos en las siguientes:

A) Desarrollo de los centros de estudiantes como organizaciones base del movimiento estudiantil

Se hace necesario que los organismos dirigentes reflejen las exigencias constantes del movimiento estudiantil, las luchas estudiantiles, a través de su organismo inmediato al cual cada estudiante se haya afiliado: los centros de estudiantes por facultad o instituto docente.

La existencia, fortalecimiento y desarrollo de los centros de estudiantes para que estos se transformen en instrumentos unitarios y democráticos que defiendan los derechos e intereses fundamentales de los estudiantes y los intereses de la educación, la cultura y la nación venezolana, desarrollando las diversas actividades estudiantiles (reivindicativas, culturales, deportivas, recreativas, políticas, etcétera) en su seno, es un objetivo importantísimo del movimiento estudiantil venezolano.

Los centros de estudiantes deben transformarse en organismos gremiales para todos los estudiantes. Deben coordinar las diversas actividades estudiantiles (culturales, deportivas, etcétera), adelantar los diversos estudios acerca de las reivindicaciones inmediatas de los estudiantes (condiciones de vida y estudios, etcétera),

ser abanderados en las aspiraciones democráticas y patrióticas de los estudiantes. Por sus estatutos y en la práctica diaria deben ser organismos ligados estrechamente a las masas estudiantiles, compenetrados con sus problemas, consecuentes en la lucha por su solución, etcétera; entre la directiva de los centros de estudiantes y estos no debe existir un abismo. Proponemos que se estatuya la existencia de una asamblea de delegados de curso, como señala la tradición, a la cual le rinda cuenta la directiva. La forma de estructuración de esta asamblea y de la propia directiva debe ser amplia, unitaria y democrática. Esto significa que los representantes estudiantiles deben reflejar las diversas fuerzas que se mueven en el seno del movimiento estudiantil, el conjunto representativo de estas fuerzas. Lo anterior no significa que deban realizarse planchas “por arriba” para la elección de los representantes estudiantiles. Todo lo contrario. Ya existe el acuerdo general de que la representación debe ser proporcional, es decir, la potencia de las diversas fuerzas en cada una de las facultades o centros de estudiantes. Una representación proporcional significa ser genuinamente democrática y unitaria según las respectivas fuerzas. De manera que deberán existir diversas planchas y candidatos que, según los votos obtenidos, ocupen los puestos respectivos escalonados según su importancia. De esta manera se integrarán a través de un cociente electoral según sea el número de votantes, de puestos en la directiva y de votos obtenidos por cada plancha postulada. Esta es la justa forma de solucionar los problemas presentados en relación a la contradicción entre las exigencias unitarias y a la vez democráticas en el seno del movimiento estudiantil.

B) Hacia organizaciones nacionales del estudiantado

El movimiento universitario necesita crear ya su organización nacional. No puede continuar la Federación de Centros Universitarios

de Caracas haciendo las veces de organismo nacional del estudiantado universitario. Esto impone inmediatamente la convocatoria de un congreso nacional del estudiantado universitario.

Para la realización de este congreso las fracciones universitarias de los partidos políticos deben concurrir a discusiones, de manera de constituir una serie de comisiones de trabajo; estatutos, organización, estudios y ponencias, propaganda, finanzas, etcétera. La Federación de Centros Universitarios de Caracas pondría el llamado al resto de organizaciones universitarias nacionales. La representación en el congreso se verificaría en razón de delegados estudiantiles por el número de afiliados de los centros de estudiantes.

Un trabajo especial debería contemplar la comisión de estudios, que permita aprobar en dicho congreso una serie de tesis que contengan la posición del estudiantado universitario ante sus más urgentes problemas y los de la nación venezolana. La comisión de estatutos debería contemplar el verdadero carácter democrático de la nueva organización nacional del estudiantado universitario venezolano. En principio, podría existir como organismo de coordinación nacional un secretariado compuesto de cinco o más miembros con el número de secretarios adjuntos que se requieren para realizar las labores nacionales y las relaciones internacionales del movimiento universitario. Pero este secretariado deberá ser controlado por un organismo de mayor consultivo, que se reúna aproximadamente cada seis meses para oír los informes de dicho secretariado y señalar la línea de conducta general a seguir por el movimiento universitario. La integración de este organismo colectivo debería hacerse atendiendo a la importancia y fuerza de todas las organizaciones universitarias, tanto estatales como privadas, y, aunque no sea en forma paritaria, deberá asegurarse al menos allí la representación de todas las universidades del país. Por último, el máximo organismo deberá ser una especie de congreso bianual o trianual del estudiantado universitario. Así podremos tener entonces nuestra organización nacional de

estudiantado universitario. Si logramos hacer lo mismo en el campo del estudiantado liceísta y de secundaria, las bases estarán echadas para la constitución de una Federación de Estudiantes de Venezuela, máxima aspiración de todo el estudiantado venezolano, que reúna en su seno, además de estos dos movimientos ya organizados nacionalmente, las organizaciones de los estudiantes técnicos, especiales, normalistas, etcétera. Ello será un positivo paso de avance del movimiento estudiantil venezolano.

C) El papel de las fuerzas dirigentes en el seno del movimiento estudiantil

Para el logro de todos estos objetivos, una alta responsabilidad con el movimiento estudiantil y la patria tienen contraídas las diversas fuerzas organizadas y los dirigentes del movimiento estudiantil. En primer lugar, deben mantener como elemento fundamental la unidad estudiantil, la solución de todos los problemas y contradicciones, las discusiones y mutuas críticas con la intención siempre de fortalecer el movimiento en general. La realización de esta unidad estudiantil debe hacerse siempre mediante principios democráticos, de representación proporcional, de respeto mutuo, de sometimiento de las minorías a las mayorías, etcétera. La estrecha relación entre estas fuerzas es base de la unidad y cooperación de todas las organizaciones universitarias nacionales. En segundo lugar, para el cumplimiento de las urgentes tareas del movimiento estudiantil será muy importante el inicio del trabajo por parte de la FCU de Caracas y de las diversas fuerzas del movimiento estudiantil. Fundamentalmente de ellas dependerá que este año podamos construir nuestra organización nacional universitaria y que los centros de estudiantes cumplan a cabalidad su papel como organismos básicos de las luchas estudiantiles.

Nota: A pesar de haber sido escrito a comienzos de 1959 y tener algunos planteamientos ya superados, pensamos que el presente material sea de utilidad como reflejo concreto de los problemas ideológico-políticos de la Universidad en esa época.

Capítulo IV. Elevación del nivel científico y técnico

Problemas internos del desarrollo de la universidad

1. Planteamiento general de la cuestión

En todos los problemas tratados anteriormente, hemos visto aquellas cuestiones universitarias de proyección nacional, social, cultural, si se quiere. Podemos considerarlos por ello problemas de proyección exterior de la universidad: hacia la sociedad, hacia el pueblo y la nación, hacia la cultura. Ahora queremos detenernos en los problemas internos de la universidad, lo que hacen referencia a la estructura, al desarrollo y al crecimiento de la propia universidad. Por eso son llamados, también, problemas estructurales de la universidad.⁶³

Desde luego, unos y otros problemas están íntimamente ligados. Pero la división adoptada permite comprenderlos mejor. En los trabajos anteriores nunca dejábamos de anotar el requerimiento de elevar el nivel científico y el rendimiento técnico de nuestras universidades nacionales para ponerse a tono con el desarrollo real del país y, también, con las fuertes y futuras embestidas del enemigo. Ahora, precisamente, vamos a ver los problemas que surgen, en el seno de la universidad, en la lucha por este objetivo.

63 Ver: E. Giudici. *Op. cit.*, *Problemas...*, pp. 46-86.

El problema más importante y de conjunto –y como tal permite resumirlos a todos– es la cuestión de la reorganización de la universidad. ¿Qué problemas concretos surgen de esta cuestión? Como mínimo, los siguientes:

- La ampliación del presupuesto y de los recursos universitarios,
- Los problemas científicos y tecnológicos.
- Los problemas del método general de enseñanza.
- Los problemas de la dirección política y administrativa de la universidad.

Este artículo está dirigido a estudiar solamente la segunda cuestión: los problemas científicos y tecnológicos de la universidad. Dejamos para un artículo próximo, relativo a la Ley de Universidades Nacionales, el enfoque de los restantes.

¿Qué orden seguiremos para estudiar estos problemas? Proponemos el siguiente: primero, veremos la penetración imperialista en la concepción general del problema; en segundo lugar, desarrollar el punto de avanzada del imperialismo en su concepción departamentalista; y tercero, las manifestaciones de esta concepción en las tendencias actuales de reorganizar la universidad. Después, las conclusiones. Iniciemos el primer punto.

La reorganización de la universidad se plantea a menudo como un cambio pedagógico y técnico. Este sería el punto de partida de un mejoramiento integral de la universidad. Es sintomático que en sus aspectos concretos este cambio significa: mayor investigación, echar a un lado las humanidades, limitar el número de estudiantes en aras de la calidad de la enseñanza. Si no se toma en cuenta la cantidad y el problema social, se hace en general la llamada “demagogia de la calidad”. Así como existe también, con iguales matices, la “demagogia de la cantidad”. Pero lo medular del problema es que no puede colocarse en primer término el aspecto técnico y pedagógico de la reorganización de la universidad, desvinculándolo del contenido social de la enseñanza y la función

social que debe desempeñar nuestra universidad. Lo aparentemente pedagógico (o técnico, o científico) pasa a tener, entonces, un contenido ideológico. ¿Por qué? Porque niega lo social, lo cultural, lo nacional y, por otra parte, porque responde muy sospechosamente a los mismos intereses y objetivos perseguidos por la orientación teórica fundamental del imperialismo.

De esta manera, lo que aparece en principio como medida “técnica”, resulta a la postre traer consigo la cuerda que la mueve: beneficios foráneos, no propiamente interesados en una reorganización de la universidad al servicio de objetivos populares y nacionales. Por eso, en este problema estructural de la universidad, existe también la lucha de opuestos intereses.

Desde luego que lo técnico en sí (llamado pedagógico) no es una forma ideológica: es un instrumento del cual, cualquiera sea su origen, podemos servirnos. Progresistas o reaccionarios. Oligarquía o pueblo. Sociedad venezolana o imperialismo yanqui. Lo ideológico en lo técnico reside en que viene en medio de una política y de una concepción general. Viene manejado por una cuerda. No es, por ejemplo, a la explotación del petróleo a lo que nos oponemos los patriotas venezolanos, sino a su explotación al servicio de intereses foráneos (explotación que trae consigo, todo el andamiaje político e ideológico del imperialismo). No hay oposición en sí a la ayuda técnica, a las fundaciones, etcétera, sino a lo político e ideológico que representan. En la ideología religiosa rechazamos todo: toda ella. En lo técnico, en lo pedagógico, debemos rechazar una política, una ideología, pero quedarnos con lo instrumentalmente provechoso. Esto es importantísimo tomarlo en cuenta en el análisis de los problemas tecnológicos y científicos de la universidad.

2. El departamentalismo

El departamentalismo es la síntesis de una serie de soluciones para la reorganización de las universidades con muchas y profundas relaciones con los intereses imperialistas.

Existió en la vieja universidad doctoral (teología) de la Colonia en el siglo pasado. Hizo crisis y apareció luego la universidad profesional, que señala el paso del teologismo al positivismo en nuestro país y en muchos de América. De la universidad como un todo abstracto (pero hueco, vacío), se pasó a la universidad con facultades separadas las unas de las otras: como un simple agregado de partes. Se plantea hoy que no existe unidad orgánica en la enseñanza universitaria y, por tanto, es urgente la necesidad de cambios técnicos y científicos.

El departamentalismo pretende dar solución para ambas cuestiones. Parte de la necesidad de unir lo disperso y de agrupar específicamente lo afín⁶⁴. Ello es, indudablemente, justo. Pero no el remedio que propone.

Sobre las facultades señalan "... que agrupan un conglomerado heterogéneo de asignaturas con vistas al título profesional que se expide". Lo homogéneo que se pide, entonces, es la unificación por asignaturas, en lugar de ser por profesiones (facultades). La universidad en lugar de estar constituida por facultades lo estaría entonces por materias, es decir, por departamentos. De allí el nombre.

Esto es puro "cientificismo" y no ciencia. Primero, porque desintegra en lugar de integrar (la integración aparente solo es de tipo teórico: por disciplina científica). Y segundo, porque disocia lo profesional (lo técnico específico) de la teoría general (ciencia), lo cual se convierte en teoría "pura", separada de la práctica, desligada de la vida, de los problemas de la sociedad y la nación. Es un absurdo

⁶⁴ Textualmente lo conceptúa así E. Giudici, *Ibid.*, p. 48.

que la Física que se estudia en Medicina sea la misma que se estudia en la Facultad de Ciencias. En cada materia hay al mismo tiempo unidad y diferenciación: la unidad básica (las notas comunes y generales) y la unidad específica (las diferentes formas concretas que toma en cada aspecto de su aplicación). Es diferente la Física General (de la Facultad de Ciencias) de la Física Biológica de la Facultad de Medicina. Desde luego, la Física Biológica debe estudiarse a partir de la Física General (unidad básica), pero tiene en sí elementos específicos (los referidos a la Biología), que son mejor estudiados en relación a los problemas prácticos impuestos por las enfermedades de los venezolanos. Hay, pues, un estudio general (básico) y un estudio diferenciado (unidad específica) al mismo tiempo; lo diferenciado se estudia en cada facultad; lo general, como materia común de diversas facultades. Como podrá comprenderse, esta materia común no constituye el “departamento”.

La concepción “departamentalista” al querer unir (lo afín), disocia metafísicamente lo específico concreto, negando así la actividad social creadora del hombre en la pasividad de una base científica pura. Reagrupan las materias solo por su identidad básica (lógica formal, metafísica) y ello no ocurre así en la realidad, en la vida social. Las materias deben agruparse según el ciclo que corresponda al desarrollo del proceso del conocimiento de cada disciplina. Lo ideal, entonces, frente al departamentalismo, es la universidad con facultades diferenciadas, pero unidas entre sí por contenidos básicos comunes (la metodología común –con sus variaciones particulares en cada caso– y la interacción de las facultades, condicionándose mutuamente). De esta manera tenemos una Física General y una Física biológica, sin necesidad de colocarlas en un Departamento, con el sacrificio de la segunda por la pureza de la primera. Entonces los dos extremos –profesionalismo limitado, aislado en facultades, y, cientifismo abstracto– quedan así superados.

Existe entonces unidad de las facultades en un doble aspecto: por poseer una base científica general y por existir una interdependencia de facultades como partes específicas de un todo concreto: la universidad. La universidad da así a las facultades su base científica general. Las facultades dan a la universidad: su carácter de unidad concreta y diferenciada, que sigue el camino de la vida social. Al mismo tiempo hay, pues, más ciencia y más profesión: sin sacrificio ni de una ni de otra. Unidad de teoría y práctica. Así la misión de la universidad –no nos cansamos de repetirlo– es social, científico, técnica, profesional, cultural y humanística a la vez. No hay exclusión de unas por otras: las ciencias y la profesión integran el conjunto de la cultura (la cultura no es tan solo espiritual). Lo informativo (técnico) es parte de lo formativo de la personalidad, que es lo humanístico. Partes concretas (facultades) ligadas con la vida social y aunadas orgánicamente en una unidad superior concreta, humanística y científica a la vez. Este es el camino de la universidad nacional. No el “departamentalismo”.

3. Problemas científicos y tecnológicos

¿Cómo se manifiesta esta concepción departamentalista en las diversas posiciones existentes hoy sobre reorganización de la universidad?

Las tendencias más importantes que subsisten hoy día para fundamentar una posición ante el problema de la reorganización de la universidad, son las siguientes: humanismo (como residuo de la universidad colonial), tecnicismo (como influencia directa de los estadounidenses), cientificismo (como reducto, aún hoy, del positivismo) y el llamado por nosotros filosofismo universalista. En cada una de estas tendencias se exagera un aspecto de los diversos objetivos que tiene la misión de la universidad (humanidades, ciencia, técnica, etcétera). Y en todas ellas subyace (sin saberlo) la cuestión del departamentalismo.

El humanismo es la tendencia a sesgar la educación universitaria hacia las humanidades. Esta posición por lo general le hace el juego al tecnicismo, considerando que la técnica (con las ciencias) y las humanidades se excluyen mutuamente. La formación científico-tecnológica es meramente informativa, no integra la personalidad del joven. Esto vendría a ser el origen de los vicios de nuestra juventud y la crisis de nuestra enseñanza debe transformarse, pues, fundamentalmente en una enseñanza humanista. Como se comprenderá, es querer retroceder a la universidad teológica humanista de los siglos pasados. En realidad no hay exclusión entre las humanidades y las ciencias y se complementan mutuamente; tampoco hay exclusión entre la educación informativa y la formativa: la una no es posible sin la otra y viceversa. Realmente esta posición no es muy fuerte, pero de seguro mantiene todavía algunos representantes en los diversos rincones de la universidad.

El tecnicismo, por oposición a la enseñanza humanista, desdeña a esta; la considera innecesaria. Se trata solo de formar técnicos. Se justifica esta tendencia desde el punto de vista de la necesidad de la industrialización lo llevan a cabo abstractamente; no parten de nuestras necesidades históricas concretas. Imprimen una dirección unilateral, de aplicar mecánicamente experiencias de otros países (en otras condiciones), en especial de Estados Unidos. Lo que significa que nuestra educación universitaria se ponga al servicio, no de nuestros problemas, sino de los intereses económicos de Estados Unidos.

Esta tendencia es expresión de la ideología tecnocrática que mata lo propio y específico, en aras de una atomización científicista. Dice que lo nacional es heterogéneo; en cambio, el cosmopolitismo es homogéneo. La universidad debe tender a esto último. Como vemos, se da la mano con el científicismo y el filosofismo universalista en este sentido y, por ello, expresa netamente la concepción departamentalista.

Es necesario superar esta posición y tomar de ella lo que tenga de positivo. Estamos en contra de la deshumanización tecnológica. Los instrumentos creados por el hombre para mejorar el desenvolvimiento de su vida lo han maniatado. Tenemos a un hombre alienado. El fetichismo de la mercancía tan genialmente descrito por Marx en *El Capital*, no puede ser ignorado hoy por ninguna mente de tinte universitario. Si en la sociedad capitalista este dominio de los instrumentos, de las máquinas y de la técnica pervive en la vida del hombre, no tiene por qué existir en el desarrollo de sus más altos valores culturales, como es, la enseñanza universitaria. En el plano de la universidad debemos hacer dar marcha atrás a la barbarie tecnológica. La especialización y la técnica se disgregan del todo y pretenden elevarse artificialmente (fetiche) sobre el hombre, creador de esta técnica para sus propios fines⁶⁵. Estamos por una educación técnica de concordancia con las necesidades y posibilidades nacionales, pero aunada a una formación humanista. Queremos profesionales con una sabiduría básica que se exprese en una concepción integral del saber y de sus fines y una amplia y concreta responsabilidad social.

El cientificismo pervive aún hoy, como influencia del positivismo. Tiene la misma orientación anterior: oposición excluyente entre ciencias y humanidades, pero ya no en el aspecto práctico (técnico), sino teórico (abstracto-conceptual), como es toda ciencia. Es defendido en general por los científicos naturalistas. Consideran esta concepción como la única valedera, pero la interpretan mecánicamente. Quieren en consecuencia una orientación de la universidad hacia la investigación exclusiva, oponiéndose a la profesionalización, labor fundamental hoy de nuestras facultades. Profesionalismo y cientificismo en pugna.

No puede desligarse la enseñanza universitaria de la práctica social del hombre, de la urgencia de la profesionalización, de las

65 Ver conferencia dictada en la Universidad de Chicago por: Robert Hutchins. "La especialización", *La universidad de la utopía*, cap II, Ed. Universitaria de Buenos Aires, Argentina: 1959, pp. 21-34.

necesidades que impone el desarrollo de la nación y la sociedad venezolana. El investigacionismo “puro” (casi por puro investigar) deja de tener contenido sin su utilización práctica, sin su vinculación con la vida, aportado por la profesión. No negamos la gran falta de planes y concertadamente de investigación que requiere nuestra universidad. Pero su exigencia más fundamental es aquella que parte de la unidad entre la formación teórica y la práctica, correspondencia entre cientificismo puro y profesionalización, en una unidad que supere las dos tendencias exageradas, Las dos constituyen fines de la universidad, pero sin exclusiones, ni desmedros.

El filosofismo universalista es expresión apresurada de aplicar esquemas y concepciones de universidad de otros países, especialmente de Europa y Alemania, como cuna de la filosofía moderna. La exageración, en este caso, no llega a ser la ciencia (como lo planten los científicos naturalistas), sino una mezcla de humanidades con una ciencia más universal (y no solamente ciencia natural). Por lo general esta ciencia se confunde con la filosofía y, también, con la terminología –hoy superada– de ciencias de la cultura o del espíritu. Intentar ser una solución más amplia y viable al problema señalado anteriormente, pues no afronta ninguno con extremismo (frente a la ciencia, la técnica, las humanidades, etcétera). Su tendencia errónea reside en el “investigacionismo” frente a la profesionalización, pues que, en todo caso, se aleja más de la vida real que las propias ciencias naturales. Expresa una preocupación de altura científica –lo que es sumamente positivo– que la lleva a desdenar la vinculación real de la enseñanza con la vida, con la práctica social, con las exigencias no solo reales sino posibles de la nación.

Expresión de esta posición, ha sido, como ejemplo, la polémica, en época de la dictadura, entre el Instituto Pedagógico y la Facultad de Humanidades. Los límites de ambas instituciones, el sentido y la proporción en sus objetivos en la educación nacional, los ha impuesto el desarrollo histórico del país. El primero está muy ligado a

los problemas urgentes e inmediatos de la educación media venezolana: es un instrumento creado por el Estado para formar cuadros que a un costo mínimo le den continuidad a nuestra educación. Tiene, desde luego –como la totalidad de nuestra educación– grandes males. La segunda tiene objetivos diferentes. Debe adelantar una mayor investigación en su campo, ligarse a los problemas nacionales a través de grandes campañas en pro de la cultura nacional, lo que no significa que no se pueda crear profesionales más especializados que los anteriores, capaces también de colaborar con el desarrollo de la educación media. Es indudable que las posiciones unilaterales por parte del profesorado de secundaria en el problema respondían a no poseer una visión integral la educación venezolana en su conjunto y del papel de ambas instituciones. Y es indudable también que la actitud unilateral y exagerada tomada por los representantes de la Facultad de Humanidades respondió muchas veces a esta visión de filosofismo universalista que hoy planteamos como tendencia existente en la cuestión de la reorganización de la universidad.

4. Conclusiones

Es indudable que el conocimiento humanista, filosófico, científico, técnico-profesional se nos da en una unidad integral, impuesta por la propia vida, por la práctica social de la nación venezolana. No puede haber orientación de buscar unidad al estilo de la lógica formal (meramente abstracta: de separar afinidades que en la realidad se nos dan unidas); sino buscar unidad concreta, la impuesta por el desarrollo de la vida social. Incluso ya hoy, la verdadera ciencia no es quedarse con los principios abstractos. Si de lo concreto pasamos a lo abstracto, es necesario de nuevo llegar a lo concreto. El criterio de verdad del conocimiento es la práctica social, que termina con las exclusiones y tendencias tienen elementos erróneos de un empirismo

o un teoricismo (como extremos) que concurren para solucionar nuestros problemas universitarios.

Todos los aspectos de las medidas que parten de un desconocimiento de la realidad nacional, de las exigencias de la sociedad venezolana, de nuestros problemas vitales y más importantes tienen una raíz empirista. Las soluciones que se aportan tienen un carácter improvisado, sin estudio previo, como lo imponga el proceso espontáneo del crecimiento y desarrollo de la universidad (cualquier materia se agrega al *pensum*; no hay unidad integral de las carreras y los cursos; las facultades humanistas piden más humanidades, las científicas más ciencia, las profesionales más vinculación con la vida, etcétera; no se plantea la integración funcional en una unidad superior; pareciera no existir la universidad como tal, sino un conglomerado de facultades separadas, etcétera). El teoricismo, al contrario, da soluciones abstractas, dogmáticas, por lo general tomadas de otros países y con la intención de quererlas aplicar mecánicamente al nuestro. Desconoce en consecuencia –al igual que el empirismo– la realidad nacional, aun cuando manifiesta su pretensión de conocerla. Esto ocurre pero unilateralmente, puesto que es un conocimiento de la realidad nacional en forma abstracta: por su parecido con las líneas de desarrollo de las universidades de otros países que se conoce por libros o viajes, etcétera, da soluciones al desarrollo y crecimiento espontáneo de la universidad (soluciones en sí mismas conscientes), pero ocurre que tales soluciones no responden realmente a las necesidades del país.

Se impone un nuevo camino que supere el empirismo y el teoricismo. Que le dé un carácter consciente al desarrollo estructural de la universidad (superación del empirismo: desarrollo espontáneo), y que parta del estudio de la realidad y de las posibilidades nacionales (superación del teoricismo: ciencia universal sin su adaptación a la problemática nacional). Este camino apenas se inicia. Nuestro deber es desarrollarlo. Es el camino propio, nacional, de nuestras

universidades, de nuestra cultura y de la patria. Llegaríamos así a una universidad que responda a las exigencias de la razón (universalidad), de la nación (nacionalidad) y del hombre (como síntesis de las dos anteriores). Hombre en sentido concreto (profesión) y como universal (ciencia y humanidades aunadas). Ni empirismo, ni teoricismos. La ciencia universal y abstracta lo es en su aplicación a la realidad concreta de la nación venezolana. Este sería el camino real de nuestra universidad. Esta sería la tendencia objetiva que oriente teóricamente el desarrollo y crecimiento práctico de nuestra universidad. El alcance de las metas sería así mucho mejor y más apresurado.

Esta es la base teórica que planteamos para una justa apreciación de los problemas científicos y tecnológicos que nos plantea actualmente la universidad nacional. La reorganización de la universidad, como aspecto importantísimo de la reforma universitaria, tiene que alcanzar en corto plazo el objetivo de elevar la capacidad científica y el mejoramiento técnico de nuestra universidad, llegando a los caminos de una ciencia universal de vanguardia y una técnica vinculada estrechamente con los problemas prácticos del desarrollo de la nación venezolana. Este es un objetivo de todos los universitarios por igual. Pero por su empuje y fuerza social es un objetivo del movimiento universitario estudiantil. Solo elevando la capacidad científica y técnica de la universidad la colocamos a la altura de su papel histórico en la lucha de toda la sociedad venezolana por un futuro de libertad, independencia nacional y felicidad real para el pueblo venezolano.⁶⁶

66 Ver artículo del exrector de la Universidad Central de Quito: Manuel Agustín Aguirre. "La universidad latinoamericana", *Revista Acción*, (Caracas), nº 2, (enero, 1960).

Capítulo V. La ley de universidades nacionales

1. Introducción

En relación a la Ley de Universidades Nacionales, decretada por el Gobierno provisional en diciembre de 1958, hoy vigente, deseamos desarrollar los otros problemas importantes del desarrollo y crecimiento interno de la universidad, aparte de los problemas científicos y tecnológicos, vistos en el capítulo anterior⁶⁷. En consecuencia, veremos aquí los problemas del método y el sistema de estudio de la universidad, del presupuesto y de la limitación de cupos, y los problemas de la dirección política y administrativa de la universidad, –propuestos anteriormente–, al lado de otros problemas que el estudio de la Ley de Universidades Nacionales trae consigo, menos el relativo a la autonomía universitaria, que será tratado en trabajos posteriores nuestros sobre la reforma universitaria.

Como todos conocemos, lo esencial de la reforma universitaria desde su origen en Córdoba, es la cuestión de la autonomía universitaria y el gobierno democrático y representativo de los tres sectores que integran la universidad. Esta contradicción es inherente al desarrollo social e histórico de nuestras universidades latinoamericanas y su solución justa, sin menoscabo de uno de los dos polos, fue señalada por el movimiento universitario argentino de 1918.

67 Problemas internos del desarrollo de la universidad: elevación del nivel científico y técnico, capítulo anterior.

¿Resuelve adecuadamente esta contradicción nuestra Ley de Universidades Nacionales? Es un intento, no hay dudas. Pero habiendo privado concepciones y tendencias desligadas de la problemática histórica nacional, aunque con importantes aportaciones de altivez científica, y estando el movimiento estudiantil desarmado desde el punto de vista ideológico, impidiéndole hacer oír su voz a nombre del conjunto del movimiento universitario, la actual Ley de Universidades Nacionales –y su proyecto original– no resuelven adecuadamente esta contradicción fundamental entre la autonomía universitaria y el gobierno democrático de la universidad. Y quede claro que esta contradicción no es teórica, sino social e histórica, que privará siempre en nuestros análisis acerca de los diversos problemas que confronte la universidad en su desarrollo. Me atreveré a decir que no habrá problemas del desarrollo estructural de la universidad, que no tengan que ver con esta contradicción. Este es el núcleo fundamental de ideas del cual debemos partir en un análisis científico y objetivo de nuestra Ley de Universidades Nacionales.

2. La ley de universidades nacionales

Comencemos por dar un vistazo general a todo el articulado de la Ley. Esta se divide en títulos: sobre disposiciones fundamentales, Consejo Nacional de Universidades, universidades nacionales, etcétera. Las disposiciones fundamentales constituyen un aporte positivo de la ley referida a los fines, estructura y autonomía de la universidad. En este sentido es necesario destacar el artículo 4 de la ley de plena posición antidogmática y, desde luego, el artículo 8 –donde se formaliza la autonomía universitaria–. A pesar de lo anterior, no existe una jerarquización precisa de los fines de la universidad, que señale taxativamente, por ejemplo, los siguientes: a) promover, organizar, desarrollar, conservar y difundir la cultura popular, nacional y universal, b) promover, organizar y estimular la investigación científica,

humanista y tecnológica de acuerdo con las necesidades del país y el desarrollo de la educación; c) impartir la enseñanza superior tomando en cuenta las necesidades del país y dentro de los principios de la ciencia y la técnica y formar investigadores en las distintas ramas del conocimiento; d) educar integralmente al estudiante promoviendo el espíritu de solidaridad y responsabilidad ciudadanas; e) estudiar los problemas nacionales y contribuir a su solución; etcétera. Desde luego, algunos de estos fines existen en el articulado, pero con la claridad y distinción que merecen. En relación a la parte final (artículo 11 en adelante) relativa a los bienes y recursos de la universidad, es lamentable que se estipule solo al 1,5% del total de rentas ordinarias de la Ley de Presupuesto General de Ingresos y Gastos públicos de la Nación (art. 11). Esta responsabilidad no fue de la comisión que hizo el proyecto, sino del gabinete ejecutivo del Gobierno provisional. La comisión proponía el 3%. Realmente debe ser lo mínimo. Aunque ya el movimiento universitario debería colocarse como objetivo cinco por ciento (y veinte por ciento para educación) del total del presupuesto nacional y que no sea nunca inferior al 25% del presupuesto destinado al Ministerio de la Defensa.

En relación al Título II sobre el Consejo Nacional de Universidades, existe una deficiencia lamentable. La formación de este Consejo incluye a todas las universidades –privadas y nacionales– a través del rector, un decano y un delegado estudiantil. Se forma por el número de universidades y poco importa, democráticamente, la importancia y el peso específico que tengan estas. Esta es una grave deficiencia pues, si apenas se forman tres universidades privadas más, fácilmente podrían tener en sus manos la orientación universitaria nacional. Para la tradición universitaria del país y para el movimiento universitario, el artículo 18 es realmente inaceptable. El movimiento estudiantil tiene que tener conciencia de ello en sus actuales luchas.

El Título III sobre las universidades nacionales constituye la parte más densa de la ley. Está subdividida en capítulos y secciones.

Desarrolla todos los problemas de la estructura de la universidad, su gobierno, el claustro, los profesores, egresados, alumnos, institutos, comisiones, etcétera, en espera del reglamento, en general debe privar un enjuiciamiento positivo del conjunto de este articulado, salvo las siguientes cuestiones de gran interés: a) la representación estudiantil en el gobierno que en lo fundamental es un gobierno de profesores; b) el claustro, que tiene una función meramente “electorera”, cuando debería funcionar cada año como congreso universitario nacional, deliberativo; c) se introduce un elemento de “limitacionismo” en el artículo 25, parte 9, delegándose en el Consejo Universitario la atribución de establecer los procedimientos de selección de los aspirantes al primer año, contra el cual deberá luchar el movimiento estudiantil universitario; d) otras cuestiones de interés estudiantil relativas a los exámenes, sistema de unidades, escolaridad, etcétera.

El Título IV se refiere a las universidades privadas. Habría que destacar aquí, con mayúscula, el artículo 163 de la ley que, seguramente, provocará pugnas, más tarde o temprano en el movimiento universitario. Por una parte el artículo autoriza la expedición de título y certificados por parte de las universidades privadas –locuaz es insólito–, pero obliga a estas a refrendar dichos títulos por el Ejecutivo nacional, por órgano del Ministerio de Educación.

El Título V se refiere a las disposiciones transitorias y finales de la ley.

Tres cuestiones debemos destacar como positivas del conjunto de la ley: el antidogmatismo que asegura la libertad de cátedra⁶⁸; la

68 “La Universidad privada nace y vive, o bien para imponer una ideología o por lo menos con un fuerte interés en que no se traten ciertas ideologías (...) La universidad privada empresaria (...) nunca desarrollará ideologías que ataquen la sociedad de cuya estabilidad depende ella y los capitales que la sostienen...”. En: “Defendemos la libertad de enseñar y aprender”, *Revista del Mar Dulce*, suplemento n° 4, (1958), p. 9. Ver también: Alfredo Palacios. “Encuesta sobre universidades privadas”, *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*, (Buenos Aires), n° 2, (1957), p. 72. Revisar también: Max Scheler. “El saber y la cultura”, *Revista de Occidente*, (Buenos Aires), p. 14, (s/f); dice: “Una

autonomía a medias y la articulación sería relativa al funcionamiento de la universidad. Como elementos negativos podríamos resumir los siguientes: autonomía no plena, por estatuirse gobierno aristocrático de profesores y no democrático; la endeble estructura y funcionamiento del claustro; al señalamiento de solo el 1,5% del total del presupuesto para la educación universitaria, cuando que debería ser, como mínimo, el 3% por ahora; la Dirección Nacional Coordinadora del Consejo de Universidades Nacionales que va permitiendo la intromisión de las universidades privadas y las cuestiones de interés estudiantil como la escolaridad, el limitacionismo, el método general de enseñanza, etcétera.

Tal es el enfoque analítico que nos corresponde hacer de la *Ley de Universidades Nacionales*. Veamos ahora algunos de los diversos problemas señalados.

3. Método de enseñanza y sistema de estudio

Ya hemos escrito en trabajos anteriores que, por encima de la separación existente en el trabajo concreto de cada facultad, existe una unidad superior, que permite darle estructura orgánica al conjunto del trabajo universitario. Al menos, tal es el objetivo de lucha en la solución de los problemas internos del desarrollo de la universidad. Esta entidad orgánica de la universidad, a pesar de las facultades –y precisamente basándose en ellas– está constituida por la unidad que debe proporcionar un método y un sistema general de estudio y enseñanza y, por lo recíproca interdependencia de las facultades.

En efecto, para todas las facultades podemos estatuir un método general de enseñanza y estudio, poseyendo desde luego sus variaciones en los diversos casos concretos de aplicación. Base importante

instrucción universitaria en cuanto se apoya sobre intereses económicos y fundaciones privadas hallase en humillante dependencia respecto de los donantes, este o aquel consorcio del petróleo, gas o de la banca...”

de este método y sistema de estudio es la unidad que debe prevalecer siempre entre la teoría y la práctica. Unidad de teoría y práctica con la vida de la nación y la sociedad venezolanas, con la dedicación de mucho mayor tiempo a las clases prácticas y al desarrollo de seminarios de investigación en las carreras humanistas.

No solo existe entonces una ciencia general y común a las diversas facultades, no solo las leyes de la lógica habrán de ser respetadas y observadas en toda la universidad, sino también el sistema general de estudio, propio de una unidad integral como es la universidad, aun cuando distribuya su trabajo en organismos especiales como son las facultades.

El sistema de estudios por unidades constituye también un elemento importantísimo de un método general común para toda la universidad, así como el propio sistema de exámenes. Tácitamente en el artículo de la Ley de Universidades relativo a los exámenes (nº 137) se niega el estudio por unidades; menos mal que es en forma tácita. Dicho artículo en relación a los exámenes es correcto teóricamente, pero en la práctica aún no se aplica en la mayoría de nuestras facultades. La cuestión de la escolaridad que forma parte del sistema general de enseñanza se ha dejado para el reglamento. Pero como no se explicita en la ley, prácticamente se ha negado la asistencia libre de los alumnos a clases, al menos las teóricas, como es aceptado comúnmente. Son las clases de carácter práctico las que merecen reglamentar su asistencia tomando en cuenta la situación social de los alumnos, pero no las teóricas. Incluso el reglamento debería ser propio de cada facultad, atendiendo a sus específicos problemas. No se dice nada en la Ley sobre las cátedras libres y paralelas, tan necesarias en la emulación de la enseñanza universitaria. La lucha por este tipo de cátedra y la cátedra por concurso se hacen indispensables si deseamos una reorganización integral de nuestra universidad. La gratuidad de la enseñanza está señalada, sin embargo han penetrado concepciones extrañas al fijarse para los alumnos que reparen. La enseñanza debe

ser gratuita y laica, sin exigirse ningún tipo de contribución obligatoria a los estudiantes.

4. Los problemas sociales de urgencia

Dos son los problemas más urgentes de carácter social que debe afrontar la universidad. Por una parte lo exiguo del presupuesto, por otra el problema de la limitación de cupos para los aspirantes. Artículos 11 y 25 (aparte 9), respectivamente de la Ley de Universidades Nacionales. Examinemos cada uno de ellos.

El problema del presupuesto tiene dos vertientes de interés político inmediato. Por una parte, la exigencia de un mayor porcentaje del presupuesto nacional para educación se hace una realidad. Poco a poco este porcentaje ha ido subiendo hasta llegar a un 9% (aproximadamente) del total. Es deseable que este tanto por ciento llegue a un doce para el ejercicio de 1960. En todo caso, para el movimiento progresista de nuestro país puede y debe aspirarse a un 20%, como ocurre ya en otras naciones. Esto deberá reflejarse necesariamente en el presupuesto universitario que, como sabemos, al ser del 1,5% del total, lleva a la Universidad Central de Venezuela a quedarse prácticamente sin dinero para el mes de mayo próximo. La vertiente consiste entonces en que el aumento del presupuesto universitario trae aparejado la disminución en otros renglones. El binomio clásico, desde la época de Bolívar, es el cuartel-escuela: Educación y Defensa. Hoy se desarrolla un movimiento, impulsado por los propios gobiernos, a favor de una campaña desarmamentista en América Latina, fundándose, entre otros aspectos, en aumentar los gastos de educación. Toda la ciudadanía latinoamericana respalda tal campaña. Nuestro pueblo también. Pero queríamos llamar la atención aquí sobre los gastos burocráticos del actual Gobierno constitucional que un diario capitalino en su mancheta redondea en casi un 30% del total del presupuesto nacional. Insólito pero

cierto. Al lado de la consigna de menos gastos militares, habría que agregar menos burocracia y mayor presupuesto educativo. El otro problema de interés político es que mientras no se sube el porcentaje del presupuesto universitario prácticamente el gobierno hace sesgar su política en beneficio de las universidades privadas. Eso es muy peligroso en Venezuela. De inicio porque ha existido siempre una tradición laica de la educación y sin existencia de universidades privadas. Estas por lo general las identifica el pueblo venezolano con la época que las vio nacer: el decenio dictatorial. De manera que cuando el Gobierno constitucional no sube el porcentaje del presupuesto universitario entre un 3% y 5% del total, lleva a cabo una política francamente de derecha en nuestro país. Esto debe llamar la atención de los demócratas y librepensadores de Venezuela. Solo un presupuesto adecuado puede permitir resolver a pasos gigantescos el retraso educativo dejado por la dictadura perezjimenista y enfrentar los problemas del desarrollo actual. La universidad se mantiene a la zaga. Si no hay solución satisfactoria a la cuestión del presupuesto, las demás soluciones a los problemas internos del crecimiento de nuestras universidades no tienen sentido. El presupuesto es su base material. De allí que el movimiento universitario comprenda y tenga conciencia de esto. Profesores, estudiantes y egresados deben iniciar, con la fuerza que poseen, unas jornadas nacionales por el aumento del presupuesto universitario. Y la precariedad de dinero actual deberá impulsar a las propias autoridades a tal movilización. Estamos seguros de que la ciudadanía venezolana y las demás organizaciones populares se unirán a la universidad en esta cruzada por el presupuesto universitario.

El otro problema vigente es el de los cupos. Lo hemos sentido ante el problema de los aspirantes al primer año de Medicina. Lo veremos con mucha mayor fuerza los próximos años. Desde ahora, más que nunca, hay que prepararse en la búsqueda de soluciones no conflictivas.

Este problema del cupo, de la selección o la limitación, está íntimamente ligado al anterior. Por su causa fundamental no puede

nunca separarse del problema de los estudiantes que trabajan. Estos aumentan considerablemente. No puede ser de otra manera mientras persistan los ingentes problemas populares (desempleo, vivienda, alto costo de la vida, etcétera) Los nuevos métodos intensivos, los horarios prolongados, las cargas económicas para el estudio, parecieran estar dirigidos contra estos estudiantes. Esto es justo. Por otro lado la posición es excluirlos de la universidad y rindan como los mejores es necesario atenderlos especialmente y tratar de solucionarles sus problemas sociales: aumento de becas, horarios de estudios adaptados (nocturnos), etcétera, diversificación de la enseñanza universitaria en diversas ramas, descentralización con mayores institutos de educación superior en el interior, etcétera. El estudiante que trabaja es un drama de todo el mundo moderno. Creerlo en otra forma es construir castillos en el aire y vivir sin intuir lo más elemental de lo contemporáneo. La adopción de medidas como eliminación de cursos nocturnos u oponerse a nuevos, fijación de exámenes de admisión, etcétera, casi siempre tiene como víctimas a los estudiantes que trabajan. La solución ideal de este problema es considerar el estudio como un trabajo social y dar becas a todos los estudiantes –como ocurre en los países socialistas–; pero no existen condiciones para ello. En cambio, si es posible, sin sacrificar la calidad de su preparación, tomar una serie de medidas de carácter social que tomen en cuenta la existencia del problema. La Ley de Universidades Nacionales se resiente de no estatuir el funcionamiento de Institutos de acción social o de ayuda social que tendrían como misión prestar toda su ayuda a los estudiantes necesitados. Pareciera que OBE hubiese sido creado para ello, pero en la práctica este organismo ha desvirtuado sus primitivos fines. ¿Cuántos estudiantes trabajan? ¿Qué promedio de dinero necesitan? ¿Cuáles son sus cargas familiares? ¿Qué promedio de tiempo diario trabajan? ¿Qué posibilidad tiene la Universidad de proporcionar trabajos ligados a sus estudios? ¿Hay posibilidad de una bolsa de trabajo? Todas estas son preguntas que deben estar

respondidas por organismos que como OBE se denominan de bienestar estudiantil. Si estas respuestas existen deben divulgarse. Si no, ya es tiempo de obtenerlas.

En todos los países del mundo los argumentos en favor de la limitación de cupos se esfuerzan por señalar que se trata de una selección con base en preparación y capacidad y que esta es diferente a la limitación. Se plantea que la universidad debe exigir y los estudiantes cumplir. Estamos de acuerdo. Pero las causas de las deserciones, de la mayor afluencia a determinada rama, de los fracasos, son sociales y mucho más profundas (tipo de trabajo, horarios, regímenes docentes, métodos de enseñanza, preparación anterior, etcétera). La selección tiene dos facetas y una necesariamente, es limitativa. Se puede y debe exigir sin limitar. El criterio eliminativo no puede ser utilizado por la universidad por razones de plétora, deserciones u otras razones parecidas. Es como si el Ministerio de Educación resolviese limitar la educación primaria, dado el alto índice de deserción escolar en nuestro país. La solución es exactamente la contraria porque se comprende con facilidad las raíces sociales del problema. Exactamente lo mismo, en lo esencial, ocurre con el estudiante universitario, máxime en un país como el nuestro con tan bajo porcentaje de estudiantes universitarios.

Estamos por la elevación de la capacidad científica y el rendimiento técnico de la universidad, pero esta exigencia no puede cumplirse olvidándose de la misión social de la universidad. Sería una forma de eludir el problema en su plena complejidad. Obteniendo mayor presupuesto universitario, desarrollando planes integrales de mejoramiento científico-técnico, pero manteniendo el carácter democrático de la universidad sin limitaciones coactivas, la universidad podrá exigir y seleccionar según la capacidad y preparación de cada quien. El propio movimiento estudiantil es abanderado en la lucha por mejorar la calidad de la enseñanza y de la preparación científica.

5. Los problemas de la dirección política y administrativa

Un último problema de los que se plantea la universidad en su desarrollo interior, aparte de la autonomía universitaria, es el problema del gobierno de la universidad. Podemos acordar lo que deseemos, pero en última instancia tales soluciones serán impulsadas por un grupo de hombres dentro de determinadas formas de gobierno: tal es la cuestión de la dirección política y administrativa de la universidad.

La primera cuestión es la del gobierno democrático tripartido. Es la gran deficiencia de la ley. Nosotros no creemos todavía en un gobierno a partes iguales entre profesores, estudiantes y egresados. Es una realidad la desvinculación del egresado con la universidad en nuestro país. Pero los polos fundamentales de la cuestión –profesores y estudiantes– deberían tener fuerzas equilibradas en el gobierno universitario. La fórmula de cincuenta por ciento repartido entre estudiantes y egresados nos parece adecuada para la universidad venezolana. De resto será continuar con un gobierno aristocrático de profesores, y no democrático. Solo un gobierno democrático –donde un sector no llegue a tener el monopolio de la mayoría– puede ser garantía de una plena autonomía universitaria. De resto será autonomía en función del sector mayoritario. El reciente problema del estudiantado de Medicina fue muy claro. Llegó a poner en peligro el desarrollo de la vida estudiantil en toda Venezuela. ¿Por qué? Por una solución que desdeña el punto de vista estudiantil, que no lo toma en cuenta. Que incluso, coactivamente, trata de imponer sus puntos de vista amparados en la ley. ¿Esto resuelve los problemas? No. A pesar de la ley, el movimiento estudiantil no va a dejar de recurrir a sus medios tradicionales de combate. Todo lo contrario. La tendencia será entonces la creación de conflictos. Y no podrá ser de otra manera. En cambio si hay un gobierno democrático (al menos en el porcentaje propuesto entre los sectores) difícilmente podrá haber conflicto; estos

se dirimen en el seno mismo del gobierno universitario. El papel de la representación estudiantil en el citado caso fue meramente simbólico y no podía ser diferente. Ese mismo papel continuará tomándolo. Habría conflicto y se recurrirá a medidas que deberíamos evitar. Todo por haber oposición a un gobierno democrático de la universidad, única garantía de la autonomía universitaria. Por eso, cualquier problema de la universidad tendrá que verse a través de esta contradicción entre la autonomía y la representación estudiantil en el gobierno universitario.

Otros problemas, aparte de la baja representación estudiantil son los del Claustro y el Consejo de Universidades. El Claustro actúa cada cuatro años a la hora de elegir las autoridades universitarias: demasiado está limitada su función. ¿Por qué no actuar como Consejo Deliberativo de la universidad durante diez o quince días al año? ¿Por qué no ser un organismo de dirección colectiva de la universidad, al cual el Consejo Universitario, el Rector, etcétera, entregue cuentas anualmente? Esto no se comprende. Esto contribuye también a hacer deficiente la autonomía. El problema del Consejo Nacional de Universidades es el señalado: la representación de las universidades es por igual, sin tomar en cuenta su importancia o carácter nacional o privado. Basta un empuje –bastante posible– de las universidades privadas para que nuestro Consejo Nacional esté en manos de estas. Es necesario superar también esta deficiencia.

Autonomía y gobierno democrático representativo, dirección política docente adecuada, mayor independencia de los organismos inferiores de la universidad, etcétera, son principios a que deben orientar una reforma de la universidad. Y la propia administración de la universidad deberá estar supeditada a dichos principios. De allí que en la lucha por una revisión de la Ley de Universidades Nacionales no se pueden olvidar estos problemas tan vitales de la dirección y el gobierno universitario.

Segundo paréntesis: la Federación de Centros Universitarios ante la aplicación del reglamento de repitientes⁶⁹

La aplicación del reglamento de repitientes ha replanteado a la universidad una vieja discusión, que tiene como centro los problemas estructurales de la educación venezolana y la vigencia de las posiciones autoritarias, anticientíficas y antipedagógicas, como medios para resolver graves problemas docentes y académicos. A través del reglamento de repitientes, del reglamento de normas disciplinarias y de otros instrumentos coactivos, se reviven los medievales métodos de la palmeta y la imposición ciega de la autoridad profesoral y se sepultan las soluciones pedagógicas, los análisis de los verdaderos y esenciales problemas de la educación venezolana y las soluciones de fondo que es necesario buscar a una educación en quiebra y en crisis aguda.

Muchas apreciaciones superficiales sobre la seriedad y la responsabilidad de los estudiantes han pretendido desnaturalizar la justeza de nuestra lucha. Nosotros queremos en esta oportunidad, por una parte, reivindicar la seriedad y la responsabilidad de nuestros estudiantes y, por otra, exponer públicamente nuestra argumentación de fondo, que hace nuestra causa justa y legítima.

69 En nuestro plan inicial pensábamos colocar como segundo paréntesis un trabajo nuestro sobre un problema estructural del cupo de Medicina, que tanta repercusión tuvo en los días en que redactamos este trabajo. Al pedirsenos ahora para su publicación hemos considerado como más actual, a título de ejemplo, la clara y terminante posición de la FCU ante el serio problema de los estudiantes repitientes, como muestra de los problemas internos del desarrollo de la Universidad.

1. La situación de la educación venezolana

De manera muy somera y general queremos dejar sentados algunos puntos de vista sobre la situación de la educación venezolana. Esta está sometida a las posibilidades y limitaciones que dentro de una problemática compleja, la traza una estructura semicolonial y atrasada, la cual determina un país mediatizado económica y culturalmente. En esas condiciones se desarrolla nuestra educación y sobre ella se reflejan el subdesarrollo y nuestras deformaciones culturales y económicas, producto, entre otros factores, de la penetración imperialista. Cualquier plan que se proponga renovar y transformar nuestra educación tiene que plantearse esas condiciones en las cuales ella se desenvuelve; ella puede convertirse en instrumento de liberación, en palanca del desarrollo o puede convertirse en instrumento del atraso, de la deformación cultural y de la penetración ideológica y política.

Cualquier afirmación, por benévola que sea, tiene que concluir en que nuestra educación, si para algo no está sirviendo, es para formar los profesionales, técnicos e investigadores que necesita un país que debe liberarse, para formar una conciencia nacionalista, para derrotar la penetración y la mediatización cultural, para desarrollar una cultura auténticamente nacional.

Uno de los caracteres principales de nuestra educación es su anarquía, su improvisación, su falta de planes y objetivos. No existe coordinación entre los distintos procesos de la educación, las medidas se toman para resolver los problemas tal y como se van presentando, atacando solo sus manifestaciones superficiales y dejando intacta toda una estructura que generará los mismos problemas, aun cuando superficialmente puedan parecer distintos y obligar a tomar nuevas medidas, otra vez superficiales e intrascendentes. No existen medidas capaces de garantizar el derecho de los niños y de los jóvenes y de todos los hombres y mujeres del

campo y de la ciudad a recibir educación, a elevarse culturalmente para poder servir a la patria. Puede haber habido algunos avances, pues la sociedad determina avances inevitables y algunas medidas pueden determinar avances, pero estos son desarticulados, algunos superficiales, y antes que contribuir a resolver los problemas de fondo, han contribuido a complicarlos y a incrementar la anarquía.

Como resultado de esto, grandes masas de nuestra población siguen sumidas en la ignorancia y el desarrollo técnico, científico y cultural del país se mantiene en niveles muy pobres; los niños y los jóvenes venezolanos deambulan sumidos en la desesperación, la ignorancia, la miseria, la desorientación, la delincuencia, ante la mirada apoltronada de una sociedad injusta que acepta las leyes y reglamentos que no hacen más que hacer del atraso una institución, de la ignorancia una regla y de la miseria un método de vida. Mirando solo la superficie de las cosas, se cree que en la frialdad de normas legales y reglamentarias puede tener cabida toda esta tragedia, toda la tragedia de una niñez, de una juventud y de un pueblo sometidos a bestiales condiciones de explotación y de miseria. Unos lo hacen a plena conciencia, otros creen, de buena fe, haber dado soluciones positivas y otros ocultan así su incapacidad para resolver con valentía graves problemas de fondo.

Hay cifras reveladoras de esta trágica situación. Para el año de 1962 las estadísticas oficiales arrojaban un total de 429.000 niños de edad escolar, de los cuales solo 21.405 (5%) aparecían inscritos y de ellos solo 9.392 en planteles oficiales. Esto revela cómo el Estado ha manejado con una gran despreocupación la educación de nuestra niñez y cómo existe un verdadero abismo y una verdadera separación entre esta etapa y las demás etapas de la educación venezolana. En educación primaria de un total de 1.565.450 niños comprendidos entre los 7 y los 13 años, solo 1.298.427 aparecían inscritos. O sea, que 267.023 niños (17,1%) no recibían educación de ningún tipo. Si tomamos en cuenta lo engañoso de las cifras de inscritos, pues

estas no revelan el elevado ausentismo y el elevado número de repitientes, tenemos que concluir en que la situación educacional de nuestros niños es sumamente grave. En edad para cursar estudios en educación media existe un total de jóvenes, de los cuales en el período 1962-1963 estaban inscritos solamente 139.387, lo cual revela lo desasistida que está nuestra juventud en materia educacional. Ahora bien, en tanto que en el bachillerato se ofrecen 139.387 plazas, las universidades solo ofrecen 30.000. El ausentismo, los repitientes y finalmente los cupos se encargan de ir corrigiendo los desniveles existentes entre una etapa y otra de la educación. Nuestra educación, pues, es un verdadero embudo, en ella solo un grupo privilegiado puede culminar sus estudios; la estructura de nuestra educación ha convertido el precepto constitucional que consagra el derecho a la educación en algo inútil y en un simple propagandismo.

Esta es una educación elitista, antidemocrática, al servicio de intereses distintos a los de las amplias masas, pues el pueblo no tiene acceso a la cultura, ya que las puertas de los institutos educacionales del país están cerradas para él. Esta situación es aún más grave si comparamos la situación existente entre el campo y la ciudad. En las ciudades es menos difícil, pero en el campo la situación es verdaderamente caótica y trágica. En el campo alrededor del 30% de la población venezolana está al margen de la cultura, al margen de posibilidades efectivas de educarse. En general, los humildes habitantes de las ciudades y del campo están sumidos en el analfabetismo y en la incultura y sus hijos crecen, se enferman y mueren bajo el peso de la ignorancia y la miseria.

Dentro de este panorama general veamos el problema de los repitientes. Este no es un fenómeno específicamente universitario. El problema del rendimiento estudiantil es un problema general de la educación venezolana, ligado a su estructura, a sus rasgos y peculiaridades, ligado a nuestro carácter de país semicolonial, a la situación de explotación y de miseria de las masas venezolanas, ligado al nivel

cultural, científico y técnico de nuestro país, a la calidad de la docencia que se imparte, a la calidad de quienes imparten la docencia, a las condiciones inadecuadas en que esta se cumple, a las condiciones en que se forma y se desarrolla nuestra juventud y nuestra infancia.

En cuanto a la prosecución escolar a través de los seis grados de primaria entre 1958 y 1963, de los inscritos en primer grado en 1958, solo llegaron al sexto en 1963 menos del 28%. En Educación Media para el 1962-1963 solo 10.879 alumnos se inscribieron en el quinto año de bachillerato. De ellos solo aprobaron 4.458, o sea que 6.411 (más del 50%) fueron reprobados. La situación de las universidades no es nada distinta de esta. ¿Pueden entonces soluciones unilaterales y superficiales, asentadas únicamente en la presunción de que los estudiantes son flojos e irresponsables, resolver estos graves problemas? Indudablemente que no. Ellas solo ayudarán a incrementar la deserción legalizada de estudiantes, a convertir más nuestra educación en una pirámide, en un embudo, en una educación para un grupo de privilegiados. Pues si el reglamento de repitientes es idóneo para resolver el problema en la UCV –única universidad donde existe tal instrumento– debe serlo para otras universidades y para toda la educación venezolana y el problema sería así resuelto de un plumazo y millares de niños y de jóvenes dejados a su suerte y riesgo, sometidos a la incultura, a la miseria, serían atendidos. Pero no debe olvidarse que estos jóvenes y estos niños, pese a esto, serán los que en el futuro romperán todas estas estructuras y construirán un orden nuevo, pues las reservas de los pueblos son infinitas y una sociedad no puede estar dirigida permanentemente por quienes pierden la sensibilidad, por métodos anacrónicos y caducos.

2. La situación de la Universidad Central de Venezuela

Nosotros queremos un país independiente que se desarrolle impetuosamente, que rompa las estructuras atrasadas de su economía y

su sociedad, con un pueblo liberado de la explotación y la miseria, autor de una cultura realmente nacional, sin deformaciones ni tutelajes.

Queremos una universidad que contribuya poderosamente al logro de esos ideales. Para que ello sea así, la universidad debe:

- Orientar la enseñanza que importa de tal manera que esté acorde con la necesidad nacional, de independencia, desarrollo y progreso integral.

- Ser profundamente científica y antidogmática. Abrir sus puertas a las corrientes más avanzadas del pensamiento. Permitir y fomentar la discusión de las diversas concepciones teóricas y posiciones ideológicas.

- Abrir sus puertas a las gentes del pueblo, pues el pueblo la sostiene y porque el nivel de ingresos no debe determinar la capacidad para aprender y formarse.

- Funcionar de tal manera que se eleve constantemente el rendimiento de profesores y estudiantes, la calidad de la enseñanza y los índices del aprovechamiento de la misma.

- Establecer relaciones adecuadas entre los sectores que la componen a fin de que se integren los esfuerzos en la elevación de la institución.

- Ligarse profundamente a la realidad nacional, pues sobre ella debe actuar y sobre el pueblo, ya que este será el autor principal de las transformaciones que el país sufra.

Nuestra universidad de hoy ha dejado muy atrás la vieja institución colonial. Ha superado también a la universidad de comienzos de siglo, aérea, desligada de la necesidad de transformación nacional. Ya no es el cenáculo donde medraban sin disputa las élites intelectuales que veían con horror la liberación nacional y el progreso social. El avance de lo nuevo en el país se ha reflejado en ella haciendo avanzar.

Mas nuestra universidad no ha cambiado sustancialmente.

La composición de sus Facultades y Escuelas no está determinada por las necesidades de un país que debe liberarse y desarrollarse.

No existe planificación de crecimiento en relación con los requerimientos nacionales y con el desarrollo de la Educación Media del país.

La orientación de sus programas de estudio está llena de viejas concepciones, y todavía manifiesta un grave asilamiento de la realidad nacional. En no pocas de sus facultades, escuelas y cátedras están proscritas determinadas corrientes del pensamiento.

La autonomía que la protege de los intentos de convertirla en apéndice de intereses extraños y del control de los dogmáticos y perseguidores de ideas, es objeto de constantes violaciones y sufre una presión sostenida.

En buena parte la enseñanza es todavía libresca, poco experimental y desligada de las realidades venezolanas en las esferas correspondientes.

La actividad profesoral es deficiente. Todavía es muy grande el número de profesores que dedican a la universidad un tiempo mínimo, accidental. En muchos casos la preparación de las clases, los métodos expositivos y el tipo de vinculación con los alumnos es deplorable.

El sistema de evaluación de los conocimientos es anacrónico, antipedagógico e injusto.

El régimen de estudios, especialmente el contemplado por la ley y ya superado por la práctica misma, es anticuado y no se compadece con la situación concreta de la población estudiantil.

Una parte importante de las normas que regulan la vida universitaria (reglamento de normas disciplinarias, reglamento de repitientes, reglamento de exámenes) tienen ante todo un carácter punitivo y no contribuyen a la armonía y la colaboración entre los sectores integrantes de la comunidad universitaria.

Todavía la universidad está cerrada, en lo fundamental, a los jóvenes que provienen de los sectores desposeídos de la sociedad.

Es pequeña la participación que se permite a los estudiantes (según la ley y en los hechos mismos) en la conducción de la institución.

Existe además una tendencia en la universidad a resolver un conjunto de problemas en función de la universidad misma considerada como este abstracto, y no en función de una problemática nacional y universitaria. Con respecto a esto la universidad tiene una doble responsabilidad. Debe tratar permanentemente de elevarse, debe perfeccionarse, pero debe también participar de maneras activa en la solución de los grandes problemas nacionales y en particular de los problemas educativos. Esta es también una importante y grave responsabilidad de la universidad, así como la de volver sus problemas particulares en función del interés nacional. Lamentablemente no siempre ha sido así y muchas veces la universidad tiende a aislarse de la realidad y de la problemática nacional.

La universidad se desenvuelve en las condiciones generales en que se desenvuelve la educación venezolana y en general, está sometida a sus limitaciones y posibilidades; la crisis general que afecta a nuestra educación afecta a la universidad y crea en ella graves y numerosos problemas y en tanto que esa crisis general no se resuelva muchos problemas universitarios se mantendrán. Pueden adoptarse paliativos y correctivos, pero en el fondo, mientras las causas que lo generen continúen existiendo, aquellos continuarán existiendo. Por lo tanto, la universidad no puede tomar medidas unilaterales, que no solo no se corresponden con su estructura sino con la estructura general de la educación venezolana, marco dentro del cual se desarrolla la estructura de la educación universitaria. Es este el caso del reglamento de repitientes y de la política de selección y cupos, por ejemplo. El reglamento plantea como única solución a un problema, que es inherente a la educación venezolana en su conjunto y que está ligado a sus fallas esenciales, una pena a los estudiantes, pero

deja vigentes todos los problemas que generan la existencia masiva de repitientes. Siguen existiendo los planes de estudio mal concebidos, las limitaciones presupuestarias, las limitaciones físicas, los laboratorios y el instrumental docente en general siguen siendo deficientes, siguen existiendo fallas notables en el personal docente –no siendo este en muchos casos el más idóneo y responsable–, siguen existiendo las graves fallas de la educación primaria y de la educación media, la situación económica y familiar de los estudiantes sigue siendo la misma.

Con respecto a la forma como se concibe la política de cupos en la universidad, mantenemos seria oposición. Muchas veces están animados de criterios caprichosos y por lo general se expresa el criterio simple de que solo determinado número es el que las condiciones físicas de la universidad permite admitir, independientemente de las necesidades del país, de las responsabilidades que el Estado y la universidad tienen para con la nación y para con su juventud. El que la universidad solo admita un determinado número de estudiantes solo porque esos son los que su capacidad física puede tolerar o porque esos son los que determinada Facultad presume que son los que el país necesita, constituye la manera más irracional de resolver las cosas. Nosotros consideramos que la universidad debe plantearse el problema de la siguiente manera:

a) Cuántos profesionales, técnicos, científicos e investigadores en cada rama necesita el país.

b) Los obstáculos que deben vencer el Estado y la universidad para obtener ese número de técnicos, profesionales e investigadores.

c) Proceder, de acuerdo a un plan general e integral de toda la educación venezolana, a fijar, no cupos, sino metas de desarrollo y crecimiento.

d) Mientras esto no sea así, la universidad no puede cruzarse de brazos ni adoptar soluciones facilistas; debe luchar porque así sea y tomar todas las medidas que estén a su alcance para conducir las cosas hacia esa meta.

Pero no es esta la manera como se procede en la universidad, en esto también se improvisa, no se planifica, ni se hacen intentos serios para influir de alguna manera en la política educacional del país.

3. La autonomía universitaria, la universidad democrática y el reglamento de repitientes

La lucha contra el reglamento de repitientes se plantea en momentos en que contra la universidad democrática se realiza una gran ofensiva exterior. La lucha contra el reglamento de repitientes está íntimamente unida a la defensa de la universidad democrática. En repetidas oportunidades hemos insistido en que a la universidad democrática no solo se le agrede con las medidas de fuerza, con la presión, con el chantaje y el halago sino también con medidas que pueden ser tomadas internamente en el orden académico o docente que atenten contra el régimen de libertades existente en ella, que eleven las soluciones autoritarias y punitivas en detrimento de las soluciones pedagógicas, que limiten de alguna manera el ingreso de estudiantes de las distintas clases y capas sociales a la universidad, etcétera. A todas estas medidas nos hemos opuesto y nos seguiremos oponiendo.

En la actualidad nuestra oposición tiene que ser firme por cuanto la ofensiva de los enemigos de la universidad tiene un carácter muy peculiar. El problema de la autonomía considerada ella en general y de manera abstracta, ha sido en cierta forma aislado del carácter democrático de la universidad y contra este carácter de la universidad es contra el cual se dirigen las principales baterías y en particular contra el movimiento estudiantil. Se ataca así indirectamente la autonomía, atacando su fundamento: la universidad democrática y autonomía son conceptos indisolubles; en nuestra universidad no pueden plantearse la defensa de la autonomía al margen del carácter democrático de la institución y frecuentemente se trata de hacer

una defensa de abstracto de la autonomía para descargar golpes por mampuesto contra la universidad democrática.

Ahora bien. Algunos piensan que en estos momentos la mejor manera de defender la universidad, es a través de la defensa y aplicación ciega de la autoridad profesoral, que cualquier gesto de “vacilación”, de flexibilidad pedagógica, es una muestra de falta de autoridad y por lo tanto un obstáculo en la defensa de la autonomía universitaria. Se piensa entonces que adoptando una actitud inflexible, que golpeando a los estudiantes, se fortalece la autoridad profesoral y la opinión pública no tendrá dudas de que efectivamente en la universidad hay autoridad. Se piensa que así se defiende la autonomía, que la sanción a centenares de estudiantes se explica en función de que eso ayuda a salvar a la institución.

No entendemos así la autoridad académica. Pensamos que esta se fundamenta en la comprensión pedagógica de los problemas, en una actitud firme, flexible y humana, en su capacidad para mantenerse en la universalidad y librarse de la unilateralidad, en la capacidad para entender los problemas viéndolos en su conjunto y no en sus detalles, en el fondo y no en la superficie. Además, no creemos que así se defienda la autonomía y la universidad democrática.

Debemos destacar que la aplicación combinada del reglamento de repitientes y de la política de cupos entro de una estructura educacional atrasada, que ha convertido el derecho a la educación en un privilegio, no va a servir más que para agravar esta situación. En un período corto es probable que la mayoría de las facultades hayan implantado cupos. Esto determinará el número de jóvenes que ingresará a la universidad será menor y si a estos sumamos los centenares de estudiantes que periódicamente el reglamento de repitientes irá colocando fuera de la universidad, que no podrán ingresar a ella por cuatro años, tenemos que admitir que nuestra educación superior se irá limitando cada vez más a un grupo selecto de estudiantes. El Reglamento parte del supuesto de que a los que no se les permite ingresar

en una Escuela o en una Facultad, pueden inscribirse en otra. Pero cuando en todas ellas se haya implantado el cupo, esto será más que imposible y efectivamente centenares de jóvenes serán lanzados de la universidad anualmente a correr una suerte sin ninguna perspectiva, a engrosar las filas de desempleados, de oficinistas, de secretarios, de empleados públicos menores y otras “profesiones” que preferimos no nombrar. Tal será el drama de la juventud venezolana, tal es la injusticia que contra ella se pretende cometer y tal será la suerte de la universidad, si este reglamento se institucionaliza. La aplicación combinada de la política de cupos y el reglamento de repitientes vendrá pues a agravar la ya trágica situación de la juventud venezolana, a la cual de manera cada vez más evidente se le niega el derecho de recibir educación, a partir del ya limitado carácter democrático de la universidad.

Esta forma de reforzar y ejercer la autoridad académica no es tampoco la mejor manera de defender la universidad democrática y autónoma.

¿Por qué existe una cantidad masiva de repitientes en todas las etapas de nuestra educación?

Esta pregunta la hemos venido respondiendo en el curso de nuestra exposición, sin embargo creemos que es conveniente concretar algunas cosas. Para nosotros existen, en general, dos alternativas: que los estudiantes sean flojos o que existan problemas esenciales de la educación venezolana que generen repitientes de manera masiva. Hablamos de la existencia masiva de repitientes en todas las fases de la educación venezolana, ya que en ella no se trata de que repita un pequeño margen de estudiantes, lo cual podría ser por algunos atribuido a irresponsabilidad.

La primera alternativa supone la demostración previa de algunas cuestiones fundamentales dentro del proceso educacional, como las siguientes:

a) Que las condiciones en las cuales se imparte la docencia son óptimas.

b) Que el nivel científico y docente de los profesores es el mejor.

c) Que todos los estudiantes tienen las mismas posibilidades e iguales ventajas, que el derecho a la educación está garantizado por igual a todos.

d) La irresponsabilidad e incapacidad de los estudiantes.

Los puntos a, b y c están negados de antemano. En el curso de la exposición, sin hacer mayores esfuerzos, esto ha quedado evidenciado. Veamos el punto d, relativo a la irresponsabilidad e incapacidad de los estudiantes. Tenemos que comenzar diciendo que aun cuando se admitiese la presencia de estas, la inexistencia de las tres condiciones anteriores, ya relevaría de irresponsabilidad fundamental a los estudiantes. Pero resulta que no es así. En la universidad hay cursos de cien alumnos donde solo aprueban diez, cursos donde hay un noventa por ciento de reprobados. Tendríamos que admitir que de cien estudiantes solo diez son responsables y capaces y los restantes deban ser oligofrénicos; si así fuese, bien triste sería la suerte de nuestro país.

En la universidad los estudiantes se incorporan a distintas actividades: deportivas, culturales, de extensión universitaria, etcétera, y en ellas demuestran dedicación, responsabilidad y rendimiento y si su incorporación a ellas no es mayor esto se debe, más que a la falta de interés de los estudiantes, a fallas en la orientación y funcionamiento de algunas de estas actividades. Los estudiantes asisten con regularidad a las reuniones promovidas por los organismos estudiantiles: asambleas de facultad, asambleas de representantes de curso, asambleas de curso, etcétera. Estas nunca se suspenden por falta de quórum. Participan con regularidad en las reuniones de los organismos universitarios: consejo universitario, claustro universitario, asambleas de facultad, consejo de facultad, etcétera. Participan activamente en la elección de sus organismos representativos. Participan

activamente, a veces con carácter heroico, en las luchas por la defensa de la universidad democrática y autónoma y en las luchas políticas en general. Quienes actúan así no pueden ser unos irresponsables y unos incapaces.

Como contraposición podríamos dar algunos datos sobre la responsabilidad y la capacidad de muchos profesores, sin embargo vamos a abstenernos de hacerlo públicamente por ahora.

Pensamos que es evidente que la existencia masiva de repitientes en todas las etapas de la educación venezolana se debe a la existencia de graves fallas de estructura, a problemas esenciales de nuestra educación, que mientras existan, que mientras no se enfrenten con decisión, continuarán generando repitientes y los reglamentos, como ya lo ha afirmado el movimiento estudiantil, tendrán más que un carácter punitivo.

4. Este reglamento es ilegal

Aparte de todas nuestras objeciones doctrinarias, tenemos una objeción de tipo legal al Reglamento de Repitientes. Según nuestro criterio, el Consejo Universitario no tiene facultades para dictar este reglamento y esta materia solo puede ser objeto del reglamento de la Ley de Universidades Nacionales, pues esta es una situación claramente prevista en la Ley de Universidades. Esta establece en su artículo 9 lo siguiente: "En las Universidades Nacionales los estudios ordinarios son gratuitos; sin embargo; los alumnos que deban repetir el curso total o parcialmente por haber sido aplazados, pagarán el arancel que establezca el Reglamento...". Nosotros mantenemos, por la misma argumentación dada en los párrafos que anteceden, nuestra discrepancia y nuestra oposición radical de esta disposición de la Ley de Universidades, la consideramos también injusta y sin ningún sentido y tarde o temprano debe desaparecer; pero pensamos que al Consejo Universitario de

la Universidad Central de Venezuela no le queda otro camino que someterse a ella.

Para nosotros el legislador ya previó el caso de la existencia de repitientes en las universidades y la solución que encontró fue el arancel. Si la ley no da otra solución, o si el reglamento de la misma (no dictado aún) no prevé el caso, no puede el intérprete (en este caso el Consejo Universitario) buscarle otras salidas al problema, para no contrariar el conocido postulado jurídico según el cual, donde la ley no distingue, el que interpreta no puede distinguir. Además, imponer otra sanción complementaria de la ya establecida, es vulnerar otro principio jurídico universal, aquel que dice que no pueden haber dos penas sobre la misma falta o delito; o lo que es lo mismo: que al decretarse el arancel para repitientes no se puede al mismo tiempo gravar la condición de estos penándolos con un requisito de admisión que los elimine automáticamente.

Por todas estas razones estamos convencidos de que nuestra causa es justa y legítima; que es una lucha verdaderamente consecuen- te con la universidad democrática y autónoma, con el pueblo venezola- no y con su juventud. Estamos convencidos de que no nos apartamos ni un ápice del lugar que nos ha correspondido ocupar en todas estas luchas al lado de la universidad y de la patria. En esta oportunidad tam- bién cumplimos con nuestra consigna fundamental: estudiar y luchar. Y estamos dispuestos a luchar a fondo, a luchar decididamente.

Nota: este documento fue ratificado el día 28 de los corrientes por la Asamblea General de Centros, reunida en la sala "C" del edificio de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

Capítulo VI. Introducción histórica a la reforma universitaria

1. Planteamiento inicial

El movimiento de la reforma universitaria iniciado en Córdoba en 1918 no es, como muchos pensadores nuestros han hecho propagar interesada o desinteresadamente, un acontecimiento fortuito de la historia de la cultura americana, ya fenecido y “periclitado” con los nuevos tiempos, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. Realmente, “los nuevos tiempos” han traído cambios sustanciales en la vida de los pueblos latinoamericanos: ya las naciones europeas han sido suplantadas por el poder económico y político del Departamento de Estado estadounidense, tal como lo pronosticara Truman en su célebre Punto IV. No es un acontecimiento fortuito. El movimiento de la reforma universitaria marca época en la vida política y cultural de nuestros pueblos. Surge exactamente en el momento en que se inicia con intensidad la penetración imperialista estadounidense en nuestros pueblos y avizora –desde luego sin solidez ideológica– la fuerza de nuestros pueblos y naciones sobre la base intuitiva de una juventud que se levanta dispuesta a colocar la cultura al servicio de los intereses nacionales y populares, que permita la aceleración del proceso de liberación nacional y de madurez intelectual de nuestros países.

En Venezuela –y no es curioso, por cierto– el movimiento reformista ha tenido muy limitados horizontes. No ha trascendido los límites universitarios y, dentro de estos, el precepto fundamental ha sido la autonomía universitaria. Desde luego, hay razones históricas que explican este fenómeno. Pero la época que nos ha tocado vivir en los últimos años condujo inexorablemente a la entrada de ese movimiento reformista en nuestros problemas de pueblo, patria, cultura y universidad. La dictadura sacudió al movimiento intelectual venezolano y, dentro de él, al movimiento estudiantil y profesoral. La universidad no es patraña de élites. Tampoco es isla tutelar alejada de los problemas patrios y populares. Menos aún, instrumental técnico y pedagógico de malabarismo demagógico en aras de la calidad nunca alcanzada. La universidad se ha elevado en toda su dimensión histórica, social, científica y nacional como lo requieren los actuales momentos que vive el país. Todos estamos empeñados en la reforma de la universidad. El Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales (1946), a pesar de las enmiendas anotadas por el Ejecutivo al proyecto original, significa el primer esfuerzo serio por colocar la educación superior venezolana a favor de los fines de la reforma universitaria⁷⁰. La Ley de Universidades Nacionales de 1958 constituye –también a pesar de las enmiendas del Ejecutivo– un segundo paso de importancia en esa trayectoria. Pero todo el camino por transitar está por delante.

Hay fines sociales y políticos, científicos y técnicos, en la reforma de nuestra universidad. Pero esta reforma no es posible sin el gobierno democrático de la universidad, plena garantía de los principios de reforma y autonomía universitaria. Bien es verdad que, como la concepción integral de autonomía universitaria implica la de reforma, en la realización de esta es muy importante la autonomía, pero el instrumento fundamental para la reforma no es –como ya se

70 Foción Febres Cordero. *Autonomía universitaria*, UCV, Caracas: 1959, p. 29.

señala⁷¹— la autonomía universitaria, sino el gobierno democrático de la universidad, donde ninguno de los tres sectores tenga hegemonía. Todo gobierno universitario donde un sector tenga la mitad más uno, desvirtúa la democracia y la libertad universitaria; en consecuencia, hace inoperante la autonomía universitaria. Sin gobierno democrático no hay autonomía universitaria: esa es la cuestión esencial. Así el gobierno democrático de la universidad constituye el instrumento, la única garantía de una autonomía plena y de una reforma integral de la universidad. Este es el signo distintivo de los que luchamos por una auténtica reforma y autonomía universitaria en nuestro país y en América Latina. Con este instrumento, el tránsito hacia los fines sociales y políticos de la reforma queda expedito: tendremos una formidable base de trabajo por la liberación nacional de nuestro pueblo en la conquista de su felicidad.

2. Algunos elementos históricos generales

La mayoría de nuestros pensadores del mundo occidental, de la cultura, europea, hablan de crisis. Pase lo que pase la cosa no marcha bien. Crisis es la palabra más cercana y más vaga para designar lo que está ocurriendo. Todo el mundo habla de crisis. Incluso, en nuestra propia América, hablan de “eclipse de la razón”, de crisis de las ciencias⁷². Podía haber eclipse de “ciertas razones”, pero no hay crisis de las ciencias. Las ciencias, con todos los obstáculos que le ofrece nuestro mundo, marchan hacia adelante. Victoriosamente. Pero según la literatura de nuestros días, la crisis de la cultura es general, no solo en la razón y las ciencias: también la religión, el arte, la literatura, la moral. Todo está en crisis.

71 Foción Febres Cordero. *Idem*, pp. 18-22.

72 José Medina Echeverría. *Sociología, teoría y técnica*, FCE, México: 1946, pp.12-13.

Y América, ¿qué dice a todo esto? ¿Al igual que Europa, vamos a encasillarnos también? ¿Dónde están nuestras fuerzas de mestizaje, de mil caminos, como ha señalado Arciniegas⁷³; nuestras fuerzas de soberanía, de libertad, de antaño; nuestras fuerzas nuevas, americanas? ¿Dónde están? Supongamos que Europa y todo lo que se mezcle con Occidente esté en crisis, ¿lo estamos también nosotros? En primer término, es necesario tener claro que una cosa es la crisis de la cultura como obstáculo momentáneo para su posterior progreso, y otra –la falsa– es crisis de la cultura como aniquilamiento de la sociedad humana; que lo uno es ascenso y lo otro es descenso; que lo uno es optimismo y lo otro es pesimismo ante la vida. Es necesario tener fe en el hombre, en la fuerza gigantesca del hombre para su superación. Por eso, en segundo término, América debe poner en juego todas sus fuerzas creadoras. Ver realmente lo que acontece hoy en el mundo. Comprender la historia universal, nuestra posición en el cosmos. Está planteado el problema de la reconstrucción del mundo, de su transformación. La creación de un mundo nuevo. En todas partes se lucha por esto. A nosotros también nos toca. América requiere forjadores de una nueva cultura, de una nueva vida⁷⁴. Es en este marco de proporciones históricas y culturales cuando surge el grito de Córdoba de la muchachada universitaria argentina de 1918.

En realidad, el siglo xx ha estado acompañado con el advenimiento de una crisis universitaria en todo el mundo⁷⁵. Ella es producto

73 Germán Arciniegas. *América, tierra firme*, Ed. Losada, Buenos Aires: 1947, pp. 29-30.

74 Ver trabajo nuestro en la época de la dictadura, publicado en *Cuadernos Universitarios* n° 1, titulado: "América Occidente, Spengler", con el pseudónimo de Néstor Colmenares L.

Ver: José Carlos Mariátegui. *La libertad de la enseñanza*, Ed. Frente Cultura, México: (s/f), pp. 32-34.

75 George Bermann. *Juventud de América*, Ed. Cuadernos América, México: 1946, pp. 121-122.

Deodoro Roca. "El drama social de la universidad", *Flecha*, (Córdoba), (1936).

Louis Liard. *Universités et Facultés*, Editions Armand Collin, París: 1890.

Walter Maria Kotschnig y Elined Prys. *The University in a Changing World*, Oxford University Press, Reino Unido: 1932.

de la crisis económica, social, política y cultural que vive actualmente la humanidad. Vasta repercusión tuvo en el mundo de habla castellana la conferencia de Ortega y Gasset⁷⁶. Llegaban a las universidades los resquebrajamientos que a partir de 1914 afectaron con fuerza todas las instituciones sociales y las ideas que les correspondían. Se abría así una revaloración de la universidad, de los problemas sobre la cultura y la investigación científica, de las profesiones y la enseñanza, de la verdadera misión de la universidad en el mundo contemporáneo.

Fue así como en América mestiza hizo impacto el problema universitario. Nuestras universidades comenzaron a reflejar grandes luchas en el seno de la sociedad y del mundo actual. Hubo, desde luego, quienes quisieron, desde un primer momento, colocar la universidad “por encima de la contienda”. Pero ello no fue posible. Los estudiantes de la reforma tomaron el camino contrario. Gregorio Bermann en su original obra *Juventud de América* refleja de esta manera el momento:

En la lucha los estudiantes descubrieron el país, las fuerzas que en él actuaban, su historia, su destino. Desde el principio llevó una fuerza irresistible que prendió en el mundo juvenil del Continente. Los muchachos del 18 creían tocar con las manos, ya, el cuerpo de las más caras aspiraciones de su América en el alba de la jornada (...) Los estudiantes universitarios al anunciar la buena nueva, fueron de los primeros en quemar sus títulos de privilegios y con lírica espontaneidad manifestáronlo solemnemente al país, como parte del clero y la nobleza ante la inolvidable asamblea del 89 (...) Proclamóse la fraternidad de las fuerzas vivas de la nación, estudiantes, obreros y productores de todos los órdenes y la decisión de ir hasta el logro de las comunes aspiraciones (...) Una inspiración mesiánica animaba

José Carlos, *Mariátegui*, *idem*.

76 Ortega y Gasset, José. “Misión de la universidad”. En: *Obras Completas*, Ed. Revista de Occidente, Madrid: 1930.

su verbo y sus gestos. Vivía en trance de heroísmo. Tenía la sensación de estar “pisando una revolución”, (...) era una época de ardiente anhelo en que la lucha se agudizaba hasta la exasperación, en que hasta los más tímidos hablaban; se producían “milagros” de carácter y sabiduría, y se había formado el clima propicio a las grandes transformaciones (...) ¡Nos sentíamos gigantes y haciendo la historia!⁷⁷

El 31 de marzo de 1918 se declara la huelga que se extiende a toda la universidad cordobesa. El 15 de junio de 1918 fue declarada la fecha “... del advenimiento de la nueva universidad”. Y después de largos meses de lucha, el 9 de septiembre se culmina con la toma de la universidad. Fue así como se presionó para que el Gobierno radical decretara la reforma (parcial) el 12 de octubre del célebre año 18. Y concluye Bermann:

Los estudiantes ganan así una batalla importante. Y una experiencia valiosa: al lado de las fuerzas más progresistas, con vasta movilización popular, es como la juventud estudiosa abrirá caminos a su porvenir y será útil al progreso de su patria.⁷⁸

Luego vino, como todos conocen, la gran ofensiva contra la reforma. Pero ya todos son reformistas: partidarios y contrarios. Lo de menos es el nombre. Tal cual ocurre hoy en el medio político donde todos ya son revolucionarios y de izquierda, nacionalistas y partidarios de las masas populares. Lo mejor era llamarse reformista, se dijo la reacción, para desde allí atacar mejor la reforma y desviarla de sus originarios planteamientos. Y esto ocurrió. Desempeñó su papel y actúa aún hoy, incluso dentro del movimiento de nuestro país. Así, los

77 George Bermann. *Juventud de América*, op. cit., p. 83. Cita a su vez un trabajo suyo: “El monumento universitario”, en la *Revista de Filosofía*, (1923), p. 345. Y a José Ingenieros. *Las fuerzas morales*, (Santiago Rueda Editor), Buenos Aires: (1926), p. 20.

78 George Bermann. *Juventud...*, op. cit., p. 90.

enemigos de la reforma, enarbolando sus primigenias banderas ya destartaladas por la lucha, maniobraron en tres sentidos: a) la posibilidad de conservar algunos puestos de comando hasta que llegare el momento oportuno; b) circunscribir el movimiento a un simple “problema pedagógico” y técnico; c) aislar el movimiento estudiantil de sus vinculaciones populares y sociales en general, que fue lo más importante⁷⁹. El genuino movimiento fue atacado de “disolvente” y de “maximalista” como hoy en Venezuela se les llama “cabezas calientes”. Los organismos estudiantiles respondían: La FU es maximalista como Moreno, Monteagudo, Alberdi, Rawson, Sarmiento, que alguien les dijo también “disolventes” porque eran libres, porque eran grandes, porque sus cerebros eran fecundos y porque engrandecieron la patria⁸⁰. Tal como hoy pudieran responder nuestras “cabezas calientes”, símbolo ya de la juventud que ha tomado la bandera heroica de nuestros libertadores. Se abrieron así dos grandes caminos en la lucha: proseguir el combate y derrotar a la oligarquía en la universidad, en el gobierno, en la economía, o reconciliarse con ella. Y el movimiento radical de Yrigoyen traicionó y, en fin de cuentas, vino el golpe de Estado de Uriburu. Entonces el panorama fue tornándose. Ya era posible ser “reformista en la Universidad y reaccionario en la acción política nacional”, pero:

... ya no era posible pretender desvincular el problema universitario de la vida política nacional (...) es necesario que el estudiante que se proclama reformista dentro del aula, lo sea también como ciudadano de la república (...) porque vamos a luchar por la libertad en el aula y por la democracia fuera de ella” –decía el manifiesto de la FU en mayo de 1931, apenas reconstituida.⁸¹

79 George Bermann. *Op. cit.*, p. 101.

80 *La Gaceta*. Córdoba, 4 de julio de 1910.

81 Citado por George Bermann. *Op. cit.*, pp. 111-112.

Tal fue el movimiento. Lo demás está más cercano y se entronca directamente con nuestras luchas estudiantiles del 28 y el 36. He aquí la opinión de dos importantes intelectuales de aquella época para que se mida con objetividad el acontecimiento:

Por una parte, la persistencia de lo pretérito, el imperio de difundidas corruptelas, el predominio de las mediocridades, la rutina y la modorra de los hábitos docentes, por otra la orientación pacatamente utilitaria y profesional de la enseñanza, la ausencia de todo interés superior, el olvido de la misión educadora y, por último, el autoritarismo torpe y la falta de autoridad moral, dieron lugar a esa reacción que nace en las entrañas mismas de la nueva generación.⁸²

He aquí la opinión de José Ingenieros:

Decepcionados en todos los países de la vieja política; perdida ya la confianza en los vetustos figurones de la alta burocracia oficial; escépticos ante las declaraciones de los que en todas partes explotan el sentimiento patriótico para justificar sus privilegios o sus desmanes; burlones ante los cínicos dómines que siguen enseñando en la cátedra las apolilladas doctrinas de los tiempos coloniales; libres en fin, de espíritu, las nuevas generaciones proclaman su verbo de "Renovación", haciendo suyos los ideales coincidentes en el triple anhelo de una renovación ética, política y social de los pueblos latinoamericanos.⁸³

3. Algo de nuestra propia historia

Como dijimos anteriormente, el hilo conductor de nuestras luchas universitarias ha estado ligado, más que a la propia reforma, al

82 Alejandro Korn. "La Reforma Universitaria y la autenticidad Argentina". Tomado de: *La reforma universitaria*, tomo III, 2.ª recopilación de Gabriel del Mazo, La Plata: 1941, p. 19.

83 *Idem*, pp. 128-129.

logro de la autonomía universitaria. Quizás nuestras propias luchas de pueblos en ansias constantes de libertad frente a las tiranías, despeja esta peculiaridad. Esto dentro del plano intelectual y académico. Desde el punto de vista social y político, el movimiento estudiantil ha unido las luchas universitarias con los grandes ideales de nacionalidad cultura, pueblo y libertades ciudadanas. Que en justicia histórica tiene en haber ante la nación y ante nuestro pueblo.

El 22 de diciembre de 1721, por Real Cédula de Felipe V, se elevó a categoría universitaria el Colegio Seminario Tridentino de Santa Rosa de Lima. El 4 de octubre de 1784, por Real Cédula de Carlos III, se autoriza a la naciente universidad para dictar su propia, constitución y elegir al rector por el claustro pleno de los doctores que la forman⁸⁴. Es el inicio de la autonomía. El 15 de julio de 1827 el Libertador aprobó un estatuto, elaborado por la misma universidad, que mantenía las normas anteriores. Es en 1849, con la presidencia de José Tadeo Monagas, cuando se inician las intervenciones a la universidad. Pero fue el Gobierno de Antonio Guzmán Blanco el que, con decreto del 24 de septiembre de 1883, deroga el código de Instrucción Pública de 1843 y dispone que, tanto las autoridades como los profesores, sean de la libre elección y remoción del Gobierno. Solo el 24 de julio de 1940 habrá una recuperación del régimen autonómico con la nueva Ley de Educación propiciada por el entonces Ministro de Educación de Eleazar López Contreras, el escritor Arturo Uslar Pietri. Esta disposición se mantiene hasta 1943. Pero en 1946, el rector de la universidad, Juan Oropeza, nombra una comisión destinada a elaborar un proyecto de estatuto universitario. El doctor Rafael Pizani presidió dicha comisión. La Junta Revolucionaria de Gobierno en su Decreto n° 408 del 28 de septiembre de 1946 aprobó el proyecto de estatuto con dos importantes enmiendas: la relativa a la facultad del ejecutivo para nombrar a las autoridades universitarias y la reducción de la cuota

84 Francisco de Venanzi. *Discurso pronunciado en la UCV, Caracas*: 1958.

presupuestaria para el sostenimiento del Instituto. En la carta que la comisión redactora dirigió al rector, al hacer hincapié en los temas de las enmiendas anotadas como elementos básicos del proyecto de estatuto universitario, el doctor Pizani escribió:

Y finalmente debemos manifestar al señor rector, que no concebimos la reforma universitaria como una meta, sino como un proceso. Un proceso de permanente adecuación eficaz de los fines universitarios a las necesidades nacionales; de constante superación y depuración de nuestra realidad nacional, que no se logrará sino a cambio de muchos sacrificios, de perseverante dedicación útil, de seriedad y de pulcro sentido de responsabilidad en los tres elementos fundamentales de la universidad: autoridades, profesores y estudiantes.⁸⁵

Ya antes, en una conferencia dictada en la Universidad Central el 24 de abril de 1944, el propio doctor Pizani había dicho:

... no es un concepto con un contenido ideal inmutable que puede realizarse de una vez por todas. Pensar así la reforma, es desconocer la íntima estructura de la misma, que como hecho social que es, debe concebirse y desenvolverse no como concepto estático y formal, sino como movimiento dialéctico que reproduzca y oriente, lo más certeramente posible, la vida de la nación y el devenir de la cultura.⁸⁶

Lo demás, casi todos nosotros lo conocemos: el 17 de octubre de 1951, la dictadura con el Decreto n° 321 intervino la universidad, creando el Consejo de Reforma –hasta la dictadura usó el nombre!– para

85 Carta de la comisión redactora que acompaña al proyecto de *Estatuto Orgánico de las Universidades Nacionales* (1946), reproducida en la obra de Foción Febres Cordero. *Autonomía...*, *op. cit.*

86 Foción Febres Cordero. *Ibid.*, p. 36.

tal fin. Militares y universitarios inmorales entregaron la universidad⁸⁷. Después, tal Consejo de “Reforma” fue sustituido. El 23 de julio de 1953 el “Congreso” de la tiranía aprobó la Ley de Universidades Nacionales y la designación de las nuevas autoridades.

Vino entonces el 23 de enero, de brillante ejecutoria estudiantil. El gobierno provisional, el 3 de febrero de 1958, decreta el reinicio de la actividad universitaria, nombrando una comisión universitaria que ejercería el gobierno de la Universidad Central y haría un proyecto de estatuto universitario. Esta labor se cumplió. De nuevo el gobierno hizo enmiendas al proyecto, especialmente a lo relativo al tanto por ciento del presupuesto nacional que corresponde a la educación universitaria (del 3% propuesto, fue reducido al 1,5%). Pero no fue así con la autonomía. Sin embargo, en la tesis propuesta en el proyecto de Estatuto se recogía una autonomía enclenque, académica, sin gobierno democrático, con participación simbólica desestudiantado. Y el 5 de diciembre de 1958 por Decreto n° 458 la Junta de Gobierno dictó la Ley de Universidades hoy en ejercicio. La ley recogía, en lo fundamental, el aporte “reformista” del movimiento profesoral de nuestro país, pero su gran defecto fue que no recogió las exigencias y los postulados “reformistas” del movimiento estudiantil. ¡Esa es su gran debilidad!

Esa es nuestra corta historia. Como toda América Latina, Venezuela reflejó también el calor de las luchas juveniles por una universidad al servicio de la cultura popular y nacional. Pero con mucha sensibilidad y consecuencia y poca conciencia y lucidez ideológica. Especialmente, los propios problemas intrínsecos de la universidad no se debatieron, diluyéndose el movimiento universitario en el gran

87 Es común considerar este hecho como uno de los más bochornosos de la historia intelectual de nuestro país. Precisamente fueron universitarios –comenzando por el entonces presidente de la Junta de Gobierno, Suárez Flamerich–, los que abofetearon la universidad: Santiago Vera Izquierdo, Luis Felipe Urbaneja, Pedro Emilio Herrera, Luis Eduardo Chataing, Raúl Soulés Baldó, Carlos Tinoco Rodil, e incluso, José Lara Peña, Ministro de Agricultura y Cría para esa época.

caudal de lucha de nuestro pueblo por sus libertades democráticas y por su liberación nacional. Ese camino sigue planteado hoy, pero en un grado superior de lucha: incorporando los objetivos estrictamente universitarios: misión social de la universidad, elevación técnica y científica, educación racional y antidogmática, mayor presupuesto y unidad universitaria para el logro de todos esos objetivos.

Capítulo VII. Principales corrientes en torno a la reforma universitaria

La reforma universitaria, como acontecimiento histórico, responde a una determinada posición política e ideológica; es reflejo, en el plano cultural, intelectual y universitario, de las profundas contradicciones que sacuden a nuestros pueblos en ansias de liberación.

En principio, el propio movimiento reformista no tiene claridad ideológica. Se tipifica por su acción⁸⁸. Pero, es indudable, que respondió a una determinada posición política, ideológica y social por parte de sus protagonistas principales, como ocurre con todo fenómeno histórico. Y, como lo han demostrado los acontecimientos, las diversas corrientes existentes en el actual mundo latinoamericano pretender ser, cada una a su manera, el reflejo cristalizado de los originarios ideales reformistas. Diversas corrientes han surgido para explicar la reforma, para darle sentido y significación, para abrirle caminos y futuro. Las culturas e ideologías en lucha fijan posición ante el problema de la reforma. Y el movimiento estudiantil, impulsado en su acción combativa, busca asideros teóricos donde consolidar sus posiciones para continuar avanzando. Por eso, el fenómeno de la reforma, para bien de la patria, tiene que estudiarse tomando en cuenta las diversas tendencias teóricas en pugna.

88 "El movimiento de Córdoba hay que estudiarlo como pulso instintivo y vital, y no como la expresión de una realidad dada y conclusa. Estamos ante un hecho que se resiste a toda racionalización sistemática, porque en su seno se encierra todo el misterio, la profundidad y la riqueza del porvenir...". En: Atenor Orrego. *La reforma universitaria*, 2.ª recopilación de Gabriel del Mazo, vol. III, La Plata: (1941), p. 184.

Bermann cita seis principales corrientes en disputa.⁸⁹ En primer término, la teoría de la nueva generación de Julio V. González principalmente. Se explica el fenómeno sobre la base de “la generación reformista”. Los objetivos de mayo (emancipación del hombre), de democracia (la justicia social) y de progreso (devenir constante de la sociedad) tipifican esta posición. Nos encontramos en el ciclo “reconstructivo” de la generación “polémica”. He aquí la definición de González:

No venimos a negar la obra realizada precedentemente... Venimos a cerrar un ciclo, a liquidar hombres y hechos de una época, a proclamar la extinción de una generación que ha cumplido su labor... A la inversa de la generación del 80, no venimos a desarrollar una labor de inspiración personal, sino a interpretar las necesidades, aspiraciones y sentimientos colectivos propios de una conciencia nacional en formación.⁹⁰

La influencia de Ortega y Gasset, de Mentré, etcétera, se deja sentir con mucha fuerza. Pero, desde luego, solo en sus formulaciones generales. El designio principal de esta generación es sustituir el orden oligárquico por uno nuevo, fundado en principios económicos, sociales y políticos que abran campo al libre desarrollo de la personalidad. Claro que, a pesar de los elementos positivos de esta tesis –que le valieron su influencia por un largo período– la teoría de las generaciones es una interpretación subjetiva e idealista del proceso histórico, con una marcada tonalidad elitista. La sociología contemporánea, en más de una oportunidad, ha mostrado el carácter falso de sus planteamientos.

⁸⁹ George Bermann, *op. cit.*, pp. 191-203.

⁹⁰ Joaquín V. González. *Principios y fundamentos de la reforma universitaria*, Universidad Nacional del Litoral, Argentina: 1930.

En segundo lugar, existen las interpretaciones idealistas. El objetivo de la reforma es la cultura integral, en moldes idealistas y chovinistas, puesto que más tarde tal patrioterismo derivó en fascismo. Se trata de un movimiento intelectual en marcha, sobre los hombros de los estudiantes procedentes de las clases oligárquicas. Piden una revolución con la reforma. Pero una revolución desde arriba, sobre la base de fundar una especie de aristocracia. Los cambios sociales, entonces, se originarían gracias al empuje de la élite universitaria. Estas tesis están ya superadas en lo fundamental, aunque en nuestro país se han pretendido reactualizar.

En la tercera corriente encontramos la tendencia a considerar el fenómeno de la reforma limitado a los aspectos docente y cultural. El objetivo, como en la corriente anterior, es cultural, dedicado a desarrollar en forma nueva al ser humano. Unir libremente la personalidad de cada quien con la cultura de su momento histórico. La misión social de la universidad es relegada a un plano secundario. Tiene mucha acogida en el seno de los intelectuales –entre ellos, el sector profesoral, como ocurre en nuestro país– con el agravante de negar la importancia del papel que pueda desempeñar el movimiento estudiantil. Se subestima el factor objetivo político y económico. Se aísla y abstrae la universidad en los análisis. Tiene importancia por destacar lo genuinamente universitario.

Estas tres primeras corrientes siguen una técnica común: interpretación subjetiva e idealista del fenómeno histórico de la reforma universitaria. Ellas son las que predominan en el medio profesoral.

En cuarto lugar, nos topamos con las posiciones “izquierdizantes”. Se trata de un sectarismo político e ideológico que niega la posibilidad del combate por reconstruir en parte nuestras universidades en otra forma que no sea la de un nuevo régimen social. Los movimientos socialistas sectarios (no comunistas) del Sur se identifican con esta posición. La orientación es: todo o nada. Nunca la parte, la cual se considera imposible. Es el llamado “populismo” o

“proletarismo” en la concepción de la universidad. En el fondo, es una actitud meramente teórica e intelectualizada, desligada de la vida, y, por tanto, aventurera, inconducente a objetivos tangibles.

En quinto término está históricamente la posición del aprismo, de tan fuerte influencia en Venezuela. Partiendo de la lucha anti-imperialista y antifeudal se lleva a cabo un análisis aproximativo para la explicación histórica de la reforma. En sus inicios tipifican una posición nacional y revolucionaria de la pequeña burguesía intelectual. Comprenden el sentido social, político y nacional de la reforma, pero olvidan muchas veces sus peculiaridades netamente universitarias. Caen a veces en la tendencia anterior, subestimando el papel de la universidad en algunos casos, o bien enarbolan en sumo grado las banderas del papel dirigente del intelectual. Hoy el aprismo y sus adláteres –AD, en nuestro caso– no significan ya esta posición. Es, como sabemos, una pseudosociología revolucionaria ya desacreditada por su traición. Pero, algunos de sus iniciales postulados –precisamente los más justos– mantienen su influencia en el movimiento estudiantil.

Por último, la sexta corriente de importancia es la marxista, interpretación dialéctica de la reforma universitaria presente en las figuras de Julio Antonio Mella en Cuba, Juan Carlos Mariátegui en el Perú y Aníbal Ponce en Argentina. Nosotros comulgamos con esta posición por lo cual, sus ideas más importantes, trataremos de que aparezcan a lo largo de todo este ensayo.

Estas tres últimas corrientes tienen también puntos colindantes. Hacen esfuerzos por ser interpretaciones científicas del fenómeno histórico de la reforma. Predominan mayoritariamente en el sector estudiantil.

Desde el punto de vista histórico, podemos aceptar que en general son las seis corrientes e interpretaciones más importantes. Como se comprenderá, ellas son variantes de las grandes tendencias ideológicas que gravitan en el mundo de hoy. Aunque el socialcristianismo no aparece expresamente, no se puede dudar de

su ensamblaje con algunos puntos de las corrientes señaladas. Ello es así, porque tal movimiento fue muy débil en el origen del movimiento reformista. Por otra parte, es necesario agregar el papel que desempeñan, en cada una de estas tendencias sobre la reforma, los modelos de universidad existentes hoy, especialmente en lo que se refiere a los problemas concretos acerca de la reorganización interna de la universidad. De esta manera tenemos la universidad intelectual o cultural europea, la universidad educativo-social anglosajona, con la variante tecnocrática estadounidense, La universidad nacional de los países coloniales y dependientes de Asia, África y América Latina. Estas son las formas más generalizadas de universidad. En América Latina influyen todos estos modelos. Como ideal tiene mucha influencia la universidad europea⁹¹. Como coacción político-económica está el modelo estadounidense, es el caso de la Universidad de Oriente, de Venezuela. La universidad socialista se plantea una vez más que nuestros países lleguen a tales estadios sociales nuevos. Como camino propio está la universidad latinoamericana, de países dependientes y atrasados, que desean firmemente poner la ciencia universal al servicio de los grandes problemas nacionales y populares de nuestros países. Desde el punto de vista universal –teórico podríamos decir– cobra interés el modelo europeo, especialmente en el sector profesoral. Pero, en cambio, desde el punto de vista nacional –práctico, si se quiere– se plantea una universidad cuyo funcionamiento y alcance deberá superar los modelos europeos buscando nuestros propios caminos en la formación mejor y más acelerada de los diversos tipos de cuadros que necesita el país.

Preguntémonos, entonces: ¿Cómo relacionamos todas estas corrientes y todos esos modelos de universidad al estudiar las luchas por la reforma universitaria en Venezuela? Intentémoslo rápidamente.

91 Luís Jiménez de Asúa. "La universidad argentina y sus problemas", *Boletín Informativo*, Universidad Central de Venezuela, (Caracas), (23/10/59), pp. 6-8. Alude a los modelos de universidad y propone como "susceptible a adoptar la universidad continental europea".

En los capítulos anteriores hemos señalado el siguiente tipo de esquema orientativo. En relación a los problemas abiertos y generales de la cultura y la universidad⁹² existen las posiciones siguientes: a) la clerical-tomista, representada social y políticamente por la Iglesia y el partido social cristiano; b) el idealismo universalista no-religioso, que recoge el resto de posiciones filosóficas idealistas y de liberalismo laico; c) el sociologismo pseudomaterialista, reflejado políticamente en las arruinadas tesis del aprismo, con laicismo ateo; d) el marxismo, representado social y políticamente por las corrientes revolucionarias y, en especial, por el partido comunista. Como sabemos, el positivismo pudo, en cierta forma desplazar la omnipotencia del teologismo en nuestras universidades. Y las posiciones señaladas luchan junto con él por triunfar en el plano cultural. Políticamente la lucha más importante es, indudablemente, entre la primera, tercera y cuarta posición. La segunda cobra un rasgo muy “técnico” y, a veces, especializado. En el análisis de conjunto, estudiando el fenómeno de la reforma como problema político, cultural, social y universitario a la vez, tenemos que tomar en cuenta estas cuatro posiciones, relacionándolas con las seis corrientes señaladas por Bermann en su análisis histórico de Hispanoamérica. Pero, por otro lado, desde el punto de vista estructural (interno) de la universidad, hemos anotado algunas tendencias de importancia, las más generalizadas, especialmente en el problema de las misiones de la universidad⁹³, a saber: humanicismo, como residuo de la Universidad colonial; el tecnicismo, como influencia directa de la Universidad tecnocrática estadounidense; el cientificismo, reducto del positivismo y, en fin, el llamado por nosotros –en este plano también– filosofismo universalista. En cada una de estas tendencias se exagera un aspecto de los diversos objetivos que tienen planteadas las misiones de la universidad: humanidades,

92 Ver el capítulo anterior sobre “Religión y universidad”.

93 Ver capítulo anterior sobre la “Elevación del nivel científico y técnico de la universidad”.

técnica y ciencias, etcétera. Estas tendencias, como exageración, es necesario tenerlas en cuenta al estudiar la influencia de los diversos modelos de la universidad: europeo (filosofismo universalista), estadounidense (tecnicismo, cientificismo, etcétera).

Tal es el esquema que proponemos considerar para comprender las corrientes y tendencias más importantes que existen hoy en todo análisis y concepción del problema de la reforma universitaria.

En primer término es necesario comprender que las posiciones delineadas son meramente esquemáticas y que, como tal, reflejan solamente los lineamientos generales de las mismas. Cada posición concreta tendrá sus específicos matices así sean los diversos problemas. En segundo lugar, es necesario tomar en cuenta la diferenciación hecha en el enfoque de la reforma: el conjunto, concebida la universidad en su proyección social, cultural, nacional y política; y el interno, relativo al problema de la reorganización estructural de la universidad. A partir de nuestras posiciones ideológicas en torno al problema universitario en su conjunto, veamos entonces sus relaciones con las otras corrientes, modelos y tendencias exagerados.

La posición clerical-tomista refleja, con cierto ropaje innovador, las concepciones típicamente reaccionarias ante la reforma universitaria. Desde luego, formalmente, ello no es así. A menudo vemos a los social cristianos plantear entre sus consignas la lucha por la reforma universitaria, quienes la conciben confundida con la autonomía universitaria, pero nada más. La autonomía es instrumento de la reforma. Los problemas el gobierno democrático de la universidad y, aún más, de los fines sociales y políticos, son subestimados como secundarios. De allí que tenga vinculación con la corriente histórica señalada de la limitación docente y cultural. Desde luego está vinculada también estrechamente a la segunda corriente: relativa a las diversas interpretaciones idealistas sobre la reforma, de las cuales formaría parte. No hay vínculo expreso con las otras cuatro

corrientes. En relación a los modelos de universidad, existirán desde luego tres tendencias: a favor de la estadounidense, de la universidad europea y, en sus sectores honestos, a favor del modelo propio latinoamericano. Esto último sobre todo se refleja en el movimiento estudiantil, pero lo que tipifica el núcleo principal de los abanderados del tomismo y el clericalismo es la defensa del modelo estadounidense, sobre todo en aquellos que defienden con más fuerzas los principios reaccionarios de la “libertad de enseñanza” y el desarrollo de las universidades privadas católicas. En consecuencia, muy pocos, entre esta tendencia, se empeñan en revivir el “humanismo teológico” de nuestra Colonia y, más bien, son atraídos –como los propios positivistas– por las exageraciones del tecnicismo y, en algunos casos, del cientificismo. Todo esto se tipifica claramente en nuestro país, no solo con el socialcristianismo, sino con toda la corte de simpatizantes que posee, especialmente en el medio profesoral y profesional.

Este caudal de concepciones previas es el arma ideológica de la reacción venezolana en el campo de la cultura y la educación. En nuestros días, pasan a la ofensiva. La organización llamada Fraprec, de Lara Peña, Andrés Sucre y compañía, constituye una punta de lanza contra la universidad estatal y la educación laica. En cierta forma, el movimiento social cristiano, especialmente el estudiantil, participa de manera encubierta en esta posición. Y, otras veces –muy pocas, pero que no llegamos a desconocer, sobre todo en otros países– existen ideales de verdadera renovación para con la universidad y se comulga con posiciones distintas a las clericales.⁹⁴

94 En relación al problema del clericalismo, manifiesto en recientes lucha sociales en Argentina, E. Guidice en “La lucha ideológica en el plano educacional y cultural en función de la nueva realidad y los nuevos problemas”, *Nueva Era*, (Buenos Aires), (1958), p. 47, escribe: “En estas condiciones surge con mayor nitidez el contraste entre la Universidad de la Reforma y la Universidad privada (monopolista y clerical). La primera aspira al desarrollo armónico de la ciencia, la técnica y la cultura, con su atención preferente por el hombre concreto, de responsabilidad social; mientras

El idealismo universalista no religioso es una posición meramente académica. No posee, como las demás, raíces sociales históricas. Sin embargo, pervive y es de importancia considerable en el enfoque de la reforma universitaria. Ha teorizado ya sobre el problema en conferencias y libros. Desde luego, esta tendencia es muy heterogénea. Une tan solo las posiciones filosóficas idealistas no religiosas. Por su heterogeneidad tiene parentesco en sus diversas manifestaciones con las tres corrientes históricas citadas: la generacional, la idealista y la de limitacionismo docente y cultural. Al menos una de las tres corrientes se refleja, aun cuando pueda haber oposición a las otras. El modelo tipo que prevalece es el de la Universidad europea, sin rechazar con mucha vehemencia el modelo estadounidense. Tiende al filosofismo universalista y, en algunos casos, al cientificismo.

El positivismo subsistente se caracteriza también por ser una posición académica. Refleja en ese sentido elementos de la anterior tendencia; aunque, como sabemos, son irreconciliables en el plano ideológico.

El pseudosociologismo materialista tiene vinculación estrecha con el aprismo en la universidad. Pero, como este reniega ahora de sus propios orígenes, la versión venezolana de hoy es menos científica aún. Especialmente esto se refiere a las posiciones políticas en torno a los problemas de la universidad de los sectores reaccionarios de Acción Democrática. El modelo universitario que propone es abiertamente el estadounidense. Se nota en las conferencias, folletos, libros, etcétera; especialmente, en su obra exclusiva y sectaria, como es la Universidad de Oriente, de neto corte proimperialista, tecnocrática o cientificista. En algunos casos –entre sus sectores aún honestos– hay intentos por retomar el modelo propio latinoamericano. Polarizan las

que la segunda, en medio de las formas vacías del irracionalismo y la fenomenología, se limita a la fabricación de profesionales y técnicos de visión limitada...”

posiciones ideológicas sobre la universidad al defender tesis anti-autonómicas, dado que están en el gobierno y han sido barridos por completo del medio estudiantil universitario y liceístas que otra fue su más importante bastión.

El marxismo se equipara con la corriente histórica original marxista; desde luego, con diferencias específicas impuestas por lo nacional. Como en Argentina y América Latina en general, han existido posiciones “izquierdistas”. Pero, hoy, los marxistas venezolanos preocupados de los problemas universitarios, hacen esfuerzos por señalar un camino científico y revolucionario. La gran masa estudiantil recoge con entusiasmo estos planteamientos. En la esfera del desarrollo interno en la universidad aspira a una universidad nueva, dentro de un Estado nuevo, liberado de las cadenas del imperialismo, como instrumento del desarrollo ininterrumpido de nuestro país. Pero este es un objetivo político y revolucionario ligado a las grandes luchas de nuestro pueblo por su liberación, por la independencia y contra el atraso. En el momento actual, su modelo a escoger es el de las universidades de los pueblos dependientes latinoamericanos que luchan por su emancipación económica y desean colocar, con sus modestos servicios, la universidad y el movimiento universitario para tan altos menesteres. Creemos interpretar así el verdadero sentido, la auténtica proyección del movimiento reformista en sus orígenes. Queremos y luchamos por una universidad nuestra, latinoamericana, que se trace su propio camino. Desechando las diversas exageraciones, comprendemos que la misión de la universidad democrática es a la vez social, profesional, científica, técnica y cultural. Solo así, y sobre la base de una unidad integral superior, es posible que la universidad cumpla con sus profundos objetivos humanistas. Y por esa universidad debemos luchar dentro del actual régimen político que vivimos; de manera que el movimiento por la reforma universitaria no es, para los marxistas, una utopía que espera la “llegada del pueblo al poder”, sino

una orientación concreta para las luchas actuales de la intelectualidad revolucionaria de nuestro país. Sin que ello oscurezca la tesis central de que será dentro de un Gobierno democrático y patriótico que nuestra universidad podrá desempeñar su auténtico papel de universidad nueva.

Capítulo VIII. Objetivos y alcances de la reforma universitaria

1. Reforma, autonomía y gobierno democrático

Nuestros trabajos anteriores han sido constantes en la precisión de la siguiente exigencia fundamental en el enfoque científico y revolucionario de los problemas universitarios. La crisis de la universidad argentina de 1918, no fue solamente técnica y pedagógica, sino también política y social⁹⁵. En nuestro país esto significa, que la solución del problema universitario está íntimamente ligada a los problemas económicos, sociales y políticos de nuestro pueblo y de nuestra nación. Que las luchas populares y patrióticas influyen en la universidad y el movimiento universitario, a su turno, da su magnífica contribución a las luchas democráticas y liberadoras de nuestro pueblo. La reforma universitaria la concebimos como un problema político real para todo el país, como un impulso serio de la lucha ideológica entre las fuerzas de avanzada y las fuerzas reaccionarias en Venezuela y como una cuestión que se proyecta en el enfoque pedagógico de toda nuestra doctrina y organización sobre la educación nacional⁹⁶. Las dos primeras cuestiones responden al enfoque ideológico-político de la reforma; la última, al enfoque estructural (interno) de la universidad. Si en el planteamiento ideológico político de la

95 Héctor P. Agosti. *Para una política de la cultura*, Ed. Procyon, Buenos Aires: 1956, pp. 116-117.

96 *Idem*, pp. 94-95.

reforma para democratizar la universidad debemos hacer esfuerzos serios para que se ligue más a los problemas populares y nacionales, para modificar radicalmente la composición social del estudiantado permitiendo el acceso a los dos sectores populares mediante becas e instituciones sociales y, por último, regionalizar la enseñanza universitaria de manera de crear más universidades ligadas a la situación social y económica de las diversas regiones del país, en el enfoque estructural del desarrollo interno de la universidad, de su inmediata reorganización, planteamos que la reforma universitaria no tanto no es posible sin la autonomía, sino que esta no es tal y la reforma no es posible sin el gobierno democrático de la universidad.

La actual Ley de Universidades Nacionales, promulgada por el gobierno provisional en diciembre de 1958 sobre la base del proyecto de estatuto universitario elaborado por la comisión universitaria, no garantiza por su propia estructura interna una auténtica autonomía universitaria. Y decimos “auténtica” –¡ójigase bien!– no en el sentido de desligar la universidad a la nación, al pueblo y al Estado, y transformarla en “isla paradisíaca”. No. Sino en el sentido de que, en la concepción estructural de la universidad, la autonomía siempre ha estado ligada a una condición esencial: el gobierno democrático de profesores, estudiantes y egresados. En tal forma que la garantía de la autonomía, el instrumento real de la reforma, es el gobierno democrático, sin el cual, la autonomía –y la propia reforma– pasan a ser falaces engaños para el movimiento reformista. En efecto, los artículos 6, 8, 10 y siguientes de la Ley de universidades garantizan: primero, la autonomía “política” (inviolabilidad del recinto universitario; proceso de elecciones de las autoridades, etcétera); segundo, autarquía administrativa (personalidad jurídica, patrimonio propio, tanto por ciento del total de rentas ordinarias de la Ley de Presupuesto General de Ingresos y Gastos Públicos de la Nación, etcétera). Pero la autonomía esta enclenque. No posee lo esencial: gobierno democrático de la universidad. Tal gobierno democrático debe garantizar

que un sector del pueblo universitario –en nuestro caso, los profesores– no tenga mayoría absoluta. Y la ley refleja exactamente lo contrario: estatuye un gobierno aristocrático de la universidad. La débil representación estudiantil en el gobierno universitario es la gran falla de la ley.

En efecto, al claustro va apenas 13% aproximadamente de estudiantes (uno por cada cuarenta, y uno más por fracción de diez). El resto corresponde a los profesores universitarios, puesto que el porcentaje de representantes de los egresados es aún menor que el de los estudiantes. A las asambleas de las facultades, se estatuye un 25% de representantes estudiantiles. De manera que los profesores siempre aseguran dos tercios, al menos del gobierno universitario. Esto significa un monopolio de los profesores del gobierno de la universidad que hace simbólica la representación estudiantil. ¿No es posible reducir a un 49% la representación profesoral? Mientras se defiende que un sector –cualquiera que sea– tenga más del 50% de la representación en el gobierno, se está en contra del gobierno democrático de la universidad y, en consecuencia, de la propia autonomía.

Desde luego este hecho no es casual. Es histórico. Quiéralo o no, nuestra universidad ha sido expresión de los intereses antinacionales de la reacción criolla y de los consorcios extranjeros del petróleo y el hierro. Esto es muy patente en la época de la dictadura perezjimenista. La chispa del movimiento reformista tuvo entre nosotros –como en parte hemos visto– dos tendencias, lastimosamente separadas por falta de discusión ideológica y apenas unidas en los albores del 23 de enero: la de los profesores y la de los estudiantes. Los primeros dándoles predominio a las cuestiones internas del desarrollo estructural de la universidad (autonomía, enseñanza científica, presupuesto, etcétera); en cierta forma, subestimando los problemas políticos y sociales vinculados a él⁹⁷.

97 Véase: Foción Febres Cordero: *Autonomía...*, *op. cit.*, p. 19.

Los segundos, enfocando la problemática universitaria exclusivamente en su proyección exterior social y política y descuidando a veces los problemas internos de la reorganización de la universidad. El proyecto de estatuto universitario –y, después, la Ley de Universidades promulgada– no incorpora sino las exigencias de la primera tendencia; muy poco –por no decir nada– de las exigencias específicas de la segunda y esto a pesar de que como sabemos, juntos, profesores y estudiantes, laboraron por echar abajo aquello que impedía la reconstrucción de la universidad: la dictadura perezjimenista. Este hecho histórico –que no se reflejasen las exigencias del movimiento estudiantil en la nueva Ley de Universidades después del 23 de enero– tampoco es casual. El movimiento estudiantil universitario ha estado obligado, en nuestro país y en algunos otros de América, a la lucha abierta contra las tiranías, por las libertades democráticas, que les impedía la concentración seria y responsable ante los grandes problemas ideológicos que tal situación política planteaba en el terreno técnico y pedagógico como manifestación concreta del encuentro entre universidad y sociedad⁹⁸. Y por otro lado, la reacción maniobró para incorporar solo las exigencias profesoraes, cuyos objetivos eran de menor cuantía.

Por otra parte, fijémonos bien que dos tesis extremas han existido en nuestro país en torno al problema de la autonomía. Quiérase o no, son dos posiciones exageradas en lucha por la universidad. La tesis de la autonomía relativa y la tesis de la autonomía “aristocrática”. Existen posiciones que conciben la autonomía como restringida, en forma tal que el Ejecutivo pueda ejercer presión sobre la universidad. Y debe ser así puesto que, de lo contrario, la universidad se transformaría en una “isla”, respecto al resto del movimiento “democrático” de todo el país. No hay que olvidar, según esta posición, que en la universidad estudian los hijos de los ricos, que la composición

98 Véase el Comunicado de la FCU: Foción Febres Cordero. “Sobre el desarrollo del conflicto estudiantil y la clausura de la universidad”, *op. cit.*, pp. 340 y ss.

social del estudiantado es burguesa y pequeño-burguesa. Esto hace sesgar la universidad hacia la derecha transformándola en ciudadela de la reacción. Al efecto colocan numerosos ejemplos históricos de otros países, donde, efectivamente –no podemos negarlo– ha sido así.

¿Qué opina la tesis contraria? La universidad no puede estar dependiendo de los vaivenes de la política. Y la única garantía de ello es la autonomía frente al Estado. El problema de la composición social no les interesa, ni es tocado siquiera. Los profesores y los mismos estudiantes son entes de reconocida moral ciudadana al servicio de la patria. –¿recuerdan el decreto de la Junta de Gobierno del 17 de octubre de 1951 y la actitud posterior de “numerosos profesores”?– una universidad autónoma es la garantía de la reforma universitaria.

Ni una ni otra tesis, planteamos nosotros. A la primera señalamos: el movimiento estudiantil, con su trayectoria de combate a favor de las libertades democráticas y de la liberación nacional frente al imperialismo, es garantía, en nuestro país, de una universidad al servicio del pueblo y la nación venezolana. Esta trayectoria difícilmente podrá ser desviada: ¡tan fuerte es la explotación de que es objeto nuestro país por las compañías extranjeras! Aun cuando nuestros estudiantes sean hijos de burgueses y pequeños-burgueses, tienen conciencia patriótica y democrática al servicio del pueblo: ¡no permitirán una universidad al servicio de la reacción! Por eso, es unilateral también la segunda tesis: es necesario garantizar la posición democrática de la universidad elevando al gobierno de la universidad al movimiento estudiantil, no como elemento simbólico, sino actuante y ejecutivo. Estudiantes, profesores y egresados democráticos y progresistas garantizarán –en un gobierno democrático de la universidad verdadera–. El gobierno democrático es la garantía de que la autonomía esté al servicio de la reforma –esto es: del pueblo, de la cultura nacional, de los intereses de la nación venezolana– y no al servicio –solapado, encubierto– de la reacción criolla y extranjera.

2. Objetivos políticos y sociales de la reforma universitaria

Estamos de acuerdo con la concepción de la reforma universitaria expresada por el doctor Rafael Pizani, en su conferencia dictada en la Universidad Central el 24 de abril de 1944⁹⁹. La reforma debe concebirse, en efecto, como un movimiento dialéctico, que refleje y al mismo tiempo oriente la vida de la nación y el devenir de la cultura. Es la reforma, un proceso vivo, social, de consolidación y avance, de constantes desechos de lo viejo e incorporaciones de elementos nuevos¹⁰⁰. Precisamente, ese constante adecuarse –“lo más certeramente posible”, como señalara Pizani– a la vida de la nación y al desarrollo de la cultura universal, es lo que hace del movimiento de la reforma un elemento histórico concreto, siempre en plena existencia cultural y nacional.

Tiene una proyección exterior y la universidad, que hace de ella, al estudiarla, no solo un problema universitario, sino un problema político y social. Al concebir la universidad, no puede ser aislada de su contexto social y cultural. Los problemas de la sociedad venezolana se reflejan en el seno de nuestra cultura y, como parte especial de ella, se reflejan también en la universidad. Las luchas políticas y sociales de nuestro país, aún más, nuestras luchas ideológicas, tienen una forma peculiar de darse en el terreno universitario. De allí que, cuando el movimiento por la reforma universitaria surge y se desarrolla en Venezuela, lo hace bajo el marco político de las luchas por las libertades democráticas. Los universitarios venezolanos fraguaron ya los primeros objetivos –desde luego, político y sociales– al movimiento universitario, a pesar del descuido por los específicos problemas de la universidad. ¡Y esa es nuestra historia!

99 Citado por Foción Febres Cordero. *op. cit.*, p. 36.

100 Héctor P. Agosti. *Para una...*, *op. cit.*, 1956, p. 94.

Con razón, históricamente, se conoce el gran papel del movimiento reformista: hizo entrar la política en la universidad y la universidad en la política.

Pero, desde luego, en una política cualquiera. Tampoco en el sentido –que a veces gratuitamente se propaga (recuerden la carta del doctor José Ingenieros el 17 de marzo de 1951, al ministro de Educación de la dictadura)– de lucha partidista, sino en el esencial: la política como actitud humana y responsable del hombre, en nuestro caso, del universitario, sea este profesor, estudiante o egresado.

José Ingenieros, en memoria presentada al Segundo Congreso Científico Panamericano sobre la filosofía científica en la organización de las universidades, escribió:

La nueva universidad deberá fijar principios, direcciones ideales que permitan organizar la cultura en servicio de la sociedad. La ciencia no es un deporte de lujo, sino un instrumento de economía social. La cultura no es un adorno de pocos elegidos, sino la preparación para el ejercicio de una función social. La filosofía no es una técnica para disputar sobre lo que se ignora, sino un proceso de unificación de ideas generales para iluminar el campo de lo conocido. La universidad no es un cónclave misterioso de iniciados, sino el vínculo para orientar la capacidad del hombre y de la sociedad frente a la naturaleza, contribuyendo a la felicidad de los hombres sobre la tierra...¹⁰¹

Germán Arciniegas escribía hace treinta años:

En el fondo el estudiante no es sino un político. Le interesa la vida del Estado, quiere hacer un Estado a imagen y semejanza de su pueblo, y es muy posible que el Estado necesite de él... El estudiante surge con un impulso radical, dispuesto a destruir el concepto corriente de la política.

101 José Ingenieros. *La filosofía científica en la organización de las universidades*, 1916. En: George Bermann. *Revista Verbum*, (Buenos Aires), (1946).

No acepta la claudicación de que el Estado jamás pueda gobernarse con inteligencia y con justicia, de que es imposible tener un conocimiento real, verificado, de los problemas nacionales, una valoración justa del anhelo popular¹⁰²

Gabriel del Mazo en su prólogo a la recopilación es muy directo: “Nuestra primera lucha cultural es la lucha política o social que lleva a liberarnos de todo el que constriñe nuestro ingénito desarrollo cultural...”¹⁰³

El propio Bermann señala los siguientes caminos para la realización de la reforma por el movimiento juvenil:

1° Por vía de la ciencia y de la filosofía, ajena a todo dogma y prejuicio empezará por aclarar, precisar e iluminar los problemas del mundo y de la vida que afectan principalmente al hombre actual; primer camino a la liberación por la verdad. El docente reformista no puede ser un mero repetidor, sino un investigador que comprueba y elabora las nuevas verdades; las que adquieren así el valor de una enseñanza viva y fuerte; 2° por el vigoroso reclamo de la preeminencia del derecho y de la razón en la vida pública, en defensa de las libertades; 3° por el esfuerzo en crear en el seno de las actuales universidades o fuera de ellas, una nueva cultura de ciclo abierto y en función del momento histórico; 4° por el estudio de las condiciones y causas de la fuerza y el poder del privilegio, y cómo es posible instaurar formas sociales más justas, que hagan accesibles a todos la verdad y la emoción de belleza; 5° por la difusión en el medio social de las verdades que ha conquistado; 6° por el estudio del rol jugado por universitarios y jóvenes en las diferentes épocas, para que adquieran la convicción de su tarea histórica; 7° por el cultivo del carácter y el ejercicio de la voluntad en

102 Germán Arciniegas. “Hacia la universidad nacional del libro”. *La universidad colombiana*, Bogotá: 1933, *La reforma universitaria*, T. III, p. 136.

103 Gabriel del Mazo. *La reforma universitaria*, 3 vol., 2.ª recopilación, La Plata: 1941.

la intrépida defensa de su credo, enemigos decididos de toda transacción con la mentira y la iniquidad.¹⁰⁴

¿No es suficiente con todos estos recaudos? Pensamos que sí. Entonces, ¿qué objetivos políticos y sociales tenemos planteados hoy en los universitarios venezolanos?

En el plano de la lucha política, el movimiento por la reforma universitaria parte de una base: mantener y ampliar la unidad de todos los estudiantes, profesores y egresados en la lucha por: 1° desarrollar el contenido social, democrático y patriótico de la universidad; 2° la defensa de la autonomía universitaria y del gobierno democrático de la Universidad; 3° la ampliación del presupuesto universitario, al menos a un 3% del total del presupuesto nacional; 4° la defensa de los métodos racionales y antidogmáticos de enseñanza; 5° la ampliación decidida de la composición social de la universidad permitiendo la entrada de los sectores populares; 6° la elevación del nivel científico y del rendimiento técnico de la universidad vinculándola estrechamente a la problemática nacional; 7° regionalizar la enseñanza universitaria creándose más universidades ligadas a la situación social y económica de las diversas regiones del país; 8° abrir la universidad al estudiantado, impedir todo tipo de limitacionismo “técnico” en la universidad.¹⁰⁵

El actual movimiento por la reforma universitaria posee estos objetivos. Verificándose en el seno de la universidad permitirá que esta desempeñe su papel histórico. Y la lucha por estos objetivos es la lucha política en la universidad.

104 George Bermann, *Juventud...*, op. cit., pp. 135-136.

105 Ver artículo del presente libro: “Política y universidad”, pp. 32-55.

3. Programa mínimo del movimiento reformista

Al lado de los anteriores objetivos generales de carácter político y social el movimiento por la reforma universitaria señaló también objetivos específicos, ligados a los problemas intrínsecamente universitarios, en especial los relativos a la reorganización de la universidad y a la creación del instrumental necesario para llevar a cabo la reforma.

Esto es: a los grandes fines de proyección exterior de la universidad hacia la sociedad y la cultura de cada país, se imponía señalar los medios concretos a través de los cuales alcanzar, en el menor tiempo, dichos objetivos. Se requería de una base de operaciones que, sin lugar a dudas, está en la propia universidad. De manera que no solo se persigue la transformación de la universidad –para colocarla a tono con el desarrollo de la sociedad, de la nación y de la cultura–, sino también transformar el medio social y cultural donde esta universidad se desarrolla y para lo cual tiene que desempeñar su papel histórico. La universidad así es la base, el punto de apoyo, el mínimo requerido. Partiendo de ella, irradiará empuje y luz científica y revolucionaria hacia afuera. Borrar el abismo entre la universidad y el pueblo, entre universidad y sociedad. Aquellos que piensan que la reforma universitaria está dirigida a la reorganización de la universidad, sin importarle –o importándole poco– los problemas nacionales y populares, se equivocan. La universidad, para el reformista, es concebida como instrumento de lucha científica y revolucionaria. Por eso el movimiento tiene fines políticos y sociales, pero, al mismo tiempo, parte de una realidad concreta: la propia universidad. Es partiendo de la universidad, analizando las formas propias que en ella toma la lucha ideológica y política, auscultando la forma cómo refleja los problemas de la nación y el pueblo, como pueden tomarse en su plenitud las banderas de la reforma universitaria. En un ensamblaje completo: ni objetivos políticos solos, ni ideales de reorganización

interna exclusivamente. En forma unilateral, ninguno de los dos es posible en la universidad. En la vida, los dos se dan aunados. El movimiento reformista de los profesores y estudiantes venezolanos tiene que comprender esto. Sin este aspecto medular, la entraña misma del movimiento se pierde. Debemos llegar a esa entraña: veremos entonces un esplendoroso futuro de combate. Cultura, nación, pueblo y arrollo progresista de nuestro país.

¿Cuál fue el programa mínimo de la Reforma?¹⁰⁶. Podríamos reducirlo a los siguientes puntos.

El primer problema fue el de la participación estudiantil en el gobierno de la universidad; el problema célebre del gobierno democrático de la universidad. Originalmente la perspectiva de lucha fue gobierno a partes iguales entre profesores, estudiantes y egresados.

Es imprescindible, —dijo Korn¹⁰⁷— la intervención de los estudiantes en el gobierno de la universidad. Ellos y solamente ellos, representan el ímpetu propulsor, la acción eficiente, capaz de conmover la inercia y evitar el estancamiento. Sin ellos nada se ha hecho ni nada se habrá hecho. La forma en que han de intervenir, es cuestión secundaria; lo importante es que constituyan un poder del cual en adelante no se pueda prescindir.

A partir de aquel momento, el problema de la participación estudiantil ha sido crucial para el movimiento estudiantil latinoamericano¹⁰⁸. Ya explicamos en relación a este problema cómo está planteada la lucha en nuestro país, donde el movimiento estudiantil, al no ver reflejados sus intereses en la Ley Universitaria promulgada a finales de 1958, continúa luchando por un gobierno democrático de

106 George Bermann. *Juventud...*, op. cit., pp. 138 y ss.

107 Alejandro Korn. *La reforma...*, op. cit., p. 7.

108 George Bermann, en la página 139 de su obra citada, enumera toda una serie de trabajos sobre la participación estudiantil, especialmente de la recopilación de Gabriel del Mazo, ya citada.

la universidad –en el que ningún sector posea la mitad más uno de la representación–, por una participación estudiantil efectiva y no meramente simbólica.

Una segunda cuestión fundamental para el movimiento reformista es la asociación de los estudiantes en diversos centros, federaciones y confederaciones de estudiantes. Como sabemos, la organización del movimiento es una cuestión clave para la lucha. Un estudiantado disperso, no organizado en sus centros estudiantiles, mal puede ser punto de apoyo para la gesta de la reforma. En 1920 la Federación Universitaria de Buenos Aires llevó a cabo esta asociación. Desde entonces se mantuvo como un elemento renovador y decisivo. En Venezuela también ha sido esa nuestra tradición. La reacción ha odiado la organización del movimiento estudiantil venezolano. Pero la reacción trabaja a la zapa. No debe estar a gusto con el carácter unitario del movimiento estudiantil. Por eso, aceleradamente busca los medios de dividirlo, de crear organizaciones paralelas. Mediante la ley expresa y mediante el combate político y moral los estudiantes deben rechazar como bochornoso todo intento de paralelismo en la organización de los centros, federación y demás organismos estudiantiles. La firmeza en este principio es vital para la lucha reformista.

En tercer término tenemos la lucha por la docencia libre y la provisión de cátedras por concurso. Este es originariamente el principio clásico de la reforma. No podrá excluirse por sectarismos, por personalismos, a los profesores. A la docencia deben estar incorporados todos aquellos que lo merezcan. Plena libertad de cátedra –y no el manoseado principio clerical de la “libertad de enseñanza”– es garantía de una concepción de la ciencia, la cultura y la verdad a tono con los actuales alcances de conocimiento filosófico y científico. Es imprescindible incorporar el sistema de las cátedras por concurso en nuestro país y, también, la cátedra paralela que permita la emulación profesoral. Solo así la propia vida universitaria podrá ser tamiz de los mejores.

Finalidad reformista fue la asistencia libre. Permite al estudiante liberarlo de la voluntad verbalista del profesor, facilitándole escoger entre las materias los propios profesores. En nuestro país hay renuencia a este principio: ¡y es tan medular! Solo una arcaica concepción de la cultura y una mecánica comprensión de lo que es la verdad pueden llevar a ese conservadurismo. Hoy, para el movimiento estudiantil, la libre escolaridad es fundamental. Mediante la coacción, solo se impone lo artificial, no lo natural y legítimo. Comprendemos que deben aumentarse las clases prácticas, los trabajos de seminarios y laboratorio, de campo y biblioteca. Estas clases deben ser obligatorias, aún con los porcentajes más reducidos. Pero las clases teóricas deben ser libres. La más elemental pedagogía moderna, en el caso de la educación superior, así lo aconseja. El sistema de estudio por unidades facilita asimismo la libre escolaridad, al mismo tiempo que es un poderoso instrumento para resolver el problema social de los estudiantes que trabajan, que en mayor tiempo y con iguales exigencias podrían realizar sus carreras. Y todo ello conduce paulatinamente a preparar las condiciones para verificar cambios importantes en el viejo sistema de exámenes aún privativo de nuestras universidades.

La gratitud de la enseñanza es un quinto planteamiento del movimiento reformista en su programa mínimo. Hoy perviven algunas tesis reacias a esta modalidad, tradicional en el medio venezolano¹⁰⁹. Estas concepciones extrañas comienzan por incorporarse en los primeros orificios: que los estudiantes paguen las reparaciones, como se exige en la Ley de Universidades Nacionales¹¹⁰. El alerta es necesario darlo de una vez. No solo la enseñanza debe ser gratuita, sino que

109 Ver: Arturo Uslar Prieti, "La universidad gratuita", *El Nacional*, (Caracas), (24-7-58), p. 4.

110 La Ley de Universidades Nacionales establece en su artículo 9: "En las universidades nacionales los estudios ordinarios son gratuitos; sin embargo, los alumnos que deban repetir, el curso total o parcialmente por haber sido aplazados, pagarán el arancel que establezca el reglamento", tal reglamento de la Ley de Universidades Nacionales aún no ha sido aprobado.

el estudio debe ser considerado como un trabajo. La única garantía de mejorar la composición social del estudiantado es facilitando el acceso de los sectores populares es mediante el sistema de becas. Es fundamental la creación de Institutos Sociales, o el vuelco definitorio de OBE para la solución integral de este problema. De los 18.000 millones de bolívares llevados por las compañías extranjeras en los últimos diez años, bastaba una centésima parte (180 millones) para darles posibilidades de estudio a miles y miles de universitarios. ¿No pueden estas compañías, las empresas privadas, el Estado, colaborar en la solución de este problema? En Venezuela pedimos solución económica al problema de la composición social del estudiantado.

La autonomía universitaria y la extensión social de la reforma constituirían los dos últimos objetivos el programa mínimo del movimiento reformista. De ellos hemos hablado ya. Bastaría agregar que en nuestro país lo primero ha sido obligada fórmula de comprensión por las tiranías que han azotado la república e intervenido la universidad. En cambio, la segunda cuestión es poco sentida y apenas ahora, con el vuelco impuesto por el 23 de enero, se han iniciado tímidos contactos con las masas populares de los barrios de Caracas. Ese es un camino abierto, inmediato, concreto y real de vivir la reforma universitaria como instrumento de renovación cultural, popular y nacional.

Capítulo IX. La lucha por una universidad nueva en Venezuela

De todo lo anteriormente expuesto, podemos desprender, a grandes rasgos, los signos distintivos de la lucha en Venezuela por una universidad nueva.

Existe un ideal por realizar. Pero es un ideal que parte de bases reales; si queremos: de bases históricas y sociales. Nunca como ahora fue tan factible esta realización. Y es así, precisamente, porque se parte de una concepción científica de la realidad en la cual se desenvuelve actualmente nuestro pueblo, su cultura nacional y nuestra universidad. Antes, seguramente, pudo ser ensueño, utopía. Ahora no. Siempre se comienza por la utopía, por el ensueño. Mientras sean tales no poseen enemigos. Aún más, son alabados por los enemigos. Pero cuando estos se transforman en ideales que puedan ya ser cumplidos, surgen los enemigos y los ideales son catalogados de utopías, de ensueños –¡ahora sí! Por eso tenemos que estar preparados ante la gran ofensiva material, social e ideológica de los enemigos de nuestra reforma universitaria.

El humanismo fue también utopía¹¹¹. No siempre el hombre ha sido objetivo de sí mismo, ni tampoco siempre ha partido de bases reales. Humanismo significa tendencia hacia el hombre. Pero siendo una tendencia hacia el hombre que parta de bases reales.

111 Ver artículo de Francisco Romero. "Ideas sobre el humanismo", *Cuadernos Universitarios*, (Caracas), n° 2, (1954); y nuestro: "El nuevo humanismo", *Cuadernos universitarios*, (Caracas), n° 7-8, (1955).

Esta es la esencia misma del nuevo humanismo de nuestros días¹¹². La concepción y realización de las acciones humanas, interpretando al hombre como medio, es y ha sido el enemigo implacable del humanismo, concepción y realización del hombre como fin. El humanismo de nuestros días al tener claro teóricamente la lucha por la obtención de una nueva realidad “humana” del hombre, considera que esta “nueva realidad humana” es posible; que actualmente –gracias al desarrollo vertiginoso de la técnica y la producción y, también, de las ciencias y demás disciplinas culturales– están dadas las condiciones materiales e intelectuales para que esta tendencia hacia el hombre se realice.¹¹³

El “algo” del cual partimos es concreto y la tendencia hacia la realización plena del hombre tiene toda la garantía de efectuarse. Tenemos, pues, planteada la conquista del nuevo humanismo. Y se conquista luchando. Luchando en la práctica social y ciudadana y luchando en el plano teórico científico. Apuntamos la necesidad del elemento teórico que guíe científicamente la realización hacia el hombre en nuestras acciones. En este plano el “nuevo humanismo” lucha contra todas las concepciones pesimistas, conformistas y destructoras del hombre: contra las concepciones del hombre como medio. Vivimos una realidad donde el hombre es medio y no fin: luchamos por la transformación de esa realidad.

112 Ernesto Maíz Valenilla. *Universidad y humanismo*, Imprenta Vargas, Caracas: 1957, p. 19. En su obra Valenilla habla de un humanismo político.

113 En el artículo citado, Romero escribe (p. 42): “El siglo XVII, consciente de las conquistas acumuladas, lo proclamó, acaso con exceso de optimismo y escasez de hondura, y sin contar todavía con los medios para realizarlo. Nuestra época posee simultáneamente la conciencia afinada y profunda del problema, y los recursos para llevarlo a soluciones satisfactorias. Venturosamente, el hombre de nuestros días se ve comprometido, por propia vocación y por imposición histórica en una tarea para la cual cuenta con los materiales necesarios, y esta tarea es probablemente la más vasta e importante que jamás haya tenido ante sí la humanidad...”

La concepción del nuevo humanismo abre el camino para esta transformación. La universidad es un instrumento poderosísimo en estas luchas. La universidad, en última instancia, tiene una misión humana, humanista. Busca integrar al hombre en su plenitud, pero no solo individualmente con los cuadros que por ella pasan, sino colectiva y socialmente, mancomunada con las luchas del pueblo, patria y libertad. Comenzamos por las libertades públicas más elementales. Pero continuaremos hacia adelante. La ciencia universal, los valores universales de la cultura que atiende y desarrolla la universidad solo pueden estar al servicio del hombre. Pero este hombre y esta ciencia universal –simbolizados en el nuevo humanismo– toman carne propia en la solución de nuestros problemas nacionales y populares. Se trata de enfrentar lo nacional con una actitud universitaria¹¹⁴. Sacaremos así del hombre venezolano el nuevo hombre que deseamos construir. Una nueva universidad para un nuevo humanismo.

Si el análisis de la historia universal nos conduce al nuevo humanismo, el de nuestra propia historia nos conduce inexorablemente hacia una nueva Venezuela: liberada de la opresión económica y feudal.

La historia de nuestra patria, aun la más reciente, es terca en sus hechos. Hay una exigencia nacional a toda prueba.

La nacionalidad, de nuevo, la estamos pidiendo a gritos. Podrán buscarse todas las teorías que se deseen; podrán esgrimirse todos los subterfugios, pero la lucha por los objetivos patrióticos es impostergable. La hora ha llegado. Sea cual fuere la careta, la nación entera, a través de su pueblo –de la clase trabajadora, de sus

114 "Hay que atender a lo universal y a lo particular al mismo tiempo. O, mejor dicho, enfrentar lo particular con una actitud universalista. Hay que terminar con el universalismo abstracto. No somos ciudadanos de América en abstracto; para serlo de verdad, tenemos que ser plenamente argentinos. Del mismo modo la argentinidad es un vocablo vacío si se desprecian las formas particulares de la vida argentina". De: Risieri Frondizi. *Hacia la universidad nueva*, Universidad Nacional del Nordeste, Argentina: 1958b, p. 11-12.

estudiantes– descubrirá a los nuevos traidores. Ya hoy no es posible el término medio entre nación y entrega. Con razón, en análisis histórico justo, ha dicho don Mario Briceño Iragorry:

El petróleo y el hierro son agentes eficaces que, lejos de asegurarnos la propiedad general, se utilizan eficazmente para el soborno que arruina a nuestros mejores hombres. La enorme riqueza de nuestro país, administrada por extranjeros en alianza con la oligarquía succionadora e inmoral, y apoyada reflexivamente por los altos mandos del Ejército, ha sido vehículo determinante para borrar todo escrúpulo en el ánimo de quienes desfilan agobiados por el miedo o empujados por el espíritu utilitario donde entierran sus garras los dictadores.¹¹⁵

Y, al lado de la exigencia nacional, mancomunada a ella, existen las demandas populares: trabajos, salud, educación, aumento del salario real de los trabajadores, reforma agraria campesina, etcétera. Nación y pueblo empujan con fuerza nuestra historia. Y la cultura venezolana de hoy refleja estas apetencias. La universidad no puede escapar a tal situación histórico-social. Necesitamos una nueva universidad a tono con estas exigencias y demandas de la nación de nuestro pueblo. Llegaríamos así a una universidad que respondiendo a las exigencias de la razón universal (ciencias, humanismo) lo haga a través de las demandas de la nación venezolana (nacionalidad, pueblo). Esta es la única base cierta para que la nueva universidad sea instrumento del nuevo humanismo de nuestros días. La cultura, la universidad, estarán así al servicio pleno del hombre, como síntesis de lo universal y de lo nacional, de “lo racional y científico” y de “nuestros problemas de pueblo, patria y libertad”. El hombre universal, ideal, de nuestras mentes intelectualizadas es el hombre venezolano: no hay otro. Y el humanismo lo haremos realidad en función de él. De allí

115 Mario Briceño Iragorry. “Problemas de la juventud venezolana”, *Ideario político*, Editorial Las Novedades, Caracas: 1958, pp. 171-174.

el papel de la universalidad en las tareas históricas y culturales de nuestro pueblo.

Pero no será fácil llegar a esa universidad. Grandes combates serán necesarios para ello. Las fuerzas en pugna son poderosas: económica, social, política, militar e ideológicamente. Es un camino de luchas, pero de grandes experiencias, cónsonas con el alto objetivo a conseguir.

Económica y socialmente, sabemos de los grandes problemas que confronta la sociedad venezolana. Nuestra sociedad reclama reformas estructurales profundas, revolucionarias. El objetivo es lograr nuestra independencia económica frente al imperialismo estadounidense; explotar nosotros mismos nuestras riquezas y hacer avanzar la economía industrial y agrícola del país. Socialmente incorporar a los grandes sectores populares en la dirección política de la vida del país, dejando a un lado las injusticias de la distribución de la riqueza y de la explotación de unos venezolanos por otros. Este es el problema de raíz. Como tal, tipifica la tendencia general de las luchas históricas que llevará a cabo nuestro pueblo. Pero este objetivo revolucionario tiene etapas: cada vez madura más, incorporando a las grandes masas de la población. Se ponen en juego entonces los grandes intereses económicos. No de las clases y grupos reaccionarios venezolanos con las clases y sectores progresistas, sino con enemigos aún mayores: los grandes intereses financieros de las compañías imperialistas. Venezuela es el más jugoso botín de la rapacidad estadounidense. De cada dólar succionado a las economías de los pueblos latinoamericanos por Estados Unidos, cincuenta y cuatro centavos de él pertenecen a Venezuela. Y no es banana, azúcar, carne, cacao o tabaco. No. Es petróleo y hierro.

Esta vida económica nacional se refleja social, política e ideológicamente. Hay clases y grupos interesados socialmente en que continúe este camino de sometimiento económico de nuestro país y de sepultura continua de la nacionalidad. Hay clases y sectores sociales

que constituyen las fuerzas interesadas en abrir un nuevo camino de progreso para nuestra patria. Estas clases y sectores constituyen el pueblo venezolano en su conjunto. Políticamente los partidos reflejan también estos diversos y contradictorios intereses. No tanto por las clases o sectores que –engañados o no– voten por ellos. Sino más bien según la orientación política que verifiquen en la práctica como factores de gobierno dichos partidos. Hay una política progresista, en consonancia con las leyes económicas que rigen el desarrollo objetivo de la sociedad venezolana hacia su progreso y liberación, y asimismo, hay una política reaccionaria, dirigida a enfrentar e inmovilizar ese desarrollo nacionalista y popular de la república. Esta política, como se comprenderá, se opone, entra en contradicción, con las leyes sociales e históricas del desarrollo de nuestra nación. Contradicciones, fuerzas opuestas en el plano económico, en el social y en el político. También estas fuerzas se expresan en la lucha ideológica, en el seno de la vida cultural y específicamente universitaria de Venezuela.

Hay quienes están por una cultura nacional y popular, auténtica, venezolana, que refleje certera y plenamente los intereses fundamentales de la patria; y aquellos que solapada o abiertamente impulsan –gracias a sus cuantiosos recursos financieros y publicitarios– una cultura y con ella una ideología de freno al desarrollo progresista de la nación, de entrega y vacilación frente a los consorcios extranjeros. Esta lucha se refleja ideológicamente en la universidad. Hay quienes están por la reforma universitaria auténtica, con todos sus originales planteamientos, y hay quienes aún defendiendo abstractamente la reforma se oponen en la práctica a ella, torpedeándola, impidiendo su realización. Las fuerzas progresistas interesadas en que se verifique la reforma no lo obtendrán con facilidad. Se logrará a través de una lucha donde participen los estudiantes y los profesores en gran escala. La reforma no vendrá como regalo. La reforma se conquista. Y se conquista luchando.

Conquistar la reforma universitaria es crear una nueva universidad de Venezuela.

¿Cuáles son los fines esenciales –las misiones– de esta nueva universidad que como institución de cultura superior todos perseguimos? La universidad es hoy un conjunto de escuelas de profesionales. Principalmente lleva a cabo solo unos aspectos de sus misiones fundamentales. Aquellos que, espontáneamente, ha venido imponiendo la propia vida cultural del país. El conjunto de los fines esenciales de la universidad no son cumplidos. La nueva universidad tendrá que hacerlo.

Hay una misión cultural, científica, profesional y social de la Universidad¹¹⁶. Estos son los cuatro fines inherentes a la universidad. Solo cumpliéndolos, sin unilateralismo y exclusivismos de ningún género, la universidad puede llegar a ser un instrumento del nuevo humanismo; la universidad puede desempeñar su última misión humanista que, por ser venezolana, será nacional y popular al mismo tiempo.

La misión cultural de la universidad significa la preservación y difusión del saber. La cultura pervive gracias a ello: funciona como elemento vivo que orienta la conducta. Necesitamos comprender en su plenitud lo que es la cultura, comprender esta misión cultural de la universidad. No se trata de repetir fechas, definiciones, fórmulas que, al fin y al cabo, se encuentran en los libros; podemos buscarlas en las bibliotecas. Esto es lo típico en la universidad. En la praxis universitaria del profesor lo que pervive es esta concepción enhiesta de la cultura. La universidad debe liquidar definitivamente esta cultura de “museo” en existencia. Debemos comprender el carácter creador de la cultura. Preservar, difundir el saber no es hacerlo como un disco grabado que reincide constantemente, sino hacerlo en su plena dimensión humana: cada universitario viviendo la cultura universal y

116 Risieri Frondizi. *La universidad y sus misiones*, Universidad Nacional del Litoral, Argentina: 1958b, pp. 6 y ss.

nacional en la conformación de su personalidad. Esta es la concepción de cultura que deseamos. Esta es la praxis universitaria que debemos imponer.

No basta preservar y difundir el saber, se requiere incrementarlo constantemente. Esta es la misión científica de la universidad, que supone en general todas las formas de creación cultural: técnicas, artísticas, filosóficas, científicas, etcétera. Está signada por el rasgo predominante de la cultura superior de nuestros días: la cultura científica. La universidad no puede seguir dejando al azar las inmensas posibilidades creadoras, de investigación científica, de sus profesores y alumnos. Solo una universidad alejada de los problemas nacionales y populares, hermética, puede echar a un lado la investigación y creación científica, técnica, artística y filosófica. Los problemas están ahí, a plena luz. Exigen resolverlos. La ciencia, el arte, la técnica, la filosofía, avanzan sin cesar en todo el mundo. No podemos detenernos, con tantos años de atraso. No debemos seguir viviendo a expensas de los conocimientos que nos vienen del extranjero. Nuestra universidad debe cumplir urgentemente esta misión: crear los semilleros por doquier de la creación cultural, de la investigación científica. Palpar la investigación, enfrentarse con resolución a los grandes problemas, unir la enseñanza a la vida diaria, son indispensables normas de una Universidad dispuesta a la creación.

La misión profesional de la universidad es, quizás, la que ha venido desempeñando preferentemente. Desde luego, en forma espontánea. No le ha quedado otro recurso. Ese es el objetivo más inmediato, más ligado a las exigencias materiales diarias de la vida. Por eso existe unilateralidad. Pero no se crea por ello que la universidad de nuestros días cumple bien este cometido. Tampoco, a pesar de su preferencia. Lo principal es que nuestra universidad no forma los profesionales que la patria necesita, sino aquellos cuya profesión ofrece más en el mercado de la oferta y la demanda. La nueva universidad puede y debe corregir esta mala orientación. Vinculando las

carreras profesionales a las exigencias de la nación, puede cumplir la universidad su cometido de crear los profesionales que el país requiere, los cuadros de la Venezuela del futuro.

La cuarta misión de la universidad es la social. Se trata de una universidad verdaderamente proyectada hacia el exterior, hacia la sociedad de la cual forma parte y se nutre. Ninguna tradición posee nuestra universidad en este objetivo.

Quizá lo positivo es el carácter político y social que en nuestra historia aún reciente ha tenido el movimiento estudiantil universitario. Pero la universidad en su conjunto, a plena conciencia y reflejado en sus estatutos, no verifica esta misión. Misión social de la universidad significa abrir la universidad al máximo de aspirantes –aun cuando, como comprendemos, la propia educación media los limita. Esta es una seria debilidad de nuestras universidades. Es necesario abrir las posibilidades a un cambio en la base social de nuestra universidad para que vengan a ella muchos más hijos de las clases trabajadoras. Las becas en gran escala y la prohibición del limitacionismo constituyen objetivos principalísimos para que se cumpla con este fin social de la universidad. La vinculación del movimiento estudiantil y profesoral con las urgentes necesidades inmediatas y prácticas de la población, y, en fin, el aporte de la universidad en la solución de los grandes problemas nacionales y populares (políticos) constituyen elementos indispensables de esa proyección social de la universidad.

Cumpliendo estas misiones, en su auténtico sentido y significado, es como estructuralmente tenderemos una universidad nueva en Venezuela.

Históricamente es indudable que el movimiento estudiantil es el abanderado principal en esta lucha. Un frente nacional por la universidad científica, racional, laica y democrática –la nueva universidad de nuestros días– avanzará, nucleará un conjunto de fuerzas suficientes para que se imponga la reforma universitaria en nuestro país y demos vía libre a la nueva universidad. El movimiento estudiantil, los profesores y egresados,

estarán respaldados por la clase obrera, por los campesinos, por la intelectualidad patriótica, es decir, por las fuerzas de avanzada que luchan en nuestro país por un Gobierno patriótico y soberano, democrático y popular. Este respaldo no se hace esperar. Porque la lucha en el plano político por dicho Gobierno progresista se traduce en los canales universitarios precisamente en la lucha por la reforma universitaria, por la universidad de nuevo tipo. Una y otra lucha, uno y otro movimiento se conectan recíprocamente: a través de los pequeños y grandes éxitos y derrotas, avanzarán y un futuro luminoso se abrirá para nuestro país. Este es el camino que tienen por delante los universitarios venezolanos que estamos empeñados en la reforma universitaria. No existe otro.

Tercer paréntesis: verdad, ciencia y cultura en la reforma universitaria¹¹⁷

En trabajos anteriores hemos intentado esbozar una panorámica general en torno a la reforma universitaria y sus perspectivas en Venezuela. Pero, por nuestra especial vocación intelectual, han existido tres problemas conceptuales que, a nuestro entender, se encuentran íntimamente ligados a la lucha por la reforma universitaria en nuestro país: los problemas de la verdad, la ciencia y la cultura. Indudablemente, estos problemas teóricos –como algunos otros– constituyen “raíces filosóficas de males universitarios”, como acertadamente los llamara Risieri Frondizi.¹¹⁸

Quiérase o no, hay una determinante fundamental en el desarrollo de nuestra cultura y de nuestra vida universitaria. Esto es, hay principios teóricos que gravitan diariamente en la mente de profesores y alumnos. Hay, si se desea, una determinada concepción del mundo y de la vida que priva sobre las otras. La orientación y la práctica de la enseñanza, difusión o investigación de los conocimientos universitarios tienen el sello, en lo fundamental, de esta concepción. El desarrollo de la vida universitaria transita este camino. ¿Cuál es ese camino? ¿Cuál es esa concepción determinante fundamental de nuestra vida universitaria? ¿Cuáles son esos principios teóricos que gravitan en la mente y en la práctica de profesores y alumnos en la universidad?

117 Caracas, 1960.

118 Risieri Frondizi. *La universidad...*, *op. cit.*, pp. 19-37.

A la existencia social hay que agregar una conciencia social que le corresponde. Las ideas principales de las diversas formas de conciencia social vienen a constituir la “ideología en su conjunto” de una comunidad, de la cual, la “ideología político-jurídica” es la forma más concentrada de los principales problemas de esa comunidad. Esta ideología forma parte inherente de la cultura espiritual de un pueblo: en ella, como en la cultura respectiva, las ideas se desarrollan sobre la base de grandes luchas; y, al mismo tiempo, reflejan los intereses de las clases y los sectores dominantes política y económicamente. Por eso hay luchas culturales y luchas ideológicas en toda sociedad. En nuestro país hay una cultura nacional y popular que combate por abrirse paso y existe también una cultura retrógrada, antinacional y antipopular, al servicio de los intereses económicos que domeñan nuestra patria. La lucha entre estas dos culturas se expresa principalmente en la lucha ideológica. Y en el centro de esa lucha ideológica, en el núcleo fundamental de ideas que sostiene en última instancia toda ideología –revolucionaria o retrógrada; nacional o traidora; popular o elitesca– están las ideas filosóficas acerca del mundo, la vida y el hombre en su conjunto. Todo ser humano tiene su ideología y, fundándola, posee también una cierta concepción del mundo. A través de ese cristal enjuicia al mundo, experimenta y concibe todos sus actos. Sin saberlo, quiéralo o no, resulta estar al servicio de una ideología, de una cultura, de una filosofía. Debemos cobrar conciencia y darnos cuenta –al conversar, al escribir, al dar clase o conferencias– qué papel desempeña nuestra personal ideología y filosofía: al servicio de qué intereses, en última instancia, se encuentra.

En el centro de toda ideología se encuentra una filosofía, una concepción del mundo. Con base en toda práctica humana, de todo proceso de difusión, enseñanza e investigación de conocimientos se encuentran determinados principios teóricos. Principal importancia tiene para nuestra docencia universitaria la concepción que existe sobre la verdad, la ciencia y la cultura.

En general se define la verdad como la conformidad de una noción con el objeto; más concretamente: como el conocimiento que refleja fielmente la realidad objetiva¹¹⁹. Esta última concepción es, indudablemente, la más acabada y se presta a menores equívocos. Sin embargo, tal definición puede perfectamente tergiversarse si priva una concepción del mundo no plenamente científica. En nuestra universidad, especialmente entre nuestros profesores, ¿es esta la noción que existe sobre la verdad? Pensamos que no es así.

Fijémonos bien. La universidad, la ciencia, la cultura misma trabajan sobre la base de transmisión de conocimientos, esto es, transmisión de verdades. ¿Es o no fundamental entonces conocer la concepción que de la verdad se tenga? ¡Claro que sí! Según sea esta concepción persistirá una determinada orientación en la enseñanza universitaria.

Fuertemente aún priva en nuestra cultura y en nuestra universidad la superada concepción medieval de la verdad como *adaequatio mentis et rei*. Aun cuando formalmente, en cátedra, se acepte que la verdad es el conocimiento que refleja fielmente la realidad objetiva, en la práctica se aplica aquella. Y algo más: para muchos no hay mayor diferencia entre una y otra definición. ¿Acaso *mentis* no es “conocimiento” y *rei* no es “realidad objetiva”? ¿Qué lejos están de la verdad!

La concepción de la verdad como adecuación de nuestra mente a la cosa está hoy, gnoseológicamente, superada. No ocurre así en nuestra universidad. Al contrario: pervive y, aún en pequeños campos, fructifica. Los que luchamos por una universidad nueva, por la reforma universitaria, tenemos que combatir esa enhiesta concepción de la verdad.

Indudablemente esta doctrina de la verdad es muy clara. Por ello es simplista. La realidad, las cosas, la vida es profundamente rica:

119 M. Rosental y P. Ludin. *Diccionario...*, op. cit., pp. 518-524.

infinita en sus diversos matices. La mente, el conocimiento, en cambio, es infinito: capta apenas algunos matices, algunas de las formas de expresión de la realidad. Solo una concepción del objeto del conocimiento como “cosa finita y fija” puede derivar en una educación del objeto con el sujeto del conocimiento. Solo una concepción dogmática de la capacidad racional del hombre puede aspirar a abarcar las diversas facetas de los fenómenos y reflejar una imagen adecuada al conjunto de esas facetas de los fenómenos. La verdad es reflejo fiel de la realidad objetiva. Pero nunca podrá reflejarla en su plenitud. La verdad como *adaequatio*, como verdad absoluta y definitiva, es rechazada hoy por la ciencia. Las circunstancias históricas condicionan el proceso de conocimiento del hombre: su cultura, la ciencia, la verdad. El proceso del conocimiento es infinito. Avanza, realmente. Alcanza verdades relativas. La suma de estas en un determinado campo y sobre un objeto de conocimiento científico determinado nos permite proveernos de verdades absolutas, que ya mañana pasarán a ser relativas en la medida que se profundicen más los caracteres esenciales del objeto del conocimiento. Es la concepción de la verdad como proceso creador ininterrumpido.¹²⁰

Todo este debate tiene expresión práctica en la enseñanza universitaria. Aún continúa desempeñando un papel principalísimo en la enseñanza la memoria, la repetición pasiva, la conceptualización dogmática, el talento libresco. La enseñanza universitaria debe desprenderse de esta práctica, si deseamos realmente una reorganización de la universidad. Pero en el meollo de este desprendimiento está el problema de la concepción de la verdad que hemos enfocado. Se trata de forjar una personalidad patriótica, ciudadana, científica. Se trata de ejercitar la inteligencia, de formar una experiencia profesional propia. El fin de la enseñanza no puede ser la transmisión de las verdades que se posean. Estas son relativas, accesorias. El fin de la

120 Ver: Risieri Frondizi. “La verdad y la historia”, *Cuadernos Americanos*, (México), n° 5, (1953). Y ver también: Risieri Frondizi. “El historicismo y el problema de la verdad”, *Dianoia*, (México), (1957).

enseñanza no es transmitir productos cognoscitivos verdaderos sino la adquisición de disciplina, hábitos de estudio e investigación y estilos de trabajo que permitan al educando adquirir la instrumentaria y la metodología necesarias para lograr él mismo nuevas verdades: para que sea un ente creador y no meramente pasivo. Se trata de formar una capacidad para adquirir y elaborar conocimientos. Lo más elemental del progreso científico y tecnológico de nuestros días nos enseña esta radical verdad.

Y es que no existe aún una concepción científica del mundo y de la vida en el seno de nuestra Universidad. Muchas veces la ciencia se da la mano con las más diversas concepciones idealistas y anticientíficas. No solo en aquellas facultades que podríamos llamar humanísticas, sino incluso en las propias facultades de ciencias naturales y sociales. En la raíz filosófica misma de la concepción de la verdad y de la cultura persisten concepciones anticientíficas en la Universidad. También la cultura es concebida como producto y no como creación. La cultura del estudiante –y hasta el propio profesor– “se mide por la ‘cantidad’ de conocimientos que posee y la posibilidad de exhibirlos con fidelidad en cualquier momento”¹²¹. El estudiante culto es el estudiante archivo o biblioteca. No se puede continuar con esta concepción deformada de la cultura. Es necesario tener una concepción científica de ella. La noción científica de la cultura la define como:

... el conjunto de bienes materiales y espirituales (o valores) creados por la humanidad en el curso de su historia (...) representa el nivel alcanzado por la sociedad en determinada etapa histórica: progreso, técnica, experiencia de producción y de trabajo, instrucción, educación, ciencia, literatura, arte e instituciones que le corresponden.¹²²

121 R. Frondizi, “La verdad...”, *op. cit.*, p. 24.

122 M. Rosental y P. Ludin. *Op. cit.*, pp. 104-107.

Es, pues, lo hecho por el hombre, a diferencia de “lo natural” que tiene su propio crecimiento. Es hechura humana la cultura: como tal, comparte con el hombre, su experiencia, sus conocimientos y, sobre todo, su historia. La cultura está inmersa también en la historia. Es también creación ininterrumpida del hombre. Creación fundamentalmente. Y la creación es proceso, no producto. Culto es principalmente, quien crea. Quien coloca su granito de arena en el proceso del conocimiento y del desarrollo de la cultura. Recoger el aporte de los otros, asimilarlo y, en esa o en otras direcciones –confluyentes todas en orientaciones científicas o humanistas– hacer que avance el conocimiento, el arte, la filosofía, la moral, la cultura, la técnica del hombre. Es esta concepción de la cultura la que debe existir en el medio universitario.

Pero, repetimos, es una concepción científica del mundo y de la vida la que debe sustentar esta nueva concepción de la verdad y de la cultura al servicio de una genuina reforma universitaria. Concepción científica, esto es: concepción verdadera, que refleje lo más fielmente posible el desarrollo de los problemas universales y nacionales del hombre venezolano. No negamos que la nueva universidad tenga lucha de ideologías diferentes. Ni siquiera que pueda permitir, en plan liberal, concepciones anticientíficas. No es esto lo que negamos. Sino que ya hoy existe una metodología científica. No la específica de cada ciencia en particular, en lo cual, por lo general, no existe mayor discusión, sino una metodología científica general para el enfoque, investigación, discusión y conclusión en torno a los problemas que nos ocupan. Precisamente esta metodología científica –resultado de la experiencia histórica de todos los pueblos del mundo– debemos colocarla como columna vertebral de nuestra universidad. Así las diversas concepciones aisladas, las facultades y disciplinas científicas separadas, encontrarán su tronco vital común. Y algo decisivo: esta metodología científica general incluye entre sus postulados privativos la oposición a todo dogma. No puede catalogarse “dogmática”

la concepción científica del mundo, su propia estructura interior, las dispositivos que impiden todo dogmatismo. Los que añoran el “anti-cientificismo” en la universidad expresan abiertamente una posición dogmática en unos casos, relativista en otros. La existencia de verdades relativas no supone la negación de la verdad. El antidogmatismo de la ciencia no supone el relativismo en su concepción del mundo y de la vida. Al contrario: hay verdades en que afincarse, hay una metodología científica en la cual apoyarse. La nueva universidad, la reforma universitaria, tiene que hacerse sobre la base de cambiar el camino viejo transitado hasta hoy; de cambiar esa concepción estrecha y vacía de la cultura y de la verdad; de cambiar los principios filosóficos que gravitan en la mente de profesores y alumnos de nuestra Universidad. La nueva Universidad tiene que ser no solo una universidad al servicio del pueblo y de la nación, de la cultura y de la técnica, de las profesiones y de la investigación, sino principalmente una Universidad científica –requisito indispensable para cumplir sus otras misiones.

Referencias bibliográficas

- Adam, F. (1959, marzo 11). *Los problemas de la orientación vocacional en la escuela secundaria y sus proyecciones universitarias*. Seminario de Educación. UCV. Caracas.
- Agosti, Héctor P. (1949). *Cuadernos de Bitácora*. Buenos Aires: Editorial Lautaro.
- Agosti, Héctor P. (1956a). "La reconstrucción de la universidad democrática". *Cuadernos de Cultura*. N° 24. Buenos Aires.
- Agosti, Héctor P. (1956b). *Para una política de la cultura*. Buenos Aires: Editorial Procyon.
- Agosti, Héctor P. (1958). *Ingenieros, ciudadanos de la juventud*. Buenos Aires: Editorial Hemisferio.
- Agosti, Héctor P. (1959). *Nación y cultura*. Buenos Aires: Editorial Procyon.
- Agramonte, R. (1957). *Sociología de la universidad*. México: Universidad Nacional.
- Aguas Alfaro, J. J. (1958, julio 28). "La educación y la sociedad". *La Esfera*. Caracas.
- Aguirre, Manuel A. (enero, 1960). "La Universidad latinoamericana". *Revista Acción*. N° 2. Caracas.
- Álvarez-Villablanca, A. (1960). *Temas Universitarios*. N° 39. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Arcila F., Eduardo. (1960, enero 27). "De nuevo sobre los capitales extranjeros". *El Nacional*. Caracas.
- Arciniegas, Germán. (1933). "Hacia la universidad nacional del libro". *La Universidad Colombiana*. Bogotá.

- Arciniegas, Germán. (1947). *América tierra firme*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Barth, Hans. (1951). *Verdad e ideología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Hubert. (1947). *Men Who Control our Universities*. New York: Editorial King's Crown.
- Becker, J. (s/f). "Sobre la reestructuración universitaria". *Cuadernos de Cultura*. N° 23. Buenos Aires.
- Bermann, George. (1932). "Cultura y política en la reforma universitaria". *Gaceta Universitaria*. Córdoba.
- Bermann, George. (1946a). *Revista Verbum*. Buenos Aires.
- Bermann, George. (1946b). *Juventud de América*. México: Editorial Cuadernos Americanos.
- Bernal del Riego, A. (1959). "Realidad de la reforma: reforma de la realidad". *Nueva Revista Cubana*. N° 3. La Habana.
- Besse, G. et al. (1955). "La Réforme de l'enseignement". *La Pensée*. N° 61. París.
- Briceño I., Mario. (1953). *Problemas de la juventud venezolana*. Madrid: Editorial Bitácora.
- Briceño I., Mario. (1958). *Ideario político*. Caracas: Editorial Las Novedades.
- Bruliat, J. (marzo, 1960). "O marxismo e o ensino leigo". *Estudos Sociais*. N° 7. Río de Janeiro.
- Bueno, Miguel. (1957). "Esencia y destino de la universidad". *Humanismo*. N° 45. México.
- Bur, J. (S/f). *Laïcité et problème scolaire*. París: Bonne Presse.
- Casanova, L. (1957). "Discours aux étudiants". *La Nouvelle Critique*. N° 90. París.
- Chaumon, F. (1960). "Universidad y revolución". *Delegación del Gobierno en el Capitolio Federal*. La Habana.
- Cogniot, G. (1959). "La Eglise et la Ecole". *Cahiers du Communismo*. N° 11. París.

- Colmenares L., Nestor. (Núñez T., José R.). (s/f). "América occidente, spender". *Cuadernos Universitarios*. N° 1.
- Cuenca, Humberto. (1960). Revolución crea sus propios conductores. Resumen de conferencia: La nueva universidad. *Boletín Informativo de la Universidad de Carabobo*. N° 8. Carabobo.
- Cuenca, Humberto. (S/f). "Autonomía ideológica". *Boletín Informativo UCV*. N° 24. Caracas: Editorial Raigal.
- Cuenta al Congreso Nacional en sus sesiones de 1959.
- Dimitrov, G. (1954). *Cultura e Arte*. Roma: Edizioni di Cultura Sociale.
- Del Mazo, Gabriel. (1941). *La reforma universitaria*. 2.^a recopilación. Tomo III. La Plata.
- Del Mazo, Gabriel. (1942). *Participación de los estudiantes en el gobierno de la universidad*. La Plata.
- Del Mazo, Gabriel. (1960). "Lo que significa la reforma". *La reforma Universitaria en América Latina*. Leiden: Cosec.
- De Venanzi, F. (1958). *Discurso pronunciado en el acto de reanudación de actividades de la UCV*. Caracas.
- De Venanzi, F. (1958, diciembre). *Discurso pronunciado en el acto de proclamación de la Autonomía Universitaria*. UCV. Caracas.
- Dowonovski. (1937). *Lenín y la escuela politécnica*. México: Editorial Frente Cultural.
- Echeverría, José M. (1946). *Sociología, teoría y técnica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Einstein, Albert. (s/f). *La edificación cultural en la Unión Soviética*. México: Editorial Frente Cultural.
- Febres Cordero, Foción. (1959). *Autonomía universitaria*. Venezuela: UCV.
- Federación Universitaria de Buenos Aires. (1958). "Ante-proyecto de ley universitaria de la mesa directiva de la FUA". *Revista del Mar Dulce*. N° 4. Buenos Aires.
- Fernández, J. (1957). *La reestructuración de la universidad*. Argentina: Imprenta Universitaria del Litoral.

- Frondizi, Risieri. (1953). "La verdad y la historia". *Cuadernos Americanos*. N° 5. México.
- Frondizi, Risieri. (1957). "El historicismo y el problema de la verdad". *Dianoia*. México.
- Frondizi, Risieri. (1958a). *Realidad universitaria y teoría filosófica*. Caracas: Editorial Universitaria.
- Frondizi, Risieri. (1958b). *La Universidad y sus misiones*. Argentina: Universidad Nacional del Litoral.
- Frondizi, Risieri. (1958c). *Hacia la universidad nueva*. Argentina: Universidad Nacional del Nordeste. Editorial Resistencia.
- Gabaldón, A. (1959). *Inquietudes acerca de la educación en Venezuela*. Venezuela: Biblioteca Trujillana de Cultura.
- Garaudy, R. (1957). *Humanisme Marxiste*. París: Editions Sociales.
- Garaudy, R. (noviembre, 1959). "La Iglesia, el colonialismo y los movimientos de independencia nacional". *Cahiers du Communisme*. N° 11. París.
- Garayaldo de Massera, C. (1946). *Problemas de la cultura y de la educación*. Montevideo: Editorial Pueblos Unidos.
- García B., C. (marzo, 1960). "En torno a la reforma universitaria". *El Derecho*. Guatemala.
- García A., Humberto. (1958). "La ética universitaria". *El Nacional*. Caracas.
- García A., Humberto. (1960, febrero 12). "Cupo en las escuelas de Medicina". *Boletín Informativo de la UCV*. Caracas.
- Giuduci, E. (1949, junio). "Acerca del enemigo principal en la cultura". *Cuadernos de Cultura*. Buenos Aires.
- Giuduci, E. (1957). "La reforma y sus nuevas tareas". *Cuadernos de Cultura*. N° 31. Buenos Aires.
- Giuduci, E. (1959). *Problemas ideológico-científicos, técnicos y filosóficos en la Universidad*. Buenos Aires: Editorial Fundamentos.
- Giuduci, E. (1959). *Laicismo y universidad nacional*. Buenos Aires: Editorial Anteo.

- Godoy U., C. (1959). *Política y educación*. Santiago de Chile: Editorial Tierra y Escuela.
- Gómez, L. A. (1958, abril). "La Mentira del apoliticismo estudiantil". *El Nacional*. Caracas.
- González, Joaquín V. (1930). *Principios fundamentales de la reforma universitaria*. Argentina: Universidad Nacional del Litoral.
- González, Joaquín V. (1959). *La emancipación de la universidad*. Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio. (1949). *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*. Turín: Editorial Einaudi.
- Gromone, A. M. (S/f). *Universidad oficial y universidad viva*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hart, A. (1960) "Reforma Integral de la Enseñanza en Cuba. Síntesis del mensaje del Ministerio de Educación de Cuba". *Cruz del Sur*. N° 49-50. Caracas.
- Houssay, B. A. (1942). *La investigación científica*. Argentina: Universidad del Litoral.
- Hubert Park Beck. (1947). *Men Who Control Our Universities*. New York: Editorial King.
- Hutchins, Robert. (1959). *La universidad de utopía*. Argentina: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Ingenieros, José. (1926). *Las fuerzas morales*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editor.
- Jesualdo, Sosa. (1943). *Problemas de la educación y de la cultura en América*. Montevideo: Claudio García Editor.
- Jesualdo, Sosa. (1945). *17 educadores de América*. Montevideo: Editorial Pueblos Unidos.
- Jesualdo, Sosa. (1959). "¿Por qué está en crisis la educación en América?". *Estudios*. N° 12. Montevideo.
- Jiménez de Asúa, Luis. (1959, octubre 28). "La universidad Argentina y sus problemas". *Boletín Informativo*. Caracas: UCV.

- Jiménez Díaz, C. (1952). "Problemas de la enseñanza de medicina". *Arbor*. N° 76. Madrid.
- Kanapa, J. (1957a). *Socialisme et culture*. París: Les essais de la N. C.
- Kanapa, J. (1957b). *Situation de l'intellectuel*. París: Les essais de la N. C.
- Kanapa, J. (1960). "La doctrina social de la Iglesia católica al servicio del capitalismo". *Problemas de la Paz y el Socialismo*. N° 3. Praga.
- Kotsching, Walter M.; Prys, Elined. (1932). *The University in a Changing World*. Reino Unido: Oxford University Press.
- Leduc, V. (1954). *Communisme et nation*. París: Editions Sociales.
- Lenin, Vladímir Ilich. (1955). *Cahiers Philosophiques*. París: Editions Sociales.
- Lenin-Stalin. (1954). *Sur les étudiants*. París: Editions Sociales.
- Liard Louis. (1980). *Universités et Facultés*. París: Editions Armard Collins.
- López Orihuela, D. (1951). *Nuestra Universidad Central*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Facultad de Filosofía y Letras, Tipografía Vargas.
- Lu Ting-Yi. (S/f). "La educación debe asociarse al trabajo productivo". *Drapeau Rouge*. N° 7. Francia.
- Mac-Lean y Estenos, R. (S/f). *La crisis universitaria en hispanoamérica*. México: Universidad Nacional de México.
- Maiz V., Ernesto. (1957). *Universidad y humanismo*. Caracas: Imprenta Vargas.
- Maiz V., Ernesto. (1958). *Ortega y su ideología universitaria, en homenaje a Ortega y Gasset*. Caracas: UCV.
- Maiz V., Ernesto. (1959, marzo). *La formación del profesorado universitario*. Caracas: UCV.
- Mannhein, K. (1958). *Ideología y utopía*. Madrid: Aguilar, S.A. de Ediciones.
- Marchand, J. (1959). "La laïcité, provbleme crucial du temps présents". *La Pensée*. N° 86. París.
- Mariátegui, José C. (1957). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Editorial Amauta.
- Mariátegui, José C. (1959). *La escena contemporánea*. Lima: Ed. Amauta.

- Mariátegui, José C. (1960a). *Ideología y política*. Lima: Ed. Amauta.
- Mariátegui, José C. (1960b). *Temas de educación*. Lima: Ed. Amauta.
- Mariátegui, José C. (S/f). *La libertad de la enseñanza*. México: Editorial Frente Cultura.
- Marinello, J. (1959, diciembre). "Revolución y universidad". *Fundamentos*. N° 159. Habana.
- Maroni, P. (S/f). "La deserción escolar y el analfabetismo". *Cuadernos de Cultura*. N° 26. Buenos Aires.
- Márquez R., A. (1959). *Presente y futuro de la educación en Venezuela*. Caracas: Ed. Sursum.
- Márquez R., A. (1959, febrero 24). "Educación y nacionalismo". *El Nacional*. Caracas.
- Maurek, H. (1955). "La ideologie religieuse aux Etats-Unis". *La Pensée*. N° 61. París.
- Medina, J. R. (1959, marzo). "Los problemas de la educación". *El Nacional*. Caracas.
- Mendieta y Núñez, L. y Gómez Robledo, J. (S/f). *Ensayo sociológico sobre la universidad*. México: Universidad Nacional de México.
- Mendieta y Núñez, L. y Gómez Robledo, J. (S/f). *Problemas de la universidad*. México: Universidad Nacional.
- Mira y López, E. (1959). "Lo que debe ser una universidad radiada". *Cultura Universitaria*. N° 60. Caracas.
- Miralles, F. (1944) "Como debe y puede colaborar el estudiante en la Reforma Universitaria". *Anales de la UCV*. N° 1. Año XXX. Caracas.
- Mondolfo, R. (1957). *Problemas de la cultura y de la universidad*. Buenos Aires: Editorial Hachete.
- Montenegro, W. (1956) *Introducción a las doctrinas político-económicas*. México: Breviarios de la facultad de ciencias económicas.
- Ministerio de Educación. (1957). *Memorias al Congreso Nacional en sus sesiones de 1959*. Vol. I. Venezuela: Ministerio de Educación.

- Ministerio de Educación. (1958). *Memorias al Congreso Nacional en sus sesiones de 1959*. Vol. II. Venezuela: Ministerio de Educación.
- Mury, G. (1959). "El clericalismo rural y la transformación de los medios de producción". *Cahiers du Communisme*. N° 11. París.
- Núñez T., José R. (1955). "El nuevo humanismo". *Cuadernos Universitarios*. N° 7-8. Caracas.
- Núñez T., José R. (1968). *Marx y la economía política*. Caracas: UCV.
- Orcel, J., et all. (1959). "L'université et l'avenir de la nation". *La Nouvelle Critique*. N° 111. París.
- Ortega y Gasset, José. (1945). *Misión de la universidad*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Palacios, Alfredo. (1931). *La democratización de la enseñanza*. La Plata: (Alfredo Palacios Editor).
- Palacios, Alfredo. (1957). "Encuestas sobre universidades privadas". *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*. N° 2. Buenos Aires.
- Palacios, Alfredo. (1960). "La reforma y el problema americano". *La reforma universitaria en América Latina*. Leiden: Cosoc.
- Palacios, Alfredo. (S/f). "Encuesta sobre universidades privadas". *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*. N° 2. Buenos Aires.
- Peluffo, J. L. (1960a). "La reforma universitaria en América Latina". Leiden: Cosoc.
- Peluffo, J. L. (1960b). *Proyecto de estatuto de la universidad de La Habana*. La Habana: Imprenta de la Universidad de la Habana.
- Peluffo, J. L. (S/f). La investigación científica y la enseñanza universitaria. *Cuadernos de Cultura*. N° 26. Buenos Aires.
- Pemartin, J. (1951). "La reforma de la enseñanza en norteamérica". *Arbor*. N° 76. Madrid.
- Peñalver, L. (1958, junio 21). "Reforma universitaria, vigencia y oportunidad". *La Esfera*. Caracas.
- Peñalver, L. (1958, julio 12). "Estatuto universitario: reanudación de la Reforma". *La Esfera*. Caracas.

- Peñalver, L. (1960, febrero 11). "El problema universitario". *Boletín Informativo de la UCV*. Caracas.
- Peñalver, L. (1958, junio). *Objetivos de la universidad venezolana*. VIII Convención de la AVAC. Caracas.
- Pisarello, G. (S/f). "El estatuto del docente". *Cuadernos de Cultura*. N° 19. Buenos Aires.
- Pizzani, R. (1944). "Concepto y límite de la Reforma Universitaria". *Anales de la UCV*. N° 1. Año XXX. Caracas.
- Poulain, J. C. (1959). "La Iglesia y la clase obrera". *Cahiers du Communisme*. N° 11. París.
- Prieto, L. B. (1947). *Problemas de la educación venezolana*. Caracas: Imprenta Nacional.
- Prokofiev, V. I. (1959). "El carácter antihumanista de la moral religiosa". *Cahiers du Communisme*. N° 11. París.
- Ratzer, J. (S/f a). "Perfil del estudiante universitario". *Cuadernos de Cultura*. N° 13. Buenos Aires.
- Ratzer, J. (S/f b). "¿Es libre la universidad privada?". *Cuadernos de Cultura*. N° 36. Buenos Aires.
- Reyes Baena, J. F. (1959). *Ideas y hechos en educación*. Caracas: Editorial Instituto Pedagógico. Caracas.
- Roca, Deodoro. (1936). "El drama social de la universidad". *Flecha*. Córdoba.
- Romero, Francisco. (1954). "Ideas sobre el humanismo". *Cuadernos Universitarios*. N° 2. Caracas.
- Rosental, M. y Iudin, P. (1959). *Diccionario filosófico abreviado*. Montevideo: Editorial Pueblos Unidos.
- Ruml, V. (1960). "La ideología y la ciencia". *Problemas de la Paz y el Socialismo*. N° 7. Praga.
- Sala de Sesiones de la Asamblea Universitaria. (1958, octubre 8). *Estatuto Universitario*. Boletín Oficial. Argentina: Universidad de Buenos Aires.

- Sánchez, L. A. (1959). "Función Social de la Universidad". *Cultura Universitaria*. N° 60. Caracas.
- Sánchez Viamonte, C. (1928). *La cultura frente a la universidad*. Buenos Aires: Editorial Famet.
- Sartre, Jean P. (1960). *Crítica de la razón de dialéctica*. Francia: Editions Gallimard.
- Sartre, Jean P. (1960). "Materialisme y révolution". *Les Temps Modernes*. Francia.
- Scheler, Max. (s/f). "El saber y la cultura". *Revista de Occidente*. Buenos Aires.
- Sciacca, M. F. (1954). "Laicismo, catolicismo y la nueva misión de Europa". *Diálogo*. N° 1. Buenos Aires.
- Seclet-Riau, F. y Cornú, M. (1957). "La Reforme de l'enseignement". *La Pensée*. N° 72. París.
- Selser, G. (1957). *Situación política social de América Latina*. Buenos Aires: Editorial Parret.
- Soler, R. (1959). *El positivismo argentino*. Panamá: Imprenta Nacional.
- Spranger, E. (1954). "La educación para la humanidad". *Diálogo*. N° 1. Buenos Aires.
- Svadrevski. (S/f). *Sistema de instrucción pública en la URSS*. México: Ediciones Frente Cultural.
- Uslar-Pietri, A. (1958, julio 24). "La universidad gratuita". *El Nacional*. Caracas.
- Vargas, Eugenio. (1959). *Problemas fundamentales de la economía y la política del imperialismo*. Buenos Aires: Editorial Cartago.
- VV.AA.(1955). *Resoluciones del primer congreso latinoamericano de estudiantes*. Montevideo: UIE.
- VV.AA. (septiembre, 1958). "Defendemos la libertad de enseñar y aprender". *Revista del Mar Dulce*. N° 4. Buenos Aires.
- Vegas, R. (1956) *Contribución al estudio de la situación económico-social del alumno caraqueño*. Caracas: UCV.
- Vigier, J. P. (1956). "La defence de la science et l'Université française".

La Pensée. N° 70. París.

Villalba, L. (1951, noviembre 19). "Los estudiantes y la reforma universitaria". *El Nacional*. Caracas.

Universidad Central de Venezuela. (1959). *Autonomía Universitaria*. (Contentivo de la Ley de Universidades Nacionales). Caracas: UCV.

Zdanov, A. (1950). *Política e ideología*. Roma: Edizioni Rinascita.

SOLUCIONES PARA LA CRISIS UNIVERSITARIA

De una entrevista a José Rafael Núñez Tenorio

La educación es la forma más dinámica de la cultura humana; su alma. En otras épocas y naciones ese papel lo desempeñó la religión; por ejemplo en el Medioevo, o bien hoy, la revolución en Irán.

El proceso educativo es la relación social fundamental de la práctica ideológica. Hay que localizar el proceso educativo en el campo de la superestructura *Überbau* político-ideológica de la formación social capitalista venezolana, que vivimos.

La práctica ideológica es el espacio histórico necesario para realizar en la vida el proceso educativo. Por ello, toda teoría sobre la educación –y la universidad– implica necesariamente (consciente o inconscientemente) una concepción (representación, evocación, imágenes, ideas racionales o no) de la práctica ideológica dominante. Esta praxis articula dos procesos contradictorios y correlativos: el *reproductivo*, que abarca los dominios de la ideología dominante con una dinámica ilimitada, y el *proceso productivo*, creador, de la conciencia crítica, que desarrolla la ideología opuesta, contraria; la ideología dominada. Mientras la ideología dominante busca reforzar su dominación, la ideología dominada persigue subvertir esa dominación.

Toda praxis, incluida la ideología (y dentro de ella, la educación) contiene pues dos aspectos opuestos, pero correlativos: el uno no es posible sin el otro. Toda reproducción es para la producción (creación) y toda creación es contra la reproducción. El proceso reproductivo-estructural es la base, el punto de partida; el proceso productivo-creador es lo nuevo, lo que asegura el avance. El primero es cognoscible objetivamente, mientras que el segundo, en el mejor de los casos, es aprehensible subjetivamente. Esta dialéctica tenemos

que tomarla en cuenta si queremos comprender a fondo el proceso educativo y universitario.

La praxis de la educación reproduce el sistema ideológico dominante y, al mismo tiempo, produce (crea) la ideología opuesta a esa dominación. Las formas y el contenido de la educación tienden históricamente a reproducir el sistema ideológico dominante, pero posibilitan igualmente el desarrollo de la ideología opuesta, dominada, subversiva. Así vemos cómo, en el proceso educativo, hay una educación *informativa*, que persigue robotizar las mentes de los venezolanos, enseñando la “verdad constituida” mediante cartillas y “manuales autoritarios” y existe la educación *formativa*, donde cada quien llega a su propia verdad por sus específicos medios, es decir, tratando de crear una “verdad constituyente”: crítica, dubitativa, creadora. Vemos cómo en las universidades se quiere formar robots al servicio del sistema capitalista dominante y no, realmente, seres humanos forjadores de su propia cultura: consciente, creadora, autogestionaria. Esta es la clave ideológica de esa batalla de las conciencias cuyo escenario histórico real es la educación.

*

La universidad es un centro de cultura creadora, abierta a todas las tendencias del pensamiento, donde el más libre análisis encare las conductas e ideas, donde la racionalidad crítica emerja como expresión fundamental de las misiones de la universidad.

Sobre la autonomía universitaria nosotros hemos desarrollado una tesis: “La autonomía es a la universidad lo que la democracia es al país” (tesis I); la tesis II es que “la democracia universitaria lo es para la transformación y toda renovación de la universidad tiene que realizarse democráticamente (autónoma y académicamente; y no autoritaria y políticamente). Por tanto, la autonomía (democracia) universitaria lo es para la reforma permanente de la universidad.

Cuáles son las grandes áreas de la problemática universitaria venezolana

1. La más realizable, que implica la cúspide, el cuarto nivel (postgrado, investigación y formación de profesores instructores).

2. La más política, que connota sus relaciones con la comunidad, el problema estudiantil de carácter cuantitativo.

3. La síntesis de las dos anteriores, que se refiere al pregrado y su transformación y sus relaciones con el resto de la educación superior, básica, etcétera.

El cuarto nivel es el ápice de la educación universitaria. Por allí debemos comenzar la transformación de nuestra educación. La crisis actual que vive la nación implica su futura renovación. ¿Por dónde empezar? ¿Qué hacer?, nos preguntamos todos. Creo que la clave de Venezuela es el hombre venezolano. Para hacer cambiar a este la palanca es la educación. Si transformamos la educación podemos crear un nuevo hombre venezolano, latinoamericano, a imagen de Bolívar. Pero modificar la educación implica trastocar por completo al maestro, al padre, los medios de comunicación, la Iglesia, etcétera. La alteración del maestro significa comenzar por arriba: por las instrucciones de la educación superior que preparan los profesores. Y renovar la Universidad para transformar la educación y forjar una nueva Venezuela es una tarea histórica. Comencemos por la Universidad y dentro de esta por el cuarto nivel: investigación, postgrado y formación de profesores. La unión de postgrado-investigación tiene que devenir la cuestión esencial del cambio de la universidad. Así el

doctorado, las maestrías, las especializaciones, etcétera, tienen que ser procesos de investigación y exposición sobre los grandes problemas nacionales (incluida, la misma educación). Además, ello es la clave de la formación de los jóvenes profesionales.

El problema estudiantil y las relaciones de la universidad con el resto de la comunidad (la sociedad venezolana) son eminentemente cuantitativos, así como el anterior era particularmente cualitativo. La deserción, la repitencia, los preinscritos, las “carreras cortas” sin salida, etcétera, son cuestiones que tienen que encararse colectivamente, con la comunidad. Afortunadamente está disminuyendo, en ciertas carreras, la demanda estudiantil; pero el problema sigue vigente. Las soluciones empírico-pragmáticas del pasado al problema de la educación superior tienen que cesar. No puede persistir esa superposición de tecnológicos, pedagógicos, colegios, etcétera, solo para enfrentar la cuestión cuantitativa. Hay que articular las carreras cortas (educación para el trabajo) con las escuelas profesionales de las universidades; de manera que haya comunicación entre ambas. Ello contribuiría a mejorar la situación tanto en la universidad como en el resto de institutos de educación superior.

La renovación del pregrado, de las carreras profesionales universitarias, es también una tarea urgente, aunque más difícil. Cada facultad o decanato, escuelas e institutos, departamentos y cátedras, etcétera, tienen que hacer un autoanálisis crítico. ¿Qué profesionales queremos? ¿Qué tipo de licenciados necesita la Venezuela de hoy? Este es el problema. La renovación del 68-73 fue un hito histórico trascendental, pero la Universidad tiene que vivir transformándose, tal como sucede con los profundos cambios de las ciencias, las humanidades y las tecnologías. Habrá que comenzar de nuevo con las célebres “tres p”: *pensum*, programa y profesor. Hay que transformarlos. El primero en relación a las exigencias actuales de la nación; el segundo en función del contenido programático de las asignaturas y cursos; en fin, el tercero articulado a la idoneidad profesoral. Se trata de una

modificación cualitativa de fondo: contenido de la enseñanza; los métodos de estudios; los hábitos de investigación y exposición, etcétera. Pero cada uno de estos cambios, además de ser específicos a cada institución, requiere no solo de proyectos teóricos (en relación a los profesores) sino de batallas políticas (en función del movimiento estudiantil).

*

Debemos precisar, para terminar, algunas conclusiones. Podría resumirlas en tres tareas:

- 1) Promover el método académico-democrático frente al tradicional hábito burocrático-autoritario de transformar las instituciones.
- 2) Desarrollar una lucha ideológico-política para expulsar la politiquería de las universidades nacionales.
- 3) Promover planes concretos y específicos de reforma en cada institución universitaria y de educación superior en general.

La actualidad metódica para el cambio es una realidad. No podemos soslayarla. Como tú sabes, en nuestras instituciones –cualesquiera que sean– se vive al día, pero no se está al día. Eso significa estar prisionero del tradicional método burocrático, ideológico y subjetivo de encarar los problemas: comisiones, especialistas, expertos, etcétera, que levantan informes y proyectos que luego se engavetan. Recuérdese el “informe Uslar” sobre educación. En su lugar proponemos la metódica académico-democrática de afrontar los problemas: nuevos diseños de asesoría y decisión. Se trata de una herramienta científico-investigativa, una nueva forma orgánica de análisis y decisión, que proponemos para el debate. Si tenemos la actual crisis de la Universidad, tenemos que diagnosticar esta crisis, realizar un análisis crítico y diseñar modelos sustitutos, articulados con la realidad del país y el progreso mundial de las ciencias. Las humanidades y las tecnologías. En concreto: programar un curso de postgrado donde el eje central sea la investigación de la actual crisis que vive la educación superior. Sería la integración de las tres misiones de la universidad latinoameri-

cana: investigación, docencia y extensión. Se trata de trazar planes multidisciplinarios de investigación teórico-históricas para analizar y someter a crítica la producción-práctica venezolana sobre educación y universidad.

Necesitamos sacar la politiquería de la Universidad. Esto es una exigencia de primer orden. No puede ser que los politiqueros, los relacionistas públicos, los “llama-por-teléfono”... sean los que ganen las elecciones universitarias para rector, decano, etcétera. Tampoco seguir permitiendo que no tengan títulos académicos; ni siquiera tienen “maestrías” y mucho menos “doctorados” –burlándose de la ley–. El país político ha podido sacar el bipartidismo politiquero de la presidencia de la República. ¿Por qué la universidad no puede “echar afuera” a los politiqueros? El movimiento estudiantil tiene una alta responsabilidad en este objetivo. El profesor que investiga, que publica, que cumple idóneamente con sus cátedras no es promovido; ni siquiera a él le interesa, por el clima politiquero existente. Pero así como los militares y el pueblo sacaron al bipartidismo de la presidencia de la República, tenemos el deber de barrer –con escoba o sin ella– a los politiqueros y oportunistas (que no tienen investigación ni prestigio académico) de la dirección universitaria.

Por último, aquellas dos tareas: la metódico-teórica, de encarar los problemas (de responsabilidad principalmente profesoral) y la político-práctica, de enfrentar la politiquería (de responsabilidad fundamentalmente estudiantil); no podrán tener éxito si en cada cátedra, departamento, escuela, instituto, decanato, facultad, etcétera, no se desarrolla un proceso democrático-académico que vaya construyendo planes concretos y específicos de reforma de cada una de estas instituciones. El ambiente está dado, tanto política como universitariamente. Ha llegado la hora. Hay que renovar la vieja Renovación y cambiar la Universidad venezolana. En ese sentido histórico estoy implicado y asumo mi compromiso, como siempre lo he hecho. Así es como concibo la superación de la actual crisis universitaria.



18 Y 19. FONDO: ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN. SUBFONDO: ARCHIVO HISTÓRICO DE LA REVOLUCIÓN. SERIE: MOVIMIENTOS Y ORGANIZACIONES EN EL MARCO DE LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA.

MITIN POLÍTICO. ARRIBA, DE IZQUIERDA A DERECHA, JOSÉ RAFAEL NÚÑEZ TENORIO, ALÍ RODRÍGUEZ ARAQUE, LUIS CIPRIANO RODRÍGUEZ, HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS Y FRANCISCO MIERES. ABAJO, IGUAL.



20. FONDO: ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, SUBFONDO: ARCHIVO DE LA REVOLUCIÓN, SERIE: MOVIMIENTOS Y ORGANIZACIONES EN EL MARCO DE LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA.
DE IZQUIERDA A DERECHA, LUIS CIPRIANO RODRÍGUEZ, HUGO RAFAEL CHÁVEZ FRÍAS, FRANCISCO MIERES, JOSÉ RAFAEL NÚÑEZ TENORIO.

ÍNDICE

Nota editorial	5
 PARTE I. Renovar la Renovación	 7
Significado histórico de la Renovación	9
Necesidad de renovar la universidad actual	14
 PARTE II. Política, cultura y universidad	 19
Una democracia autonómica para transformar la universidad	21
1. Una política genuinamente universitaria	23
Demanda estudiantil y elevación del nivel humanístico y científico	25
1. Las grandes áreas de la problemática universitaria	25
2. La demanda estudiantil de educación superior	27
3. La transformación cualitativa de la docencia y la investigación	30
 PARTE III. La universidad venezolana	 35
Entrevistas	37
1. La universidad venezolana. Crisis y desarrollo	37
2. Crisis de la educación superior venezolana	45
3. Para pensar en medio de la crisis	117
4. Por cada siete estudiantes la UCV tiene un profesor y un empleado	128

5. Entrevista a José Rafael Núñez Tenorio	137
6. Hay que renovar la Renovación	154
7. Problemas de la educación superior venezolana	169
8. Sobre renovación e ideologías universitarias	185
Anexo 1. Reestructuración democrática de la universidad	195
1. Objetivos mínimos para una política de transformación de la universidad	195
Anexo 2. Proyecto de transformación de los estudios de filosofía	201
1. Introducción	201
2. La cuestión del egreso	202
3. Los problemas de la escuela regular	204
4. Postgrado, investigación y función de profesores	208
5. El problema del ingreso	209
Anexo 3. La dialéctica como método produce ciencia	213
Referencias Bibliográficas	225

PARTE IV. En torno a la renovación universitaria:

Autonomía universitaria y poder estudiantil	227
Prólogo	229
Capítulo I. Necesidad de una universidad nueva en Venezuela	239
Capítulo II. Diagnóstico científico sobre la problemática universitaria	247
Capítulo III. El enfoque político-ideológico: la universidad como motor auxiliar de la revolución venezolana	251
Capítulo IV. El enfoque estructural interno: la renovación universitaria como transformación de todas sus estructuras de funcionamiento	265
Capítulo V. El enfoque táctico-inmediato: planes concretos de renovación universitaria	287

Capítulo VI. Las tareas que tienen planteadas los revolucionarios	295
Apéndice: autonomía universitaria y poder estudiantil	299
1. Introducción histórica	299
2. La antiautonomía universitaria	307
3. El poder estudiantil	313
Referencias Bibliográficas	323
PARTE V. Problemas universitarios	325
Nota preliminar	327
Presentación	329
Luchar y estudiar	331
Prólogo	335
Introducción: sociedad, cultura y universidad	347
1. Desarrollo de la cultura en relación con la sociedad	347
2. La universidad manifiesta los problemas de la cultura y de la sociedad	349
3. Intelectualismo y popularismo en la concepción de la universidad	351
Capítulo I. Política y universidad. Problemas ideológico-políticos de la universidad	355
1. Un problema teórico	355
2. Un problema político: la política en la universidad	357
3. La lucha política en la universidad	360
Capítulo II. Religión y universidad	363
1. Una ideología política del imperialismo: la religión	363
2. La "libertad de enseñanza" y la ofensiva de las universidades	368
3. Conclusiones	369
Capítulo III. La penetración imperialista en la universidad	371
1. Planteamiento del problema	371
2. Una orientación teórica fundamental	374

3. Conclusiones	377
Primer paréntesis: las luchas del movimiento estudiantil venezolano	381
1. Características e importancia del movimiento estudiantil	381
2. Auge del movimiento estudiantil venezolano	384
3. Perspectivas del movimiento estudiantil venezolano	387
Capítulo IV. Elevación del nivel científico y técnico. Problemas internos del desarrollo de la universidad	405
1. Planteamiento general de la cuestión	405
2. El departamentalismo	408
3. Problemas científicos y tecnológicos	410
4. Conclusiones	414
Capítulo V. La ley de universidades nacionales	417
1. Introducción	417
2. La ley de universidades nacionales	418
3. Método de enseñanza y sistema de estudio	421
4. Los problemas sociales de urgencia	423
5. Los problemas de la dirección política y administrativa	427
Segundo paréntesis: la federación de centros universitarios ante la aplicación del reglamento de repitientes	429
1. La situación de la educación venezolana	430
2. La situación de la Universidad Central de Venezuela	433
3. La autonomía universitaria, la universidad democrática y el reglamento de repitientes	438
4. Este reglamento es ilegal	442
Capítulo VI. Introducción histórica a la reforma universitaria. La reforma universitaria	445
1. Planteamiento inicial	445
2. Algunos elementos históricos generales	447
3. Algo de nuestra propia historia	452

Capítulo VII. Principales corrientes en torno a la reforma universitaria	457
Capítulo VIII. Objetivos y alcances de la reforma universitaria	469
1. Reforma, autonomía y gobierno democrático	469
2. Objetivos políticos y sociales de la reforma universitaria	474
3. Programa mínimo del movimiento reformista	478
Capítulo IX. La lucha por una universidad nueva en Venezuela	483
Tercer paréntesis: verdad, ciencia y cultura en la reforma universitaria	493
Referencias bibliográficas	501
Soluciones para la crisis universitaria	513
Cuales son las grandes áreas de la problemática universitaria venezolana	517

Edición digital

mayo de 2016

Caracas, Venezuela

Renovar la Renovación

Para Núñez Tenorio, la Universidad está llamada a jugar un papel protagonista en la producción del conocimiento, la ciencia y la cultura. Entre sus funciones destaca la formación de los cuadros que el país necesita y la responsabilidad de pensar y ofrecer soluciones a los problemas de la nación, al mismo tiempo que se transforma en sus estructuras internas. Los años de experiencia en la lucha universitaria y sus estudios sobre la realidad social venezolana se vuelcan en la presente obra para mostrarnos que la Universidad solo cumplirá con su misión histórica en un proceso de permanente renovación. Esa doble mediación y devenir constante se realiza en una verdadera autonomía, cuya esencia es la democracia universitaria, fundamentada en la igualdad de participación entre estudiantes, profesores, empleados, obreros y egresados. La “antiautonomía” (dictadura representada por el gobierno adeco-copeyano corrupto) y la “autonomía profesoral” (aristocracia universitaria) son para Núñez Tenorio posiciones enemigas de la autonomía real y la renovación universitaria.

J. R. Núñez Tenorio (Venezuela, 1933-1998)

Filósofo, docente y militante revolucionario. Doctor en Filosofía. Fue profesor de la Universidad Central de Venezuela y del Instituto Pedagógico de Caracas. Desarrolló una sólida formación ideológica marxista con amplio reconocimiento internacional. Ideólogo e impulsor del pensamiento y la Revolución Bolivariana. Combatió ideológicamente la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y los gobiernos de la IV República. Apoyó de manera teórico-práctica el ascenso al poder de Hugo Chávez.



**Gobierno Bolivariano
de Venezuela**

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1816-2016
**PATRIOTAS UNIDOS
SABEMOS VENCER**